





6-5-13

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO VII.



STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.



HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.





Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO NONO.

CAPITULO VII.

LOS MACABEOS.

Martirio de Eleazar y de los jóvenes macabeos. — Matatías. — Azañas de Judas Macabeo. — Judas Macabeo. — Muerte de Antíoco. — Muerte heróica de Eleazar. — Gobierno de Jonatás. — Alianza entre Jonatás y Alejandro Bala. — Gobierno de Simon. — Jerusalem libertada por Hircano.

MARTIRIO DE ELEAZAR Y DE LOS JÓVENES MACABEOS.—(A. M. 3837. — A. C. 167.) Enmedio del abatimiento jeneral se notaron algunos rasgos de valor que debieron presajiar al rey la revolucion que siempre aborta el esceso de la injusticia, y enseñarle que es mas fácil matar á los hombres que hacerles mudar por fuerza de opinion. Eleazar, anciano de edad de cien años, fué uno de los primeros en dar la señal de una santa resistencia. En vano se emplearon las amenazas y la seduccion para hacerle faltar á su ley: «Mas »bien quiero, dijo, morir que »disimular. Podré libertarme de »las manos de los hombres, mas »no de las de Dios. No mancillaré los pocos dias que me res-

»tan, y en mí aprenderán los »jóvenes á preferir la ley del »Señor á su propia vida.» Los verdugos irritados le atravesaron con una espada. Su piedad y sacrificio tuvieron imitadores. Siete hermanos de edad juvenil y de la familia distinguida de los macabeos, célebres por su piedad, conducidos á la presencia de Antíoco que esperaba, haciéndoles prevaricar, corromper con su ejemplo al corto número de judios fieles, insensibles á sus caricias y amenazas, sufrieron espantosos tormentos, siendo su madre testigo y víctima de su suplicio. Se les cortaron las manos y los pies, y se arrojaron los troncos á una caldera de agua hirviendo. Enmedio del martirio hablaron al tirano con una santa libertad y le anunciaron el castigo que el cielo le preparaba. Antíoco, creyendo que su crueldad le seria mas dañosa que útil si ninguno cedia, aparentó compadecerse del mas jóven, é incitó á la madre á que conservase el único hijo que le quedaba; pero aquella mujer valiente ecsortó al jóven á imitar la constancia de sus hermanos. El rey, enfurecido, hizo morir al hijo y á la madre.

MATATIAS.—Mientras que todas las ciudades de la Judea estaban entregadas al hierro de los asesinos ó á la ignominia de la apostasía, Matatias, sacerdote de la familia de Aaron, estimado por su nacimiento y virtudes, huyó de Jerusalem con sus hijos, no por libertarse del martirio, sino para defender la relijion, la independencia y las leyes de su pueblo, y vengarlo de tantas injurias y crueldades. Sus hijos eran Juan, por sobrenombre Gaddis, Simon Thasi, Judas Macabeo, Eleazar, Abaron y Jonatás, apellidado Afo. En ningun pais ha habido héroes cuya memoria haya sido mas digna de conservarse entre sus compatriotas.

La Judea era esclava: sus guerreros habian sido esterminados, sus riquezas robadas, y las tropas sirias ocupaban todas las fortalezas. El pueblo, cansado de persecuciones y asesinatos, no poseia mas que la vida, y para conservarla obedecia al opresor. En esta situacion tan deplorable, un solo hombre, sin mas ausilio que el de su familia, formó el proyecto de arrojar á los estranjeros, restablecer la independencia de su nacion, y restituir al templo su esplendor antiguo. Esta es la grande empresa que comenzó Matatias, y que sus hijos consumaron. Su pri-

mer golpe fué de aquellos que electrizan á las almas abatidas y las inflaman con el espectáculo de un ejemplo atrevido y grande. Entró en Modin, habló al pueblo, recordóle su gloria pasada y su presente humillacion, pero en vano le ecsortó á preferir una muerte gloriosa al sacrilejio y la apostasía. Los oficiales de Antíoco se presentaron y mandaron hacer un sacrificio á los ídolos; todos guardaban un vergonzoso silencio. Un judio, mas corrompido ó mas cobarde que los otros, se acercó al pie del altar. Matatías le atraviesa con su espada, mata al oficial sirio que le protejia y derriba el altar y el ídolo delante de la tropa. (A. M. 3837. — A. C. 167.) En seguida hace presente á los habitantes que despues de tal accion no habia que esperar clemencia para la ciudad, ni otro partido que adoptar que la muerte ó la victoria. La multitud, débil é indecisa se dispersa: los hombres de valor se unen á Matatías, y se retiran con él á su montaña donde poco á poco se fortificó su partido con los que conservaban alguna relijion y patriotismo: las tropas de Antíoco vinieron á atacarle; pero animados los judios por la desesperacion, batieron á sus enemigos y los pusieron en huida. Este primer triunfo aumentó los partidarios del vengador de Israel, y dentro de poco pudo salir de su retiro, conseguir ventajas mas importantes, y libertar del yugo á muchas ciudades de Judá. Matatías, muy avanzado en edad, terminó su gloriosa carrera dejando á Simon el gobierno administrativo, y á Judas el del ejército.

JUDAS MACABEO.—(A. M. 3838. —A. C. 166.) Judas, como hemos visto mas arriba, llevaba el nombre de macabeo, presajio feliz de sus victorias. Este ilustre guerrero fué la gloria de Israel, y á quien debió su salvacion. Un valor indomable, una piedad sin límites, una justicia inflecsible, y una inconcebible celeridad en sus empresas, fueron las principales prendas de este héroe, que venció y arruinó con solo seis mil hombres, los numerosos ejércitos de Siria;—conquistador tanto mas afortunado, cuanto la justicia sonreia á sus conquistas. «Revistióse, dice la »Escritura, de sus armas como »un jigante, y su espada protejia »á sus tropas; presentóse en los »combates como un leon que cor»re á su presa, y por todas partes »esparció el terror de su nom»bre.»

Apolonio fué el primer jeneral de Antíoco á quien venció. Desde el principio de la batalla buscó al jefe enemigo, le mató y se apoderó de su espada. El ejército sirio, consternado por la muerte de su capitan, huyó y dejó á los enemigos un inmenso botin. Judas contaba mas con el valor que con el número de los soldados; no queria tener sino á los que eran á toda prueba; despedia á los tímidos y castigaba con el mayor rigor á los que violaban la ley de Moisés.

Los judíos *asidenos*, esto es, esparcidos en los paises estranjeros, tenian una sinagoga en Jerusalem donde se observaba con mas zelo y regularidad la ley del Señor. Estos se reunieron con Judas y aumentaron sus fuerzas reparando las pérdidas ocasionadas por la guerra.

Seron, otro jeneral de Antíoco, marchó contra Judas para vengar la muerte de Apolonio; pero fué completamente vencido. Ardiendo Antíoco en deseos de venganza envió á Ptolemeo, á Nicanor, y á Gorjias, sus tres jenerales mas acreditados, con un ejército de cuarenta y siete mil hombres bien escojidos. Judas, creyendo que no era todavia tiempo de ocupar á Jurusalem, reunió en Masfa á los levitas, despidió á sus ogares á los casados y propietarios que temian el écsito de la batalla, y dijo á la pequeña tropa escojida que se quedó: «Valor! mañana pelearemos con »esos estranjeros conjurados pa»ra nuestra ruina y la de nuestra »relijion. Pensad que vale mas »morir en el combate, que vivir »para ser testigos de las calami»dades de la patria y de la des»truccion del culto.» Gorjias, al frente de una division numerosa, habia marchado rápidamente para sorprender á Judas en su campamento de Emmaus, y los sirios creyeron que este movimiento decidiria la suerte de la guerra. Judas abandonó su campo, y marchó por otro camino al frente de tres mil hombres á atacar el ejército sirio, mientras Gorjias entraba en Emmaus, desierto y abandonado.

Sorprendidos los sirios de aquel ataque imprevisto y admirados de los prodijios de valor que hacian los judios armados solamente de clavas, huyeron á pesar de los esfuerzos de Ptolemeo y Nicanor. Los soldados de Judas tomaron las armas de los vencidos, y los persiguieron tan vivamente, que los echaron de Judea. Gorjias, viendo derrotado

el grueso del ejército, huyó tambien. Los judios hallaron en el campo de los sirios mucho oro, plata, telas de púrpura y otras riquezas.

Antíoco, que hacia entonces la guerra en Persia, habia encargado el gobierno de Siria á Lísias. El cual sabida la nueva victoria de Macabeo, resolvió vengarla con toda prontitud para evitar el enojo del rey. Púsose al frente de sesenta mil hombres, y creyendo seguro el triunfo llevó consigo unos mercaderes de Tiro para que comprasen los esclavos que iban á ganar. Marchó á Betóron, Judas le salió al encuentro con diez mil hombres y le venció matándole cinco mil soldados. El rejente volvió á Antioquía á reunir nuevas fuerzas. Judas, aprovechándose del descanso producido por sus victorias, fué á Jerusalem y se apostó con su ejército sobre la montaña de Sion. Vieron desiertos los lugares santos, profanado el altar, quemadas las puertas y el atrio lleno de zarzas y malezas. Destrozaron sus vestidos, hicieron grande llanto y pusieron ceniza sobre su cabeza. Se prosternaron con el rostro en tierra, y el aire resonó con sus jemidos. Judas colocó una parte de su jeute alrededor de la ciudadela donde se habian quedado los sirios y los apóstatas, y empleó la restante en purificar el templo, reedificar el santuario y colocar en el lugar santo nuevos vasos, velos, y ornamentos. Terminadas estas obras, se celebró solemnemente la dedicacion del templo y Macabeo hizo un sacrificio público en accion de gracias por la libertad de Israel. Despues fortificó á Sion, rodeó la ciudad de murallas y torres, y construyó varias fortalezas en el pais.

Los idumeos, ammonitas y galileos, miraban con envidia que Jerusalem resucitase de entre sus ruinas, y atacaron á Judas con un grande ejército á las órdenes de Timoteo. Judas y Simon, su hermano, los vencieron en muchas refriegas, tomaron muchas ciudades por asalto, y les quitaron un gran botin y muchos esclavos. Los árabes aumentaron el número de los enemigos y de las victorias de los judios. Un solo contratiempo turbó el curso de tantas prosperidades: mientras que Judas, Jonatás y Simon proseguian sus triunfos, dos jenerales judios, José y Azarias, quisieron tambien su parte de gloria y atacaron imprudentemente en Jamnia á los sirios mandados por Gor-

jias. Este batió á los judios, les mató dos mil valientes, los puso en derrota y los obligó á huir y á volver á Judea.

MUERTE DE ANTIOCO.— (A. M. 3841. — A. C. 163.) Antíoco, despues de haber atacado sin buen écsito á Elimaida y Persépolis, cuyas riquezas habian tentado su avaricia, volvia tristemente á Babilonia, cuando recibió la noticia de la derrota de sus tropas en Judea. Indignado de ver que Jerusalem recobraba su independencia, y que el altar del Dios de Israel se alzaba sobre los restos del ídolo de Júpiter, juró que iria él mismo á esta ciudad y que la haria el sepulcro de todos los judios; pero para castigarlo, dice la Escritura, «el Señor le envió una llaga »incurable que empezó á despe»dazar sus entrañas.» Lejos de apartarle esta enfermedad de su designio y respirando venganza únicamente, aceleró su marcha; pero cuando sus caballos corrian con impetuosidad, cayó de su carro, y quedó con todos sus miembros lastimados.

Empeoró su enfermedad; pudríase toda su carne, y de su cuerpo salian gusanos. Abrumado de dolores, humillado, y sin esperanza, se arrepintió de sus furores. Los libros santos aseguran que dijo estas palabras: «Justo es que el hombre se so»meta á Dios, y que el mortal »no se iguale á su soberania.»

Al espirar nombró por su sucesor á su hijo Antíoco Eupator, y dejó escrita una carta á los judios en la cual los ecsortaba á la sumision y les prometia que serian tratados con benignidad. Despues de haber hecho estas disposiciones, reconocido el poder de Dios y manifestado un tardío arrepentimiento, murió Antíoco, dejando á Lísias su pariente, encargado de la administracion del reino durante la edad juvenil de Eupator. Este escribió á Lísias que restituyese á los judios su templo, y les permitiese vivir segun sus leyes, pues solo se habian rebelado por conservarlas. Al mismo tiempo escribió á los judios dándoles parte de su determinacion de vivir con ellos en paz.

Judas, político tan hábil, como guerrero jeneroso, reclamó la proteccion de los romanos para consolidar la paz. Quinto Memmio, y Tito Manlio, enviados de Roma, le escribieron asegurándole lo mismo que Lísias y Antíoco; pero el rey, engañado por judios apóstatas y la codicia de los cortesanos, que sentian perder la dominacion y el

derecho de saquear la Judea, declaró nuevamente la guerra á los judios, cuyas recientes victorias sobre los árabes y los galileos veia con envidia. El pérfido Menelao, autor de todos los males de su patría, escitaba á los sirios á la venganza; pero fué víctima de su traicion. Lísias avisó al rey que las crueldades y disoluciones de este hombre habian orijinado las turbulencias de Judea y todas las calamidades que de ellas se siguieron. Antíoco mandó ponerlo en juicio, fué sentenciado á muerte y precipitado de lo alto de una torre. El rey atacó á Judas con un ejército, mandado por Nicanor, de ciento diez mil hombres de infantería, cinco mil de caballería, veintidos elefantes, y trescientos carros falcados. Confiado Judas en la proteccion del Señor, despues de haber mandado que se hiciesen oraciones públicas, salió al encuentro á los sirios, dando por seña á sus tropas *la victoria de Dios*. Con un escuadron de soldados escojidos atacó el cuartel de Antíoco, degolló cuatro mil hombres, mató á la mayor parte de los elefantes y esparció el terror en el campamento enemigo. Algunos dias despues derrotó completamente al ejército del rey: en esta batalla, un judio llamado Eleazar, y que algunas versiones dicen que fué el hermano de Judas, hizo con la certidumbre de perder la vida, la accion mas heróica. Habiendo visto un soberbio elefante, que por la riqueza de su adorno conoció que era el del rey, se abrió paso por entre los enemigos, se puso entre los muslos del animal, le atravesó con la espada el vientre, y al caer fué oprimido con su peso. El rey no montaba aquel elefante, pero un hecho tan audaz animó el valor de los judios y aumentó el temor de los sirios. No pudiendo Judas esterminar tan gran número de enemigos, se encerró en una plaza donde el rey le sitió; pero teniendo que irá Siria á sosegar una rebelion, se reconcilió con *Macabeo*, le declaró príncipe de Judea, hizo dones y ofreció un sacrificio.

Los temores de Antíoco no tardaron en verificarse, porque Demetrio Soter se apoderó de la mayor parte de la Siria, despues de haber vencido á Antíoco y á Lísias. Bajo este nuevo reinado la paz de que gozaban tan poco tiempo los judios, fué turbada por la traicion de un habitante de Jerusalem, llamado Alcimo, que en otro tiempo

habia usurpado la dignidad de sacerdote y que estaba tachado de idolatría. Este fué á buscar á Demetrio, le hizo varios regalos y le engañó diciendo que Judas y los asidenos oprimian al pueblo y le movian á la sedicion y á la guerra. El rey mandó á Nicanor que entrase en Judea con un ejército, prendiese á Macabeo, y diese á Alcimo la dignidad pontificia. Nicanor, que estimaba á Judas, obedeció con disgusto, y hallándole prevenido para la defensa persuadió al rey que renunciase á su proyecto y concluyó un nuevo tratado de paz con los judios.

Creyéndola durable el libertador de Jerusalem, se casó y gozó algunos dias de descanso y de gloria. Pero Alcimo irritó de nuevo á Demetrio, persuadiéndole que Nicanor le habia hecho traicion. Este jeneral recibió nuevas órdenes y tuvo que comenzar otra vez las hostilidades.

Judas, segun su costumbre, saliendo al frente del enemigo declaró á su ejército que se le habia aparecido la sombra de Onias, y le habia prometido la victoria dándole al mismo tiempo una espada de oro. Tranquilos los judios con este prodijio y asegurados con sus oraciones, ya no repararon en el número de sus enemigos; precipitáronse sobre ellos, los pusieron en derrota, y les mataron treinta y cinco mil hombres, y á Nicanor entre ellos. Judas celebró su victoria con un sacrificio solemne, y dispuso que en adelante se celebrase su aniversario. Los judios, irritados, fijaron la cabeza de Nicanor en las murallas de la fortaleza, y su mano en la puerta del templo. Ya Demetrio se habia hecho dueño de toda la Siria por la muerte de Antíoco y de Lísias. Instruido Judas del gran poder de los romanos, envió á Roma dos embajadores llamados Eupolimo y Jason, los cuales concluyeron con el senado un tratado de alianza. Sus principales disposiciones, eran que los judios no socorrerian á los enemigos de los romanos, sino que al contrario proporcionarian tropas á los ejércitos de la república sin recibir sueldo ni municiones. El senado prometia por su parte, que si acontecia una guerra al pueblo judio, él le asistiria de buena fé segun las circunstancias lo permitiesen. En consecuencia de este tratado, el senado amenazó á Demetrio si no dejaba de perseguir á los judios; pero esta amenaza llegó tarde. Báquides y Alcimo

habian penetrado con un ejército sirio en Judea, y dueños de Masaloth, sorprendieron á Judas que solo tenia tres mil hombres. Macabeo, sin esperanza de vencer, pero incapaz de miedo, no oyó los consejos tímidos, y acometió y forzó el ala derecha del enemigo; mas rodeado por la izquierda, fueron inútiles sus esfuerzos. Habia peleado todo el dia, cuando murió gloriosamente con la mayor parte de los suyos.

Gobierno de Jonatas. —(A. M. 3843.—A. C. 161.) Jonatás y Simon, llevaron á Modin el cuerpo de Judas, y le enterraron en el sepulcro de sus padres. Todo el pueblo de Israel lloró su muerte esclamando: «Hemos »perdido el hombre invencible »que habia salvado al pueblo de »Dios.» Báquides, despues de la victoria, ejerció grandes venganzas con los vencidos, dando el gobierno del pais á los apóstatas mas impíos. Israel se vió oprimida de tan grande afliccion, cual nunca la tuviera despues de su cautividad.

Perseguidos é indignados los amigos de Judas, se pusieron á las órdenes de Jonatás, el cual al frente de estos intrépidos soldados, venció á Báquides y lo echó de la Judea. El impío Alcimo que se habia apoderado del sacerdocio, dice la Escritura, fué acometido de una paralisis en el momento que iba á profanar el templo, y pereció. Jonatás, libre de estos dos enemigos, gobernó dos años en paz. Báquides hizo otra invasion en Judea; pero fué vencido por Simon, y concluyó una paz definitiva. Jonatás gobernó á Judea con suma justicia y desterró la impiedad.

Alianza entre Jonatas y Alejandro Bala.—(A. M. 3852. —A. C. 152.) Despues de tan largas guerras, hubiera sido difícil á los judios el volverse á levantar, si las disensiones de sus enemigos no hubiesen venido á su socorro. Alejandro Bala, hijo de Antíoco Epifanes, quiso apoderarse del trono de Siria. Demetrio Soter reunió todas sus fuerzas contra él; y para que los judios le favoreciesen, solicitó la alianza de Jonatás, y le permitió reedificar á Jerusalem y levantar tropas. Jonatás, aprovechándose de una circunstancia tan feliz é imprevista, fortificó la capital y juntó un ejército. Bala dió á Jonatás el sumo pontificado, y le envió un vestido magnífico y una corona de oro. Demetrio hizo vanos esfuerzos para romper esta alianza, libertando á la Judea de impuestos,

entregando á Jonatás la fortaleza de Jerusalem y la ciudad de Ptolemaida, y ofreciendo tomar á su sueldo treinta mil judios para la guardia de sus fortalezas. Jonatás y su pueblo que no podian olvidarse de los males que el rey les habia hecho, se determinaron á seguir el partido de Alejandro y unieron con el de este príncipe sus ejércitos.

Alejandro y Jonatás vencieron á Demetrio en una gran batalla en que pereció este monarca; y Bala, pacífico poseedor de Siria, celebró sus bodas en Ptolemaida con Cleopatra, hija de Filometor, rey de Ejipto. Jonatás concurrió á aquella ciudad, confundió las calumnias de los judios apóstatas que le habian querido desacreditar con Alejandro, y recibió de este el título de príncipe de Judea, poniéndole una ropa de púrpura y sentándole á su lado. No gozó Alejandro mucho tiempo de su triunfo, porque Demetrio Nicanor, hijo de Soter, reunió á los partidarios de su padre y muchas fuerzas mas para atacarle, y para enviar un ejército á Judea á las órdenes de Apolonio. Jonatás y Simon le batieron y persiguieron hasta Azoto, donde los judios quemaron el templo de Dagon. Alejandro, informado de esta victoria, colmó de honores á Jonatás, y le envió la hebilla de oro que usaban los príncipes de la sangre real.

El rey de Ejipto, informado de las turbulencias de la Siria, concibió el proyecto de apoderarse de ella: acusó á su yerno Alejandro Bala de haber querido atentar á su vida; y habiéndose hecho dueño por sorpresa de muchas ciudades de este reino, hizo alianza con Demetrio Nicanor, y le dió por mujer á Cleopatra, su hija, que acababa de quitar á Alejandro. Jonatás no tomó parte en esta guerra, y supo con maña desenojar á Ptolemeo, á quien habia irritado contra él. Vencido y muerto Bala, le sucedió Demetrio en el trono de Siria, que fué atacado por Trifon poco despues. Una parte de las tropas del rey se sublevó, y los soldados judios que le envió Jonatás, esterminaron á los sediciosos y restituyeron á Demetrio la libertad. Este, olvidado de tan gran beneficio, hizo guerra al macabeo; pero tamaña ingratitud fué castigada con la pérdida de la corona que le quitó Trifon, dándola á Antíoco Teos. Jonatás y Simon se aprovecharon de estas guerras civiles para esterminar á los sirios todavia ecsistentes en Ju-

dea, y para recobrar todas las plazas de que se habian apoderado.

En este tiempo renovó Jonatás la alianza con los romanos, incluyendo en ella á los lacedemonios. Hasta entonces su gobierno habia sido una série de prosperidades y victorias; pero una gran desgracia le esperaba al fin de su carrera. Sabiendo que Trifon intentaba destronar á Antíoco y coronarse rey de Siria, marchó contra él al frente de cuarenta mil hombres. Trifon, no teniendo esperanza de vencerle á fuerza de armas, se valió del artificio, y engañó á Jonatás con promesas y negociaciones. El héroe de Judea, creyendo hecha la paz, licenció su ejército conservando solo tres mil hombres, y fué, confiado en la fé jurada, á conferenciar en Ptolemaida con Trifon; pero apenas entró en la ciudad se cerraron las puertas, y Jonatás y los que iban con él fueron asesinados.

Gobierno de simon.—(A. M. 3861.—A. C. 143.) Divulgada la noticia de su muerte, todos los antiguos enemigos de la Judea reunieron sus esfuerzos á los de Trifon para acabar con Israel; pero Simon, heredero de los talentos y de las virtudes de su hermano, no perdió la esperanza en una situacion tan crítica. Elejido príncipe, fortificó las plazas amenazadas, levantó un ejército numeroso, y se ligó con Demetrio Nicanor que le dió el pontificado. La victoria coronó todos sus esfuerzos: echó de la fortaleza de Jerusalem á los estranjeros y apóstatas que la habian ocupado de nuevo. Hircano, su hijo, á quien habia dado el mando del ejército, batió á sus enemigos en muchos encuentros y se apoderó de Gaza y de Jope. Simon renovó las alianzas hechas por sus hermanos, y la república de Israel gozó de una larga paz.

Menos dichosa la Siria, se veía siempre destrozada por guerras civiles. Demetrio continuaba batiéndose con Trifon, pero fué vencido y hecho prisionero por los partos, cuyo pais habia invadido. Su hermano Antíoco Sidetes le vengó y venció á Trifon con los socorros que le envió el príncipe de Judea; pero apenas vió consolidado su poder pensó en restablecer el dominio antiguo de los Seleucidas sobre Israel, y envió á Jerusalem un grande ejército mandado por Cendebeo. Entonces dijo Simon á sus hijos: «Mis hermanos y »yo hemos libertado tres veces

»la patria, y el orgullo de nues»tros enemigos se ha humillado »delante de nosotros; pero ya »soy viejo: á vosotros toca defen»der vuestro culto, vuestras le»yes y vuestro pais: marchad.» Hircano y Judas realizaron las esperanzas de su padre. Marcharon contra los sirios y presentaron la batalla á Cendebeo. Judas fué herido, su hermano le vengó; derrotó al enemigo con muerte de diez mil hombres y restituyó la paz á la Judea.

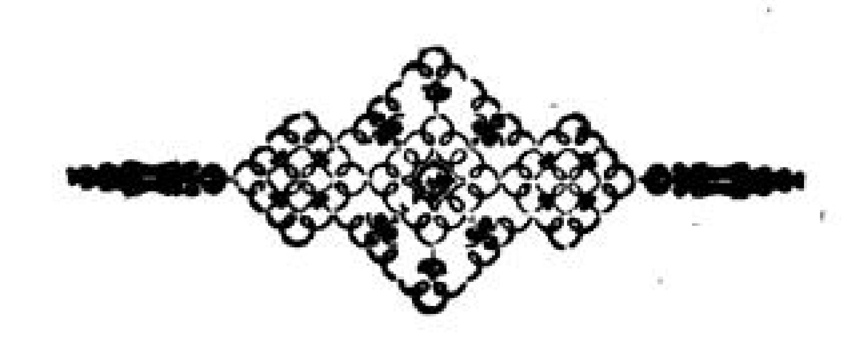
Algun tiempo despues Simon, acompañado de sus dos hijos Matatias, y Judas, recorrió todo el pais para dar vigor á las leyes, y reformar los abusos. En Jericó una traicion orrible terminó su gloriosa vida. Ptolemeo, hijo de Abobo, su yerno y gobernador de aquel territorio, corrompido por la ambicion, aspiraba al sumo sacerdocio y creyó alcanzarlo cometiendo un gran crímen. Asesinó en un banquete á Simon, á sus dos hijos, y á sus sirvientes, y pidió al rey de Siria su proteccion. Al mismo tiempo envió asesinos para matar á Juan Hircano; pero instruido este á tiempo de la traicion de Ptolemeo, hizo prender y matar á los emisarios, y marchó contra el parricida que se retiró al castillo de Dagon, donde tenia encerrados los hermanos y la madre de Hircano. (A. M. 3869.— A. C. 135.) Cuando quiso este asaltar la fortaleza, el cruel Ptolemeo le mostró á su madre y su familia en lo alto de la muralla, haciéndolos castigar con varas, y le amenazó con despeñarlos si continuaba el ataque. La valerosa viuda mandó decir á su hijo que no pensase en salvarla, sino en vengar la muerte de su padre. Hircano no pudo resolverse á ser causa de que su madre pereciera: convirtió el sitio en bloqueo y se retiró á la entrada del sétimo año, que era de descanso para los judios. Ptolemeo, fuera de peligro no fué mas jeneroso, pues asesinó á toda la familia de Hircano, y fué á buscar un asilo en la corte de Zenon Cotilas, príncipe de Filadelfia.

Jerusalem libertada por Hircano.— Entretanto, Antíoco Sidetes, deseando aprovecharse de estas turbulencias, sitió á Jerusalem. Hircano para libertarse de semejante peligro, abrió el sepulcro de David, sacando de él mas de tres mil talentos, y dió trescientos á Antíoco, el cual partió á destruir una rebelion en la Media. Despues de haber salvado de esta manera su capital, empleó el resto del tesoro en agre-

gar á su ejército tropas mercenarias. Esta es la primer vez que los judios sufrieron bajo sus banderas soldados de otra nacion. Hircano invadió la Siria y conquistó en ella muchas plazas, mientras Aristóbulo y Antígono sitiaban y tomaban á Samária y echaban á los sirios de toda la Judea: despues de esta espedicion, gozó Hircano en paz del sacerdocio y del principado, y murió habiendo gobernado á Israel treinta y tres años, y dejando una memoria gloriosa y sin mancilla.

Los judios creian que tenia don profético: predijo que de sus cinco hijos los dos mayores no reinarian mucho tiempo; y esta predicion se cumplió. Sucedióle su hijo Aristóbulo, que con el consentimiento del pueblo tomó el título de rey.

Así acabó la república judáica, que habia durado, despues de la transmigracion cuatrocientos setenta y un años.



CAPITULO VIII.

REINO DE JUDEA.

Aristóbulo. — Alejandro. — Alejandra. — Hircano. — Espedicion de Pompeyo á Judea. — Sitio y toma de Jerusalem por Pompeyo. — Herodes.

Aristóbulo.—(A. M. 3897.—A. C. 107.) El nuevo monarca señaló el principio de su reinado con actos de ambicion y crueldad. Hizo prender á su madre, porque Hircano la habia nombrado rejente, y ella le disputaba el gobierno; y tuvo la barbárie de dejarla morir de hambre en la prision. Tambien mandó prender á tres de sus hermanos. Antígono, á quien amaba, fué asociado al trono; pero la reina, envidiosa de su crédito, persuadió al rey que su hermano conspiraba contra él, y al mismo tiempo envió á decir á Antígono que Aristóbulo deseaba ver unas armas preciosas que tenia. El infeliz príncipe, engañado por este pérfido mensaje, se presentó en la córte armado con ellas; y su hermano creyendo que venia á poner en ejecucion designios traidores, le mandó matar. Al crímen se siguió el remordimiento y Aristóbulo murió, habiendo reinado un año. Su viuda dió libertad á los príncipes y colocó en el trono á Alejandro.

Alejandro (A. M. 3898.—A. C. 106.) hizo matar á uno de sus hermanos que aspiraba á la corona, y permitió vivir al otro que no manifestaba ambicion. Peleó felizmente contra Ptolemeo Latiro, rey de Ejipto, y Zenon, príncipe de Filadelfia; pero fué vencido por Obodas, rey de los árabes. Su reinado fué turbulento por las rebeliones contínuas que escitaba su crueldad, pues en el término de seis años hizo morir mas de cincuenta mil judios. Queriendo adoptar

un sistema menos rigoroso, se le creyó débil, el odio tomó nuevas fuerzas, y el pueblo se rebeló y llamó en su socorro á Demetrio Euquerio, uno de los Seleucidas que á la sazon se disputaban el trono de la Siria.

Los dos reyes se dieron la batalla y Demetrio venció á Alejandro; pero los judios, temiendo que el vencedor los subyugase, le abandonaron y pasaron al partido de su rey, que vencedor á su vez, arrojó á Demetrio de Judea.

Alejandro, mas cruel despues de esta victoria, llenó de víctimas las cárceles y los cadalsos; y en un banquete que dió á sus concubinas les presentó el espectáculo de ochocientos prisioneros crucificados despues de haber visto la muerte de sus mujeres é hijos. Venció á Antíoco el Asiático, que ausiliado de los árabes hizo una irrupcion en Judea; y la gloria de esta victoria cubrió algun tanto la ignominia de sus crueldades.

Consumido por la fatiga y el trabajo, murió despues de haber reinado veintisiete años. Antes de fallecer, para calmar el terror que inspiraba á la reina el odio del pueblo, le dijo: «Si seguis mis consejos, conservareis »tranquilamente el trono. Ocul»tad mi muerte á los soldados. Id »á Jerusalem y ganad el afecto »de los fariseos: dadles alguna »parte en la autoridad: censurad »mi conducta para que alaben la »vuestra: entregadles mi cadá»ver y permitid que se venguen »de todos los males que les he he»cho, privándome de sepultura: »prometedles que no hareis na»da sin su consejo. Lisonjeando »de este modo su orgullo, en lu»gar de condenar mi memoria, »me harán magníficas ecsequias »y os dejarán gobernar con ple»na autoridad.»

Reinado de Alejandra.—(A. M. 3925.—A. C. 79.) Alejandra siguió este consejo, cuyo écsito fué el que habia previsto su marido. Tenia dos hijos: al mayor, llamado Hircano, cuyo carácter pacífico no le inspiraba ninguna inquietud, dió el sumo pontificado. El menor, llamado Aristóbulo, de carácter mas ambicioso, tuvo que resignarse á vivir como un simple particular. Los fariseos se aprovecharon de la parte que se les habia dado en el gobierno para proscribir á Diójenes y á otros ministros de las crueldades del difunto rey: Aristóbulo consiguió que no se les impusiese mas castigo que el destierro, y desde esta época tuvo un gran partido en el reino.

El reinado de Alejandra duró nueve años. Hízose amar de sus vasallos por su piedad y mansedumbre, y temer de sus enemigos por el ejército numeroso que siempre mantuvo. Tigranes, rey de Armenia y de Siria, amenazó sus estados; pero la invasion de Lúculo en los de Tigranes libertó la Judea.

Reinado de hircano.—Al morir Alejandra habia dejado la corona á Hircano. Aristóbulo se la disputó, y esta discordia hizo perder á los judios su libertad. La suerte de toda nacion dividida es llegar á ser la presa del estranjero: la Judea ofrece de esto mas de un ejemplo, y Roma no debió su grandeza sino á las querellas de los príncipes y á las discordias de los pueblos.

Espedicion de pompeyo a la judea.—(A. M. 3941.—A. C. 63.) Hircano, vencido por su hermano, siguió los consejos de un rico idumeo, llamado Antipatro, y se refujió á la corte de Aretas, rey de los árabes, el cual le ausilió con un ejército de cincuenta mil hombres. Aristóbulo fué vencido y sitiado en Jerusalem. El gran Pompeyo hacia entonces la guerra en Armenia y habia enviado á Siria un ejército á las órdenes de Scauro; é informado de la discordia civil en que ardian los judios, resolvió aprovecharse de esta circunstancia para conquistar la Judea. Metelo y Lolio, sus lugartenientes, penetraron por Damasco, en la Palestina. Aristóbulo é Hircano trataron de ganar á Scauro, que mandaba en Siria; pero como Aristóbulo era mas rico, el jeneral romano mandó á los árabes que levantasen el sitio de Jerusalem, y se retiraron á su pais. Aristóbulo, no contento con este triunfo, persiguió á sus enemigos y les mató siete mil hombres, entre ellos á Céfalo, hermano de Antipatro. Hircano, temiendo su ruina total, se presentó á los pies de Pompeyo, implorando su ausilio. Aristóbulo hizo lo mismo, aunque á su pesar, porque aquella humillacion de la dignidad réjia le parecia insoportable. Y en efecto, apenas se presentó, indignado de la altanería del jeneral romano, rompió la negociacion y se retiró á una fortaleza. Tuvo despues que ceder á la fuerza, y dió á los gobernadores de las plazas que estaban á su devocion, las órdenes que le dictaba Pompeyo. Por medio de esta condescendencia logró alguna mas libertad, de la cual se valió para retirarse á Jerusalem y prepararse á la guerra.

Sitio y toma de Jerusalem por Pompeyo.—Pompeyo le sitió en esta capital: el partido de Hircano abrió las puertas á los romanos, y el de Aristóbulo defendió el templo con tanto vigor que su sitio duró tres meses. Pompeyo, que se habia aprovechado del descanso de los judios en el sábado para acelerar sus trabajos y adelantar sus torres, mandó dar el asalto. Cornelio Fausto, hijo de Sila el dictador, *fué* el primero que subió á la muralla: los romanos tomaron la fortaleza, mataron doce mil judíos y degollaron á los sacrificadores, los cuales continuaban sus funciones, á pesar del estrépito de la guerra y los gritos de los combatientes. Pompeyo respetó el templo, lo salvó del saqueo, ganó el afecto del pueblo, teniendo miramientos á su relijion, y restableció á Hircano en el sacerdocio. Pero si dió á la Judea una libertad aparente, destruyó su poder en la realidad, concediendo la independencia á los samaritanos, y agregando á la Siria las plazas de este pais que habian conquistado los macabeos.

Luego que Pompeyo llegó á Jerusalem, supo la muerte de Mitridates, rey del Ponto, y dejando la Judea aislada, sin recursos y tributaria, partió á Roma llevándose prisioneros á Aristóbulo, sus dos hijos y sus dos hijas. El hijo mayor de Aristóbulo, llamado Alejandro, se escapó en el camino, volvió á su pais, se puso al frente de un partido, mas fué derrotado por Gabinio que mandaba en Judea por el senado, y que conservó el gobierno republicano. Aristóbulo logró tambien escaparse de Roma; pero mas desgraciado que su hijo, fué vencido y preso por Gabinio, que le envió á la capital del mundo.

Craso sucedió á Gabinio en el gobierno del ejército de Siria: asoló la Judea, robó el templo de Jerusalem, mandó matar por consejo de Antipatro á los partidarios mas declarados de Aristóbulo, y se llevó treinta mil prisioneros. (A. M. 3950.—A. C. 54.)

Con razon se hizo Antipatro famoso en la historia de los judios. Nacido en la clase media de la sociedad, adquirió y conservó una grande influencia en el gobierno durante estas conmociones. Su habilidad resistió á todas las vicisitudes de la fortuna. Dirijió á su arbitrio el espíritu de los reyes y jenerales romanos aunque fuesen opuestos entre sí por su carácter é in-

tereses. De su mujer, que pertenecia á una familia iluste de Arabia, tuvo cuatro hijos que fueron Fasael, Herodes, José y Feraras, y una hija llamada Salomé. Su familia derribó la dinastía de los asmoneos ó macabeos que habian reinado en Judea ciento veintiseis años; y Herodes, el segundo de sus hijos, se apoderó de su trono, como diremos muy pronto.

En este tiempo, César, vencedor de Pompeyo, era dueño de Roma, y envió á Aristóbulo á Siria con dos lejiones; pero los partidarios de Pompeyo le envenenaron, y cortaron la cabeza á su hijo. Previendo Antipatro la fortuna de César, le habia hecho grandes servicios; y el dictador, en premio de ellos, le dió título y privilejios de ciudadano romano, el gobierno de Judea, y á sus hijos Fasael y Herodes los de Jerusalem y Galilea. Por favorecer á Antipatro confirmó á Hircano en el sumo pontificado.

Herodes se distinguió en su gobierno esterminando á los bandidos que desolaban la Galilea. Hircano le mandó comparecer á su tribunal, acusándole de usurpar la jurisdiccion del sumo sacerdote. Herodes lo aplacó con su sumision, y fué absuelto. Antipatro, despues de la muerte de César, se concilió el afecto de Casio, dándole los socorros pecuniarios que necesitaba. Poco despues Mático, incitado por los enemigos del gobernador, olvidó que en otro tiempo Antipatro le habia salvado la vida, y lo asesinó. Herodes vengó á su padre haciendo que los romanos matasen al traidor.

Antígono, hijo de Aristóbulo, reunió el partido de su padre y atacó á Jerusalem. Vencido en una batalla renovó la guerra con el socorro de los partos, y fiado mas del artificio que de la fuerza, atrajo á una conferencia á Fasael é Hircano, mutiló á este las partes pudendas, y obligó á Fasael á darse la muerte por no caer en su poder.

Herodes nombrado rey por el senado.—(A. M. 3967.—A. C. 37.) Herodes evitó el mismo lazo y se refujió con su familia y riquezas á una fortaleza de Idumea. Despues pasó á Ejipto, donde la reina Cleopatra le recibió muy bien, y de allí á Roma, donde Marco Antonio defendió su causa. El senado, enfurecido contra Antígono, porque habia pedido socorros á los partos, enemigos de los romanos, nombró rey de Judea á Herodes. Este juntó un ejército numeroso al cual se unió el de los romanos

mandado por Ventidio, dió un ataque infructuoso á Jerusalem, en el cual pereció su hermano José. Pero en otras dos batallas venció á Antígono y puso sitio á la capital.

Durante este sitio hizo mas sólidos sus derechos y su poder, casando con Mariamne, nieta del rey Aristóbulo, y sobrina del gran sacerdote Hircano. Ausiliado despues por los romanos, entró en Jerusalem donde degolló un gran número de habitantes. Antígono, que era amado del pueblo, se retiró á una torre; pero perdió el ánimo y se entregó á Sosio, uno de los jenerales romanos, que por desprecio le dió el nombre de *Antígona*. Herodes, temiendo que se escapase de la prision y viniese á disputarle el trono, envió grandes regalos á Antonio, que se dejó corromper y mandó dar muerte ásu cautivo. La historia dá á Herodes el nombre de grande, porque fué hábil, valiente, feliz, poderoso; mas le faltaron las virtudes que son las que únicamente pueden justificar aquel título. No por haber casado con una nieta de Arístobulo abjuró el odio á la dinastía destronada por él. El temor de verla renacer fué causa de sus pesares contínuos y de los crímenes y atrocidades que hacen ecsecrable su memoria. Hircano se habia retirado al pais: Herodes, temiendo la lejitimidad de sus pretensiones, deseaba tenerlo en su poder, y para ello le engañó con protestas finjidas de amistad y reconocimiento. Los amigos de Hircano le advirtieron inútilmente la suerte que le esperaba: él creyó que á pesar del oprobio de su mutilacion, Herodes le restituiria al sumo sacerdocio, y partiria con él su poder. Habiendo llegado á Jerusalem, el rey le recibió con magnificencia, y le manisfestó en público mucha atencion por temor al pueblo, que respetaba la familia de los macabeos, mas no le dió parte alguna en la autoridad, ejerció sobre él una severa vijilancia, y dió el pontificado á un judio de una familia oscura, llamado Anael. Esta eleccion desagradó á los judios; era contraria á sus costumbres porque Anael pertenecia á los restos de una familia que habia vivido en Mesopotamia desde la transmigracion.

Mariamne, mujer de Herodes, Alejandra, madre del jóven Aristóbulo, é Hircano conocieron en estos actos, el desprecio de sus derechos y el presajio de su ruina. Alejandra imploró la

proteccion de Cleopatra, reina de Ejipto: Salomé, hermana de Herodes, y enemiga de toda la familia de los macabeos dió aviso á Herodes de los pasos de Alejandra y le escitó á la venganza. Alejandra, temiendo el enojo del rey, huyó á Ejipto con su hijo: fué arrestada en el camino y traida á Jerusalem. Herodes, obligado á ceder al pueblo, siempre amante de la antigua dinastía, dió á Aristóbulo el sumo sacerdocio.

Cuando este jóven príncipe ofreció el primer sacrificio, la gloria de su nombre y su estraordinaria hermosura echizaron al pueblo de tal modo, que prorrumpió en aplausos de alegría. Herodes, enfurecido, juró su muerte, y encubriendo su odio con finjidos alagos, pasó á Jericó con su familia y con Aristóbulo, y dió grandes fiestas en honor del mismo cuya ruina meditaba.

Despues de un banquete, pasaron los convidados á la orilla de un estanque. Incitado Aristóbulo por algunos jóvenes á bañarse con ellos, entró en el agua, los ajentes del rey se pusieron á jugar y á luchar juntos, y en esta lucha lo sujetaron debajo del agua el tiempo necesario para que espirase.

Herodes manifestó el mayor pesar por esta desgracia, é hizo á su víctima magníficas ecsequias. En la corte fué sabido el delito, pero el finjido dolor del tirano engañó al pueblo. Las quejas que llegaron á Antonio de este asesinato, obligaron á Herodes á presentarse á él para dar su descargo, y confió su autoridad á José, marido de Salomé, su hermana.

Todos los afectos de este monarca eran furores: aborrecia de muerte á los macabeos, y al mismo tiempo adoraba á su mujer Mariamne, con un amor tan zeloso, que encargó á su cuñado la diese muerte en caso que él fuese condenado por Antonio, para que nadie pudiera poseerla despues de su fallecimiento. Su habilidad y sus regalos, le justificaron plenamente ante el triunviro; volvió á Judea, y á pesar de su hermana Salomé que enardecia sus zelos, el amor iba á triunfar en su corazon cuando la infeliz Mariamne tuvo la imprudencia de quejarse del órden bárbaro que habia dado al partir. Creyendo entonces que su cuñado José, enamorado de Mariamne le habia descubierto su secreto, no dió oidos sino á sus zelos y á Salomé, dió la muerte á José, hizo prender á Alejandra, y su esposa esperó en una

larga agonia el golpe que habia de terminar sus infortunios.

Entretanto vino Cleopatra á Jerusalem: tan ambiciosa y cruel como Herodes, quiso inspirarle amor, mas él la conocia y la detestaba. La reina de Ejipto habia conseguido de su amante el triunviro, una parte del reino de Judea. Herodes la hubiera dado la muerte; pero contenido por el temor de Antonio, le pagó el tributo y la acompañó hasta la frontera de sus estados. Despues ofreció á Antonio su ausilio contra Octavio; pero Antonio le encargó que hiciese guerra á los árabes. En el momento de darse la batalla, sobrevino un temblor de tierra que espantó á los judios y fueron vencidos. Herodes, tan hábil como valeroso, animó á sus tropas, marchó contra los árabes, los derrotó completamente, y los obligó á pagarle tributo. Vencido Antonio en la batalla naval de Accio, y quedando Augusto único dueño del imperio, la posicion de Herodes era crítica, pues Augusto podia arruinarlo y dar la corona á la familia de Aristóbulo. Para evitar este golpe, determinó ir á Roma, y sabiendo antes de su partida que Hircano tenia una correspondencia oculta con los árabes, mandó matar á este anciano venerable, en otro tiempo su dueño y protector. Hizo encerrar en una fortaleza á Mariamne y á Alejandra, y repitió á su hermano Feraras la misma órden bárbara que habia dado á su cuñado, mandándole que matase á su mujer en el caso de no salir bien en su solicitud con Augusto. El talento y la elocuencia de este rey cruel, lograron una completa victoria. Su magnificencia, sus azañas, y su industria, le granjearon la amistad del nuevo emperador y volvió triunfante á Jerusalem.

Su amor á Mariamne resistia siempre á las intrigas de Salomé; pero la reina, irritada contra él, le recibió con desden y resucitó sus antiguas sospechas. El gran copero del rey, ganado por Salomé, acusó á la reina de haberle querido sobornar para que envenenase á Herodes. Este, irritado de su esquivez, mandó formarla causa y fué condenada. Alejandra, temiendo la suerte de su hija, dió un ejemplo orrible de cobardía, uniéndose á los calumniadores de Mariamne. El rey aun titubeaba poner en ejecucion la sentencia: Salomé, escitando bajo cuerda una sedicion, avisó á Herodes que el pueblo queria poner en el trono á su esposa. El rey lo

creyó, y mandó matar á aquella mujer tan célebre por sus infortunios como por sus virtudes y su hermosura.

El amor y los remordimientos la vengaron. Herodes cayó enfermo y no habia esperanzas de su vida. Informada Alejandra de su situacion, emprendió apoderarse de algunas fortalezas; el rey lo supo y la mandó matar. Habiéndose mejorado de la enfermedad, vengó en el pueblo su ira y su desesperacion, haciendo dar la muerte á muchos de sus parientes y amigos. Violó la ley de Moisés, estableciendo juegos, teatros, y fiestas en honor de Augusto. El pueblo sublevado, hizo pedazos las imájenes que se habian erijido para que las venerase. Herodes esterminó á los autores de la sedicion; pero los judios hicieron pedazos despues á los delatores. Acosado de temores, fortificó su palacio.

Poco despues, la peste y el ambre aflijieron á la Judea. La actividad de Herodes puso término á estas dos calamidades, y aplacó el odio público. Para borrar la imájen de Mariamne, casó con una jóven muy hermosa, hija de un levita llamado Simon, al cual para ennoblecerlo dió el sumo sacerdocio.

Herodes sabia que el lustre de las acciones de los reyes, y la grandeza de sus monumentos, deslumbran al pueblo y le ciegan sobre sus injusticias. Volvió á construir y hermoseó el templo de Jerusalem: edificó un magnífico palacio; y siempre cuidadoso de conservar la amistad de Augusto, erijió en su honor la ciudad de Cesárea, y envió á Roma sus dos hijos Alejandro y Aristóbulo, para que se educasen á vista del emperador.

Su reinado fué tranquilo durante algunos años. Hizo otro viaje á Roma para traer de aquella capital á sus hijos; pero despues de su vuelta comenzaron otra vez las discordias domésticas con mayor violencia.

Temiendo Salomé que los hijos de Mariamne vengasen la muerte de su madre, persuadió al rey que querian asesinarle; pero Arquelao, rey de Capadocia, cuya hija Glafira habia casada con Alejandro, reconcilió al padre con los príncipes. Antipatro, hijo tercero de Herodes, se unió con Salomé para calumniar á sus hermanos, y dió tanta verosimilitud á sus delaciones, que el rey mismo los acusó ante Augusto; mas el emperador interpuso su autoridad para que los perdonase. En este tiempo publicó Augusto un decreto muy

honorífico para los judios, elojiando su valor y fidelidad, y concediéndoles el permiso de gobernarse por sus leyes, y conservar sus costumbres y sus monarcas.

Herodes emprendió una nueva guerra contra los árabes, y consiguió victorias. No teniendo dinero para los gastos que habia hecho en hermosear á Jerusalem y en conservar la amistad de los romanos, abrió secretamente el sepulcro de David, esperando hallar en él grandes riquezas, y aun quiso mover de su sitio el ataud de aquel rey; pero segun refiere el crédulo Josefo, las llamas que salieron de él consumieron á dos trabajadores, y le obligaron á renunciar á su sacrílega empresa.

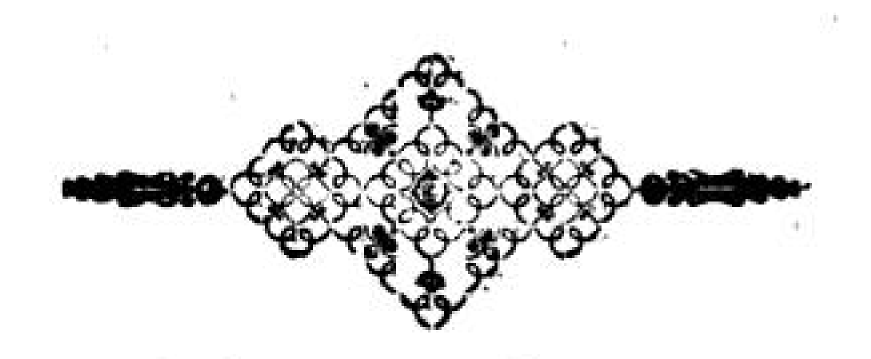
Sileo, romano querido de Salomé, indispuso á Augusto con Herodes; pero el emperador conociendo que le habia engañado, hizo morir á aquel intrigante, y cediendo á las quejas contínuas de Herodes contra sus hijos, mandó formar una gran junta en Berito para sentenciar esta causa. Antipatro y Salomé habian sobornado á todos los grandes oficiales de la corona para que declarasen contra los príncipes, y estos infelices fueron aogados en Sebaste por órden de su padre. El pueblo mató á trescientos guerreros que el mismo rey denunció por conspiradores. Antipatro, libre por la muerte de sus hermanos de todo ostáculo para llegar al trono, quiso gozarlo demasiado temprano y conspiró contra la vida de Herodes tratando de envenenarlo. Descubierto el crímen fué acusado por Herodes en el tribunal de Varo, procónsul de Siria, y sufrió el castigo debido á sus crímenes.

Oprimido Herodes de pesares, trabajos y remordimientos, fué atacado de una cruel enfermedad que lo llenó de úlceras, le destrozó las entrañas, y produjo gusanos en todo su cuerpo. Sus tormentos aumentaron su crueldad, y mandó á Salomé que para celebrar sus funerales rodease el hipódromo (1) de soldados é hiciese matar á los principales judios que se hallasen en aquel recinto. Una nueva conmocion turbó sus últimos instantes. El gran sacerdote Matatias y Judas, juntándose con otros israelitas zelosos de su relijion, arranca-

(1) Hipódromo, palabra griega Yrodromos, significa lugar de refujio, abrigo ó ensenada: el picadero donde se adiestra á los caballos, y donde se hacen las fiestas de las carreras de ellos.

ron el águila que Herodes habia consagrado á la puerta del templo. Un pronto suplicio castigó este acto de valor. Herodes declaró por su sucesor á Antipas, su hijo; pero poco despues alteró esta disposicion, y dió el reino á otro hijo llamado Arquelao, que habia tenido de una samaritana, y que entonces estaba casado con Glafira, viuda de Alejandro. Legó mil talentos al emperador y quinientos á la Emperatriz Livia, y terminó su carrera cinco dias despues que su hijo Antipatro. (A. M. 4003.—A. C. 1.)

Augusto confirmó las últimas voluntades de Herodes; pero algun tiempo despues, con motivo de las quejas que dieron los judios contra Arquelao, desterró á este á Viena, ciudad de las Galias, y reunió la Judea á la Siria. Así acabó el reino de los judios que se convirtió entonces en provincia del imperio romano.



CAPITULO IX.

JESUCRISTO.

SU NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE.

(Año del mundo 4004.—Era de gracia 1.)

El último año de la vida de Herodes nació Jesucristo, por lo cual el reinado de este monarca puede considerarse como la tercera y mas grande época de la historia del mundo. La primera era la creacion, la segunda el diluvio; la última fué la aparicion de Dios sobre la tierra, la destruccion de la idolatría y la salvacion de todos los pueblos, rejenerados por la sangre de Cristo, y llamados por su muerte y resureccion al conocimiento del verdadero Dios.

Hasta entonces un solo pueblo habia profesado el culto espiritual; pero este pueblo debia desconocer la verdad que salió de su seno para estenderse en el universo; y estaba predicho que su destruccion, seguida de su depravacion y de su incredulidad, precederia á la salvacion de las otras naciones.

No vamos á hablar aora como simples historiadores, pues hemos llegado al momento en que principia la era cristiana, época cuyos grandes acontecimientos no nos es permitido tratar bajo la simple relacion de la moral y de la política, y separar la historia de los judios de la historia de nuestra relijion; al tratar pues de semejante objeto, no tomaremos otro lenguaje que el de los historiadores sagrados.

Como el primer deber de todos los cristianos es estudiar el evanjelio, daremos aquí para los lectores que lo sean, no mas que un estracto corto y rápido de este libro santo, que solo debe to-

carse con respeto y únicamente con la intencion de enlazar los acontecimientos entre sí, y colocar debidamente el nacimiento, vida y muerte de Cristo, y el principio de la fundacion del cristianismo en la historia de los judios hasta su destruccion.

Acia el fin del reinado de Herodes, señalado por tanta gloria y tantos crímenes, tanto poder y depravacion; luego que se hallaban cumplidos los oráculos de los profetas, terminadas las semanas de Daniel, y cuando habia llegado el tiempo marcado por Dios para dar un Salvador al mundo, envió el Señor al ánjel Gabriel, á Zacarias, en el templo donde sacrificaba, para anunciarle que tendria un hijo que se llamaria Juan, cuyo nacimiento seria la alegría y bendicion de todo Israel. Seis meses despues envió Dios al mismo ánjel al pais de Nazareth, á una vírjen llamada María, la cual estaba casada con José, de la familia de David; pero los dos esposos habian hecho voto de permanecer en estado de virjinidad; y este matrimonio anjélico fué premiado con el fruto mas divino que jamás apareció sobre la tierra.

Gabriel anunció á María que tendria un hijo que deberia llamarse Jesus, que reinaria en la casa de Jacob, que se sentaria sobre el trono de David su padre, y que su reino no tendria fin. Para satisfacer su curiosidad añadió que el Espíritu Santo formaria en su seno el hijo cuya madre seria ella. Anuncióla al mismo tiempo que Isabel, que habia pasado siempre por estéril, estaba ya embarazada de seis meses, por un efecto de la virtud todopoderosa del Señor, á quien nada era imposible.

Penetrada María de admiracion y reconocimiento, fué á visitar á su prima Isabel; y estas dos santas mujeres se felicitaron mútuamente por las gracias que Dios les habia concedido. La prediccion de Gabriel se cumplió: María se hizo embarazada. Su esposo José concibió sospechas contra su virtud, y quiso separarse de ella; pero se le apareció un ánjel, destruyó sus zelos, le descubrió el secreto de aquel divino niño, y le mandó que le pusiese por nombre Jesus.

Por este tiempo se ejecutó el edicto del emperador Augusto, mandando hacer un censo de todas las familias de su imperio. Entonces salió María de Nazareth, y se dirijió con su marido á Bethlehem, para reunirse con

las otras personas de la familia de David. De este modo se realizó la profecía que habia anunciado que el Salvador naceria en Bethlehem. Como estaban llenas todas las casas y posadas de este lugar, María se vió precisada á permanecer en un establo, en donde dió á luz á su hijo divino. La misma noche de su nacimiento un ánjel se apareció á unos pastores que guardaban allí cerca sus rebaños, y les anunció que el Mesías tanto tiempo esperado, acababa de nacer. Los pastores, escuchando sus palabras y un coro de inumerables ánjeles que cantaban la gloria de Dios, acudieron al establo en que yacia el niño acostado sobre el eno, y le adoraron. Ocho dias despues de su nacimiento fué circuncidado Jesus, porque sus padres seguian relijiosamente la ley de Moisés. Pero para anunciar que venia no solamente para los judios, sino para todos los pueblos, mandó Dios á los reyes de Oriente que viniesen á rendir sus omenajes y á ofrecer sus presentes al nuevo rey de los judios, é hizo resplandecer una estrella que los condujo á Bethlehem para obedecer esta órden divina. Cuarenta dias despues del nacimiento de su hijo, María, para cumplir con otra ley, fué al templo á purificarse, y ofreció á Dios su unijénito. Un santo anciano llamado Simeon, conducido é iluminado por el espíritu del Señor, llegaba al templo en el momento mismo. Luego que su fé le descubrió á aquel Dios oculto bajo la debilidad de un niño, lo tomó en sus brazos, dió gracias al Altísimo, y esclamó que moriria en paz, pues sus ojos habian visto al Salvador del mundo, y á aquella luz que debia irradiar sobre todas las naciones de la tierra.

Cuando supo Herodes que corria la noticia del nacimiento de un nuevo rey de los judios, que esta iba de pueblo en pueblo, y que unos reyes de Oriente venian á tributarle omenaje, empeñó á estos reyes á que le diesen algunos detalles sobre el nacimiento y familia de este niño y sobre el paraje en que se hallaba. Pero habiendo ordenado Dios á estos príncipes volviesen á su pais sin satisfacer los deseos del rey, irritado Herodes por su partida, redobló su cólera y mucho mas cuando le contaron las maravillas que habian pasado en el templo al presentarse Jesus. Determinado á matar á este niño, dispuso el bárbaro asesinato de todos los que

no llegasen á dos años en Bethlehem y en los parajes vecinos, á fin de incluir en esta canicería á aquel cuya vida creia que amenazaba á su trono. Pero José y María, advertidos la misma noche de este proyecto inumano, partieron prontamente con su niño y se refujiaron á Ejipto, de donde no volvieron hasta despues de muerto Herodes.

El evanjelio guarda total silencio sobre la vida de Jesus hasta su bautismo, y solo cuenta una accion que hizo á la edad de doce años. En aquella época sus padres vinieron con él á Jerusalem para celebrar la pascua segun la costumbre; pero al volverse á Nazareth, se quedó el niño en la ciudad. María y José creyeron que venia entre los parientes y amigos. No hallándolo, volvieron á Jerusalem, donde le buscaron con suma pena y solicitud, hasta que al tercer dia le encontraron en el templo enmedio de los doctores de la ley, interrogándolos, respondiéndoles, instruyéndolos mas bien que aprendiendo de ellos, y llenándolos de admiracion con su ciencia y su modestia. María le manifestó el pesar que le habia causado abandonándola, y Jesus la respondió: «¿Por qué me buscabas? ¿No sabes tú que es »menester que yo me encuentre »en donde quiera que me llaman los intereses de mi pa»dre?»

Cuando Jesus tuvo treinta y dos años sacó Dios del desierto á San Juan Bautista, á quien habia destinado para su predecesor. Salió pues de su soledad y se presentó á las orillas del Jordan, en donde predicó la penitencia, y bautizó á los que se acercaban á él. El esplendor de su virtud le atrajo muchos discípulos; y como todos los habitantes de Jerusalem corrian para escuchar á aquel santo hombre y que los bautizára, acudió tambien Jesus y se ocultó humildemente entre la muchedumbre. Cuando se acercó á San Juan, este, penetrado de un profundo respeto, apenas se atrevia á derramar algun agua sobre el Salvador. Este profeta que hablaba con tanta osadía á los santos doctores de la ley, temblando delante de Jesus, le dijo: «Tú »eres quien me debe bautizar y »me llenas de confusion dignándote recibir el bautismo de mi »mano.» Jesus le respondió: «Que era necesario se humillase »hasta aquel punto, y que en el »estado en que se hallaba debia »llenar todos sus deberes.» Al momento que estuvo bautizado

se abrió el cielo, Dios hizo bajar al Espíritu Santo bajo la forma de una paloma que se posó sobre la cabeza del Salvador, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que dijo: «Este es »mi hijo amado, en el cual me »he complacido.» Jesus se retiró al punto y Juan continuó declarando á todos los que escuchaban, que era el Mesías prometido y deseado. Jesus, despues de bautizado, se retiró al desierto, en donde ayunó cuarenta dias y cuarenta noches. El demonio se acercó á tentarle, y le propuso hiciese muchos milagros. Jesus le respondió con pasajes de la Escritura, y le recordó que no debia tentar al Señor su Dios. Irritado Satanás quiso que le adorase, y le prometió todos los reinos del mundo, cuya gloria y esplendor le hizo ver. Jesus le respondió: «Retírate Satanás; porque está »escrito, adorarás al Señor tu »Dios y servirás á él únicamen»te.» A cuya respuesta dió á huir el demonio.

Jesus salió del desierto y fué á buscar á San Juan, el cual le proclamó: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.* Dos de sus discípulos, Andrés y Simon, fueron á buscar á Jesus y se juntaron á él como al Mesías. Jesus predijo á Simon que seria el cimiento de su iglesia. El número de los que le escuchaban se aumentó, y la fama de su santidad comenzó á crecer, aun antes de haber hecho ningun milagro.

Algun tiempo despues, encontrándose en Caná de Galilea en unas bodas en que la Santa Virjen María manifestó á su hijo que faltaba vino en la funcion, Jesus, despues de haber respondido á su madre de una manera brusca al parecer, dice la Biblia, cedió á sus deseos y cambió en vino toda el agua que se encontraba en la casa. Este primer milagro, seguido de otros muchos, estendió la fama de su nombre entre el pueblo y los grandes.

Nicodemus, uno de los primeros doctores de la ley, vino á conferenciar con él, y Jesus le esplicó los principios de la fé, sencillez, y humildad cristiana: la rejeneracion del hombre por la accion del Espíritu Santo, y el amor de Dios que entregaba un hijo por la salud del mundo.

Mientras Jesus veia aumentarse en Judea el número de sus discípulos, Juan Bautista, llamado á la corte de Herodes, el tetrarca, hijo de Herodes el Grande, á quien los romanos habian dejado un pequeño territorio donde mandaba sometido al im-

perio, habló á este príncipe con una noble libertad y le censuró su amor culpable é incestuoso. Su valor le atrajo el odio de Herodiades; y esta mujer vengativa y cruel, obtuvo de la debilidad del tetrarca la cabeza del profeta.

Los fariseos, que comenzaban á tener envidia de Jesus, habian aconsejado á Herodes que le prendiese, y para sustraerse de su venganza se retiró á Galilea. En el camino encontró á una mujer samaritana á la cual pidió un poco de agua para apagar la sed que le devoraba. Esta mujer le manifestó cuánto estrañaba ver á un judio superar la repugnancia que habia en Judea á los samaritanos; pero Jesus la iluminó con su respuesta diciéndola que podia darla un agua viva que duraría hasta la vida eterna, y que él era el Mesias. Ella creyó y se convirtió y esparció la noticia en Samaria, cuyos habitantes salieron para invitar á Jesus á que fuese á su pueblo. Despues de haber estado en él dos dias, llegó á Galilea en donde predicó públicamente ecsortando á los hombres á la penitencia porque estaba cerca el reino de los cielos. Unió las acciones á las palabras, y sus milagros dieron cada dia nuevos testimonios de la verdad que anunciaba.

Curó á la madrastra de Pedro, en seguida se embarcó y apaciguó una tempestad que atemorizaba á sus discípulos, se le vió arrojar del cuerpo de un poseido un demonio que le dijo se llamaba Lejion, y admitió en el número de sus discípulos á un publicano llamado Mateo, cuya profesion era justa y jeneralmente despreciada. Los fariseos se escandalizaron, pero Jesus los confundió respondiéndoles que era el médico de los hombres, y que venia á curar los pecadores y los enfermos.

Queriendo Jesus tener doce personas para que despues de él echasen los primeros fundamentos de su iglesia, escojió aquellos cuya fé era mas viva y mas á propósito para derramar la luz. Los separó de los otros discípulos y despues tuvieron el nombre de apóstoles. Despues de esta eleccion vivió siempre con ellos habitando juntos y celebrando juntos la pascua; y no solamente eran testigos de sus acciones públicas, sino de su vida privada; al mismo tiempo les esplicaba en particular lo que á los demás enseñaba en parábolas. Despues de haber elejido sus ministros los llevó á una montaña adonde fué se-

guido de una multitud inumerable de oyentes. Allí les predicó el célebre sermon que contiene todo el evanjelio y las reglas de la conducta necesaria así á los fieles como á los pastores que los dirijen. Compara en él los defectos de la antigua ley con las perfecciones de la nueva, y demuestra la necesidad de despreciar los bienes de la tierra por los del cielo. No estractaremos nada de este discurso que contiene toda la moral cristiana, porque debe saberse todo entero sin omitirse nada. Es deber de todo cristiano leerlo y aprenderlo. Habiendo Jesucristo bajado de la montaña, continuó sus acciones milagrosas y curó á un hombre cubierto de lepra. Sanó al siervo de un centurion que no juzgaba digna su casa de que entrase Jesus en ella. Resucitó la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga y restituyó á una madre aflijida un hijo mancebo ya difunto, y encerrado en el ataud, cuando le conducian al sepulcro.

Una célebre pecadora llamada Magdalena, fué á buscar á Jesus en casa de Simon el fariseo, lloró su pecados á sus pies y los unjió con perfumes. Simon se admiró de que Jesus, si era profeta, no conociese los desórdenes de aquella mujer, ó si los conocia la sufriese cerca de sí; pero el Salvador confundió el orgullo del fariseo, probándole que el arrepentimiento de un pecador era para los ojos de Dios un espectáculo mas agradable que la tranquilidad de los que han tenido una conducta mas arreglada. Otro de sus milagros mas célebres y públicos fué haber alimentado á cinco mil hombres que le seguian, con cinco panes y algunos peces que llevaban sus discípulos. Anduvo á pie sobre el mar de Galilea para afirmar la fé de sus apóstoles: alabó la de Pedro que le reconoció por hijo de Dios vivo: se transfiguró en presencia de Pedro, Jacobo, y Juan en el monte Tabor, apareciendo resplandeciente como el sol entre Moisés y Elias, y resonando las mismas palabras de Dios que se habian oido en el bautismo.

Los fariseos, doctores de la ley, que tendian contínuamente lazos al Salvador, le preguntaron si se debia pagar tributo al César. Jesus, mostrándoles la efijie de una moneda respondió: «Dad »al César lo que es del César, y á »Dios lo que es de Dios.» Precepto divino que enseña á los ministros de la iglesia y á los cristianos el respeto y la obe-

diencia que deben á las potestades de la tierra, y precepto que han olvidado y olvidan muchas veces los ministros de aquel Dios cuyas doctrinas se jactan de seguir.

Volvió de Galilea á Jerusalem concluida la octava de la fiesta de los tabernáculos. Los fariseos le presentaron una mujer adúltera y le preguntaron lo que debia hacerse con ella; para desacreditarlo como enemigo de la ley si la absolvia, ó como inumano si la condenaba. Jesus respondió: «El que esté esento de »pecado, tírele la primer piedra.» Los consultantes pérfidos se retiraron uno despues de otro y dejaron á la mujer. Jesus la perdonó y la mandó no volver á pecar. Continuó enseñando en el templo, bajo la forma de parábolas, las verdades de la moral evanjélica, dulce y severa al mismo tiempo, reducida á los dos grandes principios del amor de Dios y del prójimo, y que funda los deberes del hombre sobre la tierra en su union íntima con la divinidad.

Despues de haber enseñado á sus apóstoles que debian esparcir la luz del evanjelio por el mundo, y que todo lo que desatasen en la tierra seria desatado en el cielo, habiendo recomendado á sus discípulos y á todos los fieles observasen la justicia, practicasen la caridad, guardasen indisolublemente la fé del matrimonio y unos á otros se confesasen sus faltas, les anunció la resurreccion futura del jénero humano, y les dijo que en aquel dia terrible vendria en toda su majestad, acompañado de sus ánjeles, para juzgar á los hombres, separar los buenos de los malos, conducir los unos al cielo, y precipitar los otros en la morada de los tormentos eternos.

Acercábase el fin de la mision divina de Jesus, y continuó señalándola con grandes milagros. Un ciego de nacimiento creyó en él y vió la luz. Marta y María le habian probado su zelo, una por sus cuidados, y otra con su anelo á escuchar su palabra; por lo cual resucitó á su hermano Lázaro de que las habia privado la muerte. Hizo hablar á los mudos y andar á los tullidos.

Viendo en fin que era llegado el momento en que debia cumplir las profecías, consumar su sacrificio, morir por la salvacion de los hombres, cerrar el infierno y abrir el cielo, dirijióse á Jerusalem el Salvador del mundo acompañado de sus discípulos y de cuantos creian

en su palabra. Subióse sobre una burra para manifestar la humildad de su vida temporal. Una multitud de personas que acudian á Jerusalem para celebrar la pascua, al saber que entraba en la ciudad tomaron ramos de palmas, precedieron á su marcha y muchos arrojaban al paso yerbas y flores gritando: «¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito »el que viene en el nombre del »Señor!»

Esta entrada triunfante y estas aclamaciones del pueblo, redoblaron la animosidad de sus enemigos y les confirmaron mas en su designio de darle muerte. Al entrar Jesus en el templo arrojó de él á los que vendian y compraban; derribó las mesas de los que cambiaban y los asientos de los que vendian palomas, y les dijo: «Escrito es»tá: mi casa será llamada casa »de oracion, y vosotros habeis »hecho de ella una caberna de »ladrones.» Entonces los cojos y los ciegos vinieron al templo y él los curó.

Despues de haber predicado por muchos dias en Jerusalem, dijo Jesus á Judas que preparase lo necesario para hacer la cena con sus discípulos; y aun cuando el pérfido Judas estaba ya decidido á perder á su maestro y á entregarlo por dinero á los sacerdotes, ejecutó las órdenes del Señor.

Luego que Jesus comió el cordero pascual con sus apostóles conforme á la ley, se bajó á ellos y les lavó humildemente los pies, recomendándoles siguiesen unos con otros este ejemplo de caridad. En seguida les dijo que uno de ellos le haria traicion; y como todos se indignasen de esta cobardía, Judas tuvo la impudencia de preguntar á Jesus como los demás, si seria él quien cometeria aquel crímen. En fin, sin desarmarse por la bondad de Cristo, lo dejó para ir á concluir su vil ajuste y consumar su infame traicion. Durante esta cena relijiosa dividió Jesucristo su pan, y habiéndolo distribuido á sus discípulos, les dijo estas memorables palabras: «Este es »mi cuerpo.» Por las cuales instituyó el sacramento mas misterioso de cuantos venera la iglesia cristiana.

Despues de haber dicho á sus apóstoles que en adelante este alimento seria el de sus almas, advirtió á San Pedro que le negaria tres veces antes de que cantase el gallo. Pedro, demasiado seguro en su fé, no quiso creerle; pero esta prediccion no tardó en cumplirse.

Al descubrir Jesus á sus discípulos las verdades contenidas en su último sermon, les recomendó tomasen sus espadas y pasó con ellos el torrente de Cedron, para dirijirse segun su costumbre al monte de las olivas. Llegado que hubo á un lugar que se llamaba Gethsemaní, los dejó y se retiró á un huerto para orar, llevando consigo únicamente á Pedro, Santiago y Juan. Dijo á sus discípulos favoritos que tenia una mortal tristeza, y los ecsortaba á que velasen ínterin él oraba; y por tres veces fué á sus otros discípulos diciéndoles: «Velad y orad: porque el »espíritu es pronto y la carne »enferma.»

Presentóse Judas por último en el huerto con una tropa de jente armada; habíales advertido antes que aquel á quien abrazase era Jesus, y que debian apoderarse al punto de él, no fuera que se les escapase.

Acercándose el traidor á Jesus le besó, y el Salvador le dijo: «Amigo mio ¿qué haces? ¿vas »á entregar al hijo del hombre »por un beso?» Al momento acuden los guardias á prenderle; pero Jesus les preguntó «¿A quién buscais?» con una voz tan fuerte que los derribó por tierra. Despues de haber manifestado de este modo que no se entregaba por debilidad, sino por obediencia, se entregó á aquellos malvados, respetando en ellos la autoridad que su padre le habia dado.

Pedro hizo algunos esfuerzos para defenderlo; tiró de su espada y cortó una oreja á Malco, uno de los criados del gran sacerdote; pero Jesucristo, lejos de querer ofender á sus enemigos, curó en un momento la herida, y reprendió á Pedro su arrojo, diciéndole que á no haber aceptado el cáliz que su padre le presentaba, los ánjeles le hubieran defendido. Dejóse prender y atar, contentándose con decir á los ministros, que habian salido contra él como si fuera un ladron, cuando le tenian todos los dias en el templo en donde podian prenderle.

Lleváronle primero ante Anás, suegro de Caifás, que le preguntó acerca de su doctrina. Jesus le respondió que la habia predicado públicamente, que los que le habian oido podian dar testimonio de ella; respuesta por la cual le dió una bofetada uno de los ministros. Anás le envió á Caifás, que era sumo pontífice, en cuya casa se habian reunido los principales sacerdotes para oir á los testigos. Jesus no respondió á ninguno de los

cargos que le hacian. Caifás le conjuró en nombre de Dios á que dijese si era el unjido. «Sí, respondió Jesus: vereis al hijo del »hombre sentado á la diestra del »Señor.» Caifás rasgó sus vestiduras, esclamando: *Blasfemó: no hay necesidad de mas testigos. Oísteis su blasfemia: ¿cuál es vuestro dictámen?* Todos respondieron: *Es reo de muerte.* Entonces los sayones empezaron á escarnecerlo y herirlo con todo jénero de afrentas y golpes. Esta noche le negó Pedro, segun se lo habia profetizado, diciendo bajo juramento, que no le conocia á los que le preguntaba por él. El gallo cantó, y el arrepentimiento siguió inmediatamente al delito.

Cuando llegó el dia le condujeron al tribunal de Poncio Pilato, gobernador de Judea, para que diese órden de llevarlo al suplicio. El gobernador preguntó cuáles eran sus delitos, y viendo que solo esponian acusaciones vagas, les dijo que lo juzgasen ellos mismos segun sus leyes. Entonces empezaron á calumniarle de sedicioso, de que sublevaba al pueblo y le impedia pagar el tributo al César con el designio de hacerse rey. Pilato preguntó á Jesus sobre este capítulo de acusacion; y el Salvador respondió: *Mi reino no es de este mundo.* Mácsima santa y venerable que han olvidado sus ambiciosos ministros, causando al mundo mas desastres que todos los azotes juntos. Pero los pueblos se desengañarán un dia, y la pureza evanjélica volverá á su primitivo estado, si es que se quiere que la relijion deje de ser un medio productivo para unos cuantos. El gobernador dijo á los judios que no encontraba culpa en él; pero atemorizado por los gritos del pueblo, volvió á interrogarle; mas Jesus observó un profundo silencio. Entonces dijeron á Pilato que Jesus era de Galilea, y le envió á Herodes, tetrarca de esta provincia, que entonces se hallaba en Jerusalem. Despues de haberle interrogado Herodes y de no recibir respuesta alguna, le despreció, le hizo vestir de una túnica blanca y le devolvió á Pilato. El gobernador declaró á los judios que no creia culpable á Jesus, y que el mismo Herodes no habia hallado crímen en él; pero redoblándose entonces el tumulto con mayor violencia, mandó Pilato que azotasen á Jesus, esperando calmar de este modo el resentimiento de sus enemigos. Los soldados ejecutaron la órden del presidente, y

para burlarse de su título de rey le pusieron un vestido de púrpura, una corona de espinas en la cabeza, una caña en la mano, y le abofetearon diciéndole: «Salve, rey de los judios.» El gobernador le presentó en esta situacion á la vista del pueblo diciendo: *Aquí lo teneis! (Ecce homo.)* Pero el furor creció de nuevo, y los judios pidieron á grandes gritos su muerte.

Habia costumbre en Jerusalem de conceder todos los años la libertad á un preso con motivo de la festividad de la pascua. Pilato quiso aprovecharse de esta circustancia para salvar á Jesus: la mujer de Pilato le esortaba á que no manchase sus manos en la sangre de aquel justo, y le contó con tal motivo un sueño terrible que habia tenido. Los judios se valieron de la debilidad del gobernador acusándole de protejer contra la soberanía del César á un hombre que se habia llamado rey de los judios. Pilato sacrificó la justicia á la fortuna, y preguntó al pueblo cuál debia ponerse en libertad, si Jesus, ó un ladron llamado Barrabás. El pueblo dijo que Barrabás; y el gobernador, despues de haberse lavado las manos delante del pueblo, diciendo que no era culpable de la sangre de aquel hombre, pronunció su sentencia de muerte y lo entregó á los judios.

Cargado Jesus con la cruz, instrumento de su suplicio, y que era entonces un cadalso para ellos, fué llevado al monte Calvario que estaba fuera de la ciudad. Temiendo los judios que el peso que llevaba le hiciese morir en el camino: *llamaron á un hombre de Cyrene, por nombre Simon, y le obligaron á que cargase con la cruz*. El Señor continuó su marcha enmedio de los insultos del pueblo, que redoblaron cuando llegó al Calvario. Allí fué cruficado entre dos ladrones: uno de ellos le insultaba: el otro creyó en él y le pidió que le diese lugar en su reino, lo que Jesus le prometió. Viendo á su madre y á Juan al pie de la cruz dijo, á la santa vírjen: *Mujer, este es tu hijo*: y á Juan: *Esa es tu madre*. Despues esclamó: *Padre mio! por qué me has desamparado?* Cumplidas en fin las profecías y su mision, encomendó su alma á Dios y murió. En aquel momento cubrieron las tinieblas la haz de la tierra, y duraron el espacio de tres horas; rasgóse el velo del templo, hubo un gran terremoto: las piedras se partieron; abriéronse los sepulcros; los muertos resucitaron, y se

aparecieron á muchas personas. Al ver tantos prodijios, el centurion que mandaba la tropa reconoció á Jesus por hijo de Dios, y la multitud se dispersó, suspirando y dándose golpes en los pechos.

Los judios, siempre escrupulosos aun enmedio de los mayores crímenes, no querian que los condenados permaneciesen colgados de la cruz en la festividad de la pascua, y Pilato accedió á sus súplicas, mandando quebrar las piernas á los dos ladrones; lo que no se hizo con Jesus por haber muerto ya. Uno de los soldados le abrió el costado de un lanzazo y salió de la herida sangre mezclada con agua. José de Arimatea, discípulo secreto de Jesus, pidió á Pilato su cadáver para enterrarlo, y concedido, le embalsamaron él y Nicodemus, le envolvieron en un lienzo blanco y le encerraron en un sepulcro recien construido, y en el cual aun no se habia enterrado nadie. Temiendo los judios que se divulgase su resureccion, profetizada por Jesus, obtuvieron de Pilato que se sellase el sepulcro y se pusiesen guardias en él; precaucion que sirvió para hacer mas conocido el prodijio. Repentinamente tembló la tierra: un ánjel descendió del cielo, quitó la piedra del sepulcro, se sentó sobre él, y los guardias, atemorizados fueron á Jerusalem á contar á los principales sacerdotes lo que habia sucedido. Estos corrompieron á los guardias para que declarasen haber robado los discípulos de Jesus el cadáver, mientras ellos dormian.

María Magdalena y otras santas mujeres acudieron muy temprano al sepulcro, y viéndole abierto corrieron á dar cuenta á los apóstoles de lo que pasaba. María Magdalena, se quedó sola y entró en el sepulcro. Dos ánjeles vestidos de blanco se la aparecieron, y la preguntaron que por qué lloraba. Ella respondió, que porque la habian llevado á su maestro. Pero volviéndose entonces vió á Jesucristo bajo la forma de un jardinero, que le hizo la misma pregunta. Despues de su respuesta, no la dijo Jesus mas que esta palabra: *María*: entonces reconoció al Salvador y quiso arrojarse á sus pies; pero él se lo impidió y la dijo que fuese á contar á sus discípulos lo que habia visto. Tal fué, segun el Evanjelio, la primera aparicion del Señor despues de haber resucitado.

Cuando Jesus se presentó á

Magdalena lo hizo tambien á otras santas mujeres, y les recomendó anunciasen su resureccion á los apóstoles; pero estos tomaron por un sueño su relacion. Poco tiempo despues apareció el Salvador en figura de viajero á dos discípulos de Emmaus que caminaban juntos ocupándose de su vida y muerte: Jesus se acercó á ellos y les preguntó de qué trataban; ellos le contaron su propia historia y la terminaron diciéndole que no habia resucitado al tercero dia, como lo habia prometido á pesar de afirmarlo algunas mujeres, y de no haber encontrado ellos nada en el sepulcro que por sí mismos habian ido á visitar. Admirado el Salvador de su incredulidad, despues de tantos hechos que podian convencerlos, les reprendió su poca fé y les esplicó como todo lo que habian dicho los profetas desde Moisés se habia cumplido. Entró en seguida con ellos en una ostería, y cuando estuvieron en la mesa, tomó el pan, lo bendijo, se lo dió, y desapareció. Estando reunidos los apóstoles comiendo, se les presentó el Salvador, les dió á tocar sus manos, comió de los manjares, ilustró sus mentes para la intelijencia de las Escrituras, y les mandó predicar su doctrina por todo el mundo. Tomás Dídimo no estaba en esta ocasion con los demás apóstoles y no quiso creer lo que ellos le decian: ocho dias despues, estando todos juntos, se apareció de nuevo el Salvador é hizo tocar al apóstol incrédulo las llagas de sus manos, pies y costado. Despues de haberse aparecido otras diferentes veces á sus apóstoles, los llevó á una montaña cercana á Betania, les repitió sus órdenes y promesas, los bendijo y subió en una nube á los cielos. Sus discípulos le adoraron y volvieron á Jerusalem, donde escojieron á Matías para que ocupase el lugar de Judas. Cuando se cumplieron los dias de pentecostés, estando juntos todos los apóstoles en un mismo lugar, despues de un viento fuerte, vieron descender sobre ellos unas como lenguas de fuego; se sintieron inspirados del Espirítu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas. Los apóstoles salieron y predicaron á los judios habitantes de diversos paises, que habian concurrido á la solemnidad, en los diferentes idiomas que hablaban. Pedro les recordó que este prodijio habia sido anunciado por el profeta Joel; les manifestó la mision, vida y muerte del Salvador; les

contó los milagros y resureccion de su maestro, de que los apóstoles eran testigos, y en fin, concluyó que Jesus, muerto por los judios, era el verdadero Mesías, prometido á las naciones.

Este primer sermon de los apóstoles produjo la conversion de tres mil personas, y la iglesia quedó completamente establecida. Los cristianos vivian en comun ligados por los vínculos del amor y la fraternidad, bajo la direccion de los apóstoles. Celebraban con ellos los divinos misterios, oraban con frecuencia, y eran amados del pueblo por la pureza de su culto y la sencillez de sus costumbres. Las predicaciones de los apóstoles y los muchos milagros que obraban, aumentaban cada dia la grey del Señor.

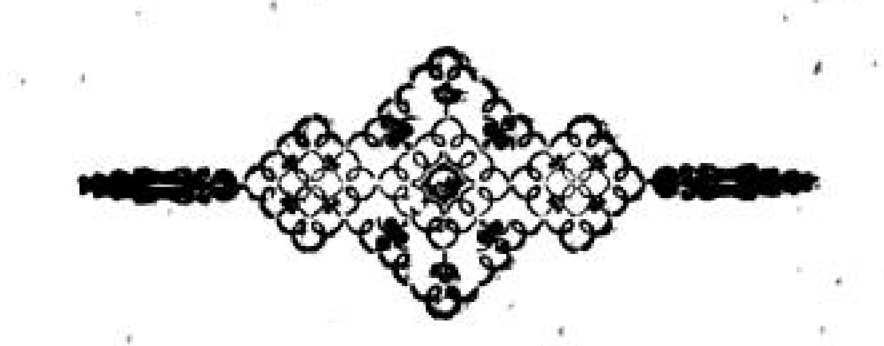
Los principales sacerdotes estaban irritados de los progresos de los apóstoles. Pedro y Juan fueron presos y presentados ante el consejo que no se atrevia á condenarlos á muerte á pesar de la firmeza con que predicaban la divinidad, doctrina y resureccion de Jesus, y se contentaron con proibirles que predicasen. Los apóstoles obedecieron á Dios y predicaron, por lo que fueron puestos otra vez en la cárcel, de la cual los libró un ánjel. El diácono Esteban, despues de un fervoroso sermon, fué apedreado por los judios: primer testigo ó *martir* que selló con su sangre la verdad del evanjelio. A este martirio se siguió una gran persecucion contra los fieles, que fueron dispersados en diversos lugares de Judea y Samária.

El mas ardiente perseguidor de los cristianos era un judio llamado Sáulo, que gozaba del privilejio de ciudadano romano. (Año de Cristo el 34.) Yendo á Damasco con órdenes crueles del gran sacerdote para las sinagogas de aquella ciudad, una luz del cielo le derribó en tierra, y oyó una voz que le decia: «*Sáulo,* »*Sáulo, ¿por qué me persigues?*» «¿Quién eres, Señor?» preguntó Sáulo...—«Soy Jesus, á quien »persigues. Duro es dar coces »contra el aguijon.» Sáulo, convencido, entró por mandato del Señor en la ciudad, y Ananias, uno de los discípulos, le bautizó. Desde entonces bajo el nombre de Pablo, fué ardiente predicador del cristianismo.

La historia de las predicaciones de los apóstoles y de los discípulos en Judea, en Roma, en Grecia, y en Asia, sus epístolas, sus milagros y sus martirios no pertenecen ya á la história de los judios, y hacen parte de

la del establecimiento del cristianismo que hallaremos en cada nacion, siguiendo el curso de esta historia jeneral: bastará decir aquí que el primer concilio de los cristianos presidido por los apóstoles se tuvo poco despues en Jerusalem, que San Pablo, acusado por los sacerdotes se justificó delante del rey Agripa, pero que fué enviado á Roma por haber apelado á César.

Tomemos aora el curso de los acontecimientos que pasaron en Judea desde la muerte de Herodes el Grande, en cuyo reinado nació Jesucristo, hasta la toma de Jerusalem y destruccion del templo predicha por el Señor.



CAPITULO X.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO HASTA LA DISPERSION DE LOS JUDIOS.

Estado de la Judea bajo los romanos. —Agripa II. —Guerra de los judios contra los romanos. —Muerte valerosa de sesenta judios en una caverna. —Ruina de Jerusalem por Tito. —Incendio del templo por un soldado. —Dispersion de los judios.

ARQUELAO, AGRIPA, HERODES EL TETRARCA, AGRIPA II, SIMON, JUAN Y JOSEF.

Estado de la Judea bajo los romanos.—Ya hemos visto antes de principiar la historia del Salvador, como mediante las quejas de los judios, el emperador Augusto habia desterrado á Arquelao, hijo y sucesor de Herodes el Grande. Desde esta época, los príncipes de su familia, á quien Roma honraba con el título de tetrarca, ó de rey, no podian ser mirados como soberanos; pues cuando mas, eran gobernadores secundarios, sujetos al gobernador jeneral nombrado por el emperador, y su obediencia, mas ó menos sincera, arreglaba el grado de su dureza y favor.

La política romana creyó al principio que la Judea podia estar tranquila bajo su dependencia, como todos los otros reinos que sucesivamente fueron divididos, protejidos y conquistados por los jenerales de la dominadora del mundo. Roma, habiendo dejado á los judios, como á las demás naciones del imperio su relijion, costumbres y leyes, no entendia en su administracion interior sino para apaciguar las turbulencias, y recibir las contribuciones de dinero y hombres. Pero la relijion y las opiniones de los israelitas, eran incompatibles con esta dependencia, y los sentimientos grabados por la ley de Moisés les hacian

odiosa toda mezcla con el estranjero. Semejante pueblo, queriendo siempre ser gobernado por su Dios, por sus sacerdotes y por sus ancianos, no podia mas que ser esclavo y no vasallo, si era conquistado; y conociendo bien sus costumbres, fácilmente se hubiera podido prever que haria constantes esfuerzos para sacudir su yugo, y que siendo demasiado débil para luchar con ventaja contra el imperio romano, su contínua resistencia y sus turbulentas sacudidas debian ocasionar su ruina. Hemos visto en los libros santos, que esta destruccion estaba profetizada ya á los judios, como un castigo inevitable de sus vicios y de su impiedad. Nosotros, como historiadores, debemos ecsaminar aquí únicamente las causas secundarias del esacto cumplimiento de las profecías.

La fuerza de los judios estaba debilitada largo tiempo por la division que ecsistia entre los pueblos de Samária y Jerusalem, en la época del nacimiento de Cristo. Esta division se habia aumentado con la formacion de tres sectas, los fariseos, los esenios y los saduceos. La primera y mas poderosa, y la que mas se atenia á la letra que al espíritu de la ley de Moisés, observaba estrictamente las antiguas formas, era mas asídua á la oracion, no sufria ninguna variacion en las ceremonias, conservaba un gran respeto á la vejez, y ejercia gran autoridad sobre el pueblo. Los fariseos creian en la inmortalidad del alma; pero su doctrina estaba mezclada de fatalismo y aun de una especie de metempsícosis, porque creian que las almas de los justos volvian á habitar este mundo. Jesucristo les censuró muchas veces su orgullo y su hipocresía.

Los saduceos, pocos en número, pero de la clase mas distinguida, negaban la inmortalidad del alma, y no reconocian la ley sino como un medio de conservar el órden público.

Los esenios, virtuosos y austeros, convencidos de la inmortalidad del alma, y resignados á todos los decretos de la Providencia, empleaban toda su vida en el estudio y práctica de la justicia, contentábanse con enviar sus ofrendas al templo, sin ir á él á hacer sacrificios. Ocupábanse solo de la agricultura. Todo era comun entre ellos; no tenian sirvientes porque creian que sujetar á los hombres era ofender á la naturaleza que los habia hecho iguales á todos. Esta secta, poco numerosa y sepa-

rada del resto de la nacion, podia mirarse como una comunidad relijiosa, y no tenia ninguna influencia en los negocios públicos.

Un hombre llamado Judas fundó una cuarta secta, cuyo ardor y actividad arrastraron á una parte del pueblo. Semejantes en todo á los fariseos, sostenian que no debia reconocerse por Señor y por rey sino á Dios, y su fanatismo republicano les hubiera hecho sufrir toda clase de tormentos y suplicios mas bien que conceder á un hombre el nombre de señor ó dueño. El espíritu turbulento de estos últimos sectarios fué, como se verá despues, una de las causas principales de la ruina de su patria. El emperador Augusto habia nombrado á Cireneo gobernador de Siria, con órden de hacer el censo de los bienes de todos los particulares. Esta medida escitaba el descontento de los judíos, y en vano quiso el gran sacerdote Joasar persuadirles la sumision. Este mismo Judas, de que acabamos de hablar, concertado con un fariseo llamado Sadoc, escitó el pueblo á la rebelion, diciéndole que el tal censo era una prueba evidente del proyecto formado por el emperador para arruinar á los judios y reducirlos á la esclavitud. Recordóles todos los milagros de Dios en su favor y la obligacion sagrada de defender sus leyes y su independencia. En fin les prometió en el nombre del Señor los mayores triunfos, si se decidian á servir su causa. Al momento estalló por todas partes la revolucion; ya no se vieron mas que asesinatos y salteamientos; robábase á amigos y enemigos sopretesto de defender la libertad pública, y se acusaba de traicion á los ricos y á los grandes para matarlos y apoderarse de sus bienes. La rabia de los sediciosos llegó á un grado tal de furor, que una grande ambre que sobrevino no detuvo el curso de sus crueldades, y aun se vió el fuego de esta guerra civil llevar el incendio hasta el templo del Señor.

Cireneo, despues de haber derramado mucha sangre, apaciguó esta primer revolucion y acabó el censo, que se verificó treinta y siete años despues de la batalla de Accium. Confiscó los bienes de Arquelao, ya depuesto, y confirmó á Herodes y á Filipo las tetrarquías que Herodes el grande les habia dejado en su testamento. Herodes edificó una ciudad en honor del emperador Tiberio, y le puso por nombre Tiberiada.

En tiempo de Pilato pasaron de Cesárea á Jerusalem algunas tropas romanas, cuyas banderas llevaban la efijie del emperador, á la cual se tributaban honores casi divinos, y contrarios á la ley de los judios. Estos suplicaron al gobernador que llevase á otras partes aquellas banderas: Pilato no consintió, diciendo que era ofender al emperador. Redoblaron sus instancias; pero Pilato subió á su tribunal é hizo tomar las armas á sus tropas, que envolvieron á los judios, amenazándolos con la muerte si no se sometian. Entonces descubriendo todos sus pechos esclamaron: «Que el sosten de la ley »les era mas querido que la vi»da.» Pilato, vencido por tan ardiente zelo, hizo conducir las banderas á Cesárea.

Algun tiempo despues, proyectando el gobernador la construccion de acueductos, creyó necesario echar mano del tesoro del templo. El pueblo volvió á sublevarse; pero Pilato reprimió esta sedicion despues de haber dado muerte á un gran número de sediciosos. Quiso despues someter á los samaritanos que habian tomado las armas para apoderarse de la montaña de Garicim, creyendo que encontrarian en su centro un tesoro y vasos sagrados que se decia estar ocultados allí por Moisés. Los rigores que el gobernador empleó en aquella espedicion, determinaron á los samaritanos á presentar una acusacion contra él á Vitelio, gobernador de Siria. Este mandó á Pilato que fuese á Roma para justificarse. El mismo vino á Jerusalem por la fiesta de pascua y lo recibieron con grandes honores. Dispensó á los habitantes un impuesto sobre los frutos; permitió á los sacrificadores que guardasen el éfodo y los ornamentos sacerdotales, que la envidia de Herodes el Grande habia hecho encerrar en la fortaleza Antonia; y en fin, depuso á Caifás, y dió el sacerdocio á Jonatás, hijo del antiguo gran sacerdote Anano.

Parece que Herodes el tetrarca gozaba entonces, bajo la proteccion de Tiberio, de una autoridad casi real; pues se ve que hizo la guerra á Aretas, su suegro, rey de los árabes, cuya hija acababa de repudiar para casarse con su hermana Herodiades. Sus armas fueron desgraciadas. Aretas lo batió, y los judios atribuyeron su derrota á castigo del cielo por la muerte de Juan Bautista, cuya memoria veneraban. La muerte de Tiberio y la elevacion de Cayo Calí-

gula al trono imperial, mudó enteramente la fortuna de Agripa, nieto de Herodes el Grande, que aborrecido de su familia, sin herencia, ni bienes, oscurecido en Roma, preso de órden del suspicaz Tiberio por haber mostrado deseos de que subiese al trono Calígula, hijo de su protectora Antonia, recibió de este emperador grandes bienes en Judea, y el título de tetrarca ó rey. Herodes con toda su familia fué desterrado á Lugduno de los Secuanos.

Los judios de Alejandría no quisieron hacer los honores de estilo á las estátuas de Calígula: Petronio, gobernador de la Siria, marchó contra ellos; pero Agripa intercedió en su favor y alcanzó el perdon. Los de Babilonia no fueron tan felices: sus riquezas los habian hecho tan poderosos que causaban zelos á los griegos y á los sirios, y perecieron cincuenta mil de ellos.

Claudio, sucesor de Calígula, confirmó los favores hechos á Agripa, y añadió á su tetrarquía la Judea y la Samária; dió además el reino de Cálcida á Herodes, hermano de Agripa, y publicó edictos muy favorables á los judios. Agripa regaló al templo de Jerusalem una cadena de oro que le habia dado Calígula: hizo sacrificios solemnes, restableció el órden y la disciplina en el estado, y probó á los habitantes de Jerusalem su reconocimiento libertándolos del impuesto que pagaban por cada casa. Formó un ejército, cuyo mando dió á Silas, que nunca le habia abandonado en la adversidad: embelleció á Jerusalem, levantó sus murallas, y aun quiso fortificarla de modo que fuese inexpugnable; pero una órden de Marso, gobernador de Siria, le obligó á suspender esta obra. Estableció juegos y teatros, y dió al pueblo en un circo el espectáculo bárbaro de mil cuatrocientos reos condenados á muerte peleando unos con otros como los gladiadores de Roma. El tercer año de su reinado celebró el cumpleaños del emperador con juegos solemnes. Aunque el pueblo veia con desagrado estas festividades jentílicas, ninguno de los grandes faltaba á ellas. Agripa murió poco tiempo despues de una enfermedad aguda; y fué llorado por la suavidad de su carácter y la prosperidad del tiempo que reinó.

Agripa II.—Siendo su hijo Agripa demasiado niño para sucederle, dió el emperador el mando de la Judea á Caspio Fe-

do; y concedió á Herodes, tio del jóven rey, la administracion del templo y del tesoro, y el derecho de nombrar los sumos sacerdotes. Tiberio Alejandro sucedió á Fedo en el gobierno militar, y á Tiberio sucedió Cumano. Este, deseando impedir las turbulencias causadas en la celebracion de la pascua por el gran concurso de forasteros, puso una coorte á la puerta del templo. Un soldado romano cometió una indecencia; el pueblo se sublevó atribuyéndola á las órdenes de Cumano. Este, no pudiendo apaciguar con razones á los turbulentos, mandó avanzar á la tropa: los judios huyeron y perecieron veinte mil, oprimidos unos por otros dándose prisa á la fuga.

Neron, sucesor de Claudio, aumentó el reino de Agripa, y dió la corona de la pequeña Armenia á Aristóbulo, hijo de Herodes. Féliz sucedió á Cumano en el gobierno de Judea; destruyó una cuadrilla de ladrones tan atrevidos que asesinaron al sumo pontífice Jonatás en el recinto del templo, y esterminó muchos fanáticos que sublevaban el pueblo, y entre ellos á un falso profeta que se habia puesto al frente de treinta mil hombres para arrojar á los romanos de Jerusalem.

En este tiempo renovaron los sirios sus antiguas pretensiones á la soberanía de la santa ciudad; negocio que se remitió al arbitrio de Neron. Festo, enviado por el emperador para el gobierno de Judea, continuó la guerra contra los bandidos; pero sus sucesores Albino, y despues Floro, se hicieron del partido de aquellos facinerosos para robar á los ricos y oprimir el pueblo.

En este tiempo profanaron algunos griegos la sinagoga de Césárea: los judios se defendieron, pero fueron vencidos. Floro, con el pretesto de apaciguar aquellas turbulencias, quiso sacar diezisiete talentos del tesoro del templo. Esta violacion del lugar sagrado produjo una nueva sedicion: las tropas romanas degollaron un gran número de judios, á pesar de la intercesion de Berenice, hermana del rey Agripa, que espuso su vida en esta ocasion por salvar á sus compatriotas.

Guerra con los romanos.— Decidido Floro á saquear el templo y humillar á los judios, mandó á los habitantes de Jerusalem que saliesen á recibir á las tropas romanas que venian de Cesárea. Obedecieron estos desgraciados, y en el momento que saludaban

las banderas del emperador fueron acometidos por los soldados, que hicieron en ellos una gran matanza. Esta crueldad dió al pueblo el valor de la desesperacion: reúnese, corre á las armas y echa del templo y de la ciudad á los romanos. Floro, refujiado en Cesárea, avisó á Cestio, gobernador de Siria, los resultados de la rebelion. Cestio envió oficiales á Jerusalem para que tomasen informes acerca de estos sucesos. Previendo el rey Agripa las desgracias de su patria, reunió el pueblo y le ecsortó en vano á la sumision, recordándole lo que en otro tiempo habia sido bajo los ejipcios y asirios, naciones menos poderosas que la romana; recordóles la toma de Jerusalem por Pompeyo; la pobreza, debilidad y facciones de la Judea, arruinada por ladrones y desprovista de tropa y fortalezas, y las fuerzas del emperador, señor de todo el mundo, y jefe de lejiones victoriosas é irresistibles. En fin, los conjuró á que depusiesen las armas inútiles, y mediante las súplicas obtuviesen una justicia que su padre jamás habia solicitado en vano, y una proteccion verdadera en vez de una quimérica independencia.

Irritado el pueblo, despreció sus palabras: los gritos de relijion y libertad aogaron la voz del rey; le echaron de la plaza á pedradas, y quemaron su palacio y el de su hermana. Todavia quedaban algunos romanos de guarnicion en la fortaleza; y á pesar de las representaciones del gran sacerdote y de las personas mas distinguidas que quisieron aplacar al pueblo, los sediciosos, capitaneados por Eleazar, asaltaron la fortaleza, asesinaron la guarnicion romana, y obligaron á los sacrificadores á que reusasen la víctima que se les ofrecia en nombre del emperador. Los principales de Jerusalem pidieron socorro contra los facciosos; pero Floro no lo quiso enviar, y los soldados de Agripa fueron vencidos por Eleazar.

Manahem, hijo de Judas el fundador de la nueva secta, sublevó todo el pueblo, haciéndole jurar que sacudiria el yugo estranjero, y no obedeceria sino á Dios. Apoderóse de la fortaleza de Massada; pero ensoberbecido con este triunfo, se presentó en el templo con vestiduras reales, y su mismo partido le envió al suplicio. Mitilio, jeneral romano que mandaba una fortaleza, capituló y se retiró á Cesárea. Desde este momento la

venganza de Roma empezó á caer de una manera terrible sobre los judios: veinte mil fueron degollados en Cesárea, trece mil en Scitópolis, cincuenta mil en Alejandria. Estas matanzas produjeron crueles represalias en Judea. Cestio Galo entró en ella con un poderoso ejército romano, y Agripa se le reunió; pero esta vez fué superior el fanatismo á la disciplina, y los romanos, vencidos en Betoron, tuvieron que retirarse. Cestio volvió con nuevas fuerzas y se apoderó de Jerusalem; pero habiendo dado un asalto inútil al templo, se desanimó y huyó con pérdida de cuatro mil hombres. Los habitantes de Damasco vengaron su derrota degollando á diez mil judios.

Los caudillos de los rebelados eran Eleazar, Silas, Juan y Josefo el historiador. Estos fortificaron las plazas, levantaron un ejército de cien mil hombres y los sometieron á una rigorosa disciplina. Al mismo tiempo Simon, hijo de Jóras, formó una partida de ladrones y jente perdida, con el objeto de robar á los ricos. El emperador Neron destituyó á Cestio, y dió á Vespasiano el gobierno de Siria y el mando del ejército. Apenas llegó este jeneral á su provincia, envió á Alejandría á su hijo Tito, é hizo los preparativos necesarios para vengar la afrenta de las águilas romanas.

Los judios, ensoberbecidos con sus victorias, atacaron á Ascalon, mas fueron vencidos en una gran batalla con pérdida de dieziocho mil hombres, y tres de sus jenerales, Silas, Juan y Eleazar.

Vespasiano y Tito, aprovechándose de esta victoria, penetraron en Galilea con un ejército de sesenta mil hombres. El terror de los judios fué tal que Josefo, abandonado de todo su ejército, tuvo que retirarse á Tiberiada. En vano ecsortó á su nacion á que capitulase, pues no podia pelear: ni fué oido ni socorrido, y con los pocos valientes que le quedaban se encerró en Jotapat. Vespasiano lo sitió y puso empeño en apoderarse de su persona, creyendo, dice el mismo Josefo, que vencido él quedaba sometida la Judea. Si esta frase denota algun orgullo en el historiador, lo justificó con su valor. El sitio fué largo y sangriento: los judios hicieron varias salidas, en una de las cuales fué herido Vespasiano, y resistieron muchos asaltos. Entretanto se apoderaba Tito de Jafa, y Cereales de la montaña

de Garicim, en la cual mató á once mil samaritanos. Vespasiano, no pudiendo conseguir nada por la fuerza, aparentó renunciar á los ataques: la vijilancia de los judios disminuyó, y los romanos entraron por sorpresa en Jotapat. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, escepto las mujeres y los niños. Josefo se encerró en una cueva con sesenta compañeros suyos y los principales del ejército. Vespasiano les prometió la vida si se rendian, pero aquellos fanáticos, á pesar de los consejos de Josefo, resolvieron matarse unos á otros por suerte, de modo que al que le tocaba primero era degollado por el que le seguia. Por una fortuna inaudita fueron los últimos Josefo y uno de sus amigos, y se rindieron á Vespasiano, que queria enviarlos á Neron. Pero Josefo, que creia tener don de profecia, anunció á Vespasiano que seria emperador, y que su hijo Tito le sucederia. Esta prediccion hizo que el jeneral mudase de dictámen, y tratase á su cautivo con benevolencia: la cual atrajo al jeneral judio el odio de sus compatriotas.

Las armas romanas esperimentaron en otros puntos grande resistencia. Vespasiano se apoderó de Gamala, en cuyo sitio fué herido el rey Agripa: esta ciudad fué recobrada por los judios, y reconquistada por Tito, el cual batió en Jiscala á Juan de Jiscala, uno de los jefes de los facciosos, y los auyentó á Jerusalem.

Tal es la ceguedad del espíritu de partido que no le convence ni el fuego de la guerra, ni el aspecto del peligro mas evidente. Envueltos por todas partes por las armas del coloso romano, dificilmente, aun estando unidos, hubieran podido defenderse los judios; pero divididos, su resistencia era casi imposible. No puede concebirse cómo una verdad tan amarga y tan palpable no abria sus ojos, y sin embargo, estrechados en Jerusalem se batian y se destrozaban entre sí. Enmedio de esta ciudad y en el momento en que estaba sitiada por Vespasiano, la guerra civil ejercia sus furores en las calles, en las plazas públicas y en el templo, al mismo tiempo que la guerra estranjera estallaba contra ellos á los pies de sus murallas.

Juan de Jiscala, de acuerdo con los *zelosos*, nombre que se daba á la secta mas fanática, abrió la ciudad á los idumeos, que cometieron en ella orri-

bles crueldades y asesinaron al sacrificador Zacarías. Juan, confiado en sus fuerzas, aspiró al sumo poder, lo que dividió á los *zelosos* en dos bandos. Simon, hijo de Jóras, venció á Juan; pero su victoria no fué decisiva, y estos dos partidos continuaron degollándose mútuamente.

Sitio y ruina de Jerusalem por Tito.—(*Era de gracia* 70.) En un desórden semejante, ninguna cosa pudo retardar la perdicion de Jerusalem sino la partida á Italia de Vespasiano, proclamado emperador por su ejército, para combatir con su rival Vitelio. Tito quedó encargado de continuar la guerra en Judea. Este príncipe estrechó la ciudad y la rodeó de fortificaciones y torres para impedir enteramente la entrada de víveres y socorros. Este apuro no dió treguas al encarnizamiento de la guerra civil. Simon ocupaba la parte alta de la ciudad, Juan de Jiscala la inferior, y otro jeneral llamado Eleazar el templo. Peleaban frecuentemente unos con otros, y á pesar de este furor, reunian sus tropas en la muralla para resistir ostinadamente á los romanos, hacer muchas salidas y destruir los trabajos de los sitiadores; y cuando los habian rechazado, volvian á la plaza á continuar su guerra civil.

Nunca se vió una ciudad entregada á mayores calamidades. El odio, la venganza, la avaricia, la ambicion, el fanatismo y la desesperacion se unian á los desastres de la guerra para destrozar á Jerusalem. El azote de la hambre puso el colmo á tantas desventuras. Los muertos sirvieron de alimento á los vivos. Una madre degolló á su propio hijo para comerle. Nada podia calmar ni vencer aquellos bárbaros corazones. Tito, su enemigo, mas humano que ellos, se compadeció de su suerte y envió á Josefo para que les persuadiese la rendicion y con ella la salvacion del pueblo, del templo, de la relijion, de la capital y de las leyes; mas no le dieron otra respuesta que gritos de furor y amenazas. Los cristianos, advertidos por las predicciones del Salvador de la ruina de Jerusalem, habian salido de ella antes del sitio, y muchos judios distinguidos por sus riquezas y prudencia, habian huido de la ciudad y pedido cadenas á los romanos para libertarse de los puñales de los *zelosos*. Los demás habitantes, enfurecidos por el fanatismo y la desesperacion,

no pensaban mas que en dar y en recibir la muerte.

Tito, habiéndose hecho dueño de la primera y segunda muralla de Jerusalem, sitió el templo donde los judios, á pesar de sus discordias, se defendieron por mucho tiempo. La fortaleza Antonia cayó en poder de los romanos, y despues de un asalto infructuoso contra el templo, hizo Tito el último esfuerzo y penetró en su recinto. Todo lo que es posible hacer á la fuerza humana para conservar aquel edificio, no dejó de emplearse; pero Dios habia resuelto su ruina. Un soldado, sin haber recibido órden ninguna, como por una inspiracion, hizo que le levantase en el aire uno de sus compañeros y lanzó por la ventana de oro una tea encendida. Tito, que estaba entonces en lo interior admirando su magnificencia, dió en vano órdenes para detener el fuego: las lejiones que se apiñaban, la rabia de los judios que querian rechazarlos, el furor de los combatientes, el estruendo de las armas y los gritos de los moribundos, hacian imposible el órden y no permitian oir la voz de los jenerales. Las llamas estendidas con rapidez, aumentaron el orror de aquella escena sangrienta: caian las murallas, y techos encendidos, y la destruccion de aquel gran templo se consumó enteramente.

Pereció en el mismo dia y mes que Nabucodonosor lo habia destruido en otro tiempo. Los historiadores aseguran que su ruina fué anunciada por varios prodijios. Entre ellos es notable el siguiente. Un hombre del campo llamado Jesus, hijo de Anano, cuatro años antes del sitio, celebrándose la fiesta de los tabernáculos, esclamó: «Voz »del Oriente, voz del Occidente, »voz de los cuatro vientos, voz »contra Jerusalem, contra el »templo, contra los recien casa»dos, y contra todo el pueblo.» Durante cuatro años no cesó de repetir estas palabras. Cuando ya Jerusalem estaba sitiada, dió vuelta á las murallas diciendo: «¡Ay de la ciudad, ay del pue»blo! ¡Ay del templo!» La última vez añadió: «¡Ay de mí!» y una piedra lanzada por una máquina de los sitiadores le derribó en tierra, y murió repitiendo las mismas palabras.

Tito fué proclamado jeneral victorioso por su ejército sobre las ruinas del templo, y mandó matar á los sacerdotes, cuya insensata resistencia habia ocasionado aquella catástrofe: los zelosos resistian aun en la parte

alta de la ciudad, y en el palacio; pero los romanos tomaron los castillos, esterminaron á los defensores, y entregaron la ciudad al saqueo y á las llamas. Este sitio costó la vida á un millon y cien mil judios: noventa y siete mil fueron hechos prisioneneros. Juan de Jiscala, y Simon se escondieron en un albañal, de donde fueron sacados el primero para una prision perpétua y el segundo para servir de ornamento en el triunfo del vencedor. Despues se le ajustició públicamente en Roma. Las murallas y la mayor parte de las casas fueron arrasadas. Los candelabros de oro, la mesa y otros ricos despojos del templo se trasladaron al templo de la Paz, que Vespasiano fundó en Roma. Puso en venta todas las tierras de Judea, y ecsijió de sus habitantes el tributo de dos dracmas por cabeza que pagaban anteriormente.

Los judios conquistados y oprimidos, esperaban siempre un milagro que los libertase, y se sublevaron muchas veces. En el reinado del emperador Adriano, cincuenta años despues de la ruina del templo, habiendo tomado de nuevo las armas, los romanos les hicieron una guerra cruel en la que perecieron quinientos ochenta y seis mil judios. Adriano acabó de destruir en Jerusalem lo que Tito habia perdonado: sobre su ruina levantó otra nueva ciudad, llamada Ælia-Capitolina, donde proibió entrar á los judios bajo pena de muerte, é hizo esculpir un cerdo en la puerta que miraba á Bethlehem. Sin embargo, San Gregorio de Nacianzo dice que se les permitia á los judios ir una vez al año á la nueva ciudad para llorar su pérdida, y San Jerónimo añade que se les vendia á peso de oro este permiso.

Dispersion de los judios. — Gran número de esclavos de uno y otro secso fueron vendidos en las ferias de Gaza y Mambré; se arrasaron cincuenta fortalezas y novecientas ochenta y cinco poblaciones. La dispersion de los judios comenzó en esta época: sin embargo, la historia habla de algunas sublevaciones en los reinados de Antonino, Septimio, Severo y Caracalla. Jerusalem era entonces una ciudad jentil: el culto del verdadero Dios, volvió á florecer en ella en el reinado de Constantino y de su madre, que derribaron los ídolos elevados en el santo sepulcro, y edificó en aquellos lugares templos que han durado hasta nuestros dias.

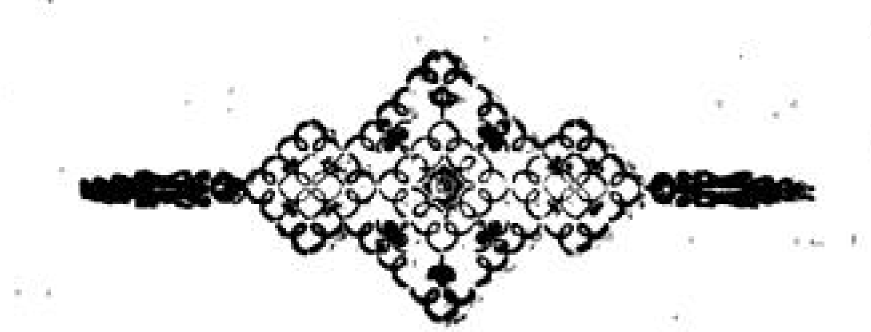
El emperador Juliano, enemigo del cristianismo, reunió los judios en Jerusalem para que reedificasen el templo (363). Muchos concurrieron; pero *se cuenta* que al abrir los cimientos, salieron de la tierra globos de fuego que hicieron imposible la ejecucion de la obra. Muerto Juliano, Jerusalem volvió á ser una ciudad cristiana, y el emperador Justiniano elevó su iglesia á la dignidad patriarcal (501). Cosroes, rey de los persas, se apoderó de esta ciudad en 613, y vendió á los hebreos diseminados en la Judea noventa mil prisioneros cristianos, que, cándidamente se afirma por algunos historiadores, fueron degollados por sus amos.

Heraclio reconquistó la Judea en 627. Nueve años despues, el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalem despues de cuatro meses de sitio. La Palestina y Ejipto pasaron al poder de este conquistador, que fué asesinado en la ciudad de David en 643. La caida de la dinastía de los ommiadas y la elevacion de la de los abasidas, las dominaciones sucesivas de los fatimitas, de los selyóncidas, y de los sultanes de Ejipto, llenaron la Judea de turbulencias y desgracias. En fin los fatimitas, vencedores de sus adversarios, reinaban en la Palestina cuando se presentaron allí unas ordas de aventureros, ladrones y fanáticos que se llamaron cruzados.

Durante el curso de todas estas calamidades, algunos desventurados hebreos se ostinaron en permanecer pobres y despreciados enmedio de las ruinas de su patria. Aun hay algunos que lloran sobre los restos de la santa ciudad, la cual no ofrece á la vista del viajero mas que un vasto y silencioso sepulcro, insultado por una mezquita victoriosa, cerca de la cual ecsisten algunos humildes conventos cristianos.

El pueblo judio, esparcido por todas las naciones de la tierra, desde el reinado de Adriano, anda errante y disperso para que se cumplan, dicen, los vaticinios de los profetas, y por no haber conocido al verdadero Mesías. Pero el verdadero motivo de ese desprecio con que son tratados hasta por las naciones modernas, está en la intolerancia relijiosa; y nada tiene de particular el que unos hombres que se ven sin consideracion social, pongan todo su conato en la adquisicion de riquezas, aunque sea por la mas detestable usura, si ven que

con el oro se adquieren lo que les quita la injusticia de los hombres. Hoy que las naciones modernas se han desengañado de la inutilidad y perjuicio de las cuestiones relijiosas, justo es que miren á esa grey desventurada con mas consideracion que hasta aora, y no la sacrifiquen tan bárbaramente á escrúpulos de relijion.



LIBRO DECIMO.

HISTORIA DE LA RELIJION.

CAPITULO PRIMERO.

Relijiones orientales.—Decadencia de la relijion de los griegos y de los romanos.—Moisés.

Antes de pasar á la historia romana, y á fin de esclarecer los primeros fundamentos del cristianismo, consagraremos el siguiente libro á la historia de su establecimiento, aunque no con toda la estension que se debiera, pues para eso están los historiadores eclesiásticos. Hagamos antes algunas observaciones jenerales sobre las relijiones antiguas.

Siembra el hombre sus fértiles ideas sobre todo el universo, y su injenio recoje las abundantes cosechas de su intelijencia y de su industria: poderoso dominador de la tierra, se alimenta y cubre con sus diversas producciones: surca el Océano; abre las vísceras del globo: ya se unde en sus senos silenciosos, ó ya se lanza lijeramente á la mansion de las tempestades; sus ojos miden la distancia y el curso de los ástros; el rayo baja á su voluntad; el bronce truena á sus órdenes y quebranta las murallas; opone diques al Océano; mil palacios á su voz presentan sus orgullosos pórticos; aquí ciudades opulentas despliegan con el fausto y la grandeza los tesoros de la abundancia y el encanto de una vida voluptuosa; el mármol y el lienzo parece animarse y sentir; las aclamaciones de mil espectáculos pomposos, los imnos del amor, y los acen-

tos armoniosos de la música resuenan por todas partes.

He aquí al hombre: este abraza con una ojeada los acontecimientos de los siglos pasados, y obra sobre el porvenir; pero no puede resolver el gran problema de su ecsistencia. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?... Cuestiones son estas que han producido una multitud de hipótesis mas ó menos especiosas, y despues de haberlas ecsaminado todas, quedamos convencidos de que nada es mas cierto que la incertidumbre.

Los bellos jenios de la antigüedad, cuyo noble vuelo despues de millares de años aun escita la admiracion de las almas elevadas y las inflama de una emulacion viva, ¿han sido todos presa de la destruccion? ¿Espera el mismo destino á Caton el justo, al bondadoso Tito, al virtuoso Marco Aurelio, que al sanguinario Neron y al feroz Macsimino? ¿Háse tragado la nada á los trescientos lacedemonios de Leónidas, á Bruto, á Casio, y á cuantos han consagrado su vida á la patria ó han arrostrado la muerte por ella? — ¿Cuál es la palabra de este enigma inesplicable?

Nada aquí abajo responde plenamente á nuestros ensueños de perfeccion. Los grandes caractéres que la historia nos presenta son inferiores al ideal que nuestra imajinacion se crea; el saber mas vasto está lejos de satisfacer nuestra curiosidad; hay en nuestro interior un vacío que imposible seria llenarlo con ningun objeto terrestre; juguetes de nuestras pasiones, presentamos la posibilidad de una virtud superior á las seducciones de los sentidos. ¿Seria posible que el hombre, nacido con aquella sed del infinito, no hallase al término de su carrera mas que la cesacion de toda idea y la eterna soledad de la tumba? Idea atroz es esta, que procuramos desechar dirijiendo nuestra vista ácia ese libro inmenso, cuyas pájinas están siempre abiertas para que en ellas lean su destino los hombres pensadores!

Zoroastro, Confucio y los sacerdotes ejipcios, alimentaban en sus discípulos la esperanza de una segunda vida, y esta esperanza era conforme á la creencia popular de los judios, de los griegos, de los galos y de los jermanos. La doctrina de los filósofos antiguos no era tan consoladora; el divino Platon deseaba la inmortalidad del alma sin

atreverse á afirmarla; Ciceron la ponia en duda, y Plinio estaba dispuesto á negarla. La esperanza de un porvenir sin límites nos eleva sobre todo lo que hay de visible en el mundo, y nos deja entrever una inmensa perspectiva de progreso ácia la perfeccion; pero nuestra razon débil encuentra á cada paso objeciones que es incapaz de resolver. ¡Ojalá la historia pudiera proporcionarle las luces que tanto ambiciona!

Relijiones orientales.—Sean cualesquiera el lugar, la época y la manera con que el hombre ha sido criado, nos vemos obligados á creer que al salir de la nada fué dotado de todas las facultades que sirven para su conservacion y la de su especie; quizá el mismo Criador le dotó de un fondo de ideas que pudo desarrollar y poner en obra sucesivamente. Estas ideas primitivas se alteraron y se oscurecieron en seguida; y hubiérase borrado enteramente la memoria de ellas, si los lejisladores y los sabios no las hubiesen renovado de cuando en cuando, despertando en el corazon de los hombres los sentimientos que el Criador ha grabado en él, y proclamando las eternas verdades que es necesario admitir, aunque no se puedan probar.

Una de las relijiones mas antiguas del Oriente es la de los chinos, cuyas tradiciones remontan hasta el tiempo en que el globo salió del seno de las aguas, cuyo historiador primero es anterior á Herodoto en trescientos años, y cuyas instituciones llevan todavia el sello de la antigüedad mas remota, porque jamás sacrificaron sus costumbres á los usos y costumbres estranjeras. Despues de una larga série de siglos adoran al Dios Tschang-Ti que distribuye á los mortales el poder y la felicidad en razon de su poder y de su sabiduría; veneran á los jefes de las dinastías, Youg, Tsching-Tang y Wonwang, quienes trasladados á la morada de la eterna felicidad, despues de la disolucion de sus cuerpos, admiran los decretos del Altísimo, y no cesan de dirijirle fervientes oraciones para tenerlo propicio en favor de su patria. El Tschou-king, su libro sagrado, es digno de estudiarse; su autor conocia el arte de afectar y conmover; pero el Tschou-king de los chinos, el Vedan de los indos, y el Zend Avesta de los persas pertenecen casi esclusivamente á la historia de la China, de la India y de la Persia, y en cuyos lugares recordará el lector hemos hecho

ya mencion de ellos. El espíritu de estos escritos está de tal manera adaptado al carácter de los habitantes del Oriente, que no han podido llegar á ser una fuente de ideas relijiosas para las naciones que viven bajo otro cielo; sus alegorías y sus mácsimas, reverenciadas en las orillas del Hoangho, del Ganjes y del Koura, estan hechas para pueblos tranquilos y apacibles que piensan y sienten como pensaban y sentian en tiempo de Alejandro, y que no saliendo jamás de sus climas venturosos, consumen sus facultades intelectuales en las delicias de la contemplacion. La China, de un acceso difícil por la parte del mar, y separada del Asia por los vastos desiertos del Gobi, es estranjera á nuestros conocimientos, y nuestras armas no pueden alcanzarla, á pesar de los esfuerzos que hoy hace contra ella el gobierno artero y maquiavélico de la Inglaterra.

Ya en otro paraje de esta obra hemos hablado de la relijion de la China, igualmente de la de la India cuyos misterios llegarán algun dia á penetrar los sabios de Calcuta.

Decadencia de la relijion de los griegos y de los romanos.— Algunos sabios escritores han intentado probar que la mitolojía de Homero y de Hesiodo es una mezcla de física y de historia, pero es difícil distinguir muchas veces lo que pertenece á una ú otra de estas ciencias. Las ficciones con que los poetas han embellecido el sistema relijioso de los griegos, y las supersticiones populares con que le han rodeado los sacerdotes, ocultan un sentido profundo; pero hay que convenir sin embargo que el hombre se presenta en él con todas sus preocupaciones, creándose dioses á su imájen, porque su débil razon no podia elevarse mas alto; y es evidente que esta relijion no podia subsistir sino en la infancia del mundo. Las tradiciones de los griegos y de los romanos han sufrido mas alteraciones que las de los orientales ó las de los pueblos del Norte, porque han sido embellecidas por sus poetas, y comentadas por sus filósofos.

El padre de los dioses y de los hombres que con una señal de cabeza hace temblar al Olimpo y sus habitantes: el destino, aquel poder misterioso que somete al mismo dueño de los dioses al plan jeneral del universo, y las divinidades subalternas, de las cuales unas ejecutan la voluntad de sus jefes y las otras procuran oponerse á ella ó á diri-

jirla á su grado, eran los objetos de la adoracion relijiosa de los griegos. La debilidad de la intelijencia humana hizo nacer la idea de las divinidades subalternas, ajentes de la suprema divinidad. Incapaces de comprender cómo puede una sola mirada abrazar el universo, y gobernarle un pensamiento solo, creyeron los hombres que Dios, como los reyes de la tierra, tenia necesidad de ministros para rejir el mundo. Los filósofos antiguos y modernos han pretendido probar que la Providencia velaba en la conservacion de la especie, sin descender hasta los individuos; pero olvidaban que las especies y los jéneros no ecsisten sino en el nombre, y que solo los individuos tienen la realidad; no consideraban que el mundo entero, comparado al poder infinito, es tan pequeño como cada una de sus partes comparadas al todo. Nada hay grande ante Dios, nada pequeño; por un acto solo de su voluntad ha dado la ecsistencia á todas las criaturas, y él solo conoce la duracion que les ha asignado.

La necesidad de conciliarse la benevolencia de esta multitud de divinidades secundarias, de las cuales cada una queria ser adorada á su manera, inspiraba á las almas tímoratas una vaga inquietud y una penosa incertidumbre. Espantado con la idea de este poder irresistible que veia sobre su cabeza, el hombre procuraba con ansiedad aplacar á los dioses, y creia encontrar el medio en las prácticas mas estrañas y ridículas.

En tiempo en que la creencia popular no era mas que un tejido de fábulas absurdas, la Grecia produjo una multitud de grandes hombres, y sus habitantes se distinguieron por su amor á la patria, por su desinterés y por la dulzura de sus costumbres; pero estas virtudes se debilitaron á medida que se rectificaron las ideas, y el progreso de las luces destruyó la enerjía de la nacion.

Apolo respondió á Temístocles y á Licurgo en malos versos, pero de una manera conforme á sus miras; despues de Alejandro no habló mas que en prosa, y cuando los griegos perdieron su libertad, enmudeció. Los monarcas que los subyugaron consultaban rara vez al oráculo; el dios de Delfos no podia prever los proyectos que se discutian en el secreto de los gabinetes; y si los hubiera adivinado, lo hubieran forzado al silencio.

Entonces la relijion llegó á

ser un objeto de duda para los filósofos y de burla para los hombres superficiales: muy luego cesó de inspirar terror y prestar consuelos. Los cambios ocurridos en los hábitos, en las costumbres y en el lenguaje, hicieron que los antiguos símbolos fuesen inintelijibles, y confundieron las imájenes con los objetos reales. Los sabios de la Grecia y de Roma no conocian bastante las antigüedades del Oriente y las de su propio pais para apreciar el verdadero sentido de la mitolojía. La ignorancia es incisiva y terminante; los sutiles académicos, los sensatos estóicos, los espirituales discípulos de Epicuro consideraban la creencia popular como un tejido de estravagancias, y no veian en las ficciones de Hesiodo sino fábulas groseras. Los progresos de la razon dieron á la relijion griega un ataque que no tuvo que temer la de Confucio. Es necesario añadir tambien que la antigua relijion ordenaba las costumbres severas y puras; pero los habitantes del imperio romano que sobrevivieron á la libertad, no pensaban sino en gozar de sus precarios tesoros, y desechaban con desden todo lo que molestaba á sus pasiones;—bajo esta relacion los hombres opulentos estaban acordes con los filósofos.

Los físicos se unieron á los detractores de la relijion. Por imperfecta que fuese su ciencia, apenas hubieron descubierto ó creido descubrir las causas de ciertos fenómenos, mirados en otro tiempo como sobrenaturales, cuando dedujeron de ellos que el universo habia sido producido por el concurso de circunstancias fortuitas. Evitaron remontar á la causa primera, á la que estan ligados los eslabones de la larga série de las causas segundas, y por medio de algunas fórmulas astractas hicieron callar al sentimiento y aun al buen sentido. Aseguraban que todo efecto tenia una causa, pero que el sistema de todas las causas no tenia ningun efecto, y se complacian en rodear al hombre de impenetrables tinieblas. Ciceron daba como resultado de sus meditaciones la incertidumbre de las esperanzas del hombre y de la de todo lo que los filósofos enseñaban sobre la omnipotencia de que depende el hombre; y aun esta misma incertidumbre le parecia sujeta á duda.

Despues de la destruccion de la república, el interés personal fué el único dios de los roma-

nos, y el palacio de los Césares llegó á ser su templo. Al ver á Bruto abandonado, á Augusto en posesion de un dominio inalterable, á Tiberio y á Claudio elevados al rango de los dioses, á Tráseas sucumbiendo al odio de Neron, al crímen revestido con la púrpura, y sordo el Olimpo á las plegarias de Roma, se abandonaron las ciudades virtuosas á dudas escusables, y concibieron sumo desprecio á la relijion. Los jénios mas grandes jeneralizaban todas las ideas: á los ojos de Plinio, el universo es Dios, Dios es todo, ecsiste desde toda la eternidad, está en todo y sobre todo, y vanamente nos empeñaríamos en profundizarlo: todo lo llena: los sentidos, el alma, el espíritu.

En vano los filósofos y los hombres de estado de la secta de los estóicos intentaron defender á los dioses de la antigua Roma y á la autoridad de la relijion, contra la licencia de su siglo; en vano pugnaron por establecer un nuevo sistema de moral sobre mácsimas filosóficas, y en levantar un grande edificio sobre fundamentos de mosáico; porque estas mácsimas no podian resistir á la impetuosidad de las pasiones. Las ideas astractas son insuficientes para servir al hombre de regla de conducta; y así la escuela de los estóicos se redujo muy luego á un corto número de partidarios que insensiblemente se perdieron en las otras sectas.

Persuadidos los epicúreos que los dioses no prestan atencion ninguna á las locuras de los mortales, tenian por principio que es conveniente gozar de la vida sin tomarse la molestia de procurar la proteccion de los dueños del Olimpo. Para multiplicar los placeres, se esforzaban en perfeccionar el sentimiento de lo bello; y á la gracia, á la delicadeza, á la dulzura y á la bondad, unian la moderacion, á fin de prolongar la duracion de sus goces. Tal es la doctrina de los que querian plegarse mas bien al espíritu del siglo, que luchar contra él.

Los estóicos tenian por principio no temer ni desear nada; y los epicúreos, aislarse enmedio de la sociedad y dar poca importancia á los acontecimientos de la vida. El estoicismo creaba muchos hipócritas, y el epicureismo conducia frecuentemente al libertinaje: entrambos sistemas tendian á debilitar el zelo por el bien público.

El pueblo romano, sin confianza en sus dioses antiguos,

harto depravado para practicar las virtudes sublimes del estoicismo, y sobrado grosero para penetrar el verdadero sentido de los preceptos de Epicuro, buscaba los consuelos cabe las divinidades estranjeras. Los ejipcios introdujeron en Roma el culto de Sérapis; los sacerdotes de Isis se esparcieron en todo el imperio. Sus dogmas tenian alguna cosa de jigantesco y maravilloso, que sorprendia á las almas vulgares. Por do quiera la credulidad estaba asociada á la irrelijion; los romanos mas inmorales procuraban con empeño ser iniciados en los misterios de estos nuevos doctores, y esperaban descubrir nuevos goces por medio de las ciencias secretas, llenando así el vacío espantoso que dejan en el alma los placeres de los sentidos luego que se ha disipado la embriaguez.

En la época en que los espíritus pasaban sucesivamente de la supersticion á la incredulidad, y de la incredulidad á la supersticion, doce hombres sencillos é ignorantes, nacidos enmedio de un pueblo despreciado, fundaron una relijion que triunfó de las ideas, de las leyes, y de las preocupaciones establecidas. Para esplicar este acontecimiento, hay que remontarnos á una alta antigüedad.

MOISES.

El pais de Canaan ó la Palestina, se estiende desde los treinta y uno á los treinta y cuatro grados de latitud septentrional; está situado entre la costa fenicia, el gran desierto de la Arabia y las negras montañas cuyo centro forma el Sinaí, y cuyas estremidades se enlazan con el monte Líbano. El Jordan, que riega esta comarca, despues de haber formado el bello lago Kinereth, se pierde tristemente en el mar Muerto, que parece ocupar el sitio de un volcan apagado, ó el de antiguas minas de betun. El pais de Canaan es bastante fértil para mantener una poblacion numerosa, y Polibio lo encuentra á propósito para el sosten de un ejército considerable. Las costas de Galilea estaban en otro tiempo adornadas de magníficas ciudades; las llanuras de Jericó encerraban bosques de palmeras y jardines llenos de plantas aromáticas, y los dilatados campos de Esdrelon producian trigo en abundancia; pastos escelentes cubrian las montañas de Basan y los valles de Saron, y la vid prosperaba sobre el mon-

te Carmelo y sobre las alturas de Judá.

Como unos mil doscientos años despues de aquella famosa inundacion, cuyos recuerdos se han conservado en todos los pueblos del mundo, un poderoso caudillo de tribu ó un emir, llamado Abraham, quiso sustraerse de la dominacion del príncipe que reinaba sobre Siria y Babilonia, y condujo sus rebaños al pais de Canaan, rejion entonces casi desierta (1). La sabiduría de Abraham, sus virtudes y la pureza del culto que tributaba al Criador del universo, inmortalizaron su nombre en el Oriente; su memoria aun está en veneracion, no solamente entre los israelitas, sino tambien entre las antiguas tribus del desierto que descienden de él.

La orda de los israelitas, sobrado numerosa para evitar toda mezcla con sus vecinos, y demasiado débil para resistir á los fenicios que querian invadir el pais de Canaan, estaba amenazada de la pérdida de su independencia. José, biznieto de Abraham, llegando á ser el favorito y el primer ministro del rey de Ejipto, salvó, como ya hemos visto, á sus hermanos de aquel peligro, y los trasplantó al pie del monte Casio en los confines del desierto. Entregados los israelitas á los cuidados de sus rebaños, conservaron intactas las costumbres de sus antepasados, y se multiplicaron prodijiosamente en el espacio de cuatrocientos treinta años. Habiendo cesado de reinar la familia que les habia dado un asilo en sus estados, el fundador de la nueva dinastía vió con inquietud el poderío de aquellos estranjeros, que tenian entre sus manos la llave del Ejipto, y que sus usos estravagantes los separaban de sus vecinos. Emprendió pues cambiar su manera de vida, los sacó de sus faenas pastorales, los dispersó entre los ejipcios, y los sujetó á trabajos penosos.

Estos tiempos de opresion, fueron la época del nacimiento de Moisés, el cual espuesto como Ciro y como Rómulo, cayó en manos del rey de Ejipto que le hizo instruir en las ciencias ocultas. Enmedio de los placeres brillantes que le ofreció la corte de Faraon, permaneció adicto á las costumbres y al culto de sus padres, y compartia los sufrimientos de sus compatriotas. Un

(1) En esta época puede fijarse el principio del tiempo histórico. Todas las relaciones que remontan mas allá son incompletas ó fabulosas.

dia vió á un ejipcio que maltrataba á un israelita, é irritado de la injusticia del agresor, le dió la muerte, huyó y fué á guardar los rebaños de un árabe del desierto, al pie del monte Sinaí. Las leyes, la historia y el nombre de este pastor fujitivo, son despues de cuarenta siglos un objeto de veneracion para todos los pueblos que habitan en las vastas rejiones situadas entre el Tajo y el Indostan, entre los mares de la Escandinavia y la patria del incienso. Sin otro recurso que el de Dios, obliga Moisés al rey Faraon á dar la libertad á los israelitas y á permitirles salir de Ejipto. Apenas han abandonado sus moradas, cuando este príncipe va en su persecucion; los alcanza á la estremidad del golfo arábigo, y allí encuentra el castigo de su imprudencia y de su tiranía: el lugar en que pereció llevó por mucho tiempo el nombre de la *Comarca desgraciada* (1). Moisés libertó á su pueblo de la esclavitud; hizo mas, enseñó á conocer á los israelitas la verdadera libertad, y la consolidó con las leyes que les dió.

A fin de asegurar su obra, retuvo Moisés á los israelitas por mucho tiempo en un desierto en que nada tenian que temer de la influencia de las costumbres estranjeras. Una llanura de casi doscientas leguas de largo, se estiende desde las fronteras de Ejipto hasta las bocas del Eufrates. En el paraje en que los dos brazos del golfo arábigo avanzan en la tierra, se eleva una cadena de montañas, cortada por valles agradables; y el Sinaí que se termina por una mesa de granito de veintidos pies de largo y doce de ancho, es su punta mas elevada. La pendiente de estas montañas está cubierta de escelentes pastos; grandes cavernas llenas de nieve y de yelo, mantienen allí una frescura deliciosa, pero la llanura no produce ni árboles ni arbustos; trozos inmensos de piedra, desprendidos de las rocas vecinas por los temblores de tierra, aseguran los efectos de volcanes apagados, y la tierra ardiente semeja un mar de fuego: en esta atmósfera espantosa todo se engrandece, todo toma formas jigantescas; y la arena amontonada por los uracanes, forma montañas movedizas (2) que envuelven al imprudente viajero. Al pie de las colinas donde brotan algunos ma-

(1) Agatarchida hace mencion de ella.

(2) *Siccis saevit fluctibus.* MEL. A.

nantiales se ve crecer la palmera; los ganados encuentran allí un pasto abundante, los árboles producen resinas saludables, y las plantas estan cubiertas de rocío. En los tiempos anteriores á Moisés, las tribus del desierto se encaminaban cada cinco años á la montaña de Sinaí, para dirijir allí sus oraciones al dios *desconocido*; todo concurria en este lugar á inspirar á los pueblos un terror relijioso, y todo revelaba la mano de la Omnipotencia. Cerca de Faran, se ven rocas cubiertas de caractéres que nadie ha descifrado todavia; quizá es obra de los fenicios, ó acaso de los garindos y de los habitantes de Mara que quisieron dejar en estas inscriciones un monumento de su presencia en la fiesta quinquenial.

A este pais misterioso condujo Moisés los israelitas, y sus leyes fundamentales fueron proclamadas desde lo alto del Sinaí. Relámpagos deslumbradores y truenos repetidos por el eco de los abismos, hirieron de espanto á los espectadores; pero el espíritu mismo de estas leyes, era una maravilla mucho mas grande que los fenómenos que acompañaron su promulgacion.

Una multitud de usos supersticiosos habian alterado las nociones sencillas de los primeros hombres; habian emponzoñado los goces de la vida, y hecho espantosa la vecindad de la muerte. No se trataba de revelar á los pueblos verdades desconocidas, sino de despojar al espíritu humano de las locuras y de los errores que le sofocaban, y de hacer revivir las leyes grabadas en el corazon de todo mortal; leyes que son tan antiguas como él: no se trataba de fundar una nueva relijion, sino de restablecer la primitiva, dándola una forma proporcionada al grado de civilizacion á que habian llegado los israelitas; y de preparar esta nacion á recibir una relijion mucho mas pura todavia. La Providencia, que dirije todos los acontecimientos del mundo, preservó á los descendientes de Abraham de toda mezcla con sus vecinos. En el seno de la vida pastoral, conservaron sin alteracion las tradiciones que habian recibido de sus padres. Moisés hizo de ellos la base de sus leyes; y protejido por el supremo regulador de los destinos humanos, hizo á su pueblo independiente y depositario de la relijion de los patriarcas. Para evitar una sequedad repugnante y prevenir interpretaciones arbitrarias, no empleó Moisés en

su enseñanza, ni cifras misteriosas, ni cuadrados magníficos, ni líneas simbólicas. No se sirvió tampoco de jeroglíficos, por temor de que el signo no hiciese olvidar el sentido oculto, ó que la imájen llegase á ser el objeto de la adoracion. El culto que Moisés instituyó, era una grande alegoría puesta en accion: la ley fundamental que estableció, contenia la confirmacion de la creencia de sus antepasados, sancionada por las promesas y las amenazas del Altísimo; y las ceremonias que introdujo, avivaban sin cesar el sentimiento relijioso de los israelitas hiriendo su imajinacion.

Moisés, que habia visto en Ejipto los abusos de la idolatría, quiso preservar de ellos á sus compatriotas y les proibió hiciesen ninguna imájen de la divinidad. El solo objeto visible que ofreció á su veneracion fué el tabernáculo, especie de templo portátil que decoró con magnificencia. En el interior de este tabernáculo, un velo espeso separaba el lugar santo del lugar santísimo; y este último era inaccesible á todos los mortales á escepcion del gran sacerdote, que solo entraba en él una vez al año despues de las abluciones y sacrificios multiplicados. Las tablas de la ley estaban encerradas en un arca preciosa, adornada de figuras místicas que representaban los grandes fenómenos de la naturaleza; y solo con señales de adoracion se pronunciaba el nombre de Eloim. El culto prescrito por Moisés estaba hecho para ocupar los sentidos y elevar el alma sobre la tierra: Moisés confió su cuidado á los descendientes de Leví: dióles por salario los diezmos y oblaciones, y quiso que viviesen dispersados entre las otras tribus, á fin de poder vijilar la observancia de los preceptos relijiosos. Lleno de desinterés, redujo Moisés sus hijos á la condicion de simples levitas, é hizo hereditaria en la familia de su hermano Aaron la dignidad de gran sacerdote.

Moisés ecsortó á los israelitas á que viesen constantemente ante sus ojos al Dios eterno y único de sus padres, y á conservar intacto el precioso tesoro de sus leyes y de sus antiguas costumbres; pero nada les prescribió sobre las formas de su constitucion política. Dos cosas prueban la grandeza de su jenio: el haber sabido hacer el objeto esencial de su lejislacion independiente de los objetos accesorios, y no haber contado sobre la e-

terna duracion de sus establecimientos relijiosos. Este hombre estraordinario, que llevaba sus miras mas allá del pais de Canaan, prevía el tiempo en que podria derribar el andamio con que habia rodeado el edificio de la verdad, y en que otro lejislador hubiera apurado su doctrina haciendo de ella la relijion del jénero humano.

La constitucion que Moisés dió á los judíos convenia á una república federativa, compuesta de muchas tribus que la naturaleza de sus paises y de sus costumbres reunian en una sola familia. Tres fiestas anuales recordaban á los israelitas su salida de Ejipto y el dia solemne en que el Señor les dió leyes sobre el monte Sinaí: estas los reunian para gozar de los placeres campestres, y servian de lazo á su confederacion.

El lejislador de los israelitas se guardó muy bien de redactar un sistema teolójico cuya interpretacion hubiera podido ser en adelante un objeto de disputa entre los sacerdotes; el corto número de verdades metafísicas que es dado al hombre conocer, casi se encontraban ya contenidas en las antiguas tradiciones de los judíos; Moisés se limitó á rectificarlas y á grabarlas en los corazones de sus compatriotas. No tuvo ocasion de hablar sobre la inmortalidad del alma, ni en sus relaciones históricas ni en sus leyes; pero parece suponerla. Reunió muchos poemas antiguos que trataban del orijen del bien y del mal, del orijen de los pueblos y del diluvio, y juntó á ellos la historia de Abraham y de su familia, y además la de su tiempo. Sus narraciones tienen un carácter de verdad y de franqueza; y todo, hasta en los menores detalles, afirma la autenticidad de los libros que llevan su nombre (1). Los escritores de estos tiempos remotos, sublimes en su lenguaje, atribuian todos los acontecimientos importantes á la accion inmediata de la causa

(1) Sin embargo de lo dicho, téngase presente que muchos que niegan que el Pentateuco no es obra de Moisés, se apoyan entre otras cosas en el versículo 5, cap. 34 del Deuteronomio (que es el quinto libro), donde dice: «Y murió allí Moisés, siervo del Señor, »en tierra de Moab, mandándolo el »Señor.» — A lo cual objetan que basta la lectura de este pasaje para conocer que es una cosa ridícula el suponer que un autor contase él mismo que habia muerto. Nosotros dejamos que cada uno lo comente á su modo. Esta es materia que no admite discusion.

primera, descuidando las causas segundas: no pensaban mas que en proclamar nuestra dependencia del moderador del universo, y en predicar la sumision á las leyes que Dios manifiesta por las obras de la creacion.

Moisés escribió el Pentateuco en los desiertos de la Arabia, setecientos cincuenta años antes del Tschou-king de los chinos, mil años antes que el historiador mas antiguo de los griegos. Strabon elojia mucho sus leyes; Lonjino admira la sublimidad de su injenio; todas las naciones que han conocido sus escritos, se han admirado de la majestad de su lenguaje. A la edad de ciento veinte años subió el lejislador de los hebreos á la montaña de Nebo, para esperar allí la hora que debia reunirle á sus padres, y para sustraer sus restos mortales de un culto supersticioso. Mas de treinta y cuatro siglos han transcurrido desde su muerte, y el Oriente adora todavia su memoria, y el Norte y el Occidente le tributan un omenaje respetuoso.

HISTORIA DE LOS JUDIOS.

El pueblo hebreo, conducido por Josué, se puso en posesion de la Palestina, pero no encontró allí la tranquilidad que Moisés se habia lisonjeado asegurarle con sus leyes. Interin las naciones limítrofes veian con el ojo de la envidia crecer la potencia de este nuevo estado, disgustados los israelitas de su sencilla relijion y patriarcales costumbres, dieron la preferencia á un culto estraño, que favorecia á las pasiones, que autorizaba la licencia. Siete veces en el espacio de quinientos años abandonaron los altares de Jehouah y otras tantas fueron castigados por ello. Cuando la miseria pública llegaba á su colmo, se veian aparacer entre los israelitas héroes que sacaban á su pueblo de la opresion en que jemia y restablecian el reinado de la ley; pero la obra de estos grandes hombres perecia de ordinario con ellos. En fin, la nacion que atribuia sus desgracias á la imperfeccion de su constitucion política, mucho mas que á sus estravíos, tuvo la insensatez de elejir un rey. Ya hemos narrado lo que les dijo Samuel sobre esta eleccion.

David, segundo rey de los hebreos, ilustró su reino con su sabiduría y valor. Con la misma enerjía en el bien que en el mal, y demasiado grande para convenir con sus faltas,

reunia á virtudes raras y á estensos conocimientos el gusto de la poesía y un alma sensible. Su dominacion se estendia desde el Eufrates y las montañas que contienen su fuente, hasta las fronteras de Ejipto. David hizo alianzas con los fenicios, tomó parte en sus empresas marítimas y embelleció á Jerusalem.

David y Salomon completaron las instituciones de Moisés, que este no habia podido concluir, porque no vió el pais de Canaan ocupado por los isralitas; David y Salomon desarrollaron mas su tendencia moral. El jenio profético de David previó para su nacion siglos aun mas brillantes que el suyo, y el pueblo judio persuadido *que Dios estaba con David*, esperaba de sus descendientes los dias de su prosperidad.

Su reinado y el de su hijo fueron la edad de oro de la literatura hebráica. Nada posee mas perfecto que los salmos de David, frutos de la efusion del corazon y del entusiasmo relijioso. Estas poesías están destinadas á nutrir el sentimiento mas bien que á encantar el espíritu: á consolar las almas atormentadas mas bien que á agradar á frios críticos. Hay mas calma, mas reflecsiones y pensamientos en los proverbios de Salomon; y mucha mas gracia en las poesias eróticas que se atribuyen á este rey, ó de que es el objeto. Los discursos sobre la nada de la vida humana que llevan igualmente el nombre de Salomon, son tan profundos como brillantes y atrevidos.

El repartimiento del reino de los hebreos preparó su decadencia; los reyes de las tribus setentrionales, ocupados en mantener su dominacion usurpada, minaron los fundamentos de su trono, violando las leyes nacionales; la casa de David que reinaba en Jerusalem, caia y se levantaba alternativamente, segun que abandonaba ó seguia los principios políticos ó relijiosos á que debia su grandeza.

Todos estos acontecimientos, anteriores al engrandecimiento de las monarquías asiáticas, habian sucedido sin que ninguna potencia estranjera y preponderante hubiese tomado parte en ellos; solo un rey de Ejipto habia hecho una invasion pasajera en Palestina. Pero cuando de las puertas de Nínive salieron ejércitos inumerables para invadir el reino de Israel, el trono vacilante de Samária no pudo libertarse de la dependencia, y al momento se undió del todo. Los peligros de

la patria dieron un nuevo curso al jenio de los sabios de la nacion, y se vió comenzar la tercera edad de la literatura hebráica, fértil en poetas y en oradores patrióticos. En un lenguaje ya atrevido y ya doliente, deploraron los profetas de Samária los vicios y los crímenes de sus compatriotas, los amenazaron con la cólera divina, si perseveraban en ellos, ó les hicieron esperar la vuelta de la prosperidad pública, si volvian á su Dios. Isaias se eleva todavia á mayor altura. Abrazando de una ojeada lo presente y lo futuro, anunció los males que amenazaban á su patria y á los pueblos vecinos por la depravacion de las costumbres, el olvido de las leyes y la ambicion insaciable de los conquistadores. Enmedio de las desgracias de su nacion se sostuvo en la certidumbre de que el jérmen de la verdadera relijion y de la moral conservado en Israel, seria un dia desenvuelto por un profeta que triunfaria de las persecuciones á que se veria espuesto. Del mismo modo que los romanos no desesperaban jamás de la fortuna de la ciudad eterna, los descendientes de Abraham, libertados milagrosamente por Othniel, Ehud, Barak, Jedeon, Jepté, Samson, Samuel, Saul, y David, penetrados de respeto por la ley de Moisés y de confianza en su Dios, no perdian jamás de vista una esperanza que se ligaba á las ideas favoritas del pueblo y de la familia real, y que la adversidad hacia aun mas querida á la nacion.

La decadencia del reino de Judá se hizo sentir en los escritos de Jeremias. Este profeta vió las calamidades que su predecesor habia predicho. Sus palabras son quejas ó consejos: no se lisonjea volver á ver independiente á su nacion, solo quiere preservarla de su destruccion total. Su voto no fué escuchado: cegados los reyes de Judá por lisonjeras ilusiones ó por motivos de interés, sin consultar sus fuerzas, tomaron el partido peligroso de oponerse á los progresos de los babilonios que se preparaban á subyugar la antigua monarquía de Ejipto; y como lo habia anunciado Jeremias, Jerusalem, el templo del Señor, la casa de David y todo el estado de los judios, asolados por el hierro y el fuego fueron presa del rey de Babilonia.

Arrancados los israelitas de las costas del mar Mediterráneo, quedaron en parte dispersos por las provincias de la Media, de-

siertas á causa de la caida del imperio de Asiria, y en parte conducidos á Babilonia en donde el gran rey queria rodearse de una poblacion inumerable. Viéronse transportados enmedio de una nacion que reconocia como ellos por base de relijion las tradiciones del mundo primitivo, pero que las habia desenvuelto á su modo. Antes de la muerte de los sabios de Israel que conservaban en el destierro el espíritu de la lejislacion de Moisés, los persas se apoderaron del Asia occidental, y no teniendo Ciro ningun interés en poblar á Babilonia, permitió á los judios el que volviesen á su pais. Los persas se acercaban mas á la antigua pureza de las ideas relijiosas que los babilonios. La influencia de estos dos pueblos se hace sentir en el colorido de la cuarta edad de la literatura hebráica; pues se encuentra en ella bastante relacion con el lenguaje y el estilo de los caldeos. Las visiones de Ezequiel ofrecen imájenes estrañamente compuestas, y el profeta Daniel habla de los buenos y de los malos ánjeles con muchos mas detalles que Moisés.

El apego de los israelitas á su ley se fortificó durante su destierro. Los fragmentos de las tradiciones babilónicas les habian hecho descubrir el verdadero sentido de las narraciones de Moisés; habian reconocido la falsedad de algunas de sus opiniones, y admirando la pureza de la creencia persiana se avergonzaban de háber podido desdeñar un momento la suya propia, mucho mas pura y mas perfecta.

Levantóse con lentitud el nuevo templo enmedio de los ostáculos que oponian los caprichos de la corte de Persia y el desaliento de la nacion; los israelitas ensayaron el establecimiento de una especie de constitucion, pero no pudieron sustraerse enteramente del yugo de sus vecinos. La dominacion de los estranjeros aogó en ellos aquella enerjia que habia operado tantos prodijios; la literatura hebráica perdió su color nacional; y ya se admiraba á los antiguos escritores mas que se los entendia. Esto hizo que se atribuyesen á una influencia sobrenatural las inspiraciones del jenio, y que muchos hechos contados en el lenguaje pomposo de los orientales, pareciesen prodijios que interrumpian el curso de la naturaleza. Puede conducirse el hombre á la causa primera, ya interpretando los acon-

tecimientos de una manera natural, ya mirándolos como milagros; pero sise quieren tomar á la letra las poesias orientales, hay riesgo de desfigurar su sentido y de perjudicar á su autoridad. En cuanto á los misterios del alma y del mundo intelectual, no los conocemos bastante para poderlos esplicar todos, ó para desechar lo que nos parece inesplicable. El conjunto de la literatura hebráica tal como se encuentra en la recopilacion que se llama antiguo testamento, encierra un cuadro instructivo de los medios por los cuales la creencia del mundo primitivo respecto á la unidad de Dios, á las relaciones que ecsisten entre el hombre y su Criador, y el mundo invisible en que está destinado á renacer, se ha conservado entre los judios hasta que nuevas revoluciones la hayan rejuvenecido en todos los pueblos.

De vuelta al pais de sus padres, los israelitas cesaron poco á poco de cultivar su lengua: sus sabios, familiarizados en demasía con las ideas metafísicas de los orientales y de los griegos, fueron despues incapaces de penetrarse bien y de enseñar sin alteracion la doctrina de Moisés; y á medida que se separaron del pueblo para formar una clase aparte, se vió desaparecer ese lenguaje animado y poético, que habia producido efectos tan estensos y durables (1).

Despues de la caida del imperio de los persas, los judios gozaron de un largo reposo. La singularidad de su pais y de sus cos-

(1) La sociedad judáica apenas comienza á ecsistir, y ya su lengua no solo tiene abundancia, sino lujo; y su poesía, rica y copiosa en imájenes, se espresa con una gallardía que aterra á nuestras lenguas verbosas y tímidas. Espliquese aora, en la hipótesis de que el lenguaje le inventó la sociedad lenta y paulatinamente, ¿cómo progresó tanto una lengua en una sociedad tan reciente, y en un pueblo tan carnal y grosero, y de dónde vinieron pensamientos tan sublimes y graves, vestidos de una espresion tan viva y tan verdadera? ¿Qué lengua hebrea es esta, cuyas bellezas solo imperfectamente conocemos, á pesar de haber empleado en su estudio una porcion de años, cuya pronunciacion y ortografia será siempre objeto de disputas entre los orientalistas, encerrada toda en un solo libro, objeto ha muchos siglos de las naciones mas cultas, y modelo inimitable de oradores y poetas?

La España mejor que nadie puede presentar literatos orientales que han ilustrado el estudio de la lengua mosáica; pero esta tiene ciertos puntos inintelijibles y oscuridades que jamás se aclararán, á pesar de todas las interpretaciones rabínicas.

tumbres, escitaba la atencion de los sabios estranjeros; la poblacion superabundante de su limitado territorio, los forzaba á entregarse al comercio; y tal reputacion habian adquirido en él, que los reyes de Siria y de Ejipto llevaron colonias judias, á fin de vivificar el comercio de sus principales ciudades. Los sacrificios y los tributos anuales que los peregrinos y los diputados de las tribus de Israel venian á deponer en el templo en la época de las grandes festividades, elevaron á Jerusalem al mismo grado de esplendor que habia tenido en los tiempos de David y de Salomon.

Antíoco Epifanes, rey de Siria, hijo de aquel Antíoco vencido por los romanos, aumentó sin quererlo la prosperidad de Jerusalem. Dotado este príncipe de una grande actividad, creyó afirmar su poder estableciendo una regla uniforme en todas las provincias de su dominacion. Veia con inquietud el espíritu de independencia que los judios manifestaban, y queria reprimirlo destruyendo sus leyes y sus costumbres. Obrando como déspota, dió Antíoco órdenes muy severas para que se introdujesen en ellos los usos griegos; pero se quedó muy admirado al encontrar una tenaz resistencia.

Judas Macabeo, nacido en la misma tribu que Moisés, defendió la libertad de Israel, y fundó una potencia independiente que favorecieron los romanos. Los pueblos vecinos veian sorprendidos la incompatibilidad del judaismo con los otros cultos que les parecian igualmente buenos. Durante el periodo en que los sabios y heróicos macabeos se mantuvieron en la posesion del poder supremo, primero en calidad de grandes sacerdotes y jefes, y en seguida con el título de reyes, las costumbres y los hábitos de los judios tuvieron tiempo para consolidarse; pero invariablemente fieles á su ley los descendientes de Abraham, á pesar de su dispersion, han continuado hasta nuestros dias formando una nacion aparte y sin haberse mezclado con los otros pueblos. Aunque apartándonos un poco de nuestra narracion, permítansenos algunas reflecsiones acerca de este punto tan interesante al historiador, y sobre el cual no vemos mas que parcialidades de secta.

En ninguna época de su ecsistencia han faltado considerables adversarios al cristianismo. En sus horas mas gloriosas, voces

de acusacion advirtieron al dios que se habia entronizado en el capitolio que era imperfecto y mortal. Pero de estas protestas, cuyo ecsámen filosófico esperan muchos todavia, la mas curiosa quizá y la mas útil de profundizar es la de los hebreos.

¿Cuál fué la causa de que el cristianismo tuviese desde luego por principal enemigo al pueblo de cuyo seno habia salido, en quien él reconocia el elejido de Dios y el solo representante de la verdad sobre la tierra, quien á creerlo lo habia preparado por todos sus esfuerzos, profetizado por toda su historia, figurado por todas sus ceremonias, y en fin, cuya ley venia á cumplir y no á destruir? ¿Cómo este pueblo desventurado, objeto escojido de las atroces persecuciones de la iglesia, despues de haberlo sido de las predicaciones de Jesus y de sus apóstoles, errante, disperso, arrojado en pedazos por el mundo, en el Norte, en el Sud, por todas partes, y por todas partes escarnecido, azotado, humillado, ha durado tantos siglos, sin desvanecerse (1), sin amalgamarse en la relijion victoriosa, con su fé y con sus esperanzas imprescriptibles? ¿De dónde le vie-

(1) En prueba de esta verdad vamos á dar la siguiente estadística del pueblo judáico. Esta estadística es una cosa tan singular como el pueblo á que pertenece. Despues de tantas calamidades como ha sufrido, parece que debiera haber disminuido en número; pero si se considera por otra parte, que los judios no se dedican á trabajos duros, ni son militares, ni marineros, ni de ninguna de las clases en que se disminuye el número de la poblacion, se verá que debieran haberse aumentado, y no ha sido asi. Nada que se parezca á esto ha ocurrido en la historia de ninguna raza; pues la Europa en jeneral ha duplicado su poblacion, y la Inglaterra por su parte en el último medio siglo la ha triplicado.

La poblacion de América camina todavia con mas rapidez; el mundo todo va en progresion siempre creciente; pero los judios se han estacionado enmedio del movimiento jeneral, y permanecen en número como en los tiempos de David y Salomon.

La poblacion de Judea en sus dias mas florecientes no escedió, si acaso llegó, á 4.000,000. El número de los que entraron en la Palestina procedentes del desierto, no eran evidentemente mas de 3.000,000, y su censo, segun los estadistas alemanes, considerados jeneralmente los mas esactos, es aora el mismo que cuando el pueblo estaba bajo la direccion de Moisés; es decir, unos 3.000,000. Estos están distribuidos del siguiente modo: en Europa 1.916,000, de los cuales u-

ne una tal fuerza de vida y una tal perseverancia de conviccion? ¿Qué significa semejante prodijio?

Si se pregunta á la iglesia sobre estos grandes misterios, ella dirá: «Los judíos, desconociendo »y crucificando al Mesías, con»tinuando en desconocerle y »crucificarle, sufriendo tantas »pruebas y humillaciones, sin a»nonadarse como secta, aunque »no ecsistan ya como cuerpo de »nacion, han cumplido y cum»plen libre y criminalmente lo »que Dios ha predicho por boca »de todos sus profetas. Esta es »la razon de su destino sobre la »tierra. Viven mas de deziocho »siglos para afirmar, á precio de »su dicha en este mundo y en el »otro, la justicia de Dios, la in»falibilidad de las Escrituras y »la verdad de la ley que niegan.»

Esta esplicacion terrible satisfacia en otro tiempo á todas las intelijencias; pero ha perdido su virtud persuasiva á medida que se ha debilitado la influencia del catolicismo á que es consiguiente en todas sus partes; y, forzoso es decirlo, cuanto á ella han sustituido los filósofos modernos, es insuficiente. El mas profundo de todos por muchos respetos, el mismo Benedicto Spinosa, de orijen judio, predispuesto al parecer á ilustar este punto, ha emitido una opinion sin valor. Segun su opinion, para que continuen los judios enmedio de la dispersion hay una razon del todo sencilla, y esta es el odio universal que han inspirado por sus ritos opuestos á los de otros pueblos, y particularmente por la circuncision, á la que han permanecido fieles. Este odio es el que los conserva (*odium nationum eos conservat*). Nada hay aquí de maravilloso (*id minimè mirum*) (1). Pero precisamente es este el hecho de que hay que dar cuenta. Se pregunta el por qué y se responde con el cómo. A pesar de

nos 658,000 están en Polonia y en Rusia, y 453,000 en Austria. En Asia 738,000; de los cuales 300,000 están en la Turquía asiática. En Africa 504,000, de los cuales 300,000 están en Marruecos. En las Américas de Norte y Sud 5,700. Si á estos añadimos 15,000 samaritanos, el resultado con corta diferencia será 3,180,000.

Tal fué la relacion que se formó en 1825.

El número es aora probablemente el mismo. Esplique el que pueda tan estraordinario fenómeno con una nacion dispersa é insignificante.

(1) *Tractatus theologico-politicus*, C. VII: *De vocatione Hebræorum*.

su orijen ilustre y de encontrarse en uno de los capítulos mas hermosos de una obra maestra de Spinosa, esta opinion es un sofisma grosero.

El siglo XVIII se contentó con él, y así debia ser. El método histórico que le imponian las necesidades de su mision no podia conducirle mas lejos. La emancipacion de la humanidad era á costa de la entronizacion momentánea de las causas segundas en vez de las causas divinas; pero la emancipacion no podria durar si no salimos de este estado de nulidad. Es necesario que todos los problemas establecidos obtengan serias soluciones; forzoso es que todo lo que está oscuro se ilumine, ó la humanidad, cansada del peso de la libertad tenebrosa que le ha dado la ciencia, dirá como el crítico Filoxeno al tirano de Siracusa, *que la lleven á las canteras*. Sí, la perpetuidad del pueblo judio es un fenómeno estraordinario que no pueden penetrar las almas vulgares: sí, sobre su frente hay un sello providencial que está deponiendo contra la filosofia, ó acaso cuando esta se entienda mejor será un testimonio que deponga en su favor.

¿Cómo no ver además que en la crisis terrible en que nos encontramos solo puede venir nuestra salvacion del lado de la cuestion relijiosa? dice M. Salvador. ¿Cómo no ver que los medios políticos son insuficientes para aliviar las miserias que piden hoy su curacion con la espada en la mano? ¿Cómo tener fé todavia despues de tan desastrosas esperiencias, en la eficacia de las luchas sanguinarias? Oh! digámoslo francamente; la violencia es estéril, estéril hoy, y sobre todo para fundar. Hagamos que desaparezca ese orrible espectro de lo pasado, que fascina y arrastra tras de sí, en combates sin derecho, á los alientos mas jenerosos y á lo mejor de la juventud: derramémonos por la multitud gritando como Petrarca: « ¡La paz! ¡la paz! »¡la paz! » No se trate ya de guerra, sino de sustituir en el mundo la caridad al egoismo, la humildad á la soberbia, la caritativa tolerancia á la intolerancia del fanatismo; porque sobre el terreno en que se ha colocado la sociedad por el progreso de los tiempos, solo la caridad puede edificar. La iglesia lo enseña de una manera escelente: la caridad, ha dicho, es hija del dogma. No se conseguirá transformar á los hombres repitiéndoles incesantemente las palabras de San Juan: «Amaos

»unos á otros, no de palabra y de »lengua, sino de obras y en ver»dad;» pues para que semejante predicacion sea fecunda, es menester que salga, como durante el primer periodo cristiano, del mismo seno de una relijion viva. Todo espíritu político debe trabajar al presente en una de estas dos cosas: la resureccion de la relijion antigua en su sencillez evanjélica, ó la creacion de una relijion nueva.

M. Salvador, ya citado, autor de la moderna obra titulada *Jesucristo y su doctrina*, parece haber sido criado para la vida filosófica, y abunda en este parecer. Judio M. Salvador y descendiente de una de aquellos familias de España que en 1492, forzadas por el tirano Fernando llamado el Católico, á escojer entre el destierro y la apostasía, prefirieron noblemente el destierro, robustecido además con todos los grandes principios que el siglo décimo-octavo ha incorporado á la sustancia humana, su primer pensamiento, si no nos engañamos, ha debido ser el secundar, relativamente á su raza, la emancipacion en fin comenzada. Este noble deseo le condujo al estudio de la relijion de sus padres, de la cual le habian separado las preocupaciones en voga de todas las ortodocsias; y sea verdad ó ilusion, salió de este ecsámen sorprendido de la conformidad de las doctrinas políticas, morales y relijiosas, contenidas bajo la corteza del judaismo, con las que prevalecen en nuestro siglo, y á las cuales pertenece segun las convicciones jenerales el porvenir del mundo. Entonces, dice, se esplicó el por qué este pueblo de donde procedia, habia reusado el bautismo y permanecia en pie á pesar de tantas persecuciones y oprobios. Spinosa, en el mismo pasaje que ya hemos anunciado, habia tratado de absurdo la fé de los judios que todavia se creian predestinados necesariamente por su relijion á una eleccion nueva de Dios. Esta misma relijion le parecia, por la influencia enervante que ejercia sobre su espíritu, que les condenaba á una eterna postracion. «Sin esto, decia, »hay una fuerza tal en el signo »de la circuncision, que hubie»ran podido, vista la vicisitud de »las cosas humanas, volver á le»vantar algun dia su imperio.» Y por una comparacion fecunda que seria muy útil proseguir en todos sus detalles, los asemejaba á los chinos, quienes «sepa»rados tambien de las otras na»ciones por un signo particular

»que se hacen en la cabeza, se »han conservado en este esta»do por tantos miles de años, »que superan en mucho en anti»güedad á las demás naciones, y »durante esta época alternati»vamente han obtenido, perdido »y recobrado el imperio, para »poseerlo completamente luego »que los tártaros comiencen á »prostituirse en el lujo y la mo»licie.» (Cap. 7.)

M. Salvador llegó al contrario por la misma via del libre ecsámen á la persuasion, que las creencias judias estaban reservadas, como se le habia enseñado en su infancia, no solamente á reacer de Israel un gran pueblo, sino á fundir todas las especialidades relijiosas, comprendida en ellas el cristianismo, en una grande unidad, y á conducir á toda la familia humana á la mas magnífica rejeneracion; que esta era la razon profunda que concebia de su duracion; y que la nacion escojida habia sido dispersada, á fin de que hubiese jérmenes por todas partes de las profecías vivientes de la era santa de beatitud y de verdad. Entonces M. Salvador puso manos á la obra para dar un cuerpo visible y comunicable á las nuevas ideas que se habian apoderado de él, y en 1822 publicó como primer ensayo en este jénero, la *ley de Moisés*, que estendida sobre otro plan mas grande, se convirtió en 1828 en la *historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo*. Despues ha presentado á *Jesucristo y su doctrina* como una historia del periodo apostólico del cristianismo, la cual tiene su valor verdadero porque completa la esposicion del mismo sistema.

Volvamos, pues, al curso de nuestra historia, de la cual nos hemos separado un poco porque la materia nos habia recordado las ideas que hemos acabado de mencionar.

Formáronse entre los israelitas sectas filosóficas, como entre los griegos, si bien podian conciliarse menos con las leyes de Moisés. Los severos fariseos se apoderaron de la enseñanza: intérpretes de los libros santos, buscaban en cada palabra un sentido místico ó figurado además del sentido literal, suponian por todas partes alegorías, engañándose en su significacion, y caian en los mayores absurdos. En los tiempos que precedieron inmediatamente al nacimiento de Cristo, algunos espíritus atrevidos, comenzaron á atacar el sistema de los fariseos; estos combatieron con todas sus fuerzas

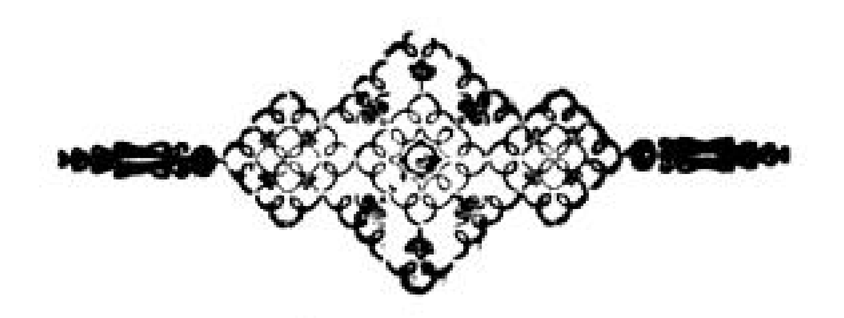
las opiniones que amenazaban á sus intereses, y trabajaron en afirmar su imperio espiritual, ocupando á sus discípulos en sutilezas vanas y multiplicando las ceremonias y las prácticas de devocion. El Talmud nos ha dado á conocer una parte de sus opiniones; este libro, en donde se encuentran reunidas las ideas sublimes y las esplicaciones sabias de los antiguos rabinos, y los sueños estravagantes de sus sucesores, semeja á un hermoso monumento que un artista ignorante hubiese ocultado bajo un conjunto de adornos sin belleza.

Los saduceos se atenian á la letra de sus libros sagrados, y trataban de profanadores á los que los interpretaban de una manera conforme á los progresos de la razon humana: tolerantes para con los pueblos que no conocian la ley de Moisés, eran en jeneral mas justos y humanos que los fariseos.

Los esenios, insensibles á la gloria y al poder, llevaban una vida monacal, consagrada á la contemplacion y á la práctica de todas las virtudes.

La ambicion de Aristóbulo, que arrebató á Hircano, su hermano mayor, el cetro de Judá, llenó el estado de turbulencias y privó de su independencia á los israelitas. Jerusalem fué conquistada por Pompeyo. Durante la guerra civil que se levantó entre él y César, este último favoreció á Aristóbulo, á quien Pompeyo habia destronado; despues de la muerte de Aristóbulo y su su hijo, César concedió su proteccion á Antipatro el idumeo, á quien el débil Hircano cedió los cuidados de la administracion. A consecuencia de haber sido asesinados César y Antipatro, el jóven Antígono, sostenido por los partos, intentó realzar el trono que habian fundado sus antepasados los macabeos; pero no pudiendo los romanos permitir que ecsistiese un estado independiente en las fronteras del Asia y del Africa, ni permitir el restablecimiento de una dinastía que debia su elevacion á los partos, nombraron rey de los judios á un estranjero, cual era Herodes, el hijo de Antipatro. Este príncipe activo y astuto, adulador unas veces de Marco Antonio, y otras de Augusto, protejió el culto de Moisés, porque lo miraba como un medio de concentrar todas las riquezas del pais en su capital. Ya hemos visto que quiso introducir entre sus vasallos las costumbres de los romanos, y la civilizacion

griega; pero las preocupaciones nacionales se opusieron á sus miras; y así debia suceder, pues segun la opinion de algunos sabios, todas las circunstancias anunciaban la prócsima llegada del Salvador, predicha por los oráculos antiguos.



CAPITULO II.

Jesucristo. — Del establecimiento del cristianismo y de las primeras alteraciones que sufrió. — De la iglesia cristiana. — Conclusion.

JESUCRISTO.

Setecientos cincuenta años despues de la fundacion de Roma, en la época en que todas las relijiones parecian conmoverse sobre su base, nació Jesus en Bethlehem.

Las antiguas tradiciones de los judios cuentan que uno de los defensores mas zelosos de la ley se habia refujiado á los desiertos del monte Sinaí, despues de haber luchado por mucho tiempo contra los progresos de la idolatría y de haber pedido á Dios se le apareciese. Al punto la tierra se conmovió, pero Dios no estaba en el temblor de tierra; un uracan se levantó, pero este no marcó la aprocsimacion de Dios; en fin, se sintió un zéfiro dulce y Dios se manifestó en él; del mismo modo se manifestó en Jesus.

Los judios esperaban un héroe, lisonjeándose que este los libertaria del yugo de los Césares, que devolveria al trono de David su antiguo esplendor, y que daria á su pueblo el imperio del mundo. Engañáronse en su esperanza: Jesus de Nazareth nació en una condicion oscura; salió de su humilde retiro á la edad de treinta años, y se apareció entre los galileos, despreciados de sus vecinos á causa de su ignorancia. Recorrió en seguida todas las provincias de la Judea, predicando y enseñando, y cada uno de sus pasos estaba marcado con beneficios. Cuando visitaba la capital observaba los usos del templo, aunque colocase su doctrina sobre la de Moisés y Salomon. Respetaba la autoridad del emperador, pero hablaba á sus discípulos como maestro: ecsijia de ellos una sumision absoluta y una confianza sin límites, y miraba como hermanos suyos á cuantos prestaban fé en su pa-

labra de cualquier estado que fuesen.

Jesus de Nazareth estableció como base de su doctrina la ecsistencia de Dios criador y moderador del universo, que distribuye á todos los seres dotados de razon las recompensas debidas á sus virtudes, y las penas á sus crímenes, sin que la muerte pudiese sustraerlos de su poder. Esta eterna verdad no fué desconocida á los primeros hombres, y la Providencia renovó su memoria en diferentes épocas, por profetas y sabios que suscitó entre los pueblos; pero ninguno la anunció de una manera tan clara, tan precisa y tan solemne como Jesucristo. Enseñó además, que las ceremonias cuyo número habian multiplicado al infinito los sacerdotes de todos los paises, útiles en la infancia de las naciones, no tenian ningun mérito en sí, y que el hombre no podia obtener la aprobacion divina, sino practicando la virtud. Sin tocar á las instituciones políticas de la Judea, sin establecer una dignidad sacerdotal, ni ordenar un culto pomposo, se contentó con ligar su recuerdo á un pequeño número de ritos relijiosos tan sencillos como interesantes.

Al declarar Jesus que su venida no tenia otro objeto que el establecimiento de su doctrina, se atrajo el odio de los ministros de la ley de Moisés, que reusaron reconocerle por el Salvador de Israel, aunque la Providencia hubiese dirijido los acontecimientos de manera que le rodeasen todas las circunstancias predichas por los antiguos oráculos. A pesar de los ostáculos que le opusieron las preocupaciones de sus conciudanos, Jesus cumplió su destino. Acusado falsamente á los romanos, fué sacrificado por Pilato al insensato furor de los judios. Sufrió la muerte con heroismo sobrenatural, resucitó, consolidó su doctrina y abandonó la tierra que no era digna de él.

Así se terminó la vida del que habia venido á predicar el perdon de las ofensas y de la caridad. Su doctrina se estendió en pocos siglos mas allá de los límites del imperio romano, é hizo desaparecer el politeismo y los sacrificios espiatorios. Los enemigos de Jesucristo concurrieron mas de una vez, sin quererlo, al cumplimiento de sus designios, y los mismos discipulos de Mahoma honraron su nombre. Durante los siglos bárbaros de la edad media, el evanjelio fué desfigurado por la supersti-

cion y la ignorancia; pero hoy su verdadero espíritu penetra en las bases de la sociedad, y los progresos de la filosofía esparcen cada dia nuevas luces sobre la importancia de la obra de Jesucristo y sobre el punto de vista bajo el que es menester considerarla.

DEL ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO Y DE LAS PRIMERAS ALTERACIONES QUE SUFRIÓ.

Despues de Herodes el Grande, tres hijos suyos, inferiores á él en talento como en poder, reinaron en diversas provincias de la Palestina. Despues de haber sido desterrado Arquelao, el mayor, fué la Judea administrada durante algun tiempo por gobernadores romanos. Herodes Agripa, príncipe tan hábil como intrigante, y nieto de Herodes el Grande, se aprovechó del favor del emperador Calígula para reunir bajo su dominio todas las partes del reino. A su muerte, la Judea volvió á caer bajo la administracion romana; y la codicia de los procónsules y las preocupaciones fanáticas que Jesus habia combatido en vano, escitaron aquella guerra espantosa en que el estado y el culto de los judios perecieron en medio de las llamas y de la carnicería. La destruccion de Jerusalem puso fin á la ecsistencia política de este pueblo, que, monumento vivo del destino mas singular, anda todavía disperso sobre la tierra, sin tener patria.

Semejante á la semilla que jermina lentamente en el seno de la tierra, la doctrina de Cristo se desarrolló en silencio, y no conocemos mas que muy imperfectamente la suerte que sufrió en los primeros tiempos de su establecimiento. Los cuatro evanjelistas que nos han transmitido algunos detalles sobre la vida de Jesus, tienen cada uno un carácter particular. San Mateo se sirve de un lenguaje popular; San Márcos escribe con brevedad y concision; San Lucas escribe con plan metódico; y San Juan manifiesta un espíritu filosófico y un conocimiento profundo de su objeto. Al contar la fundacion de las primeras iglesias, habla San Lucas frecuentemente de San Pablo; y lo que sabemos de los otros apóstoles está sacado en gran parte de relaciones cuya autenticidad se puede poner en duda. Sus epístolas manifiestan la importancia que daban á la reforma de las costumbres. A juzgar por los datos incompletos que posee-

mos, parece que San Juan era de todos los apóstoles el que mejor se habia penetrado del espíritu y doctrina de su maestro, y que San Pablo, judio de Cilicia, superaba á todos sus colégas en zelo y actividad. Su alma ardiente se pinta toda entera en sus cartas destinadas á resolver objeciones, á responder á preguntas sobre el mejor modo de organizar las iglesias cristianas, y á prestar á sus discípulos consuelos y advertencias saludables, ó á dilatar su corazon en el seno de amigos virtuosos.

Algunos escritos menos instructivos que interesantes por su sencillez y uncion, es todo lo que nos queda del siglo que siguió al establecimiento del cristianismo. Los cristianos contaban pocos sabios entre sí; procuraban imitar á Jesus, haciendo obras de caridad y cumpliendo sus deberes, sin pensar en transmitir á la posteridad el recuerdo de sus virtudes. En vez de disertar sobre la divinidad del Salvador, se ocupaban de lo que debian hacer para obtener en el cielo la dicha que no podian encontrar sobre la tierra. Mirándose todos como iguales, ninguno se arrogaba el derecho de prescribir leyes á sus hermanos. Vivian dispersos entre los idólatras, sin tener un empeño en hacerse notar; hubieran permanecido por mucho tiempo en esta dichosa oscuridad, si la crueldad de Neron, que los castigó como autores del incendio de Roma, los movimientos sediciosos de los judios, y los terrores que inspiraban á los paganos una multitud de profecías sobre las mudanzas que amenazaban al imperio, no hubiesen venido á turbar la calma de que la iglesia naciente gozaba. Es menester convenir, sin embargo, que los furores de Neron y los edictos de Domiciano dañaron mucho menos al cristianismo, que las estravagancias de algunos teólogos imbéciles, que mezclaron á los dogmas del evanjelio los desvarios de su imajinacion pedantesca. Vamos á dar á conocer la fuente de donde estos teólogos tomaron el fondo de su sistema.

Casi todos los paises situados entre la China y el mar Caspio, fueron conquistados por los chinos en el primer siglo de la era cristiana. Los sacudimientos ocasionados por estas conquistas, empeñaron á los samaneos, discípulos de Budda, que vivió probablemente cuando la caida del reino de Israel, á abandonar la antigua Aria, su primera mora-

da, y á dirijirse, primero ácia las montañas de Cachemira y del Thibet; en seguida bajaron á las llanuras de la India, pasaron á la isla de Ceilan, y de allí á Siam, y fueron por último hasta la China y el Japon. Los bonzos samaneos enseñaban que su maestro Budda, digno de ocupar el segundo lugar en la veneracion de los hombres, habia bajado entre ellos para anunciarles la metempsícosis. La imperfeccion de los sistemas relijiosos establecidos en el Thibet y en una parte de la China, facilitó los progresos de la doctrina de los bonzos; pero en la India, estos mismos bonzos que se habian atrevido á atacar la poderosa casta de los bramines, espiaron su temeridad con crueles persecuciones. Mientras trastornaban las antiguas relijiones del Asia oriental, acontecimientos que nosotros ignoramos, hicieron conocer á las escuelas sabias de Babilonia las alegorías del libro chino Y-King.

El autor de este libro suponia la ecsistencia de una causa primera, desconocida, sin voluntad, sin intelijencia, simple instrumento de una ciega fatalidad; así como la de las dos efijies, de cuatro imájenes y de ocho símbolos, saliendo del seno de la nada, producian por medio de combinaciones misteriosas, el número del hombre, y hacian nacer cinco virtudes de otros tantos elementos. Estas alegorías, atribuidas á Fo-hi, primer lejislador chino, se dice que fueron comentadas por Wen-wang y Tscheu-king en tiempo de Homero. Tan admirables parecieron á Confucio, que este filósofo no hacia caso de la vida, y solo deseaba prolongarla para profundizar su oculto sentido: esparcidas en el Asia occidental, en donde principiaba á establecerse el cristianismo, sirvieron de base al sistema de los gnósticos.

Las diferentes sectas de los gnósticos, nacieron en estos climas ardientes, en donde los fakires estudian el modo de mortificar su carne, y en donde los espíritus ecsaltados y absortos en la contemplacion, se persuaden que cuanto mas incoerentes sean sus desvaríos, mas misterios encierran. Divididos tambien los caldeos en muchas escuelas, adoptaron con empeño los dogmas de los gnósticos, que tenian muchas relaciones con sus propias ideas (1).

(1) Parece que en la época en que Nabonasar fundó el imperio babilóni-

Los gnósticos admiran la ecsistencia de un abismo inescrutable, de donde la sabiduría hacia salir un cierto número de *eones* ó siglos. Despues de un espacio de tiempo, que no puede medirse sino por el número de estos eones, y con el cual no están de acuerdo las diferentes sectas, el concurso de los elementos, ó la reunion fortuita de los átomos produjo la intelijencia; esta, sola en su especie, se puso á trabajar sobre el caos;—tal fué el orijen del Criador del mundo, ó del demiourgos. Para tener adoradores encerró el demiourgos centellas de éter (1) en los cuerpos mortales. Queriendo la sabiduría destruir su obra, produjo á Jesus, que no tuvo mas que la apariencia de un cuerpo, y que perseguido por los sacerdotes del demiourgos, sufrió la muerte solo en la apariencia. En jeneral, la moral de los gnósticos se dirijia á libertar el alma de las trabas del cuerpo.

Encuéntranse en los eones de los gnósticos las cuatro edades del Vedam, cuya cuarta ha comenzado, y durará todavia trescientos noventa y cinco mil años. Tienen tanta relacion con los periodos de Buffon, como las concepciones de un sabio europeo del siglo XVIII pueden tener con los desvaríos de una imajinacion oriental.

La doctrina secreta de los gnósticos, se estendia rápidamente en toda el Asia y en la Europa meridional. Ecsiste una obra muy antigua (2) y atribuida falsamente á San Clemente, discípulo de San Pedro, que da á conocer sus principios. Esta secta ecsistia ya en tiempo de los apóstoles, que la combatieron. San Ireneo escribió contra ella, pero su libro prueba que el talento no correspondia á su zelo. Los dogmas escitaron un gran escándalo entre los judios convertidos al cristianismo; y refujiados despues de la toma de Jerusalem á la ciudad de Pella, continuaron en esta reverenciando la autoridad de Moisés, y conservaron todavia por espacio de sesenta años el uso de la circuncision; porque ninguno de los preceptos del cristianismo les ecsijia que renunciasen á sus costumbres nacionales. Algunos escritores cuentan entre los gnósticos á Simon, llamado el máji-

co, ecsistian comunicaciones entre los pueblos que habitaban las dos estremidades del Asia.

(1) Las almas.

(2) Recognitiones.

co; este poseia una imájen misteriosa que solo manifestaba á los iniciados, y que probablemente era una imájen simbólica.

Los gnósticos no estaban de acuerdo sobre la naturaleza de los medios que era necesario emplear para libertar al alma de las trabas del cuerpo. Unos recomendaban para ello los ayunos y las maceraciones; otros pretendian que entregándose con esceso á los placeres de los sentidos, se podia llegar al mismo objeto de una manera tan pronta y mucho mas agradable. Creian en jeneral que los estravíos á que el hombre es arrastrado por el atractivo del deleite, eran frecuentemente involuntarios; que solo se hacian criminales por la circunstancia, ó por las relaciones sociales, y que Dios los perdonaba en consideracion á la frajilidad humana. Encuéntranse en la historia de muchas sectas místicas huellas de este dogma peligroso: *que la pureza del corazon santifica todas las acciones.*

El método de apagar los deseos de la carne por las maceraciones, tuvo sin embargo discípulos mas numerosos que el que enseñaba á embotarlos por los escesos. Adoptando este último sistema temian atraerse la censura pública, mientras que profesando principios severos, se estaba seguro de adquirir la estimacion de la multitud; y así el orgullo como la vanidad producian en la apariencia los mismos efectos que el amor de la virtud.

Enmedio de tantos errores que seducian á los espíritus, las primeras iglesias, particularmente la que dirijió San Juan, conservaron sus costumbres sencillas é inocentes, y los cristianos se hicieron notar por su retiro de la corrupcion del siglo y por la prontitud de su caridad. La relacion que Plinio hizo de ellos á Trajano, empeñó á este emperador á mandar que cesase la persecucion ordenada por Domiciano. La mayor parte de los escritores cristianos eran ignorantes, crédulos y estraños al arte de escribir; pero la esperanza de la inmortalidad daba á sus ideas un vuelo sublime. Las últimas palabras de San Juan, el discípulo querido de Jesus, nos hacen conocer el espíritu que animaba á la iglesia primitiva. Sintiendo este apóstol que se le acercaba su fin, ya respetable á los paganos y á los cristianos por la santidad de su vida, se hizo conducir á la asamblea de los fieles. Haciendo un esfuerzo para incorporarse y elevando sus manos moribundas ácia el cielo, esclamó: «Hijos

»mios: amaos siempre como nos »ha amado el Señor!» A estas palabras dejó caer la cabeza y espiró.

Libres por algun tiempo los cristianos de las supersticiones del politeismo y del yugo molesto de la ley judáica, se preservaron de las sutilezas de los gnósticos. Huian de las dignidades que los hubieran obligado á asistir á las ceremonias paganas, y procuraban sustraerse del servicio militar. Sóbrios, dulces, apacibles, escelentes padres de familia y esposos castos, tenian á su comunidad relijiosa la misma adesion que los romanos á su patria; y ni los razonamientos de los filósofos, ni las amenazas de sus perseguidores eran capaces de hacerlos infieles á su maestro. Estos tiempos son la edad heróica del cristianismo; y durante este periodo glorioso, la dotrina de Jesus se esparció desde las riberas del Ganjes hasta el Océano Atlántico.

La decadencia de las antiguas relijiones y de las costumbres antiguas, y el entusiasmo que inspiró la sublimidad del evanjelio, contribuyeron á la rapidez de su propagacion: los principios del cristianismo eran además una especie de apelacion al buen sentido; pues despertaban en todos los corazones sentimientos por largo tiempo adormecidos; rectificaban una multitud de falsas ideas, y admitian bajo muchas relaciones una interpretacion que satisfacia los deseos y las opiniones del siglo.

LA IGLESIA CRISTIANA.

Las primeras sociedades cristianas mantenian entre sí una union fraternal por medio de cartas misivas, y se ayudaban recíprocamente dándose socorros pecuniarios, cuando las circustancias lo ecsijian. Los cristianos de Jerusalem tuvieron mas necesidad de estos socorros. Persuadidos que la disolucion del globo seguiria de cerca á la destruccion de la capital de la Judea, descuidaron sus negocios domésticos; establecieron entre sí la comunidad de bienes, y no tardaron en probar los funestos efectos de su imprevision.

Los vijilantes ú obispos (*episkopoi*) de las sociedades cristianas arreglaban el órden de las asambleas, mantenian la correspondencia, y administraban los fondos destinados á obras de caridad; los ancianos (*presbyteroi*) asistian á los obispos con sus consejos, y los diáconos (*diakonoi*) ejecutaban sus órdenes.

Despues de la traslacion ó muerte de un obispo, los ancianos proponian los sujetos que les parecian propios para el empleo vacante; los fieles que componian el rebaño hacian la eleccion, y el dia en que el nuevo electo entraba en sus funciones, se invitaba á los obispos vecinos para que asistiesen á las preces y ceremonias de su instalacion.

Bien pronto el obispo fué considerado como el sucesor del gran sacerdote de los israelitas, los ancianos como los sacrificadores y los diáconos como los levitas. Al principio no se dió importancia alguna á estas denominaciones, pero la vanidad y el interés las consagraron y les dieron una significacion muy estensa. Se formó una clase de funcionarios que tomó el nombre de clero: institucion desconocida á los griegos y á los romanos y que no estaba fundada sobre ningun precepto de Jesus. Andando el tiempo, este clero usurpó y ejerció sobre los fieles una especie de tutela que dejeneró en dominacion; y es bueno que tengan entendido los sacerdotes cristianos, que la autoridad de que se revistió voluntaria y arbitrariamente aquel clero ambicioso, era del todo opuesta al espíritu de fraternidad que reinaba entre los primeros cristianos.

No se contentaron los obispos con igualarse al gran sacerdote de los judios; tuvieron la osadía de compararse al mismo Jesucristo, y pretendieron ser los vicarios del único y eterno pontífice de los cristianos. En calidad de tales se arrogaban un imperio absoluto sobre las conciencias y trabajaban en establecer como principio: «Que el poder es»piritual es tan superior al tem»poral, como el cielo á la tierra, »el alma al cuerpo, y el espíritu »á la materia (1).»

La dignidad de obispo llegó á ser un objeto de intriga y de cábala. La conducta de los cristianos fué sometida á un tribunal severo que al principio tuvo por objeto velar en que los fieles no se hiciesen despreciables, odiosos, ó sospechosos por sus costumbres; mas tarde la disciplina eclesiástica sirvió para aumentar el ambicioso poder de los sacerdotes. Los reglamentos de los lejisladores de la antigüedad tuvieron casi siempre un motivo razonable ó por lo menos plausible, relativo á la naturaleza de las cosas ó á las cir-

(1) Estas ideas se encuentran en una obra del siglo IV, que lleva el título de *Constitucion apostólica*.

cunstancias; pero los fundadores del gobierno eclesiástico erijieron en ley irrecusable pasajes aislados de la Escritura, interpretados de una manera bárbara y absurda; y en vez de limitarse á dos ó tres verdades importantes, forzaron á los cristianos á que creyesen en una multitud de sutilezas pueriles. El yugo de la fé ciega que se les impuso, contribuyó fuertemente á degradar el espíritu humano y á acarrear una larga barbárie.

Así es como los hombres consiguieron echar á perder la obra de Jesus de Nazareth, del hombre del Calvario; pero como la Providencia sabe dirijir todos los acontecimientos y todas las instituciones de modo que las hace concurrir á sus miras, sucedió que el gobierno eclesiástico ejerció durante algun tiempo una saludable influencia.

Los bárbaros que trastornaron el imperio romano, hubieran reducido la Europa al mismo estado en que los turcos han reducido el Asia, si no la hubiesen salvado los esfuerzos de los ministros de la relijion. Estos formaban un cuerpo imponente por su santidad y su union. Las fuerzas conquistadoras del Norte estaban poco dispuestas á escuchar lecciones de caridad ó á gustar de ideas de civilizacion; pero el clero supo contenerlas sirviéndose hábilmente de los rayos de la escomunion, y de los terrores del infierno. Por grados se hicieron susceptibles de una doctrina mas pura: despues de haber adoptado al principio las formas esteriores de la relijion, aprendieron á conocer la relijion misma; y por medio de esta educacion que les dió la Providencia, se igualaron en fin á los antiguos y se elevaron sobre ellos bajo muchos conceptos. Una dicha es para la humanidad el que esta marcha progresiva de luces haya tenido lugar en Europa, de donde se ha derramado por toda la tierra. Si la civilizacion hubiera tomado este vuelo en las partes del mundo que por sus riquezas naturales se pueden bastar á sí mismas, los europeos hubieran quedado eternamente en el estado de barbárie. Pero el hombre no es nunca mas que el instrumento de una mano invisible.

Cada iglesia cristiana tenia un inspector ú obispo; los obispos de la misma provincia se reunian en ciertas épocas para deliberar sobre los intereses comunes, y el de la capital de la provincia encontrándose en el centro de

los negocios, gozaba el derecho de convocar las asambleas ordinarias y estraordinarias, y de dirijirlas:—tal fué el orijen de los metropolitanos y de los arzobispos. La division del imperio despues de Diocleciano, ocasionó el establecimiento de los patriarcas. Cuatro iglesias se levantaron sobre las demás; la de Jerusalem, la de Antioquía, la de Alejandría y la de Roma; sus presidentes fueron considerados como jefes de tribu, ó patriarcas.

La iglesia de Roma se aprovechó de la doble ventaja de haber sido fundada por San Pedro, el príncipe de los apóstoles, y de contar entre sus miembros algunos personajes considerables, quienes por su rango y nacimiento tenian grande influencia en la corte.

La traslacion de la silla del imperio produjo una gran envidia entre el obispo de la antigua residencia imperial y el de la nueva, entre el mas poderoso patriarca del Oriente y el primer obispo de los paises occidentales. Estos dos prelados se disputaron largo tiempo la preeminencia; en fin ganó el obispo de Roma. Este, alejado de la corte, tenia el primer rango en la antigua capital del mundo, y dirijia solo su vasta diócesis, cuyos límites estendia sin cesar el zelo de los misioneros. Se aprovechó de su posicion para inspirar al clero el espíritu de cuerpo de que tenia necesidad, á fin de establecer su poder, y se creó por este medio una milicia siempre dispuesta á pelear por sus intereses. Muchos acontecimientos, poco considerables en apariencia, prepararon la grandeza de la santa sede, y la superioridad de la Europa sobre las otras partes del mundo.

Conocemos muy imperfectamente el orijen y los primeros progresos de la potencia pontificia. La historia de los papas, redactada por Anastasio el bibliotecario, nos presenta á estos hombres inalterables enmedio de los sufrimientos, siempre dispuestos á sufrir el martirio, pródigos de su patrimonio para con los hombres, zelosos en hacer el culto público mas imponente, y en mantener su dignidad con costumbres austeras; pero no dá detalles sobre el número de los fieles que componian su grey, ni sobre las rentas de su iglesia. Es incontestable que el respeto que se tenia á la antigua capital del imperio aumentó la autoridad de los obispos de Roma, y estos en seguida elevaron por segunda vez su re-

sidencia al rango de señora del mundo.

A pesar de lo dicho, Platina y otros historiadores nos proporcionarán bastantes datos para trazar la historia de los pontífices con la crítica conveniente; porque los pontífices son tambien príncipes temporales, y están sujetos como los demás al tribunal severo de la historia.

CONCLUSION.

Con desprecio de los sábios preceptos de su maestro, se engolfaron muy pronto los cristianos en un laberinto de disputas ridículas é interminables sobre la naturaleza y los atributos de Jesucristo; y de todas estas sutilezas formaron un pretendido sistema que descansaba enteramente sobre falsas interpretaciones.

La filosofía neo-platónica, que estaba en voga en Alejandría, dió un segundo ataque á la sencillez de la relijion cristiana. Plotino, Jámblico y Porfirio no podian ocultar la incoerencia y lo absurdo de la teolojía pagana que se esforzaban en sostener: recurrieron pues á esplicaciones alegóricas; se rodearon de misterios, y á su vez atacaron el sistema de sus adversarios que carecia de precision y claridad. Los cristianos, nada versados en el conocimiento de las lenguas y de las antigüedades para poder defenderse con ventaja, abandonaron el sentido natural de los libros santos, y procuraron arrancar de ellos un sentido místico. Habiendo adoptado los enemigos del cristianismo la doctrina de los gnósticos, sobre la necesidad de librar al alma del imperio de los sentidos, los obispos, que no querian quedarse atrás en ningun punto, ecsijieron de los fieles una autoridad ecsajerada, y les recomendaron la vida solitaria y contemplativa. Los filósofos de Alejandría, á pesar de sus esfuerzos, no consiguieron afirmar el imperio de las divinidades paganas. Sus ideas carecian de sencillez y su lenguaje no tenia aquel tono de autoridad que hace callar á las objeciones y arrastra los sufrajios.

La persecucion ordenada por Diocleciano no pudo trastornar la iglesia cristiana, esparcida en todo el imperio y aun mas allá de sus fronteras, y que estaba gobernada por sus obispos, sus arzobispos, y sus patriarcas. Revestida de un poder sobrenatural y milagroso, la relijion de Cristo triunfaba de los vicios y de las pasiones que desolaban al

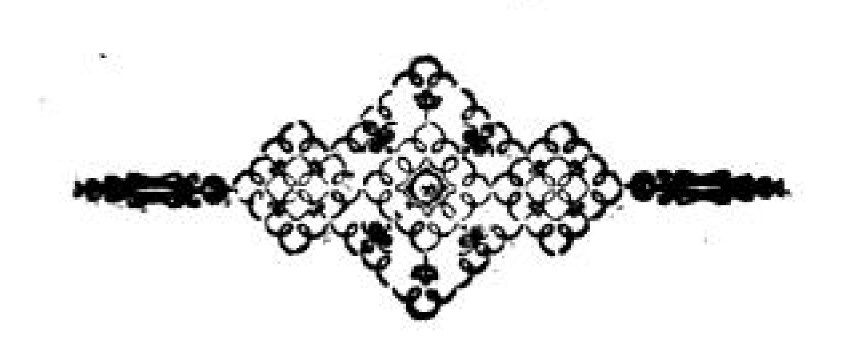
mundo. Los hombres mas tímidos, transformados en héroes luego que se hacian cristianos, volaban con alegría á los peligros y á la muerte; y de la ceniza de los mártires renacian sin cesar nuevos defensores de la fé (1). Este espectáculo imponente obligó á todos los pueblos de la tierra á reconocer el orijen celestial de las esperanzas que animaban á los cristianos.

Constancio Cloro, guiado por los principios de una sabia clemencia, suspendió la persecucion en las provincias que gobernaba. Su hijo Constantino, que era aficionado á planes vastos y nuevos, y esperaba sacar importantes ventajas de la proteccion que concedió á la iglesia oprimida, remplazando las rancias fábulas del paganismo por la relijion del Unjido, ácia la cual habia concebido una gran veneracion, se lisonjeó poder reconstruir la máquina vieja del imperio, cuyos resortes todos estaban gastados.

(1) ......*Per damna, per caedes, ab ipso*
Ducit opes animumque ferro.
Per varios casus per tot discrimina rerum —
...... *Sedes ubi fata quietas*
Ostendunt.

Terminemos aquí el cuadro de los diferentes medios empleados por la Providencia para renovar el conocimiento de los principios que el Criador ha grabado en el corazon del hombre, y que la tradicion ha conservado ó alterado sucesivamente. Estos principios elevan el alma sobre los límites del tiempo; hácenla avanzar rápidamente en el camino de la virtud, y el hombre ignorante que los admite es mas venturoso que los sabios de la tierra que los desechan; mas venturosos, sí, porque no tienen la osadía de pretender disputar con el espíritu divino. Su ignorancia es mas sabia que toda ciencia, mas consoladora que toda filosofía, su relijion responde á todas las necesidades de su intelijencia, á todos los dolores de su alma. El incrédulo, indudablemente no verá en lo que acabamos de decir, sino la historia de un sistema de ilusiones; pero al menos no podrá negar que estas ilusiones han sido y son todavia la fuente de muchas virtudes, consuelos y felicidad, que jamás le fuera concedida al escepticismo mas profundo. El cristiano, ya medite sobre las revoluciones al través de las cuales ha pasado el jénero humano, ya procure resolver el problema

de la ecsistencia del hombre, encuentra en su fé una llama pura, dulce, consoladora; llama que reanima sin deslumbrar, y que semejante á la columna de fuego de Moisés, le conduce con seguridad al través de los tenebrosos senderos de la vida.



LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO PRIMERO.

Introduccion á la historia romana. — Pueblos primitivos de Italia. — Acontecimientos antes de la fundacion de Roma. — Orijen de Rómulo y Remo. — Fundacion de Roma. — Rómulo, primer rey de Roma. — Robo de las sabinas. — Reinado de Rómulo y de Tacio. — Interregno, y Numa Pompilio. — Orijen del nombre de Roma. — Eleccion de Numa. — Institucion de las vestales. — Tulo Hostilio, rey. — Combate de los Horacios y Curiacios. — Traicion de Mecio y ruina de Alba. — Anco Marcio, rey. — Tarquino el antiguo. — Servio Tulio. — Establecimiento del censo. — Tarquino el Soberbio. — Orijen del nombre Capitolio. — Violacion de Lucrecia. — Juramento de Bruto.

Introduccion a la historia romana.—Como el viajero que sigue el curso de los grandes rios antes de embarcarse en el Océano que á todos los devora, así hemos recorrido la historia de los ejipcios, fenicios, judios, y de los imperios del Asia, de los reinos y estados libres de Grecia, de las repúblicas de Sicilia y Cartago, y aora vamos á contar los hechos del pueblo romano, que se hizo señor del mundo.

Un nuevo espectáculo se presenta á nuestra vista. Ya no nos perderemos, como en Ejipto, en la antigüedad de una tradicion remota y misteriosa, que mezclando pocas verdades á muchas fábulas, no tienen mas pruebas que antiguos monumentos y jeroglíficos indescifrables.

Ya no estaremos, como en Palestina, en un pais sagrado en que todas las leyes son oráculos, y milagros todos los acontecimientos. Hemos abandonado aquel Asia voluptuosa donde rei-

naban juntas la molicie, el lujo, la ignorancia y el despotismo.

Hemos salido de la patria de las fábulas y de los prodijios; de aquella Grecia tan pintoresca que la imajinacion siente dejar, porque todo era en aquel pais móvil y variado como ella. El tiempo, que todo lo produce y arruina, ha marchitado los colores de aquel cuadro risueño en que se reunieron toda la grandeza y pequeñez, toda la sabiduría y locura de la especie humana, los mas crueles tiranos, los reyes mas virtuosos, los conquistadores mas afamados, los sabios mas célebres, los pueblos mas libres, los esclavos mas sometidos, virtudes brillantes, vicios deificados, modelos en todo jénero de talentos y artes, de lujo y austeridad; y en fin, todas las formas de gobierno y de anarquía.

La Sicilia nos ha dado otras lecciones; porque el destino presentó en aquella isla los reyes mas ilustrados y los tiranos mas feroces, como para enseñarnos á qué grado de felicidad puede llegar un pueblo gobernado por príncipes como Jelon, ó por jefes como Timoleon, y todos los males que pueden aflijir á una nacion cuando confia el poder á unos mónstruos como Dionisio y Agatocles. Cartago, durante muchos siglos, muestra los efectos de una prudente libertad y de un sabio equilibrio de poderes; pero el esceso de su opulencia, y la corrupcion que resultó de ella, su decadencia y su ruina, prueban que el fundamento de los estados es la virtud, y que las naciones caen cuando se corrompen.

Entramos por último en Roma: aquí observaremos algunas fábulas groseras que rodean su cuna; pero observaremos tambien en el pueblo romano, desde sus primeros pasos, un carácter de fuerza, gravedad y grandeza que no hemos visto en ninguna otra nacion: su infancia es como la de Hércules, que aogaba las serpientes en la cuna.

Su primer rey, adorado despues como hijo de Marte, muda los pastores en héroes, somete los forajidos á leyes sabias y á una prudente disciplina: hace temibles á sus vecinos las murallas que acaba de fundar: estiende su territorio por medio de conquistas, aumenta su poblacion con tratados, anuncia á los siglos y á las naciones la dominacion de Roma; y desaparece de la vista de sus súbditos, cuya crédula admiracion le coloca en el cielo junto á Júpiter.

Dotados sus sucesores de grandes virtudes y raros talentos, unieron en un interés comun el trono, el pueblo y los grandes: confiaron el depósito de la libertad á los plebeyos, el sosten de las leyes y las virtudes á los senadores, y el de la fuerza pública á los reyes: enlazaron los ricos á los pobres por una utilidad recíproca, por los derechos y los deberes del patrocinio; y todos los ciudadanos al estado, por medio de una relijion que preside á la suerte del pueblo; que dirije sus acciones, y que le obliga á los mayores sacrificios por la gloria y la patria. Un tirano emprende destruir esta grande obra: la libertad, grabada en todos los corazones, le resiste y vuelca su trono: la república se levanta, y admira al universo con los prodijios de su heroismo y de su virtud; hasta que el esceso de su grandeza y poder corrompiendo sus costumbres, le hace adoptar los vicios de los pueblos conquistados, somete á la tiranía los señores del universo; y entrega á los bárbaros del Norte aquella Roma que fué tantos años capital del mundo por sus armas, y que no tardó en volverlo á ser por el imperio de la cruz.

En otros paises se puede estudiar la gloria de los siglos pasados en monumentos que han sobrevivido á la ruina del tiempo; pero en Roma se deben estudiar los hombres. Estos ilustres romanos, cuya historia vamos á escribir, fueron los monumentos mas bellos y grandiosos de su patria.

Pueblos primitivos de Italia. —La historia de los tiempos anteriores á Rómulo, nada cierto nos dice acerca de los primeros habitantes de Italia. Esta península se une al continente europeo por la cadena de los Alpes, en la cual hay tres desfiladeros principales; uno al Norte, otro al Mediodia y otro al Oriente. Se puede presumir que los celtas y los ilirios, buscando un clima mas suave, ó impelidos por otras tribus mas setentrionales, poblaron la Italia; así como en tiempos posteriores la devastaron por las mismas causas los pueblos del Norte.

Esta poblacion selvática tenia un culto grosero y habitudes propias de los pueblos errantes; pero la influencia de un suelo hermoso y de un país fecundo, suavizó sus costumbres. Dejaron de ser cazadores, y se aplicaron al pastoreo y á la labranza. Mas tarde, algunas colonias griegas y asiáticas trajeron á Italia las artes y ciencias del Oriente, así

como los ejipcios las llevaron á Grecia. Cultiváronse pues los campos: levantáronse aldeas; pero como esta civilizacion primitiva, no era obra ni de un solo hombre ni de un solo pueblo, la Italia se halló dividida en muchos pequeños estados que adoptaron la forma monárquica, porque sus continuas guerras les hacian conocer la necesidad de un jefe. Sin embargo, limitaron siempre la autoridad de este jefe para conservar una parte de su antigua independencia.

Muchas veces se confederaban estos pequeños estados, y formaban naciones como los latinos, ligures y etruscos, que fueron los pueblos mas célebres de Italia en los tiempos primitivos. La causa de estas confederaciones, fué como parece probable, la comunidad de orijen y la igualdad de idioma. Los etruscos ocupaban lo que hoy es la Toscana; los latinos el espacio comprendido entre el Tiber y el Liris. Estas pequeñas ciudades, peleaban frecuentemente por la posesion de un campo, ó para vengarse de una injuria; pero no tenian ni la intencion ni los medios de hacer conquistas. Se dejaba el arado para tomar la espada, y se volvia del campo de batalla al arado. Eran desconocidas las máquinas de guerra, y una muralla y un foso detenian un ejército. No habia tropas pagadas. Cuando un ejército estranjero invadia el pais, los habitautes, si eran vencidos, le cedian una parte del territorio para que edificase una nueva ciudad.

Si hemos de creer á Dionisio de Halicarnaso, los pueblos de Italia adoptaron desde tiempos muy antiguos la relijion de los griegos, descartando de ella las fábulas que envilecian á los dioses. Parece que los etruscos hicieron grandes progresos en las ciencias y artes, pues de las demás naciones de Italia enviaban los hijos á Etruria para que estudiasen. Los antiguos monumentos y los vasos etruscos que se conservan, apoyan esta opinion.

La debilidad humana se complace en consultar á los dioses para leer el porvenir. Los griegos creian que las divinidades hablaban por medio de los oráculos: como no los habia en Italia, la supersticion hizo que se estudiasen los presajios. El encuentro de un animal destructor era de mal agüero; la vista de un enjambre de abejas ó de una paloma, era favorable. Juzgábase de la voluntad de los dioses por el número par ó impar de las piedras que se juntaban

casualmente, ó de los animales que se encontraban, ó de los truenos que se oian. La direccion de los relámpagos y la del vuelo de los pájaros eran tambien presajios. Las palabras de *augures* y de *áuspices* nacen, la primera del grito de las aves, y la segunda de su vuelo, direccion y figura. Llamábanse *arúspices* los que adivinaban el porvenir, ecsaminando las entrañas de los animales inmolados. Los sacerdotes, para aumentar su autoridad, se jactaban de poder trocar los malos presajios en buenos. Ecsijian sacrificios y espiaciones para aplacar á las deidades irritadas; y no contenta esta superticion con derramar la sangre de los animales, enseñó casi á todos los pueblos á inmolar al cielo víctimas humanas. De aquí procedió tambien la májia, arte impostora, por la cual se lisonjeaban, con el ausilio de los jenios buenos y malos, no solo conocer lo venidero, sino tambien trastornar el órden de la naturaleza. Estas supersticiones, grabadas por el temor en el corazon de los pueblos de Italia, formaron una gran parte de su culto y lejislacion. Ningun acto público ó privado se hacia sin consultar á los agoreros, ofrecer sacrificios y aplacar á los dioses con espiaciones.

Habia en las cercanías de cada ciudad un sitio que se miraba como sagrado: no se labraba su suelo ni la hoz tocaba á sus árboles: los desterrados y delincuentes tenian allí un asilo inviolable. Cada pueblo honraba particularmente á su jenio ó dios protector, cuyo nombre se ocultaba cuidadosamente para que los enemigos no pudieran hacerlo propicio invocándolo. Cada casa tenia sus dioses tutelares, que se llamaban *penates*.

Dionisio de Halicarnaso dice que los primeros habitantes del Lacio se llamaban *sículos*, y que los latinos, que los remplazaron, traian su orijen de Grecia. Otros autores sostienen opiniones contrarias. Antes de Fabio Pictor, el mas antiguo de los historiadores romanos, que floreció durante la segunda guerra púnica, no se conocian los primeros tiempos de Roma sino por una tradicion incierta, habiéndose quemado los archivos de la ciudad en el incendio de los galos. Los archivos sacerdotales no contenian sino hechos mezclados con muchos errores, á los cuales se queria dar autenticidad. Todos los pueblos antiguos atribuian su orijen á un Dios, y Roma se complacia en descen-

der de Marte. El pueblo romano, que despues se llamó tan justamente *el pueblo rey*, tuvo tambien quien le adulase: los historiadores, los pueblos vencidos, y hasta los monarcas repetian todas las fábulas que lisonjeaban el orgullo de Roma. Esta creencia relijiosa fué una de las causas principales de la grandeza y duracion de la república romana: tan cierto es que la relijion, aun cuando esté sembrada de errores, es una base necesaria á la solidez de los estados. Toda relijion, para hacer respetables sus dogmas, se ve obligada á apoyarlos en la moral, y ella es quien conserva las naciones.

El pueblo romano, mas grave y relijioso que los demás, respetó por mas tiempo la autoridad paternal, las leyes y las costumbres; y fué mas admirable por sus virtudes que temido por sus armas.

Acontecimientos antes de la fundacion de Roma.—Aunque no tengamos, como se ha visto, sino una tradicion oscura para dar á conocer los acontecimientos que han precedido á la fundacion de Roma, vamos á referir lo que dicen de ella Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio y Plutarco.

Antes del sitio de Troya, condujo Œnotrus á Italia una colonia de árcades. Muchos años despues otra colonia de pelasgos, echados de Tesalia, se reunió á los aboríjenes ó descendientes de los árcades, y arrojaron de las orillas del Tíber á los sículos, los cuales se refujiaron en Sicilia. Un siglo antes de la guerra de Troya, Evandro, desterrado del Peloponeso, trajo á Italia la segunda colonia de árcades. Fauno, que era entonces rey de los aboríjenes, les dió un terreno en el monte que despues se llamó Palatino, donde fundaron una ciudad llamada Palancio, de Palante, abuelo de Evandro. En tiempo de este se dice que vino Hércules á Italia, mató al ladron Caco, y obtuvo altares por este beneficio. Este héroe enseñó á los aborijenes los ritos griegos, é instituyó las familias sacerdotales de los Poticios y Pinarios. Cincuenta años despues de la partida de Hércules, Latino, hijo de este semidios, aunque se creia que su padre era Fauno, fué rey de los aboríjenes, á los cuales dió el nombre de latinos, y al pais el de Lacio. Otros creen que este nombre procede de *latere* (ocultarse), y que se dió á aquella tierra porque en ella se refujió

Saturno de la persecucion de Júpiter su hijo.

Cuenta Dionisio de Halicarnaso que en el reinado de Latino llegó Eneas á Italia con una colonia de troyanos, trayendo consigo los dioses de Troya, y el *Palladium*, depositado despues en el templo de Vesta. Latino hizo alianza con Eneas, le cedió un territorio, y le dió por esposa á su hija Lavinia.

Turno, rey de los rútulos, pueblos que habitaban en lo que se llama hoy la campaña de Roma, que esperaba casar con aquella princesa, irritado de la injuria, hizo guerra á Latino y á Eneas. Fué vencido en el combate; pero Latino murió. Turno, con el ausilio de Mezencio, rey de Etruria, continuó la guerra. Eneas los venció, dió muerte á Turno y le sobrevivió pocos dias. Fué adorado bajo el nombre de Júpiter Indijete.

En la ciudad de Lavinio, que habia fundado Eneas, gobernó su viuda en la menor edad de Ascanio su hijo, con tanta prudencia, que la prosperidad del nuevo estado hizo rápidos progresos. Lavinia fundó la ciudad de Alba, y la hizo capital del reino. Este duró cuatrocientos treinta años hasta la fundacion de Roma. (A. M. 2822.—A. C. 1182.) El Tíber se llamaba entonces Albula, y servia de límite entre el Lacio y la Etruria. Despues de Ascanio, reinaron sucesivamente Silvio, Eneas-Silvio, Latino-Silvio, Alba, Atis, Capis, Capeto, Tiberio, que dió su nombre al rio del Lacio por haberse aogado en él, Agripa, Rómulo Silvio, Aventino, que dió su nombre al monte en que fué enterrado, y Prócas, padre de Numitor y Amulio.

ORIJEN DE RÓMULO Y REMO.—Despues de la muerte de Prócas debia reinar Numitor, su hijo mayor, pero Amulio usurpó el trono, dió muerte á Ejestio, hijo de su hermano, y puso en el número de las sacerdotisas de Vesta á su sobrina Rea-Silvia. Dícese que no contento este rey pérfido, con semejante rigor, la violó para tener el derecho de acusarla de impudicicia y condenarla á muerte. Rea dió á luz dos niños jemelos, á los cuales se dieron los nombres de Rómulo y Remo. Acusada, se disculpó diciendo que eran hijos del dios Marte. Amulio mandó encerrarla en un calabozo, y arrojar al Tíber los dos hijos. El rio entonces estaba crecido y llevó la cuna hasta la ribera, dejándola en seco. Una loba que oyó los gritos de los niños vino á darles de

mamar, y un pájaro les trajo alimento en su pico. Faústulo, mayoral de los rebaños del rey, admirado de este suceso prodijioso, que pasaba á la sombra de una higuera, conservada segun Tácito ochocientos años despues, llevó los niños á su casa para que los cuidase su mujer Laurencia. Esta mujer era de mala vida, y los pastores le daban el apodo de *Loba*; y este fué probablemente el orijen de la fábula que hemos narrado.

Zopiro Bizantino ha escrito que Filonomé, hija de Nictima, fué la que tuvo los dos jemelos del dios Marte, los cuales fueron arrojados al rio Erimanto; y que el agua los llevó á la cabidad de un árbol en donde una loba les dió de mamar. Dice que un pastor cuidó de educarlos y que llegaron á ser reyes de Arcadia. —Tan fabulosa es para nosotros una opinion como otra.

Rómulo y Remo, habiendo llegado á la edad juvenil, se distinguieron por su hermosura, fuerza y valor. Plutarco dice; que estudiaron en Etruria: Dionisio de Halicarnaso que se quedaron entre los pastores, y que en su tiempo se conservaba relijiosamente la cabaña en que vivieron. Para ejercitar su vigor, perseguian á los animales en los bosques y á los ladrones en los caminos. Agregáronse á ellos hombres valerosos y decididos, que formaron una tropa bastante numerosa, y celebraron asambleas y juegos. En una de estas fiestas, una cuadrilla de ladrones los atacó, prendió á Remo, lo llevó al rey Amulio, y lo acusó de haber talado los dominios de Numitor. Amulio le envió á su hermano para que lo juzgase, y Faústulo avisó á Rómulo el peligro que corria Remo. Interrogándole Numitor, descubre el secreto de su nacimiento, y averigua con júbilo que los dos hermanos son hijos de Rea, y nietos suyos. Los tres forman el proyecto de destronar al tirano Amulio. Remo con los sirvientes de Numitor, se reune á las tropas de su hermano que se dirije al palacio por diferentes caminos, rompe sus puertas y da muerte á Amulio. Entretanto, Numitor reune á los albanos, con el pretesto de oponerse á este ataque imprevisto: sabe en el mismo instante el triunfo de los príncipes, y cuenta al pueblo su libertad milagrosa y la caida del tirano. El pueblo, libre de aquel rey cruel, da alegre el trono á Numitor, y los príncipes, seguidos de un gran número de pastores albanos y de guerreros la-

tinos, forman el proyecto de fundar una nueva ciudad.

FUNDACION DE ROMA.—(A. M. 3252.—A. J. 752.) Antes de ejecutar esta empresa consultaron el vuelo de los pájaros, para saber á cuál de los dos hermanos pertenecia el honor de la fundacion y gobierno de la ciudad. Remo descubrió desde el monte Aventino seis buitres; Rómulo vió doce desde el Palatino; pero mas tarde que su hermano. De este doble presajio nació una grande altercacion, declarándose unos por Remo, á quien las aves habian aparecido primero, y otros por Rómulo, que habia visto mayor número de ellas. Por otra parte Remo tenia ofendido á su hermano, porque se burlaba de los trabajos que Rómulo dirijia, saltando un foso que habia escavado; unos historiadores dicen que Rómulo mató á su hermano en un movimiento de ira: otros que habiendo parado en venir á las manos la disputa de los agüeros, Remo pereció en la pelea. Otros dicen que Roma ecsistia antes de Rómulo, y que este no hizo mas que restaurarla. Pero la opinión comun es que empezó á fundarla 752 años antes de Cristo, al principio del año 4.° de la olimpiada 6.ª, 120 años despues de la lejislacion de Licurgo, 140 antes de que Atenas recibiese las leyes de Solon, y 14 años antes de la era de Nabonasar.

ROMULO,

PRIMER REY DE ROMA.

Al acabar Rómulo la construccion de las murallas de Roma, se halló jefe de solo tres mil hombres de á pie y trescientos caballos; —tan ostinado y sangriento habia sido el combate en que murió su hermano. Persuadido de que el poder de la fuerza es variable, y que la autoridad no tiene base mas segura que la confianza pública, reunió el pueblo y le preguntó si queria gobierno democrático, aristocrático ó monárquico. Despues de una breve deliberacion, le entregaron sus compañeros una corona, de la cual era digno tanto por su valor y sus grandes cualidades, como por su nacimiento real. Para dar á su poder el apoyo de la relijion, dijo que no admitiria el cetro si los dioses no confirmaban su eleccion con un prodijio estraordinario.

Se señaló un dia para consultarlos, y despues del sacrificio hizo Rómulo un círculo en el aire con el *lituo* ó báculo encor-

vado de que usaban los augures. Dícese que al momento apareció un brillante relámpago que atravesó el cielo de izquierda á derecha. El pueblo creyó oir la determinacion de los dioses, y proclamó rey á Rómulo.

Este, conformándose con los usos de los reyes confederados de Etruria, que llevaban delante de sí doce lictores, enviados por las doce tribus confederadas, con haces de varas y segures en medio, símbolos de la autoridad real, nombró doce ejecutores de la justicia. Dividió el pueblo en tres tribus mandadas por tres jefes, y cada tribu en diez secciones, llamadas *curias*. Un sacerdote con el título de *Curion* estaba encargado de presidir las ceremonias relijiosas y ofrecer los sacrificios de cada tribu. Las tierras se dividieron igualmente entre las treinta curias, escepto una parte que se reservó para los gastos del templo y del tesoro público. Se dividieron los ciudadanos en dos clases, los *senadores* y la *plebe*. Las curias elijieron cien senadores, á los cuales se dió el nombre de *padres*, y á sus descendientes *patricios*, nobleza la mas antigua que hubo en Roma. Cuando en lo sucesivo se aumentó el número de senadores, se dió á los nuevos el nombre de *padres conscriptos*, título que con el tiempo llegó á darse á todos. Esta dignidad fué hereditaria. El pueblo escojió trescientos guerreros designados con el nombre de *céleres* ó *équites*, que denotaban su valor y actividad, y componian la guardia del rey. Este fué el orijen de los caballeros romanos, que formaron una clase intermedia entre los patricios y el pueblo. Estas leyes son de disposicion positiva: otras nacieron naturalmente del estado de la sociedad.

El rey nombraba á los senadores, tenia el privilejio de convocar el pueblo y el senado, el derecho de apelacion en todas las cuestiones de importancia; promulgaba y ejecutaba las leyes; mandaba el ejército y ejercia el supremo pontificado. Los empleos sacerdotales, civiles, militares y de judicatura, pertenecian esclusivamente á los patricios. El senado decidia sobre las cuestiones y negocios de estado en que el rey lo consultaba. El pueblo elejia los majistrados, hacia las leyes, decidia de la paz y de la guerra cuando el rey lo consultaba, y juzgaba en apelacion las causas criminales. Se le convocaba rara vez; deliberaba por curias: el

dictámen de la mayoría se anunciaba al senado, y no tenia fuerza de ley sin su confirmacion.

La institucion del patronato nos da una alta idea del talento de Rómulo. Para establecer el órden y oponer una barrera á la anarquía, habia separado los patricios de los plebeyos; y para impedir las disensiones que podian orijinarse del poder de los unos y de la envidia de los otros, unió entrambas clases con intereses comunes y deberes recíprocos. Cada patricio escojia en el pueblo un gran número de clientes, y estaba obligado á preservarlos de todo daño, á mirar por sus intereses, á defender sus pleitos, á entender en sus contratos y á esplicarles las leyes. El cliente por su parte asociaba sus intereses á los de su patrono, le socorria si venia á pobre, le rescataba si caia en cautiverio, y pagaba por él la multa si era condenado. El patrono y sus clientes formaban en cierto modo una sola familia, no podian acusar el uno al otro, ni dar su sufrajio á los competidores, ni ser del partido de los enemigos. Esta union política duró muchos siglos, y se estendió á las colonias y ciudades conquistadas, aumentándose con la república; se vió á los reyes y á los reinos buscar patronos en Roma y sufrir la humillacion de la dependencia por conseguir una proteccion util. La sabiduría de estas instituciones es tanto mas de admirar, cuanto nacian en un siglo de ignorancia y en medio de costumbres tan bárbaras que Rómulo, para conservar la poblacion, se vió obligado á mandar á los padres por una ley, que educasen sus hijos, y no los matasen ni espusiesen sino á los que nacieran impedidos. Deseando aumentar con rapidez el número de sus vasallos, abrió en Roma un asilo á los desterrados y condenados de otras ciudades. Un gran número de aventureros acudieron de todas partes de Italia, y de esta impura gabilla nacieron los señores del universo.

Rómulo estendia su poder tanto por las armas como por las leyes; y la guerra, que despuebla los estados, fué durante muchos años uno de los medios de que se valieron los romanos para aumentar su poblacion. Cuando eran vencedores, perdonaban á los jóvenes enemigos, los incorporaban en sus lejiones, tomaban tierras en los paises conquistados y enviaban á ellas romanos para fundar colonias, á las cuales se daba despues el de-

recho de ciudadanía. Rómulo fundó la ciudad con tres mil trescientos hombres, y á su muerte habia cuarenta y cinco mil. Todos sus reglamentos se dirijian á inspirar á los ciudadanos el amor de la patria, de la gloria, de la relijion, de la justicia y de la libertad, el aprecio de la pobreza laboriosa y el desprecio de los ricos ociosos. Dionisio de Halicarnaso vió aun en su tiempo presentar las ofrendas hechas á los dioses en mesas de madera y en cestas de mimbres. Ciceron las creia mas agradables al cielo con esta sencillez, que cuando se llevaban en vasos de oro y plata.

La ley establecia la comunidad de bienes entre los esposos. El marido, dueño y juez de su mujer, podia hacerla condenar por un consejo de familia que recibia su declaracion. El divorcio era permitido; pero las costumbres, mas fuertes que las leyes, lo proibian; y durante cinco siglos no se verificó en Roma ningun divorcio, ni hubo causa de adulterio. En ningun pais fué mas sagrada la autoridad paterna. Se estendió mas allá de los límites de la justicia y de la razon: solo la naturaleza pudo enfrenarla. Segun la ley, el padre era dueño absoluto de su hijo, y cualquiera que fuese la edad ó dignidad de este, podia venderlo ó matarlo. Numa esceptuó de esta dependencia á los hijos casados.

En Roma no habia mas profesiones honrosas que la guerra y la agricultura. Las artes y oficios eran ejercidos por esclavos, ó estranjeros. Mas tarde estuvieron los comerciantes en alguna estimacion, mas los vendedores por menor fueron siempre despreciados.

Robo de las sabinas.—Roma edificada, poblada, gobernada por leyes, y victoriosa en algunos combates, ofreció un espectáculo estraordinario. Casi no habia mujeres en ella, y la futura dominadora del universo parecia un campamento que se aumentaba con reclutas, no una poblacion que se propagaba y perpetuaba. El rey envió embajadores á las ciudades vecinas pidiendo en matrimonio sus doncellas para los romanos, alegando como prueba de la proteccion de los dioses la prosperidad de Roma. Su propuesta fué mal recibida, porque los gobernadores de los pueblos cercanos estaban ya envidiosos de aquella ciudad naciente, y respondieron con menosprecio á los embajadores, que si Rómulo

y sus bandidos querian tener mujeres, abriesen un asilo á las aventureras de todos los paises. Rómulo disimuló su ira para asegurar mejor la ejecucion de su intento. Algun tiempo despues, habiendo anunciado solemnes fiestas en honor de Neptuno, invitó á ellas á los habitantes de las cercanías. Concurrieron á Roma muchos espectadores atraidos por la novedad. Los de Cecina, Crustumerio, Amtemnas y Cures, vinieron con sus familias.

Enmedio del espectáculo y á una señal convenida, la juventud romana, que llevaba armas ocultas, se arroja sobre los estranjeros, y les quita las hijas á pesar de la resistencia y las lágrimas de sus padres. La mas bella fué dada por aclamacion á un patricio jóven y valiente llamado Talasio, y despues de este suceso se estableció en Roma la costumbre de invocar el nombre de Talasio en todas las fiestas nupciales.

Los romanos adquirieron con esta violencia setecientas mujeres; procuraron en vano aplacar con ruegos la ira de los padres ultrajados, y lejitimar con su consentimiento estas uniones criminales. Los estranjeros salieron enfurecidos de Roma y recorrieron la Italia para interesar á las demás naciones en su venganza.

Acron, rey de Cecina, fué el primero que atacó á los romanos. Rómulo lo venció y mató, y se apoderó de su capital. Despues entró en Roma con una vestidura de púrpura, coronado de laurel, y trayendo en la mano un asta con las armas de Acron. Las tropas por entre las cuales pasaba, cantaban imnos en su honor. Este fué el primer triunfo. Edificóse en el monte Capitolino un templo dedicado á Júpiter Feretrio, donde debian depositarse los despojos que los descendientes de Rómulo quitasen á los reyes ó jenerales enemigos muertos por sus manos. En el espacio de cinco siglos solo dos romanos, Cornelio Coso, vencedor de Tolumnio, rey de los veyentes, y Clodio Marcelo que mató á Viridomaro, rey de los galos, ofrecieron estos ilustres despojos, que se llamaban *ópimos*. Dionisio de Halicarnaso alcanzó á ver los restos de este antiguo templo de Júpiter, cuya lonjitud era solo de quince pies. Rómulo venció despues á los antemnates y crustuminos, conquistó su pais, trasladó los habitantes á Roma, y pobló de romanos aquellas dos ciudades.

Tácio, rey de los sabinos, peleó con mas felicidad contra Roma. Despues de algunos reencuentros se acercó á la ciudad. Tarpeya, hija de Tarpeyo, comandante de la fortaleza del monte Capitolino, sobornada por el enemigo, ofreció abrirles por la noche la entrada, á condicion que le diesen los brazaletes de marfil, oro y plata que llevaban los sabinos en el brazo izquierdo. Favorecidos por esta traicion, penetraron en la ciudadela; y para premiar á la pérfida Tarpeya, como merecia, la hicieron perecer echándole encima sus escudos y brazaletes. Desde este suceso se llamó aquel sitio la *Roca Tarpeya*, y desde ella se despeñaba á los reos de estado.

Los sabinos descendieron del monte Capitolino para apoderarse de la ciudad, mandados por Tacio y Hostilio. Rómulo se opuso á su ataque; pero fué rechazado hasta el monte Palatino. Desesperado levanta las manos al cielo y ofrece edificar un templo á Júpiter en el sitio donde lograse reacer sus soldados. Creyéndose seguro del socorro divino, esclama: «Romanos: Júpiter os manda deteneros aquí, »y hacer frente al enemigo.» A estas palabras el pavor se calma, renace el coraje, cesa la fuga, y vuelve á comenzar la batalla. Los dos pueblos, igualmente enfurecidos, parecen resueltos á terminar la guerra con la muerte de todos sus enemigos, cuando Hersilia, al frente de las sabinas, se presenta esparcidos los cabellos, los ojos llenos de lágrimas, con los hijos en los brazos, dando jemidos. Sin temor á la muerte se meten por medio de las armas, separan á los combatientes, y se echan á sus pies esclamando: «En vano »os pretende separar el odio, »pues estais indisolublemente »unidos á nosotros: si quereis »ultrajar á la naturaleza, rom»ped, dándonos la muerte, el la»zo fatal que os une; vuestras »armas serán mas humanas si »nos degüellan, que si nos dejan »huérfanas y viudas. ¿Quereis »que nuestros hijos sean mira»dos en todo el universo como »una raza de parricidas? Pero »no; vosotros sois todo para nos»otros; sois suegros y yernos: »ceded á la naturaleza, deponed »vuestros furores, aplacaos ó »matadnos.» A estas palabras sucede la piedad á la ira y la ternura al odio: depónense las armas, los dos reyes se abrazan, y se hace la paz.

Reinado de Rómulo y Tacio.

—Sus condiciones fueron: que Rómulo y Tacio reinarian juntos: que la ciudad conservaria el nombre de Roma; pero que el pueblo tomaria el de *quirites*, en honor de *Cures*, capital de los sabinos. Estos fueron admitidos en Roma como ciudadanos: se dobló el número de los senadores, y se estendió el recinto de la ciudad, comprendiendo en él el monte Quirinal y el monte Celio.

Estas disposiciones se observaron relijiosamente. Los dos pueblos formaron uno solo, y vivieron los reyes cinco años en buena armonía. Tacio ocupaba el Capitolio, y Rómulo el monte Palatino. Sus ejércitos reunidos vencieron al de Fidena, y convirtieron esta ciudad en colonia romana. Los amigos de Tacio, habiendo hecho algunos estragos en el territorio de Lavinio, los de esta ciudad pidieron justicia á los romanos. Rómulo opinaba que se les entregasen los delincuentes. Tacio se oponia á ello, queriendo que su causa se juzgase en Roma. Los embajadores de Lavinio se retiraron quejosos, y algunos de ellos fueron muertos por los sabinos. Rómulo, irritado, prende á los culpables y los entrega á los otros embajadores: Tacio acude con tropas y liberta á los reos. Por entonces quedó impune esta violencia; pero algun tiempo despues, habiendo concurrido á Lavinio los dos reyes para hacer, segun la costumbre antigua, un sacrificio á los penates de los troyanos, los hijos de los embajadores degollados, que no habian podido obtener justicia, entran en el templo y asesinan á Tacio junto al altar. Su cadáver fué llevado á Roma y enterrado con mucha pompa. Rómulo, único dueño del trono, ecsijió que se le entregasen los asesinos de Tacio; pero estos, habiendo venido á Roma, defendieron su causa de modo que fueron absueltos; —como si la venganza mas justa pudiese disculpar un asesinato.

Los veyentes, aliados de los fidenates, hicieron guerra á los romanos con vario suceso, hasta que al fin vencidos en una batalla decisiva, cedieron parte de su territorio, é hicieron la paz por cien años. Rómulo, vencedor de todos los pueblos de las cercanías, no pudo libertarse del orgullo que produce las prosperidad y la gloria. Sufria con impaciencia los límites que el senado ponia á su autoridad, y quiso abatirlo: así inspiró con el temor el aborrecimiento. Un dia

que pasaba revista á sus tropas á la orilla de un lago, se oscureció el cielo de repente y estalló una orrible tempestad de truenos y rayos: mares de lluvia y granizo cayeron sobre la tierra. La oscuridad, el estruendo y los relámpagos causaron espanto y desórden jeneral. Enmedio de este tumulto se perdió el rey de vista y no volvió á parecer. El pueblo, consternado, queria vengar su muerte: los senadores le decian en vano que habia sido arrebatado por los dioses. En este momento de sedicion é incertidumbre, Próculo Julio, el mas estimado de los patricios, venerable por su edad y prudencia, se presenta al pueblo y le dice: «Ciudadanos: Rómulo, padre de esta ciudad, se me ha aparecido descendiendo del cielo. Como lleno de pavor y respeto le pidiese que me fuera lícito mirarlo, me dijo: *Ve y di á los romanos que por disposicion del cielo será mi ciudad la señora de las naciones. Dedíquense pues, á la milicia, y enseñen á sus nietos que ninguna fuerza humana podrá resistir á los hijos de Roma*: y dicho esto desapareció.» Esta fábula lisonjeaba demasiado el orgullo romano para no ser creida; y la vanidad complacida calmó el sentimiento y acalló las sospechas. Rómulo murió á los cincuenta y cinco años de edad y treinta y cinco de reinado.

INTERREGNO Y NUMA POMPILIO, SEGUNDO REY DE ROMA.

(Año del mundo 3291.—Antes de Cristo 713.)

Roma, aquella ciudad tan soberbia despues, y que no teniendo aun cuarenta años de edad se creia llamada por los dioses á dominar la tierra, no era mas que una aldea compuesta de algunas casas y muchas cabañas dispuestas sin órden. Sus estandartes eran manojos de heno; sus trofeos gabillas de trigo; sus tesoros rebaños. Nada era grande en ella sino el valor y ambicion de sus habitantes. Su territorio fué muy limitado; y sin embargo sus primeros monumentos públicos, construidos bajo los sucesores de Rómulo, anunciaban la ciudad eterna. Se admiraban aun en tiempo de Dionisio de Halicarnaso, las murallas, acueductos y cloacas hechas por Tarquino. Rómulo dió á su pueblo el primer impulso de grandeza, haciéndole adoptar la mácsima de imitar los reglamentos y costumbres útiles de los pueblos

vencidos. Y así sus soldados, habiendo vencido á los sabinos, descendientes de los lacedemonios, usaron de escudos como ellos, y dejaron los arjivos. Tambien los enseñó á ganar el afecto de los pueblos vencidos, dejándoles que se gobernasen por *sí mismos*; y á pesar del odio de los romanos á la monarquía despues de la espulsion de sus reyes, es incontestable que debieron mucha parte de su gloria y poder á las grandes cualidades de Rómulo y sus sucesores.

Orijen del nombre de Roma. —Los historiadores no están de acuerdo acerca del orijen de la palabra *Roma*, que en griego significa fuerza ó poder. Unos dicen que una troyana llamada Roma, temiendo que los compañeros de Eneas se volviesen á embarcar huyendo de la guerra, quemó las naves y los obligó á fijarse en Italia. Otros, que Roma era hija de Italo y Eucaria: otros de Teleso, hijo de Hércules: otros de Ascanio. Ni falta quien diga que la ciudad fué edificada por Romano, hijo de Ulises y Circe, ó por Romo, hijo de Emacion, enviado á Italia por Diomedes; ó por Romis, tirano de los latinos, y vencedor de los etruscos. Fabio Pictor, siguiendo á Diocles el peripatético, dice que en el antiguo idioma latino, la palabra *ruma* significaba teta; y en memoria de la loba que crió á Rómulo, tomó este héroe su nombre, y Roma el de su fundador. Añádese que trabajando Rómulo en abrir los cimientos de su ciudad, halló bajo tierra la estátua del dios *Conso*, del cual proceden los nombres de *consejos* y *cónsules*.

Despues de la muerte de Rómulo, los sabinos y romanos no pudieron durante muchos dias convenirse en la eleccion de un sucesor. Cada uno de los dos pueblos queria dar un rey al estado, y ningun ciudadano tenia bastante preeminencia para fijar los votos. En esta incertidumbre el senado nombró un *interrey*, que se renovaba de cinco en cinco dias. Este uso de confiar el gobierno á interreyes hasta la eleccion de los nuevos majistrados, se conservó aun despues de establecida la república.

El interregno agradaba al senado y queria prolongarlo; pero temiendo que el pueblo elijiese sin su participacion, le propuso hábilmente que nombrase un rey, y se reservó el derecho de confirmar su nombramiento. El pueblo, contento con esta deferencia, dejó la eleccion á arbi-

trio del senado. Vióse muchas veces en Roma esta noble disputa, efecto saludable de los miramientos recíprocos de ambas clases, y prenda feliz de union, sin la cual no ecsiste ni fuerza ni espíritu público.

Estando convenidos plebeyos y patricios para conciliar las pretensiones de sabinos y romanos, se resolvió que se sacaria á la suerte la nacion que habia de elejir, y que esta nombraria un rey de la otra. La suerte favoreció á los romanos.

Eleccion de numa.—Habia un sabino, natural de Cúres, jeneralmente respetado por sus virtudes, enemigo del lujo, esento de ambicion, relijioso, observador ferviente de la justicia, y habituado á vencer sus pasiones. Los ciudadanos y estranjeros le tomaron por árbitro. El rey Tacio, apreciando sus grandes cualidades, le habia dado su hija en casamiento; pero este insigne honor no le movió á dejar su patria para venir á Roma, y se quedó en Cúres cuidando de su anciano padre. Trece años despues, habiendo muerto su esposa, se retiró al campo y se entregó al estudio. Este era el sabio Numa: la eleccion de los romanos le nombró rey, y la aprobacion universal lo confirmó.

Dos ciudadanos distinguidos, Veleso, á quien querian los sabinos elevar al trono, y Próculo, que confiaba en los votos de los romanos, uno y otro personas muy distinguidas, fueron encargados de ir á anunciar á Numa su eleccion. El príncipe filósofo, lejos de deslumbrarse con el esplendor de la corona, conoció su peso y la reusó. «Las cualidades, »dijo, que me han ganado vues»tra estimacion, me apartan del »trono, porque me llaman al re»tiro, al estudio y al descanso. »Sois ambiciosos y yo no: gus»tais de guerras y conquistas, y »yo prefiero la paz á todo. Vos»otros necesitais de un jeneral »mas bien que de un rey.»

Su negativa aumentó el deseo de tenerlo por jefe. Se resistió algun tiempo á las instancias del pueblo romano y de su familia; pero los presajios que fueron felices, y los ruegos de los habitantes de Cúres, que le instaban á aceptar, para unirlos mas estrechamente con los romanos, le decidieron á abandonar su soledad: hizo sacrificios á los dioses y partió á Roma. El senado y el pueblo salieron á recibirle: la entrada de un rey pacífico en aquella ciudad, templo de la guerra, fué el triunfo de la sabiduría y de la virtud.

El interrey Spurio Vecio, para solemnizar la inauguracion del monarca, y completar la satisfaccion pública, mandó que el pueblo procediese otra vez á la eleccion. Los sufrajios fueron unánimes; pero Numa no quiso revestirse de los ornamentos reales, hasta que los dioses hubiesen confirmado su nombramiento; y así hizo un sacrificio en el monte Tarpeyo, con los sacerdotes y los augures. Los aúspices consultados, fueron favorables; y Numa, adornado del cetro, la corona y manto real, bajó á la plaza pública enmedio de las aclamaciones del pueblo. (Año de Roma 39.—A. C. 714.)

INSTITUCIONES RELIJIOSAS DE ROMA.—Rómulo habia fundado á Roma con las armas: Numa emprendió consolidarla con la paz y la relijion. Dedicóse á calmar el espíritu belicoso y á suavizar las costumbres feroces del pueblo. Edificó el templo de Jano, cuyas puertas debian estar abiertas en tiempo de guerra, y cerradas en tiempo de paz. No se abrieron en todo su reinado; pero despues no se cerraron sino dos veces; concluida la primer guerra púnica, y despues de la batalla de Actium. Numa sabia que la vanidad humana resiste á los hombres y cede al cielo. Para dar á sus leyes una sancion celeste, hizo creer al pueblo que eran dictadas por la ninfa Ejeria, á la cual consultaba en un bosque sagrado cercano á Roma.

Rómulo no habia contado en el año mas que diez meses, y al primero dió el nombre de *Martio*, en honor del dios que se creia padre suyo. Numa corrijió este error grosero añadiendo los dos meses de *Januario* y *Februario*. El año fué pues, de trescientos sesenta y cinco dias divididos en doce meses lunares, con la intercalacion de dias complementarios, que al fin de veinticuatro años hacian coincidir el tiempo civil con la posicion del sol. Julio César completó despues esta reforma con un nuevo calendario que fué definitivamente correjido en 1582 por Gregorio XIII.

Numa estableció dias llamados *fastos* y *nefastos*, para distinguir los tiempos en que era permitido ó proibido reunir el pueblo y juzgar. Creó muchos sacerdotes, como los de Marte, Júpiter y Rómulo, á quien se adoraba con el nombre de Quirino. Estos sacerdotes, elejidos entre los patricios, y presididos por el sumo pontífice, eran nombrados por el pueblo. Su número y el de los augures aumentó

despues. Arreglaban los sacrificios y ceremonias, los dias de fiesta, las espiaciones, lutos y funerales. Velaban sobre los ministros subalternos, instruian al pueblo, esplicaban los prodijios y juzgaban todas las contiendas relativas á la relijion.

INSTITUCION DE LAS VESTALES.— Numa arregló el establecimiento de las Vestales: creó cuatro que no habian de tener menos de seis años, ni mas de diez. Guardaban el fuego sagrado y el paladio, y observaban virjinidad; pero á los treinta años podian renunciar al sacerdocio y casarse. La ley les concedia grandes privilejios: eran las únicas mujeres que podia disponer de sus bienes sin curador: su dicho era admitido en justicia sin juramento; llevaban un lictor delante, cuando salian en público; y si encontraban un delincuente era perdonado. El tesoro público las mantenia; pero estaban espuestas á terribles castigos si quebrantaban sus deberes. La que dejaba apagar el fuego sagrado, que no podia volverse á encender sino á los rayos del sol, era azotada con varas por órden del pontífice. La que violaba el voto de castidad, moria emparedada en una cueva, donde solo se le dejaba un pan, una cántara de agua, un botecillo de aceite, y un jarro de leche. Se ecsijia de ellas la mayor decencia. Postumia fué puesta en juicio y reprendida por haberse presentado en público demasiado adornada.

Numa, creyendo necesaria la relijion para enfrenar á un pueblo grosero, que no podia serlo por la razon, buscaba todos los medios, y aprovechaba todas las ocasiones de imprimir en las almas sentimientos relijiosos. Hubo un contajio orrendo, y cuando cesó, Numa atribuyó este beneficio á un escudo de bronce que habia caido en sus manos, añadiendo que, segun la ninfa Ejeria, este escudo sería la prenda de la prosperidad de Roma mientras se conservase; y para que no pudiesen robarle, hizo construir otros once semejantes á él, entre los cuales era imposible distinguirle. Se crearon unos sacerdotes, llamados *salios* que bailaban y cantaban imnos, durante la fiesta que se instituyó para recordar este suceso. Creó tambien un colejio de *feciales* ó heraldos. Unos mantenian el órden y el silencio en las asambleas públicas: otros declaraban la guerra y la paz; se les enviaba á hacer reclamaciones á los pueblos estranjeros; daban á los

dioses por testigos de su sinceridad, pronunciando imprecaciones contra sí mismos, si faltaban á la verdad. Fijaban un término para recibir la respuesta, y si no obtenian la satisfaccion pedida daban cuenta al senado y declaraban la guerra por lícita.

Para hacer respetar la justicia y las propiedades estableció fiestas en honor del dios Término; idea feliz que deificaba á la base de la civilizacion de la sociedad política, que es la propiedad.

Antes de su reinado, los estranjeros miraban á Roma como un campo amenazador: bajo su gobierno fué respetada como una ciudad virtuosa y un templo de justicia. Este rey pacífico hizo escelentes reglamentos de policía; y para mantener el órden, la tranquilidad y la union de los ciudadanos, clasificó el pueblo por corporaciones, en las cuales mezcló políticamente los sabinos con los romanos. Convencido de que la indijencia ó la estremada pobreza estingue el amor de la patria y dispone á la sedicion, repartió entre los pobres las tierras conquistadas, y honró de tal manera á la agricultura, que mucho tiempo despues de él, los jenerales y majistrados se complacian en dirijir el arado y empleaban en la labranza aquellas nobles manos que habian sostenido la balanza de la justicia y la espada de la victoria.

No tiene la historia que hablar de las azañas, de las conquistas y de los triunfos de Numa; pero en cambio, nos dice que durante un reinado de cuarenta y tres años no se vieron en Roma ni guerras, ni revoluciones. La felicidad pública fué la consecuencia de este sueño de la gloria militar. Los estranjeros, admirando las virtudes de un pueblo que en su nacimiento los habia aterrado, le elejian entonces por árbitro de sus diferencias. Numa realizó la idea de un sabio de la antigüedad que dijo: «que el »mundo no sería feliz hasta que »se viese la filosofia sentada so»bre el trono.»

Algunos autores han creido sin fundamento que Numa fué discípulo de Pitágoras; pero este filósofo florecia ciento y cincuenta años despues, cuando reinaba Tarquino II. Numa licenció la guardia creada por Rómulo, diciendo: «No reinaré en un pue»blo que me inspire alguna des»confianza.» Erijió un altar á la buena fé. Amigo de las letras y de la relijion, decia que tenia

trato con las musas. A una de ellas puso el nombre de *Tácita*, probablemente para dar á entender con esta alegoría cuán útiles son al entendimiento el silencio y la meditacion. Algunos autores han querido hacernos dudar de la verdad de estos sucesos, que es tan agradable creer. Plutarco dice que habiendo quemado los galos los archivos de Roma, todo lo que se cuenta de los primeros tiempos fué inventado para alagar el orgullo del pueblo y la vanidad de las principales familias. Esta opinion carece de probabilidad; pues quemados los archivos, la tradicion pudo suplir su falta en un pais donde unas mismas familias se conservaron por tantos siglos.

Numa murió á los ochenta y tres años de edad y cuarenta y tres de reinado. En su vejez, su cuerpo estuvo esento de enfermedades como su alma de vicios; los patricios llevaron su féretro, los sacerdotes formaban el duelo, y los jemidos de todo el pueblo fueron su oracion fúnebre. Proibió que quemasen su cadáver. Fué enterrado en un ataud de piedra al pie de Janículo, y en otro ataud semejante catorce libros que habia compuesto. Uno y otro se hallaron cinco siglos despues. De su cuerpo nada quedaba; pero sus manuscristos estaban intactos. El pretor Petilio los leyó, declaró al senado que su publicidad dañaria á la relijion y fueron quemados.

TULO HOSTILIO, REY.

(Año del mundo 3334.—Antes de Cristo 670.)

Despues de un corto interregno, el pueblo elijió por rey á Tulo Hostilio, y el senado confirmó la eleccion. Este príncipe era nieto de Hersilia, aquella sabina cuyo valor desarmó y reunió los dos pueblos que estaban dispuestos á esterminarse. Tulo, natural de Medulia, ciudad en el territorio de Alba, y colonia romana, poseia en ella grandes propiedades que repartió entre los ciudadanos pobres apenas subió al trono. La poblacion de Roma se aumentaba, y se estendió el recinto de sus murallas. El carácter de Tulo fué diferente del de Numa: era belicoso y poseia las prendas de un jeneral, y el valor de un soldado.

COMBATE DE LOS HORACIOS Y CURIACIOS.—En este tiempo, Clelio, dictador de Alba, envidioso de la grandeza de Roma, permitió á la juventud albana talar las tierras de los romanos. Estos

se vengaron con represalias: de ambas partes hubo quejas y reclamaciones. Tulo Hostilio acojió benignamente á los embajadores de Alba, pero retardó la respuesta. Los de Roma fueron mal recibidos en Alba y se les negó toda satisfaccion. Tulo, que lo habia previsto, teniendo la justicia de su parte, ventaja muy importante atendido el espíritu relijioso y la buena fé de aquel siglo, declaró la guerra á los albanos.

Ya estaban los dos ejércitos prócsimos á venir á las manos, cuando Clelio murió de repente en su tienda. Su sucesor Mecio Sufecio, mas justo y pacífico, quiso impedir la efusion de sangre por un convenio: pidió y obtuvo del rey de Roma una conferencia en que le representó los peligros de una guerra sangrienta, de la cual se aprovecharian los etruscos para atacar y oprimir á entrambos pueblos cuando estuviesen debilitados. Se resolvió, pues, que en lugar de una batalla jeneral habria solo un combate de tres campeones por cada ciudad, para decidir la querella, y que el pueblo vencido quedaria enteramente sumiso al vencedor. De este modo quedaron encargados tres romanos y tres albanos del destino de sus patrias.

Habia entonces en el ejército de Roma tres hermanos con el nombre de Horacios, distinguidos por su fuerza y valor. La familia albana de los Curiacios tenia tambien tres hermanos superiores á los demás guerreros de su ciudad. La eleccion de Roma y Alba recayó sobre ellos. Señalado dia para el combate salen al campo, los dos ejércitos los rodean; los parientes, jefes y conciudadanos les dan armas, los conjuran que aseguren su independencia, los ecsortan á sostener el honor de su pais, y les dan la señal con la inquietud propia de aquel momento crítico, pero con la confianza que inspiraba á cada partido el ardor, la habilidad y la osadía de sus jóvenes campeones. Dos pueblos numerosos, sin correr ningun peligro personal, estaban ajitados entre el temor y la esperanza de un combate que iba á decidir la suerte de todos.

Animados de su coraje y encargados de los intereses de dos grandes ejércitos, se adelantan los seis guerreros; se amenazan con la vista; brillan las espadas; se acometen, y el aire resuena al choque de sus aceros y escudos. Los dos pueblos, presentes á esta lucha terrible, atentos, inmóviles y silenciosos, siguen con

los ojos todos los movimientos, y parece haber perdido la voz y la respiracion.

Los tres albanos fueron los primeros en recibir heridas; pero ardiendo con el deseo de vengarlas, atraviesan á dos de los romanos y los derriban muertos sobre la arena. Alba dá un grito de alegría: Roma jime aterrada. No le queda mas que un defensor, cuya muerte parecia inevitable rodeado de tres enemigos. Sin embargo, Horacio no habia recibido ninguna herida: demasiado débil contra los tres Curiacios, pero muy superior á cada uno de ellos, huye con el fin de separarlos, pues le habian de seguir con mas ó menos lentitud á proporcion del vigor que les dejaban sus heridas. Los romanos, que no penetran su intencion, se indignan de su cobardía y lo cargan de imprecaciones. Alba triunfa y grita á sus combatientes que aceleren el paso y completen la victoria. Pero Horacio, viendo á los Curiacios que le perseguian bastante separados el uno del otro, suspende su fuga, se lanza sobre el enemigo mas prócsimo, y lo hiere de muerte antes que sus hermanos, escitados por los gritos de los albanos, puedan socorrerle. En el corazon de los romanos renace la esperanza: animan á Horacio con el ademan y la voz: mas ardiente que sus votos, mas rápido que sus pensamientos, acomete al segundo Curiacio y le dá la muerte. Todo el campo albano lanza un grito de terror. Ya no quedaba mas que un combatiente de cada partido; pero Horacio no estaba herido; y el albano, debilitado por una larga carrera y por la sangre que salia de su costado, mas se arrastra que camina, apenas puede sostener sus armas y solo presenta una víctima al vencedor. Horacio, seguro del triunfo, esclama: «Sacrifiqué dos enemigos »á los manes de mis hermanos; »el tercero será para que se deci»da esta guerra y Roma mande »en Alba.» Dichas estas palabras sepulta su espada en el pecho del contrario y le despoja de sus armas. Roma triunfante y Alba consternada, se reunieron para celebrar las ecsequias de los dos Horacios y los tres Curiacios muertos en el combate. En tiempo de Augusto se conservaban todavía sus sepulcros erijidos en el lugar en que habian muerto cada uno.

Las pasiones mas nobles, cuando se han llevado al esceso se convierten en fanatismo y conducen al crímen. El amor de la

patria y el odio de sus enemigos inflamaban el corazon de Horacio y le habian dado fuerzas para triunfar de los albanos; pero esta pasion noble dejeneró en fanatismo y produjo el crímen. No pudo sufrir que un alma romana fuese indiferente á su victoria y llorase á los vencidos. Entrando en la ciudad, encontró á su hermana Camila, amante y prometida esposa de uno de los Curiacios. Al ver á su hermano revestido con el manto del Curiacio, que ella misma habia hecho, se arranca los cabellos, destroza sus vestidos, vierte un torrente de lágrimas, se golpea el seno, prorrumpe en sollozos, y dirijiéndose con furor al matador del albano le dice: «Eres »el mas feroz de todos los hom»bres; me has privado de mi es»poso; la sangre de Curiacio cor»re por tus armas! Insultas mi »dolor y triunfas con tu crímen! »Castíguente los dioses! Inmolen »á los manes de mi Curiacio el úl»timo romano sobre los escom»bros de Roma!»

Horacio, enfurecido de ver á su hermana lastimada por su victoria y aflijida por la alegría pública, y oirla formar votos contra su pais, no escucha ni á la razon, ni á la piedad, ni á la naturaleza: y conducido por una rabia desesperada, sepulta su acero en el seno de Camila, esclamando: «Hermana desnatura»lizada: olvidas á tu padre y á »tus hermanos; ve á reunirte con »tu Curiacio. Perezca asi toda »romana que llore á un ene»migo!»

Este crímen orrorizó al senado, y el reo fué puesto en juicio. El rey nombró los *duumviros*, es decir, los dos jueces que debian sentenciarle. Condenado á muerte por ellos, iba á caer bajo el hacha del lictor, cuando el viejo Horacio, su padre, adelantándose al medio de la asamblea del pueblo, detiene el golpe fatal, invoca las antiguas leyes, recuerda sus derechos paternales, sostiene que es el primer juez de su familia, y que él mismo hubiera cortado los dias de su hijo si lo hubiese juzgado digno de muerte; y por último apela al pueblo del decreto de los duumviros.

Al aspecto de sus cabellos blancos y de su profundo dolor, los ciudadanos conmovidos le rodean y le prestan atencion. «Romanos, dijo: pídoos que me »dejeis al único hijo que me »queda: toda mi familia ha sido »sacrificada; ¿permitireis que a»ten las manos al que os ha da»do libertad? ¿Dejareis arrastrar

»al suplicio á este guerrero, cu»yas miradas no ha podido sos»tener el enemigo? ¿Ha de cos»tarle la vida el esceso de su a»mor por vosotros? Empero si »el decreto está pronunciado, »ven lictor; ata estas manos vic»toriosas, cubre con un velo fú»nebre la cabeza del libertador »de la patria; hiere al que ha da»do el imperio al pueblo roma»no. Pero ¿qué lugar vas á es»cojer para el suplicio? ¿Será en »estos muros? Acaban de ser »testigos de su triunfo. ¿Será »fuera de estos muros, enmedio »del campo romano, ó entre las »tumbas de los Curiacios? Do »quiera que te dirijas, no halla»rás un solo lugar donde no en»cuentres un monumento de su »gloria, y una salvaguardia con»tra su suplicio.»

Arrastrado el pueblo por el reconocimiento y la compasion, hizo enmudecer las leyes, y concedió la vida al culpable; pero para conciliar la clemencia y la justicia, se le hizo pasar por debajo de un yugo que se llamó la *viga de la hermana*, y se le condenó á una multa que pagó su padre.

Despues de haber satisfecho en algun modo á la justicia de los hombres, Horacio ofreció sacrificios espiatorios á los dioses, y Roma erijió un sepulcro donde fué enterrado el cadáver de la infeliz Camila.

TRAICION DE MECIO Y RUINA DE ALBA. — (A. M. 3337. — A. C. 667.) Dos años despues de estos sucesos, los albanos, sometidos, pero conservando el resentimiento de su derrota, prometieron secretamente á los fidenates y veyentes favorecer sus armas, si las volvian contra Roma. Hiciéronlo así, y Tulo se puso al frente del ejército romano. Llegado el momento de la batalla, los albanos, que estaban en el ala derecha del rey de Roma, se separaron de ella y se retiraron á una montaña. Los soldados de Tulo se turban y conmueven con esta defeccion imprevista. El rey hace voto á los dioses de crear doce nuevos sacerdotes salios, y de edificar templos á la Palidez y al Temor; corre por las filas, dice á sus tropas que la retirada de los albanos es un movimiento dirijido por él mismo, y manda á su caballería arremeter con las lanzas altas, y estendiéndose para ocultar á los enemigos el movimiento del ala derecha. Estas órdenes se ejecutaron con el écsito mas feliz. Los fidenates, creyendo que los albanos faltaban á su palabra, turbados y desanimados por la fal-

ta de este recurso, opusieron débil resistencia á los romanos y echaron á huir aogándose muchos de ellos en el Tíber. Mecio Sufecio, viendo que la victoria quedaba por Hostilio, junta con él sus tropas, sigue el alcance de los enemigos y le da la enorabuena de su triunfo. El romano disimula la ira, dispone un sacrificio para el dia siguiente, deja á los albanos en entera seguridad, va á Roma, informa al senado de la traicion, se adopta una resolucion atrevida, que él mismo sujirió, vuelve al campo por la noche y manda al valiente Horacio que con las mejores tropas del ejército se dirija á Alba. Al siguiente dia, á la hora del sacrificio, se presentaron sin armas los dos ejércitos, segun la costumbre, y una lejion romana los rodeó, teniendo ocultas las espadas. Tulo hizo el discurso siguiente: «Romanos: si habeis »peleado en algun combate, por »el cual debais dar las gracias á »los dioses inmortales, y á vues»tro valor, fué el de ayer; porque »luchásteis, no tanto con el ene»migo, cuanto, lo que es mas »grave y peligroso, con la trai»cion y perfidia de los aliados. »Ya es tiempo de desengañaros: »los albanos subieron al monte, »no por órden mia, la cual finjí »para que la noticia de la deser»cion no disminuyese vuestro »brio, y para que los enemigos, »creyendo que iban á ser cojidos »por la espalda, se aterrasen y »huyesen. Ni la culpa que acuso »fué de todos los albanos; siguie»ron á su jefe, como vosotros me »hubiérais seguido. Mecio es el »autor de aquel movimiento: Me»cio el maquinador de la guerra: »Mecio el quebrantador de la a»lianza entre Roma y Alba. Con»siento que su traicion tenga »imitadores, si no hiciere yo en »él un insigne escarmiento. Por»que es bueno, fausto y feliz »para el pueblo romano y para »mí y vosotros, ó albanos, re»suelvo que pase á Roma todo »el pueblo de vuestra ciudad: »dar la ciudadanía á la plebe al»bana; nombrar senadores á los »principales, hacer de ambas »una sola ciudad y república, »para que Alba, dividida anti»guamente en dos pueblos, vuel»va á formar uno solo. Y tú, Me»cio Sufecio, si fueses capaz de »observar la fé y la alianza, te »dejaria vivo con esta leccion, »pero ya que tu carácter es in»curable, enseña con tu suplicio »á los hombres á creer santas las »cosas que has violado; y así co»mo vaciló ayer tu ánimo entre »los romanos y los fidenates,

»hoy se dividirá tu cuerpo en o»puestas direcciones.» Dicho esto, mandó atarle á dos carros, que tirado cada uno por cuatro caballos, le destrozaron: suplicio que llenó de terror y espanto á entrambos ejércitos.

Entretanto llevaba Horacio á Alba las órdenes del rey y el decreto del senado. Los habitantes, inmóviles y aflijidos, vieron demoler aquella ciudad que habia durado quinientos años, y fueron trasferidos á Roma, cuyo poder y gloria aumentaron. Tulo volvió á hacer la guerra á los fidenates, ganó la batalla y tomó su ciudad. Venció asimismo á los sabinos y obligó á someterse á Roma treinta ciudades del Lacio, colonias de Alba. Esta guerra duró cinco años y se terminó con una paz gloriosa. Poco despues cayó una lluvia de piedras en el monte Albano, y este y otros supuestos prodijios hicieron creer que los dioses de Alba estaban irritados por haberse descuidado su culto. La peste causó grandes estragos y aumentó la superstición. El rey hizo muchas espiaciones para aplacar á los dioses y murió despues de un reinado de treinta y dos años. Unos dicen que haciendo un sacrificio á Júpiter, le mató un rayo por no haber observado las ceremonias prescritas: otros creen que Anco Marcio, nieto de Numa, lo hizo asesinar. Si no cometió el crímen, se aprovechó de él. Tulo fué uno de los reyes mas grandes de Roma por sus prendas militares, su prudencia en política, y su sabia administracion. Algunos rasgos de supersticion y crueldad que oscurecieron su gloria, deben atribuirse á los vicios del siglo en que vivió.

ANCO MARCIO.

(Año del mundo 3365.—Antes de Cristo 639.)

El interregno no fué largo, y el senado confirmó la eleccion del pueblo, que recayó en Anco Marcio, hijo de Pompilia, hija de Numa. Al principio quiso seguir el sistema pacífico de su abuelo. Hizo grabar los reglamentos de este príncipe en tablas de encina, y solo se ocupó en promover la relijion y la agricultura.

Los latinos, mal informados, le creyeron mas tímido que pacífico, tomaron las armas y talaron las tierras de Roma. Anco no tardó en probarles que poseia los talentos de Rómulo y las virtudes de Numa. Obser-

vando escrupulosamente las leyes y las formalidades, pidió justicia á los agresores. Los latinos le respondieron que la muerte de Tulo habia roto los tratados anteriores. El fecial romano, habiendo llegado al territorio latino, dijo en alta voz. «Júpiter, Juno, Quirino, dioses »del cielo, de la tierra y del in»fierno, oid: á todos pongo por »testigos que el pueblo latino »nos ha ultrajado injustamente, »y que el pueblo romano y yo, »con el consentimiento del sena»do le declaramos la guerra.» Esta fórmula prueba que aun en tiempo de los reyes el gobierno de Roma era mas republicano que monárquico.

Anco Marcio derrotó á los latinos y recobró la ciudad de Politorio, que habian tomado; venció á los sabinos y fidenates, aumentó la poblacion de Roma con nuevos habitantes, encerró el monte Aventino en el recinto de la ciudad, echó los fundamentos de la ciudad de Ostia en la embocadura del Tíber, y construyó en ella un puerto que fué para los romanos una fuente de abundancia y comercio. Edificó una cárcel pública á fin de sujetar los malecbores: hizo abrir salinas y distribuyó sal al pueblo: rodeó de murallas y torres la montaña del Janículo, situada al otro lado del Tíber, y colocó en ella una fuerte guarnicion.

En su tiempo, un ciudadano de Corinto, llamado Lucumon, hijo de Demarato, que se habia enriquecido por el comercio, fué echado de su patria por una faccion, y se refujió á Tarquinios, ciudad de Etruria. Allí casó con una mujer muy rica de la cual tuvo dos hijos, Arunte y Lucumon. Muerto Arunte, Lucumon heredó solo todo el caudal de sus padres, y casó con Tanaquil, mujer de un nacimiento distinguido y muy ambiciosa. No pudiendo sufrir en su patria la igualdad de las otras matronas, creyó que sus riquezas le darian mas esplendor en Roma, donde entonces no habia quien llegase á su opulencia. Su marido cedió á sus instancias y pasó á Roma con el nombre de Lucio Tarquino. La fortuna le favoreció: el pueblo, que siempre gusta apoyar con fábulas la historia y esplicar los grandes sucesos con prodijios, contaba despues que cuando llegó al Janículo, un águila volando sobre su carro, le habia quitado el sombrero y se le habia vuelto á poner. La verdadera causa de la fortuna de Tarquino fueron sus riquezas y

talentos, y las luces que su padre habia adquirido en Grecia. Sus grandes cualidades le granjearon el favor del rey que lo empleó con utilidad en la guerra y el gobierno. Anco Marcio murió despues de veinticuatro años de reinado. Tenia formada tan buena opinion de Tarquino, que le confió la tutela de sus hijos.

TARQUINO EL ANTIGUO.

(Año del mundo 3390.—Antes de Cristo 614.)

Anco Marcio juzgó sanamente de los talentos de Tarquino, pero se engañó acerca de su carácter. El afecto que le habia manifestado este hombre astuto, era solamente un velo para encubrir sus miras ambiciosas. No queriendo dejar á los romanos tiempo para reflecsionar sobre los derechos de sus pupilos, los envió al campo con el pretesto de que se entretuviesen en la caza, reunió el pueblo estando ellos ausentes, y sus numerosos partidarios le ganaron la pluralidad de los votos. Un rey estranjero no era nuevo en Roma, donde Tacio y Numa habian ocupado el trono. El senado no le opuso dificultades, y fué nombrado, como su mujer deseaba, rey de los romanos.

Para hacerse popular y afirmar su autoridad, elevó cien plebeyos á la dignidad de senadores, con lo cual llegó el número de estos á trescientos. El de las vestales ascendió á seis. Los latinos, etruscos y sabinos, cuya envidia crecia con el poder de Roma, le hicieron la guerra; pero cometieron el yerro de atacarlo separadamente, y esta desunion fué causa de sus reveses. Tarquino, empleando sucesivamente la contemporizacion y la audácia, la astucia y la fuerza, los venció á unos despues de otros. En fin, todos los pueblos de Etruria se coligaron contra Roma, y una traicion les entregó la ciudad de Fidenas; pero Tarquino la recobró, castigó á los traidores, y puso en ella una colonia romana. Venció despues á los etruscos en una gran batalla y les dictó condiciones de paz. Volvieron á la guerra y fueron derrotados y sometidos de nuevo. Algunos historiadores dicen que despues de estas victorias se introdujo en Roma el uso de los doce lictores que iban delante del rey.

Tarquino se aprovechó de la paz para embellecer á Roma con grandes monumentos: construyó acueductos y cloacas; dió mas es-

tension y solidez á las murallas de la ciudad, formó un circo con graderías, y echó los cimientos del Capitolio, que consagró á Júpiter, Juno y Minerva. En este tiempo la astucia de un agorero aumentó la credulidad del pueblo. Tarquino queria añadir tres centurias á las de los caballeros: el agorero Accio Nevio instaba en que se consultase antes á los dioses. El rey, para probar su ciencia, le dijo que consultase los auspicios con el fin de averiguar si podia lograrse otro proyecto que tenia en su mente. Nevio lo hizo, y cuando volvió le aseguró que el proyecto era ejecutable. «Pues bien, le dijo Tarquino, »mi pensamiento era si podrias »partir con un cuchillo esta pie»dra que tengo en las manos.» Accio, sin perder su serenidad, tomó el cuchillo, y dícese que partió la piedra. Erijiósele una estátua de bronce, y el crédito de los agoreros fué tan grande, que despues nada se emprendia sin consultarlos. Tarquino, en una campaña que hizo en el reinado de Anco, habia tomado la ciudad de Cornículo y traido de ella una esclava, cuyo hijo Servio Tulio, nacido en Roma, logró la libertad y adquirió por su mérito grande reputacion. Se contaba de él que siendo niño, se vió una llama que rodeó su cuna y jiró sobre su cabeza. La reina Tanaquil, tan crédula como ambiciosa, movida de este prodijio, aconsejó al rey que tomase aquel niño bajo su proteccion. El rey le cobró afecto, le trató como á hijo, le dió en matrimonio su hija y le hizo comandante de un cuerpo de ejército. Su valor, su prudencia y sus azañas le adquirieron la confianza jeneral, y el pueblo se acostumbró á mirarle como sucesor del trono, aunque el rey tenia hijos, bien que de corta edad. Los hijos de Anco Marcio, envidiosos de su favor, orgullosos por ser hijos de rey, é irritados de este nuevo ostáculo que se oponia á su elevacion, resolvieron la muerte de Tarquino. Sobornaron á dos hombres del campo, que trayendo el hacha á la espalda finjieron reñir á las puertas de palacio. En aquellos tiempos en que las costumbres eran sencillas, los reyes juzgaban muchas veces las desavenencias de sus vasallos. Tarquino, oyendo el ruido de la pendencia, los manda entrar: ellos continuan en su presencia el altercado; y mientras fija la vista en uno de ellos que estaba hablando, el otro le abre la cabeza

de un hachazo, y huyen los dos. El pueblo se alborota: Tanaquil, desesperada, pero siempre atrevida, cierra las puertas de palacio, llama á Servio Tulio, y le demuestra que tiene que elejir ó la corona ó la muerte. Habiéndole determinado á subir al trono y á vengar al rey, se presenta ella en el balcon y dice al pueblo que Tarquino, lijeramente herido, ha recobrado el sentido, y continua tratando los negocios públicos con Servio. Este se presenta en la sala de audiencia con los ornamentos propios del heredero del trono y los lictores, despacha algunos negocios en nombre del rey, dice que le consultará otros, y se retira. Los hijos de Anco Marcio, engañados por este artificio, creen descubierta su conjuracion, se refujian en el pais de los volscos y dejan á Servio libre de rivales y enemigos.

Tarquino murió á los ochenta años de edad y treinta y ocho de reinado. Dejó dos hijos, Lucio y Arunte, y dos hijas ya casadas. Tulio, despues de haber gobernado algunos dias en nombre del rey, declaró en público su muerte, y reinó como tutor de los hijos de Tarquino.

SERVIO TULIO.

(Año del mundo 3428. — Antes de Cristo 576.)

Indignados los senadores de la infraccion manifiesta de las leyes, se negaban á reconocer su autoridad, y le hicieron temer una caida tan pronta como su fortuna. Tulio se habia atrevido demasiado para detenerse; un trono usurpado está sobre un precipicio; se puede caer de él, pero no bajar. En el estremo peligro es sabiduría la audácia estrema. Tulio, arrostrando la ira del senado, convoca al pueblo, le recuerda sus pasados servicios y los bienes que habia dispensado á los pobres: espone el riesgo que el odio del senado le prepara; odio que no se ha granjeado sino por hacer beneficios al pueblo. Pone á los hijos de Tarquino bajo la salvaguardia de sus conciudadanos, y declara que huirá de Roma para que su presencia no sea pretesto de discordias. El pueblo, movido de sus quejas y lisonjeado por su deferencia, le insta á que se quede, le ofrece la corona y le elije rey por unanimidad. Subió al trono sin el consentimiento del senado, el cual no ratifi-

có la eleccion del pueblo sino mucho tiempo despues.

Temiendo Tulio que la ilegalidad de su poder no fijase la atencion de la muchedumbre, tan fácil de pasar del amor al odio, procuró entretenerla en otros objetos. Primero hizo la guerra á los veyentes y á otros pueblos de la Etruria. La fortuna coronó sus armas: triunfó tres veces; confiscó las tierras de los Veyes, Ceretes y Tarquinos, y las distribuyó á los romanos. Los etruscos, cuya resistencia podia temer, juraron observar los tratados hechos con el rey anterior.

Atribuyendo sus triunfos al favor de los dioses, edificó tres templos á la Fortuna; y afanoso por conservar el afecto del pueblo, reservó tierras del comun para los pobres. Fué el primero que acuñó una moneda de cobre que se llamó *pecunia*, porque llevaba la imájen de una oveja. Encerró en la ciudad los montes Viminal y Esquilino, y dividió el pueblo en diezinueve tribus.

Despues de haber manifestado su gratitud á los ciudadanos que le habian elejido, buscó los medios de granjearse la amistad de los patricios; porque conocia que el favor del pueblo es inconstante, y durable el odio de la aristocrácia. So pretesto de contar el número de los ciudadanos y de impedir que los pobres contribuyesen tanto como los ricos, estableció el censo. Habia ocho mil hombres en estado de llevar armas: los dividió en seis clases, y cada clase en centurias.

La primer clase se compuso de ochenta centurias en las cuales entraron todos los patricios y ciudadanos bastante ricos para pagar cien mil ases de cobre, lo que representaba un capital de cuatrocientos mil reales. La segunda clase tuvo veinte centurias, y su contribucion de setenta y cinco mil ases; la tercera otras veinte, y su cuota cincuenta mil ases; la cuarta otras veinte, con treinta y cinco mil ases de contribucion; la quinta treinta, y su contribucion doce mil quinientos ases, y la sesta formaba una sola centuria en que entraron todos los pobres llamados *proletarios*, porque solo contribuian dando hijos al estado. Las armas de las clases eran diferentes: la primera usaba de todas; la segunda no tenia petos, y gastaba escudos mas pequeños; á la tercera no se le permitian los quijotes ó musleras; la cuarta tenia adargas, picas ó espadas; la quinta hondas;

y la sesta no usaba ninguna arma.

Esta organizacion, militar en la apariencia, encerraba un gran sistema político; porque se estableció al mismo tiempo que cuando se procediese á la eleccion de los majistrados, ó á la votacion de las leyes, de la paz y de la guerra, ó á los juicios en apelacion, se recojerian los votos por centurias: así en noventa y tres centurias, la plebe no tenia mas que un voto, porque las demás eran de los patricios y los ricos; de modo que los mas interesados en el órden público, tenian mas parte en la lejislacion y contribuian mas al estado; los pobres tenian menos derechos políticos, y pagaban menos. Antes de esta mudanza, se votaba por cabeza; despues no se reunió el pueblo por curias sino en algunos casos poco importantes. En el nacimiento ó muerte de cada hombre se presentaba una moneda en el templo de Juno (1). Algunos escritos que se hallaron despues de la muerte de Servio, hicieron creer que este príncipe, cansado del poder supremo, pensaba en abdicar y en establecer en Roma el gobierno republicano.

Terminado el censo, reunió todo el pueblo en el campo de Marte y ofreció á los dioses un sacrificio solemne. Este monarca introdujo la costumbre de dar libertad á los esclavos y rescatarlos. A los que se oponian á esta innovacion, dijo: «La naturaleza ha criado libres á los »hombres: la ley debe correjir »el yerro de la fortuna que les ha »quitado la libertad. Además, es »interés de Roma aumentar el »número de sus ciudadanos.» Los esclavos públicos quedaban libres, incluyéndolos en el censo: los de los particulares por testamento ó declaracion. En este caso el amo daba al esclavo con una vara, último acto de su autoridad. Este modo de manumitir se practicó la primera vez con un esclavo, llamado Vindex, á quien se dió la liber-

(1) El censo afirmó la aristocrácia del nacimiento con la de la riqueza; porque siendo los patricios los únicos que podian obtener empleos, eran tambien los únicos que podian adquirir grandes caudales. Así que, desde Servio Tulio el gobierno fué rigorosamente aristocrático, y se debió prever la ruina del trono, porque el patriciado era hereditario y el cetro no, al mismo tiempo que el pueblo, aliado natural del rey, quedó reducido á la nulidad.

(Lista.)

tad por haber descubierto una conspiracion. Los libertos (así se llamaban los esclavos libres) no ascendieron á las dignidades del estado hasta el tiempo de los emperadores.

Tulio tenia conocimientos superiores á los que hasta entonces se habian visto en Italia. Propuso á los pueblos latinos una confederacion semejante á la de los Anfictiones en Grecia. Esta idea fué adoptada, y el tratado se grabó en una columna de bronce. Está escrito en latin pero con letras griegas; lo que prueba el orijen benéfico de los latinos. Servio tuvo dos hijas que casó con los dos hijos de Tarquino. Al formar estos lazos, Lucio Tarquino, orgulloso y cruel, se halló unido con una esposa de carácter suave, y Arunte Tarquino, su hermano, de jenio blando y manso, con Tulia, mujer ambiciosa, violenta y capaz de todos los crímenes. La conformidad de carácter, enlazó bien pronto á Lucio y Tulia en un amor adúltero é incestuoso, que les impelió á usar del veneno para librarse de sus consortes, y á unir despues secretamente sus manos parricidas.

El rey era el único ostáculo á sus miras ambiciosas. Tulia no cesaba de instar á su marido que se acordase que era hijo de Tarquino: que no se debian haber cometido tantos crímenes en valde, y que no le quedaba mas opcion que apoderarse del trono ó huir de Roma.

Ostigado Tarquino por las contínuas sujestiones de aquella mujer detestable, se entrega á sus consejos, participa de sus furores, atrae á su partido una porcion del senado, seduce á la juventud, corrompe al pueblo y calumnia al rey; y cuando se cree bastante poderoso, va á la plaza rodeado de satélites, convoca á los senadores, sube al trono, recuerda á la curia que Servio era usurpador del trono, y que en desprecio de las leyes y costumbres de Roma, apenas salido de la esclavitud, habia empuñado el cetro sin interregno ni consentimiento del senado. Lo acusa de haber impuesto á los ricos contribuciones muy grabosas por dejar al pueblo esento de ellas; ecsorta á los senadores á sacudir un yugo tan vergonzoso y á derribar del trono á un hombre nacido en la esclavitud. En el momento que pronunciaba estas palabras, Servio entra en la curia y le pregunta con qué derecho ocupaba su trono: «Ocupo, le respondió »el asiento de mi padre, herede-

»ro de su reino, mejor que un »esclavo: demasiado tiempo te »has burlado de tus amos.» Tulio y una parte del senado responden con furor á esta insolencia: los partidarios de Tarquino le defienden: el pueblo acude, Tarquino se arroja sobre el anciano rey, lo coje en sus brazos, lo saca fuera de la curia y lo precipita por las gradas á la plaza pública.

Servio, medio muerto, iba arrastrándose ácia su palacio seguido de un pequeño número de personas que tuvieron valor para conservarse fieles en la desgracia; pero le alcanzaron los satélites de Tarquino en la calle Cipria y lo asesinaron de órden de su misma hija Tulia.

Esta mujer desnaturalizada atraviesa en su carro la plaza pública; entra en el senado, y y fué la primera en saludar rey á su marido. Tarquino, admirado de su osadía la mandó retirarse. Al volver á su palacio sus caballos se asombran, el cochero se detiene y orrorizado le muestra el cadáver sangriento de su padre. Aquella furia le manda que camine, y hace pasar las ruedas por cima del cuerpo;—accion atroz, por la cual dió el pueblo á la calle el nombre de *Scelerata* ó malvada.

Servio Tulio habia reinado cuarenta y cuatro años, estimado por su valor, talento y prudencia; pero ingrato á su bienechor habia quitado el trono á sus hijos. Tulia, mas criminal aun, castigó su ingratitud. Tarquino le negó los honores de la sepultura; pero su viuda Tarquinia, acompañada de algunos amigos fieles, sin temer la ira del tirano, condujo de noche su cadáver al sepulcro que le estaba destinado, y murió de dolor poco tiempo despues.

TARQUINO EL SOBERBIO.

(Año del mundo 3472.—Antes de Cristo 532.)

Tarquino, elevado al trono por un parricidio, y rey sin preceder eleccion, habia violado las leyes divinas y humanas, y no podia respetar ninguna, porque todas le hubieran condenado. Rompió los límites de la autoridad real, mudó los reglamentos de sus predecesores, ejerció un poder despótico, y formó una guardia de estranjeros y de hombres adictos que le rodeaban á todas horas. Se mostraba poco en público, solo trataba con sus validos, y nunca consultaba al senado. Su trato

era ceñudo, y amenazadoras sus palabras. Hizo matar á los mas ilustres ciudadanos, cuyo crédito ó virtud le eran temibles, y confiscó sus bienes.

Su pariente el patricio Junio, que descendia de un compañero de Eneas, era jeneralmente respetado. Tarquino le quitó la vida, y tambien á uno de sus hijos. El otro se salvó finjiéndose imbécil, por lo cual se le dió el nombre de Bruto, que libertó de la espada del tirano al futuro esterminador de la tiranía. En el reinado de Tarquino fué la riqueza un delito, un crímen la virtud y la delacion un título para las recompensas. Su crueldad despobló al senado, mas no reemplazó sus víctimas, porque su objeto era abolirlo. Declaraba la guerra y firmaba la paz sin consultar al pueblo, cuyas asambleas proibió. Sus espías circulaban por las plazas públicas y los templos, y penetraban hasta el interior de las casas. Tarquino, resuelto á hacer la guerra á los sabinos, formó alianza con algunos pueblos del Lacio y convocó sus diputados á la montaña de Alba, en la cual segun el tratado debian concurrir los cuarenta y siete pueblos aliados á celebrar sacrificios y fiestas, que se llamaban *las ferias latinas*. Este uso se conservó en tiempo de la república.

Habiéndose reunido puntualmente los diputados desde por la mañana del prefijado dia, el rey los hizo esperar hasta la tarde. Esta descortesía los ofendió, como enviados que eran de pueblos libres; y Turno Herdon, diputado por Aricia, se quejó ágriamente. El rey llegó en fin, y disculpó su tardanza diciendo que habia tenido que juzgar un pleito entre un padre y su hijo. «Ese pleito, respondió Turno, es fácil »de sentenciar: cuando un hijo »ofende á su padre, se le castiga »rigorosamente.» Dichas estas palabras, cuya aplicacion hicieron todos, se retiró, y la asamblea se prorogó hasta el dia siguiente.

Indignado Tarquino, corrompió á los sirvientes de Turno, y durante la noche pusieron armas escondidas en su casa. El rey le acusó en la asamblea de haber intentado conspirar contra él, é incitó á los diputados á que ecsaminasen la verdad por sí mismos. Fueron á su casa, hallan las armas y le creen delincuente; le entierran vivo, y construyen un templo en el lugar de su suplicio para perpetuar la memoria del hecho.

Aunque Tarquino mereciese

el odio y el desprecio universal, no se puede negar que poseia las prendas de un buen jeneral. Venció á los volscos y á los sabinos; y habiendo encerrado, por sus atrevidos movimientos, el ejército enemigo en la ciudad de Suesa Pomecia, la tomó por asalto y degolló á todos los que encontró con armas.

Sesto Tarquino, tan artificioso como su padre, se retiró á Gabios finjiendo estar enemistado con él, y ganó de tal modo el afecto de los gabinos, que le confiaron el gobierno de su república. Sesto envió un emisario al rey preguntándole cómo debia portarse en lo sucesivo. Tarquino, que estaba á la sazon en su jardin, en lugar de dar respuesta continuó paseándose delante del emisario, dirvirtiéndose en derribar con una vara las cabezas de las adormideras mas altas. El enviado de Sesto, cuando volvió á Gabios, le dijo lo que habia visto. El príncipe comprendió la intencion de su padre, dió muerte á los principales de la ciudad, se proclamó rey, gobernó despues con mas humanidad, y puso á los gabinos bajo la proteccion de Roma. El tratado que hizo entonces ecsistia aun mucho tiempo despues en el templo de Júpiter Sango. Estaba escrito en la piel de un buey, asentada sobre un escudo de madera.

Si Tarquino oprimió á Roma con sus crueldades, la embelleció con su magnificencia. Concluyó la obra de las cloacas, rodeó el anfiteatro de pórticos y adelantó la construccion del Capitolio. El pueblo pagó estos edificios trabajando en ellos y contribuyendo con enormes impuestos. Como el Capitolio estaba consagrado esclusivamente á Júpiter, se trasladaron á otros templos las estátuas de los demás dioses; mas los agoreros declararon que el dios Término y la diosa Juventud no habian podido moverse de sus puestos, persuadiendo con este artificio á los romanos que la propiedad seria siempre sagrada, que Roma defenderia siempre sus límites contra el enemigo, y gozaria de juventud vigorosa y eterna. Cavando la tierra de aquella montaña muy profundamente, se encontró una cabeza de hombre teñida de sangre. Los agoreros declararon aquella señal anuncio de que Roma seria la capital de la Italia, y por eso se dió el nombre de Capitolio al monte llamado antes Saturnio y Tarpeyo.

Cuenta Dionisio de Halicarnaso, que una mujer desconocida y estranjera, trajo al rey nueve

libros de los oráculos de las sibilas; y le pidió por ellos una gran cantidad de dinero que Tarquino no quiso pagar. La mujer quemó tres libros, y pidió la misma cantidad por los restantes: se la trató de loca: quemó otros tres, y pidió el mismo dinero por los últimos, diciendo que los quemaria tambien si no se los pagaban. Tarquino consultó á los agoreros, y por su consejo los compró, encargando su custodia á dos majistrados. Fueron depositados en el Capitolio, y se quemaron en el incendio que consumió este edificio durante la guerra civil de Mario y Sila. Los romanos hicieron grandes indagaciones en todo el imperio para formar otra coleccion. Las sibilas eran unas mujeres que se creian inspiradas; las mas célebres, eran las de Delfos, de Eritrea y Cumas. La política romana se valió contínuamente de la supersticion; pero como el error es siempre peligroso, aun cuando accidentalmente sea útil, los mismos jefes del estado participaron de la credulidad jeneral, y se aflijian por los acontecimientos mas triviales.

Una serpiente que salió un dia de una columna de madera, alarmó de tal modo á Tarquino, que envió dos hijos suyos á consultar el oráculo de Delfos. Los príncipes pidieron que su primo Bruto los acompañase para distraerse con sus locuras del fastidio del viaje. Cuando llegaron á Grecia, ofrecieron á Apolo presentes magníficos, y se rieron de Bruto que dió un baston por ofrenda. Pero ignoraban que estaba hueco y que encerraba una varita de oro, símbolo de los proyectos que meditaba el futuro libertador de Roma.

Los príncipes preguntaron cuál de ellos mandaria en Roma. «El que bese primero á su »madre,» respondió el oráculo. Ocultaron cuidadosamente esta respuesta para que no llegase á los oidos de su hermano Sesto, que estaba en Roma. Bruto entendió el oráculo de otro modo: se echó en el suelo y besó la tierra, madre comun de todos los hombres. Los príncipes volvieron á Italia, y hallaron á su padre empleado en hacer la guerra á los rútulos, cuya capital Ardea, distante siete leguas de Roma, cercaba entonces el ejército romano.

Violacion de Lucrecia y establecimiento de la republica.— La resistencia de los rútulos prolongó el sitio. En el intervalo de los combates, los príncipes se entretenian en banquetes. Un

dia cenaban en la tienda de Sesto Tarquino los oficiales mas distinguidos del ejército. Recayó la conversacion en sus mujeres, y cada uno, animado por el vino, celebraba las virtudes y la belleza de la suya, á costa de las ajenas.

Colatino, pariente de Tarquino y marido de Lucrecia, dijo que era inútil disputar, pues en pocas horas podian ver por sus mismos ojos cuánto se aventajaba Lucrecia á las demás. «Somos »jóvenes y vigorosos: montemos »á caballo y hagámoslas una vi»sita repentina, en la cual no »siendo esperados, podremos co»nocer lo que vale cada una.» Se adopta esta resolucion: llegan á Roma, y encuentran á las princesas en fiestas y diversiones. Pasan despues á Colacia, y hallan á Lucrecia sola con sus criadas, ocupada en la labor. Diósela de comun acuerdo la supremacía, y ella gozó de su triunfo con una modestia que la hacia mas merecedora de él.

Pero su hermosura y su virtud, encendieron en el alma de Sesto Tarquino una pasion tan violenta como criminal. Incapaz de vencerse, y arrastrado por su amor, dejó el campo pocos dias despues, vuela á Colacia, y es ospedado como pariente en casa de Lucrecia: la asalta en su lecho cuando la familia estaba durmiendo, y despues de haber empleado en vano todos los medios de seduccion, dice que la dará de puñaladas, matará un esclavo y lo pondrá en su cama, para quitarla á un mismo tiempo la vida y la reputacion.

Lucrecia despreciaba la muerte, mas no pudo soportar la idea del desonor, y no opuso resistencia al príncipe, dejándole consumar su crímen. Tarquino huyó, y ella desesperada, escribió á su padre y á su marido que vinieran á verla al momento, acompañados cada uno de un amigo.

Llegaron con Valerio y Bruto. Colatino preguntó á su mujer qué motivo la inducia á llamarle, y qué sucedia despues de su partida que así habia alterado su ventura. «¿Qué ventura, res»pondió Lucrecia vertiendo un »torrente de lágrimas, puede »conservar una mujer que ha »perdido el honor? Colatino: una »perfidia ha manchado tu lecho; »en él hay huellas de hombre »ajeno; mas si mi cuerpo fué »violado, mi alma está pura, co»mo lo testificará mi muerte. »Juradme que el adúltero será »castigado por su crímen. Sesto »Tarquino, es el que con sem-

»blante de huésped se presentó »enemigo en la noche pasada, y »se llevó de aquí un placer fu»nesto para mí; si vosotros sois »hombres, séalo tambien para »él.» Su padre y su esposo, Bruto y Valerio, juraron vengarla, y trataron de consolarla diciéndola que no hay delito sin voluntad. «En cuanto á Tarquino, replicó »ella, vosotros vereis el castigo »que merece; mas yo aunque li»bre de culpa, no me esceptuo »de la pena: ninguna mujer des»onrada se atreverá á vivir to»mando por ejemplo á Lucre»cia.» Dichas estas palabras, se atraviesa el pecho con un puñal que tenia oculto. Su padre y esposo, lanzan un alarido de dolor.

Juramento de bruto.—Sin detenerse Bruto en lágrimas inútiles, sacando del seno de Lucrecia el puñal que goteaba sangre, dijo: «Dioses: juro por esta sangre tan »pura y tan casta antes del ul»traje de Tarquino, perseguir á »este, á su impía mujer y á todos »sus hijos con el hierro, con el »fuego, con cuantos medios me »sean concedidos, y no permitir »que ni él, ni otro alguno reine »en Roma.»

Colatino, Lucrecio y Valerio, sorprendidos de ver repentinamente tanto jenio, valor y elevacion en el que creian insensato, repitieron con transporte el mismo juramento, que fué bien pronto la señal de una sublevacion jeneral. El ensangrentado cuerpo de Lucrecia es llevado á la plaza de Colacia, y á su vista todos los corazones arden en deseos de venganza. La entusiasta juventud toma las armas, Bruto la manda y se dirije con ella á Roma dejando guardias en las puertas de Colacia para que no pudiesen enviar á Tarquino noticia del suceso.

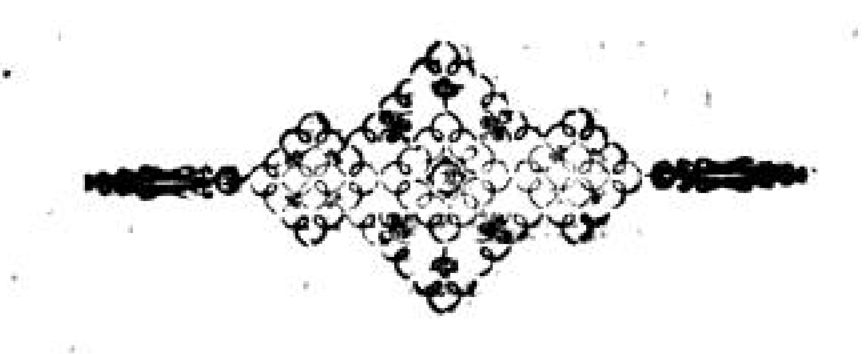
El pueblo romano se alarma á la vista de aquella tropa, pero al conocer los que la guian recobra la seguridad. Bruto, aprovechándose de la autoridad que tenia como capitan de céleres, reune los ciudadanos, sube á la tribuna, cuenta la funesta escena de Colacia, la perfidia de Sesto, y la muerte de Lucrecia. Despierta en todos los corazones el recuerdo de los crímenes de Tarquino, sus confiscaciones y homicidios, el asesinato de Servio, la barbárie atroz de Tulia: pinta con calor estas maldades, consagra sus autores á la ecsecracion pública y á la venganza de las furias. Este discurso, frecuentemente interrumpido por las aclamaciones del pueblo, disipa el terror, anima el brio: el jénio de Bruto

habia revelado el secreto de todas las almas. Aquella numerosa asamblea repite unánimemente el juramento de Bruto, y destierra para siempre de Roma á Tarquino, su mujer y familia.

Bruto, sin perder tiempo, dejando el gobierno de Roma á Lucrecio, que á la sazon era prefecto, se pone al frente de la juventud y vuela á Ardea para sublevar el ejército. La feroz Tulia huye de la ciudad cargada de las maldiciones del pueblo.

Entretanto Tarquino, habiendo recibido en su campo noticia de la revolucion, habia marchado á Roma repentinamente. Bruto que lo supo, tomó otro camino para no encontrarse con él, y llegó á Ardea casi al mismo tiempo que Tarquino á Roma.

El rey halló cerradas las puertas, y los majistrados se le presentaron para intimarle el decreto de destierro. Bruto fué recibido con aplausos en el ejército y echó del campo á los hijos del tirano. Tarquino tuvo que buscar un asilo en Etruria, adonde se retiró con dos de sus hijos. Sesto fué á Gabios. El ejército romano hizo paces con los de Ardea, y volvió á Roma á consolidar la república.



CAPITULO II.

Bruto y Colatino, primeros cónsules.—Conjuracion y suplicio de los hijos de Bruto.—Guerra con la Etruria.—Guerra de Porsena y sitio de Roma.—Mucio Scévola.—Valor de Clelia.—Guerra con los sabinos.—Orijen de las discordias entre la plebe y el senado.—Creacion de la dictadura.—Batalla del lago Rejilo.

BRUTO Y COLATINO, PRIMEROS CÓNSULES.—(A. M. 3496.—A. C. 508.) Arrojados los Tarquinos faltaba destruir la tiranía. El reinado de los reyes acababa de concluirse y debia principiar el de las leyes. Los romanos, inciertos acerca de la forma de gobierno que debian adoptar, tributaron un noble omenaje á las virtudes de un gran rey, consultando los comentarios de Servio Tulio; y de comun acuerdo resolvieron ejecutar los planes que aquel príncipe habia consignado en ellos. En lugar del rey, se nombraron dos cónsules anuales de la clase patricia. Vijilaban sobre los tribunales, convocaban el senado y las asambleas del pueblo, mandaban los ejércitos, nombraban los oficiales, y trataban con las potencias estranjeras. Su nombre de cónsules les recordaba que solo eran consejeros de la república. El senado quiso que la eleccion se hiciese por centurias, forma mas favorable á los ricos, y fueron nombrados cónsules Junio Bruto y Lucio Tarquino Colatino, que fué preferido á Valerio, porque se le creia mas interesado en la venganza.

Valerio, irritado, no volvió á presentarse en ninguna junta; pero cuando se señaló dia para jurar la abolicion del réjimen monárquico, asistió á los comicios y juró defender la república. Los cónsules se instalaron en el mes de junio del año 244 de la fundacion de Roma. La costumbre de empezar el consulado en el mes de enero no se estableció hasta tres siglos despues.

El senado y el pueblo concedieron á los cónsules, en honor

de su dignidad, la púrpura, la silla curúl de marfil, doce lictores para cada uno de ellos, y las demás insignias de la dignidad real, esceptuadas la corona y el cetro; y para disminuir el terror que inspirarian al pueblo dos majistrados con autoridad para castigar, se decidió que los cónsules mandasen alternativamente por dias, y que solo el que estuviese de mando pudiese llevar sus lictores con segures.

Los cónsules hicieron que se elijiesen ciento sesenta ciudadanos distinguidos por su mérito y riqueza para hacerlos patricios y despues senadores, con los cuales completaron el primer órden de la república. Es singular que siendo á la sazon tan odioso el nombre de rey al pueblo romano, se conservase este título á un sacrificador, encargado principalmente del servicio de los cónsules. Quizá aplicándolo á un ministerio subalterno, quisieron hacerle perder la veneracion que antes infundia. Temiendo que este sacerdocio ejerciese alguna influencia en el ánimo de la muchedumbre, le era proibido hablar en los comicios. El primer rey, *Sacrifículo,* fué Papirio, autor de una coleccion de las leyes promulgadas por los monarcas de Roma, á la cual se dió el nombre de *derecho papiriano.*

La nueva forma del gobierno romano daba bien á entender que la guerra seria el estado permanente de aquella república. El senado y pueblo, rivales y zelosos uno de otro, no siendo enfrenados en su lucha por ningun poder superior, solo la guerra podia contener sus discordias, y era interés del senado dar ocupacion lejos de la ciudad á una juventud ardiente, inquieta y tumultuosa. Los cónsules elejidos del órden senatorial, tenian aun mas interés que este órden en hacer la guerra, porque su autoridad era mas estensa en los campamentos que en la ciudad. Debian emprender las lides con ardor, y pelear con impetuosidad, porque siendo su poder de corta duracion, se daban prisa para lograr en una sola campaña grandes victorias y los honores del triunfo. Una sola guerra feliz bastaba antes para hacer glorioso un reinado. Despues de la república, la gloria de los cónsules ecsijió una victoria cada año. Por otra parte, el pueblo no gustaba de aplicarse al comercio, y no tenia mas medios para enriquecerse que el botin y el repartimiento de las tierras conquistadas. Así que to-

do concurria á hacer á Roma belicosa; y como observan muy sabiamente Bossuet y Montesquieu, esta ciudad siempre en guerra debia ó perecer, ó ser la señora del universo.

Conjuracion y suplicio de los hijos de Bruto.— Tarquino buscaba un asilo en todas partes y no lo halló sino en Etruria. Los de este pais enviaron embajadores á Roma para pedir que se permitiese á Tarquino ir á dar cuenta de su gobierno ante el senado y el pueblo, los cuales le juzgarian despues de oido. Desechada unánimemente esta proposicion, los embajadores se limitaron á solicitar la restitucion de los bienes de Tarquino para que pudiera vivir con decencia. Esta demanda fué objeto de una viva discusion. Bruto decia que volverle sus riquezas era darle armas; y Colatino sostuvo que la venganza debia recaer en su persona y no en sus bienes: que la dignidad de Roma ecsijia que no se creyese que habia sacudido el yugo de Tarquino, solo con el fin de apoderarse de sus riquezas; y en fin, que negar una demanda justa, era dar pretesto á los etruscos para hacer la guerra y empeñar en ella á otros pueblos. Cada uno defendió con ardor su dictámen. El senado se dividió y no pudo tomar ninguna decision. Convocáronse las curias: los cónsules presentaron sus razones al pueblo, y este decidió por la mayoría de un solo voto, que se devolviesen á Tarquino todos sus bienes. Este buen suceso reanimó las esperanzas de los embajadores: dieron noticia de él á Tarquino, y prolongaron su mansion en Roma con el pretesto de velar por la ejecucion del decreto; pero en la realidad con el designio de formar una conspiracion á favor de los Tarquinos.

Lograron pervertir con sus intrigas á algunos jóvenes patricios que echaban menos los honores y los placeres de la corte, y no podian sufrir el austero dominio de las leyes y la abolicion de los privilejios concedidos por el favor. Ganaron tambien muchos partidarios en el pueblo, diciendo que el gobierno de los reyes, algunas veces severo, era casi siempre suave; pero que la ley sorda é insensible los sometia con el nombre de libertad á la mas dura servidumbre.

Entraron en la conjuracion dos hijos de Bruto, y dos Vitelios, sobrinos de Colatino: eran jefes de ella dos Aquilios, parientes tambien de este cónsul. Fiándose los conspiradores en su nú-

mero y orgullosos con sus fuerzas, tuvieron la imprudencia de escribir cartas á Tarquino y firmarlas. Ellas contenian todos los pormenores de la conjuracion. El dia antes de la partida de los embajadores, los Aquilios dieron un gran banquete á sus cómplices. Un esclavo llamado Vindicio, á quien se le hacian sospechosas estas reuniones nocturnas, se oculta en un gabinete cercano á la sala del convite: asiste invisible á sus deliberaciones, á la lectura de lascartas, las ve firmar, sale al momento, despierta á Bruto y le dá parte del peligro que amenaza á la república. El cónsul, sin perder tiempo hace que sus lictores prendan á los conjurados, y se apodera de las cartas que probaban el delito. Por respeto al derecho de jentes se dejó salir libres á los embajadores. Al dia siguiente, Bruto convoca el pueblo á su tribunal, y hace llevar los reos: se oye la declaracion de Vindicio, se leen las cartas: los acusados no responden á las preguntas sino con sollozos: el pueblo, al ver un padre que juzgaba á sus mismos hijos y que sacrificaba la naturaleza á la patria, no se atrevia á mirarle y guardaba un profundo silencio, interrumpido solamente por la palabra *destierro*, que la lástima hacia murmurar mas bien que pronunciar. El inflecsible Bruto no oyó mas voz que la del interés público, dictó la sentencia de muerte y la hizo ejecutar en su presencia.

El rigor del juez y la atrocidad del suplicio llenó las almas de admiracion, tristeza y orror. Por distinguidas que fuesen las otras víctimas, los ojos de todos estaban fijos en los hijos de Bruto y en su padre infeliz. Su ademan sereno manifestaba la firmeza de su alma, y las lágrimas descubrian á su pesar su dolor. Colatino, mas humano ó mas débil, hizo vanos esfuerzos para conservar la vida á sus sobrinos: no pudo salvarlos y perdió la confianza del pueblo. El senado revocó el decreto por el cual se restituian á Tarquino sus bienes, declaró que no queria contaminar con ellos el tesoro público, y los entregó al pillaje del populacho. Las casas y los palacios de los príncipes fueron arrasados: el campo que poseian fuera de la ciudad, se consagró á Marte. En él se celebraron despues los comicios por centurias, los juegos y ejercicios de la juventud. A Vindicio se le concedió la libertad, la ciudadanía y grandes recompensas.

Se dió amnistía á los romanos que habian seguido en su destierro á los Tarquinos, señalándoles un término fijo para su vuelta. El odio contra el rey se aumentó con aquella tentativa inútil para su restablecimiento. Colatino escitó la desconfianza jeneral, y se murmuraba contra él violentamente. Bruto, sabedor de esta disposicion de los ánimos, convoca al pueblo, recuerda los juramentos y decretos anteriores, y declara que Roma ve en su seno con indignacion á algunos ciudadanos, cuyo nombre solo es una amenaza para la república. Volviéndose á Colatino le dijo: «Tú, Lucio »Tarquino, libértanos voluntariamente de este temor. Con»fieso que vemos todavia en tí á »un fundador de la república, »pero completa este beneficio, a»partando del gobierno un nom»bre infausto. No solo poseerás »tus bienes, sino que te se au»mentarán con munificencia á »propuesta mia. Retírate, amigo, »de nosotros: libra la ciudad de »un miedo, quizá vano; pero »Roma está persuadida á que »con los Tarquinos se desterrará »la tiranía.»

El esposo de Lucrecia, sorprendido de este ataque imprevisto, quiso defenderse y disipar aquellos temores injustos; pero los principales senadores unieron sus súplicas á las de Bruto; y cuando vió á su mismo suegro Spurio Lucrecio, anciano venerable, añadir sus instancias á las de los otros, se resolvió al sacrificio que le ecsijian, abdicó el consulado y se retiró á Lavinio. El pueblo le dió veinte talentos, y Bruto, de su propio caudal, cinco. Así el amor de la libertad, la mas zelosa de las pasiones políticas, no permitió á un esposo ofendido gozar de una revolucion emprendida para vengarle.

Guerra con los etruscos.—Viendo Tarquino burladas sus intrigas y descubierta su conjuracion, apeló á las armas. Logró que los de Veyes y Tarquinios, pueblos poderosos de Etruria, y animados contra los romanos por sus pasadas derrotas, se decidiesen en su favor. Los ejércitos se encontraron: Arunte, hijo de Tarquino, y el cónsul Bruto pelearon uno con otro al frente de dos cuerpos de caballería. Arunte esclamó viendo á Bruto: «Dioses, vengadores de los re»yes: ayudadme á castigar á a»quel rebelde que nos ha des»terrado, y que se presenta or»gulloso con las insignias de »nuestra dignidad.»

Se acometen con furia, mas

cuidadosos de dar la muerte que de evitarla; y cubiertos de heridas cayeron muertos entrambos á un mismo tiempo. Los dos ejércitos pelearon muchas horas con la misma osadía y ostinacion que sus jefes. La pérdida fué casi la misma por ambas partes; pero los romanos quedaron dueños del campo de batalla. Valerio, á quien despues se dió el nombre de Publícola, que habia sucedido en el consulado, remplazó á Bruto, tomó el mando del ejército y entró triunfante en Roma, en un carro tirado por cuatro caballos. Desde esta época se continuaron usando los honores del triunfo con los jenerales victoriosos, en premio de sus azañas.

Cuanto mas ama un pueblo la libertad, mas teme perderla. El menor pretesto escita sus sospechas; los servicios mas esclarecidos no bastan á tranquilizarle, y su desconfianza le conduce muchas veces á la ingratitud. Valerio no tardó en esperimentar cuán suspicaz es el pueblo en una república: porque tardó en convocar los comicios para nombrar un colega, y porque edificó una casa hermosa en un paraje elevado, se murmuró que aspiraba á la tiranía. Apenas lo supo, reune el pueblo, enumera sus servicios y se queja con amargura de la injusticia de sus conciudadanos.

«Bruto, compañero mio, cuánto te envidio! esclamó. Despues »de haber creado el consulado y »fundado la libertad, has muerto con las armas en la mano, »con toda tu gloria, sin haber »probado los tiros de la envidia. »¿Ninguna virtud puede estar al »abrigo de vuestras sospechas? »¿Es posible que creais que un »fundador de la libertad pueda »destruirla, y que el enemigo de »los reyes aspire á la realeza? »¿Quereis disipar vuestras alarmas? no mireis dónde vivo, sino ecsaminad quién soy. Romanos: no será contraria á »vuestra libertad la casa de Publio Valerio. La colina de Velia quedará segura: bajaré á »vivir, no á la falda, sino al pie »de esa altura, para que vuestras casas estén encima de la »de un ciudadano sospechoso. »Vayan á habitar á Velia aquellos á quienes se confia la república mejor que á Publio Valerio.» Retírase á estas palabras, y por la noche reunió muchos obreros y demolió su casa. Al otro dia, iluminando el sol las ruinas de este edificio, abrió los ojos al pueblo; y este, que censura hoy lo que ensalzaba a-

yer, y que querria resucitar mañana á quien hoy dá la muerte, reconoció su injusticia y retractó sus quejas.

Valerio, mas ambicioso de gloria que de autoridad, antes de proceder á la eleccion de un coléga, promulgó muchos reglamentos favorables al pueblo. Mandó que sus lictores bajasen los haces ante la asamblea de los comicios, y que llevasen segures en el campo y no en la ciudad. Todo ciudadano condenado á multa, azotes ó muerte, podia apelar al pueblo. Ningun majistrado podia entrar en el ejercicio de un destino sin que precediese la confirmacion popular. El tesoro público, colocado en el templo de Saturno, estaba confiado en otro tiempo á la custodia de los tesoreros ó *cuestores* que nombraban los reyes; y el pueblo obtuvo el derecho de elejirlos. En fin, promulgó una ley, por la cual se permitia á todo ciudadano matar al que aspiraba á ser rey, y quedaba absuelto del homicidio con tal que probase la certeza de la conspiracion. Por estas concesiones hechas al pueblo, se le dió el nombre de Publícola. Estos reglamentos, demasiado populares, disminuyeron la autoridad del senado, aumentaron las pretensiones de la plebe, y fueron el orijen de una lucha ostinada, que despues de haber colocado á Roma en la democracia, la hizo caer en fin bajo el yugo de los tiranos. Procedióse despues á la eleccion de un cónsul, y con este motivo se celebró el censo. Habia entonces en Roma ciento treinta mil ciudadanos. Fué nombrado cónsul Spurio Lucrecio, padre de Lucrecia, que murió á pocos dias despues, y le sucedió Marco Horacio: á este tocóle dedicar el Capitolio, cuya obra se acabó en su año. En esta época concluyeron los romanos un tratado con los cartajineses, por el cual se obligaban ellos y sus aliados á no navegar mas allá del promontorio de Mercurio. Los romanos adquirian la facultad de comerciar en Africa y Cerdeña, sin mas derechos que los de pregonero y notario, y con dos testigos hacian lejítimas sus ventas. En Sicilia se les concedia proteccion. Los cartajineses se obligaban á no hacer armas contra Roma ó sus aliados, á no edificar ninguna fortaleza en el Lacio, y á no pernoctar en esta provincia si entraban armados en ella. Este primer tratado prueba la inquietud que la superioridad de Cartago causaba ya á los romanos.

GUERRA DE PORSENA Y SITIO DE ROMA.—Tarquino se retiró á la corte de Porsena, rey de Clusio, y el mayor potentado de Italia, y consiguió persuadirle que su causa era la de los reyes, y que si quedaba impune la rebelion de los romanos, los demás pueblos se animarian con este ejemplo para volcar los tronos. Porsena, conmovido por sus discursos, lastimado de sus desgracias, y envidioso de los progresos de la república, declaró la guerra á Roma. El senado temió el poderío de aquel rey y la movilidad del pueblo, que naturalmente prefiere la paz á la libertad. Los cónsules, para ganar el afecto del pueblo, hicieron grandes acopios de trigo, y lo distribuyeron á precio muy bajo: se puso en administracion la sal que antes estaba en arriendo, se abolieron los derechos de entrada, y se libertó á la plebe de todo impuesto. Estas medidas produjeron su efecto, y aumentaron el amor á la república y el odio á la monarquía.

Porsena, sin perder tiempo, marchó á Roma rápidamente y tomó el Janículo por asalto. Los romanos disputaron con valor el paso del Tíber, y la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo con igual pérdida de ambas partes; pero habiendo sido heridos los cónsules y puestos fuera de combate, el ejército romano privado de sus jefes huyó, pasó el puente y entró desordenado en la ciudad. Porsena lo hubiera seguido á no impedírselo la intrepidez de un solo romano. Horacio, llamado por sobrenombre Cócles, á causa de haber perdido un ojo en la guerra, probó en esta circunstancia crítica que descendia del vencedor de los Curiacios. Despues de haber hecho vanos esfuerzos para reunir á los fujitivos, resolvió oponerse al paso de los enemigos mientras los romanos cortaban el puente. Dos soldados se le reunieron: colocado con ellos á la entrada, se mantuvo imperturbable en aquel sitio, provocando con injurias á la multitud que le amenazaba. Cuando vió el puente casi roto y que solo quedaba una tabla, despidió á sus compañeros y se espuso á una muerte casi inevitable, peleando solo contra todo un ejército. Cubierto de su ancho escudo, que bien pronto quedó erizado de flechas, mataba con su espada á cuantos se atrevian á acercársele, y formaba con sus cadáveres una muralla contra los que le acometian de nuevo. En fin, roto el puente, cuando ya se arrojaba

sobre él una nube de soldados, se precipitó armado al Tiber y lo atravesó nadando. En la ciudad se le recibió en triunfo; y para premiar una accion, que segun Tito Livio era mas admirable que creible, se le erijió una estátua de bronce y se le dió tanto campo como puede una yunta comprender en un dia moviéndose circularmente.

Orgulloso Porsena con su victoria, esperaba apoderarse en breve de la ciudad; pero todos los romanos, sin distincion de edad, acudieron á las armas y le opusieron un ostáculo mas fuerte que las mismas murallas. Tomaron despues la ofensiva y atacaron á los sitiadores. En una de las salidas, los cónsules, habiendo dispuesto una emboscada, hicieron caer en el lazo á Porsena, que perdió en aquella accion mas de cinco mil hombres: renunciando á tomar la ciudad por fuerza, convirtió el sitio en bloqueo para estrecharla por hambre y taló la campiña.

Mucio scevola.—Roma sufrió todos los males de una espantosa carestía. Cayo Múcio, jóven romano, desesperado por el infortunio de su patria, concibió para librarla un proyecto tan criminal como atrevido. Pide licencia al senado para ir al campo enemigo á lograr una empresa que no queria descubrir hasta consumarla. Sale de Roma con armas ocultas; engaña fácilmente á las guardias, por estar acostumbrado á hablar la lengua etrusca, y penetra hasta la tienda del rey, que estaba con su secretario arreglando las cuentas del ejército. Como los oficiales que entraban se dirijian al secretario, Mucio creyó que era Porsena, se arroja sobre él y le mata á puñaladas. Préndenle y llévanle al tribunal del rey. El aparato de los suplicios mas orribles no abate su altivez, y con un ademan mas espantoso que atemorizado, dice: «Soy romano: »mi nombre es Cayo Mucio: e»nemigo de Porsena, emprendí »matarlo; ni tendré menos valor »para morir que tuve para dar »la muerte; porque es propio de »los romanos emprender y su»frir cosas grandes. No solo soy »yo contra tí: hay muchos que »sucediéndose unos á otros, em»prenderán igual azaña. Prepá»rate, si quieres, á esta lid, en »la que tu cabeza peligra á todas »horas, y tendrás en el vestíbu»lo de tu palacio la espada y el e»nemigo. Esta es la guerra que te «declara la juventud de Roma. »No temas batalla ni ejércitos: »á tí solo acometerán; pero uno

»solo de cada vez.» Irritado el rey de sus amenazas, mandó atormentarle con fuego para que descubriese todo el proyecto, y el número de sus cómplices.

El altivo romano, sin intimidarse, mete su brazo en la oguera, y dejándose quemar la mano sin la menor emocion le dice: «Mira como desprecian el »dolor los que aspiran á la glo»ria.»

Porsena, confundido y como fuera de sí al ver una accion tan intrépida, baja del trono, manda alejar el fuego y le dice: «Retí»rate: mas enemigo eres tuyo »que mio. Si en mi servicio hu»bieran empleado semejante va»lor, no hubiera encontrado bas»tantes elojios para él. Como e»nemigo, no te puedo recompen»sar; pero te dejo ir libre, intac»to y esento del derecho que la »guerra me dá sobre tí.»

Mucio, que habia sido inaccesible al dolor, cede á la gratitud y declara al rey que trescientos jóvenes romanos han jurado darle la muerte: que á él le tocó por suerte haber sido el primero, y que los demás le seguirian infaliblemente. La heróica firmeza de Mucio fué consagrada por el sobrenombre de *Scévola*. Su valor fué grande, pero mas la jenerosidad de Porsena.

Valor de Clelia y de sus compañeras.—Espantado Porsena de la conjuracion formada contra él, y persuadido á que todos los romanos preferirian la muerte á la servidumbre, conoció que no se trataba de conquistar una ciudad, sino de destruir un pueblo. Renunciando entonces á sus proyectos, envió con Mucio embajadores á Roma, y sin tratar del restablecimiento del trono, solo ecsijió que se devolviesen á los etruscos las tierras que se les habia conquistado, y que Roma diese reenes para la seguridad del tratado. Aceptadas estas condiciones, evacuó Porsena el Janículo. Recibió por reenes diez patricios y diez doncellas. Entre ellas se distinguia Clelia, la cual, incapaz de sufrir ni aun aquella esclavitud momentánea, se mostró por su valor digna émula de Cócles y de Scévola; persuadió á sus compañeras á volverse á Roma atravesando el Tiber á nado. El cónsul Valerio, estricto observador de los tratados, las devolvió al rey de Etruria. Tarquino, sabiéndolo, se habia emboscado en el camino para interceptarlas y llevárselas, pero el hijo de Porsena las escoltó hasta el campamento de su padre. El rey, que gustaba del valor aunque fuese en un enemigo,

regaló á Clelia un hermoso caballo, le dió la libertad y la permitió llevar consigo la mitad de los reenes.

Queriendo además mostrar el aprecio que hacia de los romanos, les volvió sin rescate todos los prisioneros, solicitó su alianza y les dejó las riquezas de su campamento, sin esceptuar su propio equipaje. El senado, en prueba de su gratitud, le envió la silla de marfil, el cetro, la corona, y el manto de los reyes de Roma.

Mucio recibió el mismo premio que Cócles; y el campo que se le dió fué llamado el *prado de Mucio*. A Clelia se le erijió una estátua en la calle sagrada. Así se terminó una guerra, en la cual la república estuvo á pique de perecer en su misma cuna. (A. M. 3498.—A. C. 506.)

Poco tiempo despues Arunte, hijo de Porsena, fué vencido y muerto por los de Aricia. Perseguidos los etruscos por el enemigo, hallaron un asilo en Roma y se establecieron cerca del monte Palatino, en un terreno que se llamó *calle de los Etruscos*. Porsena escribió al senado en favor de Tarquino; pero habiéndosele respondido que se abririan las puertas de Roma al enemigo primero que á los príncipes, desistió de su pretension. Tarquino, desanimado, se retiró á Túsculo en casa de su yerno Octavio.

GUERRA CON LOS SABINOS.—(A. M. 3501.—A. C. 503.) La guerra con los sabinos comenzó en el consulado de Marco Valerio y Publio Postumio. Su causa fué la envidia que escitaba el engrandecimiento progresivo de Roma: no produjo mas que una alternativa de victorias y derrotas poco decisivas. Oponíase á esta guerra un partido bastante numeroso entre los sabinos, á cuyo frente estaba Accio Clauso. Este pasó á establecerse en Roma con todos sus parientes y clientes, en número de cinco mil hombres; tomó el nombre de Apio Claudio, y se le recibió en la clase de los patricios y senadores.

Valerio Publícola, uno de los tres fundadores de la libertad, murió el año de Roma 251. Habia sido cuatro veces cónsul y obtenido dos triunfos. Su modestia realzaba su gloria, y su popularidad hacia amable su poder. Este ciudadano íntegro murió tan pobre, que el tesoro público tuvo que costear sus funerales; pero legó á sus hijos un inmenso tesoro de virtud y de gloria. Las matronas romanas llevaron luto por su muerte durante un año.

La guerra con los sabinos continuaba: los cónsules Virjinio y Spurio Cásio, tomaron la ciudad de Pomecia, por lo cual se les concedió el triunfo. Esta victoria inquietó á los latinos y á los fidenates, que se dispusieron á abrazar el partido de los latinos. En el mismo año, los esclavos que habia en Roma formaron una conspiracion en favor de Tarquino, en la cual entraron muchos proletarios y ciudadanos arruinados. Se descubrió el complot, los jefes fueron castigados con el último suplicio, y el senado decretó sacrificios á los dioses y juegos públicos por tres dias.

Orijen de las discordias entre la plebe y el senado.—(A. M. 3508.—A. C. 496.) Continuando sus triunfos los romanos, batieron á Tarquino, sitiaron á Fidena y la tomaron por asalto. Alarmados los latinos con estos triunfos se reunieron en Ferentin. Treinta ciudades, habiendo acusado sin fundamento á los romanos de que querian quebrantar los tratados, les declararon la guerra. Sesto Tarquino y Octavio Manilio, eran los jefes de sus ejércitos. Mientras que esta tempestad amenazaba la república, la ciudad estaba en la mayor turbacion. La parte mas numerosa é indijente del pueblo, oprimida de deudas, pedia la abolicion de estas, reusaba alistarse, y amenazaba que dejaria sus ogares. Los cónsules intentaron en vano traerlos á la obediencia con sus ecsortaciones. Las opiniones eran diversas en el senado. Unos querian que se usase de rigor, y otros de induljencia.

Marco Valerio, varon consular y hermano de Publícola, tomó la defensa del pueblo, diciendo: «Los pobres os dicen »que les es inútil vencer á los »enemigos esteriores, si encuen»tran en la ciudad acreedores »mas implacables. ¿Cómo que»reis que combatan por vuestra »libertad, si no protejeis la su»ya? Temed que la desespera»cion no los induzca á sublevar»se, y que el rigor de sus acree»dores no los entregue al parti»do que les tiende los brazos. »En igual circunstancia, Ate»nas, siguiendo el parecer de »Solon, abolió las deudas. ¿Qué »podeis echar en cara al pueblo? »este no tiene otro crímen que »su pobreza, y debe escitar la »compasion y no el odio. La jus»ticia os ordena le concedais los »socorros indispensables, cuan»do ecsijís que derrame su san»gre por la patria.»

Apio Claudio, violento y duro como todos los de su familia, sostuvo que la ley debia ser inflecsible; que arruinar á los acreedores, seria quitarles aun á los mismos deudores el recurso que aora tenian quien les prestase; y que, en fin, violar la propiedad era el mayor de los males.

Despues de una larga discusion, se decretó conceder una moratoria á los deudores, y esperar para tomar una resolucion definitiva, á que concluyese la guerra. Esto no apaciguó á la plebe, que desconfiaba del senado: sin embargo, el peligro crecia, los latinos aumentaron sus lejiones, el pueblo no queria tomar las armas, y el senado no podia usar de un rigor que hubiera sido inútil, pues la ley de Publícola permitia apelar al pueblo de las sentencias dadas por los cónsules. Por otra parte, abrogar la ley valéria seria producir una sedicion espantosa.

Creacion de la dictadura.— En estas circunstancias críticas el senado concibió la idea de una institucion nueva, cual fué la creacion de un majistrado temporal, revestido de autoridad absoluta. La necesidad, el mas imperioso de los lejisladores, obligó á adoptar unánimemente esta resolucion. El decreto de creacion decia que los cónsules abdicarian su majistratura, y serian remplazados por un solo majistrado que el senado elejiria, y cuya autoridad no podia durar mas que seis meses.

La multitud, que semejante al enfermo, gusta mudar de postura creyendo que se hallará mejor, no comprendió las consecuencias de este decreto, y lo aprobó. La alegría que le causó fué tal, que dejó al senado la eleccion definitiva del señor que iba á mandarle. Así, este remedio violento, que mas tarde mató la libertad, salvó por entonces la república, y el senado no tuvo mas que el embarazo de la eleccion. Los cónsules Larcio y Clelio eran recomendables por sus virtudes y talentos, y el senado decidió que uno de ellos elejiria al otro. Esta determinacion, lejos de producir una lucha ambiciosa, puso en claro la modestia de aquellos dos ciudadanos: el uno elejia al otro, y ambos reusaron el honor que se les daba. Esta rara disputa duró veinticuatro horas, hasta que al fin las instancias de sus parientes y amigos movieron á Larcio á aceptar la nueva dignidad, con el nombre de *jefe del pueblo* (magister populi). En lo sucesivo

se trocó esta denominacion en la de *dictador*.

Larcio, primer dictador de los romanos, nombró un jeneral de la caballería (*magister equitum*) encargado de ejecutar sus órdenes. Este nombramiento recayó en Spurio Casio, varon consular. El dictador recibió poder ilimitado para hacer la guerra y la paz, para tomar por sí solo todas las decisiones gubernativas, y para juzgar sin apelacion. Dobló el número de los lictores, y les hizo llevar las segures, no tanto para castigar como para amenazar. Este poder absoluto aterró al pueblo: privado del recurso de apelar á las curias, su obediencia fué sin límites como la autoridad del dictador.

Cesaron las quejas, los romanos se alistaron, y el censo produjo ciento cincuenta mil setecientos hombres de mas de diezíseis años. Larcio formó cuatro cuerpos de ejército, el primero á sus órdenes y los demás á las de Spurio Larcio, su hermano, que quedó en defensa de la ciudad, de Clelio y del jeneral de la caballería. Un cuerpo de latinos que habia entrado imprudentemente en el territorio de Roma, fué vencido por Clelio, dejando gran número de prisioneros. El dictador cuidó con mucha humanidad de los heridos y despidió á los demás sin rescate, yendo con ellos embajadores romanos, y concluyeron con los latinos una tregua de un año. Despues de este doble triunfo, entró el dictador en Roma sin haber ejercido ningun rigor; y sin esperar al tiempo prescrito, abdicó y nombró cónsules. Esta prudencia del primer dictador, hizo amable su dignidad, único remedio eficaz que la imperfecta constitucion de Roma podia oponer á la anarquía. Larcio señaló con sus virtudes el camino que siguieron los dictadores durante muchos siglos.

Un decreto del senado permitió á las romanas casadas con latinos, y á las latinas casadas con romanos, fijar su domicilio en el pais que prefiriesen. Todas las latinas se quedaron en Roma, y todas las romanas volvieron á esta ciudad.

Batalla del lago Rejilo.—(A. M. 3510.—A. C. 494.) Cuando espiró la tregua con los latinos volvió á comenzarse la guerra. Los cónsules Aulo Postumio y Tito Virjinio creyeron necesaria la dictadura, y fué nombrado dictador el cónsul Postumio. Ebucio Elba fué jeneral de la caballería. Entraron en campa-

ña los dos ejércitos, y se encontraron junto al lago Rejilo. Las fuerzas de los romanos consistian en veinticuatro mil infantes y tres mil caballos. La caballería latina no escédia de este número; pero su infantería constaba de cuarenta mil hombres. Sesto Tarquino mandaba su ala izquierda: Octavio Manilio la derecha, y Quinto Tarquino el centro, compuesto de romanos desterrados, aunque Tito Livio dice que el centro estaba á las órdenes del rey Tarquino, cuya edad era entonces de noventa años. Ebucio mandaba la izquierda de los romanos, Virjinio la derecha y el dictador el centro. Postumio queria retardar el combate por la desigualdad de las fuerzas, pero desde que los romanos conocieron á los Tarquinos, el enojo pareció que habia doblado su número y pidieron á gritos la batalla. Sabiendo el dictador que el enemigo esperaba un refuerzo, juzgó dañosa la tardanza y dió la señal del combate. Los dos ejércitos se arremeten con furia, se mezclan sus filas y pelean cuerpo á cuerpo; los jefes se baten como simples soldados: ceja el centro de los latinos: Tito es herido y se retira momentáneamente: su hermano Sesto acude á aquella parte y restablece el combate. Ebucio y Manilio se atraviesan con sus lanzas el uno al otro; pero Manilio despues que lo curaron vuelve al combate. Valerio, hermano de Publícola y lugarteniente de Ebucio, acomete á Sesto y lo obliga á retirarse; persíguele y recibe una herida mortal, con lo que se animan los latinos. El dictador, viendo su izquierda batida por los emigrados, la refuerza con caballería, y auyenta los enemigos. Tito Tarquino perece en este ataque. Manilio quiere socorrer á los suyos; un oficial romano, llamano Herminio, lo derriba muerto en el campo, y al ir á quitarle las armas recibe la muerte. El ala izquierda de los latinos resistia aun, mandada por Sesto Tarquino: el dictador la ataca al frente de su caballería: Sesto, viéndose vencido, se precipita con furor enmedio de los romanos, derriba todo lo que se le opone, y cubierto de heridas cae y muere con mas gloria que habia vivido. Los latinos huyeron, abandonando su campamento al vencedor, despues de haber perdido tres mil hombres en esta jornada.

Los romanos contaban que habian visto dos caballeros de estatura mas que humana marchando á su frente y haciendo mucho estrago en los enemigos;

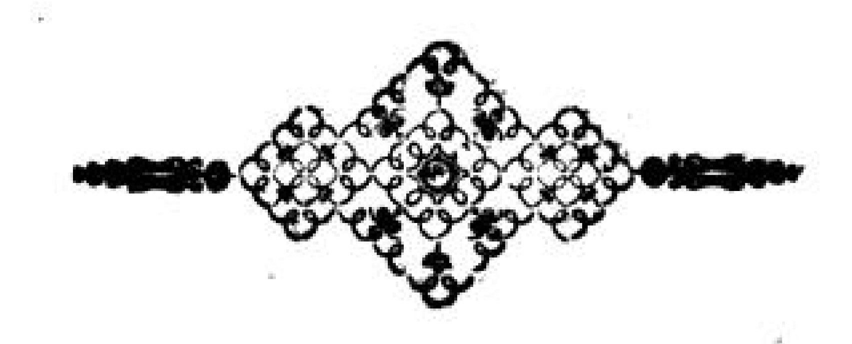
y que aquella misma tarde se presentaron en Roma, anunciaron la victoria y desaparecieron. El vulgo creyó que eran Cástor y Polux. Tito Livio nada dice de esta aparicion, sino que despues de la victoria se erijió un templo á Cástor.

El dictador entró triunfante en Roma: los latinos se sometieron y pidieron la paz.

Los volscos, sus aliados, que llegaron demasiado tarde al campo de batalla, se retiraron. El senado respondió á las proposiciones pacíficas de los latinos lo siguiente: «Mereceis el castigo, »pero Roma prefiere la gloria »de la clemencia al placer de la »venganza. Nuestro orijen es co»mun; volved á vuestros oga»res; entregadnos los desertores »y arrojad de vuestras ciudades »á los emigrados de Roma; solo »de este modo accederemos á »vuestra demanda.»

Hiciéronlo así; los embajadores latinos volvieron á Roma llevando presos á los desertores, y declararon que los bandidos habian salido de su territorio. Con estos sacrificios obtuvieron la paz que terminó la guerra de los romanos contra los Tarquinos, y que habia durado catorce años.

Tarquino, de edad de noventa años, despojado de su corona, privado de su familia, arrojado por los latinos, por los etruscos, y por los sabinos se retiró á Cumas, colonia griega de Campania, al palacio del tirano Aristodemo, y allí murió. La noticia de su muerte causó una alegría universal. (A. M. 3511.—A. C. 493).



CAPITULO III.

DESDE LA MUERTE DE TARQUINO HASTA LA ESPULSION DE LOS GALOS.

Guerra con los volscos. — Retirada del pueblo al monte sagrado. — Creacion de los tribunos del pueblo. — Azañas de Marcio Coriolano. — Ambre en Roma. — Ambicion y orgullo de Coriolano. — Destierro de Coriolano. — Sitio de Roma por Coriolano. — Conjuracion de Casio. — Muerte de Casio. — Combate del Cremera. — Revolucion de Voleron. — Peste en Roma. — Despotismo de los cónsules. — Conspiracion de Herdonio. — Consulado de Cincinato. — Vuelta de Cincinato al campo. — Su dictadura. — Abdicacion de Cincinato. — Creacion de los decemviros. — Redaccion de un nuevo código. — Asesinato del tribuno Sicio. — Violencia contra Virjinia. — Retirada del pueblo al Aventino. — Juicio y muerte de Apio. — Creacion de los tribunos militares. — Creacion de la censura. — Conspiracion de Spurio Melio. — Dictadura de Mamercio Emilio. — Creacion de la cuestura. — Sitio de Veyos. — Dictadura de Camilo. — Abdicacion de Camilo. — Destierro de Camilo. — Desórdenes en Roma. — Toma de Roma. — El Capitolio salvado por los pájaros sagrados. — Derrota completa de los galos.

GUERRA CON LOS VOLSCOS. — Toda autoridad abusa de sus ventajas. El senado, libre del temor que le inspiraban los Tarquinos, creyó que podia oprimir sin peligro al pueblo, y esta injusticia produjo la rebelion.

Los volscos y hernícos, informados de la division que reinaba en Roma, se aprovecharon de este momento favorable para atacarla. Comunicaron su proyecto á los latinos, pero estos entregaron los embajadores volscos al senado y le advirtieron del peligro que le amenazaba. Bajo el consulado de Apio Claudio y de Publio Servilio, la fermentacion popular se aumentó en Roma, y tomó el carácter mas alarmante por haberse presentado un dia en la asamblea del pueblo un ciudadano, con la barba crecida, rotos los vestidos, pálido el rostro y los cabellos erizados: todas señales de infor-

turnio que apenas permiten á sus antiguos compañeros de milicia reconocer en él un valeroso centurion cubierto de cicatrices. Le rodean, le hacen preguntas, y dice que los sabinos habian talado su campo y se habian llevado su corto rebaño: que no por eso se habia podido librar del pago del tributo: que para ello habia contraido deudas á una usura muy alta, y vendido todo lo que poseía; y que su acreedor, hombre desapiadado, no solo le tenia esclavo en su casa, sino que le azotaba frecuentemente con varas, cuyas señales tenia y mostraba á los concurrentes. Al verlas, se levanta un grito jeneral de indignacion, que crece por momentos. La plebe corre por todos los cuarteles de la ciudad amenazando á los senadores: los esclavos por deudas muestran sus cadenas y cicatrices y piden que se reuna al momento el senado. Pocos senadores se atreven á concurrir á la curia con los cónsules Apio Claudio y Publio Servilio: los que se habian reunido, no siendo suficientes en número para deliberar, aguardan la llegada de sus colégas. La plebe atribuye á traicion esta tardanza y redobla su furor: al fin llegan los senadores y principia la deliberacion. Al mismo tiempo se presenta un correo de los latinos avisando que un grande ejército de volscos marchaba contra Roma. Esta noticia consterna al senado y llena al pueblo de alegría. «Los »dioses, dicen, nos envian ven»gadores; pues los senadores son »los únicos que recojen el fruto »de la guerra; participen solos »de sus peligros:» y juran no alistarse. La junta del senado se concluye.

El cónsul Servilio se presenta á la asamblea del pueblo, y le dice: «El enemigo está á vues»tras puertas! No es aora tiem»po de deliberar, sino de obrar: »seria vergonzoso al senado ha»cer concesiones por miedo y á »vosotros ecsijirlas, haciéndoos »pagar para combatir. No nos o»cupemos aora mas que de la sal»vacion de la patria: despues ha»blaremos de nuestros intere»ses: cese toda discusion entre »nosotros hasta que se haga la »paz. El senado concede á los »deudores por término todo el »tiempo que dure la guerra.»

La moderacion y la prudente firmeza del cónsul apaciguaron la furia del pueblo, como los rayos del sol las tempestades. Segun el censo que hizo, habia ciento cincuenta mil setecientos hombres: todos se alistaron y vo-

laron al enemigo con valor: los deudores fueron los primeros en pedir á gritos la batalla. Los volscos fueron vencidos y saqueado su campo. Los romanos tomaron por asalto á Suecia Pomecia, donde encontraron un rico botin. En este tiempo el cruel Apio, que habia quedado en Roma, mandó azotar y degollar en la plaza pública á trescientos niños, reenes de los volscos, y mancilló con esta crueldad la gloria de la república. Servilio debió gozar, cuando volvió á Roma, de los honores del triunfo: su colége hizo que el senado se lo negase, acusándole de ser demasiado popular. Servilio, irritado, convoca al pueblo en el campo de Marte, enumera sus azañas, se queja de la iniquidad del senado, y hollando con justicia un decreto injusto, marcha en triunfo al Capitolio, seguido de todos los ciudadanos.

Concluida la guerra, reclamó el pueblo la ejecucion de las promesas que se le habian hecho. Apio Claudio desprecia sus quejas, desecha sus peticiones y sentencia todas las causas de deudas á favor de los acreedores con todo el rigor de la ley. Los deudores fueron mas oprimidos que nunca. Servilio, que tenia que respetar la ley, y estaba obligado por su palabra á defender al pueblo, estuvo indeciso entre los dos partidos y descontentó á uno y otro. Entonces disputaban los dos cónsules sobre cuál de ellos habia de dedicar el templo de Mercurio. El pueblo, para mortificarlos, encargó esta ceremonia á un mero oficial, llamado Letorio: ni se limitó á esta venganza pueril; despreciando las sentencias de Apio, se opuso á su ejecucion, maltrató á los lictores y arrancó de entre sus manos á un jefe de sediciosos que habian preso.

Retirada del pueblo al monte sagrado.—(A. M. 3508.—A. C. 496.) Los nuevos cónsules Veturio y Virjinio, se hallaron como sus predecesores, entre el temor de una rebelion y de una guerra con que entonces amenazaban los sabinos. En todos los barrios estaba el pueblo formado en tropas de dia y de noche: resistiendo á los alagos y á la autoridad de los cónsules, se negaba á alistarse, y desarmaba á los lictores que iban á prender á los refractarios. La opinion de Virjinio en el senado era que se hiciese distincion entre los deudores: la de Larcio, que se aboliesen todas las deudas, y la de Apio Claudio que se nombrase un dictador. El senado siguió esta opinion; pero en

lugar de elejir un patricio severo, como deseaba Apio, se elijió á Manio Valerio, estimado por la moderacion de su carácter. El pueblo se calmó con este nombramiento y se alistó. Valerio formó tres cuerpos de ejército, mandados por él y por los dos cónsules. La fortuna coronó sus empresas: los sabinos fueron vencidos en batalla y el dictador triunfó. Además de este honor se le concedió la silla curúl y un sitio distinguido en el Circo.

Valerio, despues de haber licenciado las tropas, hizo entrar á cuatrocientos plebeyos en el órden de los caballeros, y propuso en el senado un decreto para la abolicion de las deudas. Los senadores jóvenes, olvidando el respeto debido á la dictadura, peroraron violentamente contra él. Impúsoles silencio en defensa de su autoridad, salió de la curia, convocó al pueblo y declaró que los senadores le habian insultado porque habia licenciado el ejército y amado á la plebe. «Yo renuncio, dijo, á mi »autoridad, pues que no puedo »seros útil con ella.» El pueblo le acompañó hasta su casa con honor. La indignacion pública habia llegado á su colmo, porque el senado habia anulado el decreto de licenciar el ejército: pero el respeto al juramento militar era tan grande que los soldados no se atrevian á dejar las banderas sin tener cada uno su licencia. Obedecieron pues, y entraron en el campamento. Al principio querian matar á los cónsules para libertarse con un solo golpe de su juramento y de sus enemigos; pero uno de ellos llamado Sicinio, les probó que ese crímen no los esceptuaba del servicio. Para eludir el juramento y calmar sus conciencias, les propuso que se retirasen llevando consigo las banderas que habian jurado no abandonar. Todos adoptaron con alegría este dictámen: destituyeron á los centuriones: nombraron otros y se retiraron al monte sagrado.

Creacion de los tribunos del pueblo.—Arrepentido entonces el senado de no haber seguido los consejos de Valerio, envió una diputacion á los rebeldes para aplacar su enojo con promesas y traerlos á su obediencia. Sicinio le respondió: «que el »pueblo no se dejaba ya engañar »con palabras. ¿Queréis ser los »únicos señores de la ciudad, po»seedla. Los pobres no os inco»modarán. Nosotros hallaremos »patria donde quiera que viva»mos libres.» La mayor parte del pueblo fué á reunirse con

los soldados que se fortificaron en el monte sagrado, observaron una esacta disciplina y no cometieron el menor pillaje. Esta buena policía, este órden desconocido en una sedicion, la hacian mas temible. Era la época de nombrar nuevos cónsules en Roma: ningun candidato se presentó, y Postumio Cominio y Spurio Casio fueron elejidos de oficio. En el senado, los mas jóvenes opinaban por la severidad, y los ancianos por la induljencia. Menenio Agripa, uno de estos últimos, patricio de los que Bruto elijió para completar el senado, habló con tanta enerjía de la necesidad de establecer la concordia, para salvar la patria, que su dictámen fué seguido unánimemente, y se dieron plenos poderes á diez senadores para tratar la paz.

Menenio, el primero de ellos, fué al monte sagrado, que estaba á tres millas de Roma, y dió con destreza mucho valor á esta deferencia del senado; y despues de haber formado un cuadro espantoso de los males de la discordia y de la ruina que acarrea á los estados, concluyó por este apólogo: «En el tiempo que el »cuerpo del hombre no era todo »uno, sino cada miembro tenia »su intencion y lenguaje parti»cular, se indignaron todos los »miembros contra el estómago, »porque descuidado no hacia mas »que gozar de los placeres que »los demás le proporcionaban: »conspiraron pues contra él, y »ni la mano llevaba el alimento »á la boca, ni la boca lo acepta»ba aunque se lo diesen, ni las »muelas lo desmenuzaban. Así, »queriendo enojados matar de »hambre al estómago, ellos mis»mos se consumian; y se desen»gañaron de que no era inútil el »ministerio de aquella entraña »que repartia la comida, conver»tido en sangre, á las demás par»tes del cuerpo.» Era óbia la aplicacion de esta fábula, y el pueblo la hizo. Viendo Menenio los ánimos en disposicion favorable, propuso perdonar las deudas de los insolventes, libertar á los que estaban presos, y hacer una ley de comun acuerdo entre el senado y el pueblo, para arreglar en lo sucesivo los derechos de los acreedores y deudores.

El pueblo aceptó estas proposiciones, pero al mismo tiempo pidió, para libertarse de la autoridad ilimitada de los dictadores y de la mala fé del senado, que se creasen dos majistrados que habian de ser plebeyos, para defender y protejer los intereses

del pueblo, tomándose precauciones para el porvenir. Los diputados dieron aviso de la propuesta al senado, y este se vió en la necesidad de sufrir la guerra civil, ó de conceder al pueblo su peticion, por lo cual accedió á ella. Apio protestó contra la innovacion, que segun él causaria la ruina de la república; pero á pesar de su resistencia, las curias elijieron estos dos majistrados que tomaron el nombre de *tribunos del pueblo:* el nombramiento recayó en Lucio Junio Bruto, y Cayo Sicinio Beluto. Se declaró que sus personas eran sagradas; que si alguno los ofendia seria maldecido, y sus bienes destinados al servicio de Céres; y por último el asesino de cualquiera de ellos, podria ser muerto sin forma de justicia. Tambien se elijieron dos majistrados anuales, con el nombre de *ediles del pueblo,* encargados bajo las órdenes de los tribunos, de varios objetos de policía urbana. Así fué como el orgullo y la avaricia de los patricios produjo una revolucion, que se terminó en ventaja del pueblo, y de un modo dañoso á la aristocrácia patricial.

Al principio, los tribunos no eran mas que los protectores de los pobres contra los grandes. No tuvieron señal de dignidad alguna. Sentados á la puerta del senado, no podian entrar en él sino por órden de los cónsules; su poder estaba limitado casi al recinto de Roma, y les era proibido ausentarse de la ciudad. Pero bastaba que uno solo formase oposicion contra un decreto del senado, para que se anulase: su *veto* lo suspendia todo. Veremos la autoridad de los tribunos aumentarse de dia en dia, y hacerse temible como la de los *éforos* de Esparta. Si amenudo abusaron de su poder, al menos garantizaron al pueblo de la opresion, y trabajaron con tanto ardor y perseverancia en elevar la autoridad de la plebe y deprimir la de los patricios, que algunas veces se atrevieron á prender á los cónsules.

Azañas de Marcio, apellidado Coriolano.— Restablecida la paz interior, se continuó la guerra contra los volscos. El cónsul Postumio Cominio venció á los enemigos, se apoderó de dos ciudades y sitió á Coriólos su capital. Despues de dos asaltos infructuosos, iba á dar el tercero cuando supo que los de Ancio venian á socorrer la plaza. El cónsul dividió su ejército en dos cuerpos, dejando el uno en el sitio, y marchando con el

otro al encuentro de los anciates. En el primero, que quedó á las órdenes de Larcio, se distinguia un jóven patricio, igualmente fogoso para concebir y ejecutar grandes proyectos. Marcio era su nombre. Habiendo perdido en su infancia á su padre, su madre Veturia, mujer de una virtud austera, habia formado su carácter y dotádole de una firmeza ostinada, que fué la causa de sus infortunios. Insensible al deleite, infatigable en los trabajos, intrépido en el peligro, era invencible en el combate, imperioso en el mando, y muchas veces insufrible á sus iguales. Los habitantes de Coriólos, confiando en el socorro que esperaban, y viendo disminuirse el ejército del sitio, toman las armas, abren las puertas y se arrojan impetuosamente sobre los sitiadores. Los romanos, despues de una valerosa resistencia, ceden al número y se retiran desordenadamente. Marcio, indignado de esta fuga, se detiene con algunos valerosos, hace frente á los enemigos, los obliga á retroceder, y llama á gritos á los romanos: estos, avergonzados de su debilidad, se reunen á él, persiguen á los volscos, entran mezclados con ellos en la ciudad, y se apoderan de ella. Marcio, despues de esta azaña, vuela con los compañeros de su victoria al ejército del cónsul, que estaba pronto á dar la batalla. Los soldados, segun el uso, estaban dictando su testamento, que se reducia á nombrar un heredero en presencia de cuatro testigos. Marcio dió noticia al cónsul de la toma de Coriólos, con lo cual se alentaron los romanos y desmayaron los enemigos. Dada la señal del combate, Marcio acometió el primero, sin que ni escuadrones ni jefes enemigos fuesen bastantes á resistir su furia. Aunque rodeado y asaltado por todas partes, penetró hasta el centro de los contrarios, dando golpes tan terribles, que nadie se atrevia á acercársele, y el miedo formaba un ancho círculo á su alrededor. Sin embargo, cubierto de una nube de dardos que le lanzaban, hubiera quizá perecido, cuando la flor del ejército romano, formada en masa, vuela á su socorro, se abre paso por medio de los enemigos, y llega hasta el héroe que ya estaba casi solo, cubierto de heridas y rodeado de cadáveres volscos. Marcio, con este ausilio, vuelve á cargar sobre los enemigos y hace en ellos una gran matanza. Huyen los anciates de

modo que mas bien parecian esclavos arrojados que guerreros vencidos. La victoria fué completa: los volscos firmaron la paz, y el tratado se grabó en una columna, en la cual constaba solamente el nombre del cónsul. Pero este jeneral tuvo la gloria nada comun de no envidiar las azañas de Marcio. Al frente de las tropas lo colmó de elojios, lo coronó de laurel, le regaló un caballo ricamente enjaezado, le cedió diez prisioneros y la décima parte del botin. Marcio dió gracias al cónsul, mas no admitió de sus presentes sino el caballo y un prisionero que deseaba libertar, porque habia sido su huésped antes de la guerra. Esta moderacion puso el colmo á su gloria, y el voto unánime del ejército le dió el nombre de *Coriolano*; premio mas precioso que todas las riquezas que habia reusado. Concluida la paz, el cónsul volvió á Roma y licenció las tropas: se renovó la alianza con los latinos, y se añadió á las ferias un tercer dia. Los ediles nuevamente creados se encargaron de la superintendencia de estas fiestas.

A pesar de los ejemplos de avaricia dados por un gran número de patricios, el desprecio de las riquezas distinguirá por mucho tiempo á los héroes de la república. Esta virtud, que en el mismo tiempo colocaba á Arístides sobre todos los grandes hombres de Atenas, era tan cara á Menenio Agripa, que habiendo muerto este año no dejó con que hacer sus funerales: los tribunos pronunciaron su elojio, y el pueblo se impuso una contribucion para que sus ecsequias fuesen magníficas. El senado trató de reembolsarla del erario público; pero ningun ciudadano quiso tomar su cuota, y la dieron á los hijos del difunto.

Hambre en roma.—(A. M. 3515.—A. C. 489.) Roma sufrió entonces un hambre cruel, y los granos que el senado habia mandado comprar en Sicilia, fueron interceptados por el tirano de Cumas. Los volscos querian aprovecharse de esta circunstancia para volver á principiar la guerra; pero la impidió una peste orrible que esterminó los nueve décimos de su poblacion; y Roma, compadecida, envió una colonia á aquellos parajes. El hambre continuaba siempre en la ciudad, aunque habian llegado granos de Sicilia, enviados jenerosamente por Jelon, rey de Siracusa. El pueblo y los tribunos acusaron á los ricos de que los

guardaban para hacer morir de hambre á la plebe, y que no habian enviado una colonia al pais de los volscos, sino pára que muriesen de peste.

Los cónsules se indignaban de que los tribunos hablasen en los comicios, donde hasta entonces solo ellos habian tenido derecho de perorar. En una de aquellas altercaciones tumultuosas, uno de los cónsules dijo imprudentemente: «Hemos convocado »á los comicios y nos toca ha»blar.» Entonces el edil Junio esclamó: «Pueblo, ya lo habeis »oido: tribunos, cededel lugar á »los cónsules. Dejadles hoy aren»gará su gusto, que yo os proba»ré mañana la estension de vues»tra dignidad.»

Al dia siguiente los tribunos convocaron al pueblo. Icilio, uno de ellos, subió á las gradas del templo de Vulcano y propuso una ley proibiendo bajo pena de multa, y aun de muerte, interrumpir á los tribunos en las juntas del pueblo que convocasen. El pueblo la aceptó, y el senado no se atrevió á reusarle su consentimiento.

Los pobres, satisfechos con este triunfo, llevaron con mas paciencia la carestía. Recibieron socorros de los ricos, y además, para quitar de la ciudad las bocas inútiles, se formó un ejército, pequeño á la verdad, pero lo mandaba Coriolano. Logró con él grandes triunfos, y volvió á Roma con un botin tan considerable de esclavos, granos y rebaños, que los ciudadanos murmuraban de los tribunos, porque los habian disuadido de ir á aquella espedicion.

Ambicion y orgullo de Coriolano.—Este miraba el consulado como la recompensa debida á sus servicios, y creia poder lograr sin oposicion una dignidad tan bien merecida; pero ciego con la prosperidad, olvidó que la modestia habia doblado el valor de sus azañas, y se presentó en Roma tan orgulloso como habia sido modesto en el ejército. El uso ecsijia que los aspirantes al consulado solicitasen los votos de sus conciudadanos; porque en una república es preciso que los majistrados sean populares. Habia ciertos hombres llamados *nomenclatores* que decian al candidato los nombres de los ciudadanos que encontraba para que pudiese saludarlos. El pueblo era favorable á Coriolano; pero el dia de la eleccion, este altivo guerrero se presentó rodeado de patricios, y afectó tanto orgullo, que mas bien parecia mandar

que solicitar. Indignada la plebe de esta arrogancia, pasó repentinamente del amor al ódio y nombró cónsules á Marco Minucio y á Aulo Sempronio. El orgullo de Coriolano no pudo tolerar este desaire, así como no habia sabido calmar las tempestades del océano popular. Su carácter era inflecsible, y su enojo se manifestó sin rebozo. Habiendo llegado á Roma los granos enviados por Jelon, y otras remesas compradas por el senado, se movió en este cuerpo una gran disputa acerca de su distribucion. Unos opinaban que debia repartirse gratuitamente el enviado por el rey, y vender el otro á bajo precio; este era el parecer que dictaba la humanidad: otros querian que se vendiese todo para enriquecer el tesoro público á fin de castigar y domar la audácia del pueblo: «Si el pueblo quiere, dijo »Coriolano, distribuciones de tri»go como en otro tiempo, resti»tuya á los senadores su anti»gua autoridad y rómpanse las »convenciones del monte sagra»do. ¿Porqué han de ser tan po»derosos unos majistrados ple»beyos, un Sicinio, mientras nos»otros yacemos como esclavos »rescatados? ¿Yo tolerar seme»jantes indignidades? ¿No sufria »á Tarquino y sufriria á Sicinio? »Si quieren retirarse al monte »sagrado, yo mismo les abriré »las puertas. Se queja el popula»cho de la hambre, y él tiene la »culpa; porque prefiriendo la se»dicion al trabajo, ha dejado sus »tierras incultas. No haya com»pasion con los facciosos! El es»ceso de la desgracia podrá con»ducirlos únicamente á la ra»zon.»

He aquí el héroe cuya probidad y desinterés tanto se elojiaba, cuando no conocia las dulces virtudes que ganan los corazones! Creia que todo debia plegarse á la autoridad del senado; pero su imprudencia no sirvió sino para debilitar su autoridad y perderle á él mismo.

Los tribunos, que estaban presentes, dieron cuenta al pueblo de los violentos insultos de Coriolano. La multitud, enfurecida, quiere destrozar las puertas del senado. Los tribunos consiguen persuadirla que su ira solo debia dirijirse á Coriolano. Envian un edil para prender al orador: los patricios lo defienden, rechazan á los tribunos y maltratan á los ediles. La noche puso fin al tumulto.

En los dias siguientes se celebraron nuevas juntas, á cual mas alborotada, en las cuales pe-

voraron oradores violentos. En fin, Sicinio, enmedio de los gritos del pueblo, propone un decreto, segun el cual debia ser precipitado Coriolano de la roca Tarpeya. Los demás tribunos representan cuán injusto era condenar á un ciudadano sin oirlo, y se decreta que aquel fiero patricio fuese juzgado por el pueblo. Coriolano se negó á comparecer; pero el senado, que temia la funesta ostinacion de Marcio, y la audácia de los tribunos, y que deseaba captar la benevolencia del pueblo, dió un decreto para vender los granos muy baratos. Esta condescendencia no movió á los tribunos á desistir de la acusacion, pero prometieron que la retardarian todo el tiempo que quisiesen los cónsules. Entretanto los anciates robaron algunas remesas de trigo que venian de Sicilia: los cónsules salieron con un ejército contra ellos y los obligaron á pedir la paz. Licenciadas las tropas, Sicinio convocó el pueblo y fijó dia para el juicio de Coriolano. El senado se opuso á la ejecucion de este decreto, fundándose en el uso constante de proponer en el senado los asuntos de importancia antes de presentarlos al pueblo.

El tribuno Junio respondió que pudiéndose apelar al pueblo por la ley valeria, de las sentencias de los cónsules, no habia necesidad en el caso presente de esperar el decreto del senado. «No disputamos, dijo, á este »ilustre cuerpo sus brillantes »prerogativas; pero tampoco su»friremos una desigualdad que »nos privaria de nuestros dere»chos naturales. Coriolano ha »tenido la desvergüenza de de»cir que se deberia destruir el »tribunado, institucion que nos»otros miramos como el mas »firme baluarte de la libertad; »el pueblo indudablemente tie»ne derecho para citar en jui»cio al hombre que trate tiráni»camente á los majistrados, y »de castigar al ciudadano que »viole las leyes.»

«Ya lo veis, esclama enton»ces Apio: ahí teneis el efecto »de mis antiguas predicciones! »No es ya á Coriolano, sino al »senado entero á quien se trata »de atacar! Si el pueblo se arro»ga el derecho de juzgar á todos »los senadores, será á la vez »acusador, testigo y juez. La »ley valeria no tenia otro obje»to que conceder un alivio á los »plebeyos permitiéndoles apelar »al pueblo de los decretos espe»didos por los majistrados; y »aora abusan de este favor que

»les habeis concedido; vuestra »condescencia redobla sus pre»tensiones. Si hoy cedeis, creed»me, el senado se pierde.»

Manio Valerio, mas débil ó mas moderado, dice que dejando al pueblo la decision de este negocio, se le da una muestra de condescendencia que tornará en provecho del acusado. El mayor número adopta este parecer. Propone Valerio á todos los patricios que asistan al juicio para inclinar el pueblo á la dulzura. Conjurando en seguida á Coriolano para que domase su orgullo y se justificase con modestia, recomendó á entrambos partidos la sabiduría, la concordia, y una division de autoridad que preservase á Roma de los escesos de la tiranía y del azote de la anarquía. Entonces pregunta Coriolano á los tribunos: «¿De qué »crímen me acusan?»—«De ha»ber aspirado á la tiranía!»—«Si »no se trata mas que de refutar »este pretendido crímen, me en»trego al juicio del pueblo.»

Se fijó el dia en que se debia oir su defensa. Los tribunos, resueltos á vengarse, dispusieron sus baterías con toda la destreza imajinable. Previendo que si los comicios se reunian por centurias, conforme al sistema establecido por Servio, dispondria el senado de los sufrajios, ecsijieron que se los reuniese por tribus, sosteniendo que todo ciudadano debia dar igualmente su voto en un negocio que interesaba á los derechos del pueblo. Hubo relajacion sobre este punto esencial; y desde entonces la forma del gobierno se cambió en ventaja de los plebeyos.—Tal es la instabilidad de una constitucion imperfecta y borrascosa.

Cuando se reunió el pueblo, subió el cónsul Minucio á la tribuna, y ecsortó á los ciudadanos á que no juzgasen á Coriolano por algunas palabras escapadas en el calor de la discusion. Pintó con elocuencia los servicios y azañas del acusado, recordó sus virtudes, y representó al pueblo que era digno de su jenerosidad mirar con clemencia al ilustre guerrero que se entregaba á su discrecion. Sicinio echó en cara á Marcio su proyecto de abolir el tribunado, y aumentar el precio de los granos con el objeto de escitar turbaciones y llegar por medio de ellas á la tiranía.

Coriolano destruyó esta imputacion, refiriendo circunstanciadamente sus servicios, combates y victorias: recordó al pueblo el gran número de ciudadanos á quienes habia salvado la vida. Invocó el testimonio de los oficia-

les y soldados que estaban presentes, y apoyaban lo que decia con sus gritos y lágrimas; y en fin, rompiendo sus vestidos, mostrando sus numerosas cicatrices, preguntó á los tribunos si eran aquellas pruebas de delito y señales de tiranía.

El pueblo, conmovido por este discurso, se mostraba dispuesto á su favor. El tribuno Decio, temiendo el efecto que habian producido las palabras de Marcio, subió á la tribuna y le acusó de no haber entregado al erario público el botin de los anciates, sino haberlo repartido entre los soldados para convertirlos en instrumento de tiranía. Coriolano, turbado por este ataque imprevisto y de mala fé, respondió con violencia, prorrumpiendo en quejas indiscretas y en imprudentes amenazas. Sus furores irritaron al pueblo: los tribunos, aprovechándose de la ocasion, reasumieron sus acusaciones y opinaron por el destierro perpétuo. Puestas en votos nueve tribus, opinaron por la absolucion, y doce por la condenacion. Este triunfo, conseguido sobre los patricios, dió á la plebe mas orgullo y alegría que cuantas victorias habia logrado de los enemigos.

Destierro de Coriolano. — Este no dió señal ninguna de debilidad, aunque sus amigos le acompañaban llorando. (Año de Roma 263.— A. C. 490.) Tampoco le perturbó el espectáculo de su mujer y su madre, que rompian sus vestiduras en señal de dolor. Despues de haberlas ecsortado á la paciencia, único remedio en aquella calamidad, las recomendó sus hijos, no quiso llevar nada en su destierro, y partió con algunos clientes que le acompañaron hasta las puertas de la ciudad.

Sitio de Roma por Coriolano. —(A. M. 3516. — A. C. 488.) Despues de la condenacion de Coriolano, triunfó el pueblo como de una victoria decisiva alcanzada sobre los patricios. Mas bien hubiera debido echarse en cara su ingratitud para con un ciudadano respetable, de quien habia recibido los mas señalados servicios, y cuyo crímen, limitándose á los términos de la acusacion, era imajinario y sin pruebas; porque si era cierto que habia repartido á los soldados el botin cojido á los anciates, y no lo habia depositado en el tesoro público, tambien era cierto que para hacerlo le autorizaban las circunstancias, aunque no estaba espresado en las leyes. El nada habia tomado para sí: todos

los despojos del enemigo los habia puesto en manos de los mismos que le estaban oyendo. De consiguiente, la única inculpacion que podian hacerle los tribunos, era haber pretendido la abolicion del tribunado.

Al salir de la ciudad Coriolano le estaban esperando á la puerta los senadores; y él, justamente ofendido de su poco valor, pasó por medio de ellos sin dignarse hablarles una palabra. Estuvo por algunos dias en una casa de campo, adonde se habia retirado, y desde allí puso los ojos en diferentes pueblos vecinos, por ver en dónde podria buscar asilo. A nadie dijo el punto que elejia para su destierro. El enojo y el deseo de la venganza le llevaron á Ancio, ciudad de los volscos, nacion poderosa, que vencida por los romanos, conservaba el profundo resentimiento de esta injusticia. Cada dia aumentaba su envidia y animosidad, y Coriolano alimentaba la esperanza criminal de moverlos á la guerra para vengar sus iras comunes. Pidió la hospitalidad á Atio Tulo, el hombre mas distinguido del pais por su nacimiento, riquezas y azañas: el odio que ambos tenian á Roma fué el lazo de su amistad. Tulo deseaba aprovecharse de las disensiones de la república y de la incapacidad de sus jefes. Coriolano le aconsejó que difiriese la ejecucion de sus designios para lograrlos con mas seguridad, y reparase las pérdidas que habian sufrido los volscos por la guerra y la peste: que aumentase y disciplinase sus tropas, y buscase con habilidad la ocasion de romper el último tratado de paz; porque en aquellos tiempos se combatia con incertidumbre y debilidad cuando no se creia tener de su parte la justicia y los dioses. Poco tiempo despues se celebraron juegos públicos en Roma. Tulo fué á ellos y un gran número de jóvenes volscos; y como no habia proporcion de alojamientos en las casas particulares para una multitud tan grande de estranjeros, la mayor parte se retiraron á los templos y lugares públicos. Un romano sobornado por Tulo, avisó á los cónsules que los volscos tenian el proyecto de acometer y de incendiar la ciudad. Con este informe, creido con demasiada lijereza, mandó el senado á los volscos sopena de la vida, salir al instante de Roma. Tulo, que salió el primero, esperó en el camino á sus conciudadanos y los inflamó del deseo de vengar tamaño insulto. Cuando llegaron á An-

cio, sublevaron el pueblo: declararon la guerra á Roma por haber infrinjido el tratado, y dieron el mando del ejército á Tulo y Coriolano. Este entró inmediatamente en el territorio de Roma con una tropa escojida, y taló el campo con la precaucion pérfida de no tocar las tierras de los patricios á fin de sembrar la desconfianza entre ellos y la plebe. Apoderóse despues de Circeyos, colonia romana, é invadió el campo latino con el objeto de apartar á los romanos de la ciudad y dar la batalla; pero Roma, dividida en parcialidades, no estaba dispuesta á pelear.

El año siguiente, siendo cónsules Spurio Nancio y Sesto Furio, se adelantó Coriolano hasta dos leguas de Roma. El terror dominaba en la ciudad; la plebe, poco antes tan orgullosa, pedia con bajeza que se implorase la clemencia del desterrado. El senado, conservando mas dignidad, decretó que no se trataria de paz hasta que los volscos hubiesen evacuado el territorio de la república; pero el pueblo sublevado le obligó á ceder á su miedo.

Enviaron pues embajadores á Coriolano para pedirle la paz y ofrecerle que se levantaria la sentencia del destierro. El respondió con altanería, que Roma debia restituir las conquistas hechas á los volscos, y concederles el derecho de ciudadanía, como á los latinos: y si no, que les probaria como el destierro habia aumentado su valor.

El senado, con la esperanza de mitigar su enojo y obtener condiciones mas suaves, le envió otra diputacion, compuesta de los senadores mas ancianos, los pontífices y los agoreros. Coriolano persistió con dureza en su respuesta anterior.

Era inminente el peligro. El pueblo, pronto á castigar y tardío para combatir, no tenia ya ninguna esperanza en las armas. Las matronas romanas, que conocian el amor de Coriolano á su madre, única virtud que le habia dejado la venganza, se reunen en casa de Veturia, y le suplican que haga una prueba de su poder sobre el corazon de su hijo. Esta noble romana se pone al frente de todas ellas con Volumnia, mujer de Coriolano, y sus hijos. Salen de la ciudad, penetran en el campo enemigo y se presentan á la vista de Coriolano. Este implacable guerrero, insensible á los ruegos del senado, de los cónsules y sacerdotes y á los jemidos de la pa-

tria, desciende conmovido del tribunal á la vista de su madre, y quiere arrojarse en sus brazos. «Antes de estrecharte en mi se»no, dijo ella, permíteme que »averigüe si me he presentado »á un enemigo ó á un hijo: si »soy en tus reales, esclava ó ma»dre. ¿Para esto prolongué mi »edad, para verte primero des»terrado y aora contrario? ¿Pu»diste talar esta tierra, donde na»ciste, y que te alimentó? Aun»que vinieses con el corazon ul»cerado y amenazador ¿no des»fallecieron tus iras al entrar »en el territorio de Roma? ¿Ni »te ocurrió cuando viste la ciu»dad: *dentro de aquellas mura»llas están mi casa, mis penates, »mi madre, mi esposa y mis hi»jos?* ¡Ah! si yo no hubiera sido »fecunda, Roma estaria libre: si »no hubiese tenido un hijo, mo»riria independiente en mi pa»tria segura. Mas ya no me es »posible sufrir nada mas vergon»zoso para tí, ni mas doloroso »para mí: basta para ser la mas »infeliz de las mujeres, haber vi»vido tanto. Pero atiende á tu »mujer é hijos, á los cuales, si »continuas, espera ó una muerte »temprana ó una larga servi»dumbre.»

A estas palabras, cuya enerjía aumentaban los jemidos y sollozos de las matronas, se enterneció el fiero Coriolano: y cediendo el orgullo á la naturaleza, se arroja en los brazos de su madre, y esclama: «Madre, »has logrado una victoria que »me será funesta.» Levantó el sitio y se retiró. Roma concluyó la paz con los volscos. Se ignora qué fin tuvo Coriolano: algunos historiadores dicen que Tulo, envidioso de su gloria, le asesinó en un tumulto popular: Tito Livio y Fabio Pictor dicen que vivió muchos años en el destierro: y en apoyo de esta opinion refieren un dicho que se le atribuye: «En la vejez se siente mucho »mas la desgracia de ser dester»rado.» Los volscos y romanos le lloraron, y las matronas de Roma llevaron luto por él. Lejos de envidiar á las mujeres la gloria de haber salvado la ciudad, se erijió un templo á la *fortuna mujeril*, en el sitio donde Veturia habia triunfado de su hijo. En dicho templo solo tuvieron derecho de entrar las damas romanas.

Temístocles, contemporáneo de Coriolano, esperimentó igual fortuna, despues de haber salvado á Atenas con su política y valor. Al comparar á estos dos hombres célebres, es fácil observar la superioridad de la Gre-

cia, entonces victoriosa del Asia, sobre una república naciente, cuyos únicos enemigos eran pequeños pueblos de Italia situados á su alrededor. Pero Roma, siempre armada contra sus vecinos, aprendia, con pequeñas guerras, á subyugar un dia las naciones mas poderosas.

CONJURACION DE CASIO.—(A. M. 3518.—A. C. 486.) Los años siguientes peleó Roma contra los ecuos, volscos y hérnicos. Hecha la paz, nació en Roma el jérmen de mayores discordias que las pasadas; desenvolviéndose gradualmente, causó las mas terribles convulsiones en la república: Spurio Cásio y Próculo Virjinio eran cónsules. El primero, mas atrevido que hábil, habia debido á sus intrigas los honores del triunfo: su ambicion desmesurada aspiraba al poder absoluto: para lograrlo, quiso hacerse popular y propuso al senado que repartiese al pueblo, en porciones iguales, las tierras conquistadas. La costumbre antigua era vender una parte y pagar con ella los gastos de la guerra, reservar otra para aumentar las rentas del estado, y repartir lo demás entre los ciudadanos pobres. Algunos patricios avarientos habian conseguido que se les adjudicasen á bajo precio algunas de las tierras vendidas; y Cásio, perorando contra este abuso, queria que las restituyesen. Esta ley agraria, propuesta al senado, causó grande terror: el cónsul Virjinio se opuso á su adopcion: el pueblo fué de su dictámen sin dejarse deslumbrar de la codicia: además este beneficio era ilusorio, pues el proyecto admitia en aquel repartimiento á los latinos, mucho mas numerosos que los romanos. Cásio no se desalentó con esta primera derrota, y recurrió á otro medio. Propuso que se reembolsase al pueblo, á costa del erario, de las cantidades con que habia pagado el trigo que envió Jelon. Este favor, en lugar de ganarle el afecto de la plebe, escitó sospechas contra él. Los romanos conocieron que queria comprar la tiranía, y prefirieron la pobreza á la servidumbre. El senado, apoyado en la opinion pública, siguió el parecer de Apio y desechó ambos proyectos. Mandó además que se crease una comision compuesta de diez varones consulares, para decidir cuáles tierras habian de venderse, arrendarse y repartirse. Su reglamento debia someterse á la aprobacion de los cónsules.

MUERTE DE CASIO.—El año si-

guiente, siendo cónsules Servio Cornelio y Quinto Fabio, fué acusado Casio como conspirador, y convencido de juntar armas, recibir dinero de los hérnicos, y haber corrompido á muchos ciudadanos que le acompañaban siempre. No pudo salvarle ni la destreza de sus respuestas, ni la memoria de sus servicios, ni tres consulados y dos triunfos. Fué condenado á muerte y precipitado de la roca Tarpeya. Este acto de justicia privó al partido democrático de un firme apoyo y aumentó el orgullo de los patricios. Menos prudentes que el pueblo, dilataron el nombramiento de los decemviros y la distribucion prometida de las tierras.

La falta de buena fé renovó las discordias entre los dos órdenes. Muchas guerras, emprendidas contra los volscos y los ecuos, interrumpian los debates;—porque en todo pais libre, el peligro comun reune á los ciudadanos, y la tranquilidad interior reina, cuando la paz esterior se turba. Sin embargo, como se retardaba el nombramiento, se aumentó el enojo de los plebeyos, y cuando los cónsules Ceson, Fabio y Spuro Furio quisieron alistarlos para marchar contra los volscos y los ecuos, reusaron hacerlo, si no se adoptaba la ley agraria que el tribuno Icilio habia resucitado. Apio Claudio persuadió al senado que ganase á uno de los tribunos: pues la oposicion de uno solo bastaba para suspender las deliberaciones. Este arbitrio produjo buen efecto: cuatro tribunos se declararon contra Icilio y se determinó que no se decidiria la cuestion hasta el fin de la guerra. Furio consiguió grandes ventajas contra los enemigos; pero su colége Fabio, tan hábil como él, mandaba un ejército mas débil é indisciplinado y fué vencido. Esta derrota y la division de los ánimos dió esperanzas á los antiguos enemigos de la república, y la Etruria armó contra ella todos sus habitantes, inclusos los esclavos. Los cónsules, aterrados por la huida reciente del ejército de Fabio, se encerraron en su campamento y no se atrevian á pelear sin estar mas seguros de las disposiciones del soldado: los enemigos se acercaban hasta el valladar, é insultaban á los romanos llamándolos cobardes y mujeres. Dos pasiones opuestas ajitaban al ejército de la república: el odio á los patricios que los movia á desear que los cónsules fuesen vencidos, y el enojo contra el enemigo, que inflama-

ba su valor. Venció al fin el enojo y pidieron la batalla á los jenerales. Estos, disimulando su alegría, respondieron que no era tiempo y que castigarian á los que peleasen sin órdenes. El deseo no satisfecho irrita á los soldados, y piden á gritos el combate. Entonces el cónsul Marco Fabio dijo á su coléga: «Yo sé, Cneyo Manlio, que estos pueden »vencer: ellos tienen la culpa de »que yo no sepa si quieren. He »resuelto, pues, no dar la señal »hasta que juren que han de vol»ver vencedores. Ya engañaron »en el campo de batalla á su »cónsul: mas no podrán enga»ñar á los dioses.» El ejército hizo el juramento y lo cumplió.

La batalla fué larga y sangrienta: el cónsul Manlio, persiguiendo el ala izquierda del enemigo, fué rodeado por los etruscos: su lugarteniente Quinto Fabio, murió lleno de heridas: el cónsul Marco Fabio, con Ceson su hermano, cónsul del año anterior, acomete al enemigo, liberta á Manlio y recibe el último suspiro de Quinto. Manlio estaba herido y no podia sostener el valor de sus tropas que comenzaban á replegarse; pero acude Fabio y las hace volver al combate. Manlio, habiéndose repuesto un poco, se une con él y hacen grande matanza en los etruscos.

Durante la batalla, un cuerpo enemigo se apodera del campamento romano. Manlio vuela, los encuentra entretenidos en saquear los bagajes, y los rodea. La desesperacion aumentó el valor de aquella tropa, se arrojan sobre los romanos, matan al cónsul y se abren paso; pero Fabio los acomete y hace pedazos. Jamás habia conseguido Roma una victoria mas costosa, ni contra enemigos mas numerosos. Se concedió el triunfo al cónsul Fabio; pero reusó este honor comprado con la vida de su hermano.

Combate del Cremera.—(A. M. 3526.—A. C. 478.) Los volscos y veyentes, continuaban sus ataques contra la república, y aunque frecuentemente derrotados, no por eso dejaban de talar el territorio romano. Para impedir el senado este merodeo, queria construir una fortaleza y poner guarnicion en ella; mas la república estaba esausta de hombres y dinero. Ceson Fabio, pidió el permiso de hacer él solo con su familia, los gastos del castillo y guarnecerlo.

Entusiasmado el pueblo de esta oferta jenerosa, dijo que á haber en Roma dos familias como los Fabios, podria la repú-

blica, confiándoles su defensa, gozar aun en tiempo de guerra, de la paz mas completa. La cívica proposicion fué aceptada, y el cónsul con trescientos soldados, todos patricios y de su familia, todos capaces de mandar un ejército, salieron al dia siguiente de Roma, y marcharon contra Veyos con una comitiva numerosa de amigos y clientes, enmedio de las aclamaciones populares.

Talaron el territorio de los veyentes, y edificaron en lo alto de una montaña la fortaleza. Este ejemplo de patriotismo, inflamando á los demás ciudadanos, favoreció al cónsul Emilio, que batió completamente á los volscos y ecuos; pero se le negó el triunfo por haberles concedido condiciones de paz demasiado favorables. Los pueblos vecinos de Roma, tan belicosos como esta ciudad, rompian los tratados con la misma facilidad que los habian hecho. Las victorias solo producian gloria y botin, las fuerzas quedaban casi iguales, y las paces eran treguas de corta duracion. En el consulado de Servilio, sufrió Roma algunas derrotas: Emilio la vengó de los ecuos: algun tiempo despues, los etruscos pusieron una emboscada á la valerosa familia de los Fabios, esparciendo muchas bestias de carga en las cercanías de la fortaleza. La guarnicion salió á cojerlas y se halló rodeada por los enemigos. Los Fabios forman la cuña, se defienden con heróico valor, rompen la multitud que los cercaba y llegan á su montaña; pero encuentran en ella el ejército de los veyentes que los espera y que los oprime con multitud de dardos. Los trescientos héroes, tan intrépidos como los espartanos de las Termópilas, pelean contra ambos ejércitos con el valor de la desesperacion, prefiriendo la muerte á la esclavitud, y perecieron todos. El dia de su muerte fué contado entre los *nefastos*.

Tito Livio dice, que solo quedó de esta familia un muchacho de catorce años, llamado Quinto Fabio Vibulano, tronco de la ilustre familia de los Fabios, que opuso despues al grande Anníbal un jeneral digno de él. A este desastre se siguió una grande derrota de los romanos. Los etruscos batieron completamente al cónsul Menenio, y adelantaron hasta las puertas de Roma. Horacio, el otro cónsul, acudió y libertó la ciudad; mas no pudo impedir que los enemigos se fortificasen en el Janículo, desde donde hacian incursiones en

el territorio de Roma, así como los Fabios las habian hecho en el de Veyos. Al año siguiente vencieron á Servilio que marchó contra ellos con mas valor que prudencia; pero su coléga Virjinio les salvó del peligro en que se habian metido. Los tribunos de la plebe formaron causa á Servilio, que se defendió con modestia y firmeza. En vez de suplicar, reprendió al pueblo su inconstancia é injusticia, y á sus tribunos el abuso que hacian de su autoridad. En aquellos tiempos virtuosos, habia mas emulacion que rivalidad: Virjinio defendió la causa de su coléga, é hizo que le absolviesen.

Esta alternativa de victorias y derrotas que esperimentaron los romanos en la primera edad de su república, les sirvió de educacion militar para fortificarlos y prepararlos á la conquista del mundo. Si se hubieran engrandecido al principio sin ostáculo, se habrian afeminado con triunfos fáciles. Su poder colosal, fué el fruto de los esfuerzos laboriosos de su juventud.

El cónsul Valerio, resarció las pérdidas de Servilio: triunfó de los sabinos y etruscos, y concedió una tregua de cuarenta años á los veyentes despues de haberlos batido. Los disturbios renacieron en Roma con la paz. El tribuno Jenucio, pidió la ley agraria y el nombramiento de los decemviros, y quiso poner en acusacion á los cónsules del año anterior. Estos representaron al senado que si se permitia tal indignidad, era inútil nombrar cónsules, que solo serian unos esclavos de los tribunos. Llegado el dia en que debian presentarse en juicio, se reune el pueblo; pero Jenucio no parece, y bien pronto se sabe que le habian asesinado en su cama. A esta noticia el senado manifiesta mucha alegría, y los tribunos mucho terror.

Revolucion de Voleron. — (A. M. 3533.—A. C. 471.) En este momento, un oficial plebeyo llamado Voleron, distinguido por su valor y fuerza prodijiosa, fué preso por los cónsules porque no queria alistarse de soldado gregario. Uno de los cónsules manda azotarlo, y él esclama: «Apelo al pueblo: porque »los tribunos quieren mas dejar »azotar á los ciudadanos que ser »asesinados en su casa.» Al pronunciar estas palabras, derriba á los lictores y se refujia enmedio del pueblo: este lo defiende, rompe los haces de los lictores, arroja á los cónsules de la plaza y los persigue hasta las puertas

del senado. Los ánimos se ecsasperan; la causa de Voleron es ya la del pueblo: olvídanse las demás cuestiones y hasta la ley agraria; y cuando la plebe, despues de muchas altercaciones, hubo conseguido la libertad de Voleron, creyó haber triunfado completamente del senado. El año siguiente elijió por tribuno á su protejido, y este para humillar á los patricios, propuso una ley, segun la cual el pueblo se reuniria por tribus para elejir los majistrados populares, sin necesidad de auspicios, ni permiso del senado. Hasta entonces se habian elejido en los comicios por curias, que requerian lo uno y lo otro. El senado, para detener este golpe que transferia al pueblo la autoridad, ganó á dos tribunos, cuya oposicion prolongó la disputa sin terminarla.

Peste en roma.—Una peste que hubo en Roma por entonces, calmó las disensiones; pero en el consulado de Apio Claudio y Tito Quincio, Voleron, elejido nuevamente por tribuno, redóbló los esfuerzos para que se adoptase su ley. Apio, irritado, aconsejaba al senado medios violentos: Tito, con la dulzura y moderacion de su carácter, iba calmando la efervescencia del pueblo cuando de repente, Apio, dejándose llevar de la fogosidad de sus pasiones, pronunció un discurso tan insultante contra el pueblo y sus majistrados, que llegó al último grado el furor de la plebe. La junta se iba convirtiendo en tumulto: ningun dictámen prevalecia, ni podian recojerse los votos. El tribuno Letorio, esclamó: «Reunios mañana, ciudadanos: ó moriré ó la »ley pasará: soy mas á propósito »para hacerlo que para perorar.» Al dia siguiente concurrió una gran multitud. Manda Letorio salir de los comicios á los patricios y jóvenes que aun no tenian voto por su corta edad: el cónsul Apio se opone á ello: el tribuno manda prenderlo: Apio ordena á sus lictores que se apoderen de la persona del tribuno: la plebe se declara por sus majistrados, y la nobleza por sus jefes. Cuando la querella iba á decidirse por un combate, Tito Quincio sube á la tribuna, invita á su colégа á retirarse, y calma poco á poco la ira del pueblo, representándole las calamidades de las discordias civiles, la necesidad de la union entre los órdenes del estado, y la obligacion impuesta á cada uno de sostener sus derechos por la razon y no por la violencia. Asegura á los plebeyos que obtendrán del senado cuanto sea

justo, con tal que respeten su dignidad, y propone que sometan á la aprobacion de este cuerpo la ley de Voleron. Todos se adirieron á su dictámen, y á pesar de la viva oposicion de Apio, la ley fué adoptada y publicada con el consentimiento de entrambos órdenes.

Terminada esta cuestion, se trató de la guerra que los ecuos y volscos habian renovado. Apio, duro é inflecsible en el ejército como en el senado, era aborrecido en el campamento como en la ciudad, Los soldados se divertian en irritar su violencia y contrariar sus deseos. Si queria acelerar la marcha, se detenian: si les mandaba ir despacio, volaban: en fin, llevaron su odio á tal estremo, que huyeron del enemigo para que el cónsul fuese derrotado, y no consintieron pelear sino en defensa de su campamento. Apio quiso mandar con rigor, y no se hizo caso de sus órdenes. Desanimado por esta indisciplina, dió órden de retirarse: el enemigo atacó y derrotó la retaguardia. Cuando llegó al territorio de Roma, hizo azotar y degollar á los centuriones y diezmar el ejército. El otro cónsul, tan amado de las tropas como su colége era aborrecido, taló el pais de los ecuos: y los soldados, cuando ya estaban de vuelta en la ciudad, decian que el senado podia aprender en el suceso de esta campaña á darles por jeneral un padre y no un tirano.

En el consulado de Lucio Valerio y Tiberio Emilio, los tribunos renovaron la peticion de la ley agraria. Emilio habló en favor de la ley: Apio la impugnó con su violencia acostumbrada, declamando contra el tribunado y pronosticando la ruina de la república si no era abolida. Los tribunos se aprovecharon de su imprudencia, y lo acusaron ante el pueblo: ninguna causa habia aterrado á los patricios y plebeyos tanto como esta. El orgulloso Apio desecha todos los consejos de la prudencia y se presenta en los comicios con la misma altivez que en el senado. En vez de rogar reprende: en lugar de defenderse con reo, manda como cónsul; y parece mas bien acusador que acusado. Como la osadía agrada siempre, aunque sea en el enemigo, la temeridad de Apio admiró y atemorizó al pueblo; y los tribunos, viendo el enojo público neutralizado por el espanto, prorogaron la causa para otro dia; pero previendo él que en una segunda asamblea se

le condenaria, se dió la muerte; y el pueblo permitió á su hijo pronunciar su elojio en los comicios.

Hombres como este, á estar dotados de moderacion, hubieran hecho la gloria de su patria; pero mantuvieron en ella el fuego de la discordia, porque un violento y soberbio espíritu de cuerpo tornaba á menudo en peligrosas sus mismas virtudes.

En el espacio de ocho años continuó Roma la guerra con los estados limítrofes sin sucesos decisivos. La discordia de los órdenes duraba siempre, y llegó hasta el punto de no querer el pueblo proceder á la eleccion de los cónsules, y Tito Quincio y Quinto Servilio no fueron elejidos sino por sus clientes y los patricios. No por eso dejaron de mandar los ejércitos, y aun se apoderaron de la ciudad de Ancio. (A. M. 3538.—A. C. 466.) Al año siguiente los cónsules Tiberio Emilio y Quinto Fabio, el que quedó solo de su familia, hicieron que el senado repartiese al pueblo las tierras conquistadas á los anciates; y como pocos ciudadanos, aun de los mas pobres, quisieron ir á aquel pais, se dieron á los latinos y hérnicos. Segun el censo que se hizo en esta época, habia en Roma ciento ochenta mil doscientos catorce ciudadanos capaces de tomar las armas.

La guerra contra los pueblos vecinos era contínua, porque ni los reveses los destruian, ni las victorias aumentaban considerablemente su poder. El cónsul Spurio Furio, habiendo penetrado con temeridad en el pais de los ecuos, se halló repentinamente rodeado en su campamento por el ejército enemigo. El riesgo que corria, movió al senado á usar de un espediente, que despues se empleó en los grandes peligros del estado; y fué dar un decreto encargando á los cónsules que preservasen á la república de todo *detrimento*. Esta fórmula les daba un poder casi igual al de un dictador. El otro cónsul, Cayo Postumio, armado de este decreto, levantó y organizó el ejército como quiso, marchó á socorrer á su colega, le libertó, y derrotó completamente á los enemigos. Dos años despues fué Roma afligida por la peste; eran tantos los muertos, que no habia suficientes carros para transportarlos, y se arrojaban al Tíber. Los volscos se aprovecharon de este desastre para atacar á los romanos; pero fueron vencidos y tuvieron que pedir la paz.

Despotismo de los cónsules.— En este tiempo, los cónsules, que habian heredado la autoridad de los reyes, administraban la justicia arbitrariamente. Habia muy pocas leyes, y solo los patricios las conocian. Mientras Roma estuvo en su infancia, pudo dejarse gobernar así; la moral de un pueblo suple al defecto de lejislacion; pero luego que se ilustra sobre sus derechos, todo poder arbitrario se le hace insoportable; quiere depender de las leyes y no de los hombres, ecsije la justicia y reclama justamente una parte de su administracion.

El tribuno Terentilo Arsa, fué el primero que propuso al pueblo la abolicion de esta especie de servidumbre y la redaccion de un código de leyes para poner un límite lejítimo á la autoridad consular. Fabio se quejó altamente de esta innovacion, diciendo que nunca se habia propuesto una ley importante estando ausentes los cónsules. Muchos tribunos fueron de su opinion y el negocio fué aplazado para otra vez.

Algun tiempo despues se volvió á disputar sobre la ley terentila: el senado se opuso á un proyecto contrario á sus derechos, y sostenia que no podian hacerse leyes sin su participacion. Ceson Quincio, jóven patricio, hijo del que despues se llamó Cincinnato, en el calor de la discusion prorrumpió en injurias contra el tribunado y el pueblo. Fué citado en juicio ante este y condenado al destierro, á pesar de las lágrimas y súplicas de su padre, que se aflijió, sin indignarse, por la desgracia de su hijo, y que no por eso se encontró menos ardiente en defender la gloria y la independencia de aquel pueblo severo.

El castigo de Ceson y la moderacion del senado restablecieron la paz por algun tiempo. Los tribunos, cuyo poder era mayor durante las disputas, no estaban contentos con la tranquilidad, y para turbarla finjieron cartas, en las cuales se denigraba á muchos patricios haciéndoles sospechosos al pueblo.

Conspiracion de Herdonio.—(A. M. 3544.—A. C. 460.) En el mismo momento que se finjia una conspiracion, se verificaba otra verdadera. Herdonio, sabino rico y devorado de ambicion, esperando aprovecharse de las discordias entre el senado y el pueblo, juntó de esclavos y desterrados un partido que ascendia á cinco mil hombres. Los convocó y armó tan secretamente, que los cónsules no tuvieron

el menor conocimiento de ello. Pónese al frente de los suyos enmedio de la noche, marcha al Capitolio, se apodera de él y esparce por la ciudad proclamas, en las que ecsortaba á los esclavos á que se reuniesen con su tropa para que no hubiese en Roma, decia, ni esclavitud ni destierro. Los cónsules, apenas supieron el suceso mandaron al pueblo tomar las armas; los tribunos, cegados por el odio, se opusieron con el pretesto de que la conspiracion era finjida. Publio Valerio, uno de los cónsules, indignado de aquella impostura, pone á los dioses por testigos de su verdad, representa lo inminente del riesgo, y ecsorta al pueblo á combatir contra aquellos esclavos que quieren ser sus señores. «Senado»res, cónsules y plebeyos, dice, »todos debemos marchar. Rómu»lo: condúcenos tú otra vez con»tra un sabino; yo te seguiré tan »rápidamente como un mortal »puede seguir á un dios. Ciuda»danos, yo os mando tomar las »armas; si alguno lo impide, lo »tendré por enemigo olvidándo»me del consulado, de la auto»ridad tribunicia, y de las leyes. »Si los tribunos mueven contra »mí á los romanos, ya que proi»ben hacerlo contra Apio Herdo»nio, yo emprenderé contra ellos »lo que el jefe de mi familia »contra los reyes.»

Todavia vacilaba el pueblo: los senadores esparciéndose entre la muchedumbre, la instan, la ecsortan y la obligan á seguir á Valerio. Al mismo tiempo llegan á la ciudad algunas tropas de Túsculo, y el espanto hace creer que estos aliados fieles son enemigos. Marchan precipitadamente y atacan el Capitolio. Valerio perece en el principio de la accion: Voluminio, varon consular, hace ocultar su cadáver, para evitar el desórden que podía causar en la tropa la muerte del jefe. Los romanos triunfan de los enemigos; hacen en ellos una gran carnicería, y á pesar de su ostinada resistencia recobran la fortaleza despues de tres dias de combate. Herdonio murió peleando: todos sus cómplices perecieron: los injenuos fueron degollados, los esclavos crucificados. A Valerio se hicieron magníficas ecsequias.

Consulado de Cincinnato.—A pesar de todo, los tribunos no cesaban de ajitar al pueblo. Para humillarlos, el cónsul Claudio hizo que la clase de los ricos le nombrase un coléga, sin llamar á las demás centurias, porque la unanimidad de las primeras

hacia inútiles los sufrajios de las demás. El cónsul elejido fué Quincio Cincinnato. Los diputados que el senado le envió, le hallaron en su campo en traje de trabajador, guiando el arado. A la vista de la comitiva para sus bueyes: los lictores bajan los haces delante de él, se le viste la púrpura consular, y los diputados le invitan á ir á Roma. Al despedirse de su mujer, le encargó el cuidado de su casa y le dijo con afliccion: «¿Quién »sembrará este año nuestro cam»po?»

Llega al senado, toma posesion y convoca inmediatamente al pueblo; y sin contemplacion á ningun partido, reprende á los patricios su orgullo y debilidad, á los tribunos su audácia, y al pueblo su licencia. «El tribuno Virji»nio, dijo, aunque no estuvo en el »Capitolio, ¿fué menos digno de »castigo que Apio Herdonio? »Bien consideradas las causas, »fué mas culpable. Herdonio por »lo menos, declarándose enemi»go, casi os ecsortó á tomar las ar»mas: el tribuno, diciendo que »no habia guerra, os entregó des»armados á vuestros esclavos y »rebeldes: y vosotros (lo diré con »vénia de Cayo Claudio y del di»funto P. Valerio) ¿por qué aco»metísteis la colina del Capitolio »antes de quitar del foro estos »contrarios? ¡O baldon de los »hombres y de los dioses! Ocu»pando los enemigos el alcázar, y »habitando un jefe de esclavos »en el santuario de Júpiter Opti»mo Mácsimo, profanadas todas »nuestras deidades, se tomaron »primero las armas en Túsculo »que en Roma: y ha sido dudoso »si la ciudad debió su libertad á »Lucio Manlio, jeneral de los tus»culanos, ó á los cónsules Publio »Valerio y Cayo Claudio. ¿Creeis, »ó tribunos, que habeis de conse»guir la ley este año? A fé mia, »que si la lograis, consiento que »sea maldito el dia en que fuí »creado cónsul, mas que aquel en »que pereció Publio Valerio. He»mos resuelto yo y mi coléga lle»var las lejiones contra los vols»cos y los ecuos.» El vigor del cónsul reanimó al senado y asombró á la plebe. Solo los tribunos se atrevieron á oponerse á su autoridad, diciendo que no le permitirian hacer alistamientos. «Ni es necesario, replicó Cin»cinnato: cuando Publio Vale»rio armó la plebe para recobrar »el Capitolio, todos juraron que »se reunirian á la órden del cón»sul, y no se retirarian sin ella. »Los que jurásteis, reunios ma»ñana junto al lago Rejilo. Lle»vad provisiones, porque mi ob-

»jeto es que esteis acampados »todo el invierno.»

Los tribunos, espantados de su firmeza, concurrieron al senado con muchos ciudadanos é imploraron su benevolencia. Se ecsijió que se sometiesen. Hiciéronlo así, y el senado dió un decreto para que ni los tribunos propusiesen la ley ni el ejército saliese de Roma por aquel año.

Cincinnato, tan prudente en la administracion como severo en el mando, se concilió, no solo la estimacion, sino tambien el amor del pueblo por su zelo, dulzura é imparcialidad. Sosegó los partidos con su justicia, y restableció la concordia entre el pueblo y los grandes.

Vuelta de Cincinnato al campo.—Cuando concluyó el tiempo de su majistratura, el senado, que tenia en él la mayor confianza, quiso que continuase haciendo las funciones de cónsul: se negó á ello y reprendió á los senadores con mas veemencia que al pueblo, porque violaban las leyes, cuando su obligacion era hacerlas respetar. Despues de haber llenado relijiosamente todos sus deberes, volvió con serenidad á su arado. Los que rebajan estos admirables ejemplos, diciendo que los romanos ignoraban entonces la seduccion de las riquezas ¿han reflecsionado bastante en los rasgos de avaricia, tan comunes entre los patricios desde el principio de la república? El amor de la pobreza pertenecia solo á los grandes hombres. Si esta virtud era rara, la pobreza al menos alejaba los vicios corruptores; y la disciplina militar, unida á la fuerza del cuerpo y al valor, debia hacer invencibles á los romanos.

La paz y la fortuna de Roma, parecia que habian salido con Cincinnato de la ciudad. La discordia volvió: los ecuos, volscos y sabinos se aprovecharon de ella para atacar á Roma: vencieron al cónsul Minucio y lo sitiaron en un campo.

Su dictadura.—El senado creyó necesario elejir un dictador, y el cónsul Nancio nombró á Cincinnato, á quien se separó otra vez de su arado. Viene á Roma, arenga al pueblo consternado, reanima su valor, nombra jeneral de la caballería á Lucio Tarquicio: manda cerrar las tiendas (señal de un gran peligro) y ordena á todos los ciudadanos capaces de militar, que se reunan á la tarde en el campo de Marte, con armas, pan cocido para quince dias y doce estacas cada uno. A la noche empezó la marcha: el ejército llegó sin ruido cerca

del enemigo y rodeó su campo: abre cada soldado por órden del dictador un foso delante de sí, planta la estacada y empieza á dar gritos altísimos. El cónsul Minucio, que estaba sitiado por los enemigos, oye los gritos de los romanos y hace una vigorosa salida contra los ecuos. El dictador los acomete, habiendo ya concluido sus atrincheramientos. Cojidos los enemigos entre dos ejércitos, arrojan las armas, se rinden, consienten en pasar por debajo del yugo, que era una especie de horca, formada de tres astas, y entregan encadenados á su jeneral Graco y á sus jefes. El dictador reunió despues el ejército de Minucio, subió á su tribunal, y mirando con severidad á los soldados, les dijo: «No tendreis parte en el botin »de un enemigo, al cual faltó »poco para teneros en su poder. »Y tú, Lucio Minucio, hasta que »no adquieras el espíritu de un »cónsul, mandarás esas tropas »como lugarteniente.» Despues entró triunfante en Roma, precedido de las banderas y jefes enemigos, y seguido de su ejército cargado de botin. Los soldados cantaban su gloria, y hallaban á las puertas de todas las casas las mesas que el pueblo les tenia preparadas. Al mismo tiempo se descubrieron pruebas de la inocencia de su hijo: este fué llamado del destierro y se castigó al calumniador.

Abdicacion de Cincinnato.—La dictadura podia durar seis meses: Cincinnato la abdicó á los diezi-seis dias. El senado le habia ofrecido una parte de las tierras conquistadas; pero no la admitió, mas contento con su pobreza que un avaro con sus tesoros.

Algun tiempo despues los pueblos vencidos invadieron el territorio romano, y los tribunos empezaban á intrigar para que el pueblo no se armase. Cincinnato volvió á Roma y persuadió á los patricios salir al encuentro al enemigo con todos sus clientes. El espectáculo de esta tropa respetable de cónsules, senadores y oficiales superiores, que se entregaban á la muerte por la patria, conmovió al pueblo; y los tribunos previendo que tendrian que ceder, prometieron no oponerse al alistamiento, con tal que se aumentase hasta diez el número de los majistrados populares. Apio Claudio se oponia á esta ley, pero Cincinnato hizo que se adoptase. El pueblo se armó y la guerra se terminó con gloria de la república. Poco despues comenzaron las disensiones con motivo de la ley agraria, a-

nimados los plebeyos por el discurso de Siccio Dentato, guerrero secsajenario y de una estatura colosal. «He militado, dijo, »cuarenta años; he sido oficial »treinta: me he hallado en ciento »veinte batallas: he recibido cua»renta y cinco heridas: me han »premiado con catorce coronas »cívicas: tres murales y otras o»cho por haber recobrado ban»deras romanas, cojidas por el »enemigo, con ochenta y tresco»llares, con sesenta brazaletes »de oro, dieziocho astas, y vein»ticinco jaeces: ¡y no poseo me»dia yugada de tierra! Esta es »mi suerte y la de mis compa»ñeros de armas, mientras los »patricios gozan de las tierras »conquistadas con nuestra san»gre.»

La muchedumbre, escitada por este discurso, pedia á gritos la restitucion de las tierras usurpadas, y un nuevo repartimiento en las de conquistas. El senado estaba convencido de la justicia de estas reclamaciones; pero era dificil reparar abusos tan antiguos, distinguir lo heredado de lo adquirido, y las usurpaciones de las compras lejítimas. Esta grande disputa no impidió á los romanos alistarse contra los ecuos y vencerlos. El ardiente orador Siccio peleó flojamente en esta guerra y persuadió al pueblo, que los cónsules Romilio y Veturio lo habian espuesto á peligros no necesarios.

Al año siguiente fué tribuno, citó en juicio á dichos cónsules, que fueron condenados á una multa. Los nuevos tribunos apoyados por el pueblo, instaron al senado que pusiese término á la arbitrariedad y sustituyese la justicia de las leyes al capricho de los cónsules. El senado creyó que no debia resistir mas á la opinion pública. En el consulado de Spurio Tarpeyo y Aulo Eternio, mandó que se enviasen embajadores á Atenas para estudiar las leyes de aquella célebre ciudad, y traer las que les pareciesen mas convenientes á la república; y que despues se deliberase sobre el nombramiento de los lejisladores y la duracion y límites de su autoridad. Los embajadores fueron Spurio Postumio, Servio Sulpicio y Aulo Manlio, todos cónsules. (A. M. 3552.—A. C. 452.) Partieron en tres galeras magníficas. Su viaje duró dos años. Cuando volvieron, el cónsul Menenio finjió estar malo, con el fin de retardar una deliberacion que debia producir grandes mudanzas; pero el pueblo, á instancias de los tribunos, aceleró los comicios y

elijió por cónsules á Apio Claudio y Tito Jenucio.

Creacion de los decemviros. —No pudiendo el senado retardar ya el cumplimiento de sus promesas, decidió que diez majistrados, elejidos entre los senadores, se encargarian de redactar el nuevo código: que sus funciones durarian un año: que en este tiempo no habria cónsules ni tribunos, y que los decemviros dirijirian todos los negocios y juzgarian todas las causas sin apelacion. Este decreto, inspirado por el odio de los senadores contra los tribunos, fué adoptado con alegría por el pueblo porque destruia la autoridad de los cónsules. Así la envidia mútua de los dos órdenes produjo una institucion que podia destruir la libertad y convertir el gobierno misto de Roma en una oligarquia. Los cónsules abdicaron dando el primer ejemplo de obediencia á la ley; y las curias elijieron por decemviros á Apio Claudio, Tito Jenucio, Publio Sestio, Spurio Vetrurio, Cayo Julio, Aulo Manlio, Servio Sulpicio, Publio Curiacio y Spurio Postumio Albo.

Era acertado y necesario sustituir la regla á la arbitrariedad, y un código á los caprichos de los cónsules; pero la redaccion de las leyes ecsije una meditacion profunda y una grande imparcialidad. El lejislador, ocupado únicamente del interés público, no debe distraerse con ningun cuidado ni privado interés. Roma cometió un gran yerro encargando el cuidado de los negocios públicos á los lejisladores, quitándoles el tiempo necesario para la meditacion de las leyes, y despertando en ellos el espíritu de ambicion tan contrario á la equidad; pero los decemviros eran el producto de las pasiones, cuya antorcha quema y no ilumina. Conducido por ellas el senado, arrogándose todas las majistraturas, destruia el tribunado que no podia sufrir; y el pueblo derribaba el consulado objeto de sus zelos.

El senado creia aumentar su autoridad dejando el poder en manos de diez patricios, sin considerar que los decemviros, una vez nombrados, formaban un cuerpo aparte con intereses contrarios á los del patriciado. Todas las majistraturas cesaron. Los nuevos jefes de la república llevaban todos el vestido consular: solo el presidente tenia lictores con haces. Su autoridad no duraba mas que un dia: convocaba el senado, proponia y ejecutaba los decretos. El tribunal de los de-

cemviros se reunia todas las mañanas: en él se decidian las causas de los ciudadanos y las contestaciones esteriores. En el primer año los nuevos majistrados fueron protectores de los débiles, apoyo de los pobres, prudentes en la administracion, justos en sus sentencias; mostraron tanta virtud, moderacion y equidad, que hicieron reinar el órden mas perfecto. El pueblo, sin intrigas ni discusiones, gozaba á un mismo tiempo de reposo y de libertad, y decia que con aquel gobierno no se acordaba de cónsules ni de tribunos. Apio ganó el amor y la estimacion del pueblo, aun mas que sus colégas. Este hombre, antes tan violento, se mostraba dulce, humano y afable. El orgulloso enemigo de los plebeyos solo atendia aora á hacerles bien, saludaba á los ciudadanos mas pobres, conocia sus nombres y hablaba familiarmente con ellos. Entre los decemviros reinaba la mayor union: trabajaron todo el año bajo la influencia de Apio, en redactar el nuevo código que compusieron con las mejores leyes de Grecia y las que se habian promulgado en Roma hasta entonces. Las de Grecia fueron traducidas por un desterrado de Efeso, llamado Hermodoro, al cual en precio de su trabajo, se erijió una estátua. Concluido el código, fué grabado en diez tablas de bronce que los decemviros presentaron al pueblo para que las ecsaminase. Apio ecsortó á todos los ciudadanos á meditar y discutir todas las leyes, y á dar parte de sus observaciones á los decemviros, para que el código fuese no solo aceptado, sino formado por el mismo pueblo.

Los lejisladores se valieron tambien del consejo de los hombres mas sabios de la república: y modificadas las leyes segun los dictámenes de estos, fueron adoptadas primero por el senado y despues por el pueblo, reunido en centurias, y á presencia de los pontífices y augures. Este código tan solemnemente ratificado, se grabó de nuevo en tablas de bronce que se colocaron en una columna erijida enmedio del foro. Estas tablas, segun Tito Livio, eran todavia en su tiempo las fuentes de todo el derecho público y privado. Ciceron, el mas sabio y elocuente de los romanos, hace de ellas un elojio magnífico.

Un año habia pasado desde el establecimiento de los decemviros, y como su autoridad concluia, se deliberó en el senado

sobre la forma de gobierno que habia de darse á la república; porque el nuevo código era civil y no fundamental. Algunos senadores dijeron que las tablas eran todavia incompletas, y se creyó útil continuar otro año el gobierno decemviral, con el cual habian estado igualmente contentos todos los órdenes. Mandó pues que se nombrasen nuevos decemviros, y el pueblo aprobó con alegría esta resolucion. Reunidos los comicios, los senadores mas distinguidos solicitaron el favor del pueblo. Apio, el mas ambicioso de todos, ocultando sus miras con el finjido deseo de descansar, aparentó alejarse de su objeto para llegar mas pronto á él. Mientras mas indiferencia mostraba por el poder, mas le instaba el pueblo á que lo solicitase. Cediendo en fin, se une con la plebe, y se pasea familiarmente en la plaza con los plebeyos mas fogosos, con los Dicilios, Icilios y Siccios. Esta popularidad no estaba en su carácter; pero nadie es mas bajo que un orgulloso cuando quiere elevarse. Semejante conducta engañaba al pueblo; pero inspiró sospechas á los senadores. No atreviéndose á contrariarle abiertamente, le nombraron presidente de los comicios, esperando que obligándole este empleo á designar los candidatos, el pudor le haria no designarse á sí mismo; porque una ambicion tan escandalosa, de que solo habian dado ejemplo algunos tribunos, era siempre castigada por la desaprobacion jeneral.

Pero mal conocian á Apio. Este hombre arrogante, se puso el primero en la lista, apartó del concurso á todos aquellos cuyo carácter y firmeza temia, é hizo recaer la eleccion del pueblo en nueve senadores que estaban á su devocion. El segundo elejido fué Quinto Fabio, que habia sido cónsul tres veces, hombre hasta entonces irreprensible, pero ganado por las intrigas de Apio. Marco Cornelio, Marco Servilio, Lucio Minucio, Tito Antonio y Manio Rabuleyo, patricios, fueron nombrados sin mas mérito que una ciega sumision á la voluntad del presidente. En fin, insultando abiertamente al senado, propuso é hizo elejir á tres plebeyos, Quinto Petilio, Ceson Duilio y Spurio Opio, cuyas intrigas le habian granjeado los votos del pueblo. Hecha la eleccion, los nuevos decemviros tomaron posesion de su empleo el dia de las idus de mayo. Apio se quita osadamente la máscara: reune sus colégas, les hace jurar que

participarian todos igualmente de la autoridad, que no recurririan sino rara vez al senado y al pueblo, que se ausiliarian unos á otros, y se perpetuarian en sus destinos. Para llegar al poder habia creido necesaria la popularidad; para conservarlo se valió del terror. Desde el primer dia se presentaron los decemviros en la plaza, cada uno con doce lictores armados de segures, amenazando con ellas á los ciudadanos de arrogarse la facultad de vida y muerte.

Los nuevos tiranos se hacen entonces inaccesibles, desechan las súplicas y las quejas, castigan la murmuracion, escuchan con desden, responden con dureza, conciertan las sentencias antes de oir á las partes, y agravan las penas de las cuales hay apelacion. El pueblo, conociendo que se ha dado señores, implora el favor del senado, que en los primeros dias, en lugar de compadecerlo, se gozó en sus padecimientos y humillacion. Los decemviros corrompen á los patricios jóvenes, favorecen sus vicios, y son ministros complacientes de sus caprichos. Entregándose desenfrenadamente á sus pasiones, roban á los ciudadanos sus riquezas, á las mujeres su pudor: hacen azotar ó perecer á los que se atreven á resistir ó á amenazar. La opulencia es un crímen, la queja una conspiracion, la hermosura una calamidad: la libertad conduce á la muerte, y la virtud ó habita las cárceles ó sube al cadalso.

FIN DEL TOMO SÉTIMO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

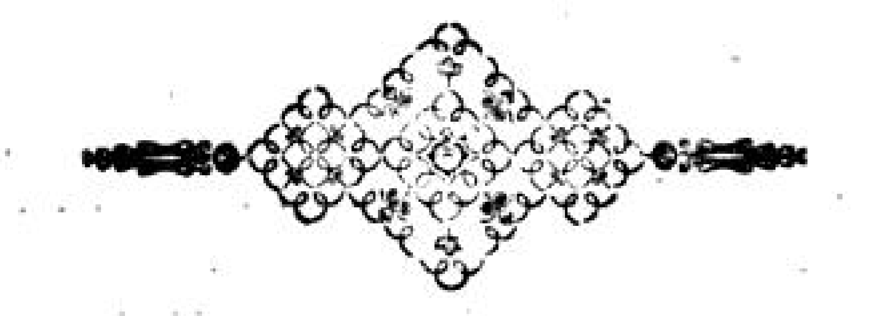
CONTINUA EL LIBRO NONO.

LIBRO DECIMO.

HISTORIA DE LA RELIJION.

LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA ROMANA.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO VIII.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 68, cuarto principal.

HISTORIA
UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CONCLUSION DEL CAPITULO III.

Todos los romanos esperaban, para verse libres de esta tiranía, que llegasen las idus de mayo. Llegaron, pero Apio y sus colégas, en desprecio de la costumbre y de las mismas leyes que acababan de publicar, promulgaron, sin consultar al pueblo ni al senado, un decreto por el cual continuaban su majistratura; y añadieron á sus tablas una ley proibiendo espresamente los matrimonios entre patricios y plebeyos.

El pueblo romano, ya vencedor de tantas naciones, temblaba delante de diez majistrados, y de ciento veinte lictores. Los que arrojaron á sus reyes, no se atrevian á defender la libertad. Roma no era ya Roma, sino una vil caverna en que los decemvíros entregaban la vida y los bienes de todos á su voracidad y á la de sus satélites. Los plebeyos, que tenian honor ó caudal que conservar, habian huido de Roma: los senadores se retiraban ó á sus casas de campo, ó á las ciudades vecinas. Solo quedaban alrededor de los decemvíros sus criminales amigos, y la multitud segura en su oscuridad, que no conoce mas ley que el interés, y que aumenta siem pre con su indiferencia las

fuerzas del partido dominante.

El abatimiento de los romanos inspiró á los ecuos y sabinos la confianza de vengar sus antiguas derrotas, y acometieron á un pueblo descontento y humillado que aborrecia mas á su gobierno que á sus enemigos. Talaron el territorio de Roma y se acamparon á seis leguas de la ciudad. Los decemviros, aterrados, no conocieron su error hasta que tuvieron necesidad del espíritu público que habian destruido. Convocan el senado, y el pueblo decia que ese era un favor debido á los enemigos. El presidente espone la triste situacion de la república y el peligro de la invasion estranjera. Lucio Valerio Potito, habló aunque no le tocaba. Apio Claudio quiso obligarle á callar. «No hablo, »dijo él, para responderte: un »negocio mas importante me ocu»pa; te acuso de conspiracion »contra el estado; acuérdate que »soy senador y que me llamo Va»lerio. Fabio Vibulano: á tí solo »me dirijo: te hemos nombrado »cónsul tres veces; si aun tienes »todavia ese zelo por la repúbli»ca, y esas virtudes que han »merecido nuestra estimacion y »nuestros sufrajios, secúndame! »Levántate; líbranos de la inso»portable tiranía de tus colégas; »todo el senado tiene fijos los »ojos en tí, y te mira como su »único apoyo.»

Fabio, desconcertado, vacilaba: mas engañado que pervertido, dudaba entre su nueva amistad y sus antiguos deberes. Sus colégas, temiendo su debilidad, le rodearon para que no respondiese. Marco Horacio Barbato, descendiente del antiguo Horacio, esclamó: «Dan cuenta de la guerra de los »sabinos, como si el pueblo ro»mano tuviese otra mas cruel »que con los nombrados para »formar las leyes que no han de»jado en la ciudad ningun dere»cho, destruyendo los comicios, »los majistrados anuales, la vici»situd del mando, único ante»mural de la justicia, y ejer»ciendo el imperio réjio, cuan»do no son mas que particulares. »Hemos tenido despues de los »Tarquinos, majistrados patri»cios: despues de la retirada de »la plebe, majistrados plebeyos. »¿A qué clase pertenecen los de»cemviros? ¿A los plebeyos? nada »han hecho por medio del pue»blo. ¿A los patricios? En un año »no han reunido el senado: y »aora que lo convocan, proiben »hablar del estado de la repúbli»ca. Pues no confien en el miedo »ajeno; porque ya es mas grave lo »que se sufre que lo que se teme.»

Apio, disimulando su furor, no respondió á los ataques de de Horacio y Valerio: finjió sacrificar todo interés privado al público, y habló solamente de los peligros de la patria, y de la necesidad de prepararse á la guerra. Pero Apio Claudio, su tio, á quien pidió que hablase primero, creyendo que su dictámen le seria favorable, apoyó la opinion de Horacio, y conjuró á los decemviros por los manes de sus abuelos, que renunciasen á la tiranía, é hiciesen volutariamente lo que tendrian que hacer por la fuerza. Concluyó diciendo que la convocacion del senado era ilegal; por tanto, que no debia dar ningun decreto. Esta opinion prevalecia cuando Cornelio, hermano de uno de los decemviros y ganado por ellos, hizo presente que la costumbre de Roma era combatir y no deliberar, y suspender todas las querellas interiores cuando un enemigo estranjero amenazaba la independencia pública. «Venzamos á los sabinos, y despues deliberaremos acerca de las proposiciones de Horacio y Valerio.» La mayoría de los senadores se decidió, como hacen todos los débiles en las grandes crisis, por este partido medio. Los decemviros obtuvieron todo lo que deseaban; hicieron el alistamiento y partieron al frente de dos ejércitos, uno contra los ecuos, y otro contra los sabinos. Apio y Opio se quedaron en Roma. Las lejiones, no queriendo dar la victoria á unos jefes que detestaban, se dejaron vencer, y los enemigos se apoderaron del campamento romano. Esta noticia alarmó á Apio: levantó nuevas tropas, y las mandó estar á la defensiva; pero dos nuevos crímenes, cometidos uno en el ejército y otro en la ciudad, apresuraron la revolucion que destruyó la tiranía. La larga paciencia de los pueblos engaña á los gobiernos injustos; el silencio oculta el peligro; pero cuando la fermentacion está madura, una chispa produce la esplosion.

Asesinato del tribuno Siccio. —Los decemviros que mandaban los ejércitos, temian al antiguo tribuno Siccio, que hablaba libremente contra su prepotencia. Confiáronle una espedicion, y le dieron una tropa de soldados sobornada para asesinarle. Siccio vendió cara la vida, y pereció despues de haber muerto á muchos de sus asesinos. Sus compañeros, cuando volvieron al campo, contaron que los enemigos los habian rodeado y

batido, y que su jefe habia muerto en el combate.

La pérdida de un guerrero tan valiente, causó mucho dolor en el ejército. Una coorte que habia salido para enterrar los muertos, observó que no estaban despojados, que no habia vestijios de tropas enemigas, y que todos los cadáveres eran romanos. El crímen no era dudoso: el cuerpo de Siccio fué traido al campo: las lejiones indignadas pedian que se castigase á sus asesinos; pero los decemviros habian hecho que desapareciesen. Desde este momento el ejército estuvo preparado á la rebelion.

Violencia contra Virjinia.— En el mismo tiempo se cometia en Roma un crímen, quizá mas orrendo. Lucio Virjinio, plebeyo, tenia una hija de notable hermosura, que estaba prometida por esposa á Icilio, tribuno del pueblo antes del decemvirado. Esta jóven, huérfana de madre, vivia bajo la tutela de unas mujeres que cuidaban de su educacion. Como siempre que iba á las escuelas públicas pasaba por la plaza delante del tribunal de Apio, el decemviro la vió y ardió por ella. La ley que él mismo habia promulgado, le proibia casar con una plebeya: intentó, pues, todos los medios de seduccion, que fueron inútiles por la inocencia de Virjinia, y la probidad incorruptible de las mujeres que la guardaban. Apio, no acostumbrado á hallar resistencia á sus voluntades, determinó lograr por la injusticia lo que no habia podido por el soborno.

Marco Claudio, uno de sus clientes, intrigante sin honor, y ministro de las desonestidades del decemviro, encuentra á Virjinia acompañada de su nodriza: la detiene, la reclama como una esclava que le pertenece, y quiere llevársela por fuerza á su casa. La nodriza implora el socorro del pueblo en favor de la hija de Virjinio y prometida esposa de Icilio. Los amigos de ambas familias acuden en tropel y la defienden. Claudio, cobarde como todos los hombres viles, habla con mas suavidad, asegura que no usará de violencia, y cita á la doncella para el tribunal del decemviro. Ante él espone que Virjinia es hija de una de sus esclavas; la cual, habiéndola robado de su casa, la llevó á la de Virjinio, cuya mujer siendo estéril, habia finjido que aquella era su hija. Aseguraba que daria tales pruebas de este hecho, que Virjinio no podria resistir á ellas: y como no era posible dar

sentencia definitiva durante la ausencia de Virjinio, que estaba en el ejército, pedia que provisoriamente se mandase á la esclava seguir á su señor. Numitorio, tio de Virjinia, respondió que segun una ley dada por los mismos decemviros, toda persona de cuya condicion se dudaba, debia gozar provisoriamente de libertad; por tanto pidió un término hasta que Virjinio pudiese venir á defender su hija.

Apio dijo que en efecto ecsistia la ley citada, y que si Virjinio estuviese presente se le entregaria su supuesta hija interinamente; pero que su ausencia variaba el caso de la ley: que á su vuelta podria reclamar á Virjinia, y entretanto Claudio debia tenerla en su poder bajo la obligacion de presentarla á peticion de Virjinio. Virjinia y las mujeres prorrumpieron en lágrimas y jemidos al oir esta injusta sentencia: la indignacion del pueblo era jeneral; pero el terror impedia que se manifestase. Ibase ya á poner en ejecucion la órden del decemviro, cuando el ardiente Icilio, rompiendo por enmedio de la muchedumbre, acude para defender á su esposa: un lictor quiere rechazarlo: «Pérfido »Apio, grita el amante furioso: »no me echarás de aquí con un »decreto, nó; es menester que »emplees el acero, si quieres en»cubrir con el silencio el secreto »de tus designios criminales. He »de casarme con esta doncella, »y ha de llegar casta y virjen á »mis brazos. Así, convoca todos »los lictores de tus colégas y mán»dales que desaten sus varas y »segures. No estará un momen»to la esposa de Icilio fuera de »la casa de su padre. No porque »nos hayas quitado la potestad »tribunicia y la apelacion al pue»blo, dos baluartes de la liber»tad, ha de tener tu liviandad »un dominio injusto sobre nues»tras hijas y mujeres. Despeda»zad nuestras espaldas y cuellos; »pero respetad por lo menos la »castidad. Si se hace violencia á »esta doncella, yo invocaré á fa»vor de mi esposa la fé de los »Quirites que están presentes: »Virjinio, por su hija, la de los »soldados, y todos la de los dio»ses y los hombres; y sin matar»nos no se ejecutará tu senten»cia. Te pido, ó Apio, que re»flecsiones una y otra vez á cuán»to te espones.» Estas palabras conmovieron á todo el pueblo, y Apio, viéndolo dispuesto á romper, se creyó obligado á ceder á la tempestad. «Icilio, dijo, no »defiende á Virjinia, sino como »hombre turbulento que respira

»aun los fuegos tribunicios, busca pretestos para sediciones: no »los daré, atento mas que á su »impudencia, al mérito de Vir»jinio ausente, á la patria potes»tad y al nombre de la libertad. »Pediré á Marco Claudio que ce»da de su derecho y espere á ma»ñana. Si Virjinio no se presen»ta, mostraré á Icilio y á sus ca»maradas que me bastan mis lic»tores para castigar á un sedi»cioso.»

Disimulando su resentimiento despachó otras causas, y concluido el tribunal se retiró furioso y devorado de inquietudes. Envió un aviso á sus colégas para encargarles que detuviesen á Virjinio; pero el amor, mas pronto que el odio, se habia anticipado. Virjinio, informado del peligro de su hija, salió del campamento antes que llegasen las órdenes de Apio, y siguiendo un camino diferente del real, llegó á Roma y calmó la furia de Icilio y los temores de Virjinia.

Al dia siguiente se presenta con ella en el foro. La palidez de la jóven, su hermosura realzada con las lágrimas, y el dolor varonil de su padre que tendia á los conciudadanos sus membrudos brazos implorando socorro, enternecieron todos los corazones. Su infortunio advertia á cada familia los peligros que la amenazaban. Apio sube al tribunal con ademan fiero: las tropas bajan del Capitolio y guarnecen la plaza. El pueblo en un profundo silencio parecia esperar su condenacion.

El insolente Claudio se queja de la lentitud del juicio, revistiendo su vileza con la apariencia del valor, acusa de parcial al decemviro y renueva su demanda. Virjinio demuestra hasta la evidencia lo absurdo de su peticion. Su esposa no habia sido estéril, sino madre de muchos hijos: habia alimentado á Virjinia á sus pechos, y un gran número de parientes y amigos daban testimonio de estos hechos, á los cuales ya era imposible replicar. El juez se enfurece al ver la conviccion que subyuga todos los ánimos: ciego por la violencia de su pasion, no quiere oir mas á los defensores de Virjinia, y sentencia que pertenece á Claudio. Los circunstantes levantan las manos al cielo y llenan el aire con sus clamores. Apio, ya fuera de sí, dice que si los sediciosos no se callan, allí estan tropas para castigarlos; y manda á los lictores que separen el pueblo y entreguen la esclava á su dueño. La multitud temerosa se retira, y la infeliz donce-

lla va á ser vítima del crímen. Virjinio, con una serenidad precursora de la desesperacion, suplica á Apio que le permita consolar á su hija, é indagar de ella la verdad, interrogando en su presencia á la mujer que la habia asistido en su infancia. Apio lo consiente. Virjinio se separa á un lado con su hija, cerca del puesto de un carnicero, y tomando de él un un cuchillo dijo: «No tengo otro medio de »ponerte en libertad.» Sepúltale el cuchillo en el seno, y sacándolo ensangrentado: «Apio, clamó: con esta sangre consagro »tu cabeza á los dioses del in»fierno.»

Retirada del pueblo al Aventino.—(A. M. 3555.—A. J. 449.) Este atroz espectáculo produjo un tumulto espantoso. Apio, inmóvil en su tribunal, queda helado de orror. Virjinio, bañado con la sangre de su hija, levantado el puñal que aun humea, corre furioso por la plaza, llama los ciudadanos á la libertad, se abre camino hasta las puertas de Roma, monta á caballo y vuela al campamento seguido de mas de cuatrocientos plebeyos. Icilio y Numitorio se prosternan junto al cádaver: las mujeres los rodean y esclaman entre lágrimas y jemidos: «¿Es »este el premio de la onestidad? »¿Es esta la suerte de los padres?» Al dolor sucede la rabia: Icilio y sus amigos gritan *venganza y libertad*: la multitud repite estas palabras. Apio manda prender á Icilio: una parte del pueblo, á la cual se juntan Horacio y Valerio, le defiende. El decemviro, seguido de una tropa de jóvenes patricios, acude á dar ánimo á sus lictores; pero el pueblo los maltrata y dispersa y rompe los haces. Apio se aleja y tiene la imprudencia de convocar los comicios: Horacio y Valerio le siguen: mandan poner sobre un tablado el cuerpo de Virjinia, y acusan á los decemviros por su usurpacion y sus atentados.

En vano se esfuerza Apio para contener el tumulto. La vista de Virjinia, testigo irrecusable, subleva el pueblo contra él. Su voz no es oida enmedio de los gritos: su partido le abandona. Creyéndose perdido se cubre con su manto, y oculta en una casa vecina su oprobio, su miedo y su desesperacion. El pueblo, que hubiera debido defender á Virjinia, se apresura á dar los últimos honores á su cadáver. Se le hacen magníficos funerales: las matronas romanas la cubren de flores y coronas, y la llevan en triunfo al sepulcro. Mientras que

en Roma la lloraban, Virjinio se disponia á vengarla. Todo el ejército, sabida su desgracia, acudió á verle. «No me atribuyais, »les dice, la maldad de Apio »Claudio: no me detesteis como »parricida: hubiera muerto por »conservar la vida de mi hija, »á haber podido conservar con »ella su honestidad. Viéndola »llevar como una esclava al es»tupro, creí que le era mejor »morir honrada que vivir pros»tituida, y por compasion me »arrojé á lo que parece cruel»dad. Yo no sobreviviria á mi »hija si no conservase en vos»otros la esperanza de vengarla. »Tambien teneis hijas, herma»nas y mujeres. La liviandad de »Apio Claudio no se ha apagado »con la sangre de Virjinia: si »queda impune, será mas des»enfrenada. Escarmentad en mi »infortunio. Yo he perdido á mi »esposa, arrebatada por la muer»te: mi hija, que ya no podia vi»vir con honestidad, ha caido »infeliz, pero honrada. Ya no tie»ne víctimas en mi familia la li»viandad de Apio Claudio. Yo »sabré libertarme de toda vio»lencia como liberté á Virjinia: »¡que los demás miren por sí »mismos y por sus hijos!»

A estas palabras se levanta un grito jener. l: todos juran vengarle. Las noticias de Roma llegan en este momento. El ejército toma las armas y las banderas, y marcha á la ciudad: los decemviros quieren detenerle: los soldados les dicen que sabrán hacer buen uso de sus espadas. Atraviesan toda Roma llamando los ciudadanos á la libertad, y toman posicion en el Aventino. En medio de este desórden, el decemviro Opio convoca el senado: este envió al ejército tres individuos suyos para calmarlo y restablecer la paz. Las lejiones declaran que no tratarán sino con Valerio y Horacio. Como estaban sin jefes, Virjinio les aconsejó nombrar diez tribunos militares. Siguióse su dictámen y él fué el primer elejido; pero reusó este honor, incompatible con la afliccion de su ánimo. El segundo ejército siguió el ejemplo del primero, y se reunió con él en el Aventino.

En estas tristes circunstancias, alborotado el pueblo, rebeladas las tropas y sin poder la majistratura, el senado se juntaba inútilmente todos los dias, y no podia lograr que los decemviros abdicasen su autoridad hasta acabar la redaccion completa de las leyes. Horacio y Valerio se negaban á tratar con las lejiones mientras subsistiese el

decemvirado. Esta incertidumbre aumentaba el desórden y el riesgo. Los dos ejércitos, disgustados de estas lentitudes, pasaron del Aventino al monte sagrado, donde los siguió la mayor parte del pueblo, dejando convertida á Roma en una vasta soledad. Entonces preguntaron los senadores á los decemviros si querian mandar en las paredes. «¿No os avergonzais de ver en »el foro mas lictores que ciuda»danos? ¿Qué hareis si el enemi»go acomete la ciudad, ó la ple»be indignada entra en ella con »armas? ¿Queréis que perezca »Roma con vuestro mando?» La ostinacion de los tiranos cede en fin á la necesidad. Prometen abdicar con tal que se les den seguridades contra el furor del pueblo. Horacio y Valerio van al ejército, que les pide el restablecimiento del tribunado y de la apelacion, y el castigo de los decemviros. Horacio y Valerio aceptan las dos primeras proposiciones, é instan al pueblo á que desista de la venganza y ponga fin á las turbulencias que aflijian la república. El pueblo y el ejército, vencidos por su virtuosa elocuencia, declararon que se remitian al senado en todos los puntos. Cuando los diputados dieron cuenta de su mision, Apio dijo: «No ignoro la »suerte que me amenaza: se di»fiere la pelea contra nosotros »hasta que se den armas á nues»tros enemigos. El odio pide »sangre; sin embargo no por eso »dejaré de abdicar.»

El senado mandó á los decemviros, por un decreto, que abdicasen, y al gran pontífice Furio, que nombrase los tribunos del pueblo, y proibió que se hiciesen pesquisas acerca de los autores de la sublevacion del ejército. Este decreto restableció la tranquilidad y convirtió en alegría la consternacion. El pueblo volvió á la ciudad: los tribunos nombrados fueron Virjinio, Icilio, Numitorio, Sicinio y Duilio. Se elijieron cónsules á Valerio y á Horacio. Como la caida del gobierno decemviral era el triunfo del pueblo, no se limitó este á destruir la tiranía: se aprovechó de la victoria para pedir y obtener nuevos derechos en perjuicio de los patricios. Horacio y Valerio se creian obligados por sus nombres mismos á ser populares, y dieron una arma terrible á la plebe, estableciendo que las decisiones de los comicios por tribus, serian tan obligatorias como las de las centurias. Otro decreto proibió bajo pena de muerte,

crear una majistratura, de la cual no pudiese haber apelacion al pueblo, y se fulminó la misma pena contra todo hombre que maltratase á un tribuno. En fin, el depósito de los senatoconsultos, que estaba en el templo de Céres, se puso bajo la salvaguardia del pueblo. El senado tuvo que aceptar estas leyes, que le debilitaban sin hacerlo mas popular: porque cediendo á la fuerza, no daba un beneficio, sino sufria una derrota: y el sacrificio á que se le obligaba, inspiraba la desconfianza mas bien que el amor.

Juicio y muerte de Apio.—Los tribunos citaron á Apio en juicio: la presencia de los jóvenes patricios que le acompañaban, recordaba sus vicios y atentados. Apio, careciendo del valor que solo la virtud puede inspirar, se mostró tan bajo en la desgracia como insolente habia sido en la prosperidad: empleó inútilmente los ruegos para aplacar á un pueblo ofendido: celebró la justicia de su código, y recordó que su amor al pueblo le habia granjeado el odio de los patricios. Virjinio no le permitió que divagase fuera del hecho de que se le acusaba: y como la denegacion era imposible, solo respondió: *apelo al pueblo*. Esta apelacion, que él habia destruido, fué su primer castigo: pues buscaba su salud en el mismo pueblo que habia tiranizado. El tribuno le señaló dia para que el pueblo juzgase, condescendiendo con su demanda; pero entretanto le puso en prision con el pretesto de que no podia gozar del privilejio de la ley que él mismo habia quebrantado: rigor, que pareció venganza y no justicia, quitándole á su enemigo la proteccion de las formas legales.

El venerable tio de Apio lo habia atacado valerosamente cuando era decemviro; y tomó su defensa cuando fué reo, con jenerosidad, pero inútilmente: sin embargo, causó impresion en los ánimos cuando recordó sus servicios y azañas, los triunfos de su familia y la sabiduría de sus leyes; pero Virjinio, invocando los manes de su hija, renovó los movimientos de indignacion: y el reo, perdiendo toda esperanza de sustraerse á la venganza pública, se dió muerte en la cárcel. Opio imitó este acto de valor ó de debilidad, que el honor aconseja algunas veces y que la virtud proibe siempre.

Los demás decemviros fueron desterrados y confiscados sus bienes. Marco Claudio fué condenado á muerte; pero Virjinio hizo

que se conmutase esta pena en la de destierro. Temíase una reaccion tan terrible como la tiranía. El tribunado, como todo partido que se levanta, traspasaba los límites de la justicia. La prudencia de Duilio puso fin á los furores de sus colégas. «Basta, les dijo, de libertad y de castigos: no permitiré que en este año se forme causa ni se prenda á ningun ciudadano: porque ni quiero que se persigan los anteriores delitos, cuando los nuevos se han espiado con los suplicios de los decemviros, ni el cuidado de los dos cónsules en defender nuestra libertad, dará lugar á que sea preciso poner en actividad la fuerza tribunicia.» Esta declaracion firme y moderada restableció la paz en Roma.

Las doce tablas grabadas de nuevo, se presentaron á la aprobacion del pueblo. Ciceron hace de ellas un elojio magnífico, llamándolas la *razon escrita*. No teme decir que todos los principios de la sociedad se encuentran en las doce tablas; que son superiores á todas las bibliotecas de los filósofos, por el peso de su autoridad, y por las ventajas que de ellas resultan. «Porque, añade, de la ciencia del derecho civil aprendemos á conocer que la honradez y la virtud deben preferirse á todo; por una parte nos manifiesta el verdadero mérito honrado por las recompensas, las dignidades y la gloria; y por otra castigados los vicios y las injusticias por las multas, la ignominia, la prision, el azote, el destierro y la muerte; y estas lecciones nos las da no con largas y vanas disputas, sino con un tono de autoridad que nos hace domar nuestras pasiones, poner un freno á nuestros deseos, conservar nuestros bienes sin poner nuestros ojos ni manos codiciosas sobre el bien de otro.» *(Lib. I. De Orat.* 193.*)* Tal debia ser la lejislacion: mas á pesar de esto este cuadro parece mas admirable que cierto bajo algunos aspectos.

Las leyes de las doce tablas, de las cuales no quedan mas que unos fragmentos, eran claras y precisas, superiores en este punto á las de Solon, aunque mucho menos conformes á la humanidad. En muchos puntos respiraban el espíritu de tiranía que los decemviros no disimularon mucho tiempo. Los padres conservaban sobre los hijos un poder absoluto y casi odioso, y lo mismo los amos sobre los esclavos: los deudores estaban entre-

gados á las violencias de los acreedores: despues del tercer dia de mandada pagar la deuda, si no lo hacia, podian los acreedores hacer pedazos el cuerpo de un deudor insolvente y repartirlo entre sí. (Esta es la opinion comun; pero ¿es creible que una ley tan atroz se hubiese espedido?) Habia penas capitales contra los autores de libelos y los poetas: y otras muchas disposiciones crueles que fué necesario modificar al momento, dan á conocer el espíritu de los lejisladores.

Podia matar al ladron siempre que viéndose este perseguido se pusiese en estado de defensa. La ley obligaba entonces sin embargo, á gritar y pedir el ausilio de los ciudadanos. «Es una cosa esta, dice Mon»tesquieu, que deben siempre »ecsijir las leyes que permiten se »tome uno la justicia por sí mis»mo; es el grito de la inocencia »que, en el momento de la accion, »llama á los testigos y á los jue»ces.» El ladron sorprendido con la cosa robada debia ser azotado, y reducido á esclavitud si habia llegado á la pubertad; el que habia ya ocultado su robo, era condenado solamente á pagar el doble de su valor. ¿Por qué esta diferencia?

Los parientes por parte de madre no eran sucesores, á fin de que los bienes no pudiesen pasar de una familia á otra; pero cada uno podia hacer su testamento y escojer por heredero al ciudadano que queria, con perjuicio de sus hijos: teniendo el padre el derecho de vender sus hijos, con mas razon podia desheredarlos. Esto solo ¿no basta para probar que las leyes romanas, tan decantadas, estaban sujetas á grandes abusos? Roma, sin embargo, ganaba mucho en recibir leyes que fuesen una regla fija para los ciudadanos; y verosímilmente el pueblo consideró mas esta ventaja, que los inconvenientes de algunas disposiciones tiránicas.

Dos de estas leyes debian producir un bien infinito, abreviando los procedimientos. Estas ordenan que si los pleiteantes no se convienen, tome el juez conocimiento de su causa desde la salida del sol hasta el mediodia, y que la sentencia se de antes de anochecer. Posteriormente se concedió un poco mas de tiempo, porque los negocios se hacian mas difíciles y numerosos; pero los romanos no conocieron los rodeos y dilaciones de las sutilezas y trampas modernas que hacen triunfar á menudo á la injus-

ticia, arruinan á las partes, y hacen que un pleito sea el mayor azote que pueda venir á una familia.

Los enemigos esteriores, animados por las disensiones de la república, continuaron sus correrías y saqueos. Los cónsules, fuertes con la union restablecida, los vencieron y se apoderaron de sus campamentos. Eran dignos del triunfo: el senado lo negó y el pueblo lo concedió: y por la vez primera triunfaron los jenerales por un plebiscito. Si el orgullo estraviaba á los patricios, no era menos intolerable el de los tribunos. Quisieron continuar en sus destinos; pero Duilio, que era presidente el dia de la eleccion, declaró que no permitiria el nombramiento de ninguno de los actuales; y así se elijieron otros tribunos y otros cónsules, y el aprecio público premió el desinterés de aquel majistrado virtuoso.

Algun tiempo despues, nuevas disensiones, escitadas por la enemistad de los dos órdenes del estado, dieron tanta confianza á los volscos, que hicieron correrías hasta las mismas puertas de Roma. Los plebeyos, animados por sus tribunos, no querian tomar las armas: el cónsul Quincio Capitolino junta los comicios y censura su vergonzosa conducta. «Esos cobardes enemigos, les dijo, ¿á quién desprecian, á los »romanos ó á su cónsul? si la »culpa está en mí, despojadme »del consulado, castigadme des»pues; pero si es vuestra, arre»pentíos de ella, ya que no es»tais sujetos á ninguna autori»dad. Los volscos no os han des»preciado por cobardes ni han »confiado en su valor, como que »han aprendido lo que son ellos »y lo que sois vosotros en tantas »batallas en que han sido venci»dos y auyentados, con pérdida »de sus reales y la ignominia »del yugo. La discordia de los »órdenes es el veneno de esta »ciudad; las altercaciones entre »los padres y la plebe han dado »osadía á los enemigos: vuestro »odio á los majistrados patricios »y el nuestro á los plebeyos, la »falta de moderacion en el impe»rio de los unos y en la libertad »de los otros, ¿cuándo tendrán »fin? Quisísteis que la plebe tu»viese tribunos, los concedimos »para tener paz: quisísteis de»cemviros, los tuvísteis: llegás»teis á aborrecerlos, el senado »los obligó á abdicar: recobrás»teis el tribunado y la apelacion: »adquirísteis el derecho de obli»gar á los padres á obedecer á »los plebiscitos. ¿Qué mas que-

»reis? El enemigo saquea vuestras tierras: ¿los tribunos os resarcirán? Sus eternas acusaciones contra nosotros ¿llenarán »vuestro tesoro? Yo sé que podria deciros cosas mas agradables, pero prefiero vuestra salud á vuestro placer. Si renunciais á las declamaciones de los »tribunos, y volveis á las costumbres vuestras y de vuestros »padres, consiento que se haga »un escarmiento en mí, si no venciere dentro de pocos dias á esos ladrones de vuestros campos, quitándoles sus reales y llevando el terror de la guerra á »sus ciudades.»

Ninguna oracion popular ha producido nunca tanto efecto como este discurso severo. Su verdad, que no ofendió á nadie, produjo la admiracion y con ella el entusiasmo.

Toda la juventud se alistó, y el senado encargó á los cónsules por un decreto, que cuidasen de la conservacion de la república. Entrambos debian gozar de la autoridad absoluta; pero Agripa la cedió á Quincio, cuya superioridad reconocia. Se dió una gran batalla á los enemigos: la resistencia hizo dudosa por muchas horas la victoria. Agripa, viendo que retrocedia su ala cuando la de Quincio iba vencedora, arrojó un estandarte entre las filas de los volscos. Los romanos por recobrarle se arrojaron con furor sobre el enemigo, y la victoria fué completa. Los cónsules no pidieron el triunfo, que se habia reusado á Valerio y Horacio, temiendo, si lo obtenian, que se atribuyese al favor mas que al mérito.

Entonces florecian en Roma la magnanimidad y la virtud: sin embargo, un juicio interesado y contrario á los sentimientos romanos, eclipsó la una y la otra. Los habitantes de Aricia y los de Ardea, se hacian guerra por un territorio, cuya propiedad reclamaban ambas ciudades. El respeto que inspiraba la severa equidad del pueblo romano, hizo que le elijiesen por árbitro. Los diputados de las ciudades defendieron su causa en el foro de Roma, é iba á darse la sentencia, cuando se levantó un romano octojenario, y dijo que se habia hallado en el sitio de Corióles, y podia asegurar que el territorio de que se trataba pertenecia á esta ciudad, y que habiendo pasado al dominio de los romanos, Ardea y Aricia disputaban una propiedad que era de Roma.

Los cónsules impugnaron inútilmente este dictámen, que

sustituia el interés á la justicia, transformaba al juez en parte, y burlaba la noble confianza de dos pueblos en la imparcialidad del árbitro. Los tribunos no fueron mas felices apoyando las virtuosas observaciones de los cónsules: la plebe, enardecida con el discurso del anciano guerrero, y ciega por la codicia, adjudicó á Roma el territorio. Esta decision inícua, y sobre todo vergonzosa, manchó la gloria de la república, y aumentó el número de sus enemigos. Los ardeates se unieron á los volscos y á los ecuos para atacar la fortaleza de Verrugo, que los romanos habian construído en sus fronteras. Los patricios y plebeyos estaban entonces mas divididos que nunca.

Era casi imposible dar fin á estas discusiones, porque la barrera que separaba al senado del pueblo, era á un mismo tiempo muy fuerte y muy débil. Las leyes humillaban mucho á la plebe, y sin embargo le daban mucho poder; Roma habia sustituido la aristocrácia á la monarquía; y sin poder defenderse, caminaba á grandes pasos á la democrácia.

El senado solo tenia en su favor el antiguo respeto y los triunfos y virtudes de sus miembros. Pero la fuerza pública estaba en el pueblo: con solo reusar el alistamiento, obligaba á los padres á hacer contínuos sacrificios; y el derecho de juzgar todas las causas, de aprobar ó desaprobar todas las leyes, y de citar en juicio á los majistrados, colocaba realmente el poder en la clase, á la cual se irritaba constantemente; separándola de todos los honores. La plebe, pues, participando ya del poder, habia de aspirar á las dignidades, y en efecto aspiró.

En el consulado de Marco Jenucio y Cayo Curcio, el tribuno Canuleyo propuso dos leyes: una para que pudiesen celebrarse matrimonios entre patricios y plebeyos: y otra, para que los plebeyos pudiesen ser cónsules. Estas dos proposiciones causaron gran terror al senado: decia que los verdaderos enemigos de Roma eran los tribunos que atacaban sucesivamente todas las instituciones, y que pagaban las concesiones de los patricios ecsijiendo otras nuevas: que la mezcla de las familias quitaria al senado toda su majestad, y pondria la confusion en lugar del órden: que el consulado se daria á los mas facciosos, y que no se debia responder sino con las armas en la mano á aquellos tri-

bunos turbulentos que preferian la invasion del enemigo al yugo de las leyes. Los partidarios del pueblo respondian: «Nosotros »solo queremos que se nos trate »como á ciudadanos; el senado »nos trata como á esclavos, y »nos niega el vínculo del matri»monio que concede á los estran»jeros. Esos orgullosos patricios »creen que el acercarnos á ellos »los mancha: piensan que el con»sulado se envileceria en nos»otros, como pudiera en los li»bertos. Solo el nacimiento les »parece digno de esta majistra»tura, y no la virtud ni el méri»to. Apenas creen que somos »hombres: nos conceden, á pe»sar suyo, la palabra y la forma »humana, y se indignan de res»pirar el mismo aire que nos»otros. Muchos estranjeros han »llegado á ser patricios y sena»dores; ¡y este honor se niega »á los ciudadanos romanos! El »pueblo es la fuerza del estado, »y no se confiesa esta verdad »sino para hacernos sufrir los »gravámenes. El pueblo hace las »leyes, y no se le permite pro»ponerlas. El pueblo compone »el ejército, y no se quiere que »pueda mandarlo un hombre de »su órden. Pues que los patri»cios quieren ser los únicos se»ñores de Roma, defiéndanla e»llos solos. No tomaremos las »armas, hasta que se nos haya »hecho justicia.»

Creacion de los tribunos militares.—(A. M. 3562.—De Roma 310.) El senado, oprimido por la violencia del pueblo y por la cercanía del enemigo, adoptó la ley de los matrimonios. Los tribunos insistian en la del consulado: los patricios eludieron la dificultad diciendo, que en lugar de cónsules, se elejirian tribunos militares con potestad consular, los cuales podrian ser nombrados indiferentemente de los dos órdenes. La eleccion se verificó, y el pueblo, mostrándose jeneroso en su victoria, nombró á tres patricios, que fueron Sempronio, Atilio y Cecilio. Restablecida en Roma la tranquilidad, se pensó en hacer la guerra, que no produjo sucesos decisivos; pero al hacer el alistamiento, se conoció un nuevo desórden que se habia introducido en la república.

Creacion de la censura.—(A. M. 3564.—A. J. 440.) Restablecida la tranquilidad momentáneamente en Roma, permitió pensar en su defensa. La guerra no produjo ningun acontecimiento decisivo; pero los alistamientos que necesitó manifestaron un nuevo desórden que se ha-

bia introducido en el estado.

No se habia hecho censo en el espacio de los diezisiete años últimos: y muchos ciudadanos estaban sin inscribirse y podian sustraerse á los gravámenes militares y civiles. Para remediar este abuso se resolvió confiar la formacion del censo á dos majistrados, que tomaron el nombre de *censores*.

No previendo el pueblo la estension que se daria á esta dignidad, la abandonó á los patricios. La ley fué propuesta por Jeganio Macerino y Tito Quincio Capitolino, elejidos cónsules despues de la dimision de los tribunos militares.

Los censores no tardaron en tener nuevas atribuciones: encargados de inspeccionar las costumbres y de conservar la disciplina, castigaban con la degradacion á los que tenian mala conducta. En lo sucesivo borraron á los senadores de la lista, privaron á los caballeros de sus títulos, y transferian á los ciudadanos de la primera centuria á la última. Despues se les confió el cuidado de los edificios y y caminos públicos, y la intendencia de las rentas. Escepto los lictores, tuvieron todas las insignias de la dignidad consular, á la cual se igualaba casi la censura.

La duracion de esta majistratura fué á los principios de cinco años, y era necesario haber sido cónsul para obtenerla. Los primeros censores fueron Papirio y Sempronio. Montesquieu dice, con razon, que esta dignidad fué el dique que contuvo por mucho tiempo la corrupcion y prolongó la duracion de la república.

Los mismos cónsules que crearon un ostáculo tan grande para las innovaciones, y una barrera tan poderosa contra la inmoralidad, fueron los primeros que repararon la injusticia cometida por el pueblo romano contra Ardea. La plebe de esta ciudad, rebelada contra los nobles, se habia reunido á los volscos para robar sus tierras, y sitiaron á sus enemigos en la misma plaza. Jeganio derrotó completamente á los volscos y los obligó á capitular y á pasar bajo el yugo: restableció la tranquilidad entre los ardeates, haciendo degollar á los jefes de los facciosos, y entró triunfante en Roma, precedido de los ricos despojos de los enemigos, y trayendo encadenado ante su carro á Cluilio, jeneral de los volscos.

La virtud y la sábia firmeza de Quincio, su colèga, le adquirieron una gloria menos bri-

llante y mas rara. Conteniendo el orgullo de los patricios y la licencia de los plebeyos, conservó la paz interior y se concilió el respeto del pueblo y el amor del senado. Bajo el gobierno de estos cónsules virtuosos, Roma se lavó de la mancha que le habia impreso una sentencia injusta y restituyó á los ardeates el territorio que les habia quitado. Al mismo tiempo envió á Ardea una colonia para reparar las pérdidas que habian causado á su poblacion las guerras civiles.

Conjuracion de Spurio Melio. —(A. M. 3566.—A. C. 438.) El estado contínuo de guerra y el desprecio de los romanos al comercio, los esponia á frecuentes carestías. Roma se vió desolada por un hambre tan espantosa, que muchos ciudadanos se arrojaron desesperados al Tíber. Spurio Melio, caballero romano, quiso aprovecharse de esta calamidad para usurpar la autoridad suprema. Compró en Etruia una gran cantidad de trigo, que distribuyó á los pobres para ganarse partidarios. Los ajentes de Lucio Minucio, encargados de los víveres, descubrieron las intrigas de Melio, de que se informó al senado, avisándole al mismo tiempo, que en casa de aquel caballero se celebraban asambleas nocturnas, y se reunian armas: que su partido queria hacerle rey, y que muchos tribunos, corrompidos por él, habian entrado en la conspiracion.

El peligro parecia inminente: el cónsul Quincio propuso que se nombrase un dictador. Cincinnato fué revestido de esta dignidad y dió á Servilio Ahala el cargo de jeneral de la caballería.

El pueblo quedó al dia siguiente espantado y sorprendido de ver en la plaza al dictador precedido de los lictores. Preguntaba qué peligro imprevisto amenazaba á la república enmedio de la paz. Nadie conocia el enemigo contra quien se armaba Roma, sino Melio. Cincinnato le manda comparecer ante él: el reo, incierto del partido que debia tomar, dilataba la obediencia y procuraba huir. Servilio manda á los lictores que le prendan. Melio implora el socorro del pueblo, que engañado por su liberalidad, se conmueve y lo arranca de las manos de los lictores, y le dá escape; pero el jeneral de la caballería le persigue, le alcanza, le atraviesa con su espada, y cubierto de su sangre vuelve al tribunal. «Hiciste bien, »le dijo el dictador: has salvado »la república.»

Sin embargo, este homicidio causó una grande ajitacion en el pueblo: la ciudad estaba alborotada, y todo era clamores y vocerías. El dictador convoca los comicios y les dice: «Aun »cuando Melio no aspirase á la »tiranía, su muerte fué justa; »pues llamado por el jeneral de »la caballería, no quiso venir al »tribunal donde le esperaba el »dictador para juzgarle y deci»dir de su suerte segun su méri»to. Empleó la fuerza para li»bertarse del juicio, y la fuerza »lo oprimió: ni se podia tratar »como á ciudadano al que naci»do en un pueblo libre entre los »derechos y las leyes, y en la »ciudad donde no ignoraba que »en el término de un año habia »sido abolida la monarquía, cas»tigados de muerte por el mis»mo cónsul libertador de la pa»tria, sus hijos y sobrinos conju»rados para la restitucion de los »Tarquinos, y obligado á abdi»car Colatino Tarquino su majis»tratura y á salir de Roma en o»dio de su nombre: donde algu»nos años despues fué condena»do al último suplicio Spurio »Casio, que aspiraba al trono: »donde en fin, poco ha vimos á »los decemviros perder los bie»nes, la patria ó la vida por su »soberbia tiránica, se atrevió á »concebir la esperanza de rei»nar. ¿Y quién? un hombre sin »mérito, nobleza ni dignidades. »A los Claudios y Casios anima»ron para la maldad los consula»dos y decemvirados, las digni»dades y esplendor de sus ante»pasados. Pero que Spurio Melio, »que ningun otro bien podia de»sear que esperar el cargo de tri»buno, enriquecido en el tráfico »del trigo, haya esperado com»prar con dos libras de harina la »libertad de sus conciudadanos, »reducir á la servidumbre un »pueblo dominador de todos sus »vecinos, y adornarse con las in»signias del fundador Rómulo, »hijo de dioses y admitido entre »los dioses, cuando apenas po»dria Roma sufrirle como sena»dor, mas que delito es un pro»dijio. Ni basta que lo haya es»piado con su sangre si no se des»truyen las paredes y los techos »entre los cuales se concibió tan »gran locura, y si no se confiscan »los bienes destinados á com»prar la diadema. Y así mando »á los cuestores que los vendan »y entreguen su producto en el »erario.»

Ejecutáronse las órdenes del dictador; pero no se hizo pesquisa de los cómplices. Este rigor austero y esta condenacion sin formalidades, escitaron el fu-

ror de los tribunos, y amenazaron á Servilio Ahala que le citarian en juicio en concluyéndose la dictadura. La mayor parte del pueblo los apoyaba; pero el senado los desarmó, decretando que se nombrarian seis tribunos militares en lugar de cónsules. Los tribunos esperaban obtener uno de estos cargos, pero su esperanza fué engañada; el pueblo, habituado á respetar al senado cuando no se irritaban sus pasiones, no quiso elejir mas que tres tribunos militares, y los escojió todos patricios.

Poco tiempo despues los veyentes cometieron hostilidades, y atrajeron á su partido á Fidenas, colonia romana. El senado les envió embajadores para quejarse de la infraccion de la paz. Folumnio, rey de Veyos, los mandó matar. La necesidad de vengar una ofensa tan grave, contuvo el espíritu turbulento de los tribunos de la plebe, y no hicieron oposicion á que se creasen cónsules. Serjio, uno de ellos, ganó una batalla que le adquirió el renombre de Fidenate; pero no fué decisiva, y costó tanta sangre, que causó en Roma mas lágrimas que regocijos.

DICTADURA DE MAMERCO EMILIO.—Los faliscos se unieron á los veyentes, y lo grande del riesgo obligó á nombrar dictador á Mamerco Emilio. Dióse otra batalla, en la cual la infantería etrusca fué arrollada por los romanos; pero la caballería mandada por Folumnio combatia ventajosamente con la del dictador. En este momento Cornelio Coso, guerrero romano, viendo al rey de los veyentes que esparcia en todas partes la muerte y el terror, esclamó: «Este es el »quebrantador de todo derecho »de humanidad y de jentes. Si »los dioses quieren que haya al»go sagrado en la tierra, yo in»molaré esta víctima á los ma»nes de nuestros embajado»res.»

Dichas estas palabras, arremete á él, y le derriba de una lanzada. Folumnio se levanta: Coso deja su caballo, lo acomete de nuevo, lo derriba y lo cose contra la tierra. Despues le quita las armas, le corta la cabeza, y la pone en la punta de su lanza. Este sangriento trofeo reanima el valor de los romanos, y aterra á los enemigos que se ponen en fuga. Se hizo en ellos una espantosa carnicería. La victoria fué completa. Emilio logró la pompa, y Coso el honor verdadero del triunfo. Este héroe fué el segundo que consagró despo-

jos ópimos en el templo de Júpiter Feretrio.

La peste se añadió á los males de la guerra para estenuar las fuerzas de Roma; pero á pesar de tantas calamidades, el dictador Servilio venció de nuevo á los veyentes, y tomó á Fidenas. (A. M. 3570.—A. J. 434). Mas no se hizo la paz: se nombró otro dictador, y el senado y el pueblo obligaron á los cónsules, que se resistian, á elejir á Postumio, que venció á los volscos, les tomó el campamento, vendió un gran número de prisioneros, y abdicó despues de haber triunfado.

En este tiempo un pueblo, poco conocido entonces, pero temible despues á los romanos, aumentó su poderío por medio de un crímen. Los samnitas, despues de haber disputado á los etruscos el territorio de Vulturno, obtuvieron por el tratado de paz, el permiso de establecer allí una colonia; pero apenas llegaron, atacaron de improviso la ciudad por la noche, sorprendieron á los habitantes en los desórdenes de una fiesta, los mataron, y su jefe Capis dió el nombre de Capua á esta sangrienta conquista.

Durante muchos años, la guerra continuaba entre los romanos, veyentes y volscos, sin mas resultado que algunos triunfos inútiles obtenidos ya por cónsules, ya por tribunos militares. El cónsul Sempronio, peleando contra los volscos, se vió abandonado por sus lejiones que huyeron poseidas de un terror pánico: el valor intrépido de un solo decurion llamado Tempanio, salvó el ejército. Ecsortó á algunos caballeros que le seguian, á que echasen pie á tierra, defendió con ellos heróicamente un desfiladero, y contuvo al enemigo, que se retiró creyéndose atacado de nuevo. Así los dos ejércitos se creyeron vencidos, y Tempanio quedó por único dueño del campo de batalla.

Los fujitivos alarmaron á Roma, y ya los senadores se habian armado en defensa de las puertas, cuando se supo que no habia nada que temer. Los tribunos creyeron favorable esta ocasion para acusar á los cónsules, y contaban con la declaracion de Tempanio; pero este guerrero, tan jeneroso como valiente, justificó á Sempronio, elojió el valor de sus jefes, no habló del suyo, y adquirió mas gloria por su modestia que por su intrepidez.

Creacion de la cuestura.—En este tiempo se establecieron

en el ejército cuestores encargados de la caja militar, de la provision de víveres, y del repartimiento del botin. Despues ejercieron las mismas funciones en los paises conquistados y reducidos á provincias romanas: y esta majistratura fué el primer grado para ascender á las demás dignidades de la república.

Al mismo tiempo se descubrió una conspiracion de esclavos que querian incendiar á Roma; mas el suplicio de los jefes le puso fin. Los tribunos, que no gustaban de la paz interior porque las turbulencias eran favorables á su ambicion, comenzaron sus quejas y declamaciones contra el repartimiento desigual de las tierras. La discordia que escitaban en la ciudad pasó á los campamentos. Los tribunos militares, divididos entre sí, se dejaron rodear por los ecuos; una parte del ejército romano pereció y otra huyó. Los jenerales y sus lugartenientes se refujiaron á Túsculo.

Servilio Prisco, nombrado dictador, reparó este revés. Los enemigos, en lugar de aprovecharse de la victoria, se entretuvieron en banquetes. Servilio los sorprendió en este desórden, se apoderó de su campamento, tomó una de sus ciudades, hizo un rico botin, y abdicó la dictadura que solo habia durado ocho dias.

El repartimiento de las tierras escitó en el ejército una nueva sedicion. Postumio, tribuno militar, que se apoderó de la ciudad de Volas, habia prometido á sus soldados repartirles el territorio; pero siendo hombre de carácter lijero y violento, faltó á su palabra. Los soldados se rebelaron, y como el tribuno quisiese refrenarlos con el rigor, le mataron á pedradas. El senado, consternado por este crímen, no se atrevia á castigar á los soldados, que eran protejidos por el pueblo, ni podia absolver á hombres delincuentes de una infraccion tan grave contra la disciplina. Los cónsules propusieron que se dejase al pueblo el juicio de esta causa: el pueblo lo cedió á los cónsules. Todos querian la justicia, y todos temian al ejército.

Los cónsules Cornelio Coso y Furio Medulino, condenaron á muerte algunos soldados. Esta moderacion no calmó los ánimos, y la discordia continuó en el campamento y en la ciudad. La guerra, la peste y la ambre, no pudieron destruir el espíritu de faccion, y la desgracia no logró reconciliar sus víctimas.

Los ecuos y los volscos, aprovechándose de estas disensiones, tomaron una fortaleza romana con su guarnicion. Los cónsules no podian obtener de los tribunos permiso para alistar un ejército. El senado tuvo que ceder y nombrar tribunos militares; pero como crecia el número y el atrevimiento de los enemigos, fué preciso recurrir á la dictadura. Enmedio de este desórden, que si se prolongaba podia esponer la ciudad á los mayores riesgos, Servilio Ahala, uno de los tribunos militares, obedeció al senado contra la opinion de sus colégas, y nombró dictador á Publio Cornelio, que venció á los enemigos, taló sus campos y abdicó. Los nuevos tribunos militares, vencieron á los volscos y tomaron á Anjur, llamada despues Terracina. Concedieron al ejército el saqueo de esta ciudad, y ganaron con esta jenerosidad el afecto del pueblo. Si la lucha perpétua de los romanos contra las naciones vecinas les dió un espíritu guerrero, el hábito de los peligros y las armas y la fuerza invencible que les hizo conquistar el mundo, las intrigas de los tribunos, la frecuencia de las sediciones, el temor de los juicios populares y la ambicion orgullosa de los plebeyos, obligaban al senado á estudiar constantemente la política, á hacerse superior por sus virtudes á toda censura ó acusacion, á reunir la astucia y el poder para dirijir espíritus tan indóciles, y á aprender el arte de gobernar el mundo.

Esta hábil corporacion, penetró cuál era el vicio radical que inutilizaba los esfuerzos de los guerreros mas valientes y de los jenerales mas esperimentados. Las tropas no devengaban sueldo: y los ciudadanos, militando á su costa, veian muchas veces sus heredades arruinadas y sus tierras incultas. Por eso tenian que pedir prestado, recurrian á los usureros, y estaban dispuestos á las sediciones: tomaban las armas con disgusto, y siempre se les hacia tarde para dejarlas. Las guerras no eran mas que correrías: las campañas no duraban mas que un mes, y el licenciamiento del ejército hacia perder el fruto de las victorias mas brillantes.

El senado hizo una revolucion, y echó los cimientos del poder romano, concediendo sueldo á la infantería por un decreto, que el pueblo aceptó con sumo placer, acudiendo á alistarse, besando las manos de los senadores, llamándolos padres, y

jurando derramar su sangre en defensa de una patria tan benéfica. Los ejércitos pagados, que suelen ser en otros paises favorables á la usurpacion del poder, no lo eran en Roma donde el pueblo ecsaminaba los gastos, aterraba con su tribunal á los ambiciosos, tenia parte en la lejislacion, y elejia los majistrados. El aumento de la fuerza armada, no era pues dañoso á la independencia. Los tribunos solos no participaban de la alegría jeneral, y desaprobaban la innovacion que les quitaba uno de los pretestos mas fuertes de turbulencias. Representaron al pueblo que se le pagaba de su dinero, y que se compraba su obediencia con el producto de las contribuciones que se le imponian. Muchos ciudadanos, movidos con estas reflecsiones, se mostraban dispuestos á no pagarlas; pero los patricios fueron los primeros en contribuir, y al ver su dinero conducido en carros al erario, se escitó el amor propio de los plebeyos: imitaron aquel ejemplo, y hasta los proletarios querian pagar el impuesto.

Sitio de veyos.—(A. M. 3593. —De Roma 351.) El senado, teniendo á su disposicion tropas regulares, formó proyectos mas vastos y resolvió poner sitio á Veyos, una de las ciudades mas fuertes de Italia, y casi igual á Roma en poblacion, riqueza y denuedo de sus habitantes.

Los tribunos militares dividieron sus fuerzas. Unos pelearon con los volscos y les quitaron á Artena, una de sus ciudades, y los demás sitiaron á Veyos. Este cerco duró diez años: despues de muchos asaltos inútiles, fué necesario convertir el sitio en bloqueo. Los veyentes, temiendo que sus peligros se aumentasen con las disensiones interiores, elijieron un rey; pero esta medida les fué perniciosa, porque la asamblea jeneral de los etruscos resolvió no ausiliarlos si no restablecian el gobierno republicano. Nadie se atrevió, por temor del rey, á dar esta noticia en la ciudad; de modo que se quedó sin socorros, entregada á sus propias fuerzas.

El bloqueo de Veyos obligaba al soldado romano á pasar el invierno en el campamento, lo que hasta entonces no habia sucedido. El descontento que la ausencia de la juventud causaba en la ciudad, pareció á los tribunos un motivo oportuno para declamar contra el senado. «Por esto ha »sido, decian, la paga de las tro»pas: no nos engañábamos en

»creer que los dones de nuestros »adversarios estaban envenena»dos. La plebe vendió su liber»tad: los jóvenes son desterra»dos para siempre de la ciu»dad y de la república: ni aun se »les permite ver en el invierno »su familia y su casa. ¿Por qué »creeis que continuan el servi»cio? por quitar á la plebe el ner»vio de su juventud, la cual en»señan en el campamento á su»frir la tiranía militar.» Estas palabras causaban impresion en la muchedumbre, cuyos grandes móviles son las pasiones y la costumbre. Apio, tribuno militar que habia quedado en Roma, temió que estas intrigas no destruyesen el nuevo edificio que el senado habia erijido. Y así dijo al pueblo: «Si alguna vez, »romanos, ha podido dudarse »por qué causa mueven sedicio»nes los tribunos, por la vues»tra ó la suya, aora ha sucedido »á la duda la certidumbre; y no »solo me complazco en ver des»truido vuestro error, sino tam»bien me felicito á mí, á vos»otros y á la república, porque »lo ha sido para vuestro bien. »Nunca se han ofendido tanto »por las injurias, si es que las »ha habido, hechas á la plebe, »como aora por el beneficio de »la paga de las tropas: porque »nada los irritó entonces mas, »nada quieren aora perturbar »con mas ánsia que la concordia »de los órdenes. Juzgan propio »de su dignidad los contínuos »tumultos y las disensiones que »os impidan ser el mas podero»so de los pueblos. Si los solda»dos, de quienes finjen compa»decerse, me oyeran, estoy cier»to que me aplaudirian. Si solo »fueran mercenarios, les diria »que el trabajo debe ser propor»cionado á la recompensa, y que »si se les paga todo el año, todo »el año deben militar. Pero son »romanos, y el bien de Roma »debe persuadirlos. Los de Ve»yos han roto siete veces los »tratados; han talado nuestras »tierras, sublevado á los fidena»tes, degollado una colonia y ase»sinado nuestros embajadores. »Quieren tambien armar toda la »Etruria contra nosotros. ¿De»bemos pelear blandamente con »enemigos de esta especie? ¿A»bandonaremos los cuarteles y »trincheras para darles lugar á »nuevas correrías? Y aun cuando »estos motivos no ecsijiesen que »se prolongase el sitio, creed que »nada es mas importante que »establecer la disciplina en el »ejército. Hasta aora hemos sa»bido vencer, mas no aprove»charnos de la victoria. Dejába-

»mos el campo á mediados de »otoño como las aves de paso que »desaparecen con el estío. A»prendamos, si la guerra es lar»ga, á esperar animosamente su »écsito: arrostremos el hielo y »la nieve por la gloria, como los »arrostramos por el vano placer »de la caza. Sepan los enemigos »que Roma, tan perseverante »como impetuosa, no pone fin á »un cerco sino con la toma de »la ciudad, ni á una guerra sino »con la victoria. Declarad á »vuestros tribunos que no los »habeis elejido para que sean »defensores de la molicie y de »la cobardía, y proibidles que »engañen á los soldados, llaman»do libertad á la licencia é in»disciplina.» La firmeza de este discurso impuso respeto á los facciosos.

Poco tiempo despues se supo que los veyentes, en una salida nocturna, habian destruido los trabajos y máquinas de los romanos. Esta noticia indignó al pueblo. Los plebeyos mas ricos se ofrecieron á servir en caballería de voluntarios hasta que se tomase á Veyos. El senado, aprovechándose de este zelo para completar su sistema, concedió á los jinetes un sueldo triple del de los infantes. Los jenerales patricios habiendo sido vencidos por los volscos, nombró el pueblo tribunos militares de la clase plebeya. Un fenómeno escitó grande inquietud en Roma. Las aguas del lago Albano crecieron prodijiosamente sin haber antecedido lluvias. La credulidad lo atribuyó á portento; y como fuese muy celebrada entonces la ciencia de un anciano de Veyos, que era adivino, lo trajeron á Roma para que esplicase aquella crecida súbita. El dijo, refiriéndose á una antigua prediccion, que Roma estaba amenazada de un gran desastre, si el agua llegaba hasta el mar, y que si no la rendicion de Veyos era cierta. El senado consultó al oráculo de Delfos, y su respuesta fué conforme á la del adivino. Mandó pues abrir zanjas que alejaron del mar las aguas del lago, y la política se aprovechó de la supersticion para aumentar el valor de los sitiadores y el temor de los sitiados. Dos tribunos militares fueron vencidos por los capenates y faliscos, y el terror se apoderó del ejército y de la ciudad; porque en el campo de Veyos se decia que el enemigo marchaba contra Roma, y en Roma que los veyentes habian ganado una victoria completa.

Dictadura de Camilo.—En es-

ta consternacion cesaron las intrigas de los ambiciosos, y la envidia misma invocó el ausilio del jénio. Fué nombrado dictador Camilo, y elijió por jeneral de la caballería á Cornelio Scipion. Las virtudes y azañas de Camilo le habian granjeado la estimacion universal. La juventud se alistó á su llamamiento con ardor y confianza; y no solo la de Roma, sino tambien la de los latinos y hérnicos. El dictador prometió á los dioses que si terminaba la guerra con felicidad, celebraria los grandes juegos del circo y reedificaria el templo de la diosa Ino, conocida en Roma bajo el nombre de la madre Matuta.

Sale á campaña, vence á los faliscos y capenates, y va al campamento de Veyos, que no habia sido atacado como se creia; pero estaba muy desordenado y sin disciplina; mal todavia peor que una derrota.

Convencido de que no podria rendir á fuerza descubierta una ciudad tan populosa, hizo abrir en secreto una mina que llegaba hasta debajo de la ciudadela. Concluida esta obra sin que los sitiados tuviesen ni aun sospecha de ella, consultó al senado acerca del destino que habia de darse al rico botin de aquella plaza. El senado resolvió entregarlo al pueblo, y distribuirlo á todos los ciudadanos que fuesen á militar en el campamento; y la mitad de los habitantes de Roma se presentó.

El dictador, conformándose á la antigua costumbre que ecsijia tener propicios, no solo á los dioses de Roma, sino tambien á los de Veyos, recibidos los auspicios favorables dijo: «Apolo Pí»tico: por tu mandado voy á »arruinar esta ciudad enemi»ga: te consagro el diezmo de »sus riquezas: y tú, reina Juno, »que hoy habitas en Veyos, te »suplico que despues de la vic»toria nos sigas á Roma, que se»rá tu ciudad, y donde tendrás »un templo digno de tí.»

Para divertir la atencion de los veyentes del verdadero peligro que los amenazaba, dispuso un asalto jeneral; y cuando las lejiones marchaban ácia las murallas con mucha gritería, un cuerpo elejido penetrando por debajo de tierra, atraviesa y sale con grande estruendo al templo mismo, donde el rey de los veyentes hacia un sacrificio á los dioses, y en el mismo instante que el adivino, consultando las entrañas de las víctimas, declaraba vencedor al que consumase aquella ceremonia.

Los romanos, oyendo estas palabras, se arrojan sobre los veyentes y dan cumplimiento al oráculo, ofreciendo al cielo el olocausto. Tito Livio, refiriendo este hecho, que no se atrevió ni á creer ni á refutar, confiesa sin embargo que es mas propio del teatro que de la historia. Los romanos dueños de la ciudadela, pasaron á la ciudad y quemaron los edificios, al mismo tiempo que las lejiones salvaban las murallas. La carnicería fué espantosa: Camilo al fin consiguió que cesase: mandó que se perdonase á los desarmados, y cuando estos se libertaron dió la señal del saqueo.

Viéndose dueño de una ciudad tan grande dijo: «Si mi fortuna ó la de Roma parece demasiado brillante á los dioses ó á los hombres, y ha de ser espiada por grandes calamidades, pido al cielo que caigan sobre mí y no sobre la república.» Al decir esto tropezó contra una piedra y cayó. La superstición creyó despues que esta caida habia sido presajio del destierro de Camilo y del incendio de Roma por los galos.

El dictador vendió todos los prisioneros, y el producto de esta venta fué la única parte del botin que entró en el erario. Los romanos mas distinguidos, vestidos de ropajes blancos, condujeron á Roma en procesion la estátua de Juno. (A. M. 3611.—De Roma 359.) La credulidad contaba que Camilo preguntó á la diosa si queria que la trasladasen, y que ella respondió con la cabeza que sí. Veyos fué mas bien sorprendida que vencida. Ninguna victoria habia causado en Roma una alegría mayor: ningun triunfo habia sido mas magnífico. Camilo fué el primero que se mostró con cuatro caballos blancos uncidos á su carro, como se representaba á Júpiter y á Apolo. Este orgullo desagradó; pero es mas fácil á los héroes hacerse inaccesibles al veneno, como Mitridates, que resistir á las seducciones de la fortuna y de la gloria.

Abdicacion de Camilo.—Despues de haber dado las órdenes necesarias para erijir el templo de Juno, hizo la dedicacion del de Matuta y abdicó la dictadura. El senado concedió la paz á los ecuos y volscos; pero se hallaba en grande apuro porque no podia adquirir la cantidad de oro necesaria para cumplir el voto de Camilo á Apolo Délfico.

Las matronas romanas, que sabian sacrificar á la patria su vanidad, como los ciudadanos

sus vidas, ofrecieron sus ornamentos y joyas con los que se formó una copa de oro, de valor de ochenta mil escudos. Un honor inmortal fué el premio de este sacrificio: se les permitió ir á los juegos públicos en carros, y el privilejio de que se les hiciese el elojio fúnebre, no concedido hasta entonces sino á los hombres mas célebres.

Los faliscos no habian querido someterse. Camilo fué elejido tribuno militar, los venció y se apoderó de su campamento donde halló un rico botin, que reservó todo entero para el tesoro público. Los soldados, que admiraban su virtud y temian su severidad, no murmuraban de esta determinacion.

Camilo sitió á Falerios. Los niños de las familias mas distinguidas de aquella ciudad vivian bajo la direccion de un maestro, que concibió el proyecto de hacer fortuna con una traicion. Llevaba sus discípulos fuera de la ciudad para que jugasen. Prolongando sus paseos, los llevó últimamente á Camilo, y le dijo: «Te entrego los hijos de »los principales ciudadanos de »Falerios, y en ellos la ciudad.» «Malvado, le respondió el hé»roe: haces tu vil presente á un »jeneral y á un pueblo que no »te semejan. Ningun tratado he»mos hecho con los faliscos; pe»ro el lazo sagrado de la natu»raleza nos liga con ellos: y nos»otros respetamos los derechos »de la guerra como los de la »paz. Hemos tomado las armas »no contra débiles niños, sino »contra hombres que sin haber »recibido agravio, nos atacaron »cuando sitiábamos á Veyos. Tú »quieres que los dome con una »maldad desconocida hasta ao»ra: los romanos no conocen »mas medios de vencer que el »valor, la actividad y las ar»mas.» Dichas estas palabras mandó desnudar al maestro, atarle las manos á las espaldas, y dar varas á los discípulos para que le fuesen azotando hasta la ciudad. Los faliscos, que lloraban la pérdida de sus hijos, al verlos volver convirtieron su dolor en alegría, y su odio á los romanos en admiracion: y aunque estaban decididos como los veyentes, á la guerra, pidieron la paz. Sus embajadores dijeron al senado: «Padres conscriptos: »vosotros y vuestro jeneral nos »habeis vencido; pero vuestra »victoria ni escitará la envidia »de los hombres ni nos causa »ignominia. Nos rendimos, per»suadidos de que seremos mas »felices bajo vuestro imperio

»que con nuestras leyes. Damos »en esta guerra dos grandes ejem»plos á las naciones: vosotros de »la buena fé que prefiere los pe»ligros honrosos á un triunfo »cierto pero malvado; y nos»otros de la jenerosidad que ce»de la victoria á la virtud. En»viad, pues, comisarios, que re»ciban nuestras armas y reenes, »y tomen posesion de la ciudad. »No tendreis que quejaros de »nuestra lealtad, ni nosotros de »vuestro dominio.» Así la virtud de un hombre adquirió á su patria una conquista importante.

El bajel que llevaba á Delfos la copa de oro fué apresado por los piratas de Lipari. Timasiteo, su jefe, digno de ser romano por su jenerosidad y respeto á los dioses, restituyó el buque y la copa, y escoltó á los enviados en su viaje á Delfos y en su vuelta á Roma. El senado, creyendo que la situacion próspera de la república le permitia volver al antiguo gobierno, hizo que se celebrasen comicios consulares, interrumpidos durante quince años. El pueblo dió un nuevo motivo de temor á los padres; porque deseaba abandonar á Roma y establecerse en Veyos. Camilo, que se opuso á esta resolucion, aunque con buen écsito, se granjeó sin embargo el aborrecimiento de los plebeyos. El senado concedió en el territorio de aquella ciudad siete yugadas á cada niño varon de los que habia en Roma, lo que multiplicó los casamientos y aumentó la poblacion.

Destierro de Camilo. — El pueblo ingrato, escitado por la envidia, que es la sombra perpétua de la gloria, olvidaba las azañas de Camilo, y se indignaba de su constante oposicion á las pretensiones de los tribunos. En la ceguera de su odio ni aun reparó si eran ó no verosímiles los pretestos de su persecucion; y así acusó á Camilo de haberse apropiado una parte del botin de Veyos. El héroe, no esperando justicia de una muchedumbre apasionada, se anticipó al juicio, y se desterró á Ardea. Menos grande que Arístides, antes de salir de la ciudad, pidió á los dioses que sus ingratos ciudadanos tuviesen algun dia necesidad de él. Este deseo inmoral se cumplió.

Batalla del Alia. — (A. M. 3622. — A. J. 382.) La tempestad que amenazaba á Roma venia de una nacion cuyo nombre apenas conocia. La Galia, despues tan temible al pueblo romano, y últimamente una de sus mas brillantes conquistas, esta-

ba dividida en tres partes: la Aquitania, la Céltira, y la Béljica. Sus límites eran el Océano, el Rin, los Pirineos y los Alpes. Su territorio era habitado por tribus selváticas, que se hacian contínuamente la guerra, y que transmigraban frecuentemente á la gran Britania, á la Jermania, á España y á Italia. En el reinado de Tarquino Prisco era Ambigato rey de la Galia Céltica; y su pueblo demasiado numeroso, envió á otros paises colonias que buscaron una nueva patria con sus armas bajo los jefes Sigoveso y Beloveso. El primero corrió la Jermania y las Pannonias: el segundo al frente de los bituri-jes, pueblos que habitaban el Berry y Borgoña actuales, pasó los Alpes, conquistó el Noroeste de Italia y fundó las ciudades de Milan, Brescia y Verona. Los galos recibieron nuevos refuerzos de su patria, se estendieron al Sur del Pó, y al pais que ocuparon se dió en Italia el nombre de Galia Cisalpina.

Poco tiempo despues del destierro de Camilo, Arunte, ciudadano de Clusio, deseando vengarse de sus compatriotas, que le habian maltratado injustamente, se retiró á la comarca de los galos que habitaban cerca de los Alpes, y les celebró la fertilidad de su pais y la escelencia de sus vinos. Aquellos hombres belicosos y poco sóbrios, cayeron en la tentacion, y guiados por Arunte, penetraron en Etruria, y sitiaron á Clusio.

La grande estatura, la espesa cabellera, las espadas largas y tajantes, y las costumbres fieras de estos nuevos enemigos, esparcieron el terror en todas partes. Clusio invocó el ausilio de Roma, y el senado envió de embajadores á los tres hijos de Fabio Ambusto. Llegaron al Campo de los galos y los ecsortaron á desistir de la guerra contra los de Clusio, cuya defensa tomaria Roma á su cargo, si continuaban las ostilidades.

Brenno (1), jefe de los galos, respondió á los embajadores: »Nosotros no conocemos á los ro»manos, pero deben de ser valien»tes, pues los clusinos imploran »su socorro en el caso del riesgo. »Consentiremos en la paz si los »de Clusio nos dan tierras, que »tienen en abundancia, á nos»otros que carecemos de ellas:

(1) Brenn era la palabra céltica que designaba *un jeneral*. Los historiadores latinos han hecho de ella el nombre de *Brennus*, tomando sin razon un título por el nombre de un personaje.

»mas si se niegan á esto, combatiremos á vuestra vista para que »podais contar en Roma que los »galos esceden en valor á todos »los pueblos de la tierra.» «Pero, »replicó el mayor de los Fabios, »¿con qué derecho quereis qui»tar la tierra al que la posee?» «Con el mismo, respondió Bren»no, que vosotros habeis ocupa»do tantos paises: nuestros dere»chos están en la espada: los va»lientes son los dueños del mun»do.»

Los Fabios, demasiado jóvenes y ardientes para dar oidos á la prudencia, salieron indignados de la asamblea de los galos: y olvidando la moderacion propia de los mediadores, no solo aconsejaron la guerra á los clusinos, sino tomaron ellos mismos las armas y se pusieron al frente de una salida contra los bárbaros. La suerte quiso que Quinto Fabio, habiendo muerto á un jefe galo con su lanza, fué reconocido al tiempo de quitarle las armas. Corre la noticia en el ejército, y escita el furor de Brenno, que variando de proyecto, abandona el sitio y la guerra de Clusio, y vuelve contra Roma su odio. La juventud gala queria marchar al instante; pero sus jefes, respetando el derecho de jentes, vio ado por los romanos, resolvieron enviar diputados á Roma para pedir justicia y el castigo de los Fabios. El senado, despues de haber oido su embajada, no pudiendo negar el delito, ni resolverse á infligir la pena merecida á unos jóvenes patricios, estimados por sus azañas y sostenidos por el crédito de su familia, remitió al pueblo la decision de este negocio. La plebe romana admirando imprudentemente un valor inoportuno y una temeridad culpable, reusó toda satisfaccion á los diputados, y para irritarlos mas elijió por tribunos militares para el año siguiente, á los tres fabios con Quinto Sulpicio Longo, Quinto Servilio y Servio Cornelio Malujinense.

Roma en tiempos de menos peligro, habia nombrado un dictador. Su ceguedad fué tal que en circunstancias tan críticas no apeló á este recurso; y sin embargo, el terror, aumentado por la supersticion, precedia á este nuevo enemigo; pues se esparció la noticia de que una voz desconocida habia anunciado mucho tiempo antes la llegada de estos bárbaros.

Entretanto los galos marchaban rápidamnnte, infundiendo terror á todos los pueblos, aunque no cometian ninguna vio-

lencia y repetian constantemente este grito: «¡Guerra solo á los »romanos!» El senado les opuso cuarenta mil hombres, mal elejidos y peor ordenados. Los galos eran sesenta mil, cuya terrible gritería, repetida por las montañas, causaban un espanto que los romanos no habian conocido nunca. Los dos ejércitos se encontraron á cuatro leguas de Roma, en la confluencia del Tíber y del Alia.

El temerario Quinto Fabio, que mandaba el ejército romano, ni consultó los auspicios, ni hizo sacrificios, ni atrincheró su campo: apostó su izquierda sobre el rio, su derecha en una montaña y su reserva en una altura. Temiendo ser rodeado, estendió sus alas y así debilitó el cuerpo de batalla.

Brenno, habiendo arrollado la caballería romana, atacó la colina donde estaba la reserva, y solo en este punto halló resistencia. El resto del ejército, asombrado de los sables largos del enemigo, de sus cabelleras ondeantes y de sus gritos, huyó. Ni los jenerales mostraron habilidad, ni valor los soldados. El ala izquierda quiso refujiarse á Veyos, y una gran parte de ella se aogó en el Tiber. En la batalla, que duró poco tiempo, no fueron muchos los muertos; pero en el desórden de la retirada fué grande la carnicería. Algunos fujitivos del ala derecha anunciaron en Roma la pérdida de la batalla: y los galos hubieran entrado con ellos en la ciudad, á no haberse detenido tres dias en saquear los reales y en celebrar con banquetes la victoria.

Desórden en roma.—Los romanos, consternados al principio, recobraron en el peligro su antiguo valor. Recojieron en el Capitolio y la ciudadela los últimos recursos de la república, la flor de la juventud y del senado, las armas y los víveres. El sacerdote de Quirino y las vestales, llevaron lejos de la ciudad las imájenes de los dioses, los ornamentos, vasos y libros sagrados.

Resolviéronse tambien á no salvar sino lo que era útil á la patria, y á entregar á la muerte todo lo demás. Solo quedaron en la ciudad los viejos é incapaces de tomar las armas. Los ancianos dictadores y consulares, los senadores mas venerables por sus triunfos, edad y dignidades, declararon que no consumirian inútilmente los víveres de la ciudadela, y moririan en Roma con los demás inválidos; y recomendaron al valor de la ju-

ventud la suerte de una república ilustrada por cuatro siglos de victorias.

Roma presentaba el espectáculo mas sublime y doloroso: jóvenes guerreros, que encerraban en el Capitolio la última esperanza de la libertad, al mismo tiempo que los ancianos iban á sepultarse entre las ruinas de su patria. Las mujeres, llorosas é inciertas, no sabian si seguir á sus maridos é hijos, ó quedarse á servir de último consuelo á sus padres. Los pobres se derramaron en los campos, y se enterraron en las cuevas todas las riquezas que pudieron sacarse de los templos.

El respeto á la relijion estaba tan profundamente grabado en los ánimos, que Lucio Albino, del órden plebeyo, que llevaba en su carro su familia y sus bienes, encontrando en el camino del Janículo las vestales que salian á pie llevando los vasos sagrados, se detiene, baja con los suyos, arroja sus riquezas, y deja el carro á las sacerdotisas.

Toma de roma.—Solo quedó armado el Capitolio, los templos quedaron vacíos y la ciudad desierta; solo los ancianos y los senadores erraban por ella. Prefiriendo la muerte á la fuga, se visten sus ropas de púrpura y se sientan en sus sillas curules en los vestíbulos de sus casas. Brenno llega: halla los muros indefensos y las puertas patentes: se detiene temiendo alguna asechanza; pero el silencio y la quietud le dan seguridad. Entra en Roma como en un vasto sepulcro.

Los galos llegan hasta la plaza pública, sin hallar señales de vida y de guerra escepto en los muros del Capitolio: colocan guardias y se dispersan por las calles. Todas las casas del pueblo estan cerradas; pero hallan abiertas las de los grandes. Entran los bárbaros en ellas, y miran con admiracion aquellos ancianos venerables, que segun la creencia del siglo se habian consagrado á sí mismos y á los enemigos, á las deidades del Averno. Estaban aquellos respetables consulares sentados en sus sillas, con las insignias de su dignidad, silenciosos, inmóviles, apoyados sobre sus báculos de marfil, sin dar señales de sorpresa ni de espanto. Su aspecto encadenaba la osadía: su noble gravedad inspiraba una veneracion relijiosa: y los galos imajinaron al principio que eran dioses. Un bárbaro mas petulante que sus camaradas, se acercó á Marco Papirio y le tomó la bar-

ba. Papirio no pudo sufrir esta injuria y le dió con el báculo: y el galo le sepulta la espada en el seno. Esta fué la señal de la carnicería. Aquellos ilustres patricios perecieron todos en sus sillas. Los bárbaros, despues de matar el corto número de ciudadanos que encontraron, saquean la ciudad y queman las casas, esperando que el terror del incendio obligaria á los defensores del Capitolio á rendirse.

Los romanos, encerrados en su última fortaleza, veian desesperados el incendio que devoraba á sus padres y á sus ogares. Los gritos de los enemigos, los jemidos de las víctimas, despedazaban sus corazones. El orror de este dia funesto se aumentó con las tinieblas de la noche. Cada instante añadia una nueva amargura á su dolor; pero mientras menos esperanzas tenian, mas fuerte era la resolucion de defender hasta el último suspiro el único asilo de la patria.

Los galos, no pudiendo infundirles miedo, se prepararon á asaltar el Capitolio. Suben á él cubiertos con sus escudos y dando grandes voces segun su costumbre. Pero cuando llegaron á la mitad de la colina, los romanos salen de sus muros, se arrojan enfurecidos sobre ellos, y los derrotan completamente.

Viendo Brenno, la inutilidad de este ataque, convirtió el sitio en bloqueo, esperando del tiempo y del ambre la victoria: y como el incendio de la ciudad le dejó sin recursos para subsistir, conservó en Roma una parte de sus tropas, y envió las demás á buscar víveres. Uno de estos destacamentos galos, llegó á Ardea. Camilo lloraba en ella los males de su patria, y no podia concebir cómo se habia apoderado el desaliento de los esforzados romanos, tantas veces victoriosos bajo sus órdenes. Sabe que los galos se acercan, y que los ardeates consternados deliberan tímidamente sobre el partido que tomarian para escaparse del riesgo que los amenazaba. Camilo, que nunca habia asistido á sus juntas, se presentó entonces y les dijo: «Ardeates, que siempre »fuísteis mis amigos y aora sois »mis conciudadanos: no creais »que he olvidado la ley que me »destierra; pero en riesgo tan »grande todos deben contribuir »á la salvacion del estado. No »puedo manifestaros mejor mi »gratitud que peleando por vues»tra defensa. La fortuna no me »ha sido infiel sino en tiempo »de paz. Confiad en mis conse-

»jos: aprovechaos de la ocasion »que se os presenta para probar »á Roma vuestra amistad y ad»quirir gloria eterna.

«Los galos se acercan : creed»me, estos hombres son mas es»pantosos por la prosceridad de »su estatura, que temibles por »su valor. La fortuna, y no ellos, »vencieron á Roma. ¿Qué han »hecho despues de la batalla del »Alia? Se han apoderado de una »ciudad desierta: han degollado »ancianos indefensos, y un cor»to número de romanos ha bas»tado para derribarlos del Capi»tolio. Aora se dispersan por los »campos, como animales vora»ces, sin órden, disciplina ni »centinelas. Roban de dia y se »embriagan de noche. No per»mitais que la Italia pierda su »nombre y reciba otro vergon»zoso de estos bárbaros. Tomad »las armas y seguidme: os pro»meto, no el combate, sino la »matanza cierta de los enemi»gos. Si no os los entrego como »víctimas, consiento en que me »desterreis como me desterró »mi patria.»

Los ardeates, enardecidos con este discurso, siguen sus consejos. Camilo, despues de reconocer á los enemigos que estaban acampados con el mayor desórden, cae sobre ellos á media noche, los espanta con el sonido repentino de gritos y trompetas, y los degüella medio dormidos. Algunos, que probaron escaparse por el camino de Ancio, fueron perseguidos y hechos pedazos. Al mismo tiempo los etruscos quisieron aprovecharse de la situacion de Roma para recobrar á Veyos; pero los romanos que habia en esta ciudad, les salieron al encuentro y los vencieron matándoles mucha jente. El sitio del Capitolio continuaba, y sus valientes defensores espantaban al enemigo con rasgos de estraordinaria intrepidez. Un dia Cayo Fabio Dorson, para cumplir un sacrificio que por costumbre antigua debia hacer su familia, baja del Capitolio con los vasos sagrados, atraviesa el campo enemigo, llega ál monte Quirinal, donde cumplió su voto, vuelve á su puesto con una gravedad tan augusta, que los galos, ó por respeto relijioso ó espantados de su temeridad, no opusieron ningun ostáculo á su tránsito.

La victoria de Camilo habia alentado á los romanos de Veyos y de las ciudades vecinas. Ármanse todos, y se ponen bajo las órdenes de su antiguo dictador, que fiel á las leyes de su patria, reusa la autoridad que le dan,

hasta que el senado la confirme.

Poncio Cominio, soldado de este ejército, baja el Tíber en un gran coche, llevando la peticion de las tropas, y al favor de la noche sube sin ser visto de los galos al Capitolio, y da cuenta de la victoria de Camilo. El senado nombra dictador á este héroe, y Poncio vuelve á Veyos con igual osadía y felicidad.

Algunos galos repararon en las pisadas de aquel intrépido guerrero, y conocieron que habia sendas para subir al Capitolio. Aprovéchanse de este descubrimiento enmedio de una noche: afianzándose en las malezas, llegan al pie de la muralla, y sosteniéndose mútuamente, se libran por su silencio de la vijilancia de las centinelas y aun de los perros de guarda. Los romanos, aunque sin víveres, no se habian atrevido á matar y comer los ánsares consagrados á Juno, y este respeto relijioso salvó á Roma.

Al acercarse el enemigo, los ánsares se asombran, gritan y baten las alas. Marco Manlio, varon consular, despierta al ruido, da el alarma, y mientras las tropas se reunen, corre á la muralla y derriba en el precipicio á un bárbaro que estaba abrazado á la almena. En su caida arrastró á muchos de sus compañeros; llegan los romanos, arrojan al enemigo, y el Capitolio queda salvo. Manlio fué colmado de honores y elojios: y aunque la escasez de víveres era tan espantosa, cada guerrero le dió una porcion considerable de los suyos. Por un decreto fueron condenados á muerte todos los centinelas; pero la clemencia mitigó este rigor, y el comandante de ellos pagó la neglijencia de todos. Entretanto, Camilo aumentaba diariamente sus fuerzas, destruia todos los destacamentos enemigos, ocupaba las cercanías de Roma, cerraba sus avenidas, y causaba ambre en el ejército enemigo, devorado al mismo tiempo de una peste cruel. Nada se sabia en el Capitolio de los progresos del dictador, y ya no quedaban casi subsistencias, aunque para disimularlo arrojaban panes de cuando en cuando al campo de los enemigos. Fatigados igualmente unos y otros, hicieron treguas, pero al fin los soldados romanos, sucumbiendo á la necesidad, obligaron al senado á capitular. Sulpicio, tribuno militar, bajó con plenos poderes á tener una conferencia con Brenno, y convinieron en que Roma pagaria

un tributo de mil libras de oro, y los galos evacuarian el pais.

Hecho el tratado se comenzó á pesar el oro, y el galo empleó una balanza falsa. Sulpicio se quejó de este fraude, y Brenno, poniendo su espada que era muy pesada, en el lado del contrapeso, le dijo con amarga ironía: *¡Ay de los vencidos!* En este momento Camilo, cuyo ejército se habia aprocsimado á Roma, llega á la plaza con sus oficiales y se le dá cuenta de la negociacion, del artificio y de la insolencia de los galos. «Romanos, »dijo Camilo, recojed el oro: y »tú, galo, quita de ahí esa balan»za, y prepárate á pelear; por»que solo con el acero recobra»remos nuestra libertad.» Brenno, sorprendido, le echa en cara quebrantar el tratado. «Todo tra»tado concluido sin la interven»cion del dictador es nulo, res»pondió Camilo. Galos: os decla»ro que la tregua está concluida; »preparaos al combate.» Terminada la conferencia por estas palabras, vuelve á sus tropas, las dispone en batalla sobre las ruinas de Roma, y les recuerda que van á combatir por todo lo que es mas sagrado entre los hombres, los dioses, la patria, los ogares, y la libertad.

Derrota completa de los galos.—Los galos tomaron las armas: su furor peleaba con el jenio de Camilo: á pesar de su ostinada resistencia, fueron vencidos y derrotados. El dictador los persigue y los alcanza á ocho millas de Roma, los vuelve á derrotar y se apodera de su campamento. La fuga no los libertó de la espada del vencedor: ni uno solo quedó que pudiese llevar á la Galia la noticia de su desastre.

Roma, despues de siete meses de invasion, fué libertada con la misma rapidez que habia caido en poder de los enemigos. Los vencedores de los galos y los defensores del Capitolio, unieron sus lágrimas y su júbilo sobre las ruinas de su patria y los sepulcros de sus padres; y Camilo recibió los honores del triunfo en una ciudad destrozada, de la cual vino á ser segundo fundador.

CAPITULO IV.

DESDE LA ESPULSION DE LOS GALOS HASTA LA PRIMER GUERRA PÚNICA.

Proposiciones de los tribunos. — Reedificacion de Roma. — Conspiracion de Manlio. — Dictadura de Camilo. — Nombramiento de cónsules plebeyos. — Creacion de los pretores. — Muerte de Camilo. — Heroicidad de Marco Curcio. — Dictadura de Marco Rutilo, plebeyo. — Guerra con los samnitas. — Batalla de Cápua. — Vision de los cónsules Manlio Torcuato y Decio. — Severidad de Manlio con su hijo. — Dictadura de Publio Filo, plebeyo. — Dictadura de Papirio Cursor. — Orcas Candinas. — Nueva guerra con los samnitas. — Guerra con los tarentinos. — Batalla de Heráclea. — Batalla de Asculo. — Batalla de Benevento. — Toma de Tarento. — Dominio de la república sobre toda la Italia.

PROPOSICIONES DE LOS TRIBUNOS. — Los tribunos olvidaban siempre los grandes intereses de la república y solo pensaban en aumentar su crédito alagando las pasiones del pueblo. Arrojados los galos, renovaron sus intrigas para lograr que la mitad de los ciudadanos y del senado pasase á establecerse en Veyos. Camilo se opuso fuertemente á este proyecto, y dijo: «Romanos: las disensiones que escita el espíritu faccioso de vuestros tribunos, me han llegado á ser tan insoportables, que lo que me consolaba en mi destierro era verme alejado de ellos. No he mudado de opinion, y viviria en el retiro y el silencio, si el interés de mi pais no me obligase á volver entre vosotros y á tomar la palabra. ¿Qué os aconsejan vuestros tribunos? ¿Quieren haceros abandonar la ciudad donde nacísteis, y ultrajar á los dioses que os han salvado? Acordaos de vuestra propia historia y de la de vuestros abuelos, y os convencereis que mientras fuimos fieles á su culto prosperaban nuestras cosas: tal es el documento de la edad presente y la pasada.

»Roma fué reedificada por la voluntad de los dioses: ha crecido »bajo sus auspicios: no hay dia »en el año, ni sitio en la ciudad, »que no esté consagrado por al»guna ceremonia. ¿Podreis lle»var á otro suelo todo lo divino »que hay en Roma? ¿Tendreis la »cobardía de abandonar vues»tros templos, en vez de imitar »el valor de Fabio, que para »cumplir sus obligaciones reli»jiosas, atravesó el campo ene»migo? En Veyos, dicen, hay mas »abundancia; y por este inte»rés ¿tomareis el nombre de un »pueblo vencido? y ¿dejareis que »los ecuos y volscos se establez»can aquí y tomen el glorioso »título de romanos? ¿No es me»jor habitar en cabañas cerca de »vuestros penates, que conde»naros al destierro? Llevareis, es »verdad, á otro suelo vuestra vir»tud y vuestra intrepidez; pero »¿llevareis la proteccion de los »dioses, que tan magníficas pro»mesas han hecho á la ciudad de »Roma? Aquí fué en los cimien»tos del Capitolio, donde se en»contró la cabeza de hombre, »emblema del imperio del mun»do prometido á nosotros. Aquí »se guarda el escudo que bajó »del cielo: aquí está el fuego e»terno de Vesta, presajio de la »eternidad de la república: de »aquí no quisieron salir, ni la dio»sa Juventud ni el dios Térmi»no, fijando en este suelo las es»peranzas de un imperio sin fin. »En Roma, y solo en Roma pue»den cumplirse los oráculos de »vuestra gloria, prosperidad y »señorío.»

Estas palabras relijiosas hacian mucha impresion en el pueblo; pero aun estaba muerto, cuando un centurion que mandaba una guardia, pasó en este momento por la plaza, y gritó al porta-estandarte: *fija aquí la bandera que este es buen sitio.* Esta palabra produjo mas efecto que todas las ecsortaciones de Camilo. El senado y el pueblo esclamaron: *aceptamos el agüero,* y no se pensó mas en Veyos.

Camilo, que miraba la relijion como el apoyo mas útil de la política en un pueblo supersticioso, quiso que se espiase la neglijencia, cometida mucho antes de la irrupcion de los galos, en no haber hecho caso de Cecidio, un ciudadano romano que decia haber oido una voz del cielo, anunciadora de la llegada de los bárbaros; y con este motivo se edificó un templo á Ayo Locucio, dios que segun Ciceron (filósofo mas que agorero), hablaba cuando no se le conocia, y enmudeció apenas fué célebre y

tuvo casa y altares. Los mismos motivos relijiosos hicieron establecer una procesion, en la cual se llevaba un ánsar, y á los de Juno se les señaló una pension en memoria de la salvacion del Capitolio.

Reedificacion de roma.—(A. M. 3619.—A. C. 385.) Aunque Camilo habia salido con su intento, perdió su popularidad. No ostante, el pueblo, determinado ya á quedarse en Roma, trabajó con ardor en la reedificacion, pero con poca regularidad y sin precauciones para la salida de las aguas; lo que hizo mal sano el aire y mas frecuentes los contajios. Los ecuos, volscos, y etruscos, tomaron las armas contra la república. Camilo, elejido dictador por la tercera vez, salió contra ellos con Servilio Ahala, jeneral de la caballería, los venció y sometió.

Conspiracion de manlio.—(A. M. 3624.—A. C. 380.) El aumento de la poblacion hizo que se aumentase el número de las tribus, que eran veintiuna, hasta veinticinco. Mientras Camilo se distinguia con nuevas azañas y victorias, Manlio, orgulloso por haber defendido el Capitolio, envidiando la gloria del dictador, y enojado contra los senadores que no recompensaron, como á él le parecia justo, sus servicios, formó con sus liberalidades un gran partido en el pueblo, y concibió el proyecto y la esperanza de trastornar el gobierno. El número de cómplices era demasiado grande para que la conspiracion pudiese estar secreta. El senado la supo al mismo tiempo que los volscos se rebelaban, y confió la dictadura á Cornelio Coso, cuyo jeneral de caballería fué Quincio Capitolino.

El dictador, despues de haber vencido al enemigo y gozado los honores del triunfo, citó á Manlio en juicio y le mandó prender; mas el pueblo, que le miraba como su salvador y su apoyo, se conmovió en su favor, se vistió de luto como en las calamidades públicas, y sostuvo al acusado tan ostinadamente, que á pesar de la fuerza de la acusacion y la debilidad de la defensa, fué absuelto y puesto en libertad.

Este suceso aumentó su osadía; conspiró mas abiertamente persuadido que en adelante podia arrostrar toda ley y toda autoridad; pero Camilo, destinado siempre á salvar á Roma, era entonces tribuno militar, y citó á juicio al conspirador. El aspecto del Capitolio, que se descubria desde el tribunal, defendia al acusado, el cual en lugar

de responder á los cargos, escitó los afectos de la muchedumbre, y preguntó llorando si los romanos le darian muerte á la vista de la montaña que su valor habia salvado. El pueblo, movido siempre por el sentimiento mas que por el raciocinio, se conmovió y pareció dispuesto á libertarle. Camilo, que lo conoció, transfirió su tribunal al bosque de Petelino, lejos de las murallas sagradas, que no pudieron protejer al reo como él las habia defendido. Allí fué condenado y despeñado de la roca Tarpeya: y para infamar su memoria, se proibió á los Manlios tomar el pronombre de Marco.

Despues de este acto de severidad, rigoroso pero necesario, marchó Camilo contra los volscos rebelados de nuevo. Una enfermedad le asaltó en el camino: su coléga, despreciando sus prudentes consejos, atacó al enemigo que estaba en una posicion fuerte, y á pesar de su valor fué vencido y derrotado. Apenas lo supo Camilo, sale de la cama, monta á caballo, reune las tropas dispersas, las reanima con sus palabras y ejemplo, restablece el combate y logra una completa victoria.

La grande desigualdad de clases y fortunas, eran en Roma un jérmen perpétuo de disensiones. Los pobres, oprimidos por la usura, causaron nuevas turbulencias. Los de Premestre, ciudad latina, aprovechándose de estas discordias, hicieron correrías, hasta las puertas de la ciudad.

Contra estos males interiores y esteriores, recurrió el senado al remedio ordinario, y nombró dictador á Quincio Cincinnato, que contuvo á los facciosos, alistó un ejército, venció á los enemigos y les tomó nueve ciudades, rindió á Premestre, le quitó la estátua de Júpiter *Imperator*, que mandó colocar en el Capitolio, y despues de estas rápidas victorias abdicó.

Es digna de observacion la influencia de las mujeres en un pueblo tan grave y belicoso como el romano. En todos tiempos contribuyeron á las mudanzas y engrandecimiento de Roma. Las sabinas le dieron la paz y dos reyes. Lucrecia fué causa de la abolicion de la monarquía: Virjinia, de la ruina de los decemviros: Veturia salvó á Roma de la venganza de Coriolano. Aora veremos como una mujer terminó la antigua lucha entre patricios y plebeyos; y en tiempos posteriores, Octavia y Cleopatra, armando á Augusto contra Anto-

nio, tendrán gran parte en la revolucion que cambió la suerte del mundo, y sometió á un señor todos los señores de la tierra.

NOMBRAMIENTO PROPUESTO DE CÓNSULES PLEBEYOS.—Fabio Ambusto tenia dos hijas, una casada con un patricio, y la otra con Licinio Stolo, plebeyo. La mujer de este último, estando un dia en casa de su hermana, oyó dar un golpe á la puerta que la asombró, y su miedo hizo reir á la patricia. El marido de esta, que era entonces tribuno militar, entró precedido de sus lictores, y seguido de una brillante comitiva. Este esplendor y estos honores, escitaron la envidia de la mujer de Licinio; y atormentada desde entonces por esta pasion, lloraba en presencia de su padre, y le suplicaba emplease su crédito en destruir aquella desigualdad tan humillante entre sus hijas; y al mismo tiempo irritaba por todos los medios que estaban á su alcance, el orgullo de su marido. Consiguió en fin ponerlos en accion. Reuniéronse con Lucio Sestio, plebeyo, amigo de Licinio: estos dos solicitaron ser tribunos de la plebe, y lo consiguieron. Renovando las antiguas querellas, y arengando al pueblo, ya con arte, ya con veemencia, le movieron á votar un proyecto de ley, segun el cual, uno de los cónsules habia de ser plebeyo en lo sucesivo.

Esta decision escitó grandes ajitaciones en el senado. Los patricios se opusieron ostinadamente á una innovacion que les quitaba la mas noble de sus prerogativas, y destruia la distincion entre los dos órdenes del estado.

Los senadores no querian ceder sus derechos; el pueblo insistia en sus pretensiones. No pudiendo vencer ninguno de los partidos ni convenirse, pasaron cinco años en disputas contínuas, sin crear cónsules ni tribunos militares. En fin, se creyó terminar estas diferencias con la autoridad de Camilo, á quien se nombró dictador; pero sus esfuerzos para templar el espíritu del pueblo, fueron inútiles y abdicó.

Manlio Capitolino, que le sucedió, siguió un camino diferente: manifestóse muy popular: nombró jeneral de la caballería á Licinio Stolo, el primer plebeyo que obtuvo esta dignidad; pero todas las concesiones irritaban el ardor de la plebe en lugar de calmarlo. La querella entre los dos órdenes era mas viva cada dia, cuando se supo que los galos marchaban á la costa

del Adriático para acometer de nuevo á Roma. El miedo, mas elocuente que la razon, suspendió las animosidades; todos los ciudadanos se alistaron para salir al encuentro á un enemigo tan formidable: hasta los pontífices tomaron las armas, y se estableció por ley, que en caso de guerra contra los galos, ni la edad ni las dignidades dispensarian del alistamiento. Camilo fué nombrado dictador, y escusándose con su larga edad y quebrantada salud, el senado le respondió: «No necesitamos de tu »brazo, sino de tu cabeza.» Obedeció y nombró por jeneral de la caballería á Quincio Cincinato. Estas dos elecciones, fueron presajio de la victoria. Camilo la preparó con su prudencia antes de obtenerla por su valor. Ejercitó á los romanos en el juego de la espada, y en defenderse contra los sables largos de sus adversarios, y dió á los soldados yelmos de hierro, y escudos guarnecidos de cobre. Marchó despues contra los galos, encontrólos junto al Anio, batiólos completamente, y se apoderó por sorpresa de la ciudad de Velitras.

Al volver á Roma, encuentra al senado lleno de temores, y al pueblo en sedicion. Se prolonga su dictadura: quiere oponer su firmeza á las olas alborotadas del pueblo, y es insultado: un edil faccioso levanta la mano contra el libertador de la ciudad: los tribunos mandan prender á Camilo: los lictores resisten: el pueblo se arroja al tribunal para echar de él al dictador; y Camilo, invencible contra los enemigos, pero vencido por sus conciudadanos, se retira, entra en el senado, le aconseja sacrificar la vanidad al bien público, y le persuade á decretar la anulacion del tribunado militar, y que uno de los cónsules sea siempre del órden plebeyo.

Este decreto, que destruyó la aristocrácia en Roma (1), dejándole solo el poder de los recuerdos, sustituyó la avidez de las riquezas al orgullo del nacimiento (2), y dió orijen á la co-

(1) Esto nos parece inesacto, porque nunca faltó en Roma aristocrácia. Se sustituyó á la aristocrácia patricial, ó de nacimiento, la de ilustracion, ó de dignidades y triunfos. En otros términos: se abrió la puerta á la plebe para que pudiese aspirar á la nobleza. La verdadera república comenzó en la última dictadura de Camilo: la de Bruto solo fué un réjimen aristocrático.

(Lista.)

(2) Otro error: el efecto inmediato de la admision de los plebeyos á las dig-

rrupcion (1), y por su medio á la tiranía.

Esta gran mudanza se hizo ciento cuarenta y tres años despues del establecimiento del consulado, y veinticuatro despues del incendio de la ciudad. La igualdad que introdujo, no hubiera sido peligrosa, si un tercer poder independiente del pueblo y del senado, los hubiera balanceado y contenido; pero el pueblo, siendo á un mismo tiempo lejislador y elector, el patriciado quedó sin autoridad (2) y solo la fuerza de las costumbres retardó la caida de la república. Sin embargo, Roma gozó en toda su plenitud los triunfos de esta victoria popular. La paz se estableció: el pueblo se reconcilió con los patricios, y se cumplió un voto que habia hecho Camilo, de edificar un templo á la concordia. Al mismo tiempo se puso en ejecucion otra ley, propuesta por los tribunos Sextio y Stolo; y era que ningun ciudadano pudiese poseer mas de quinientas yugadas de tierra. El primero que la infrinjió y pagó una multa por ello, fué el mismo Stolo.

Creacion de los pretores.— El senado creó un pretor, que presidiese sus juntas y los comicios en ausencia del cónsul, y administrase la justicia en la ciudad: se le concedió la ropa pretexta ó conconsular, silla curul y seis lictores: junto á su tribunal se ponian una lanza y una espada. Despues se creó otro para juzgar á los estranjeros: el primero se llamaba pretor *urbano*, y el segundo *peregrino*. Los patricios obtuvieron de la benevolencia pasajera del pueblo, que para la pretura se nombrarian esclusivamente individuos de su órden.

Para celebrar la reconcilia-

nidades, fué la noble emulacion de las virtudes civiles y militares. Décio Mus, Coruncanio, Curio Dentato y otros muchos héroes de la plebe, que ilustraron á Roma, fueron pobres. (Lista.)

(1) La corrupcion de Roma tuvo su orijen en la conquista de pueblos afeminados y entregados al lujo y á las delicias; y la tiranía, en el gobierno proconsular; consecuencia necesaria del espíritu de conquista. (Idem.)

(2) No nos parece que están bien calificados en este periodo los poderes de Roma: estos eran el pueblo, el senado y el consulado. El senado servia de cuerpo intermedio entre la autoridad ejecutiva y la lejislativa. Y la prueba es, que cesaron los disturbios interiores, apenas los plebeyos pudieron aspirar al título de senadores. El senado no por eso perdió las facultades que tenia desde que Rómulo lo instituyó.

(Idem.)

cion del pueblo con el senado, se añadió otra feria á las tres latinas, y el pueblo consintió que se nombráran cada año dos ediles patricios para celebrar los juegos. Se llamaron ediles curules porque tenian la silla de marfil.

MUERTE DE CAMILO.—(A. M. 3642.—A. C. 362.) Cuando Roma descansaba de las ajitaciones políticas, fué atormentada por las calamidades naturales. La peste la aflijió y le robó al gran Camilo. Pocos héroes han adquirido una gloria mas pura y brillante. Solo se le puede acusar de haber formado, al salir para el destierro, votos contra su patria. El contajio duró dos años, y la supersticion romana creyó que los dioses se aplacarian con espectáculos teatrales. Enviaron pues á Etruria por cómicos, llamados *histriones*. Al principio no se representaban sino danzas rústicas al compás de la flauta, y un actor recitaba despues versos satíricos y groseros. El primer espectáculo que hubo en Roma, se verificó cuarenta años despues de la muerte de Sófocles y Eurípides.

El teatro no puso fin á la peste, y la avenida del Tíber agravó las desgracias públicas. Acordáronse los romanos que en otro tiempo habia cesado un contajio cuando el dictador fijó un clavo en la pared del templo de Júpiter, y nombraron dictador á Manlio Capitolino, solo para que renovase esta ceremonia ridícula. Despues de haberla cumplido abdicó. Llamábase el clavo sagrado. Los clavos servian antiguamente en Etruria y en Roma para marcar el número de los años, á falta de números. El cónsul los clavaba, y de ahí vino sin duda la estravagante idea de dar tan grande importancia á tan poca cosa. En cuanto á supersticion, nada es increible respecto á los romanos; y parece que esta ha sido hereditaria.

HEROICIDAD DE MARCO CURCIO.—Al mismo tiempo un gran terremoto abrió en el foro romano un inmenso boqueron; y como no pudiesen llenarlo por mas tierra que echaban, se consultó al oráculo, el cual respondió que únicamente se cerraria luego que se echase en él la riqueza del pueblo romano: Marco Curcio estaba á caballo, y respondió que las armas y el valor eran las riquezas del pueblo, y en seguida se arrojó, se cerró la sima, y quedó el foro como antes (1).

(1) Véase sobre este pasaje el tomo I de esta obra, páj. 152.

Los hérnicos, creyendo debilitada la ciudad con una peste tan larga, tomaron las armas y vencieron y mataron al cónsul Jenucio. Claudio Crasino, nombrado dictador, lo vengó con una victoria completa: mas no obtuvo el triunfo sino la ovacion, por haberla conseguido de súbditos rebelados. Forzoso era que el pueblo romano poseyese mas grandes hombres que los demás paises para haber fijado la fortuna, á pesar de la contínua mudanza de jenerales.

Una nueva irrupcion de galos causó en Roma grande terror. El enemigo avanzó hasta una legua de la ciudad. Salióle al encuentro el dictador Quincio Penno y Cornelio Malujinense, jeneral de caballería. Iba á darse la señal del combate, cuando un galo de estatura jigantesca se adelanta á su campo y desafia al mas valiente de los romanos. El jóven Tito Manlio salió con permiso del jeneral á castigar su audácia á vista de los dos ejércitos, atravesó con su lanza al bárbaro, y le quitó el collar de oro que llevaba, por lo que recibió de los suyos el sobrenombre de Torcuato ó *Collariego*.

Esta azaña, presajio de la victoria, dobla el ardor de los romanos é intimida á los bárbaros. El dictador penetra en las filas, las desordena y auyenta. Pero ausiliados los galos por los tiburtinos y los hérnicos, talaron el Lacio durante un año. Esta calamidad fué útil á Roma, porque sus latrocinios obligaron á los latinos á unirse mas estrechamente con la república. El dictador Servilio Abala comprimió los pueblos rebelados; y su sucesor Cayo Sulpicio libró á la ciudad de todo susto con una grande victoria que consiguió de los galos.

DICTADURA DE MARCO RUTILO, PLEBEYO.—(A. M. 3656.—A. C. 348.) Roma aumentaba siempre su poder á pesar de los ostáculos que renacian incesantemente. Las naciones de Italia previan la subyugacion y defendian su independencia. Los doce pueblos de Etruria reunidos hicieron alianza con los faliscos, y declararon la guerra á la república. Esta fué la primer vez que un plebeyo, Cayo Marco Rutilo, obtuvo la dictadura. Nombró jeneral de la caballería á Plancio Próculo, plebeyo tambien. Los patricios, irritados, quisieron hacer que saliese sin honor de la lucha; á pesar de sus intrigas derrotó á los enemigos, y mereció y obtuvo el triunfo. El senado,

ofendido de su gloria, violó su promesa é hizo que se elijiesen dos cónsules patricios. El descontento que hubo en Roma animó á los etruscos para renovar sus ataques; pero Tito Manlio, nombrado dictador, los venció y persiguió tan ostinadamente, que se vieron obligados á hacer la paz. El senado cumplió su palabra, y permitió elejir un cónsul plebeyo. Pero á pesar de este acto de justicia, las desgracias ocasionadas por la usura prolongaron el descontento. Los cónsules, para remediar este daño, pagaron del erario público las deudas de los indijentes.

Si los patricios eran demasiado orgullosos, los plebeyos eran siempre insaciables. Pidieron que se nombrase de la plebe uno de los censores, y fué preciso condescender con ellos, porque Fabio, nombrado dictador para sosegar los alborotos que causaba esta pretension, no pudo contener el ardor del pueblo.

Poco tiempo despues se renovó la guerra contra los galos: al principio consiguieron ventaja los romanos; pero habiendo quedado herido uno de los cónsules y enfermo el otro, se nombró un dictador para celebrar los comicios consulares, en los cuales fueron creados cónsules Lucio Furio Camilo y Publio Claudio Craso. Este murió y no se le sustituyó otro. Camilo marchó contra los galos. Uno de sus guerreros desafió al mas valiente de los romanos. Valerio, jóven tribuno, aceptó el desafio y mató á su adversario. Los romanos, que en la tradicion de sus azañas añadian siempre lo maravilloso á lo verdadero, contaron que durante el duelo, un cuervo, posándose en el casco de Valerio, habia espantado al galo picándole y batiendo las alas: lo cierto es que Valerio tomó el sobrenombre de Corvo, y lo transmitió á su posteridad.

Camilo logró una victoria señalada de los galos. Despues se nombró dictador á Manlio para presidir los comicios, y aunque Valerio tenia solo veintitres años, se le nombró cónsul. En su año hubo paz; pero al siguiente se rebelaron las seis naciones del Lacio, y Camilo, nombrado dictador, las sometió.

Los progresos de la potencia de Roma estendian la fama al mismo tiempo que sus dominios. El año 405 de Roma, solicitó Cartago su amistad é hizo con ella un tratado de alianza.

Guerra con los samnitas.—(A. M. 3664.—A. C. 340.) La república habia sometido á los lati-

nos, volscos, rútulos, hérnicos y auruncos, y una parte de la Etruria y del pais de los sabinos. Vengada de la invasion de los galos, habia adquirido un ascendiente considerable, cuando tuvo que sostener una nueva guerra contra los samnitas, el enemigo mas pertinaz que habia encontrado hasta entonces. Esta guerra célebre, que duró medio siglo, y dió materia á treinta triunfos, comenzó el año 412 de Roma, y 14 antes de la conquista del Asia por Alejandro. Los samnitas eran sabinos de orijen, y ocupaban lo que hoy se llama el Abruzzo y el Condado de Molisa. Roma habia estado separada de ellos por los pueblos que acababa de subyugar. Los picentinos, marsos, vestinos, hirpincs, pelignos y marrucinos estaban sometidos á los samnitas, que eran tan belicosos como los romanos. Entre ellos el amor y el himeneo coronaban la gloria, y el mas valiente tenia derecho de elejir por esposa á la mas bella. Los samnitas atacaron á los sidicinos, y los vencieron á pesar del socorro de los campanios. Capua, amenazada por el vencedor, imploró el ausilio de Roma.

En aquellos tiempos el senado, relijioso observador de los tratados, no emprendia guerras injustas; pero atacado una vez, era escesivo en sus venganzas. Habia paz jurada entre romanos y samnitas; y así respondió á los de Capua que no podia defenderlos contra sus aliados. Los campanios, no viendo medio alguno para sostener su independencia, y prefiriendo la dominacion de los romanos á la de los samnitas, declararon solemnemente que se entregaban á Roma. El senado informó de este suceso al gobierno de los samnitas, y les envió á decir que siendo la Campania posesion de la república, la tratasen como aliada y no como enemiga. Los samnitas, enfurecidos, se declararon contra los romanos, é hicieron orribles estragos en aquella provincia.

Victoria del cónsul Valerio cerca de Capua.—Los dos cónsules Valerio y Cornelio salieron contra ellos al frente de dos ejércitos. Valerio les dió batalla cerca de Capua. Jamás habian encontrado los romanos enemigos mas valientes ni mas dignos de ellos. La victoria estuvo indecisa por mucho tiempo; pero la resistencia convirtió en rabia el ardor de los romanos: precipitáronse en masa sobre el enemigo, penetraron en sus filas y las pusieron en huida. Tito Livio, adoptando todas las circunstan-

cias capaces de alagar la vanidad de los suyos, dice que admirándose estos de que enemigos tan valerosos se hubiesen dejado vencer, los prisioneros samnitas les dijeron que no tanto los habian aterrado las armas como las miradas de los romanos, y que no habian podido resistir las llamas que parecian salir de sus ojos.

Cornelio penetró en el Samnio, y entró inadvertidamente en un desfiladero, donde estuvo para ser destruido; pero un valiente tribuno llamado Decio, apoderándose con un cuerpo escojido de la altura que dominaba el paso, llamó contra sí todas las fuerzas enemigas, y dió tiempo al cónsul para salir de entre las montañas. Despues de haber logrado esto, bajó Decio de su posicion, atacó al enemigo, atravesó sus divisiones, y se reunió al ejército romano que ya le creia víctima de su consagracion, y le lloraba muerto.

Cornelio marchó despues contra los samnitas, los derrotó y mató treinta mil de ellos: se decretaron los honores del triunfo para los dos cónsules, y Decio participó de su gloria. Una parte del ejército romano pasó el invierno en Capua: los soldados, seducidos por la amenidad del clima y por las riquezas de la ciudad, formaron el proyecto de apoderarse de la Campania y sustraerse á la autoridad de Roma. Ya habian fijado dia para la ejecucion de su plan, cuando fué descubierto. Se dió órden de mudar las guarniciones; y las tropas, para libertarse del castigo que merecian, se rebelaron abiertamente, obligaron á Tito Quincio, varon consular, á ponerse á su frente y marcharon contra Roma.

Valerio Corvo, nombrado dictador por el senado, salió á su encuentro con un ejército muy superior: mas prefiriendo la dulzura á la fuerza, negoció en lugar de combatir, favorecido por Tito Quincio. Su moderacion y elocuencia sometieron á los rebeldes: su gran número les dió la impunidad, y con una amnistía jeneral se restableció la union. No se pensó mas que en hacer la guerra á los samnitas; y se hizo con tanta actividad, que el enemigo pidió y obtuvo la paz. Cuando se firmó el tratado, pidieron los samnitas que se proibiese á los campanios y latinos socorrer á Sidicino: la respuesta del senado, aunque equívoca, satisfizo á los samnitas, y descontentó á los latinos y campanios que se rebelaron. Envióse con-

tra ellos un ejército mandado por los cónsules Manlio Torcuato y Decio Mus.

VISION DE LOS CÓNSULES MANLIO TORCUATO Y DECIO.—El pueblo dudaba del buen écsito de esta guerra, porque los pronósticos y auspicios eran desfavorables. Cuéntase que á los dos cónsules se les habia aparecido en el silencio de la noche un espectro orrible, anunciándoles que un jeneral romano y otro latino perecerian en aquella campaña, y que los dioses prometian la victoria al ejército, cuyo jeneral se consagrase por él á la muerte. Turbados con esta aparicion, convinieron uno y otro cónsul que se consagraria aquel cuyas tropas llevasen lo peor en el combate. Los ejércitos se encontraron al pie del Vesubio, y comenzó la batalla. Los latinos unidos mucho tiempo habia con los romanos, tenian las mismas armas y los mismos reglamentos militares que ellos, el mismo valor, la misma táctica y la misma esperiencia, de modo que era dudoso el suceso, pues Roma peleaba contra Roma.

Manlio consiguió al principio alguna ventaja; pero los latinos hicieron retroceder el ala que mandaba Decio. Fiel á su voto este romano, se decide á cumplirlo. Llama en alta voz al pontífice Valerio, y le dice: «Necesitamos del ausilio de los dioses; díctame lo que debo hacer »y decir para consagrarme por »las lejiones.» El pontífice le manda vestirse una ropa bordada de púrpura, cubrirse la cabeza con un velo, tener su diestra levantada, poner un dardo debajo de sus pies, y pronunciar estas palabras: «Júpiter, padre. »Marte, Quirino, Belona, dioses »lares, deidades que teneis potestad sobre nosotros y nuestros enemigos, dioses manes, os »invoco confiadamente. Os suplico que deis al pueblo romano valor y victoria, y que derrameis en sus enemigos el espanto y la muerte: conforme á »esta súplica, me ofrezco por la »república, por el ejército, por »los aliados; y consagro á los »dioses manes y á la tierra, las »lejiones enemigas, sus tropas »ausiliares y á mí mismo.»

Despues de haber pronunciado esta imprecacion, toma sus armas, monta á caballo, y se arroja enmedio de los enemigos. Su vista amenazadora, su ardor heróico, su velo, sus armas y su intrepidez, le daban la apariencia de un ser sobrenatural y divino. Los dos ejércitos, aterrados, le miraban como un envia-

do de los dioses para apartar su cólera de los romanos, y derramarla sobre sus enemigos. El terror le precedia: los latinos caian á sus golpes como heridos del rayo. Los que estaban lejos le dispararon sus armas, y cuando esta noble víctima cayó atravesada de dardos, empezaron á desbaratarse las filas de los latinos. Los romanos, convencidos de que los dioses peleaban ya en su favor, redoblaron sus esfuerzos y se lanzaron en masa sobre los enemigos. Estos resistieron mucho tiempo; pero en fin, despues de una orrible carnicería, en la cual perecieron las tres cuartas partes del ejército latino, huyeron los demás en el mas completo desórden. Los romanos, á pesar de su espíritu supersticioso, juzgaron con equidad á sus dos cónsules, y atribuyeron la victoria tanto á la habilidad del uno como al sacrificio del otro; y la mayor parte de los historiadores dicen que Manlio, en cualquiera de los ejércitos que mandase, hubiera conseguido el triunfo por su valor y por sus talentos militares. Pero adquirió una funesta inmortalidad por su bárbaro rigor.

Severidad de Manlio para con su hijo.—Desde que Camilo habia restablecido la disciplina en el ejército romano, estaba proibido, pena de la vida, pelear sin permiso ni órden. Antes de la batalla el jóven Manlio, hijo del cónsul, estando al frente de su lejion, fué desafiado á combate singular por Mecio, jefe de los tusculanos. Desobedece la ley para cumplir con su honor, acepta el desafio, y mata á su adversario. Orgulloso por su victoria, vá á su padre esperando hallar elojios y abrazos en premio de su triunfo; pero el cónsul, mirándole con severidad, le dijo: «Has combatido sin mi órden, y has dado el ejemplo de la desobediencia: mucho te quiero, pero mas quiero á mi patria. Su salvacion depende de la disciplina, y debo matenerla y hacer ejecutar las leyes que has violado. Mira á qué desgracia me reduces; tengo que olvidar los deberes de padre ó los de juez; pero Roma triunfará. Demos ambos un gran ejemplo de firmeza; yo condenándote á la muerte, y tú sufriéndola con tanto valor como has peleado. Vé, lictor, atale al palo.»

Despues de haber pronunciado estas palabras, le dió una corona, noble precio de su valor, y le hizo cortar la cabeza en presencia de todo el ejército, orrorizado de tanta atrocidad. Desde

entonces quedaron en proverbio los *decretos manlianos*, para denotar la demasiada severidad ó injusticia. Manlio, cuyo corazon no tenia mas sentimientos que el de la gloria de su patria, aceptó los honores del triunfo que debia haber escusado por el luto. Los viejos endurecidos por la edad, y los partidarios de las mácsimas ríjidas, salieron á recibirle segun costumbre; pero la juventud, mas sensible, no se presentó en la comitiva.

Los latinos hicieron la paz despues de la batalla: de allí á algun tiempo se rebelaron otra vez, y fueron vencidos de nuevo por los cónsules Emilio y Publio. Este último mereció y obtuvo solo los honores del triunfo. Emilio quedó envidioso, y su discordia obligó al senado á decretar que se nombrase un dictador.

Dictadura de Publio Filo, plebeyo.—Encargado Emilio de la eleccion, sorprendió estraordinariamente al senado que lo aborrecia, dando la dictadura á su rival Publio, cuyo mérito á los ojos de Emilio, era ser plebeyo. Publio nombró por jeneral de caballería á Junio Bruto, de su mismo órden. El nombramiento de un dictador plebeyo era el golpe mas fuerte que habia recibido hasta entonces la autoridad de los patricios, que temian con razon las consecuencias de esta medida. El nuevo dictador hizo que se adoptasen tres leyes muy democráticas: la primera, que los plebiscitos obligarian tambien á los patricios: la segunda, que las leyes hechas en comicios centuriados, debian ser propuestas por el senado antes de proceder á la votacion; y tercera, que uno de los censores fuese plebeyo.

Al mismo tiempo los romanos tomaron las armas para reprimir las rebeliones de Ancio y otros pueblos. En el consulado de Furio y Melio fué enterrada viva la vestal Minucia, convencida de impureza. El suplicio se ejecutó en el campo *Malvado*, llamado así porque en él se acostumbraba castigar á los incestuosos. Publio, despues de su dictadura, fué nombrado pretor, dignidad que hasta entonces solo habian obtenido los patricios. Así cayeron todas las barreras que los separaban de los plebeyos. Hubo, es verdad, una diferencia de autoridad entre el senado y el pueblo; pero la de nacimiento solo quedó en la opinion.

La virtud de las matronas romanas, tan célebre en los primeros tiempos de la república, fué mancillada el año 422 de Roma,

con un orrible delito: ciento setenta fueron convencidas de envenenamiento, y condenadas á muerte. Este contajio moral era mas terrible que la peste; la supersticion le aplicó el mismo remedio, y crearon dictador á Quincio Varo para que fijase un clavo en el templo de Júpiter.

Durante algunos años empleó Roma sus armas en castigar á los auruncos y privernates por sus ostilidades y robos. La rebelion de Palépolis tuvo consecuencias mas importantes. Los habitantes de esta ciudad, llamada hoy Nápoles, en lugar de desanimarse por las victorias de los romanos, creyeron, instigados por los samnitas y los tarentinos, que podrian atacar á Roma, aflijida entonces por la peste, y ocupada en reprimir algunas rebeliones en Cumas y Falerios. El cónsul Publio Filo puso sitio á Palépolis, y no habiéndola podido rendir en el año de su consulado, se le prorogó el mando con el título de procónsul. Palépolis fué tomada, y los tarentinos continuaron la guerra sostenidos secretamente por los samnitas.

El año 424 de Roma, un crímen muy escandaloso produjo en la lejislacion mudanzas muy favorables al pueblo. La usura ejercía siempre su tiranía, y los infelices deudores se veian entregados sin defensa á la crueldad de sus acreedores. Un jóven llamado Papirio, desesperado de ver á su padre oprimido por Publio, el mas desapiadado de los usureros, se condenó voluntariamente á la esclavitud por libertar al autor de sus dias de aquella persecucion. Publio, lejos de conmoverse por este sacrificio de la piedad filial, ultrajó á su nuevo esclavo y le hizo azotar inumanamente. Papirio se escapó de sus manos, invocó el ausilio del pueblo, y escitó su piedad é indignacion mostrando su cuerpo destrozado. Las centurias reunidas dieron dos leyes que aprobó el senado: primera, que pudieran obligarse á la paga los bienes, mas no la persona del deudor: segunda, que no se pudiese azotar á ningun ciudadano sino en caso de ser convencido de delito. Así la desgracia de un particular produjo un bien jeneral, y la crueldad de un usurero dió libertad á todos los que estaban en la cárcel, víctimas de la usura;—porque la injusticia y la tiranía producen siempre la libertad. Los comicios confirmaron este precioso reglamento; pero la avaricia no lo respetó siempre.

DICTADURA DE PAPIRIO CURSOR. —(A. M. 3682.—A. C. 322.) Los samnitas, que habian reparado sus fuerzas, se unieron abiertamente á los vestinos y tarentinos contra Roma. Mientras que el cónsul Bruto Sceva vencia á los vestinos, su coléga Furio Camilo, habiendo caido enfermo en el Samnio, nombró dictador á Papirio Cursor. Este, muy observante de la relijion, como todos los romanos *de entonces*, no quiso combatir antes de tomar en Roma los acostumbrados auspicios. Dejó el ejército á las órdenes de Fabio Ruliano, su jeneral de caballería; y aunque él estaba á la vista, le proibió dar batalla por mas que se le provocase. Sabiendo Fabio que los samnitas ocupaban una mala posicion y la guardaban con neglijencia, sale de su campamento, los sorprende, y los auyenta haciendo en ellos una gran carnicería. El dictador vuelve al ejército, y en lugar de los enemigos halla al vencedor culpable, y le condena á muerte sin atender á la victoria. El ejército, cómplice de ella, se subleva contra la sentencia, y obliga á Papirio á suspender su ejecucion. El dictador se queja delante del senado y del pueblo de que las leyes militares eran violadas, y los ecsorta á no dar un ejemplo peligroso, dejando impunes las infracciones de la disciplina. El senado y el pueblo, queriendo salvar á Fabio, porque en aquel caso la severidad era una ingratitud, obtuvieron con sus ruegos que el dictador lo perdonase. Su estremo rigor le habia hecho perder el amor de los soldados hasta tal punto, que estuvo en peligro de verse abandonado por las tropas. Pero poco á poco fué perdiendo de su severidad, ganó el afecto de los guerreros, y venció á los samnitas obligándolos á pedir la paz.

Las guerras ordinarias se terminan por medio de tratados, pero la paz no es mas que una tregua entre pueblos enconados. Los samnitas no descansaban sino para vendar sus heridas. Bien pronto reunieron todas sus fuerzas y entraron en combate con el valor de la desesperacion. La fortuna de Roma triunfó de sus esfuerzos. El dictador Cornelio Arvina marchó contra ellos, y despues de una batalla, disputada con encarnizamiento, hizo tan orrible estrago, que perdiendo toda esperanza y temiendo los furores del vencedor si continuaban resistiendo, se sometieron, enviando á Roma todo el

botin que habian hecho en los veinte años anteriores, todos los prisioneros que habian caido en su poder, y por colmo de humillacion, el cuerpo mismo de su jeneral, que se habia dado la muerte de pesadumbre por haber sido autor de una guerra tan infausta; y no pedian mas favor sino que cesasen las ostilidades. El senado recibió los prisioneros, aceptó los dones y reusó la paz. Esta inicua dureza, costó cara á los romanos, y les acarreó una grande ignominia y un gran desastre.

La desesperacion reanimó el valor de los samnitas. Poncio, uno de sus mas valientes guerreros, aprovechándose de la indignacion jeneral, los persuadió á morir con honra ó á vengar el ultraje. Nombrado jeneral, reunió un cuerpo de tropas, débil en número pero temible por el ardor que las animaba. Se adelanta hasta Caudio, lugar llamado hoy Arpaja, entre Capua y Benevento; y manda á diez soldados que se disfracen de pastores, marchen á Calacia, donde acampaban los cónsules Veturio Calvino y Spurio Postumio, se dejen cojer por los puestos avanzados de los romanos, y digan, cuando sean preguntados, que el ejército samnita estaba sitiando la ciudad de Luceria en la Apulia, con esperanzas de tomarla en breve.

ORCAS CAUDINAS.—(A. M. 3685. —A. C. 319.) Esta estratajema produjo completamente su efecto. Los cónsules, engañados por los finjidos pastores, tomaron la resolucion de marchar prontamente á socorrer aquella ciudad no atacada. Habia dos caminos para ir á Luceria, uno fácil, atravesando la llanura, pero largo: otro, mucho mas corto, pasaba entre dos montañas escarpadas que formaban dos desfiladeros estrechos separados por un llano de corta estension. Los cónsules, no queriendo perder tiempo para libertar á Luceria, escojieron este último camino. Luego que hubieron entrado en el desfiladero, los samnitas cerraron con atrincheramientos sus dos gargantas. Colocaron en ellas sus mejores tropas, ocuparon las alturas y desde ellas arrojaban dardos y piedras á los romanos. El ejército de estos sorprendido y consternado, procuró inútilmente forzar las dos salidas. Jamás se han encontrado ningunas tropas en una situacion mas deplorable. Estos valerosos guerreros, no pudiendo ni subir por las rocas ni atacar, ni defenderse, forti-

ficaron con tristeza su campo, que segun las apariencias, debia ser su sepulcro. Los samnitas, burlándose de este inútil trabajo, los insultaban desde lo alto de las peñas. Los cónsules, oficiales y soldados se preguntaban unos á otros cómo podrian vender caras sus vidas y no perecer cojidos en el lazo como animales. Los samnitas deliberaban tambien; pero era sobre el fruto que sacarian de una victoria cierta. Estaban divididos los pareceres y enviaron á consultar á Herennio, padre de su jeneral, respetable por su esperiencia, virtudes y edad. Este anciano les aconsejó concluir una paz onorífica con Roma y dejar al ejército romano salir libremente del desfiladero. Despues envió á decir por un segundo correo que podian tomar otro partido para libertarse de los enemigos, y era matar los soldados romanos que tenian cojidos. La contradiccion de estos dos dictámenes sorprendió á Poncio y á los demás jefes de los samnitas. Herennio vino al campamento para esplicarla, y entrando en el consejo, dijo: «Los »romanos están en vuestro po»der: no podeis hacer mas que »una de dos cosas: ó escitar su »reconocimiento y merecer su »amistad por una accion jenero»sa, ó destruirlos para quitarle á »Roma su fuerza y hacer imposi»ble su venganza.»

Hablaba el lenguaje de la razon á hombres apasionados, y nó pudo convencerlos. Segun los jenerales samnitas, el primer estremo no satisfacia á sus corazones ecsasperados, y el segundo era demasiado cruel; y así decidieron que los romanos no obtendrian la paz ni la libertad de retirarse sino despues de pasar bajo el yugo, entregar las armas y prometer que renunciarian á todas sus conquistas. Añadióse que no se les dejaria mas vestido que una sola túnica.

En vano Herennio les predijo que algun dia se arrepentirian de esta fatal resolucion. «Perdereis, les dijo, la sola oca»sion de tener amigos poderosos »y dejais fuerzas á un enemigo, »que injuriado será implacable. »El pueblo romano no transije »nunca con la ignominia: sus de»rrotas le inspiran el deseo de »combatir, y no hace la paz sino »cuando es vencedor.» El consejo persistió en su determinacion y la intimó á los cónsules. Los romanos, ecsasperados, pedian la muerte y no podian sufrir la idea de la humillacion. «Perezcamos todos, esclamaban.

»antes que envilecernos. Imitemos á nuestros abuelos, que no »cedieron á los galos. Vale mas »que Roma ecsista sin nosotros »débil pero gloriosa, que verla »manchada con la vuelta de sus »lejiones envilecidas.» Este dictámen onrado, aunque funesto, iba á prevalecer, cuando Léntulo, uno de los guerreros mas prudentes y valerosos de Roma, dijo: «Nuestros mayores »abandonaron las piedras y pa»redes de la ciudad para salvar »la fuerza romana, que estaba »encerrada en el Capitolio. Aora, »ciegos por la desesperacion, »queriendo salvar el onor de la »patria, la arruinais á ella mis»ma. Roma no vive por sus mu»rallas, sino por sus lejiones: si »perecemos, la entregamos inde»fensa al furor de sus enemigos. »Suframos la adversidad, doble»mos la cerviz á la fortuna, sacri»fiquemos nuestro orgullo á la »salvacion de Roma y reserve»mos nuestros brazos para la »venganza. Yo daria el ejem»plo del valor, si fuese posible »combatir; pero juzgo que si en »otro tiempo se quiso comprar »la salud de la patria á peso de »oro, hoy debemos inmolar por »ella nuestro onor personal. Si »este sacrificio es indispensable, »conjuro á los cónsules á ir al »campamento enemigo y á que »declaren que entregamos las »armas.»

Este parecer de un ciudadano decidido y de un guerrero intrépido, ganó todos los votos. Los cónsules se presentaron á Poncio, y se sometieron á todo, menos á firmar el tratado de paz, que solo podia hacerse con el consentimiento del senado y del pueblo. Los samnitas se contentaron con la promesa; y los cónsules y las lejiones desfilaron con la vista baja, la humillacion en la frente y la rabia en el corazon, por debajo de un yugo en presencia de sus soberbios é imprudentes vencedores. Despojados de sus vestidos, como esclavos que han recibido el castigo, volvieron á Capua y despues á Roma. El espectáculo de las lejiones desnudas y desarmadas causó al principio grande consternacion en la ciudad. Apenas se atrevian á mirarse ni hablarse; pero no tardaron en suceder al silencio de la vergüenza, movimientos de furor y gritos de venganza. Los cónsules abdicaron el consulado juzgándose indignos de esta majistratura, y no volvieron á presentarse en público. Valerio Flaco, elejido dictador, no pudo conseguir que se nombrasen cónsules, y este interreg-

no fué un tiempo de insolencia para los estranjeros y de ignominia para los romanos y sus aliados. En fin, los comicios reunidos de nuevo, nombraron cónsules á Papirio Cursor y á Publio Filo. El cónsul Postumio que habia concluido el tratado, propone al senado que se rompa la paz prometida en las orcas caudinas y que se le entregue á él y á los otros cónsules en poder de los samnitas, á fin de librar á la república de todo empeño. No es aquí donde brilla aquella buena fé que se atribuye á los romanos. Aceptóse su proposicion, y fueron enviados al Samnio; pero los samnitas los devolvieron con menosprecio.

Volvió la guerra á empezarse, y no tardó en cumplirse la prediccion de Herennio: Papirio venció en muchos encuentros á los samnitas, sorprendió y rodeó uno de sus ejércitos y lo hizo pasar bajo el yugo, recobró á Luceria, y las demás plazas perdidas, los obligó á entregar seiscientos reenes que tenian desde la capitulacion de Claudio, y terminó su brillante campaña con una tregua que duró dos años. Al cabo de ellos, los samnitas, ausiliados por los etruscos, tomaron las armas. El dictador Emilio, y Fabio Mácsimo, su sucesor, los vencieron en muchas batallas, y estendieron las posesiones romanas.

La dictadura de Junio Babulo, ó Babulco, fué célebre por la grande obra que emprendió el censor Apio Claudio, del hermoso camino llamado *via Appia*, que pasando por Capua iba desde Roma á Brundusio; —aun quedan de él vestijios muy notables.

Los etruscos, ausiliares de los samnitas, se habian mantenido á la defensiva, disputando el terreno con habilidad, y evitando toda accion jeneral. Papirio, nombrado otra vez dictador, los obligó con sus rápidos movimientos á entrar en accion, y los derrotó tan completamente que no fueron poderosos en lo sucesivo para retardar los progresos de la dominacion romana. Cuatro años despues se sublevaron de nuevo: el dictador Valerio Mácsimo destruyó el resto de sus fuerzas: y este pueblo valiente, que habia luchado cuatro siglos contra Roma, se sometió en fin á su señorío.

Los samnitas se habian visto obligados á hacer la paz, y renovar su antigua alianza con los romanos; pero el recuerdo de su gloria pasada y el deseo de recobrar las plazas que habian perdi-

do, les hicieron consultar de nuevo la fortuna de la guerra. Al principio fueron felices y vencieron á un ejército romano, mandado por Fabio Gúrjes; pero su padre Mácsimo, siempre feliz en la guerra, vengó la derrota y ganó una batalla, en la cual cayó prisionero el jeneral Poncio, y fué conducido en triunfo á Roma con las manos atadas á las espaldas. Lejos de honrar el valor del mas célebre de los jenerales samnitas, tuvieron la barbárie de hacerle cortar la cabeza.

Curio Dentato, cónsul mas respetable por sus virtudes que por su rango, consiguió de ellos nuevas victorias que agotaron sus fuerzas, y les quitó las ciudades que les quedaban. Tres colonias romanas, enviadas á Castro, Sena y Adria, aseguraron las posesiones de la república, que se estendieron hasta el golfo de Tarento por la subyugacion de los lucanos, á quienes Roma declaró la guerra para vengar las injurias que habian hecho á los pueblos de la Apulia, aliados suyos.

Guerra con los tarentinos. (A. M. 3722.— A. C. 282.) El último pueblo de Italia que comprometió la fortuna de Roma oponiéndose á su dominacion, fueron los tarentinos. El senado les declaró la guerra, porque habiendo robado algunos bajeles de la república, reusaron darles satisfaccion. Los de Tarento hicieron alianza con los samnitas, lucanos, mesapios, brucios, y apulos, y llamaron en su socorro al célebre Pirro, rey de Epiro, cuyo padre Alejandro, hermano de Olimpias, y tio de Alejandro el Grande, habia militado ya en Italia en favor del pueblo de Capua.

Esta guerra, en la cual pelearon los romanos por primera vez contra los griegos, empezó el año 473 de Roma, 279 A. C. Durante la prolongada lucha de la república contra los samnitas, los tribunos del pueblo habian turbado algunas veces su tranquilidad interior. El año 453 de Roma, despues de grandes contestaciones, habian conseguido que los plebeyos pudiesen ser sacerdotes y augures. El senado aumentó el número de unos y otros para conservar á los patricios las mismas plazas que tenian antes. Los esfuerzos de los romanos para conquistar el Mediodia de Italia, no les impedian atender con fuerzas considerables á las invasiones de un enemigo, cuyo nombre solo anunciaba grandes peligros. El

año 469 antes de Roma, los galos senones sitiaron á Arezo, ciudad de Etruria: el cónsul Cecilio Metélo, encargado de socorrer la plaza, fué vencido, perdió trece mil soldados y pereció en la batalla. Roma envió legados para hacer la paz, y los bárbaros los asesinaron. Curio Dentato vengó á Roma de esta derrota, talando el pais de los galos; pero estos marcharon entretanto contra Roma: el cónsul Dolabela les salió al encuentro, y los batió tan completamente, que no quedó un galo que pudiese llevar á su patria la noticia de este desastre.

Batalla de Heraclea.—(A. M. 3785.—A. C. 219.) Pirro, cediendo á las súplicas, á las promesas y á las adulaciones de los tarentinos, y mas que todo á su ambicion de gloria, envió tres mil hombres á Tarento bajo las órdenes de Cíneas su amigo. Siguióle despues con veinte mil de á pie, tres mil caballos, veinte elefantes, dos mil arqueros y quinientos honderos. Una tempestad furiosa dispersó su escuadra: pero al fin, despues de haber sido juguete de los vientos por algunos dias, entró con felicidad en el puerto.

Pirro, al llegar á Tarento, quiso ganarse los ánimos por su popularidad; pero educado en los campamentos macedonios, vió con indignacion la molicie de aquella ciudad, cuyos habitantes no conocian mas ocupaciones que los placeres y espectáculos. No era el deleite buen medio para pelear contra los romanos duros y belicosos. Pirro probó á los tarentinos que un aliado poderoso es un verdadero señor. Su presencia produjo una mudanza momentánea en las costumbres: se dejaron las diversiones y se habló de la gloria. Arrancó la juventud de los placeres, la trajo á los campamentos, le dió armas y disciplina, la ejercitó, y sin esperar los socorros lentos de los aliados, marchó contra los romanos.

Antes de pelear, propuso al cónsul Levino su mediacion entre Roma y Tarento. Levino respondió que no lo queria por mediador, ni le temia como enemigo.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Héraclea, separados por el rio Siris. Los romanos lo pasaron y desbarataron las primeras tropas que encontraron; Pirro los cargó al frente de la falanje, insigne por la riqueza y brillo de sus armas, y aun mas por su actividad y valor. Los romanos dirijen á él todos

sus golpes y le matan el caballo. Un oficial epirota levanta al rey, trueca sus armas con él, y perece víctima de su lealtad. Los romanos forman un trofeo de las armas, cuya vista enardece el valor de las lejiones y llena de espanto á los griegos, que, creyendo muerto su rey, empiezan á retroceder. Pirro se presenta, levanta la visera, corre por las filas y las anima. El combate vuelve á ser mas terrible: la victoria está indecisa, hasta que el rey manda soltar los elefantes: su vista espanta á los romanos, no acostumbrados á ellos, y su olor asombra á los caballos. Pirro, aprovechándose de este momento de desórden, hace avanzar la caballería tésala, que penetra en las lejiones y las auyenta. En esta batalla perdió el rey trece mil hombres, y los romanos quince mil muertos y mil ochocientos prisioneros.

El rey trató á los cautivos con humanidad, y dió órden de enterrar los muertos de entrambos ejércitos. Ecsaminando el campo de batalla, admiró la constitucion fuerte del soldado romano: y creyendo descubrir en sus rostros, á pesar de la palidez cadavérica, un resto de fiereza, esclamó: «Con estos soldados me »haria dueño del mundo.»

Los samnitas, brucios y lucanos, lentos para la batalla, y prontos despues de la victoria, aumentaron su ejército, que avanzó hasta Preneste, á doce leguas de Roma.

La derrota de Levino tenia atemorizada la ciudad. El patricio Fabricio, respetable por sus azañas y triunfos, calmó los espíritus diciendo que Pirro habia vencido al cónsul y no á las lejiones. El amor de la gloria y de la patria hizo que se levantase otro ejército con tanta prontitud, que Pirro, admirando el valor de los romanos, prefirió la negociacion á la guerra, y envió á Cíneas á Roma á proponer la paz. El rey confiaba mucho en la elocuencia de aquel discípulo de Demóstenes, y solia decir: «Cíneas ha conquistado mas ciu»dades con su lengua, que yo »con mis armas.»

El embajador griego empleó toda su habilidad en lisonjear el orgullo de los patricios, en engañar al pueblo con promesas, y en seducir las matronas con regalos. Valióse de la elocuencia despues de las liberalidades. Se presenta al senado, le prodiga los mayores elojios, le pondera el aprecio de Pirro á los romanos, y le declara que el rey está dispuesto á dar libertad sin rescate

á los prisioneros, y á ausiliar á la república, si ella quiere, á conquistar la Italia, sin pedir otro premio de estos servicios que la alianza de Roma para sí y sus aliados.

El senado, movido por este discurso, se inclinaba á tratar de paz; pero Apio Claudio, cuyo vigor no habian debilitado ni la edad ni las enfermedades, habló así: «Padres conscriptos: yo su»fria con dolor la pérdida de mi »vista; pero hoy quisiera ser sor»do para no oir los viles conse»jos que os dan, y cuyo efecto »seria la mengua del nombre ro»mano. ¿Habeis olvidado vuestra »dignidad? ¿Qué es del orgullo »con que decíais que si Alejan»dro Magno se hubiera presen»tado en Italia, no se le cele»braria aora como un guerrero »invencible? Ese lenguaje tan »altivo se tendrá por una vana »arrogancia, pues tanto temeis »á un puñado de molosos, na»cion que los macedonios some»tieron sin dificultad.»

«Temblais en presencia de un »hombre, que ha sido durante »muchos años cortesano servil »de un satélite de Alejandro, y »que no ha venido á Italia sino »huyendo de los enemigos, cuyas »armas temian en Grecia. Os o»frece para conquistar la Italia »un ejército, con el cual no ha »podido conservar una pequeña »parte de la Macedonia. Si os so»meteis á su influencia, no creais »que la paz os libertaria de su yu»go: vuestra debilidad aumenta»rá los enemigos de Roma, y to»dos los pueblos que habeis sub»yugado, reuniéndose á los sam»nitas y tarentinos, os despreciа»rán y acometerán confiadamen»te, cuando sepan que sois tan fá»ciles de abatir, y que deponeis »las armas á la voz de Pirro, sin »vengar la injuria que os á he»cho.»

Convencido el senado por estas nobles palabras, y volviendo á su antigua costumbre de no hablar de paz sino despues de la victoria, respondió al embajador que Roma no negociaria con Pirro hasta que hubiesen salido sus tropas de Italia.

Cíneas, cuando volvió al rey, le dijo que el senado parecia una junta de reyes, y el pueblo una hidra cuyas cabezas renacian á medida que se cortaban; que el cónsul tenia ya un ejército mas numeroso que el vencido en Heráclea, y que Roma podria levantar otros cuando quisiese.

Creyendo el senado conveniente responder á la cortesía del rey, relativamente á la suerte de

los prisioneros, le envió una embajada, cuyo jefe era Cayo Fabricio. El rey, instruido del mérito de este grande hombre, se aplicó á ganarle. Conocia su pobreza, pero no su desinterés; y así dándole muestras de la mayor estimacion, le ofreció presentes magníficos y grandes posesiones en el Epiro si queria favorecer sus intenciones; pero le halló incorruptible. Al dia siguiente, para probar su intrepidez, ocultó detrás de unos tapices el mayor de sus elefantes, y enmedio de la conferencia se mostró repentinamente aquel terrible animal, armado con la trompa levantada sobre la cabeza del romano y dando un grito espantoso. Fabricio, sin mostrar emocion, le dijo al rey: «Aora »soy el mismo que ayer: ni tu »elefante me asombra ni tu oro »me gusta.»

El rey, apreciando su altiva osadía, declaró que por consideracion á Fabricio enviaba sin rescate todos los prisioneros á condicion que Roma los devolviese, si persistia en hacer la guerra. Los envió efectivamente; y el inflecsible senado los mandó, bajo pena de muerte, que se volviesen al campamento de Pirro.

La actividad de los romanos probó al rey que Cíneas no se habia equivocado en el juicio que habia hecho de ellos. La guerra que sostenian contra los epirotas no les impidió levantar otro ejército al mando de Levino, contra los etruscos rebelados, á los cuales venció y subyugó en poco tiempo. Segun el censo que se hizo entonces, habia doscientos setenta y ocho mil doscientos veintidos ciudadanos capaces de tomar las armas, comprendidos los aliados que gozaban el derecho de ciudadanía en Roma.

Batalla de Asculo.—(A. M. 3726.—A. C. 278.) Los cónsules Publio Sulpicio y Decio Mus salieron al encuentro á Pirro y le hallaron cerca de Asculo, hoy Ascoli. El rey habia tomado posicion en un terreno interrumpido por bosques, donde no podia hacer uso de su caballería. El combate fué de infantería, se prolongó hasta la noche y quedó indeciso. Al dia siguiente mudó el rey su posicion y órden de batalla: arregló su ejército en una gran llanura, con los elefantes en el centro y los honderos y flecheros en los intervalos de los escuadrones.

Los romanos, apiñados en un terreno estrecho, no podian maniobrar; pero se arrojaron en masa con intrepidez, hicieron gran mantanza en los griegos,

penetraron por sus filas y llegaron hasta su centro. Allí los detuvieron los elefantes y la caballería enemiga, que acometieron y desordenaron las lejiones, y las obligaron á retirarse á su campo. Los romanos perdieron seis mil hombres, y Pirro cuatro mil: como quedó dueño del campo de batalla, le dieron la enorabuena de la victoria, y él respondió: «Con otra victoria co»mo esta soy perdido.» La batalla de Asculo terminó la campaña. Al año siguiente los cónsules Cayo Fabricio y Quinto Emilio se presentaron con un poderoso ejército para combatir á los griegos. Ya estaba prócsima la batalla cuando Fabricio recibió una carta del médico principal de Pirro, que le ofrecia terminar la guerra dando veneno al rey, si se le concedia una recompensa proporcionada á la importancia del servicio.

Indignado Fabricio, informó á Pirro del proyecto tramado contra su vida y le escribió en estos términos: «Pirro no sabe esco»jer ni sus amigos ni sus enemi»gos; hace la guerra á hombres »virtuosos y se confia de traido»res. Los romanos detestan todo »jénero de perfidia; conquistan »la paz con las armas y no con »la traicion.»

Pirro, admirado de la jenerosidad del cónsul, esclamó: «*mas* »*fácil es separar al sol de su ca*»*rrera que á Fabricio del camino* »*de la virtud.*» Elojio magnífico que podia aplicarse entonces á todo el pueblo de Roma. Estos rasgos son lecciones interesantes de virtud, de aquella virtud varonil que desprecia lo que adoran las almas corrompidas. La crítica puede decir que hay ficcion en algunos de estos rasgos; pero concuerdan mucho con el carácter de los romanos mas ilustres, cuya grandeza de alma tenia ciertamente con que aterrar á enemigos voluptuosos, acostumbrados á la riqueza y al lujo.

El rey mandó dar muerte al médico traidor, y dió libertad á todos los prisioneros romanos. El senado, por no ser vencido en jenerosidad, devolvió al rey de Epiro los cautivos samnitas, griegos y tarentinos.

Pirro peleaba muy á disgusto contra un pueblo que habia conquistado su estimacion. De nuevo ofreció la paz; el senado insistia en ecsijir la evacuacion de Italia, lo que ponia al rey en una grande incertidumbre, porque no queria ceder al orgullo de Roma, ni continuar una guerra ruinosa, cuyo buen écsito le era ca-

da dia menos probable. Los sicilianos le dieron un pretesto oportuno para salir de esta situacion, implorando su secorro contra los cartajineses. Pasó, pues á Sicilia, y los romanos se vengaron á su placer de los tarentinos, samnitas, lucanos y brucios. Mientras que asolaban estos pueblos, la peste hizo grandes estragos en Roma, y un dictador fijó un clavo en el templo de Júpiter.

Batalla de Benevento.—(A. M. 3729.—A. C. 275.) Pirro, echados los cartajineses de Sicilia y fastidiado de la indocilidad de los pueblos de esta isla, volvió á Italia, llamado por los tarentinos. Curio Dentato y Cornelio Léntulo eran cónsules. El pueblo, ajitado por el espíritu faccioso de los tribunos, se oponia al alistamiento mandado hacer por el senado: Curio, burlándose de esta oposicion, echó suertes en las tribus; y cuando llegó la vez de la tribu Poliana. mandó presentarse al ciudadano cuyo nombre salió primero de la urna: este se ocultó en lugar de obedecer, y el cónsul mandó que se vendiesen sus bienes. El ciudadano apeló al pueblo, y Curio le condenó á ser vendido como esclavo, diciendo que un rebelde era una carga, de la cual debia libertarse la república. Los tribunos no se atrevieron á defender al reo; y esta sentencia fué despues una ley que convirtió en esclavos á los que no querian alistarse.

Pirro, habiendo desembarcado en Tarento, reunió á sus fuerzas las de los aliados, y marchó al Samnio, donde Curio Dentato reunia su ejército. La marcha rápida de los griegos habria sorprendido al cónsul si no se hubiera estraviado en un bosque, y esta tardanza salvó al ejército romano. Es verdad que la llegada imprevista del enemigo causó al principio alguna confusion; pero remedióla la prudencia del cónsul, y mientras un cuerpo escojido rechazaba la vanguardia de Pirro, dispuso sus tropas en órden de batalla en la llanura de Benevento. Trabóse la lid con igual valor y ostinacion de ambas partes. Los elefantes cargaron cuando ya estaban los romanos fatigados del combate, desordenaron sus filas, y los hicieron huir hasta el frente de su campamento que estaba colocado sobre una altura. Pero el cónsul habia puesto allí un cuerpo de reserva que reanimó el valor de las tropas y renovó el combate.

La posicion era ventajosa para los romanos, porque no per-

dian ninguno de sus dardos, como lanzados desde lo alto. Las filas griegas caian sucesivamente haciendo vanos esfuerzos para superar la colina, desde cuya cumbre lanzaban al enemigo cuerdas embreadas y encendidas. Los animales espantados, huyen sobre las falanjes griegas y las destruyen. Los romanos, aprovechándose de este desórden, acometen con furia al enemigo, lo derrotan completamente, le matan veintitres mil hombres y se apoderan del campamento del rey. Admirados de su simetría, fuerza y atrincheramientos, le tomaron por modelo en lo sucesivo, y contribuyó en gran manera á los triunfos últimos de la república; porque Roma siempre se aprovechó de todo lo que hallaba útil en el armamento, táctica, lejislacion y costumbres de sus enemigos.

Curio trajo á la ciudad sagrada sus lejiones victoriosas: mil trescientos cautivos, cuatro elefantes, una inmensa cantidad de oro, plata, vasos y muebles preciosos, ricos despojos del lujo tarentino y griego, adornaron su triunfo. Estos trofeos daban orgullo á los romanos sin corromperlos; porque eran todavia tan afectos á la simplicidad de costumbres, que en este mismo año los censores Fabricio y Emilio, echaron del senado á Rufino, que habia sido cónsul y dictador, solo porque se servia de vajilla de plata.

Pirro, que ya no podia sostenerse en Italia, disimuló sus intenciones, y dijo á los aliados que iba á buscar refuerzos á Grecia. Este lenguaje engañó á los tarentinos, y aun á los romanos, que no se atrevieron á licenciar sus ejércitos. El rey, antes que se pudiese conocer su designio, se embarcó furtivamente de noche, y volvió á Epiro con ocho mil hombres de infantería y quinientos caballos, reliquias miserables de una guerra de seis años. Poco despues murió en el sitio de Argos.

Los romanos aprendieron de él el arte de acamparse, de escojer las posiciones, y de resistir los ataques de la caballería con los infantes dispuestos en falanje.

La huida de Pirro estendió la gloria de Roma en la Grecia y Oriente. Apenas fué conocido su poder, hubo quien solicitase su amistad. Filadelfo, rey de Ejipto, célebre por su aficion á las artes y ciencias, fué el primero que felicitó á los romanos por sus victorias, y pidió su alianza, aunque nada temia ni esperaba de ellos.

Sitio y toma de Tarento.—(A. M. 3732.—A. C. 272.) Abandonados los tarentinos por los griegos, pidieron socorro á Cartago, que les envió tropas y naves; mas no por eso dejaron de ser vencidos, encerrados en su ciudad y sitiados. Milon, que habia quedado de órden de Pirro con pocas tropas en la ciudadela, la entregó por capitulacion. La ciudad, ya sin ausilios ni esperanzas, se rindió á los romanos, y sus muros fueron desmantelados.

Las conquistas de Roma eran ya mas sólidas, porque en lugar de licenciar sus ejércitos como antes, los hacian invernar en los paises conquistados. Pero este sistema nuevo ecsijia una disciplina mas rigorosa, como lo probaron varias sediciones. La lejion llamada Campania, que se hallaba de guarnicion en Reggio, se rebeló, se apoderó de esta ciudad, y se declaró independiente; pero en breve fué cojida y diezmada. En este tiempo dió Roma una prueba grande de su justicia, entregando á los embajadores de Apolonia, ciudad de Albania, unos jóvenes que los habian insultado.

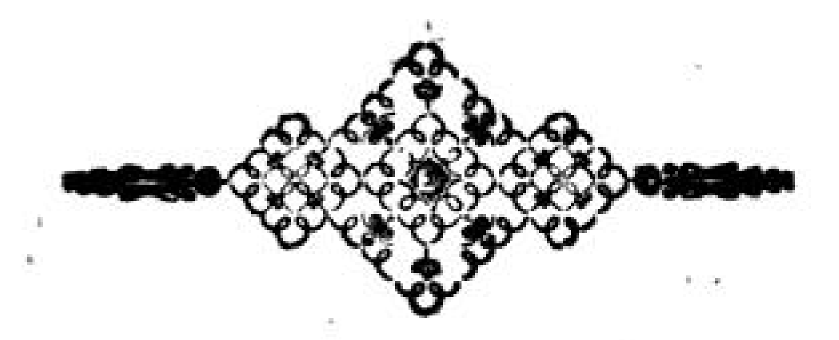
Primera moneda de plata en Roma.—La república, habiendo reunido á sus posesiones la Etruria, el Samnio, el pais de los lucanos y el de los tarentinos, empezaba á enriquecerse; y así en esta época acuñó la primer moneda de plata, no habiendo usado antes sino la de cobre y bronce. Los juegos públicos se celebraron con mayor magnificencia.

El año 488 de Roma, Marco y Decio Bruto, dieron combates de gladiadores para celebrar los funerales de su padre: este espectáculo, cruel pero acomodado al jenio belicoso de los romanos, llegó á ser objeto de una aficion desenfrenada.

Dominio de la república sobre toda la Italia.—Las armas romanas, libres ya de toda oposicion en la península italiana, se apoderaron de Espoleto, Hidrante y Brundusio; y estendieron su dominacion desde las fuentes del Tíber hasta el estrecho de Sicilia.

Cartago, la mayor potencia de Occidente, señora de una parte de Africa, España y Sicilia, dominadora de los mares y dueña del comercio del mundo, no podia mirar con indiferencia la conquista de Italia. Es verdad que habia admirado y aun animado á los romanos cuando no hacian mas que defenderse contra los pueblos que los atacaban;

pero apenas tuvo á Roma por potencia rival, le juró un odio implacable. Estas dos repúblicas ambiciosas aspiraban entrambas al imperio del mundo: una queria domarlo con sus buques, otra con sus lejiones. Ya no podian ecsistir las dos; y la sangrienta guerra que escitó aquella rivalidad, no podia concluirse sino con la destruccion de Roma ó de Cartago.



CAPITULO V.

PRIMERA GUERRA PUNICA.

Causa de la primera guerra púnica.—Sitio y rendicion de Agrijento.—Batalla naval de Milas.—Toma de la isla de Mélita ó Malta.—Mónstruo matado en las orillas del Bagrada.—Victoria de Régulo.—Victoria de Jántipo sobre Régulo, en la que le hace prisionero.—Embajada de Cartago á Roma.—Partida de Régulo.—Heróico discurso de Régulo al senado.—Su magnanimidad.—Su vuelta á Cartago: su suplicio y su muerte.—Venganza de Marcia, viuda de Régulo.—Batalla de Drepano.—Batalla de las Egates y fin de la primera guerra púnica.—Conquista de Cerdeña.—Celebracion de los juegos seculares.—Primer divorcio en Roma.—Guerra de Iliria.—Batalla de Telamon.—Rasgo cruel de supersticion.—Batalla del Adda.—Batalla de Acera.

Causa de la primera guerra punica y su principio. —(A. M. 3738.—A. C. 266.) Hemos visto por espacio de quinientos años á los romanos echar lentamente los cimientos de su poder; aora va á levantarse el edificio de su grandeza, pero antes de dominar al mundo temblará este edificio colosal en sus mismas bases y llegará al punto de destruirse. Roma, conmovida por Cartago, triunfará de su soberbia rival, y someterá sin dificultad el Oriente afeminado y dividido.

Desde mucho tiempo las armas y el comercio habian estendido la dominacion de Cartago: esta poseía lo que hoy se llama Berbería en Africa, la Cerdeña, la Córcega y una gran parte de la Sicilia. Casi todas las islas del Mediterráneo estaban bajo su dominio; y Pirro, al abandonar á Siracusa, predijo con razon que la Sicilia llegaria á ser bien pronto el campo de batalla de los romanos y cartajineses.

Despues de la muerte de Agatocles, tirano de Siracusa, unas tropas mercenarias suyas se ha-

bian apoderado de Mesina, degollando á sus principales habitantes para casarse con sus viudas y apropiarse sus riquezas. Hicieron despues alianza con las lejiones romanas, culpables de los mismos crímenes en Reggio, y estos dos ejércitos usurpadores ejercian toda suerte de vejaciones en los alrededores de entrambas ciudades, y sus corsarios infestaban las costas de Italia y Sicilia. Los romanos sometieron y castigaron á los de Reggio; y los mamertinos (este nombre se habian dado los usurpadores de Mesana, hoy Mesina) fueron sitiados por Hieron, rey de Siracusa. Ya estaba para apoderarse de Mesana, cuando Aníbal, jeneral cartajinés, que se encontraba en Lipari con una escuadra, ofreció su apoyo á los mamertinos, é hizo entrar sus tropas en la ciudadela, aunque sin obtener el permiso para establecerse allí sino de una parte de los habitantes.

Temiendo los otros tanto á las armas de Cartago como á las de Hieron, invocaron el ausilio de Roma: creian que una república que no tenia marina los protejeria sin subyugarlos, y seria menos peligrosa para ellos que una nacion que poseia ya las dos terceras partes de Sicilia, y cuyos inumerables bajeles cubrian los mares.

La oferta de los mamertinos causó en Roma una viva discusion. Aunque ecsistia un tratado entre esta ciudad y Cartago, su mútua rivalidad lo habia hecho casi nulo; y así Roma, atacada por Pirro, habia reusado desdeñosamente los socorros que le ofrecia Cartago, y esta ausilió á los tarentinos contra los romanos. En fin, la ocupacion de Mesana por Anníbal hacia temer al senado romano que los africanos, conquistada la Sicilia, pensasen en llevar sus armas á Italia.

Por otra parte no se podia, sin ofender á la moral y á la justicia, despues de haber castigado á los de Reggio, favorecer á los mamertinos, cuya causa era igual. Esta última consideracion prevaleció en el senado. Fiel á estas mácsimas de equidad que le habian hecho hasta entonces tan respetable, no acojió la demanda de los mamertinos; pero el pueblo, mas apasionado, dejando estallar su odio contra Cartago, declaró que debia defenderse á Mesana, castigarse á los cartajineses por haber socorrido á Tarento, y alejarlos de Italia lanzándolos de la Sicilia. El senado se vió forzado á consentir

en ello, y se resolvió á la guerra.

El cónsul Apio Claudio, encargado de la ejecucion de estas órdenes, envió un legado á los mamertinos para sondear sus disposiciones. Este, en la asamblea del pueblo, probó la injusticia de los cartajineses en haber ocupado la ciudadela, desde la cual eran mas bien señores que ausiliares. Los mamertinos aplaudieron este discurso; y los cartajineses, obligados á evacuar aquel punto, se reunieron á Hieron y declararon la guerra á Mesana. El cónsul no podia enviar facilmente los socorros que le habia prometido; porque el puerto estaba bloqueado por una escuadra cartajinesa, otras cruzaban el estrecho, y Roma carecia de bajeles. Claudio tenia su ejército en Reggio, y no pudo reunir mas medios de transporte que algunos bajeles semejantes á las canoas de los salvajes. A falta de fuerza recurrió al ardid: echó la voz de que teniendo el paso por imposible, resolvia volver á Roma con su ejército. Los espias de Cartago dieron cuenta á Annibal de esta resolucion finjida: el cartajinés los creyó y retiró su escuadra de aquel paraje peligroso.

Aprovechándose el cónsul de su neglijencia, embarcó aceleradamente sus tropas sobre unos buques miserables llamados *caudices*, y llegó en pocas horas á Sicilia. Demasiado hábil para dejar al enemigo tiempo de volver en sí de la sorpresa, marchó contra los siracusanos, y los derrotó tan prontamente que Hieron decia que los romanos le habian vencido antes de verlos. Derrotó pues al ejército cartajinés, y volvió á Roma con un gran botin á gozar del triunfo, tanto mas brillante cuanto esta fué la primer victoria que los romanos conseguian mas allá del mar. Diósele el nombre de Caudex, en memoria de los buques en que se habia atrevido á pasar el estrecho.

El año siguiente, pasó el cónsul Valerio á mandar las tropas que habian quedado en Sicilia: derrotó á los enemigos en muchos reencuentros, consolidó el dominio de Roma en Mesana, se acercó á Siracusa, y concluyó un tratado de paz y alianza con Hieron, que pagó seiscientos talentos y fué aliado fidelísimo de Roma. Valerio se apoderó de Catana y de otras muchas ciudades, y recibió el renombre de Mesana, que despues se trocó en Mesala. Obtuvo los honores del triunfo, y trajo á Roma el primer relój de sol que hubo en a-

quella ciudad. Algunos historiadores dicen que Papirio Cursor, treinta años antes habia hecho construir uno mas imperfecto: cinco años despues, Scipion Nasica, mandó construir un relój que servia de dia y de noche, llamado Clepsydro, é indicaba las horas por medio del agua que caia gota á gota en un vaso.

La alianza de Hieron, daba mucha ventaja á los romanos para la guerra de Sicilia, porque les proporcionaba puertos, ausilios y subsistencias; y por lo tanto el senado creyó que bastaba dejar allí dos lejiones.

SITIO Y RENDICION DE AGRIJENTO.—(A. M. 3740.—A. C. 264.) Los cónsules Postumio Jemelo y Mamilio Vitulo, sitiaron á Agrijento y la tomaron al cabo de cinco meses. Fueron muchas las salidas de la guarnicion que rechazaron los romanos. Hannon desembarcó con un ejército poderoso para defender la plaza. Postumio, finjiendo temerle y encerrándose en su campamento, escitaba su temeridad: y cuando le vió acercarse á él sin órden y lleno de una imprudente confianza, salió repentinamente con sus lejiones, cayó sobre el enemigo, lo derrotó, y se apoderó de su campo. Agrijento se rindió por falta de víveres, despues de haberse escapado por mar la guarnicion cartajinesa. Hannon justificó en esta ocasion el proverbio de la fé púnica. Como se quejasen los galos mercenarios de que se les retardaban las pagas, los envió á una ciudad vecina, é hizo que Postumio fuese advertido de esta marcha. El cónsul, emboscado en el camino, los pasó á todos á cuchillo. Cartago castigó la derrota de Hannon con una multa, cuando su perfidia y crueldad eran dignas de muerte.

El quinto año de la guerra iba á comenzar: los triunfos de Roma aumentaban su gloria, sin hacer gran daño á su rival, que era dueña del mar y gozaba de tranquilidad en Africa, cuando las costas de Italia estaban espuestas á sus invasiones. El senado mandó que se construyese una escuadra, y estuvo pronta en tan breve tiempo, que segun Floro, parecia haberse transformado los árboles en bajeles. Sirvió de modelo una galera cartajinesa que habia dado al través. En sesenta dias estuvieron al ancla cien galeras grandes y veintitres de menor fuerza. Los romanos no tenian pilotos ni marineros, sino soldados cuyo valor suplió la falta de instruccion. Es verdad que entonces era muy

limitada la ciencia marítima. Las galeras no eran mas que buques chatos: las escuadras se alejaban poco de la costa, y se guarecian de las tempestades, echándolas sobre la playa y sacándolas á tierra. La ambicion romana, contenida hasta entonces por el mar, como un incendio por las aguas de un rio, atravesó en fin las olas con el ausilio de los vientos, para devorar la rica presa que Cartago presentaba á su avidez.

Batalla naval de Milas.—(A. M. 3742.—A. C. 262.) Los cónsules Cornelio y Duilio se embarcaron con la confianza que les inspiraba la fortuna de Roma. Cornelio iba en la vanguardia y fué apresado por los enemigos á la altura de las islas Eolias; pero Duilio reparó este revés apoderándose de cincuenta galeras africanas. Hallándose á vista de la escuadra enemiga, mandó construir una especie de puente con un gárfio que servia para aferrar al buque enemigo en cada nave romana. A esta máquina se le dió el nombre de *cuervo*. Convertida así la lucha marítima en terrestre, la victoria no era dudosa. Los cartajineses perdieron cincuenta galeras. Duilio, señor del mar, hizo levantar al enemigo el sitio de Ejesta, tomó por asalto á Macella y volvió á Roma, donde dió al pueblo el primer espectáculo de un triunfo naval. La columna rostral formada con los espolones de las galeras vencidas, recuerda aun la gloria de aquel héroe. El senado, creyendo que una victoria de un jénero nuevo merecia una recompensa estraordinaria, concedió á Duilio el onor de ser conducido por las noches á su casa con hachas encendidas y al son de instrumentos. Nadie conoció mejór que los romanos el arte de multiplicar los grandes hombres con los omenajes tributados á la victoria. Roma consolaba á los jenerales desgraciados y recompensaba á los felices, cuando Cartago, ingrata con los vencedores, castigaba con severidad á los vencidos. Annibal, temiendo las leyes severas de su patria, envió un oficial á Cartago despues de su derrota, para preguntar lo que debia hacer con una escuadra superior de los enemigos que tenia á la vista. «Que pelee, respondió el senado.» «Peleó, respondió el oficial, y fué vencido.» El senado no se atrevió á condenar lo mismo que habia mandado.

Al año siguiente sorprendió á los romanos en Sicilia y les mató cuatro mil hombres; pero el

cónsul Cornelio Scipion, derrotó á Hannon en una gran batalla, y se apoderó de Córcega y Cerdeña. Algun tiempo despues Anníbal (no el grande), volviendo de Africa, encontró una escuadra romana, y no atreviéndose á pelear con ella se retiró. Sus propios soldados, indignados de su cobardía, le formaron causa y lo crucificaron. El año de Roma 492, el cónsul Atilio Colatino, que mandaba en Sicilia, entró imprudentemente en un desfiladero; y rodeado por los cartajineses, hubiera perecido con su ejército, cuando Calpurnio Flamma, tribuno de una lejion, tan valiente, tan decidido como Leónidas en las Termópilas, pero mas feliz, toma trescientos hombres escojidos, cae repentinamente sobre el enemigo, se apodera de una altura, atrae contra sí casi todo el ejército africano, y el cónsul sale del peligro. Los trescientos romanos perecieron todos despues de haber esterminado un gran número de enemigos. Calpurnio, herido mortalmente, sobrevivió al combate lo que bastaba para gozar de su gloria y ver salvo el ejército. Se le dió sepultura en el campo de batalla con sus ilustres compañeros, y se les erijió un monumento que el tiempo ha consumido: la historia les consagra otro mucho mas durable. El senado, conmovido por fenómenos naturales, que se creian prodijios, nombró un dictador para hacer sacrificios espiatorios. (A. M. 3745.—A. C. 259.)

Toma de la isla de Melita ó Malta.—La multiplicidad de los dictadores hacia perder á esta dignidad gran parte de su estimacion y aun de su peligro. Manlio y Régulo, elejidos cónsules, se apoderaron de la isla de Mélita, hoy Malta. Queriendo dar al enemigo un golpe mayor, se dirijieron al Africa con una escuadra de trescientos treinta bajeles: los cartajineses les opusieron trescientos cincuenta: la victoria quedó por los romanos en las tres partes en que se dividió el combate: echaron á pique treinta naves de los enemígos, y apresaron cincuenta y cuatro, sin haber perdido por su parte mas que veinticuatro.

Los cónsules desembarcaron en Africa, y se apoderaron de Clipea, edificada antiguamente por los sicilianos en el promontorio de Hermes. Su caballería taló la provincia y llegó hasta las puertas de Cartago. El senado cometió el yerro de ordenar á Manlio que volviese á Sicilia para acabar de conquistarla, y

dejó á Régulo muy pocas fuerzas, cuando pudo haber concluido la guerra en esta campaña. Muchas veces hay que arrepentirse de haber despreciado á un enemigo: si Roma, embriagada demasiado con sus victorias, no hubiese debilitado el ejército de Régulo, probablemente la primera guerra púnica hubiera sido la última, y Roma no hubiera estado á pique de caer en manos de su rival.

Régulo pidió al senado que le ecsonerase de la dignidad de procónsul, dando por motivo que era necesaria su presencia para cultivar un campo de seis yugadas, único bien suyo, porque su colono lo habia desamparado llevándose los rebaños y los instrumentos de labranza. Se le continuó en el mando del ejército, y su heredad fué cultivada á espensas del público.

Mónstruo matado en las orillas del Bagrada.—Muchos historiadores cuentan que Régulo peleó en la orilla del Bagrada con un mónstruo, mas temible á los romanos que las coortes cartajinesas y los elefantes: era un dragon enorme, impenetrable á los dardos, y devoraba todos los soldados que se ponian á su vista. El valor y el número hacian vanos esfuerzos contra él: muchos valientes fueron víctimas suyas, hasta que Régulo empleó las máquinas de guerra, como si fuese una torre, y así lo destruyó. Envió su piel al Capitolio, y Aulo Gelio dice que tenia ciento veinte pies de largo.

Cartago se creyó perdida cuando desembarcaron los romanos: cobró ánimo sabiendo la retirada de Manlio, y levantó un ejército. Régulo lo derrotó y se apoderó de Tunetum, hoy Tunez. Los cartajineses pidieron entonces la paz; y el procónsul les dictó condiciones durísimas, como eran renunciar á Sicilia, Corsica y Sardinia, y pagar un tributo; añadiendo que cuando no se sabia vencer, habia que saber obedecer al vencedor.

Cartago no pudo aceptar una paz tan humillante; pero creyéndose perdida de cierto, volvió á caer en su primera consternacion, cuando un socorro llegado de Lacedemonia hizo renacer al punto su esperanza y realzó su fortuna.

Jántipo, jeneral espartano, famoso por sus azañas y esperiencia, estaba al frente de estas tropas ausiliares; y manifestó á los cartajineses que la ignorancia y malas disposiciones de sus jenerales eran la causa de haber sido batidos. La confianza pública le

dió el mando del ejército: Jántipo lo instruye, lo ejercita, y lo hace salir de los muros. Régulo, arrebatado de su ardor, atraviesa imprudentemente un rio, y acomete al enemigo en una llanura donde la superioridad de la caballería numida era muy ventajosa para los cartajineses; y á pesar de que penetró en sus filas, los elefantes, la caballería y la falanje de los griegos, pusieron á las lejiones en derrota. Régulo, de quien poco antes temblaba Cartago, quedó prisionero. Las reliquias de su ejército se encerraron en Clipea donde el enemigo las sitió. Despues el jeneral lacedemonio llevó á Cartago el ejército victorioso cargado de despojos y conduciendo entre cadenas á Régulo y á gran número de prisioneros.

Los cartajineses, en la embriaguez de un triunfo que disipaba todos sus temores, abusaron cobardemente de su prosperidad, y abrumaron con ultrajes al héroe cuyo solo nombre pocos dias antes los hacia temblar.

Jántipo con su gloria habia herido demasiado el orgullo de los jenerales cartajineses para esperar algun reconocimiento de una nacion cuya perfidia conocia. Por premio de sus servicios pidió únicamente la libertad de volver al Peloponeso; la obtuvo y se embarcó; pero la mayor parte de los historiadores pretenden que en la travesía le precipitaron los cartajineses en medio de las olas.

Apenas se supo en Roma la desgracia de Régulo, se redobló la actividad para repararla. Los cónsules Emilio Paulo y Fabio Nobilior, salieron de Sicilia con trescientos cincuenta bajeles, atacaron la escuadra cartajinesa en la costa de Africa, la derrotaron completamente, quemaron ceinto cuatro buques de ella y apresaron treinta, hicieron levantar el sitio de Clipea, y talaron la llanura de Africa; mas no quisieron detenerse en ella, ya porque preferian á toda otra conquista la de Sicilia, ya porque las lejiones amedrentadas reusaban esponerse de nuevo al furor de los elefantes.

A la vuelta, despreciando los consejos de los mas esperimentados, se ostinaron en permanecer en la costa meridional de Sicilia para apoderarse de algunas ciudades marítimas. Una tempestad orrible los sorprendió, dispersó sus naves y las estrelló contra las rocas. En pocas horas se cubrió la playa con los despojos de aquella armada victoriosa, y con los cadáveres de los cónsu-

les y de los soldados. Los pocos que escaparon de este naufrajio fueron acojidos con humanidad por Hieron y remitidos á Mesina. Cartalo, jeneral africano, se aprovechó de este suceso para recobrar muchas plazas, entre ellas á Agrijento, cuyas fortificaciones arrasó.

La adversidad, que abate á los corazones débiles, endurece á las almas fuertes. Los romanos se mostraron siempre mas temibles despues de sus derrotas que de sus triunfos; y solo arrostrando la inconstancia de la fortuna consiguieron el imperio del mundo. Lejos de desalentarse el senado, puso en la mar doscientos veinte buques, y aunque Cartago habia enviado á Sicilia la flor de su ejército, los cónsules Atilio y Cornelio tomaron muchas ciudades. Al año siguiente sus sucesores Sempronio y Servilio, para dividir las fuerzas enemigas desembarcaron en Africa, y aterraron sus playas; pero al volverse, los vientos desencadenados contra los nuevos dominadores del mar, atacaron con furia á su armada, y sumerjieron en las olas ciento cincuenta embarcaciones.

Mientras que los romanos procuraban reparar tantas pérdidas, los censores velaban por la conservacion de las costumbres y arrojaban del senado á diez patricios, convencidos de malversacion. Los enemigos de Roma debieron observar con desaliento, que enmedio de una guerra tan funesta, el censo dió á conocer que habia en la ciudad trescientos mil ciudadanos capaces de tomar las armas. El cónsul Cecilio Metélo se mantuvo algun tiempo á la defensiva en Sicilia, porque desde la derrota de Régulo los elefantes eran el terror de las lejiones. El senado tuvo por inútil emplear tantas fuerzas cuando no se podia acometer, y llamó á Italia una parte del ejército. Asdrubal, animado con la debilidad del enemigo hizo correrías hasta las puertas de Panormo (Palermo) y sus soldados insultaban á los romanos que estaban guarecidos en la ciudad. Metélo, conociendo la imprudencia del jeneral cartajinés, que se arriesgaba en un pais quebrado, donde no podian maniobrar los elefantes, se aprovecha de esta falta, ataca al enemigo y finje huir: los africanos le siguen con ardor, y cuando los elefantes se acercan á las murallas, les disparan dardos. Enfurecidos se vuelven y patean filas enteras de cartajineses. Metélo sale con las lejiones, se arroja

sobre los enemigos, mata veinte mil, toma su campo y se apodera de veintiseis elefantes que despues sirvieron de ornamento á su triunfo.

Esta victoria sometió á Roma toda la Sicilia, escepto su playa occidental. Asdrubal huyó á Cartago, donde espió su yerro con el último suplicio;—recurso cruel y propio de los gobiernos débiles que solo encuentran apoyo en el cadalso, porque el miedo enjendra siempre la crueldad.

Humillados hacia catorce años los cartajineses, se decidieron entonces á enviar embajadores á Roma con el fin de obtener una paz onorífica. Esperaban que un largo cautiverio y el deseo de vivir en su patria determinarian á Régulo á apoyar sus negociaciones, y ecsijieron que este ilustre cautivo acompañase la embajada; y se le hizo prometer que volveria á Cartago en caso de que la paz no se ajustase.

Luego que los embajadores ante el senado romano espusieron el objeto de su mision, dijo Régulo: «En calidad de esclavo de »los cartajineses obedezco á mis »señores, y en su nombre os pi»do la paz y el canje de los pri»sioneros.» Dichas estas palabras, reusó sentarse como senador, hasta que se lo permitiesen los embajadores. Luego que salieron del salon, principiaron á deliberar y se dividieron las opiniones, los unos inclinándose por la paz, y los otros por la continuacion de la guerra. Llamado Régulo á dar su parecer, se espresó en estos términos: «Pa»dres conscriptos: á pesar de mi »desgracia, soy romano: mi cuer»po depende de mis enemigos, »pero mi alma está libre. Aogo los »gritos del uno y escucho la voz »del otro. Os aconsejo que reu»seis la paz y no troqueis los pri»sioneros: si continuais la gue»rra, este canje os será funesto, »porque solo recibireis cobardes »que han entregado sus armas, á »hombres trabajados de vejez y »de fatigas como yo, y devolve»reis á Cartago multitud de gue»rreros jóvenes cuyo valor y »fuerzas he esperimentado mu»cho.»

«En cuanto á la paz, la miro »como perjudicial á la república, »si esta no trata á los cartajineses »como vencidos, y si no los o»bligais á someterse á vuestras »leyes. Sé que la guerra tiene sus »vicisitudes; pero comparad la »situacion de entrambos pueblos: »aquí veo todos los recursos que »pueden prometer la victoria: los »enemigos nos han batido una

»sola vez por falta mia, ó de la »fortuna. Hemos destrozado to»dos sus ejércitos; y si mi derro»ta ha alentado por un momento »su valor, vuestros triunfos en »Panormo acaban de abatirlo. No »poseen mas que dos ciudades »en la Sicilia; las otras islas os »pertenecen. Nuestros naufra»jios y pérdidas marítimas ma»duran nuestra esperiencia. Sé »que los dos pueblos carecen de »dinero, pero vosotros podeis »contar con vuestros aliados; »vuestra equidad ha conquistado »el afecto de Italia: los cartaji»neses al contrario, son detesta»dos en Africa; sus crueles ven»ganzas han acrecentado este »odio no ha mucho, y todos los »pueblos africanos no esperan »para sublevarse sino la apari»cion de un ejército de Roma.»

«Vuestras lejiones cuentan en »sus filas soldados intrépidos; »todos saben el mismo lengua»je, todos tienen las mismas »costumbres, adoran los mis»mos dioses, sirven á la mis»ma patria. Esta ventaja es in»mensa: ¿qué pueden contra ta»les ejércitos, tropas mercena»rias de diferentes paises que no »están unidas por ningun noble »sentimiento y solo combaten »por un vil interés? Estos mis»mos mercenarios están escan»dalizados de la ingratitud de »Cartago, desde que esta pérfida »ciudad no ha dado otra recom»pensa á los servicios de Jántipo »sino la muerte, desde que ha es»puesto á perecer á los soldados »estranjeros que su avaricia no »queria pagar. Estas son, pa»dres conscriptos, las conside»raciones que me inducen á a»consejaros que prosigais vues»tro triunfo y reuseis la paz y el »canje que se os propone.»

Este noble discurso arrastró todos los pareceres; pero los senadores, adoptando la opinion de Régulo, le estrechaban vivamente para que se quedase en Roma. Pretendian en virtud de la ley de revision, que permitia á los cautivos fugados permanecer en su patria, que estaba al abrigo de toda revindicacion. El mismo gran pontífice, uniéndose á sus instancias, le aseguraba que podia sin perjurio violar un juramento arrancado por la fuerza. Régulo, tomando entonces la palabra, les respondió con un tono severo y majestuoso: «Desechemos todos esos vanos »rodeos; seguid mis consejos, y »olvidadme; si cediese á vues»tros deseos, despues seríais los »primeros á condenar mi debi»lidad; esta cobardía me cubri»ria de infámia sin ser útil á la

»república: vuestra benevolen»cia se resfriaria, y detestaríais »mas mi vuelta que sentiríais mi »ausencia.»

«Estoy resuelto: esclavo de »los cartajineses, no permaneceȓé en Roma, no pudiendo vivir »en ella con onor: aun cuando »los hombres me hiciesen libre, »me encadenarian los dioses; »porque los he puesto por testi»gos de la sinceridad de mis pro»mesas. Creo en la ecsistencia de »estos dioses; creo que no dejan »impune el perjurio: y su ven»ganza, castigándome, se esten»deria quizá al pueblo romano. »No creo que una vana espia»cion y la sangre de un cordero »laven la mancha que nos eche »un crímen.»

«Sé los suplicios que me espe»ran en Cartago; pero temo mas »la vergüenza del perjurio que la »crueldad del enemigo: la una »hiere solo al cuerpo, la otra »despedaza el alma. No compa»dezcais mi desgracia, porque »me siento con sobrada fuerza »para sostenerla. La esclavitud, »el dolor y la ambre son acci»dentes que la costumbre hace »soportables; si estos males se »hacen escesivos, la muerte nos »libra de ellos, y ya me hubiera »servido de este remedio si no »hiciese consistir mi valor, mas »bien en vencer el dolor que en »alejarlo. Mi deber me manda »volver á Cartago, y he de cum»plirlo. En cuanto á la suerte »que allí me espera, ese es nego»cio de los dioses.»

Asombrados los senadores de tan rara virtud no podian resolverse á entregarlo; pero los cónsules ordenaron que se le dejase en libertad de seguir su jeneroso designio. Sin embargo el pueblo, anegado en llanto, queria emplear la fuerza para retenerlo. Su familia desolada hacia resonar el aire con sus jemidos; pero él, frio é inflecsible enmedio de aquella ciudad conmovida, reusa abrazar á su mujer y á sus hijos, y sale de Roma mucho mas grande que todos los jenerales que habian entrado en ella sobre el carro triunfador.

Rota la negociacion, se embarcaron los embajadores y condujeron á Régulo á Cartago. El furor de esta pérfida nacion la impelió á los escesos mas vergonzosos. Despues de haber cortado los párpados á este ilustre cautivo, se le sacaba del sombrío calabozo y se le esponia al ardor del sol. En fin, le encerraron en un tonel estrecho y erizado de largas puntas de hierro. En él pereció este grande hombre con los mas espantosos tormentos.

El senado romano, para vengarle, entregó á Marcia, su viuda, los prisioneros cartajineses mas distinguidos. Ella los encerró en un armario guarnecido de puntas de hierro en lo interior, y los dejó alli cinco dias sin darles de comer. Amílcar, uno de ellos, resistió á este suplicio, á la ambre y á la infeccion de los cadáveres que le rodeaban. El senado, apiadado de él, le dió libertad, envió á Cartago las cenizas de los otros, y trató con humanidad á los demás prisioneros para mostrar á sus enemigos que sabia vengarse y poner límites á sus venganzas.

Batalla de drepano.—(A. M. 3753.—A. C. 251.) El deseo de la conquista de Sicilia era uno de los motivos del senado para continuar la guerra. Ya no quedaba en esta isla por someter sino Drepano y Lilibea; pero su resistencia y la inconstancia de la fortuna engañaron otra vez la esperanza de los romanos. El pueblo nombró cónsul á Claudio Pulcer, patricio altanero, temerario é irrelijioso, que habia heredado los defectos y no los talentos de su familia. Dispuso mal su escuadra, atacó sin órden la de Aderbal, cerca de Drepano, dejó cortar su línea, no supo volverse á reunir, y perdió ciento veinte galeras.

Antes del combate, los dos augures le dijeron que los auspicios eran contrarios y que los pollos sagrados no querian comer. *Pues que beban,* replicó el cónsul, y los mandó echar al mar. Cuando la supersticion reina sobre la tierra, el jenio debe aprovecharse de su ausilio en vez de arrostarla. Claudio, con su desprecio á los augures, debilitó la confianza del ejército. Su colέga Junio no tuvo mas prudencia: despreciando los consejos de los pilotos, como Claudio el de los augures, se espuso á una tempestad que destrozó sus bajeles contra las rocas.

Roma, ecsausta por estas pérdidas, renunció durante algunos años á los armamentos marítimos, permitiendo á los particulares equipar bajeles á su costa, y cediéndoles las presas que hiciesen al enemigo. De este modo, sin gravar al erario, arruinó el comercio de los cartajineses. El censo celebrado en este año probó que la guerra y los naufrajios habian disminuido la poblacion en mas de cincuenta mil hombres. Poco tiempo despues, Claudia, hermana del cónsul vencido en Drepano, y cuya temeridad habia costado la vida de tantos ciudadanos, viendo en

una ocasion que volvia del teatro, que su carro se detenia por el gran concurso del pueblo, dijo: «¿Por qué no viene mi hermano y manda otra vez los ejércitos? en verdad que mi carro no encontraria tanta dificultad para andar.» Esta palabra cruel, mas ofensiva quizá para su hermano que para Roma, no quedó sin castigo. El pueblo romano, apasionado como Horacio por la patria, citó á juicio á esta nueva Camila, y la condenó á una multa cuantiosa, con la cual mandó el pretor construir una capilla á la Libertad.

Batalla de las Egates, y fin de la primer guerra punica. — (A. M. 3761. — A. C. 243.) Metélo continuaba el sitio de Lilibea, y Fabio comenzaba el de Drepano: los cartajineses, dueños del mar, reforzaban las guarniciones y las socorrian con víveres; y sus ejércitos, mandados por Amílcar Barca, luchaban con igualdad contra los romanos.

Despues de varias campañas sin resultado decisivo, resolvió el senado hacer otra vez la guerra por mar. El cónsul Cayo Lutacio mandó la escuadra, á la cual opusieron los cartajineses cuatrocientas naves. Estas dos armadas, que debian decidir la suerte de Sicilia, se encontraron junto á las islas Egates. Los romanos, inferiores en número, tenian el viento en contra; pero sus soldados y marineros eran valientes, y estaban ejercitados y llenos de ardor. Cartago, que en los ocho años anteriores no habia tenido adversarios en la mar, habia descuidado sus bajeles, y las tripulaciones de los buques se componian de nuevas levas y de marineros poco aguerridos y sin esperiencia. Aterrados al primer choque, ni supieron resistir con valor, ni retirarse en órden. Su derrota fué completa. Lutacio, mas prudente que Régulo, dió oidos á negociaciones de paz, y concluyó un tratado por el cual los cartajineses evacuaron la Sicilia y todas las islas comprendidas entre estas é Italia, entregaron sin rescate los prisioneros, pagaron los gastos de la guerra, y prometieron no ostilizar á Hieron ni á sus aliados.

El senado ratificó esta paz, que fué consumada por un sacrificio solemne y los juramentos de entrambos pueblos. Roma logró el objeto que se habia propuesto en esta guerra, de alejar de Italia á su rival. Redujo á la clase de provincia toda la Sicilia, escepto el reino de Siracusa, y estableció en la isla un pretor

para el gobierno, y un cuestor para la percepcion de las contribuciones.

Mientras que Roma gozaba con seguridad de la gloria que solo habia debido á sus propios medios, Cartago estaba amenazada por los mercenarios que se levantaron. Concluyó esta guerra peligrosa por sí sola sin el ausilio que le ofrecia su rival. Si Roma hubiera persistido en esta senda de justicia y moderacion (pues desechó la promesa que le hacian los sublevados de entregarle á Utica) habria conquistado el mundo con sus virtudes en lugar de oprimirlo con sus armas. Pero los pueblos, como los individuos, resisten mejor al peligro y á la desgracia, que á la ambicion y á la fortuna.

Conquista de Cerdeña.—(A. M. 3764.—A. C. 240.) Los mercenarios de Cartago que estaban en Cerdeña, se rebelaron como los de Africa. Amílcar los echó de esta isla, se refujiaron á Roma, y el senado á instigacion de ellos, declaró á los cartajineses que la Cerdeña pertenecia á Roma por derecho de conquista; que debian restituirla y aun pagar los gastos de la espedicion necesaria para sostenerla. En vano los vencidos invocaron la justicia. Cartago tuvo que ceder, y procuró indemnizarse de sus pérdidas con la conquista de España, donde Roma no le hubiera permitido hacer progresos, á no hallarse amenazada de los galos, que tomaron las armas de nuevo. Aumentándose el poder de los romanos, no solo se aumentó su riqueza, sino que las ciencias y las artes, hijas de la opulencia y del ocio, comenzaron á unir las palmas con los laureles de la victoria. Levio Andrónico componia trajedias y comedias regulares. Nació en esta época Ennio, el primer poeta que hizo conocer á los romanos la elegancia del estilo. Caton, el censor, floreció pocos años despues, y fué tan célebre por la veemencia de su elocuencia varonil, como por la austeridad de sus virtudes republicanas; pero estas virtudes no eran seguramente las de la humanidad, como lo prueba la injusticia con que siempre estuvo ecsortando á los romanos á la ruina de Cartago, y cuyos discursos terminaban siempre con estas palabras: *Delenda est Carthago.*

Los galos, boyos y ligures, continuaban preparándose para la guerra. Publio Valerio los acometió con un ejército, y vencido en la primer batalla, volvió

á reunir sus tropas y consiguió una victoria que costó catorce mil hombres á los galos: pero su primer derrota impidió que triunfase. Tito Graco, su coléga, batió á los ligures, se apoderó de sus fortalezas, y entregó sus costas al saqueo. Con el ausilio de los mercenarios de Cerdeña, desembarcó en esta isla, sometió á los habitantes rebelados, y volvió á Roma con tantos cautivos, que un esclavo sardo, pasaba entonces por una mercadería comun y de poco precio. La guerra contra los galos continuaba. El cónsul Léntulo les dió batalla al Norte del Pó, les mató veinticuatro mil hombres, y les hizo cinco mil prisioneros. La ambicion del senado crecia á proporcion de sus victorias. Estendiendo sus miras al Oriente, ofreció ausilios al rey de Ejipto contra el de Siria; pero aquel monarca los reusó, temiendo un aliado poderoso mas que un enemigo. Los juegos seculares se celebraron en Roma en un momento de grande prosperidad interior y esterior. El rey Hieron vino á verlos: su presencia causó una alegría universal, tanto porque repartió al pueblo doscientas mil medidas de trigo, como porque á su alianza se debia en gran parte el buen écsito de la guerra contra los cartajineses. Además los omenajes de un rey poderoso alagaban el orgullo del senado. La Córcega, destinada á desear siempre la libertad sin poder gozar nunca de ella, se rebeló escitada por los manejos secretos de los cartajineses. Claudio Glicia, enviado contra los rebeldes, hizo un tratado con ellos que no ratificó el senado. Glicia, entregado á los corsos y desechado por ellos, fué condenado en Roma al último suplicio. El cónsul Varo, sometió la isla. La turbulencia de Cayo Flaminio, tribuno del pueblo, hizo renacer la discordia, que parecia desterrada para siempre de la república por la condescendencia del senado. Escitando, para hacerse popular, las pasiones de la muchedumbre, ecsijia que se repartiesen entre los pobres las tierras conquistadas á los galos. Sin hacer caso de la oposicion de los cónsules, ni de las amenazas del senado que mandó emplear la fuerza contra él, convoca el pueblo y hace leer el proyecto de plebiscito. Entonces se conoció cuán superior es la fuerza de las costumbres á la de las leyes. Un anciano se llega al tribunal; este era el padre de Flaminio; y lo echa de su asiento. Aquel tribuno sedicio-

so, dueño de la multitud alborotada y que se burlaba del senado y de los cónsules, pierde la voz y la osadía á la vista de un anciano, y le obedece temblando, sin que el pueblo se atreviese á dar el menor grito contra este acto brillante de la autoridad paterna.

PRIMER DIVORCIO EN ROMA.— En este tiempo vió Roma el primer ejemplo de divorcio. Spurio Carvilio Ruga repudió su mujer por causa de esterilidad: la ley le era favorable y se le permitió valerse de ella; pero las costumbres eran contrarias á esta separacion, y el desprecio público castigó á Carvilio, por una accion ignominiosa aunque legal.

Despues de sometida la Córcega, se cerró el templo de Jano, por la vez primera desde el reinado de Numa. A los pocos meses se volvió á abrir y no se cerró hasta Augusto. Roma debia dar al mundo el ejemplo de una ciudad y de una guerra eterna.

La vestal Tucia, condenada á perecer por estupro con un esclavo, se anticipó al suplicio dándose la muerte. El mismo año causaron un incendio y una inundacion grandes estragos en Roma, mas instruida en el arte de esterminar los hombres que en el de conservarlos. En este tiempo se representaron los primeros dramas del poeta Nevio, cuyas obras, segun el testimonio de Horacio, eran celebradas por su antigüedad en el reinado de Augusto, aunque nadie las leía.

GUERRA DE ILIRIA.— (A. M. 3773.—A.C. 231.) La república, ocupada en la guerra pertinaz que le hacian los galos y los ligures, tuvo que sostener otra contra los ilirios, cuyos piratas infestaban las costas de Italia, cautivaban los mercaderes de Brundusio, y acababan de robar la isla de Isa perteneciente á los romanos.

Antes de emplear las armas para obtener satisfaccion de estas injurias, dos patricios de la familia de los Coruncanios, pasaron de órden del senado á Iliria á dar sus quejas á Teuta, madrastra del rey Pineo, y rejente del reino. Esta les respondió que los bajeles de su gobierno respetarian á los romanos; pero que los reyes de Iliria no tenian la costumbre de impedir á sus vasallos que se enriqueciesen por medio del corso. El mas jóven de los embajadores replicó: «La costumbre de Roma es valerse de sus fuerzas »para vengar las injurias de sus »ciudadanos, y en breve obligará á los reyes de Iliria á renunciar á sus hábitos.»

La reina disimuló su ira y dejó partir los embajadores, pero envió en su seguimiento á unos corsarios que se apoderaron de los buques en que iban, echaron al mar los comandantes, apresaron las tripulaciones, y asesinaron al jóven Coruncanio.

Roma declaró la guerra, que fué corta y feliz. Aquella nacion bárbara, sin táctica ni disciplina, no podia resistir á los romanos. Estos se apoderaron de Corcira : Apolonia y Dirraquio se sometieron voluntariamente, prefiriendo la dominacion de una república ilustrada, á la tiranía casi selvática de los reyes de Iliria. Teuta, vencida, quiso entrar en negociacion; pero el senado no concedió la paz sino al jóven Pineo. Se convino que pagaria un tributo, cederia una parte de la Iliria, y se obligaria á no tener mas marina que dos buques sin armas. Se quitó la rejencia á Teuta y se dió á Demetrio de Faros.

Entretanto Cartago hacia grandes progresos en España, y Roma, temerosa de su engrandecimiento, celebró un tratado con Asdrubal, yerno de Amílcar y gobernador en la península. Por esta convencion se aseguraba la independencia de Sagunto, aliada de Roma, y se ponian en el rio Ebro los límites de las conquistas cartajinesas.

Roma, tan activa en estender sus alianzas y autoridad, como en quitarle á su rival sus posesiones y amigos, buscaba ya los medios de penetrar en Grecia y echar los cimientos de su dominacion en aquel pais. El procónsul Postumio, que habia quedado en Iliria, envió desde Corcira embajadores á los étolos y aqueos, informándoles de la guerra que habia emprendido la república, para libertar la Italia y la Grecia de los piratas ilirios. Otra embajada fué con igual mision á Atenas y Corinto. En todas partes fueron recibidos con el aprecio que inspira la victoria. Los pueblos desunidos y flacos de la Grecia buscaban la amistad del fuerte que debia subyugarlos á todos.

Los corintios concedieron á los romanos el derecho de asistir á los juegos ístmicos. Los atenienses hicieron alianza con ellos, los admitieron á los misterios eleusinos y les dieron la ciudadanía.

El senado habia permitido á los habitantes de Corcira gobernarse por sus propias leyes: política hábil y propia para ganar la amistad de los griegos, que se dejaban encadenar siempre que

se les mostrase una sombra de libertad.

Batalla de Telamon.—(A. M. 3777.—A. C. 227.) Mientras Roma comprimia á Cartago en el Occidente con sus amenazas, y abria las puertas del Oriente á su política, se vió acometida de nuevo por los galos, enemigos ostinados y temibles, cuyo nombre solo aterraba á la ciudad. Se consultaron los libros sibilinos, y como estuviese escrito en ellos que los griegos y galos se apoderarian de la tierra romana, enterraron vivos un galo y una gala, un griego y una griega, para eludir el oráculo. Despues de haber aplacado, segun creian, la cólera de los dioses con este crímen, el senado empleó un medio mas eficaz para conjurar la tormenta. Todo el pueblo corrió á las armas: todos los aliados dieron los socorros estipulados; y los historiadores dicen que Roma reunió para esta guerra un ejército de setecientos mil hombres. El continjente solo de los venetos ascendió á veinte mil.

Los galos, atraidos por la fertilidad del pais, la suavidad del clima y el ardor del pillaje, habian reunido una multitud inumerable de guerreros, que entraron como un torrente por la Toscana. Los bárbaros atacaron al cónsul Emilio antes que hubiese reunido todas sus fuerzas; y le hubieran oprimido á pesar de su resistencia, á no retardar la marcha de los galos el deseo de conservar su botin. Atilio, coléga de Emilio en el consulado, acababa de desembarcar con sus lejiones viniendo de Cerdeña, y atacó la retagurdia de los galos. Emilio, aprovechándose de este socorro no esperado, los acometió por el frente. Aunque puestos entre dos enemigos, disputaron largo tiempo la victoria, lo que hizo mas espantoso el estrago. Murieron cuarenta mil galos, y diez mil quedaron prisioneros. Uno de sus reyes quedó cautivo y otro se dió la muerte. El cónsul Atilio pereció en el combate, y Emilio gozó de los honores del triunfo y condujo encadenados al Capitolio al rey y á los príncipes galos prisioneros, que habian jurado subir á él vencedores.

Batalla del Adda.—(A. M. 3779.—A. C. 225.) Dos años despues los romanos, prosiguiendo el curso de sus victorias, pasaron el Pó; pero diversos presajios, un temblor de tierra y la caida del coloso de Rodas, hicieron creer al senado que habia sido mal hecha la eleccion de los cónsules Cayo Flaminio y Publio Furio,

y les mandó que volviesen á Roma. Flaminio tenia mas amor á la gloria que respeto á los auspicios, y persuadió á su colége no abrir la carta del senado hasta despues de la batalla. La fortuna favoreció su osadía: las lanzas romanas inutilizaron los sables de los galos, que fueron derrotados completamente con pérdida de nueve mil hombres; los romanos saquearon el pais.

Flaminio, ya vencedor, respondió que no obedeceria al senado; pues su victoria refutaba suficientemente á los augures. Terminada la campaña volvió á Roma, donde el senado le negó el triunfo, y el pueblo se lo concedió; y como los galos, siemre presuntuosos, habian ofrecido al dios Marte un collar de oro hecho con los despojos de los romanos, Flaminio ofreció á Júpiter collares y brazaletes que les habia quitado. Los cónsules, satisfechos de su triunfo cedieron al senado y abdicaron. Sucediéronles Claudio Marcelo y Cornelio Scipion.

Batalla de acera.—(A. M. 3780.—A. C. 224.) Marcelo pasó el Pó al frente de las lejiones romanas, y dió una gran batalla á los enemigos cerca de Acera. Al principio de ella se espantó el caballo del cónsul con la gritería de los bárbaros, y se volvió atrás. El cónsul, temiendo que este movimiento pareciese un mal presajio, detiene el caballo, lo vuelve al lado del sol, y promete á Júpiter Feretrio la armadura mas rica de los enemigos.

Al mismo instante ve al rey Viridomaro cubierto de armas brillantes de oro y plata, que adelantándose valerosamente le llamaba y desafiaba al combate. Marcelo le acomete, le derriba de un lanzazo, lo atraviesa con su espada, le quita la armadura y dice: «Júpiter: soy »el segundo jeneral romano que »logra despojos ópimos: los debo »á tu ausilio: continúa protejién»donos mientras dure la guerra.» La muerte de Viridomaro esparció el terror entre los bárbaros: los romanos se arrojan á ellos, y los derrotan matándoles mucha jente. Despues de haber seguido el alcance se reunió Marcelo con su colége, que habia tomado á Acera y sitiado á Mediolano (Milan). Se apoderaron de esta ciudad, que ya era grande y opulenta, y tambien de Como.

Los galos pidieron la paz, se sometieron á pagar un tributo, y cedieron á Roma una parte de su territorio. La primer vez que Roma oyó hablar de los jerma-

nos fué durante esta gloriosa campaña. Un cuerpo numeroso de aquella nacion habia pasado el Rheno (Rhin) y se habia unido á los galos, con la esperanza de tener parte en el saqueo de Italia. El triunfo de Marcelo fué tan brillante como útil su victoria, pues completó la conquista de Italia hasta los Alpes. Llevó los despojos de Viridomaro al templo de Júpiter Feretrio; el senado envió á Delfos una copa de oro, é hizo regalos magníficos al rey Hieron, fiel aliado de Roma.

Entretanto el grande Annibal, nombre funesto á la república, sucesor de Asdrubal su cuñado en el gobierno de España, se preparaba á vengar las injurias de Cartago. Antes de combatir contra este enemigo formidable, los romanos tuvieron que sostener una nueva guerra contra los istrios y los ilirios que se habian rebelado. Emilio los sometió y se hizo dueño de la ciudad de Fáros. El rejente Demetrio, vencido, se retiró á la corte de Filipo, rey de Macedonia, al cual inspiró contra Roma el aborrecimiento que le arruinó á él, á su familia y á su reino. El senado hizo la paz con el rey de Iliria, y Emilio triunfó. En su consulado, Arcagato trajo la medicina del Peloponeso á Roma: pues aunque en esta ciudad habia un templo consagrado á Esculapio, la templanza habia sido hasta entonces el único preservativo de las enfermedades, y no por eso dejó de crecer rápidamente la poblacion. El nacimiento del lujo y de las costumbres corrompidas hizo sentir la necesidad del arte médica.

Los romanos, para contener á los galos, fundaron las colonias de Placencia y Cremona: freno que irritó á los bárbaros é incitó á los insubres y á los boyos á favorecer los proyectos de Annibal. Este gran capitan sitiaba entonces á Sagunto, en desprecio de los tratados, y daba la señal de la guerra entre dos repúblicas demasiado ambiciosas, poderosas y enemigas, para que pudiesen ecsistir á un mismo tiempo.

CAPITULO VI.

SEGUNDA GUERRA PUNICA.

Causa de esta guerra. — Espedicion de Annibal á Italia. — Batalla del Trebia. — Batalla del Trasimeno. — Dictadura de Fabio. — Artificio de Annibal. — Vuelta de Fabio á Roma. — Batalla de Cannas. — Armamento de Roma. — Vuelta del cónsul Varron á Roma. — Dictadura de Marco Junio. — Sitio de Capua. — Batalla del Metauro. — Magnanimidad del jóven Scipion. — Toma de Cartago nova ó Cartajena por el jóven Scipion. — Entrevista de Scipion y de Annibal. — Batalla de Zama. — Derrota de los cartajineses. — Paz entre Roma y Cartago.

Causa de esta guerra. — Muchos historiadores atribuyen la segunda guerra púnica á la infraccion del tratado de paz, cometida por los cartajineses haciendo guerra á Sagunto. Polibio observa sagazmente que la toma de esta ciudad fué el principio y no la causa de la guerra. Habia entre las dos repúblicas motivos de enemistad eterna: el socorro dado por los cartajineses á los tarentinos; la usurpacion de Córcega y Cerdeña por los romanos: la humillacion de Cartago y la pérdida de Sicilia, y la inseguridad del poder de Roma mientras no arruinase á la única nacion que podia disputarle el imperio del mundo. La paz no habia estinguido los odios: solo fué una tregua de enemigos cansados; y reparadas las fuerzas de ambos pueblos, el menor pretesto era suficiente para volver á tomar las armas.

El senado envió á Annibal embajadores para ecsortarle á levantar el sitio de Sagunto, cuya independencia garantizaba un tratado. El jeneral cartajinés no quiso oir á los enviados de Roma; y la acojida que recibieron en Cartago fué desfavorable. Sagunto, sin ausilios, propuso capitular; pero se le ofrecieron condiciones tan duras, que los senadores de esta ciudad, prefi-

riendo la muerte á la ignominia, pusieron fuego á sus casas, perecieron en las llamas con sus familias, y solo dejaron á sus vencedores amontonadas cenizas.

El saqueo de esta gran ciudad facilitó al jeneral africano los medios de ganar muchos partidarios en Cartago para dominar enteramente al partido de Hannon, que hasta entonces, y á causa de la paz, se habia opuesto á la ambicion guerrera de la faccion Barcina.

Cuando se supo en Roma el desastre de Sagunto, la indignacion fué jeneral. Patricios, caballeros, plebeyos, todos decian con altivez que no conservarian los romanos un solo aliado, si tan despreciada se veia su proteccion. Nuevos embajadores marcharon á Cartago para pedir una satisfaccion solemne; y como no obtuviesen sino respuestas vagas, Fabio, jefe de esta embajada, presentando á los senadores una punta de su manto plegada en la mano, les dijo: «Responded terminantemente: aquí »os traigo la paz ó la guerra; es»cojed.—Escoje tú mismo, le »respondieron.—Pues bien: la »guerra escojo, dijo Fabio sol»tando el estremo de su manto. »—Y nosotros, resplicó el su»fete, la aceptamos de corazon y »la haremos del mismo modo.»

Espedicion de Annibal a Italia.—(A. M. 3786.—A. C. 218.) No temiendo Roma á los enemigos en Sicilia, creia segura la Italia porque no conocia el gran jenio de Annibal; y pensaba que el teatro de la guerra serian España y Africa. Armó varias escuadras y preparó lejiones destinadas á pelear en el Ebro. Annibal entretanto atraviesa la España con la rapidez del rayo, pasa los Pirineos, y ya estaba junto al Ródano, cuando los romanos le creian en Sagunto. La celeridad de sus victorias y el terror de sus armas le adquirian aliados en todas partes, cuando los pueblos á quienes querian atraer los romanos, les respondian con desprecio: *Buscad amigos donde se ignore el desastre de Sagunto.* Es verdad que el senado, á pesar de su prevision, habia cometido un grave yerro ocupando sin necesidad todas sus fuerzas en Iliria, en lugar de enviar el ejército de Emilio al socorro de sus aliados de España. Así no le quedó mas que un amigo al otro lado de los Alpes, que fué la república de Masilia, colonia griega, rica y poderosa. Al mismo tiempo se rebelaron los galos cisalpinos y batieron al pretor Manlio.

El cónsul Cornelio Scipion, salió para Marsella con su ejército, determinado á pasar á España. Pero al llegar á esta ciudad supo con admiracion que Anníbal atravesaba al Ródano. Quinientos jinetes, que envió á hacer un reconocimiento, vencieron, no sin pérdida, á un cuerpo de caballería numida que encontraron. Con este presajio favorable quiso acometer á Anníbal antes que pasase los Alpes; pero el cartajinés le llevaba tres dias de marcha. Varió entonces su plan, no atreviéndose entre los galos y los africanos y se embarcó para Jenua con el intento de salir al encuentro á Anníbal cuando bajase á las llanuras de Italia.

Facil es conocer la imprevision de Roma en una invasion, cuya temeridad era sin ejemplo. Cuando Alejandro invadió el Asia, tenia los recursos que le habia preparado Filipo; la memoria de Maraton y Platea animaba á los griegos: la retirada de los diez mil, y las victorias recientes de Ajesilao, probaban la facilidad de la conquista: la disciplina griega debia conseguir triunfos rápidos de la molicie persiana. Pero Anníbal, jefe de un pueblo vencido en cien batallas, atacaba á Roma, circundada de hierro y poblada de héroes. Ausiliado de solo su jenio y lejos de su patria, dejaba tras sí veinte pueblos enemigos, y marchaba temerariamente á Italia, aislado de todos los puntos que podian socorrerle, y privado de recursos en el caso de una derrota.

Al bajar de los Alpes, cuyo tránsito le costó una gran parte de su ejército, halló á Scipion junto al Ticino. El senado dió órden á su coléga Sempronio de pasar de Sicilia á Italia para reunirse con el otro cónsul. La prontitud de Anníbal impidió esta reunion, la superioridad de la caballería numida le dió la victoria, y Scipion, herido en el combate, abandonó al enemigo toda la Galia transpodana y se retiró á Placencia, situada mas allá del Pó. Los insubres y boyos se hicieron aliados de Anníbal, y se le pasaron dos mil galos que militaban en el ejército de Scipion. El cónsul Sempronio, despues de vencer una escuadra cartajinesa que atacó á Lilibea, pasó á Italia y se reunió con Scipion junto al Trevia.

Batalla del Trevia.— Los ejércitos consulares constaban de cuarenta mil hombres, pero visoños. Scipion queria retardar el combate para darles tiempo de ejercitarse. Sempronio, temiendo mas á un sucesor que al enemigo, y deseando aprovecharse

para adquirir gloria del momento en que la herida de su colega le dejaba el mando, resolvió dar la batalla: ataca al enemigo, cae en una emboscada en donde le precipitó su temeridad, y deja en poder de Annibal la victoria y toda la Italia que está al Norte del Apenino.

Batalla del Trasimeno.—(A. M. 3787.—A. C. 217.) Sempronio, siempre arrogante, escribió á Roma que le habia vencido la naturaleza, no el enemigo: y que hubiera ganado la batalla á no ser por el escesivo rigor del frio. En estas críticas circunstancias el senado, con su acostumbrada actividad, tomó las medidas necesarias para conjurar la terrible tempestad que le amenazaba: pidió ausilio á Hieron, aliado raro, pues permaneció fiel en la desgracia; armó sesenta navíos y envió á España á Cneyo Scipion, el cual, mas venturoso que su hermano, venció y dió muerte á Hannon, gobernador de las provincias del Ebro, y conquistó desde los Pirineos hasta aquel rio. Los nuevos cónsules Servilio y Flaminio, mas cuidadosos de obtener mando que de cumplir las formalidades relijiosas, dieron con su imprudencia al enemigo el apoyo de la superstición. Flaminio, que habia vencido á los galos burlándose de la autoridad del senado, y de las amenazas de los augures, salió de Roma sin tomar los auspicios; lo que al pueblo le pareció un presajio funesto.

Annibal penetró en Etruria por el camino de la laguna de Clusio, irritó con sus depredaciones la temeridad del cónsul Flaminio, finjió dirijirse á Roma atravesando un desfiladero colocado entre el lago Trasimeno y las montañas vecinas, y atrajó á su imprudente enemigo á aquel paraje peligroso, donde pereció con la mayor parte de su ejército, dejando toda la Italia á merced del vencedor.

Cuando llegó á Roma la noticia de la derrota de Flaminio, el senado no trató de debilitar la impresion que debia causar con vanas palabras. El pretor subió á la tribuna, y dijo: *hemos sido vencidos en una gran batalla*. El pueblo romano no se abatia en el infortunio como las naciones cobardes.

Dictadura de Fabio.— Mas, aunque no mostrase un abatimiento vergonzoso, la inquietud era estrema: se ecsajeraba la pérdida en vez de atenuarla: y las mujeres morian de placer, viendo volver á los hijos ó esposos que creian perdidos.

La república, hallándose en un gran peligro, nombró dictador á Fabio, uno de los mas grandes hombres de su siglo. Solo su prudencia y su firmeza podian contener los progresos de Annibal, como un dique opuesto á la impetuosidad de un torrente. Su jeneral de caballería fué Minucio Rufo, semejante en la presuncion á los jenerales vencidos por el cartajinés. El dictador, habiendo cumplido escrupulosamente las ceremonias relijiosas, levantó un poderoso ejército, y se puso á su frente, encargando al cónsul Servilio la defensa de las costas. No tardó Annibal en conocer que los romanos habian mudado de sistema, y que su adversario era mas dificil de sorprender que Flaminio.

Fabio entra con su ejército en la Apulia, evita los llanos, ocupa las alturas, ostiga al enemigo, le corta los víveres, ataca y degüella á sus forrajeadores, y se mantiene siempre á tal distancia, que estaba en su mano aceptar ó reusar el combate. La tala de los campos, el incendio de las aldeas, las provocaciones de la caballería numida, las maniobras y astucias de Annibal, no pudieron hacer bajar á Fabio á las llanuras. El jeneral africano tenia necesidad de batallas, y solo se le daban acciônes de puestos en los cuales siempre salian gananciosos los romanos. Minucio y las tropas, enfurecidos de ver encadenado su brio daban á esta sabia contemporizacion el nombre de timidez, y á la prudencia de su jeneral, el de cobardía. Todos pedian á gritos la batalla: las vociferaciones de la tropa se repetian en Roma, y toda la república conspiraba contra su salvador, mas admirable por haber resistido á los suyos y á la opinion popular que á Annibal.

Artificio de Annibal.—Este, no pudiendo subsistir en la Campania por falta de víveres, pasó á la Apulia: Fabio le rodeó en el desfiladero de Casilino; pero el jenio fecundo de Annibal le libertó de este peligro. Enmedio de la noche hizo marchar ácia las alturas un gran número de bueyes con teas encendidas atadas en las astas, que no tardaron en enfurecerlos y en abrasar los bosques. Los romanos que guardaban la salida del valle, creyeron atacado al dictador, volaron á su socorro, y Annibal escapó.

Sin embargo la fortuna, segun parecia, se cansaba de ser contraria á los romanos. Cneyo Sci-

pion, continuando sus triunfos en España, sorprendió en la embocadura del Ebro la escuadra cartajinesa, le apresó veinte buques y taló el pais hasta las puertas de Cartago nova (*Cartajena*). Asdrubal marchó contra él con un ejército poderoso, y perdió dos batallas y veinte mil hombres: los romanos victoriosos se apoderaron de muchas plazas. Servilio derrotó con una armada de ciento veinte bajeles, la de los cartajineses que se habia aprocsimado á las costas de Italia. Publio Scipion reforzó á su hermano con otro ejército, y los dos reunidos tomaron á Sagunto y se apoderaron de los reenes españoles que los cartajineses conservaban en aquella plaza: lo que les proporcionó la alianza con muchas ciudades de España. Mientras que la prudencia del senado, el valor de los Scipiones y la habilidad de Fabio neutralizaban la fortuna de Annibal, las locas pasiones del pueblo romano estuvieron para destruir la obra de la política.

Vuelta de Fabio a Roma.— El dictador fué á Roma á cumplir deberes relijiosos, habiendo proibido á Minucio pelear en su ausencia. Este jefe presuntuoso desobedeció, sorprendió á los cartajineses que se habian dispersado para forrajear, les mató mucha jente y los persiguió hasta las puertas de su campamento. Este triunfo, nada decisivo, pero brillante, llevó á su colmo la arrogancia de los detractores de Fabio y el descontento de la muchedumbre.

Un tribuno del pueblo declamó violentamente contra la timidez de Fabio, diciendo: «Los ro»manos mandados por un jene»ral tan débil no se atreven á »mirar la cara de los enemigos. »Otras veces las lejiones se ar»maban para pelear; hoy para »huir: atacaban á los bárbaros »en sus campamentos; aora se »quedan encerrados en las tien»das, y sufren las insolentes »provocaciones de los africanos, »y el robo de los campos de »Italia. Sin la ausencia del dicta»dor hubieran quedado impunes »todos estos ultrajes: al fin los »romanos, libres de su presencia, »han sacado la espada, y los car»tajineses han huido. Si quereis »concluir la guerra, dad á vues»tros valientes guerreros un a»dalid digno de mandarlos.»

Annibal, que no ignoraba estas altercaciones, las ensangrentaba con habilidad dando órden á los numidas de que respetasen en sus saqueos los campos de Fabio. Ultimamente el pueblo,

alucinado por los envidiosos de este gran jeneral, dió un decreto sin ejemplo, dividiendo la dictadura entre Fabio y Minucio.

Un alma comun no hubiera oido mas voz que la del orgullo ofendido, y hubiera hecho la dimision de su empleo. Fabio consideró el peligro de su patria y obedeció. Volvió al campamento y dió á Minucio la mitad de su ejército para tener salva la otra mitad, y no quiso el mando alternativo que hubiera comprometido las lejiones.

Minucio, orgulloso con su triunfo, no manifestó deferencia alguna á su jefe, se burló de su lentitud, despreció las luces de su esperiencia y los consejos de su moderacion; y adelantándose temerariamente á la cabeza de las tropas que llevaba, redobló su audacia viendo huir á los numidas. El arrogante jeneral atacó al ejército africano, cayó en una emboscada, y sufrió una derrota cuya consecuencia hubiera sido su completa destruccion, si Fabio, que todo lo habia previsto, no hubiera acudido al momento á su socorro. Su presencia restableció el combate; venció y rechazó al cartajinés, y despues de la victoria se retiró modestamente á su campo.

Minucio, curado de las ilusiones de un necio orgullo, tuvo al menos el raro mérito de reconocer su error; y reuniendo sus lejiones, les habló de este modo: «Romanos: el hombre no es in»falible; pero el prudente debe »aprovecharse de las faltas pasa»das. La fortuna me ha sido mas »favorable que adversa, porque »me ha enseñado en un dia lo »que no habia aprendido en un »largo estudio. Conozco que no »poseo todas las prendas que se »requieren para mandar, y que »tengo todavia necesidad de ser »dirijido. Lejos de ostinarme »en ser el igual de un hombre á »quien es mas glorioso ceder, »declaro que el dictador será »vuestro jefe, escepto en este »momento que me pondré al »frente de vosotros para espre»sarle nuestro reconocimiento, »y daros el ejemplo de la obe»diencia que todos le debe»mos.»

Dicho esto, marcha al campamento de Fabio, acompañado de los estandartes y seguido de las tropas. Fabio, que ignoraba su proyecto, salió á recibirle. Minucio al verle, puso las banderas á sus pies y le llamó padre. Sus soldados siguieron su ejemplo, y llamaron á los de Fabio patronos, nombre con que denotaban

los libertos á los que habian roto sus cadenas.

Cuando cesaron estas aclamaciones, dijo Minucio á Fabio: «Ilustre dictador: hoy has al»canzado dos victorias; una so»bre Annibal por tu valor, la o»tra sobre mí por tu prudencia »y jenerosidad: con la una nos »has salvado, con la otra me has »instruido. Dóite pues el nom»bre de padre, porque no conoz»co otro mas venerable, y que »recuerde mejor que todos te »debemos la vida.» Dicho esto, abrazó al dictador. Los soldados de entrambos ejércitos se abrazaron mútuamente, y jamás se vió un triunfo mas agradable que aquel, pues sometió el orgullo á la prudencia y trocó la envidia en reconocimiento.

Batalla de Cannas.—(A. M. 3788.— A. C. 216.) Fabio abdicó la dictadura cuando concluyó la campaña. Los cónsules Servilio y Régulo, siguieron el sistema de guerra del dictador, costeando sin cesar á Annibal, y no ofreciéndole nunca la batalla. De este modo faltaron los víveres en el campo africano, y con una poca de contemporizacion Annibal estaba perdido. Mas el pueblo romano, deseoso de batallas, aborrecia esta lentitud saludable. Nombró cónsul á Emilio, el vencedor de Iliria, capitan hábil y prudente, y le dió por colége, movido de las declamaciones de los tribunos, á Terencio Varron, hombre nuevo, hijo de un carnicero y muy amado de la plebe, porque era enemigo de los patricios y uno de los mas ardientes detractores de Fabio. Este cónsul turbulento y jactancioso, acusaba abiertamente á los senadores de haber llamado á Annibal á Italia para oprimir con este pretesto al pueblo. «Mientras ellos manden, de»cia, su ambicion prolongará la »guerra: porque gustan de man»do aunque no de las batallas. »En lugar de llevar cobarde»mente nuestras lejiones á las »montañas y á los bosques, aco»meteré en derechura al ene»migo, y dentro de poco no ha»brá africanos en Italia.»

Marcelo fué de pretor á Sicilia y Postumio Albinio á la Galia Cisalpina. Los procónsules Servilio y Régulo tuvieron órden de no pelear hasta la llegada de los cónsules al ejército: lo que les impidió oponerse á los movimientos de Annibal: este se apoderó de la ciudadela de Cannas que dominaba la Apulia y le proporcionaba víveres. En las demás guerras la república no alistaba anualmente mas que

cuatro lejiones, compuesta cada una de cuatro mil infantes y doscientos caballos.

Segun una costumbre antigua y prudente, se dividian los ejércitos consulares para no comprometer á un solo trance todas las fuerzas del estado; pero entonces se reunieron, y formaban una masa de ochenta mil infantes y siete mil caballos. Annibal tenia cuarenta mil hombres de infantería y diez mil jinetes.

Cuando Emilio partió de Roma, previendo Fabio su infortunio, le dijo que temia para él la ignorancia presuntuosa de su coléga mas que el valor y la habilidad del enemigo. Los ejércitos romanos se acamparon en las dos orillas del Aufido, á dos leguas del campo cartajinés.

Emilio aconsejaba que se difiriese el combate, y se atrajese el enemigo ácia un pais cortado donde la caballería numida perdería su superioridad. Fiel á su sistema, sostuvo mientras pudo el ardor de sus tropas; pero cuando llegó el dia en que tocaba mandar á Varron, llevó el ejército mas poderoso que habia tenido Roma al degolladero preparado por Annibal, é hizo célebres los campos de Cannas con la derrota mayor que sufrió la república romana. Al empezar el combate, como se admirase Jiscon, oficial africano, del gran número de los enemigos, le replicó Annibal: «Lo mas admi»rable es que entre tantos hom»bres no hay ninguno que se »llame Jiscon como tú.» Quedaron muertos setenta mil entre romanos y aliados, y diez mil fueron prisioneros. Varron huyó á Venusa con cuatrocientos jinetes: Emilio, Minucio y los dos procónsules murieron en la batalla. Léntulo, abriéndose paso por medio de los enemigos con un escuadron escojido, encontró á Emilio sentado en una peña y cubierto de sangre. Se detuvo y le instó para que se salvase en su caballo. «Sálvate á tí, re»plicó el cónsul y á esos valien»tes. Yo no sobreviviré á tantos »intrépidos guerreros. Di á Fa»bio que al morir me acuerdo de »sus sabios consejos y de su a»mistad.»

Armamento de roma. — No habiendo podido retirarse ninguna de las reliquias de Cannas, las noticias primeras del desastre fueron vagas é inciertas; pero algunos hombres del campo supieron lo bastante para causar una terrible consternacion. En medio del abatimiento universal, Fabio solo firme é invenci-

ble, consolaba los ánimos y alentaba las esperanzas. Por su consejo se enviaron correos á todos los caminos para tomar informes de los fujitivos, y preguntar si aun quedaba ejército: se colocaron cuerpos de guardia en las puertas de la ciudad para impedir que los ciudadanos saliesen sin permiso: se mandó á todos los hombres tomar las armas: las mujeres que corrian por las calles, aumentando con su dolor la afliccion comun, tuvieron órden de no salir de sus casas. Y los senadores, visitando á las familias, procuraron despertar el valor é inspirar la confianza.

Despues del primer momento de consternacion, viendo que Annibal no se acercaba á Roma, renacieron las fuerzas de esta ciudad. Todos los ciudadanos llevaron al tesoro público el dinero que tenian: se levantaron cuatro lejiones y se alistaron ocho mil esclavos. Se abrieron las cárceles, y dieron seis mil soldados. Los trofeos anteriores proveyeron de armas, viejas á la verdad, pero que recordaban la gloria é inspiraban denuedo. Se contaba con las tropas de los pretores, cuando se supo que Postumio habia caido en una emboscada y perecido con todo su ejército. El pueblo se entregó á las crueldades de la supersticion, é inmoló dos galos y dos griegos.

Vuelta del cónsul Varron a Roma.—A pesar de lo inminente del riesgo, el senado, fiel á sus antiguas mácsimas, no quiso rescatar ocho mil prisioneros que Annibal le ofrecia, para aumentar la intrepidez del soldado con el temor de un cautiverio perpétuo. El cónsul Varron, habiendo reunido diez mil hombres, de las lejiones de su ejército, volvió á Roma. Todos los órdenes del estado, en vez de imitar la crueldad de Cartago con sus jenerales, salieron á recibirle, y le dieron solemnes acciones de gracias por no haber desesperado de la salud de la república.

Esta conducta política disminuia á los ojos del pueblo la impresion del peligro y alentaba su confianza. La desgracia de las armas romanas inspiró en este tiempo á muchos oficiales del cuerpo que reunia el cónsul, el deseo de abandonar la Italia. Metélo era el principal actor de este proyecto. El jóven Scipion, hijo de Publio, encargado del mando interino en ausencia del cónsul, marcha con algunos soldados á la casa adonde estaban reunidos Metélo y sus parciales, entra con la espada en la mano,

y les declara que van á morir, si no juran que jamás abandonarán la república. Así fué como este guerrero, destinado á triunfar de Cartago, restituyó con su firmeza á la patria y al onor aquellos valerosos que no tardaron en avergonzarse de su debilidad.

DICTADURA DE MARCO JUNIO.— Marco Junio, nombrado dictador, y Sempronio, su jeneral de caballería, desplegaron tanta actividad, que en breve tuvo Roma un ejército; pero la derrota de Cannas le habia quitado muchos aliados. Los samnitas y campanios le abandonaron, y Annibal estableció en Capua su cuartel jeneral.

Despues de tantos reveses amaneció la aurora de la prosperidad. Marcelo venció junto á Nola un cuerpo del ejército cartajinés, y los dos Scipiones, despues de haber derrotado completamente á Hannon en España, hicieron un gran servicio á la república, destruyendo el ejército de Asdrubal, cuando se preparaba á pasar á Italia.

Lo que perdió á Annibal, no fueron, como han dicho muchos historiadores, las delicias de Capua. Sus numerosos combates, durante muchos años, probaron demasiado á los romanos cuánto valor y disciplina habia conservado el ejército de Annibal. La verdadera causa del mal resultado de esta guerra fué la division que ecsistia en el senado de Cartago. La faccion de Hannon contrariaba incesantemente todos los planes de Annibal. Cuando este jeneral envió al Africa la noticia de su victoria, derramó enmedio del senado los anillos por fanegas, cojidos á los caballeros romanos. Hannon le censuró solicitase ausilios cuando era vencedor, y que pidiese víveres cuando era dueño de Italia. Esta faccion, sacrificando el interés de su patria á su odio contra Annibal, en vez de darle los medios para esterminar á los romanos, envió tropas á Sicilia y Cerdeña, en donde perdieron sin utilidad dos batallas, mientas que la mitad de estos refuerzos, llegada á tiempo á las banderas del ejército victorioso, hubiera consumado la ruina de Roma.

Interin esta república, muerta y dividida, hacia con debilidad una guerra que hubiera ecsijido tanto vigor, el senado romano, siempre firme en sus proyectos, siempre activo en sus operaciones, intimó á Filipo, rey de Macedonia, lo entregase á Demetrio de Faros, y declaró la guerra á aquel monarca porque

habia hecho alianza con Anníbal. En el momento en que Roma adquiria un nuevo enemigo, perdia un aliado fiel. Hieron, rey de Siracusa, murió. Su sucesor Hieronimo fué asesinado, y el partido cartajinés predominó en aquella ciudad. El cónsul Marcelo la cercó, y despues de un sitio memorable, que hicieron muy largo los talentos mecánicos de Arquimedes, tomó la plaza por sorpresa, y puso en poder de los romanos toda la Sicilia. Anníbal mostraba todo cuanto puede hacer un grande hombre con un pequeño ejército. Sin refuerzos, y debilitándose aun con sus mismas victorias, se sostenia sin embargo en Italia, lo que era un verdadero prodijio. Uniendo la astucia á la fuerza, se aprovechó de todos los yerros del enemigo para hacerle daño. Cuando se le creia ocupado únicamente en defenderse, sorprendió y tomó á Tarento.

Sitio de Capua.—(A. M. 3791. —A. C. 213.) Los romanos, para privarle del centro de sus operaciones, pusieron sitio á Capua: Anníbal voló á socorrerla, atacó las líneas romanas y no pudo forzarlas. Entonces marchó á Roma, y se presentó inopinadamente delante de la puerta Colina, para librar á Capua con esta diversion.

El senado, con el terror de su llegada, queria llamar el ejército de Campania. Fabio se opuso á ello, y fué aprobado su dictámen de que se continuase el sitio y solo viniesen á Roma quince mil hombres. Los romanos no se limitaron á defender la ciudad, sino que se acamparon fuera de los muros. Dos dias seguidos se creyó que una batalla sangrienta iba á decidir la suerte de ambas repúblicas, y dos veces al mometo de dar la señal, una tempestad espantosa, y lluvias abundantes separaron á los combatientes. La supersticion hizo creer que el cielo se oponia á que se diese la batalla.

Los romanos lejos de temer viendo á Cartago á sus puertas, enviaron en aquellos dias numerosos refuerzos á España, y el campo donde Anníbal tenia sus reales, se vendió sin perder nada de su precio. El cartajinés, no pudiendo ni pelear ni aterrar á su enemigo, movió con su ejército ácia Neópolis. Capua cayó en poder de los romanos; y para castigarla por su defeccion, ejercieron venganzas atroces, dando muerte á todos los senadores y reduciendo el pueblo á la esclavitud. Por otra parte los

dos Scipiones, cuya union les habia dado tantas victorias en España, dividieron sus ejércitos: yerro que espiaron siendo vencidos y muertos uno despues de otro por los cartajineses. Neron, que les sucedió, no pudo reparar sus pérdidas, y acabó de perder lo que habian conquistado los romanos en aquel pais. Cuando se trató en Roma de remplazarlo, los mas atrevidos huian de solicitar un empleo espuesto á tantos riesgos, y que daba muy pocas esperanzas de victoria; y así nadie se presentaba como candidato. Publio Scipion, de edad entonces de veinticuatro años, fué el único que osó pedir el gobierno de España, y á pesar de su corta edad, lo obtuvo por su elocuencia y talento. Este nombramiento fué la salvacion de Roma y la ruina de Cartago.

Las armas romanas comenzaban ya á transferir á Grecia el temor que Pirro habia inspirado en Italia. Levino atacó al rey de Macedonia y le venció. Su triunfo y el de Marcelo vulgarizaron en Roma las riquezas de las artes griegas. Levino, nombrado cónsul conquistó á Agrijento y consumó la rendicion de Sicilia, primer objeto de la rivalidad entre Roma y Cartago.

La estrella de Anníbal se iba eclipsando. Roma, ilustrada por la esperiencia, no le oponia ya ni Flaminios, ni Varrones, sino á Fabio y Marcelo. El primero recobró á Tarento; Marcelo, vencido en una accion, ganó otra contra Anníbal: siguiendo el prudente sistema de su colége, pero con mas actividad, picaba la retaguardia á los cartajineses, se aprovechaba de todas las ocasiones de hacerles daño, y evitaba las acciones jenerales; pero su prudencia le abandonó al fin. Nombrado cónsul por la quinta vez, quiso reconocer por sí mismo el campo enemigo, cayó en una emboscada y pereció. Su muerte fué llorada en gran manera por las lejiones, á quienes tantas veces habia guiado á la victoria. Le llamaban la lanza de Roma, y á Fabio el escudo: sobrenombres que les quedaron, como en fin dados por la tropa, y dictados por la justicia, y no por la adulacion.

Cuando se presentó á Anníbal el cadáver de Marcelo, lloró el jeneral cartajinés y pagó el tributo á su gloria, poniéndose en su dedo el anillo de su enemigo, y en la cabeza de este una corona de oro, haciéndole suntuosas ecsequias y enviando sus cenizas al jóven Marcelo, su hijo. Anní-

bal probó en esta ocasion que no era un guerrero bárbaro, como quieren hacer creer los historiadores romanos, porque solo un alma jenerosa es capaz de procederes tan nobles con los vencidos.

Batalla del Metauro. — A. M. 3796.—A. C. 208.) Cartago, viendo perdida la Sicilia y el peligro de Annibal en Italia, resolvió socorrerle y envió desde España un ejército poderoso á las órdenes de Asdrubal su hermano. Este atravesó sin ostáculos los Alpes y la Galia; pero la rapidez de su marcha fué la causa de su ruina, porque Annibal no le esperaba tan pronto. Hallábase en Lucania, y tenia á su frente el ejército del cónsul Claudio Neron. Sabiendo este la llegada de Asdrubal, por un correo interceptado, salió de su campamento con seis mil hombres y se reunió en la Cisalpina á su colégа Livio. Entrambos marcharon contra Asdrubal, que trataba de evitar el combate hasta incorporarse con su hermano. Pero estraviado en su marcha, por la perfidia de sus guias, se encontró con los cónsules junto al Metauro, y peleando valerosamente pereció con casi todo su ejército. Neron volvió á su campamento y arrojó la cabeza de Asdrubal al campo enemigo. Annibal no habia sabido nada de su marcha.

Magnanimidad del jóven Scipion.—Entretanto Scipion vengaba en España á su padre y á su tio, y reparaba todas sus pérdidas. Valor á toda prueba, prudencia nada comun, gran firmeza y virtudes suaves inspiraban ácia él el respeto, la admiracion y el amor. Restableció la disciplina con su severidad, espantó á los enemigos por su osadía, y se concilió el amor de los españoles por su justicia.

La suerte de las armas hizo cautiva suya una princesa de estraordinaria hermosura. Segun las costumbres de aquel tiempo, el onor de aquella jóven le pertenecia; pero las virtudes no dependen de las preocupaciones, y son eternas como la justicia de Dios. Scipion, vencedor de sus propias pasiones, la devolvió al príncipe Alucio, al cual estaba prometida por esposa. Esta jenerosidad le valió omenajes mas sinceros, y aliados mas firmes que sus victorias.

Toma de Cartago Nova ó Cartajena por el jóven Scipion.—Este hábil jeneral, en lugar de seguir un sistema lento y tímido, y de recobrar sucesivamente las plazas perdidas, marchó rápidamente

á Cartago nova, ciudad que se creia inespugnable, se apoderó de ella y destruyó de un solo golpe el centro de las fuerzas enemigas. La superioridad de la caballería numida era el apoyo mas firme de Cartago: Scipion le quitó esta ventaja, ganando por aliado á Masinisa, príncipe numida, el mas distinguido por su valor y esperiencia. En fin, consiguió arrojar para siempre á los cartajineses de España y someterla á los romanos. Cuando volvió á Roma, solo tenia veintinueve años; pero el pueblo contó el número de sus azañas y le nombró cónsul. Instalado en esta dignidad, dijo al senado que el único medio de echar á Aníbal de Italia, era llevar la guerra al Africa. Fabio, enemigo de toda resolucion audaz, y quizá demasiado contemporizador en esta ocasion, impugnó veementemente el dictámen del jóven cónsul. El senado, incierto, no sabia decidir entre la osadía afortunada del conquistador de España, y la esperiencia del antiguo dictador, y no queriendo admitir ni desechar en aquel momento el parecer de Scipion, se tomó tiempo para deliberar sobre una empresa tan importante, y solamente le dió el mando de Sicilia y el permiso de pasar al Africa si lo juzgaba conveniente. Scipion, firme en sus planes, pasó á Sicilia, é hizo los preparativos necesarios para la espedicion contra Cartago. En el año 549 de Roma se celebró el nuevo censo, y se vió que á pesar de la guerra, la poblacion se habia aumentado en los últimos cinco años en sesenta y ocho mil ciudadanos. Al mismo tiempo se supo que Scipion, aprovechándose del permiso del senado, habia salido de Lilibea con un ejército numeroso, y derrotado la escuadra cartajinesa, matando á Hannon, jeneral de ella, y tres mil enemigos: que habia desembarcado en Africa y reunídose con Masinisa y su caballería numida, terror en otro tiempo, y ya esperanza de los romanos.

Scipion puso inmediatamente sitio á Utica, hoy Biserta. Sifax, que le habia quitado á Masinisa la Numidia, vino á socorrer la plaza con su ejército. Scipion, cuya osadía estaba siempre acompañada de la prudencia, y que reunia al valor de Marcelo la sagacidad de Fabio, dejó su empresa para mejor ocasion, levantó el sitio, y tomó cuarteles de invierno. Al acercarse la primavera volvió sobre Utica, y sabiendo que los enemigos, para defenderse del frio, en lugar de

tiendas tenian barracas cubiertas de esteras, cañas, y maderos secos, disfrazó de esclavos á algunos oficiales y soldados determinados que fueron al campo del enemigo, se dispersaron por él y le pusieron fuego. Los cartajineses y numidas acudieron desordenadamente á apagarlo: llega Scipion con sus lejiones, cae sobre los enemigos que estaban sin armas, y los degüella. Cuarenta mil quedaron en el campo de batalla, y seis mil fueron prisioneros. Los restos del ejército se reunieron; pero Scipion, sin dejarles tiempo de respirar, los atacó de nuevo, y los derrotó completamente. Cartago, aterrada hizo proposiciones de paz; pero como al mismo tiempo envió órden á Annibal para que pasase al Africa, el senado no las aceptó. Sifax volvió á pelear con Scipion, y fué vencido y hecho prisionero.

Masinisa recobró su reino, y con él á Sofonisba, esposa de Sifax, de la cual estaba enamorado. Casóse con ella; pero como aquella mujer peligrosa, hija de Asdrubal y sobrina de Annibal, podia inclinar á su nuevo esposo á la alianza con Cartago, Scipion se acercó con su ejército á Numidia, reprendió á Masinisa su debilidad, y á pesar de las súplicas del rey, le declaró que Sofonisba, causa de que Sifax hubiese abandonado la alianza con Roma, era prisionera suya. Masinisa, desesperado, no encontró mas medio para libertar á su esposa de la ignominia, que enviarle una copa de veneno. Sofonisba la aceptó con gratitud, y la bebió sin terror. Scipion, para recompensar la obediencia servil del numida, le confirmó en el trono y dispuso una pompa estraordinaria para su coronacion.

Batalla de zama.—(A. M. 3803.—A. C. 201.) Annibal entretanto pasaba al Africa desesperado de la inutilidad de sus triunfos. Antes de embarcarse, puso cerca de un templo de Juno una columna, en la cual se gravó en letras griegas y fenicias la historia de sus espediciones: monumento de un fujitivo que fué un nuevo trofeo para el vencedor. Durante la travesía solo hablaba de sus hermanos y de tantos jefes valerosos muertos en la guerra. Este hombre ambicioso, dormido á la sombra de los laureles, despertó bajo la de los cipreses. Al llegar á Cartago ecsaminó las fuerzas de su patria, las estimó insuficientes, y aconsejó la paz; pero entonces era mas dificil hacerla; porque los cartajineses, arrebatados por

la codicia, acababan de violar una tregua hecha con Scipion, apoderándose de una escuadra romana que la tempestad arrojó á la playa de Cartago. Fué necesario pelear, y Annibal se acampó con su ejército delante de los romanos en la llanura de Zama.

Este ilustre jeneral habia conocido demasiado la inconstancia de la fortuna para entregar el destino de su patria al acaso de una sola batalla. Decidido antes de combatir á hacer un esfuerzo para obtener la paz, solicitó y obtuvo una conferencia con Scipion.

Entrevista de Scipion y de Annibal.—Cuando estos dos grandes hombres se acercaron uno á otro, contemplándose ambos con una sorpresa mezclada de respeto, guardaron por algun tiempo un profundo silencio. Tomando Annibal por último la palabra, le dijo: «¡Cuánto desearía yo que »los romanos y los cartajineses »no hubiesen jamás intentado »estender su dominio, los unos »mas allá de la Italia, los otros »fuera del Africa! y cuán dichoso »hubiera sido el mundo si se hu»biesen mantenido en los lími»tes que la naturaleza parece ha»berles prescrito! Hemos toma»do las armas para la Sicilia; des»pues nos hemos disputado el »dominio de la España, y cega»dos en fin por la fortuna, he»mos llevado nuestros furores »hasta querernos destruir recí»procamente. Mis tropas han si»tiado á Roma, y tú atacas hoy »á Cartago. Si todavia es tiempo, »aplaquemos la cólera de los dio»ses; desterremos de nuestros »corazones esa funesta envidia »que nos ha hecho desear nues»tra mútua ruina. Sé por una »larga esperiencia cuán incons»tante es la fortuna y cómo pér»fida se burla de la prevision de »los hombres. Por lo tanto, es»toy muy dispuesto á la paz; pe»ro Scipion, temo que tú no ten»gas los mismos sentimientos. »Estás en la flor de tu juventud »y rodeado de la ilusion de los »triunfos; en España y en Afri»ca la suerte ha colmado todos »tus deseos; y hasta el presente »ningun revés ha impedido el »curso de tus prosperidades. La »fuerza de mis razones y el peso »de mi ejemplo no te podrán »persuadir. Sin embargo, consi»dera cuán poco razonable es »contar con los favores de la »suerte. Para juzgar sus vicisitu»des no tienes que ir á buscar »lecciones en lo antiguo: pon los »ojos en mí; yo soy aquel Anní»bal que despues de la batalla »de Cannas, dueño de la mayor

»parte de la Italia, se presentó »bajo los muros de Roma. Allí »y enmedio de mi campamento »deliberaba ya sobre lo que me »convendria hacer de tí y de tu »patria; y hoy, vuelto al Africa, »me veo forzado á tratar con un »romano, que va á decidir de mí »y de Cartago. Enséñete este e»jemplo á no ensoberbecerte con »tus pasados triunfos. Piensa »que eres hombre; prefiere el »bien seguro al incierto, y sin »necesidad no te espongas al pe»ligro que te amenaza. Una vic»toria mas, añadiria poco á tu fa»ma; pero una derrota te roba»ria la gloria. Considera además »que este paso que doy es ono»rífico para tí. Con la paz que »te propongo, la Sicilia, la Cer»deña y la España que son el ob»jeto de la guerra, quedarán á »los romanos. Estos poseerán »tambien todas las islas situadas »entre Italia y Africa; nosotros »renunciamos á ellas: y creo que »estas condiciones, que no nos »dan otra ventaja que la seguri»dad para el porvenir, son glo»riosas para tí y para tu repú»blica.»

—«No han sido los romanos, »respondió Scipion, sino los car»tajineses los que han comenzado »la guerra de Sicilia y de Espa»ña: tú no lo ignoras y los dioses »lo saben, pues no han favore»cido la agresion sino la defen»sa. No me hacen mis triunfos »perder de vista la inconstancia »de la fortuna y la incertidum»bre de las cosas humanas. Si »antes de mi llegada al Africa, »hubieras tú salido de Italia, y »nos hubieras propuesto la paz »como nos la ofreces aora, no »creo que Roma la hubiera reu»sado; pero hoy que á tu pesar »has abandonado la Italia y que »nos vemos en Africa dueños del »campo, la cosa cambia de aspec»to. A pesar de tus derrotas, ha»bíamos consentido en una espe»cie de tratado: independiente»mente de los artículos que tú »proponias, se habia decidido »que los cartajineses nos devol»verian sin rescate nuestros pri»sioneros; nos entregarian sus »bajeles; nos pagarian cinco mil »talentos y nos darian reenes. »Tales eran las condiciones con»venidas que enviamos á Ro»ma: Cartago solicitaba su a»dopcion; y cuando el senado y »el pueblo romano las hubieron »aceptado, los cartajineses fal»tan á la palabra, nos engañan »y rompen la tregua. En tal »circunstancia ¿qué habia de »hacerse? ¿se debe alentar y »recompensar la traicion? Tú »crees que si Cartago obtiene lo

»que pide no olvidará tan gran »beneficio; pero lo que pidió y »obtuvo como suplicante, no le »ha impedido, inspirada por la »débil esperanza de tu vuelta, »mostrarse como enemiga. Si »consintieras en algunas condi»ciones mas rigorosas, acaso se »pudiera negociar algo; y pues »reusas aun aquello que ante»riormente se habia convenido, »se hace inútil toda conferencia. »En una palabra: tú y tu patria »teneis que rendiros á discre»cion, si en tu favor no decide »la suerte de las armas.» Scipion no queria rebajar sus pretensiones; y no pudiendo Annibal decidirse á firmar una paz vergonzosa, se separaron los dos jenerales. Al dia siguiente salieron los ejércitos de sus campamentos y se prepararon á combatir, los cartajineses por su salvacion, los romanos por el imperio del mundo. Nunca se habian visto naciones mas belicosas, ni jefes mas hábiles en presencia uno de otro, ni precio tamaño habia escitado jamás el ardor de los combatientes.

Scipion arregló sus coortes, y recorriéndolas las animaba recordándolas sus azañas. «Sol»dados, les decia: pensad que la »victoria os va á hacer dueños »del mundo. Si volveis las espal»das, la miseria é infámia os es»peran; y no tendreis un lugar »de refujio en Africa. Un domi»nio universal, ó una muerte »gloriosa es el precio que el »cielo nos propone. Un cobar»de amor á la vida nos haria per»der los mayores bienes, y os »entregaria á grandes desgra»cias. Al marchar al enemigo no »penseis sino en la victoria ó »en la muerte, ni concibais la »esperanza de sobrevivir al »combate. Peleemos en esta »intelijencia y el triunfo es »nuestro.»

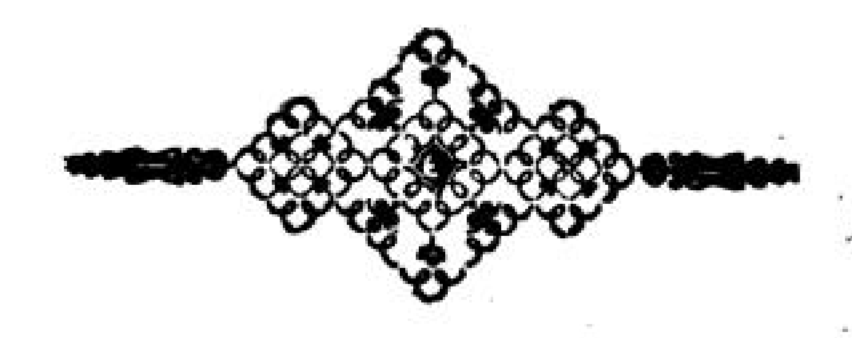
Annibal dispuso tambien en batalla sus cartajineses, y recorriendo toda la línea, les gritaba: «Compañeros: acordaos que »hace diezisiete años servimos »juntos, y que hemos ganado á »los romanos gran número de »batallas. Victoriosos en todas, »no les habeis dejado esperanza »de vencer. En el Trebia habeis »batido al padre del que hoy os »ataca aquí: no compararé las »batallas del Trasimeno y de »Cannas con la de hoy. Ten»ded la vista al ejército ene»migo, y vereis cómo no ofrece »mas que una parte débil, de la »que entonces tuvimos que com»batir: aora no hay que recha»zar mas que á los hijos y á los »restos de los que han huido

»cien veces delante de vosotros. »No os pido mas que conserveis »vuestra gloria, y no perdais de »vista vuestra reputacion de in»vencibles.»

Despues de algunas escaramuzas de caballería, arrojó Annibal los elefantes sobre los romanos. Parte de estos animales, espantados por el sonido de las trompetas, se volvieron, y pusieron el desórden entre los numidas: Masinisa se aprovechó de él para desbaratar el ala izquierda. Los otros elefantes molestaron mucho á los velites, que se retiraron; pero las coortes pusieron en huida á los mónstruos. Enmedio de este tumulto, cayó Lelio sobre la caballería de Cartago y la puso en derrota, á pesar de que la caballería numida y la española infinitamente superior á la de Roma, habia sido una de las principales causas de los triunfos del cartajinés. La infantería romana y la ausiliar de Cartago se mezclaron muy luego. Despues de una larga resistencia triunfó la superioridad de las armas romanas, y los estranjeros, forzados á la retirada, cayeron sobre la tercera línea africana que los rechazó: de modo que fueron muertos por los cartajineses y por los romanos. Los historiadores añaden que los romanos perdieron solo mil quinientos hombres, y que de los cartajineses murieron veinte mil, y otros tantos quedaron prisioneros. Nosotros creemos que esta inmensa desproporcion entre los muertos de dos ejércitos que peleaban tan encarnizadamente, en una batalla en que se jugaba nada menos que la muerte ó la vida de una nacion, es una de las muchas mentiras en que abunda la historia.

El campamento del enemigo quedó en poder de Scipion. Annibal volvió á Cartago y dijo al senado que no quedaban mas esperanzas de salud que en la paz. Se hicieron treguas, y Roma envió diez comisarios para que la trataran de acuerdo con Scipion, á quien dió plenos poderes. Concluyóse esta guerra que habia durado diezisiete años bajo las condiciones siguientes: Roma retiró de Africa sus ejércitos: Cartago renunció á la España y á todas las islas del Mediterráneo: devolvió los desertores: se convino en no tener mas que diez buques de guerra: y prometió no hacer la guerra ni en Africa ni fuera de ella, sino con el permiso de Roma: restituyó á Masinisa y á sus aliados todo lo que les habia tomado: se obligó á pagar diez mil talentos en el

espacio de cincuenta años, dando cien reenes; y mientras se ratificó el tratado, fué de cargo suyo mantener el ejército romano. El senado ratificó la paz sin mas alteracion que abreviar los términos de los pagos. Esta segunda guerra púnica duró siete años menos que la primera, y concluyó el año 553 de Roma, 3804 del mundo, 338 despues del establecimiento de la república, 129 despues del incendio de Roma por los galos, y 200 antes de Jesucristo.



CAPITULO VII.

Primera guerra con Filipo, rey de Macedonia.—Batalla de Cinocéfalas.—Adopcion de la ley porcia.—Abolicion de la ley opia.—Acusacion dirijida contra Annibal.—Huida de Annibal á Siria.—Embajada de Roma al rey de Siria.—Declaracion de guerra.—Batalla de Magnesia.—Acusacion de peculado contra Scipion el africano.—Magnanimidad de Tiberio Graco.—Segunda guerra de Macedonia.—Consulado de Paulo Emilio.—Batalla de Enipéo.—Triunfo de Paulo Emilio en Roma.—Humillacion de los reyes y de los pueblos delante de Roma.—Proteccion concedida á los judios.—Perfidia de Sulpicio Galba.—Abolicion de las fiestas bacanales.—Epoca del poeta Terencio.—Rijidez de Caton el censor.

Roma había salido triunfante de su rival en una guerra que al principio amenazó su propia ecsistencia; pero la victoria, asegurándole el imperio, no le dió la tranquilidad. Nuevas guerras ocuparon sus armas y su ambicion. Los españoles vencidos, pero no sometidos, altivos, valerosos y habitantes de un pais lleno de montañas y asperezas, opusieron una resistencia duradera á los esfuerzos de los vencedores.

En Italia los galos y ligures, impacientes del yugo, tomaban las armas todos los años. Emilio, célebre despues bajo el nombre de Paublo Emilio, subyugó la Liguria. El pretor Furio y los cónsules Valerio, Cetego, y Marcelo, no pudieron domar á los galos sino despues de muchos años y batallas sangrientas;—en la última pereció toda la nacion de los boyos.

La república romana, dominando en Sicilia, Africa y en el Mediterráneo, probaba á la Europa que la pobreza y la disciplina deben triunfar á la larga de las fuerzas facticias que producen el comercio y la opulencia.

Faltábale todavia que vencer un pueblo temible por su gloria. Los macedonios, desde Alejandro Magno, eran tenidos por invencibles. El terror precedia á su célebre falanje; las demás nacio-

nes los miraban como maestros en el arte de la guerra: y la lid que empezó entre ellos y los romanos, elevó á lo sumo la gloria militar de Roma, destruyendo el prestijio que aun conservaban los conquistadores del Asia. Además de la ambicion romana, otras causas hacian indispensable esta nueva guerra. Filipo, rey de Macedonia, habia conseguido muchas victorias en Grecia; y obtuvo grande gloria mientras siguió los consejos de Arato, pretor de los aqueos. Pero estraviado por las sujestiones de Demetrio de Faros, hizo alianza con Anníbal para oprimir á Roma: con Antíoco, rey de Siria, para subyugar las ciudades griegas del Asia y someter el Ejipto: con el rey de Bitinia para desposeer al de Pérgamo: con los étolos para robar la Grecia. Estas ostilidades dieron aliados á los romanos: los espartanos, atenienses, ilirios, y hasta los mismos étolos se unieron con la república. Los rodios, poderosos en el mar, vejados por Filipo, aumentaron el número de sus enemigos. Roma disimuló sin embargo mientras temió á los cartajineses. Pero despues de la batalla de Zama, declaró la guerra á los macedonios. El cónsul Publio Sulpicio Galba desembarcó en Iliria con dos lejiones y conquistó muchas plazas de Macedonía, al mismo tiempo que una escuadra romana de veintisiete bajeles, reunida con la de Atalo, echaba al enemigo de las Cicladas, y de Eubea, y le obligaba á levantar el sitio de Atenas, que Filipo habia emprendido socolor de vengar una injuria hecha por los atenienses á los acarnanios aliados suyos.

Batalla de Cinocefalas. — (A. M. 3807.—A. C. 197.) El año siguiente hizo pocos progresos el cónsul Duilio. Sucedióle Tito Quincio Flaminio, que despues de una conferencia inútil con Filipo, forzó los desfiladeros que separan el Epiro de la Tesalia, batió al rey, le obligó á encerrarse en sus estados y sitió á Corinto, declarando que solo queria libertarla de la guarnicion macedonia que la oprimia; con lo cual los aqueos se separaron del partido de Filipo, y los beocios y espartanos se adirieron á Roma, ganando Quincio mas conquistas con su política que con sus armas. Segun el uso antiguo de Roma, los nuevos cónsules debian suceder á los antiguos en el mando de los ejércitos; pero el interés públíco, pudo mas que la costumbre, y Flaminio quedó en

Grecia con el título de procónsul.

Filipo, reunidas todas sus fuerzas, tomó posicion de Tesalia en las montañas de Cinocéfalas. Esta fué la vez primera que los romanos pelearon con la falanje macedonia. La movilidad de las lejiones romanas triunfó de aquella masa terrible, y Filipo, vencido con pérdida de trece mil hombres, aceptó la paz á condicion de no conservar mas dominios que la Macedonia, entregar toda su escuadra y los prisioneros, y pagar á Roma un tributo anual.

Al mismo tiempo se estipuló que los romanos, hasta estar seguros de las empresas de Antíoco, rey de Siria, ocuparian las ciudades de Cálcis en Eubea, á Demetriada en Tesalia y á Corinto en Acaya; tres puntos que Filipo tenia costumbre de llamar las ataduras de la Grecia.

Las condiciones del tratado aun no se conocian, cuando los griegos supieron la derrota de Filipo. Creyeron haber cambiado de dueño; y por lo mismo nada pudo espresar su sorpresa y sus transportes de alegría cuando enmedio de los juegos ístmicos, que entonces se celebraban, un heraldo, por órden de Flaminio, esclamó en alta voz: «El senado »y el pueblo romano, y Quincio »Flaminio, jeneral de sus ejér»citos, despues de haber venci»do á Filipo y á los macedonios, »libertan de toda guarnicion y de »todo impuesto á los corintios, »locrios, fóceos, eubeos, aqueos, »magnesios, tésalos y perrebos; »los declaran libres, les con»servan todos sus privilejios, y »quieren que se gobiernen por »sus leyes y sus costumbres.»

Los griegos, en la embriaguez de su alegría, despues de haber oido esta proclama, besaban los vestidos de los romanos, y manifestaban por el esceso servil de su reconocimiento, cuán poco dignos se habian hecho de aquella libertad que solo pueden sentir las almas débiles, y conservarla las almas valerosas.

Este velo de moderacion con que Roma se cubria y ocultaba sus proyectos, engañó á todos los pueblos y ganó su afecto, de modo que en lugar de oponerse á los conquistadores, sufrieron con alegría el yugo que se presentaba con la forma de apoyo, y creyeron lo que Ciceron decia muchos años despues, á saber: *que los romanos eran mas bien patronos que señores del universo.*

Sin embargo, Esparta y los étolos concibieron bien pronto un justo, pero tardío temor del

poder y designios secretos de sus nuevos protectores. Nabis, tirano de Lacedemonia, quiso recobrar á Argos: los romanos le hicieron la guerra y fué vencido por Flaminio, que hizo la paz con él, porque Roma queria en Esparta un tirano mas bien que instituciones libres. Los étolos acusaron al procónsul por su falta de sinceridad; pero este se disculpó con destreza en la asamblea de los griegos; y asegurado de que sus divisiones intestinas los tendrian siempre dependientes de Roma, volvió con las lejiones á Italia y triunfó.

Adopcion de la ley porcia.— Casi al mismo tiempo consiguieron los romanos una gran victoria contra los galos: y creyendo cada ciudadano romano que su propia dignidad debia aumentarse en proporcion del poder y de la gloria nacional, un tribuno del pueblo hizo adoptar la famosa ley porcia, que proibía á los lictores, bajo pena de muerte, azotar á un ciudadano romano.

Abolicion de la ley opia.— En los funestos dias en que las victorias de Annibal amenazaban á Roma con una ruina prócsima, la ley opia habia proibido á las matronas romanas que llevasen mas de media onza de oro en sus adornos, ni ricas telas, ni se sirviesen de los carros sino en los dias en que iban á los sacrificios públicos.

Mudadas las circunstancias por la evacuacion de Italia y por los triunfos de Roma, las matronas romanas reclamaron la abolicion de la ley del tribuno Opio. Las intrigas habian ganado todos los sufrajios menos el del inflecsible Caton.

«Si cada uno de nosotros, dijo, supiera hacer respetar la »autoridad doméstica, no tendríamos hoy que responder á »esta reunion estravagante de »mujeres; pero como no hacen »caso del poder de los maridos, »vienen á la plaza pública á atropellar las leyes. ¿Quién les »resistirá estando juntas, cuando hemos cedido á los caprichos de cada una? Nada es tan »peligroso como permitir las asambleas é intrigas de las mujeres. Yo cónsul me avergüenzo de tener que atravesar por »sus filas para llegar á esta tribuna. No les falta mas que retirarse, como el pueblo en otro »tiempo, al monte Aventino, para imponernos leyes. Si no hubiera querido escusarles la ignominia pública de recibir las »represiones de un cónsul, les »hubiera dicho: ¿Os permite »vuestro poder correr de ese

»modo por las calles, detenernos al paso y rogar á hombres »que no son de vuestra familia? »¿Creeis tener mas influjo con »ellos que con vuestros esposos? »Si os contuviérais en los límites debidos, ignoraríais lo que »pasa en el foro. ¿En dónde estamos? La ley proibe á las mujeres pleitear sin autorizacion; »¡y nosotros las permitimos entrometerse en el gobierno y asistir á nuestras deliberaciones! Si hoy cedeis á ellas, ¿á »qué no se atreverán en lo sucesivo? ¿Qué disculpa tiene la »actual licencia? ¿qué motivo »sus temores y asambleas? ¿Son »prisioneros sus hijos y maridos? Estamos libres de estas »calamidades. ¿Se juntan para »alguna solemnidad relijiosa? »No: la madre Cibeles no viene »aora de Frijia. Escuchadlas: os »piden la libertad de cubrirse »de oro y púrpura, de brillar en »carros magníficos, y de triunfar de las leyes.»

«El lujo es el azote destructor »de los imperios. Marcelo, trayéndose las riquezas de Siracusa, introdujo en Roma sus mas »peligrosos enemigos. En tiempo »de Pirro desecharon las matronas los regalos de Cíneas: hoy le »saldrian á recibir para aceptarlos. El odio de la igualdad es el »que reclama las distinciones de »la opulencia: guardaos de escitar esa vana emulacion. Cuando la pobreza del marido no le »permita satisfacer la vanidad de »su esposa, acudirá esta á los de »fuera, cuyos sufrajios solicita »hoy. No corrompais las costumbres con vuestra debilidad: no »derogueis la ley opia.»

Lucio Valerio, defendiendo la causa de las matronas, le respondió: «Las invectivas de Caton »contra las matronas romanas »son injustas. Yo refutaré una »opinion á la cual dá tanto peso »el carácter conocido del cónsul. »Orador austero, y aun tal vez »demasiado duro, tiene sin embargo un corazon dulce y humano. No piensa todo lo que »dice contra estas mujeres virtuosas, que muchas veces ha »celebrado mas que yo. Censura »la reunion de las matronas; »pero yo apelo de Caton á él »mismo, que en su libro de los »*Orijenes* alaba en gran manera »á las sabinas porque terminaron la guerra de sus padres »y de los romanos: las admira »cuando fueron á desarmar la »ira de Coriolano. Despues de »entrados los galos en Roma, »¿no se reunieron para dar el »oro que iba á rescatar nuestra »libertad? ¿No llevaron todo su

»dinero, en la última guerra, al »erario público, ya agotado? Se »han sacrificado muchas veces »por nuestros intereses: permí»taseles aora defender los suyos. »Si oimos los ruegos de un es»clavo, ¿desecharemos el de las »matronas mas respetables? El »cónsul confunde dos clases dis»tintas de leyes: las jenerales »que deben durar siempre, y o»tras que cesan con las circuns»tancias á que debieron su pro»mulgacion. No se dirije un ba»jel en tiempo de bonanza como »en el de tempestad. La ley o»pia se publicó cuando Annibal, »despues de la batalla de Can»nas, estaba á las puertas de »Roma: cuando la afliccion de »las matronas era tan grande »que fué necesario limitar los »lutos á un mes. ¿Quereis que »ellas solas queden sin gozar de »la prosperidad restituida? ¿U»saremos de severidad contra »los inocentes placeres de su a»dorno, cuando nos presentamos »vestidos de púrpura con armas »y trenes magníficos? ¿Quereis »que los jaeces de nuestros ca»ballos sean mas brillantes que »los velos de nuestras esposas? »¿No es ya Roma el centro del »imperio? ¿Sufrireis que las mu»jeres de los ecuos y latinos pa»sen en sus carruajes junto á las »vuestras, que irán á pie? Te»neis la autoridad, las majistra»turas, los sacerdocios, los triun»fos; os adornais con los des»pojos del enemigo. Las mu»jeres no tienen mas gloria sino »la de que las ameis, ni otro pla»cer sino el de adornarse para a»gradaros. Sus deseos son inocen»tes, su peticion justa. Sus reu»niones no son sediciosas: este »secso débil os está siempre so»metido; usad con moderacion de »vuestro poder. Voto por la dero»gacion de la ley.»

El concurso de las mujeres se aumentaba, y despues de largos debates triunfaron del severo Caton, y la ley fué derogada por los sufrajios de todas las tribus.

Este año, que fué el 558 de Roma, el cónsul Valerio derrotó á los galos; volvieron á tomar las armas y fueron vencidos por Sempronio, que hizo en ellos un gran destrozo. Caton á quien tocó la España por provincia, mas feliz contra los españoles que contra la decadencia de las costumbres y el lujo de las matronas, logró una victoria señalada cerca de Emporio, y tomó muchas plazas. Fué envidioso de la gloria ajena y poco modesto. Cuando volvió á Roma se jactó de haber sometido mas ciudades que dias habia empleado en su campaña.

El año 559 de Roma se celebró la *primavera sagrada*, ofrecida veinticuatro años antes. Esta ceremonia consistia en sacrificar á Júpiter todos los animales que nacian en aquella estacion.

Los senadores, que poco á poco habian concedido al pueblo tantas prerogativas importantes, ofendieron imprudentemente su vanidad, arrogándose en los juegos públicos sitios distinguidos. Atribuyóse esta innovacion á Scipion el Africano, *príncipe* entonces del senado, y que por esta cualidad votaba el primero. Este leve defecto le robó el amor de la multitud inconstante, borró casi la memoria de sus grandes servicios, y contribuyó á las desgracias que la ingratitud y la injusticia le causaron despues. No tardó en conocer que su crédito disminuia, porque cuando solicitó el consulado para su pariente Scipion Nasica, el pueblo prefirió al hermano de Flaminino, que gozaba entonces de todo su favor. Scipion Nasica reparó en España la derrota del pretor Dijicio, sucesor de Caton. Los cónsules Minucio y Cornelio Mérula vencieron á los ligures y á los galos.

Una guerra mas importante llamaba la atencion del senado. Antíoco III, rey de Siria, por sobrenombre el Grande, despues de sometida el Asia, aumentaba sus relaciones en Grecia y daba asilo á Annibal, fujitivo de Cartago. Reinaba en Ejipto Epifanes, cuyos estados habian querido repartirse Antíoco y Filipo de Macedonia. Este, vencido por los romanos, quedó reducido á la impotencia; y para libertarse de Antíoco imploró Epifanes, que era menor, el ausilio del senado: Roma admitió la tutela, y nombró por rejente de aquel reino á un griego llamado Aristómenes. Antíoco se desembarazó de la guerra de Ejipto, dando su hija en casamiento á Ptolemeo, y prometiéndole en dote la Palestina. Volvió despues al Asia, se apoderó de Efeso, conquistó el Quersoneso de Tracia, fortificó á Lisimaquia, y sitió á Esmirna y Lampsaco. Estas dos ciudades se pusieron bajo la proteccion de Roma, que empleó inútilmente su influencia para libertarlas de Antíoco, aunque todavia ocultaban su odio bajo las apariencias de la amistad. Roma no queria atacar al señor del Asia antes de haber vencido á los macedonios, y Antíoco esperaba para descubrir los proyectos de su ambicion, que sublevase la Grecia é hiciese tomar las armas á Cartago.

Acusacion dirijida contra Annibal defendido por Scipion.— Despues de la paz concluida entre Roma y los cartajineses, Annibal, desplegando tantos talentos en los negocios, y tanto jenio en el mando de los ejércitos, restableció el órden en las rentas de Cartago, se opuso vigorosamente á la decadencia de las costumbres, y castigó con severidad á los dilapidadores que fundaban su fortuna sobre la ruina pública. Esta nueva gloria aumentó el número de sus envidiosos y enemigos. En los pueblos corrompidos, brilla la virtud sin ilustrar, y siempre se encuentra en minoría. La faccion enemiga de Annibal se vengó cobardemente de este grande hombre, acusándolo al senado romano de proyectos dirijidos á encender la guerra, y de correspondencias secretas con Antíoco.

Scipion el africano, dió en esta ocasion un nuevo lustre á su fama, defendiendo á Annibal. Su jenerosidad se estrelló contra el antiguo odio y contra la baja envidia de los romanos. El senado envió una embajada á Cartago pidiendo la entrega de Annibal, cuyo nombre solo le inspiraba siempre tanto miedo.

Huida de Annibal a Siria.— Luego que los embajadores llegaron al Africa, obtuvieron del gobierno cartajinés lo que deseaban; pero no pudieron apoderarse de su ilustre víctima. Informado Annibal del objeto de su mision, se embarcó secretamente por la noche y se dirijió á Tiro, en donde tuvo la acojida que merecian su gloria y su desgracia. De allí fué á la corte de Antíoco; hizo presente á este monarca que los romanos, poderosos en el esterior, eran débiles en Italia; que allí convenia marchar, y que solo se les podia vencer en Roma. Ofreció encargarse de la espedicion pidiendo únicamente para ella cien galeras, diez mil infantes y mil caballos, ínterin Antíoco se dirijiria á Grecia, para seguirle á Italia cuando fuese tiempo. Tambien le aconsejaba se estrechase íntimamente con Filipo.

Este plan tan sabio como atrevido, y digno del jenio de Annibal, deslumbró al principio al rey de Siria; pero Vilio, embajador romano, afectando con destreza conocer mucho á Annibal, consiguió hacerlo sospechoso al monarca. Los cortesanos hicieron temer al rey de Siria la pérdida de su gloria, si la dividia con un héroe cuyo nombre eclipsaria al suyo. Los grandes pensamientos no pueden jermi-

nar y crecer sino en las almas grandes; si aquellos llegan á entrar en un espíritu apocado y estrecho, se miran como estranjeros allí, y bien pronto se ven arrojados por pasiones bajas y vulgares. Antíoco, renunciando á la conquista de la Italia, se ocupó solo de la de la Grecia, en donde le llamaban los étolos y le prometian triunfos fáciles.

EMBAJADA DE ROMA AL REY DE SIRIA.—Alarmada Roma con sus proyectos, le envió una embajada para disuadirle de ellos; y como acababa de vencer á Filipo, arrojó la máscara de la moderacion y habló al rey de Siria en un tono que solo le permitia elejir entre la guerra y la sumision. Los embajadores le declararon que si queria vivir en paz con Roma, renunciase al Quersoneso, devolviese la libertad á las ciudades griegas del Asia, y al rey de Ejipto las provincias que le tenia usurpadas.

Indignado Antíoco de esta altivez, respondió que al recobrar el Quersoneso no habia hecho mas que entrar en la posesion lejítima de un estado conquistado por Seleuco, á Lisímaco; que la suerte de las ciudades griegas debia depender de su voluntad y no de la de los romanos; y que Ptolemeo recibiria el dote prometido cuando se efectuase el convenido casamiento; que además aconsejaba á los romanos no se mezclasen mas en los negocios de Oriente, pues que él no se mezclaba en los de Roma. La guerra se declaró: diez mil sirios solamente desembarcaron en la isla de Eubea, porque el rey contaba con Nabis, tirano de Lacedemonia, Filipo y Cartago. Pero Nabis murió, Cartago estaba sin fuerzas, y Filipo se reunió á los romanos. El ejército sirio fué vencido por Manio Acilio Glabrion en el desfiladero de las Termópilas, en donde probó el mismo infortunio que los espartanos, sin manifestar el mismo valor. Antíoco se volvió al Asia. Caton se distinguió tanto en esta batalla, que el cónsul encargándole que llevase á Roma la noticia, le dijo: «Mas servicios habeis hecho á la república, que »beneficios habeis recibido de »ella.» Los rodios batieron la escuadra siria; el cónsul se apoderó de Eubea. Antíoco se creia seguro; pero Annibal le dijo: «No habeis querido pelear con »los romanos en su pais; aora »tendreis que pelear con ellos »en el Asia y por el Asia.»

BATALLA DE MAGNESIA.—(A. M. 3812.—A. C. 192.) La prediccion se verificó. Los cónsules

Lucio Cornelio Scipion y Cayo Lelio, solicitaban entrambos el onor de concluir esta guerra. Lelio consiguió que el senado, con cuyos votos contaba, señalase las provincias en lugar de sacarlas á la suerte. Pero el senado, habiendo prometido á Scipion el Africano acompañar á su hermano en la espedicion, dió á Lucio para provincia la Grecia, con el permiso de pasar al Asia.

Siguiendo el cónsul la prudente política de los romanos, concedió á los étolos una tregua de seis meses, dió esperanzas á Filipo, y consiguió de él todo lo que era necesario para la subsistencia del ejército. Atravesó rápidamente la Macedonia y la Tracia, y llegó al Quersonese. Antíoco, aterrado, abandonó las costas que hubiera podido defender fácilmente. Sus escuadras fueron batidas, y los romanos pasaron al Asia menor.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de Magnesia del Sipilo. El de Antíoco constaba de todas naciones del Oriente, como si hubiesen acudido solo para ser testigos de la victoria de los romanos, que fué pronta y decisiva, y el botin inmenso, sin que les costase mas que trescientos hombres de á pie y veinticinco jinetes. El rey de Siria perdió cincuenta mil hombres y toda el Asia menor. Antíoco envió embajadores al cónsul con una carta en que le decia: «Vuestro »triunfo os hace dueños del u»niverso: imitad pues á los dio»ses, y usad de clemencia con »los flacos mortales en vez de »enojaros contra ellos.»

Scipion le respondió: «Ni la ad»versidad nos abate, ni la for»tuna nos ensoberbece. Te pro»ponemos aora las mismas con»diciones que antes de la ba»talla. Piensa que es mas dificil »debilitar las fuerzas de un rey »cuando están enteras, que des»truirlas cuando ya han descae»cido.» Antíoco aceptó la paz: renunció á todos los paises al Occidente del Tauro, prometió entregar á Annibal, que huyó de sus estados, entregó sus escuadras y pagó los gastos de la guerra. El jeneral romano mandó quemar los bajeles sirios.

Despues de la derrota de Filipo y de la del rey de Siria, Roma era ya la capital del mundo. A ella acudian los reyes, los príncipes, y los diputados de las repúblicas y ciudades de Grecia, Africa y Asia, á rendir omenajes al senado, de cuyas decisiones dependia la fortuna de todas. Este cuerpo soberano ratificó el tratado, premió los servicios de

Eumenes, rey de Pérgamo, dándole la Licaonia, la Frijia, el Quersoneso y la plaza de Lisimaquia; regaló á los rodios la Licia y una parte de la Caria, y declaró libres las ciudades griegas del Asia: diez comisarios arreglaron las cosas de este pais. Estas liberalidades despues de la victoria, servian de velo á la ambicion de la república conquistadora. Los pueblos, libres del despotismo, no veian en sus vencedores sino protectores jenerosos; y el universo se anticipaba á recibir un yugo tan dulce, persuadido que la libertad públiea debia esperarlo todo de Roma, y que la tiranía debia temerlo solamente. Jamás hubo un triunfo mas magnífico que el de Lucio Scipion, llamado desde entonces el Asiático. Ostentó á los ojos de los romanos todas las riquezas del Oriente. Si las armas de Roma invadieron el Asia, el lujo y la molicie asiática invadieron la Italia; y de estas dos irrupciones la última fué quizá la mas funesta, pues corrompió las costumbres é hirió de muerte á la virtud, sin la cual no puede ecsistir la libertad.

Manlio, sucesor de Scipion, forzó los pasos de las montañas del Asia menor, en donde estaban establecidos los galos, llamados *galogrecos* ó *galatas*; los batió, conquistó su pais y los despojó de los tesoros robados con sus rapiñas á todos los pueblos del Oriente. Mientras que Scipion domaba el Asia, su coléga Lelio no hizo mas que contener á los galos y ligures. Los étolos, mas enterados que los otros griegos en las miras ulteriores de Roma, previan que la pérdida de su independencia seria el fruto de las victorias de Scipion: se rebelaron, mas fueron vencidos por Fabio Nobilior con el ausilio de los epirotas.

En este tiempo hizo el senado un acto de justicia, entregando á los cartajineses dos jóvenes patricios llamados Mirtilo y Manlio, que habian insultado á los embajadores de aquella república.

Los dos Petilios, tribunos del pueblo, incitados, segun se cree, por Caton, acusaron á Scipion el Africano de haberse dejado sobornar por Antíoco, para suavizar á favor de aquel rey las condiciones del tratado. Así la envidia, enemiga eterna de la gloria, redujo al vencedor de Aníbal y de Cartago á presentarse como acusado delante del pueblo. Despues de haber oido las declamaciones de sus adversarios, en vez de justificarse, esclamó: «Tribunos del pueblo,

»ciudadanos todos: hoy es aniversario del dia en que vencí á »Annibal: romanos, vamos al Ca»pitolio á dar gracias á los dio»ses.»

Subió al Capitolio, todo el pueblo le siguió y los tribunos quedaron solos en la plaza con sus aparitores. Poco tiempo despues se renovó la acusacion; pero Scipion, cansado de tantas injusticias, se retiró á Linterno, donde murió y mandó enterrarse, diciendo: «Patria ingrata: no po»seerás ni aun mis huesos.» La amistad unió á sus cenizas las del poeta Ennio, protejido suyo en los dias de su gloria, y que no le abandonó en su destierro. Los envidiosos, mordiendo la gloria de este grande hombre, inmortalizaron su propia ignominia.

Magnanimidad de Tiberio Graco. — Tiberio Graco, aunque enemigo personal de Scipion el Africano, hizo que cesase el proceso dirijido contra él, mas injurioso, decia, al pueblo que al mismo acusado. Este jeneroso tribuno se asoció á la gloria de aquel héroe y casó con su hija Cornelia, que fué la madre de los célebres Gracos.

Los Petilios, mas irritados que desalentados, pidieron que se restituyese el dinero dado por Antíoco. En virtud de esta ley, fué condenado á una multa Scipion el Asiático, y de la venta de sus bienes no se pudo sacar la multa que le ecsijian. Su pobreza le justificó, y desonró á sus acusadores.

La Liguria no tenia mas tesoros que su independencia y sus armas: los cónsules Emilio y Flaminio se las quitaron. Como era necesario tener en pie grandes ejércitos permanentes, temiendo que la ociosidad relajase la disciplina, Roma ocupó sus soldados durante los tiempos de inaccion en construir los grandes caminos de Italia, cuya solidez admiramos todavia; y así la tropa romana se conservó por muchos siglos sumisa, infatigable é invencible.

La afluencia de los estranjeros á la capital comenzaba á ser gravosa, y se mandó salir de ella á doce mil latinos que se habian introducido fraudulentamente en el censo. Eumenes y los tésalos se quejaron de que Filipo les habia quitado algunas plazas. El senado envió á Macedonia comisarios, ante los cuales hubo de comparecer el sucesor del grande Alejandro, y se le condenó á restituir las ciudades: humillacion que le obligó á buscar medios para volver á tomar las armas.

El mismo año que murió Scipion (570 de Roma), Annibal, refujiado en la corte de Prusias, rey de Bitinia, que trataba de entregarle á los romanos, se anticipó á la traicion tomando un veneno (1), y Filopemen, el último héroe de la Grecia, feneció á manos de los mesenios.

Habia entre los aqueos una faccion muy poderosa, la cual no conocia mas ley que las órdenes de Roma, y perseguia á los amantes de la independencia. Calícrates, jefe de este partido, dijo al senado que no tenia mas medio para dominar en Grecia que protejer á los suyos y espantar á sus enemigos. Roma lo hizo así; el número de delatores se multiplicó, y no hubo persona segura en toda la confederacion aquea.

La guerra continuaba siempre en España y en el norte de Italia. Marcelo derrotó un ejército galo que habia pasado los Alpes para establecerse en las cercanías de Aquileya. Los ligures se rebelaron y Paulo Emilio los sometió, haciendo en ellos gran destrozo. Comprimiéronse algunas sediciones en Córcega y Cerdeña. El pretor Fulvio Flaco venció á los celtíberos, y Manlio á los lusitanos.

Comenzábase á tocar la necesidad de poner freno á los progresos del lujo, y el tribuno Orcio hizo promulgar una ley suntuaria.

La guerra de España no se terminaba con victorias sino con el esterminio de la poblacion. El pretor Sempronio Graco ganó cuatro batallas y no pudo someter el pais.

El año 575 de Roma, el cónsul Manlio invadió la Istria. Aquellos pueblos belicosos, mandados por su rey Ebulon, sorprendieron el campamento romano é hicieron huir al cónsul; pero como se entregasen á la intemperancia, Manlio, informado de ello, reune sus tropas, ataca á los bárbaros, mata á ocho mil y desbarata los demás. El cónsul Claudio, su sucesor, concluyó esta guerra con la toma de Nezarte, capital del pais. Los sitiados, habiendo perdido toda esperanza de defensa, degollaron sus mujeres é hijos á vista de los romanos, y se dieron la muerte sobre sus cadáveres. El rey Ebulon les ofreció el ejemplo de esta atrocidad, dándose de puñaladas.

Segunda guerra de Macedonia. —(A. M. 3831.— A. C. 173.) Una guerra mas importante ocu-

(1) Véase el tomo VI de esta obra, páj. 78.

pó poco despues la actividad y la ambicion de Roma. Filipo, rey de Macedonia, despues de dar muerte á su hijo lejítimo Demetrio, por las calumnias de Perseo, tambien hijo suyo, pero natural, murió en breve, dejando el trono vacante al fratricida. Como Filipo antes de morir meditaba hacer la guerra á los romanos, habia hecho alianza con los bastarnas, pueblo bárbaro del Boristenes, porque hiciesen una irrupcion en la Italia. Los bastarnas, que ya estaban en marcha, sabida la muerte del rey, ocuparon la Dardania, cuyos habitantes se quejaron al senado, al mismo tiempo que Perseo manifestaba con respecto á Roma las disposiciones mas pacíficas, sin dejar por eso de ajitar contra la república las ciudades griegas de Europa y Asia. El senado, sabedor de sus maquinaciones, le declaró la guerra.

En este tiempo, Antíoco Epifanes, vergonzosamente célebre por sus violencias contra los judios, hacia la guerra á su sobrino Ptolemeo Filometor, rey de Ejipto. La Palestina habia sido el primer objeto de sus contestaciones: cuando Antíoco vió á los romanos empeñados en una nueva guerra contra la Macedonia, estendió sus miras hasta el trono de Ejipto, y emprendió su conquista. Prusias guardó la neutralidad entre Perseo y los romanos. Eumenes y Ariarates se dieron buenas trazas y engañaron á los dos partidos. Masinisa proporcionó tropas á Roma; Cotes, rey de Tracia, abrazó la causa del rey de Macedonia; Quincio, rey de Iliria, le ofreció su alianza mediante enormes subsidios.

Perseo, ambicioso pero avaro, valiente por necesidad pero débil por carácter, no supo emplear el tiempo que hubiera podido aprovechar y los tesoros que le dejaba su padre. Algunos triunfos rápidos le hubieran proporcionado aliados; pero negoció en vez de combatir. Los romanos se aprovecharon de esta falta con su actividad ordinaria, y la aprocsimacion de sus ejércitos hizo que se declarasen en su favor los aqueos, los ródios, los beocios y la mayor parte de los griegos.

La guerra empezó bajo el consulado de Licinio Craso y de Casio Lonjino. Licinio pasó á Tesalia con un ejército. Perseo, en lugar de marchar contra él, cuando sus tropas estaban fatigadas de la marcha penosa por los desfiladeros del Epiro, le dió tiempo para que descansasen y se

reuniesen á ellas cinco mil hombres que Eumenes, rey de Pérgamo, les enviaba.

Hubo un combate de caballería en que los romanos, abandonados de los étolos, fueron vencidos. La victoria quizá hubiese sido completa, si Perseo hubiera hecho que la falanje acometiera; pero se detuvo, y Licinio se retiró sin gran pérdida. Perseo, vencedor, pidió la paz bajo las mismas condiciones que se habian impuesto á su padre despues de la derrota de Cinocéfalas. Licinio le respondió orgullosamente que no la lograria sino rindiéndose á discrecion. Quincio Marcio, sucesor de Licinio, penetró sin precauciones en Macedonia, y se halló imprudentemente encerrado enmedio de las montañas; pero se salvó porque Perseo, poseido de un terror pánico, se retiró á Pidna, y dejó el pais abierto al enemigo. A pesar de las faltas del rey, los romanos no hicieron progresos, y aun fueron batidos en algunos reencuentros parciales.

Consulado de Paulo Emilio. —Previendo el senado, que si la lid se prolongaba, podria reunir contra él los pueblos y los reyes humillados por los triunfos de Roma, conoció la necesidad de elejir un jeneral hábil. Paulo Emilio, olvidado muchos años por sus conciudadanos, se consolaba de su ingratitud retirado en el campo, entretenido en educar á sus hijos y en cultivar la literatura y la filosofia. Fué nombrado cónsul y se le dió la provincia de Macedonia. Este grande hombre merecia la confianza pública por la severidad de sus virtudes y la estension de sus talentos. Estricto observador de las leyes y amante de las costumbres antiguas, se oponia á las novedades. «Las revoluciones, decia, no empiezan por grandes »ataques contra el gobierno, sino con lijeras mudanzas en la »observancia de las leyes. Lo »que no se respeta, pronto cae.» Por esta razon sostenia rigorosamente en el ejército la disciplina antigua y la práctica de las ceremonias relijiosas.

Se vió con sorpresa que un hombre tan virtuoso repudiase á su mujer cuyo mérito elojiaba: «Mirad mi zandalia, dijo, no no»tareis en ella defecto alguno; »mas yo sé donde me hace mal.» Habia tenido dos hijos de su primera mujer: el uno dió á Fabio y el otro á Scipion para que los adoptasen. Este segundo fué Scipion Emiliano, ruina de Cartago y Numancia. Solo conservó consigo los hijos del segundo matri-

monio. El hijo de Caton casó con su hija.

Paulo Emilio, diestro en sus maniobras, entendido en sus planes y rápido en la accion, vió siempre á la fortuna acompañar sus armas. Derrotó muchas veces á los galos, consiguió muchas victorias en España y subyugó á los ligures. Negáronle el segundo consulado merecido por tan gloriosos servicios, y por este desaire estuvo separado catorce años de los negocios. Los peligros públicos le volvieron á recordar; y cuando los romanos quisieron restablecer sus negocios en Macedonia, le nombraron cónsul y tenia ya sesenta años.

Al llegar á su casa de Roma, encontró llorando á su nieta Porcia; y como le preguntase la causa, la niña le respondió abrazándole: «¿No sabes que ha muerto »nuestro Perseo?» (Este era el nombre de su perrillo.) Emilio dijo: «Hija mia, yo acepto el va»ticinio.» Obligado á arengar al pueblo, segun la costumbre, dijo así: «En otro tiempo solicité el »consulado por mi propio onor: »y hoy me lo dais por vuestra u»tilidad: nada tengo que agrade»ceros. Si hallais otro que sea »mas capaz, le cederé mi puesto; »pero si me juzgais el mas dig»no, obedecedme, y no comen»ceis como siempre, á censurar »á quien sabe mas que vosotros, »y á dar consejos á vuestros ma»jistrados.» Cuando llegó al ejército, su primer cuidado fué restablecer la disciplina. Buscó despues los medios de penetrar en Macedonia, cuyos desfiladeros eran casi intransitables y estaban bien guardados. Fabio Mácsimo, su hijo, y Scipion Nasica, puestos al frente de dos destacamentos, robaron sus marchas al enemigo, le rodearon y abrieron paso á los romanos. Nasica instaba al cónsul que marchase rápidamente á los macedonios y les diese batalla: el anciano jeneral le respondió: «Si yo tuviese »tu edad seria tan ardiente como »tú; pero las victorias que he con»seguido y las batallas que he »visto perder, me han enseñado »que no se debe llevar la tropa »al combate sin haberla hecho »descansar.»

Batalla de Enipeo.—Perseo ocupaba una fuerte posicion cerca del mar al pie del monte Olimpo. Los dos ejércitos estaban frente á frente separados por el rio Enipeo. La casualidad, segun unos, ó un ardid de Paulo Emilio, segun otros, aceleró el paso del rio y el combate. Una bestia de carga se escapó atravesando las aguas: los macedonios y ro-

manos entran en ellas, los primeros para cojerla, los segundos para recobrarla. Este juego se convirtió pronto en escaramuza, la escaramuza en accion parcial, y esta en batalla. Los romanos, pasado el rio, arrollaron con facilidad las tropas lijeras de Perseo y la infantería de sus aliados; pero al llegar á la falanje, firme como una muralla inexpugnable, y erizada de lanzas, todos sus esfuerzos fueron inútiles contra aquella fortaleza animada. Los macedonios, cuyas filas eran impenetrables, clavaron sus lanzas en los escudos de los romanos é inutilizaban las espadas cortas de estos. Sálio, oficial lejionario, enfurecido con la resistencia, tira su estandarte enmedio de los enemigos: los romanos se arrojaron sobre la falanje, pero en vano; mueren sin penetrar en sus filas. Aquella temible masa se adelanta ácia los vencidos lenta y ordenadamente, derramando la muerte y el terror, y obliga al enemigo á retirarse. Paulo Emilio, indignado de huir por la vez primera, rompe su cota de armas, reprende á los soldados su cobardía y consigue reunirlos. La falanje continuaba marchando: el cónsul advierte que la desigualdad del terreno la desune, y que pierde en el balanceo de la marcha la fuerza de su masa. Aprovechándose de este momento favorable, divide sus soldados en pequeñas tropas, y les manda que penetren por los intervalos de la falanje. Los romanos se precipitan con rapidez sobre los griegos: las coortes entran en los vacíos y desbaratan en un momento aquel cuerpo formidable. No detenidos ya por las picas, peleaban cuerpo á cuerpo: las lanzas en esta lucha eran mas embarazosas que útiles: los macedonios caian sin defensa bajo las espadas cortas y macizas de sus enemigos. Marco Caton, hijo del censor, perdió la suya en el combate. Sus amigos le cubrieron con sus escudos y se arrojaron con él á las filas griegas hasta que la encontraron. La matanza fué tal, que quedaron teñidos de sangre las aguas del Enipeo. Los macedonios perdieron veinticinco mil hombres en esta batalla: la falanje quedó casi enteramente destruida. El jóven Scipion no parecia, y Paulo Emilio, á pesar de su victoria, estaba sumerjido en una profunda afliccion; pero su hijo volvió á la noche con tres de sus compañeros cubierto de sangre.

Perseo, vencido, arrojó su cota de armas, su ropaje de púr-

pura, y huyó. Llegado á Pela, dió de puñaladas á las dos concubinas suyas porque le echaron en cara sus faltas. Los tiranos, cobardes y crueles, temen mas á la verdad que al enemigo. Paulo Emilio subyugó la Macedonia. Los romanos, siempre supersticiosos, contaban que en el sacrificio que celebró en Anfípolis, el fuego del cielo habia consumido la leña colocada en el altar.

Perseo se refujió á Samotracia: su almirante le robó sus tesoros. Al acercarse los romanos que le perseguian, quiso escaparse por una ventana; mas no pudiendo conseguirlo, se entregó á Octavio y le pidió que lo condujese á la presencia de Paulo Emilio.

El cónsul, viéndole llegar, le salió al encuentro y consoló con lágrimas jenerosas su infortunio. Pero Perseo no supo hacerlo respetable, pues se arrojó á los pies de Emilio, abrazó sus rodillas, y quiso escitar su compasion á fuerza de bajezas.

El romano, indignado de aquella debilidad, le dijo: «Miserable: cuando debias acusar á la »fortuna de tus reveses, la ab»suelves con tu cobardía! Veo »que mereces tu desgracia y que »eras indigno del trono. Casi me »haces avergonzar de mi victo»ria, porque es poco onorífico »vencer á un hombre como tú, »tan poco á propósito para com»batirnos. Los romanos respe»tan el valor por reveses que su»fra, y desprecian la bajeza aun »cuando esté coronada por la »fortuna.»

Sin embargo, le levantó del suelo y le hizo custodiar onoríficamente. Luego que se quedó solo con sus amigos, les habló de este modo: «¡Ah! ¡cuán in»sentato es el hombre si se en»soberbece con su prosperidad, »y si cuenta con los favores de la »inconstante fortuna! Acabais »de ver á mis pies ese rey que »poco hace gobernaba un pode»roso imperio. No ha muchos »dias que este príncipe manda»ba un ejército numeroso; un »tropel de cortesanos lisonjea»ban su vanidad: hoy cautivo y »solitario, su subsistencia de»pende de la caridad de sus ene»migos. El mundo ha escuchado »las alabanzas y omenajes tribu»tados á la memoria de Alejan»dro el Grande; nosotros en un »solo dia acabamos de derribar »su trono y su familia. Roma»nos: aprovechaos de tan gran »leccion; rebajad esa altivez que »os inspira la victoria; meditad »en la incertidumbre del porve-

»nir, y esperad con modestia los »resultados de una prosperidad, »cuya consecuencia ninguno de »nosotros puede prever.»

Paulo Emilio hablaba como un filósofo: sin embargo, pasando por Delfos y viendo un pedestal en el cual debia ponerse una estátua de oro de Perseo, mandó que se pusiese la suya, diciendo que era razonable que el vencido cediese su sitio al vencedor. Esta debilidad no refutó su escelente discurso, sino demostró cuán difícil es sobreponerse á los alagos de la fortuna.

Triunfo de Paulo Emilio en Roma.—Vuelto á Roma, recibió el precio de sus azañas. Su magnífico triunfo duró tres dias. En el primero pasaron doscientos cincuenta carros cargados de pinturas, estátuas y muebles preciosos: en el segundo otros doscientos cincuenta con armaduras, cuyo brillo, movimiento y ruido, causaban espanto creyendo oir el fragor de las armas de los vencedores de Darío: despues se admiraba un gran número de copas magníficas y setecientos cincuenta vasos llenos de monedas de oro y plata. El tercer dia desfilaron ciento veinte toros coronados de flores, seguidos de carros, en que venia una copa de oro de diez talentos, consagrada á los dioses, la vajilla del monarca vencido y sus ornamentos reales. Seguian los hijos del rey tendiendo las manos al pueblo como implorando su piedad, y Perseo, vestido de negro con los ojos bajos, enmedio de sus principales oficiales, cuyas lágrimas anunciaban la vergüenza y la desesperacion. El débil monarca habia pedido á Paulo Emilio que le escusase la ignominia del triunfo; el romano, despreciando su cobardía, le respondió: «No me pidas una »gracia que está en tu poder.»

Detrás del rey cautivo iban oficiales que llebaban cuatrocientas coronas de oro. Detrás venia Paulo Emilio sentado en el carro de los triunfadores, vestido de una ropa de púrpura listada de oro, y llevando en su mano un ramo de laurel. Los soldados que le rodeaban iban cantando himnos de victoria. Paulo Emilio, compadecido de la desgraciada suerte de Perseo, obtuvo del senado que no se le tuviese preso en la cárcel, y se le pusiese con decencia en una casa particular. Hay mitigaciones para la desgracia, pero no para el oprobio; este no lo pudo sufrir el monarca destronado, y aunque menos infeliz, se dejó morir de ambre. Dos de sus hijos le imitaron;

el tercero, llamado Alejandro, tomó el oficio de carpintero, se instruyó despues en la literatura romana, y pudo obtener la plaza de notario.

Paulo Emilio, que nada reservó para sí de un botin inmenso, llevó al erario tantas riquezas, que el pueblo romano no volvió á pagar tributo alguno hasta la guerra civil entre Antonio y Octavio.

Cuando abdicó el consulado, se le nombró censor, y poco despues murió casi de repente. Su virtud fué tan estimada jeneralmente que no solo sus conciudadanos, sino tambien los ligures, españoles y macedonios que se hallaban en Roma, á pesar de haber sido sus enemigos, asistieron á sus funerales, y disputaron el honor de llevar su cadáver al sepulcro. Sus victorias le habian servido tan poco para enriquecerse, que la herencia de sus hijos ascendió apenas á la suma de cien mil pesetas.

Sumision de los reyes y de los pueblos delante de Roma.— Parece que despues de la conquista de Macedonia todos los pueblos y reyes siguieron el carro triunfal de Paulo Emilio. Enviaron diputados á Roma, unos para hacer protestas de fidelidad, otros para disculparse de su conducta equívoca.

Los rodios perdieron la Cária y la Licia: mil aqueos fueron deportados á Etruria sin mas delito que el anelo de conservar su libertad: setenta ciudades del Epiro fueron saqueadas, y ciento cincuenta mil epirotas vendidos por esclavos. En Etolia la faccion favorable á los romanos degolló ciento cincuenta ciudadanos distinguidos del partido contrario. En vano se quejaron las familias de las víctimas: el senado, orgulloso con su poder, no creyó que tenia necesidad de ser justo.

La debilidad de los pueblos y la bajeza de los reyes eran causa, y en cierto modo disculpa, de la tiranía de Roma. Casi todas las faltas atribuidas á la tiranía están en el servilismo de las víctimas que la adulan mientras aquella no las ataca, y solo la acusan cuando se ven acometidas.

Prusias, rey de Bitinia, se presentó al senado con un gorro de liberto, y llamó á los senadores *sus dioses salvadores*. «La vergüenza me impide, dice el historiador Polibio, insertar todo el dicurso de este cobarde rey.»

El senado se fastidió de las importunas adulaciones de es-

tos esclavos coronados; y no queriendo ni recibir á Eumenes ni desobligarle, proibió por un decreto á todos los reyes hiciesen el viaje á Roma.

PROTECCION CONCEDIDA A LOS JUDIOS. — Al mismo tiempo repartió el reino de Ejipto entre Filometor y Fiscon; protejió á los judios rebelados contra Antíoco Epifanes á causa de sus infames persecuciones, hizo con ellos un tratado de alianza, favoreció á un impostor llamado Alejandro Bala, y le ausilió para que usurpase la corona de los Seleucidas. Estos cayeron al fin; pero los partos, mas temibles que ellos, dominaron el Asia y opusieron á la ambicion de Roma una barrera inespugnable.

Lo que prueba mas la sagacidad de Annibal en aconsejar á Antíoco el Grande que llevase la guerra á Italia, es ver que Roma, tan temible en Africa, Grecia y Asia, no estaba todavía asegurada en su península. Los galos, ligures, etruscos y samnitas sufrian mal el yugo. ¡Qué no habrian hecho protejidos por un poderoso aliado, cuando solos y sin apoyo hicieron tantos esfuerzos para lograr su independencia, que fueron necesarios el esterminio de la nacion de los boyos y los continuados triunfos de Scipion Nasica para someter la Galia Cisalpina!

Los pretores y procónsules romanos, burlándose de la severidad de los censores, del rigor de los decretos del senado, y despreciando la antigua sencillez de costumbres, á la cual debieron una gloria tan pura los Cincinnatos, los Fabios y los Scipiones, se entregaron á una avidez vergonzosa, oprimieron con vejaciones las provincias conquistadas, y reduciendo á la desesperacion los pueblos vencidos, les dieron valor para rebelarse. Los españoles sobre todo, mas altivos y mas aborrecedores del yugo que los otros pueblos, volvieron á tomar las armas, y vengaron muchas veces sus injurias con la sangre de los opresores.

Los celtíberos destrozaron muchas lejiones; y los ejércitos romanos, cercados de enemigos, ni hácian una marcha sin riesgo, ni pasaban un dia sin combate. La juventud de Roma desalentada, no queria alistarse para servir en este pais belicoso, donde habia tantos enemigos como habitantes. El senado no se atrevia ni á retractar sus órdenes, ni á castigar una desobediencia casi jeneral. El hijo de Paulo Emilio, Scipion

Emiliano, indignado de la cobardía de sus compatriotas, ofreció servir en España en cualquier grado que se le diese. Este ejemplo jeneroso alentó á los hombres mas tímidos, la vergüenza desterró el miedo, y el alistamiento se hizo con rapidez. Tocó en suerte la provincia de España al cónsul Licinio Lúculo. Cuando llegó, el procónsul Marcelo acababa de aceptar una paz poco onrosa, dictada por los celtíberos. No se atrevió á romperla; pero deseando enriquecerse, invadió el pais de los vacceos, sin motivo ni autorizacion. Tomó una de sus plazas, y aunque los defensores habian capitulado, degolló veinte mil de sus habitantes y vendió los demás.

Perfidia de Sulpicio Galba.— Pasó despues á Lusitania para socorrer al pretor Sulpicio Galba, que habia sufrido una derrota, y saqueó orriblemente el pais. Lo mismo hizo Galba por su parte. Muchos pueblos, asombrados de tantos destrozos, solicitaron, como único remedio, la paz con Roma. Galba les señaló un lugar para que se reuniesen á jurar la alianza, y cuando su buena fé los hubo puesto en el lazo que les tendia, hizo que sus soldados los cercasen y degollasen.

Este crímen escitó en Roma una justa indignacion. Galba, á su vuelta de España, fué citado en juicio ante el pueblo; pero el mucho oro que traia hizo que se le absolviese.

Abolicion de las fiestas bacanales.—Ya se conoce bien lo que era Roma conquistadora: la corrupcion minaba su virtud, único cimiento sólido de su grandeza. Sus costumbres seguian la depravacion de su política. En el año 567 de Roma, el senado juzgó necesario abolir las fiestas bacanales: consagradas al dios del vino, no habian tenido antiguamente otro objeto que entregarse á la alegría, interrumpir los trabajos con los placeres, y celebrar los dones de la divinidad que presidia á las vendimias. Bajo este pretesto se formó una sociedad infame, que se entregó á la licencia mas desenfrenada, y formó reuniones desonestas de ambos secsos. Enmedio de las tinieblas de la noche, á la luz de las antorchas cometian crímenes orrendos: muchos ciudadanos distinguidos desaparecieron: otros murieron envenenados: se insultaba el onor de las matronas. Para cubrir estas maldades y aogar los gritos de las víctimas, apagaban las teas, daban grandes aullidos y tocaban trompetas.

Reveláronse todas estas iniquidades al senado. El cónsul Postumio, encargado de la causa, halló que estaban complicadas en ella nada menos que siete mil personas de uno y otro secso. Los que fueron presos pagaron su delito en el suplicio: otros se anticiparon al castigo con el destierro ó el suicidio.

La esperiencia de los desastres causados por las enfermedades contajiosas, no enseñaba á los romanos las precauciones necesarias para impedirlas. El año 578 de Roma hizo la peste tantos estragos en la ciudad, que segun dice Tito Livio, los cadáveres se quedaban amontonados en las calles. Sin embargo, la poblacion crecia, y con ella el lujo y las artes.

Epoca del poeta Terencio.— El poeta Terencio, que comenzaba entonces á brillar en la capital del mundo, amigo de Lelio y de Scipion, fué el primero que hizo conocer á los romanos la perfeccion del estilo. Su primer comedia se representó un año despues de la conquista de Macedonia. Antes de él habia merecido Plauto por su afluencia cómica los sufrajios del pueblo, y se habia erijido una estátua al poeta Ennio. La vanidad de muchos particulares llenó la ciudad de los monumentos que se erijian á sí mismos. Los censores Scipion Nasica y Popilio Lenate, mandaron quitar todas las estátuas erijidas sin la aprobacion del senado. Este Popilio Lenate, fué el mismo que ordenó á Antíoco Epifanes, responder antes de salir del círculo que le habia trazado con el báculo.

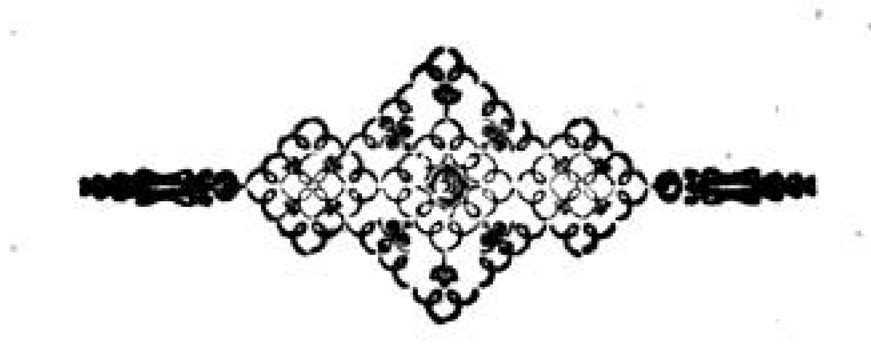
El año 596 de Roma, los dálmatas, dependientes de Iliria, se proclamaron libres é hicieron incursiones en los paises vecinos aliados de la república. El senado pidió satisfaccion, no la obtuvo, y les declaró la guerra.

El cónsul Marcio Fígulo, vencido al principio por estos bárbaros, reparó su derrota con algunos combates ventajosos. Scipion Nasica, su sucesor, terminó la guerra, apoderándose de la capital de Dalmacia, y rehusó modestamente el triunfo que el senado le decretaba, y el título de *imperator* (jeneral victorioso) que las lejiones querian darle.

Rijidez de Caton el censor.— Caton el censor, cuya rijidez se aumentaba con la edad, se mostraba siempre enemigo implacable de toda innovacion, sin esceptuar las que eran útiles é inevitables. Oponiéndose á los progresos de las luces, como á los del lujo, pronunció en el senado

un discurso veemente para que se echase de Roma á Carnéades, Cristolao y Diójenes, filósofos y oradores célebres, enviados por Atenas á una negociacion. Quiso además desterrar á los médicos, diciendo que afeminaban al hombre socolor de cuidar de su salud. Como los hombres sienten mas la necesidad de curar sus dolencias que sus humores, la filosofía fué desterrada; pero la medicina triunfó de Caton.

Al fin del siglo VI de Roma, llevaron las lejiones sus armas por la primera vez mas allá de los Alpes, y vencieron á un pueblo galo, ligur de orijen, que habia acometido á Masilia, aliada constante de la república.



CAPITULO VIII.

TERCERA GUERRA PUNICA.

Causa de esta guerra.—Embajada de Caton al Africa.—Declaracion de guerra á Cartago.—Embajada de Cartago á Roma.—Desarme de Cartago.—Nueva guerra de Macedonia.—Nueva guerra en Grecia.—Vuelta de Scipion Emiliano á Roma.—Sitio, toma y destruccion de Cartago.—Cobardia de Asdrubal y valor de su mujer.

Causa de esta guerra.—(A. M. 3853.—A. C. 151.) Un objeto mas importante fijaba la atencion del mundo. La paz, que habia ecsistido cincuenta años entre Roma y Cartago, se rompió. La inejecucion del tratado sirvió de pretesto á esta nueva guerra, cuyo objeto era la ruina total de Cartago. Se habia estipulado en la paz que esta república restituiria á Masinisa todas las posesiones que le habia quitado. El numida, contando con la parcialidad del juez y la debilidad del enemigo, ecsijió mas de lo que le tocaba, y se apoderó de Leptina. Cartago se quejó á Roma, y los comisarios del senado en Africa, siendo Caton el principal de ellos, lejos de hacer justicia, aconsejaron la ruina de Cartago. Caton, á su vuelta á Roma, envidioso de un héroe como Scipion, cuya superioridad no podia tolerar, habló de las riquezas que conservaba Cartago, de la belleza de sus puertos, de la fuerza de sus bajeles, del número imponente de sus soldados; y la necesidad de consumar la ruina de esta ciudad rival le parecia tan evidente, que como hemos dicho, al concluir todos sus discursos sobre cualquiera materia que fuese, terminaba con esta frase: «Es menester des»truir á Cartago.»

Scipion Nasica se oponia con veemencia á tan inicuo dictámen: aunque no se elevó este romano á la celebridad de los otros Sci-

piones, adquirió una gloria mas pura y menos comun; pues fué declarado en una ocasion por el senado y el pueblo el hombre mas onrado de la república. Decia que para conservar en Roma la fuerza de las leyes y las costumbres, no se debia destruir sino antes sostener la única potencia capaz de escitar la emulacion; y en fin, que si deseaba contener los progresos de la corrupcion, era necesario renunciar al espíritu de conquista. El parecer de Caton, que favorecia las pasiones, fué preferido á la razon y á la justicia. Cartago, atacada por Masinisa y no protejida por Roma, trató de defenderse. Fué vencida por el rey de Numidia, y Roma le declaró la guerra por haber atacado á un príncipe aliado de la república. Los cónsules embarcaron las lejiones y se dirijieron al Africa. Despues de su salida de Roma, llegaron á esta ciudad embajadores de Cartago, y declararon al senado que la república se sometia á la discreccion del pueblo romano. Se les ofreció que conservarian sus leyes, tierras y libertad si enviaban trescientos reenes á Lilibea, y hacian todo lo que les mandasen los cónsules. Esta respuesta artificiosa, indigna de un gobierno fuerte, no hablaba sino de *libertad, leyes y tierras*: y no se espresaba la conservacion de las *ciudades*, porque la destruccion de Cartago estaba decidida.

El cónsul Marcio Censorino recibió los embajadores en Lilibea (ó Lilibeo), y les dijo que les responderia en Utica, donde desembarcó poco despues con ochenta mil hombres. Utica, temerosa, abandonó á Cartago y se rindió.

Desarme de Cartago. — Presentáronse allí los majistrados de la infeliz república, y se les mandó entregar todas las armas, elefantes y máquinas de guerra. Esta órden rigorosa, esparció la consternacion, y sin embargo obedecieron. Cuando el cónsul se vió dueño de todos los medios de defensa de sus enemigos, les dijo: «Alabo vuestra pronta obe»diencia; sabed aora la voluntad »del senado y pueblo romano: »os ordenan que abandoneis á »Cartago y os establezcais en »cualquiera paraje con tal que »sea á diez millas de la costa.»

El enemigo mas débil se hace temible cuando le reducen á la desesperacion. El esceso de la desgracia resucitó el valor de los cartajineses; el amor de la patria reunió las facciones: treinta mil desterrados amenazaban en-

tonces á Cartago; esta los llamó, y dió el mando de sus tropas á su jefe Amílcar. La rabia forjó armas, la industria creó máquinas, y hasta los cabellos de las mujeres proporcionaron cuerdas; —desde el niño hasta el anciano todos fueron soldados.

El cónsul no esperaba ninguna resistencia. Creyéndose seguro del triunfo de su perfidia, no habia estrechado sus operaciones; y cuando por último marchó contra unos esclavos que miraba como sumisos, encontró enemigos intrépidos y una nacion en pie y sobre las armas. Rechazado en muchos asaltos, se vió atacado en sus mismos cuarteles. Asdrubal, jeneral cartajinés, quemó la escuadra romana, y la peste introducida en el campo de los cónsules aumentó la pérdida y la indisciplina de las tropas.

Nueva guerra en Macedonia. —Al mismo tiempo que Roma encontraba en Africa ostáculos imprevistos, un jóven aventurero se apoderaba de Macedonia, que desde la conquista se gobernaba republicanamente y por sus propias leyes. Este impostor, llamado Andrisco, se finjió hijo de Perseo. Fué preso al principio, pero logró escaparse y se refujió en Tracia, de donde volviendo á Macedonia, fué reconocido y elevado al trono. Justificó esta eleccion por el valor que mostró en la conquista de Tesalia; y venció las lejiones enviadas contra él, con muerte del jeneral romano.

Al mismo tiempo el senado, para humillar á los aqueos, favoreció á los espartanos que querian separarse de la liga. Los aqueos, irritados, insultaron en Corinto á los diputados de Esparta y amenazaron á los de Roma. La república, que hacia la guerra en España, Africa y Macedonia, creyó que debia disimular por entonces su ira, y entró en negociacion. Pero la liga creyó que esta prudencia era docilidad. Dieo, jefe de ella, respondió á Metélo, que entonces sosegaba la Macedonia, que *para ser libre, basta querer serlo;* como si la Grecia corrompida y destrozada por facciones, pudiese tener la voluntad firme, que es necesaria para conservar la libertad.

Metélo marchó contra él, desconcertó sus tropas al primer choque, y las puso en derrota. Dieo, desalentado por este revés, fué á Megalópolis y se mató despues de haber degollado á su mujer y á sus hijos.

Los aqueos abandonaron á Corinto, cuya ecsistencia estaba de-

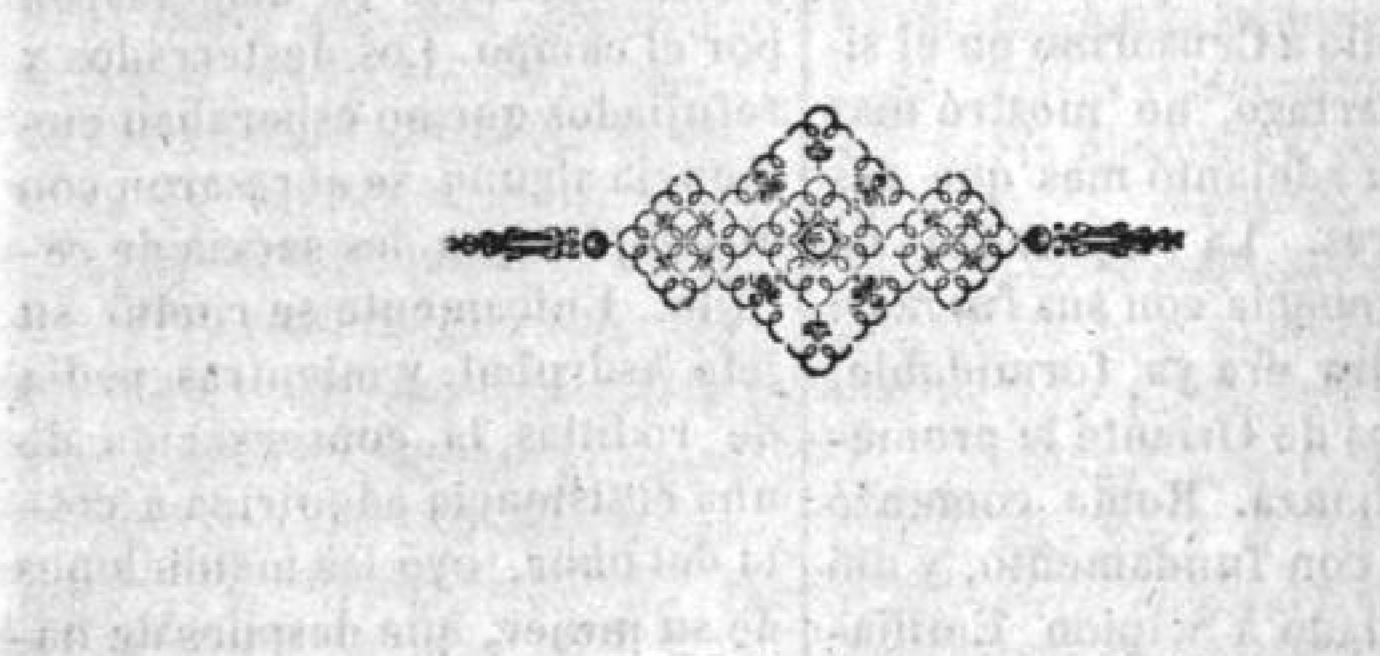
fendida por una débil guarnicion, con un valor digno de mejor fortuna. Mummio, que acababa de suceder á Metélo, atrajo los enemigos á un lazo, los derrotó, les cortó la retirada, entró en Corinto, asesinó á los habitantes, vendió á las mujeres y niños, robó los vasos, las estátuas y los cuadros, y entregó la ciudad á las llamas. La libertad griega pereció con Corinto, y la Grecia fué reducida á provincia romana, bajo el nombre de Acaya.

El cónsul Calpurnio Pison, que sucedió á Censorino en el sitio de Cartago, no mostró mas talento ni adelantó mas que sus antecesores. La esperanza de Cartago renacia con sus fuerzas: su escuadra era ya formidable, y los reyes de Oriente le prometian su alianza. Roma comenzó á recelar con fundamento, y dió el consulado á Scipion Emiliano, que habia militado en Grecia, España y Africa, siendo el primero en subir al asalto, y cuyo valor y vijilancia acababa de libertar el campamento del cónsul, atacado por el jeneral cartajinés Faneas. El hijo de Paulo Emilio, adoptado por el vencedor de Annibal, pedia modestamente la edilidad. La confianza pública, fundada en su mérito y no en su edad, le dió el consulado, y le asignó la provincia de Africa sin sacarla á la suerte.

Apenas llegó al ejército, se ocupó en reparar sus pérdidas y en restablecer la disciplina. Marchando en seguida rápidamente contra el ejército africano, lo destruyó casi del todo: destruyó la escuadra cartajinesa en un combate naval, estrechó la plaza, y dió un asalto que duró seis dias y seis noches; la tomó y la arrasó. La ciudadela capituló, y sus defensores se dispersaron por el campo. Los desterrados y refujiados que no esperaban clemencia alguna, se abrasaron con el templo que les servia de refujio. Unicamente se rindió su jefe Asdrubal, y mientras pedia de rodillas la conservacion de una ecsistencia adquirida á costa del onor, oyó las maldiciones de su mujer, que despues de haberle echado en cara su cobardía, se arrojó á las llamas con sus hijos, y pereció á la vista de un esposo tan poco digno de ella y de Cartago.

El senado proibió con orribles imprecaciones la reedificacion de Cartago. Su territorio fué cedido á los ciudadanos de Utica. Masinisa y Caton, que habian muerto antes, no pudieron gozarse en la ruina de su enemi-

ga. Masinisa habia encargado á Scipion la tutela de Micipsa, su hijo y sucesor. Cartago y Corinto perecieron casi á un mismo tiempo, el año 3859 del mundo, 145 A. C., 607 de Roma, 362 despues de la espulsion de los Tarquinos.



CAPITULO IX.

LOS GRACOS.

Decadencia de la república. — Revolucion de Viriato en Lusitania. — Muerte de Viriato. — Guerra de Numancia. — Sedicion escitada en Roma por los Gracos. — Retrato de Cornelia, madre de los Gracos. — Retrato de los Gracos. — Tribunado de Tiberio Graco. — Su proposicion de dos edictos. — Firmeza de Tiberio Graco. — Deposicion del tribuno Octavio. — Término del tribunado de Graco. — Su muerte y la de trescientas personas. — Rebelion de los esclavos en Sicilia. — Cayo Graco, tribuno. — Poder de Cayo Graco. — Fundacion de la nueva Cartago. — Muerte de Cayo Graco.

DECADENCIA DE LA REPUBLICA. — (A. M. 3856.—A. C. 148.—De Roma 609.) Roma, victoriosa en Europa y en Africa, vió triunfar en sus muros á un mismo tiempo á Scipion el segundo Africano, á Metélo el Macedónico, y á Mummio el Acaico; mas no pudo resistir á la embriaguez ordinaria que causa la prosperidad en los hombres, por grandes que sean. ¿Y qué virtud podria libertar del orgullo á tantos ciudadanos ilustrados por triunfos, á tantos guerreros adornados de coronas cívicas y murales; nobles premios de las acciones heróicas, y cargados de los ricos despojos del mundo; y en fin, á tantos senadores y varones consulares, que todos habian ganado batallas, tomado plazas, subyugado naciones, y visto reyes á sus plantas? La reunion de los vencedores de Europa, Asia y Africa, la celebridad de sus azañas, los omenajes de los pueblos y reyes, y los ricos tributos que les enviaban todos los príncipes, debian escitar el orgullo de los romanos, aturdir su razon y desterrar hasta las últimas memorias de la austera virtud, y de la antigua simplicidad de los hermosos dias de la república. La mejor época de la historia romana comienza despues de la invasion de Pirro, cuando las cos-

tumbres dejaron de ser agrestes y selváticas, sin perder su pureza, y acabó con la tercer guerra púnica. Mientras los romanos vieron en peligro su ecsistencia, sometidos á los principios de la relijion y á las reglas de la justicia, confundieron siempre el interés privado con el jeneral. Entonces este pueblo asombroso, fuerte y apasionado como una faccion, segun dice Montesquieu, é invencible por su concordia, debió inspirar admiracion y miedo. Pero destruida Cartago, quebrantada España, sometida Italia, subyugada Grecia y amenazada el Asia, libertaron al pueblo romano de todo temor y no conoció freno ninguno para sus pasiones. Rotos los diques, el torrente superó sus ribazos. Los ciudadanos que habian peleado tantos años para defenderse y despues para conquistar, no emplearon ya sus armas sino en disputarse unos á otros los frutos de la conquista y los goces de la dominacion. En vano algunos hombres virtuosos quisieron oponer al lujo la fuerza de las costumbres, á la ambicion el amor de la patria, y á la violencia la justicia: su voz se perdió entre el tumulto de las pasiones.

Roma va á presentarnos un nuevo espectáculo. No veremos ya las palmas de la gloria sobre el arado de Cincinnato. La modestia y la pobreza no embellecerán los triunfos de los Fabios y Emilios: los cónsules y dictadores no podrán oponer el ascendiente de sus virtudes republicanas á la licencia del pueblo, al orgullo de los magnates. La fuerza ocupará el lugar de la justicia, y la opulencia recibirá los inciensos tributados antes á la libertad. Dejamos ya aquel senado, lleno de sábios y de héroes, que Cíneas comparaba á un consejo de reyes, y vamos á contar las querellas sangrientas de los nuevos señores del mundo, devorados de ambicion y codicia, crueles y voluptuosos á un mismo tiempo, que destrozaban el seno de la patria por satisfacer la sed del oro, y obligaban á las lejiones y al mundo á pelear por la eleccion de su tirano. Pero la corrupcion, aunque rápida, procedió por grados. Al principio no se violaron las leyes sino por ambicion; y la ambicion conserva aun las apariencias de la verdadera gloria. Pero cuando holladas las antiguas leyes y costumbres, los próceres enriquecidos con el saqueo y ruinas de las provincias, habitaron palacios grandes como ciudades, hicie-

ron cultivar sus tierras con lejiones de esclavos, y poseyeron tesoros mas ricos que los de los monarcas; entonces la avaricia, pasion la mas vil y funesta, dominó los ánimos, y se sacrificó la justicia, las costumbres y la patria al villano deseo de enriquecerse. Ni hubo libertad ni virtudes: todo fué venal. Los hombres se hacian facciosos para ser ricos; y en llegando á serlo, corrompian á los pobres para conservar el poder y la opulencia. Ya no servian al estado, sino á un partido, y la caida de la república era inevitable. A las sediciones de los Gracos, debian seguirse las proscriciones de Mário y Sila, y la tiranía de este preparaba la dictadura de César y el imperio de Augusto.

Sin embargo, en estos dias de decadencia brillaron todavia algunas virtudes que luchaban contra el vicio triunfante, y muchos hombres célebres por sus talentos, valor y azañas: ¡felices si hubieran consagrado tan altas cualidades á la salvacion de la patria, que ilustraron con su heroismo y que destrozaron con sus disensiones! Mas ya era imposible volver al órden y á la libertad, porque la perversion de las costumbres oponia un ostáculo insuperable.

Las causas del engrandecimiento de los romanos estaban mas bien en sus hábitos que en sus instituciones, y la corrupcion lo destruyó todo. Condillac observa con mucha razon que nada habia fijo en el gobierno de Roma. Los derechos del pueblo y del senado eran inciertos y espuestos á contestaciones, y los poderes estaban distribuidos sin esactitud: los censores, los tribunos y los cónsules, ejercian alternativamente una autoridad casi arbitraria: solia nombrarse un dictador para eludir las leyes; pero la sencillez de las costumbres, la templanza, el desinterés y el amor de la patria suplian la falta de las leyes políticas; y hasta las disensiones de las clases, sosteniendo una emulacion saludable, fortificaban la república en vez de trastornarla. Todo, hasta la virtud, estaba en los hábitos. No se puede suponer que un cuerpo numeroso conservase por cinco siglos un mismo espíritu. Se debe, pues, atribuir el engrandecimiento de Roma á la casualidad que obligó al principio á adoptar un plan, el cual se siguió despues por costumbre.

En los primeros tiempos los romanos, débiles y rodeados de enemigos, se vieron obligados

para aumentar sus medios de defensa á hacer alianza con los vencidos. Empleando despues el mismo sistema, se sirvieron de los latinos y de los hérnicos para subyugar á los volscos y á los etruscos. Apenas fué reconocida la utilidad de su alianza, todos los pueblos la solicitaron. Sagunto la imploró contra Cartago, Masilia contra los galos, los étolos contra Filipo, los ejipcios contra los Seleucidas. Esto fué lo que aumentó el poder del pueblo dominante. Se le hubiera temido como conquistador: se le recibió como protector.

Los romanos dejaban á las ciudades sus leyes, y á los monarcas sus tronos: llamados constantemente al socorro de un pueblo contra una faccion, de un príncipe contra sus concurrentes, gobernaron mas bien como jueces y patronos que como señores; y su poder estaba sólidamente establecido, cuando seguros de su fuerza, dejaron de disimularla.

La lejislacion política de Roma habia contínuamente variado sin perjuicio de la libertad. Esta fué destruida apenas el lujo cambió las costumbres, porque el gobierno habia seguido una rutina mas bien que un plan.

REVOLUCION DE VIRIATO EN LUSITANIA.—(A. M. 3857.—A. C. 147.) El primer pais donde la avaricia romana buscó una rica presa é inmoló numerosas víctimas, fué la España. Los fieros habitantes de este pais, rebelados contra la codicia é injusticia de los procónsules y de los pretores, se defendian con un valor digno de mejor fortuna. España, talada durante setenta y cuatro años, muchas veces vencida, algunas vencedora, no habia estado nunca enteramente sometida. Algunos años antes de la ruina de Cartago, un pastor llamado Viriato (1), habiendo reunido bajo sus órdenes algunos vagamundos y ladrones, ennobleció este ejército sublevando la Lusitania y combatiendo por la independencia de su patria. Fabio Mácsimo, hermano de Scipion é hijo de Paulo Emilio, obtuvo al principio alguna superioridad sobre él, mas no supo aprovecharla. Viriato aumentó sus fuerzas, disciplinó sus tropas,

(1) *Cum quatuordecim annos Hispanias contra Romanos movisset, pastor primò fuit, mox latronum dux, postremo tamen ad bellum populos concitavit, ut assertor contra Romanos Hispaniæ putaretur.* EUTROPIUS, *Hist. rom. lib.* 4.

ganó muchas victorias, y el cónsul, obligado á tratar de igual á igual con un gañan, le concedió una paz onrosa.

Muerte de Viriato. — El senado, que comenzaba ya á no respetar la justicia, autorizó á Cepion, sucesor de Fabio, para romper este tratado. La guerra volvió á comenzar, y el jeneral romano, que no habia podido vencer al valiente lusitano, sobornó sus embajadores para que le diesen muerte en su mismo lecho.

Guerra de Numancia.—(A. M. 3859.—A. C. 145.) El pueblo de Numancia, firme y belicoso, fué acometido por los romanos con el pretesto de que habia dado la ospitalidad á los refujiados de otras ciudades conquistadas por Roma. Los numantinos, despues de haber vencido á Quinto Pompeyo, acometieron al cónsul Mancino, lo derrotaron, tomaron su campamento, y hubieran aniquilado su ejército á no ser por la intrepidez y talento de Tiberio Graco. Este jóven guerrero, que habia adquirido ya mucha celebridad, habiendo sido el primero que subió á las murallas de Cartago, cubrió la retirada de Mancino, y salvó las reliquias de las lejiones, haciendo con Numancia un tratado que el cónsul firmó.

El senado no ratificó esta paz, y á pesar de las representaciones de muchos romanos que declararon haberse salvado por ella, la rompió, y Mancino, cargado de cadenas fué entregado á los numantinos. Esta sentencia recayó solo sobre él, porque el favor del pueblo salvó á Graco y á los demás oficiales que habian intervenido en la capitulacion. El ejército romano, mandado por Furio, venció á los lusitanos y calaicos; pero fué vencido por los numantinos. Lépido, su sucesor, sin mas causa que el ánsia del botin, atacó á los vacceos que habitaban el pais que hoy se llama reino de Leon, los cuales rechazaron valerosamente esta agresion injusta, derrotaron las lejiones, y las desanimaron de tal manera que desde este momento el nombre solo de los españoles les infundia temor. Los alistamientos para España se hacian con dificultad, y los senadores aspiraban á mandar en esta provincia solo por saciar su avidez. Dos cónsules solicitaban venir á ella, el uno avaro y el otro pobre. Scipion se opuso al nombramiento de entrambos, diciendo «que el uno era demasiado rico, y que el otro no lo era bastante.»

El buen suceso de los insurjentes aumentaba su audácia, y el ejército romano perdia á un mismo tiempo sus conquistas, su valor y disciplina. En estas circunstancias críticas, el senado recurrió al talento de Scipion el segundo Africano. Elejido cónsul segunda vez, pasó á España, reunió las tropas, restableció el órden en ellas, evitó los ataques decisivos, y redujo la guerra á acciones de puestos, en las cuales se reanimó el valor y la confianza del soldado con victorias parciales.

Marchó despues contra Numancia y la sitió; mas no quiso arriesgar ningun asalto, porque los españoles estaban aguerridos y se mostraban mas intrépidos que los romanos. Limitóse pues á defender sus líneas y á rechazar las salidas de la guarnicion, se apoderó de todas las avenidas, y bloqueó esactamente la ciudad.

Los numantinos, reducidos en breve á la mas espantosa miseria, pidieron una paz onorífica. Scipion quiso que se rindiesen á discrecion. No se avinieron á ello, y pidieron por último favor que se les diese batalla para morir como esforzados. Negado esto tambien, su consternacion se trocó en desesperacion. Salieron todos de sus murallas y se precipitaron sobre las trincheras con tal furia, que, á pesar de la fuerza de su posicion, Scipion tuvo necesidad de todo su valor y talento para rechazarlos. En fin, despues de quince meses de una resistencia ostinada, los numantinos, privados de todo socorro y esperanza, pusieron fuego á la ciudad y perecieron con todas las riquezas en el incendio. No quedó rastro de este famoso pueblo, que Bossuet llama *el terror segundo de los romanos*. Estaba situado en lo que hoy es Castilla la Vieja, cerca de Soria (1). En el triunfo de Scipion no se presentaron mas que cincuenta numantinos. Su ruina fué el año 621 de Roma.

Sedicion escitada en Roma por los Gracos.—Las querellas entre el senado y el pueblo se habian suspendido por las guerras estranjeras; pero el principio que las habia escitado subsistia aun; y aunque los plebeyos hubiesen conseguido grandes ventajas, aunque los dos cónsu-

(1) Hoy se está tratando con bastante empeño por las autoridades y los hombres amantes de las cosas españolas, de elevar un monumento en el mismo sitio, para recordar onrosamente aquel hecho memorable y llevarlo á la posteridad mas remota.

les se sacasen muchas veces de su órden, el bajo pueblo no era menos digno de compasion. Una prodijiosa desigualdad de fortuna rompió el equilibrio entre los ciudadanos; las riquezas de unos aumentaban la pobreza de otros; y el mal crecia á medida que la opulencia irritaba las pasiones. Roma, subyugando al mundo, habia llegado al punto fatal en que las costumbres no pudiéndose ya sostener, deben los vicios forzar todas las barreras, y minar los fundamentos del estado.

Dos hermanos, Tiberio y Cayo Graco, célebres por su valor, talento, elocuencia é infortunios, abrazaron la causa popular, escitaron grandes turbaciones en su patria, dieron mucho esplendor á su nombre, y presentaron al mundo un triste ejemplo de las vicisitudes de la fortuna, del peligro de las facciones, del espíritu vengativo de los grandes y de lo poco que se puede confiar en el favor de la muchedumbre.

Eran nietos de Scipion el primer Africano y cuñados del segundo, que habia casado con una hermana de ellos. Cornelia, su madre, fué tan célebre por sus virtudes como su padre y sus hijos por sus acciones. Cuando quedó viuda de Sempronio Graco, Ptolemeo, rey de Ejipto, le ofreció su cetro y su mano. Pero su altivez le hacia mirar el trono con desprecio, porque en aquella época los ciudadanos romanos se creian superiores á los reyes. Cornelia hallaba su gloria en la virtud, y su placer en el cumplimiento de los deberes: despreciaba el lujo de las matronas, y les decia que «sus mejores joyas eran sus hijos (1).» La educacion que les dió los elevó sobre sus conciudadanos, fortificó su alma y desenvolvió sus talentos; pero al mismo tiempo les inspiró la fuerza, la osadía y el ardor que los arruinaron, y aun se cuenta que los incitó á ser facciosos, diciéndoles: «Todos »me llaman la suegra de Scipion: »¿cuándo tendreis bastante glo»ria y poder para que me lla-

(1) Refiérese que un dia fué una matrona romana muy compuesta á hacer una visita á Cornelia. Esta estaba vestida con suma sencillez; y la otra venia cubierta de alajas. «Enséñame las tuyas, le decia á Cornelia.» — «Espera» le contestó esta. A poco entraron sus hijos de la academia con sus tablas y stilos; y volviéndose á la matrona la dijo: «Estas son mis alajas.» La dama romana se fué avergonzada, pues siendo estéril y estando mal vista la esterilidad en la república, conoció todo el sarcasmo de Cornelia.

»men la madre de los Gracos, »Cornelia, mater Gracchorum?»

RETRATO DE LOS GRACOS.—Tiberio, adornado con todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, hechizaba la vista por su rara hermosura: era querido de los soldados por su valor, y admirado de sus conciudadanos por su elocuencia: sus brillantes azañas lo habian hecho ilustre en Africa y España, y los lazos de la sangre y de la amistad le unian con los personajes mas distinguidos de la república. Era natural pues que se uniese al partido de los grandes; pero como el senado no quiso ratificar el tratado que habia hecho con Numancia para salvar el ejército, la sentencia injusta dada contra Mancino su jeneral, y la censura ignominiosa que recayó sobre él, le irritaron contra los senadores y le obligaron á entrar en el partido popular.

Por grandes que fuesen las ventajas del nacimiento de Tiberio Graco, debemos confesar segun el parecer de todos los escritores, que sus virtudes personales no cedian ni á las de su padre ni á las de su madre, ni quizá á las de su abuelo Scipion.

Poco despues de haber sido agregado al colejio de los augures, se casó con Claudia, hija de Apio Claudio, el que fué principe del senado; y su hermana se casó con el segundo Scipion, lo cual le ligó á la casa de Miliana, aunque ya pertenecia á todas las mas calificadas de la ciudad.

Con todas las ventajas de una buena talla, hermoso rostro, y un espíritu fino y penetrante, tenia una elocuencia dulce y natural, maneras insinuantes, un aire persuasivo, y el injenio mas florido y cultivado. A todas estas cualidades juntaba un corazon firme y grande, una rectitud é integridad inalterables, un amor á la justicia, que sostenia al inocente, y castigaba el crímen, sin perder del todo y sin destruir al culpable: á todo esto añadia una sobriedad, una virtud pura y costumbres severas para sí, sin querer que los demás participasen de su austeridad. Todas estas cualidades las sostenia con un mérito adquirido en la guerra, donde habia probado en diversas ocasiones brillantes, que era tan propio para mandar como para obedecer, y que segun el estado en que se encontraba, y las necesidades de la república, obedecia con el mismo placer que los otros mandaban. Liberal hasta la profusion y dándolo todo sin reserva, se compadecia de los desgraciados, que es-

taban seguros de encontrar en él una proteccion infalible; en fin, *tantis denique adornatus virtutibus, quantas natura et industria mortalis conditio accipit* (1). Se ha dicho de él que estaba dotado de todas las virtudes que la naturaleza, la educacion y la esperiencia, pueden dar á un hombre sobre la tierra.

Pero como nada se encuentra perfecto, debemos decir que era además ostinado en sus resoluciones hasta una tenacidad estrema, altivo y fiero cuando hallaba resistencia, conservando naturalmente su venganza contra los que habian querido ofenderle, y tan pronunciado por el pueblo y contra el senado, que arriesgaba todo por servir á aquel; menos quizá llevado de aquella justicia, que en efecto amaba tanto, que seducido por una ambicion desmesurada, de que le han acusado sus enemigos, y que incontestablemente era su vicio verdadero.

Su hermano Cayo participaba de sus sentimientos, y no le era inferior en la elocuencia; pero Tiberio, mas suave, diestro y moderado, ganaba los corazones insinuándose en ellos. Cayo, veemente y arrojado, pensaba mas que en convencer en conmover. La razon parecia que hablaba por la boca del primero: el otro respiraba el fuego impetuoso de las pasiones. Tiberio era sencillo en sus costumbres, templado en sus deseos. Cayo, ávido de placeres, se entregaba á ellos con esceso, y su violencia le hacia levantar la voz de tal manera, que conociendo este defecto ponia un músico detrás de sí en la tribuna para que moderase su tono cuando era necesario.

TRIBUNADO DE TIBERIO GRACO. —Tal como acabamos de pintar á Tiberio, obtuvo el tribunado del pueblo con las aclamaciones universales de todo el mundo, que le causaron tanto mas placer, porque le parecieron presajios felices para todos sus designios.

Apenas estuvo en posesion de este cargo, escollo ordinario de los que querian sostenerlo con altivez, cuando, siguiendo su firmeza natural, y el deseo que tenia de probar sus fuerzas, propuso la ley *agraria*, eterno objeto de las divisiones de los padres y de los plebeyos, del senado y del pueblo, de los ricos y de los pobres; pero la propuso al principio con su ordinaria dulzura, como una ley cuya ejecu-

(1) VELL. PATER. lib. 2.

cion debia ser el primer cuidado de los que amaban la patria.

Esplanemos algun tanto esta ley agraria, tan famosa entre los romanos, puesto que es una de las partes esenciales del conocimiento de la historia de este pais y causa de las sediciones de los Gracos.

El antiguo uso entre los romanos, cuando habian vencido algunos pueblos vecinos, era quitarles una parte de sus tierras, de la cual la mitad se vendia para indemnizar á la república de los gastos de la guerra, y la otra mitad se reunia al dominio público, y se daba bajo una pequeña renta anual, á los ciudadanos pobres que no tenian bienes ni herencia alguna; era una especie de censo enfitéutico.

Esta costumbre era tanto mas laudable, cuanto que desterraba absolutamente la estremada pobreza de la república, y que todos los ciudadanos se encontraban poseedores de algunos bienes y fondos, que los hacian ser cuidadosos de su conservacion.

La avaricia de los ricos no dejó mucho tiempo reinar esta costumbre sin intentar atacarla; y la codicia y deseo de poseer mas bienes, hizo que pretestando el bien público y el provecho del comun, aumentasen los censos y las rentas de una manera tan escesiva, que no pudiendo los pobres hacer tan buenas proposiciones, se encontraron privados de esta especie de heredad que constituia su único bien, y los ricos se cargaron con todo.

Fácil es conocer que esto causó desde luego grandes sublevaciones, y que la multitud de ciudadanos pobres, á quienes se despojó de un bien que miraban como su único patrimonio, causó considerables turbulencias y una especie de sedicion. Así los tribunos del pueblo, zelosos de los derechos de este último órden, y queriendo remediar los inconvenientes que infaliblemente produciria semejante codicia de los ricos, despues de haber arengado públicamente sobre los desórdenes que reinaban, hicieron una ley, por la cual ningun ciudadano romano podia poseer mas de quinientas yugadas de tierra de las que se habian reunido al comun, y dado á censo enfitéutico para la república.

Esta ley justa, si la hubo alguna vez mayor, pasó con las aclamaciones del pueblo, y gran pesar de los ricos, que con semejante golpe se vieron obligados á ceder al poder de los tribunos, quienes entonces ejercieron una jurisdiccion omnipotente. La ley

tuvo el efecto que se habian propuesto: las tierras se distribuyeron con órden por personas comisionadas por el pueblo; y durante algun tiempo las cosas permanecieron en un estado bastante tranquilo.

Pero no pudiendo los ricos contener ya en adelante su avaricia, encontraron el secreto de servirse de personas prestadas para tomar en sus nombres todas las tierras á renta; y este recurso no podia dejar de tener buen resultado, puesto que cuidaban de ganar á los comisionados con regalos y servicios, y de este modo sus personas supuestas eran siempre preferidas á las demás.

Por grande que fuese este abuso se toleraba sin embargo porque la ley no se infrinjia; aparecia siempre observada con esactitud, y no debia suponerse que unos comisionados elejidos con distincion por el pueblo, fuesen tan villanos que se dejasen seducir ó corromper en perjuicio suyo.

Pero en fin la insolencia de los ricos llegó hasta el punto de no hacer misterio de una supercheria que con cuidado debian ocultar. Nadie ignoraba ya quiénes eran los verdaderos poseedores de las tierras, y comunmente se decia *fulano en nombre de fulano*. Mas pareciendo inútil ya servirse de esta vana precaucion, se consideró la ley como derogada, y los ricos tomaron públicamente en su nombre, y sin ningun disfraz, tantas tierras como pudieron; y aumentándose el poder de los grandes por cierto tiempo con la autoridad del senado, encontróse el pueblo frustrado en sus derechos, y los pobres privados de su subsistencia.

Este desórden era escandaloso en demasía para que continuase tranquilamente. El pueblo se sublevó muchas veces sin efecto: los tribunos hicieron ruido con frecuencia; pero nadie emprendió abiertamente remediarlo. Lelio, el famoso amigo de Scipion, que habia manifestado querer curar el mal, fué denominado el *sabio*, cuando previendo los peligros del remedio, cambió de resolucion, y dejó las cosas en el mismo estado en que las hallaba al entrar en su cargo de tribuno.

Tiberio Graco fué mas firme y ostinado que él: sea que en los últimos viajes que habia hecho se hubiese compadecido del abandono de los campos, cultivados únicamente por esclavos; sea que fuese impelido por algunos amigos atrevidos y de un

natural emprendedor, como eran Blosio el filósofo, y Diófanes el retórico; sea que estuviese escitado por algunos billetes que le dirijieron con maña; ó sea, como es mas verosímil, que encontrase en aquella justicia que queria se hiciese al pueblo, un motivo propio para ejecutar sus venganzas contra el senado y para tentar su fortuna, segun los proyectos que habia concebido, publicó la ley agraria, y la renovó con aplauso jeneral de todo el pueblo.

Procuró hacer esta proposicion atrevida de una manera que no pudiese dejar duda sobre la rectitud de sus intenciones; y tomó todas las medidas imajinables para persuadir á todo el mundo que el bien público, el alivio de los pueblos y el amor al órden y á la justicia eran la única causa de la prontitud que indicaba en la observancia de esta ley.

Para dar á su empresa mas peso todavia, empeñó en ella al soberano pontífice Craso, cuya sagrada autoridad era relijiosamente respetada de todos, el cual no dejó de indicar que era voluntad de los dioses la publicacion de esta ley. Hízola tambien aprobar por el famoso jurisconsulto Murcio Scévola, cuyo nombre tan grande y tan ilustre en la república, daba aun menos peso á sus decisiones, que su ciencia y su mérito personal, reconocidos de todo el mundo. A estas aprobaciones añadió la de Apio Claudio su suegro, hombre cuyas virtudes le adquirieron el título de príncipe del senado. De este modo el edicto que Graco publicaba parecia no su obra, sino la de los grandes hombres que veneraba la república.

Hizo mas: para marcar la moderacion y el deseo que tenia de satisfacer á todo el mundo, publicó que los que hubiesen contravenido á la ley, y que contra las proibiciones, hubiesen poseido gran cantidad de tierras, no solamente no serian castigados ni condenados á la multa, sino que al contrario, todas las rentas que hubiesen sacado de ellas, y que en rigor podrian pedírseles, se les concederian del todo, y que habria una completa prescripcion sobre este artículo. Para colmo de gracias y favor, añadió que la república, quitándoles las tierras que poseian mas de las quinientas yugadas marcadas por la ley, los indemnizaria, les pagaria el valor de los fondos que ella les tomase, y que entregaria al mismo tiempo

á los ciudadanos pobres la cantidad ordenada, para servirles de retiro y subsistencia.

Grandes como eran estos medios suaves, hicieron poca impresion en el espíritu de los ricos, quienes, tanto por su avaricia como por una violenta indignacion contra el tribuno, gritaron altamente que se innovaba peligrosamente para las herencias, que se iba á poner á la república en combustion; y que si no se cuidaba de ello, era cosa de verse debajo de la tiranía de los tribunos, de quienes tanto trabajo costaba garantirse despues que se habian introducido.

Graco, cuyo espíritu era aun mas estenso que sus proyectos, y que estaba bien persuadido que un gran medio suave podria satisfacer á los grandes mientras subsistiese la ley, hizo mas aun para marcar el deseo que tenia de reunir al pueblo y al senado; obró de modo que el pueblo se contentase con que le hiciesen justicia en adelante, y que durante su vida dejasen en tranquila posesion de estas tierras proibidas á los que á la sazon las tenian. Pero nada pudo rebajar la codicia insaciable de los ricos, que no cesaron de declamar contra Tiberio, á quien no se abstuvieron de dar los nombres de sedicioso y perturbador del reposo público; y entonces fué cuando el tribuno hizo aquella arenga tan afectuosa y patética, sin salir nunca de su carácter dulce, que alagaba mucho al pueblo é irritaba sobremanera á sus enemigos.

Hizo presente á la inmensa muchedumbre que le escuchaba alrededor de su tribuna, que las bestias mas salvajes tenian sus lechos y guaridas, mientras que unos hombres como los soldados y ciudadanos romanos, se veian obligados á vagar acá y allá con sus mujeres y sus hijos sin tener ni un sitio donde pudiesen retirarse: que era bien injusto que tantos valientes soldados combatiesen con tanto peligro y fatiga por el lujo, las riquezas, y la superfluidad de sus conciudadanos, que no tenian bastante discrecion para repartirles una pequeña porcion de tierra en que pudiesen hacer su habitacion: que los jenerales romanos mentian, cuando los animaban á combatir, representándoles que peleaban por la conservacion de sus dioses domésticos y la sepultura de sus antepasados, puesto que ninguno de ellos tenia ni casas ni dioses domésticos, y que estaba en la ignorancia completa del lugar que cu-

bria las cenizas de sus padres. «Escuchad, dijo, á nuestros so»berbios cónsules, á nuestros or»gullosos pretores, cuando aren»gan á los soldados en un dia »de batalla, hablándoles como á »hombres afortunados que po»seen todos los bienes de la vi»da. ¿No es una burla insultan»te ecsortarlos á combatir por »nuestros altares, cuando de o»gares carecen; por los palacios »de Roma, cuando ni aun siquie»ra tienen una cabaña; y por »una patria opulenta que no les »deja ni un óbolo de herencia? »Privados de todo ¿qué han de »defender? Han conquistado los »vastos paises que enriquecen »á la república, y no son por eso »menos pobres: su sangre ha pa»gado esos tesoros que no se les »permite participar. La víspera »de un combate se les dá el títu»lo de señores del mundo; al dia »siguiente del triunfo, se les dis»putan algunas yugadas de los rei»nos que han conquistado. ¿Es »esta la república? ¿y por tan es»traña desigualdad no han podi»do nuestros antepasados sufrir »á los reyes y á la monarquía? »¿Han creido que el solo nombre »de rey era el que causaba aver»sion á nuestros padres? No; es »mas bien esa desproporcion de »bienes, inmensa y odiosa, que »el favor del príncipe derrama»ba con prodigalidad sobre algu»nos, mientras que otros iguales »ó superiores en méritos y en »servicios, permanecian en la »indijencia y en el ambre.»

Tales y semejantes discursos, pronunciados con la fuerza y la dulzura del mas agradable orador de su siglo, acabaron de determinar al pueblo; y no sabiendo los grandes cómo resistir á este torrente que iba á arrastrarlo todo, recurrieron al único medio que les quedaba en aquella derrota.

Una de las ventajas del tribunado era, que oponiéndose uno solo de los tribunos á una ley presentada y aprobada por los demás, la hacia nula, é impedia su efecto. Viéndose pues los ricos imposibilitados de resistir por sí mismos á la elocuencia y á las razones de Graco, idearon oponerle á Marco Octavio, su coléga, que además de las relaciones que tenia con mucha parte de los senadores, tenia tambien su interés particular en que no se verificase la ley, puesto que poseia él mismo muchas mas de las tierras proibidas por los términos del edicto.

Era Octavio un jóven estimado, sabio y considerado de todo el mundo, y que hasta entonces

habia dado grandes esperanzas de su conducta. Además era amigo particular de Graco, y habia prometido voluntariamente sacrificar su interés á la gloria de su amigo, para quien la ejecucion de la ley era ya un punto de onor. Muchos senadores amigos suyos le rogaron se opusiese á esta innovacion que tan dañosa les era, y que debia parecer sospechosa á toda la república: al principio reusó con mucha firmeza satisfacer sus deseos; pero tantos resortes secretos y poderosos tocaron, que juntos al parentesco y á los intereses particulares de Octavio, le determinaron en fin como por fuerza á oponerse á la publicacion de la ley.

FIRMEZA DE TIBERIO GRACO.— Tiberio se incomodó tanto mas de esta oposicion, cuanto menos la esperaba, y que la persona de su amigo y su colèga, de quien se habian servido, le habia parecido menos sospechosa desde el principio. Entonces se irritó, no contra Octavio á quien creia seducido ó sorprendido, sino contra los senadores y los ricos que empleaban tan vergonzosos artificios para eludir la justicia de su ley: esto le obligó en sus primeros momentos de mal humor, á sustituir á la que habia propuesto con todos los miramientos y atenciones referidos, otra ley mas dura y molesta, por la cual todos los que se encontrasen en los términos de las proibiciones, se verian obligados al despojo en pocos dias.

Esta última circunstancia produjo gran contestacion entre los dos tribunos. Octavio, que se habia empeñado contra la ley, sostenia que los inconvenientes que iban á nacer de ella arruinarian completamente el estado; que se despojaria á la república de sus mas firmes defensores, luego que se despojase á los ricos de los bienes cuya propiedad les habia adquirido una larga posesion; que los pobres cuya ventaja se tomaba por pretesto, no estarian por eso mas cómodos, imposibilitados como se veian de utilizar estas tierras que ecsijian al principio grandes gastos; que era de temer además, que la guerra civil, que esta novedad podria producir facilmente, debilitase tanto á los dos órdenes, que los enemigos estranjeros se aprovechasen de ella; y que en fin, no encontraba mas acertado que dejar las cosas como estaban, sin encapricharse por la reforma de todos los abusos. «Los grandes estados, dijo un dia concluyendo un dis-

»curso sobre este objeto, se »destruyen siempre cuando se »quieren quitar todos los abusos, »como un cuerpo humano no »podria vivir si se le quisiesen »quitar todos los malos humo»res.»

Graco respondió con bastante fuerza á todas las razones, diciendo que convendria segun el sentido de Octavio, tolerar todos los crímenes y todas las injusticias. Sus contestaciones se continuaron por algunos dias con bastante calor y sobrada honradez; de modo que no se le escapó nunca la menor palabra que pudiese sufrir la interpretacion de un sentido injurioso.

En fin despues de muchas tentativas inútiles de acomodamiento, no habiendo podido Graco destruir la ostinacion de Octavio, y representándole en particular la amistad sincera y sólida que los habia unido hasta entonces, la desesperacion en que se hallaría si se veia obligado á apelar á los últimos estremos, y despues de haberle ofrecido tambien, para facilitarlo todo, indemnizarle él mismo á su costa de todos los perjuicios que pudiera hacerle sufrir la observancia de la ley, oferta que picó á Octavio hasta lo sumo, haciéndolo mas ostinado; resolvió, no viendo otro medio para hacerle acceder, el que el pueblo juzgase aquella diferencia. Entretanto espidió aquel edicto triste y terrible, por el cual se ordenaba á todos los majistrados suspender el ejercicio de sus funciones hasta que fuese desechada ó aprobada definitivamente la ley, imponiendo duras penas á los pretores, y á los otros oficiales que contraviniesen á su edicto.

Este plebíscito, publicado por la autoridad y mandato del pueblo, no fué desaprobado por ningun tribuno: ninguno se encontró bastante atrevido para osar oponerse á él. El mismo Graco puso su sello sobre la puerta del tesoro público para que los cuestores no pudiesen sacar dinero. La ciudad se puso en una terrible consternacion: el desórden fué jeneral y se hizo sentir á todo el mundo: no habia en la ciudad ni mando, ni superioridad, ni justicia, ni administracion; pero mas que todo seria imposible espresar el dolor del senado, que veia elevarse á soberano el poder del pueblo y del tribunado. La desesperacion fué demasiado violenta, dando que temer á Graco alguna desagradable revolucion y que acaso meditarian contra su persona al-

gun atentado violento, segun avisos que le dieron. Por lo tanto tomó sus precauciones y guardó un puñal bajo su ropa para defenderse de un insulto particular (1).

Llegado el dia de los comicios, y estando cada uno en estado de dar su voto, los ricos, que se creyeron los mas débiles, antes de sentarse hicieron que se arrebatase el escrutinio; lo que hizo nacer un inconveniente mas peligroso que ninguno de los que habian acontecido hasta entonces; porque el tribuno, viéndose el mas fuerte, y hallándose ultrajado, quiso abrir al pueblo el camino de la fuerza; lo cual hubiera costado la vida á muchos; pero felizmente Manlio y Fulvio, varones consulares, previendo el desórden que iba á seguirse, se dirijieron á Graco con toda sumision, y le suplicaron salvase su patria del accidente mas funesto que podria acontecerla. Penetrado el tribuno de estas razones, y quizá de la sumision de estos dos hombres, y despues de haber ecsajerado la insolencia de los ricos, les dijo: «¿Qué quereis que haga?» Los dos consulares le suplicaron difiriese la asamblea, y tuviese á bien se convocase al senado, en donde procurarian hacer de modo que quedase satisfecho. Graco no podia reusar esta peticion y aplazó para otro dia la asamblea; pero el senado se volvió á componer de los mismos que mas se oponian á la ley, y que tenian mas fuertes razones para oponerse á ella, y deliberaron en contra. Picado Graco, con justicia, del plazo que tan inutilmente habia concedido, y de algunos manejos de su colége Octavio, que habia descubierto, reunió al pueblo al dia siguiente, y le manifestó la inutilidad de las moratorias concedidas para procurar que los grandes y el senado cediesen de su dureza. Ecsajeró las violencias de los ricos, los sufrimientos de los pobres, la justicia de la ley, y el poco fundamento de las dificultades que se oponian. Dirijiéndose despues á Octavio, le dijo con muestras de bondad y dulzura: «¿Serás tú siempre el ostáculo »á la libertad y al alivio del pue»blo, y no querrás en fin abrir »los ojos sobre los verdaderos »intereses de la república, y

(1) Despues de este tiempo, se introdujo en Roma la costumbre de llevar puñales debajo de la ropa. La reina del mundo, embriagada con la sangre de las naciones, principiaba á despedazarse sus propias entrañas.

»quizá sobre los tuyos propios?» Le conjuró tambien por la tierna amistad que de tanto tiempo ecsistia entre ellos, á que adoptase su opinion; y tomándole la mano le dijo: «Ten entendido »que tú solo eres la causa de que »yo haya diferido la venganza »del pueblo.»

Pero todas estas razones fueron inútiles: colocado Octavio absolutamente entre sus enemigos, sostuvo siempre que la ley era injusta y peligrosa, y que no podia consentir en ella. Por lo tanto Graco, dirijiéndose al pueblo, le dijo: «Puesto que Octavio es »de un parecer contrario al mio, »y que la costumbre proibe pasar »adelante en las publicaciones »de las leyes de un tribuno en »tanto que se oponga á ellas uno »de sus colégas, es necesario pa»ra evitar desórdenes intestinos, »que uno de nosotros sea depues»to de la majistratura. En cuan»to á mí, añadió, obedeceré vo»luntariamente al pueblo, y ba»jaré del tribunal si lo encuen»tra conveniente. Es justo que »Octavio se sujete á lo mismo.»

Octavio reusó el partido, y halló que era del todo inaudito querer se depusiese á un tribuno solo por diferir en la opinion; y Graco, que hubiera deseado ganarle, y que quiso dejarle tiempo de pensar en sus negocios, disolvió tambien en este dia la asamblea y la aplazó para el siguiente.

Deposicion del tribuno Octavio.—Reunido nuevamente el pueblo, y permaneciendo Octavio siempre ostinado, hizo Graco que se procediese á su deposicion. Habia treinta y cinco tribus, y ya diezisiete opinaban por su destitucion, faltando una sola para verificarse: entonces Graco dirijiéndose á Octavio le dijo: «¿No te basta lo que vés, y »quieres todavia probar la mor»tificacion entera? Muévante la »justicia, el interés del pueblo y »tu propia gloria: aun estás á »tiempo. Dentro de poco ya no »habrá remedio, y tendré el e»terno desconsuelo de haber sido, »á pesar mio, la ocasion de ta»maña ignominia.» A estas palabras pareció conmoverse Octavio: consideró por un momento la vergüenza que iba á seguir á su destitucion, y la inutilidad de su resistencia. Acaso hubiera mudado de parecer, si algunos ricos que se hallaban presentes no le hubiesen intimidado con sus demostraciones y amenazas: forzado pues á permanecer en su ostinacion, dijo á Graco: «Acaba tu obra.» Su destitucion, sancionada por todos los votos

del pueblo, se ejecutó al momento; y fué un espectáculo bien estraño ver sacar á un tribuno ignominiosamente por los lictores y libertos fuera de su tribunal. Esta violencia de Graco, en la que se reconoce poco su carácter dulce y sabio, nos manifiesta cuánto nos ciega la pasion, haciéndonos olvidar de nosotros mismos y nuestros propios intereses.

La conmocion fué jeneral, y la novedad de la accion produjo un universal murmullo, que estalló entre muchos del senado que se hallaban en la asamblea. Aumentóse el estruendo; y el pueblo, siempre pronto y arrebatado cuando la cólera le domina, creyendo que los grandes que tal confusion causaban, querian sostener á Octavio por fuerza, corrió á este, y hubiera llevado quizá su insulto hasta matarle, si unos cuantos amigos suyos, las atenciones del mismo Graco que corrió á impedir el desórden, y la fidelidad de un criado á quien sacaron los ojos, no le hubiese libertado de esta rabia.

Adoptóse despues la ley sin dificultad, y se nombraron tres comisionados para ejecutar la indagacion y distribucion de las tierras. En la eleccion de estos comisionados se vió el absoluto poder que tenia Graco sobre el espíritu del pueblo, pues se elijió á sí mismo, á su suegro Apio Claudio, y á su hermano Cayo Graco, que entonces servia en el ejército de Scipion.

En este dia, dice Lista con mucha razon, arruinó Tiberio *de hecho* la república romana, rompiendo la inviolabilidad del poder tribunicio, único fundamento del principio democrático en Roma. A la deposicion de un tribuno se siguió en breve el asesinato de dos.

Fácil es comprender que la eleccion de estos tres comisionados, tomados de la misma familia, hizo gritar aun mas fuerte á los que mas perjudicaba la distribucion de las tierras. Quejábanse altamente de la tiranía del tribuno y del abuso que hacia del tribunado, que habia llegado á ser, decian, una dominacion mas insoportable que la de un rey.

Los enemigos de Graco hicieron mañosamente sembrar los rumores de que aspiraba á la monarquía, pues no podia sufrir la igualdad en sus colégas; que ya tenia la autoridad de rey, y que el pueblo no estaria pronto en estado de reusarle el título cuando á él le pluguiera pedírselo.

En efecto el pueblo, absoluto dispensador de las gracias y de los favores, ya no obraba sino por las inspiraciones, los consejos, y casi las órdenes de Graco: hacia crear los majistrados de cualquiera rango que fuesen, hacia nombrar los jenerales del ejército, dar la administracion de las rentas; y llevó las cosas hasta el punto de hacer sustituir á Octavio con uno de sus criados, llamado Mucio, hombre desconocido, y de ninguna otra consideracion sino la que sacaba de ser partidario de Graco, á quien fácil es conocer no se opondria jamás.

Declamóse en el senado contra aquella prodijiosa dominacion; y Scipion Nasica, uno de los de mas autoridad de este órden, fué de los mas acalorados, pues la ley le ocasionaba una pérdida inmensa. Desencadenóse contra el tribuno, aun siendo pariente suyo; y no omitió nada para manifestarle todas las señales de un resentimiento vivo y durable.

Todos los esfuerzos de los padres conscritos fueron hasta entonces inútiles ó impotentes; y su venganza no produjo sino decretos débiles, tales como el que quitó al tribuno una tienda á espensas del público, cuando tenia que viajar para los negocios de su cargo; ó aquella otra que marcó su gasto en nueve óbolos diarios. Esto marcó mas bien su pasion que su juicio: porque Graco, aprovechándose de todas estas injusticias, tomó de ellas ocasion para encender mas al pueblo contra el senado: y habiendo muerto súbitamente en aquella coyuntura uno de sus amigos particulares y con indicios de veneno, el pueblo se conmovió y la miró como un atentado cometido por el senado. Continuando el tribuno en aprovecharse de esta feliz situacion de los ánimos, apareció en la plaza vestido de luto, y presentó al pueblo á sus hijos y familia, suplicándole los tomase bajo su proteccion. «Ya veis, les dice, como atacan á »mis amigos y por una via tan »cobarde y villana. Pronto me »atacarán á mí; pero seré volun»tariamente la víctima que debe »salvar vuestra libertad: no ten»dria mas que un solo pesar que »era dejar á mis hijos espuestos »á su furor; pero estoy persuadi»do que hallarán en estos ciuda»danos una buena y jenerosa »proteccion que los garantizará »en todo evento.» Este acto verdaderamente patético, hizo todo el efecto que el tribuno podia desear; y nunca se vió tanto

odio en el órden del pueblo contra todos los que se llamaban senadores, grandes, ricos, y en una palabra, contra todo lo que se oponia á la faccion de los Gracos.

En este estado estaban las cosas, cuando un cierto Eudemo trajo á Roma el testamento de Atalo, rey de Pérgamo, que acababa de morir y que habia constituido por su heredero al pueblo romano. Esta ocasion dió todavia al tribuno nuevos medios para captarse la benevolencia del pueblo, y de incurrir mas en el odio del senado; pues ordenó que el dinero contante que se encontrase en el tesoro de este rey, seria dado y distribuido á los ciudadanos pobres; á aquellos mismos á quienes se acababan de dar las tierras, para que se proporcionasen los medios necesarios á su labranza, y otros artículos convenientes á sus nuevas habitaciones: y en cuanto á las ciudades y provincias que componian los estados de este rey, declaró que el senado no podia tocar á ellas, que solo el pueblo, instituido heredero, tenia derecho de disponer lo conveniente; y que así, él le propondria el asunto para saber su voluntad.

Este modo desmedido con que se declaró contra el senado sin ningun miramiento, irritó hasta el último punto á este órden, compuesto de jentes naturalmente orgullosas y altaneras. Esta irritacion fué llevada hasta las injurias é insultos. Pompeyo dijo al tribuno que sabia por buen conducto, que el mismo Eudemo, que le habia traido el testamento del rey de Pérgamo, le habia traido tambien una diadema y un traje de púrpura para servirse pronto de ellos en la dignidad real que trataba de imponer á Roma: y efectivamente era cierto que al morir Atalo habia mandado que se entregasen al tribuno del pueblo todos los emblemas de su dignidad; lo que pudo hacer á Graco depositario de esta diadema y de este traje de púrpura, que habia ocultado al pueblo por razones quizá particulares. Metélo le censuró tambien ciertas distinciones continuadas que se afectaban en su familia y que marcaban un deseo hereditario de elevarse sobre las demás.

De todos los cargos que le hicieron en el senado, ninguno le picó tanto como el de T. Annio, personaje de poco mérito y consideracion, pero de mucho espíritu y mas libertad. «¿A qué »pues, dijo, hacer un largo de»talle de los atentados de Gra»co y de los de su familia? Quie-

»ro que él mismo sea su juez. »¿No es cierto, continuó diri»jiéndose á Graco, que has mar»cado con la infamia á uno de »tus colégas en una majistratu»ra, que por las mismas leyes del »pueblo que tanto respetas, la »hacia santa é inviolable? ¿Y »qué otro atentado podias co»meter que debiese hacerte mas »odioso á este pueblo cuyo ídolo »eres, atentado que mas que nin»gun otro manifiesta tu ambicion »de reinar?»

Graco sintió esta acusacion tanto mas vivamente cuanto que era la mas verdadera y la mas dificil de defenderse de ella. Así es que perdiendo un poco de su ordinaria sangre fria, se retiró despues de haber dado algunas señales de emocion y de cólera. Hizo reunir al pueblo frecuentemente, quejándose á él de los malos tratamientos que habia recibido en el senado, sobre todo de uno de los hombres menos estimados de la república; y pareciéndole que el pueblo estaba dispuesto á hacerlo todo por él, mandó que aquel hombre fuese incontinente conducido á su presencia para procesarle: paso falso y apasionado que faltó poco le costase todo su favor; porque habiéndose ejecutado su órden y presetádosele á Annio, este suplicó se le oyese antes de pasar adelante, y sin salir de su carácter de hombre de espíritu, le dijo: «Me vas á proce»sar por haberte echado en cara »el atentado de la destitucion de »Octavio. ¿Quién hubiera crei»do nunca que en una repúbli»ca no seria permitido hablar »contra la infraccion de las le»yes? Pero si aora que quieres »ultrajarme con tanta injusticia »y pasion, se levantase alguno »de tus colégas que están aquí pa»ra socorrerme y oponerse á tus »violencias; ¿querrias tú por eso »que se le depusiese de su ma»jistratura?»

Este discurso punzante y demostrativo afectó á los demás tribunos, á quienes Annio acababa de hacer sentir su esclavitud: el pueblo se alarmó con él; y el mismo Graco se turbó de tal manera, que con toda la facilidad de su espíritu no pudo encontrar una respuesta. Disolvió bruscamente la asamblea, viéndola alterada por la diestra crítica de Annio; y dos dias despues pronunció una grande arenga, para justificar su conducta respecto á Octavio, que fué una de las mas vivas de este escelente orador, y que volvió al pueblo á su primer estado.

Sin embargo, Graco vió la in-

constancia de aquella multitud, que por algunas palabras de un hombre atrevido y diestro, poco antes habia estado para perder del todo su confianza. Todos sus amigos conocieron como él aquella lijereza, y le aconsejaron pensase en la seguridad de su persona, por la cual habia mucho que temer. Algunos le propusieron un arreglo con el senado; pero el medio de confiarse á sus enemigos, á aquellos mismos á quienes se habia privado de sus bienes y riquezas, ¿no era una injuria inestinguible? Además este acomodamiento parecia poco conforme á la firmeza natural de Graco, cuya mudanza hubiera hecho decir á todo el mundo ó que habia sostenido una mala causa, ó que habia tenido demasiada debilidad para abandonar lo que era bueno. Estas dos cosas eran igualmente vergonzosas para un hombre de su carácter.

Otros mas tímidos, querian que en el peligro en que le creian actualmente, se retirase de la ciudad, y fuese por algun tiempo á buscar lejos de Roma una seguridad que no podia encontrar entre los desórdenes que él mismo habia escitado. Encontró que tal consejo era indigno de su valor, y no pensó en manchar por una huida tan cobarde su gloria, que era lo que únicamente amaba.

Muchos de los que buscaban en todos los negocios un temperamento y un medio algunas veces muy peligroso, querian que se compusiese con los dos órdenes; y que sosteniendo siempre al partido del pueblo que habia abrazado desde el principio, guardase con el senado tales respetos y miramientos, que le hiciese deponer el odio que habia concebido contra él. Pero este consejo le pareció mas peligroso que el mismo estado en que se hallaba. «¿Creeis, dijo á los que »se lo propusieron, que tan lijeros miramientos conquistarán »el ánimo y el corazon de tantos »grandes, á quienes he reducido »á una pequeña fortuna? ¿Podrán olvidar que en otro tiempo tenian un número considerable de esclavos, una mesa »suntuosa, magníficos muebles, »y que por mis solas leyes se han »menguado sus grandezas y sus »comodidades? No, añadió: esos »no perdonan nunca el deseo de »vengarse; y hay que hacer una »diferencia entre el pueblo y los »grandes: aquel pierde fácilmen»te la memoria de los beneficios »y de las injurias, al paso que »estos olvidan injustamente los

»placeres y siempre se acuerdan »de los pesares recibidos. Cuan»do se está malquistado con el »senado, hay que manejarse co»mo cuando se está en insurrec»cion contra el príncipe; el se»nado pretende serlo: luego que »se haya sacado la espada contra »él, hay que resolverse á tirar »la vaina, y á establecer la im»punidad sobre la fuerza y la re»sistencia. No debo hacerme ilu»siones, continuó; no tengo otra »seguridad que esperar sino la »que pueda producir la impoten»cia del senado. No podrán se»ducirme ni las promesas ni las »falsas demostraciones de los »grandes; y no me queda otro »recurso que confiar todas mis »esperanzas á la amistad del »pueblo, á quien me he consa»grado.»

Este fué el partido que tomó Graco, el cual sostuvo delante de sus amigos con razones ya especiales, ya verosímiles; pero se guardó bien de tocar á la que mas impresion habia hecho sobre su espíritu, y que infaliblemente le habia determinado á desechar todos los otros pareceres para no seguir sino su proyecto.

Para él no habia razon mas verdadera que su ambicion, que era la pasion dominante, tanto mas ardiente en él cuanto mas cuidado ponia en ocultarla. No se podria decir precisamente qué cosa era el objeto de aquella ambicion: si se hubiese creido que aspiraba á la dignidad real, como le censuraron todos sus enemigos, hubieran juzgado acaso temerariamente; pero es bien seguro que su imajinacion se llenaba de mil ideas de grandeza, de poder, de mando y de administracion, que todas juntas están muy cercanas á la monarquía. Nada lisonjea tan agradablemente como la esperanza de mandar. Debe tambien confesarse que acaso mezcló en sus proyectos, movimientos de venganza contra un senado empeñado en perderle. Puede tambien concebirse que no estuvo esento de sentimientos de justicia y de jenerosidad, que le obligaban á procurarse un poder absoluto para hacer á la república perfectamente libre, y sacarla de la tiranía y concusiones de los ricos y grandes.

Sea como quiera, él no guardó miramientos con el senado, y defendió con mas calor los intereses del pueblo. Como espiraba el año de su tribunado, y se habia comprometido mucho para volver á entrar sin peligro en el rango de simple ciudadano,

intentó hacerse confirmar para el año siguiente en el cargo de tribuno; y para esto lisonjeó al pueblo por todos los medios imajinables. Cada dia le presentaba leyes nuevas en su favor; cada dia se procesaba á aquellos que habian faltado al respeto á un ciudadano por despreciable que fuese; y contínuamente hacia que se adoptasen las leyes mas populares. El senado sintió dolorosamente la que permitia apelar al pueblo del juicio de todos los majistrados; pero temia su entera ruina cuando el tribuno insinuó que se debia añadir á los senadores, que hasta entonces habian tenido solos la autoridad de juzgar, igual número de caballeros con el mismo poder. Desde entonces la guerra fué sin tregua ni descanso; y con razon se dijo que iban á acontecer grandes desórdenes.

Llegado el dia para que se confirmasen aquellas leyes á pluralidad de votos, desde muy temprano se dispuso el tribuno para ir al Capitolio. Pocos espíritus habia en aquel tiempo tan fuertes que pudiesen defenderse de la mas pueril supersticion. Hoy sucede lo mismo. Sucediéronle muchas aventuras siniestras que se conceptuaron funestos presajios.

Los pollos sagrados no quisieron comer en toda la mañana: Tiberio, al salir de su casa, tropezó en una piedra y se hizo sangre: dió algunos pasos, y vió en el aire dos cuervos que peleaban, y uno de ellos dejó caer sobre él un guijarro.

Todos estos accidentes sorprendieron al tribuno; y aunque fuese de un carácter infinitamente superior á las supersticiones y á todos aquellos ridículos temores, no dejó de resentirse un poco de las preocupaciones de la infancia, y de representarse todas las desgracias que estos presajios parecian hacerle temer. Los mas atrevidos de los que le acompañaban se penetraron de un terror mas vivo; y todos querian ó abandonar al tribuno, ú obligarle á que volviese á su casa, cuando vieron llegar del Capitolio tres ó cuatro de sus mas pronunciados amigos, que iban á decir á Graco se apresurase, que el pueblo le esperaba con impaciencia, y que siendo sus partidarios los mas fuertes allí, no habia que perder un momento. Entonces fué cuando el ilustre Blosio, aquel amigo tan fiel, le dijo resueltamente que seria vergonzoso para él y para cuantos le seguian, si la vista de dos cuer-

vos le impedia seguir su deber, y servir al pueblo que le esperaba. «Nadie reconoceria en es»to, añadió, al hijo de Graco, al »nieto de Scipion, ni al jefe del »partido del pueblo romano. Sus »enemigos te heririan con ra»zon, y justamente te despre»ciarian. Marchemos á socorrer »á todo un pueblo congregado, »á quien quieren oprimir los ri»cos y los grandes.» Siguióse su consejo, y nunca hubo persona tan agradablemente recibida, como lo fué el tribuno en el Capitolio. Tantos fueron los gritos de alegría, las aclamaciones, los arrebatos, y las señales jenerales de ternura, que los amigos de Graco, que temian alguna traicion, se creyeron obligados á impedir que nadie se le acercase. Ya estaba sentado en su tribunal, y se principiaba á proceder á la votacion, que se hacia tumultuosamente á causa de la inmensa muchedumbre, cuando se divisó á Flavio Flaco, senador de un mérito conocido, que pugnaba por llegar hasta el tribuno, á quien indicaba tenia que dar un aviso importante. Abriéronle paso los lictores, y acercándose á Graco, le dijo: «Tribuno: los ricos acaban de »conjurarse contra tí en el se»nado; y no habiendo podido o»bligar al cónsul á que entre en »sus designios, han resuelto ma»tarte, ayudados de una canti»dad de esclavos y libertos que, »al momento vendrán aquí con »ellos, dispuestos todos á ejecu»tar sus voluntades. Sea cual»quiera el interés que me ligue »á ellos, la rectitud de la justi»cia me obliga á descubrirte »un proyecto cruel, que me o»rroriza, y del que deseo con »todo mi corazon puedas librar»te.»

Los amigos del tribuno se conmovieron al aviso de Flaco; y temiéndolo todo en una muchedumbre tumultuosa, se apoderaron de las armas de los lictores, y separaron á los que se hallaban demasiado cerca. Este procedimiento que no se podia esplicar á causa del ruido y de la multitud, sorprendió á los mas lejanos. Preguntábase qué significaba aquella violencia; y los gritos de los que se informaban y de los que procuraban responder, mezclándose unos con otros, hacian mayor la confusion é impedian al tribuno hacerse entender. Mas queriendo informar á todo el mundo del peligro en que se hallaba, se levantó en su tribunal, llevando las manos á la cabeza, la cual amenazaban sus enemigos.

Muchos de estos que se hallaban presentes, aprovechándose de esta demostracion tan inocente, gritaron al punto: *el tribuno pide una diadema*, y corrieron al senado con aquella calumnia. «Nosotros lo hemos »visto, dijeron, pedir al pueblo »una diadema real: ha llevado »sus manos á la cabeza, y les »ha señalado el sitio.»

Sea que el senado se hubiese sorprendido al nombre de rey, al que naturalmente tenia tanto orror, sea, como es mas probable, que quisiesen servirse de este pretesto para justificar las violencias que habian resuelto, es evidente que se mostraron escesivamente irritados, y que cada uno se puso en estado de emprenderlo todo.

Scipion Nasica, ilustre por su nacimiento, por sus riquezas, por sus muchas acciones, y por una gran consideracion en el senado, que desde mucho tiempo habia concebido un odio contra los Gracos, cuyas verdaderas causas no han llegado hasta nosotros, y que eran independientes de los negocios de la ley, declamó arrebatado contra la empresa del tribuno diciendo: «Nada hay ya que con. »sultar, puesto que aspira á la »tiranía. Cónsul, á tí te toca »socorrer á la cosa pública, y »esterminar por la fuerza sin »procedimiento ni dilacion, al »destructor de la libertad.»

El cónsul, que era hombre sabio y previsor, le respondió con dulzura que un majistrado no debia jamás usar de vias de hecho, y que nunca le aconteceria dar muerte á un ciudadano sin juicio ni sentencia, y mucho menos á un ciudadano del rango y mérito de Graco. «Pero si Graco »y el pueblo, añadió, hacen leyes »injustas y usurpan una autori»dad que no les es debida, yo sa»bré oponerme á una y á otra »empresa, y castigaré como cón»sul los atentados y las rebe»liones.»

Este corto y moderado discurso de un hombre sensato encendió mucho mas la ira de Nasica; y dirijiéndose ácia los compañeros les dijo: «Puesto que el »supremo majistrado abandona »la república, los que quieran »cuidar de ella no tienen mas »que seguirme, que yo me en»cargo de ausiliarla.» Parte al acabar estas palabras; y recojiéndose las túnicas él y los que le siguieron, que fueron muchos, corrieron apresurados al Capitolio. Cada uno por respeto á los mas notables de la ciudad que componian la cabeza de esta tro-

pa, les dejaba el paso libre. Sus criados y esclavos se armaron al paso con todos los palos que pudieron hallar, con los que apartaban á todo el que podia retardar su llegada, y le ofrecieron al público una imájen perfecta de la guerra en tiempo de la paz mas profunda.

Donde quiera que encontraban amigos ó conocidos de los Gracos, los insultaban, los apaleaban, y aun llegaron á matar á algunos. Luego que llegaron al Capitolio volvió á comenzar el desórden con mas vigor, y so pretesto de que buscaban al tribuno, no puede decirse cuántos fueron maltratados por aquel confuso tropel de jentes mezcladas de todas condiciones, á quienes el furor de los nobles habia permitido tan infames violencias. Olvidando de este modo el senado su antigua moderacion, porque habia perdido las antiguas costumbres, era digno de todos los ataques del tribunado.

Entretanto cada uno huye, todo el pueblo se separa, los amigos del tribuno se salvan; y viéndose Graco abandonado de todo el mundo no tuvo otro recurso que seguir á sus cobardes amigos, que le abandonaban, y á quienes el temor no habia dejado bastante libertad, para ver que con un poco de firmeza hubieran podido resistir á aquel tropel desarmado y confuso.

Salvábase con los demás cuando se sintió cojido por la punta de su manto: tomó el partido de abandonarlo al que lo tenia; y fué un espectáculo bien indigno y bien sensible, ver enmedio de la paz á todo un pueblo fujitivo sin saber por qué, y á su primer majistrado correr sin manto por las calles de Roma. Un accidente mas funesto que el anterior le detuvo de nuevo. La precipitacion con que cada uno huia hizo caer á los primeros; los que seguian no les daban tiempo para levantarse: empujados por los otros cayeron sobre los que ya estaban en tierra; de modo que unos á otros se impedian, é impidieron tambien al tribuno que los iba siguiendo, y que cayó con ellos en aquel tumulto.

Muerte de Tiberio Graco.— Entonces uno de sus colégas en el tribunado, llamado Publio Satureyo, envidioso de su autoridad ó ganado por los nobles, fué el primero que le dió con un palo en la cabeza. Este golpe fué acompañado de otro que le dió Lucio Rufo, que no tuvo á menos de vanagloriarse de él como de una accion heróica. Siguiéronse una infinidad de golpes á este

último; y de este modo murió sin pronunciar una sola palabra (1), sin hacer ninguna resistencia ni dar la menor señal de dolor, el famoso Tiberio Graco, tribuno del pueblo, hijo de Tiberio Graco, y nieto de Scipion, antes de los treinta años de su edad, el hombre de la república mas amado del pueblo, el mas aborrecido de los grandes, y el mas estimado de todos.

Fácilmente se conoce que siendo el desórden demasiado grande, no debia acabarse muy pronto: el furor duró por mucho tiempo, algunos amigos de Graco, algo mas sobre sí, se pusieron en defensa; y en esta especie de combate civil murieron de una y otra parte mas de trescientos ciudadanos, sin que empleasen en toda esta matanza ningun arma de hierro.

Esta es la primera sedicion sangrienta que se vió en Roma desde la espulsion de los reyes: todas las demás disensiones, por grandes que hubiesen sido, se habian apaciguado por la deferencia y respeto que el pueblo tenia al senado, y por la condescendencia del senado con el pueblo; y habiéndose mezclado á los intereses de ambos órdenes odios secretos y particulares, se vió comenzar en Roma la efusion de la sangre de los ciudadanos. La impunidad del crímen se hizo necesaria; el derecho se aogó bajo la fuerza mayor; y Nasica se desizo del tribuno por la via mas peligrosa de todas, y que hubiera debido destruir enteramente la ciudad: porque en fin, armóse por una parte á multitud de esclavos y libertos que no teniendo nada que perder, encontraban su interés indudablemente en los desórdenes de la ciudad; y por otra se irritó á una multitud de pueblo, que poco juiciosa por sí misma, hubiera sido capaz de seguir cuantos movimientos violentos se le hubieran querido dar; y si como por una especie de milagro se salvó la república en esta conjuracion, recibió tambien un funesto ejemplo, y fué un presajio de su prócsima destruccion.

Nada probó mas la injusticia de los que habian escitado el último desórden, que los sentimientos de venganza que demostraron despues de la muerte del tribuno; porque además de arrojar su cuerpo al Tiber con los otros que habian sido muertos (inumanidad villana y cobarde,

(1) Ille, nulla voce delibans insitam virtutem, concidit tacitus. Cicer. Reth. Lib. IV.

oprobiosa para el nombre romano), dieron muerte sin forma de proceso á muchos de sus amigos, entre los cuales fueron Diófanes el retórico, y un tal Cayo Bilio que encerraron cruelmente en un tonel lleno de serpientes y víboras;—crueldad que apenas se perdonaria á los pueblos mas bárbaros, en sus venganzas mas lejítimas.

No debe dejarse de citar aquí lo que pasó al famoso Blosio, que siendo conducido al senado despues de aquella primera efervescencia, é interrogado sobre todo lo sucedido, confesó francamente que habia ejecutado cuanto le habia mandado Tiberio Graco. No pudiendo Nasica sufrir la fidelidad de este hombre, que le parecia una prueba sobrado sensible del mérito de su amigo, le dijo: «¿Qué hu»bieras hecho si te hubiese man»dado poner fuego al Capito»lio?» Blosio respondió con dulzura: «Nunca Tiberio me hubie»ra dado órden semejante.»—«Pero en fin, ¿y se te la hubiera »dado?»—«Hubiera obedecido, »creyendo que un hombre como »él no podia mandar nada que no »fuese útil al pueblo romano.»

Esta estimacion fiel y regular de un amigo tan raro, afectó al senado injusto y furioso; y por encarnizado que estuviese contra todos los amigos de Graco, el cónsul halló medio de salvar á Blosio, que se retiró al Asia, donde despues se dió la muerte, no pudiendo sobrevivir á un encadenamiento de desgracias que siguieron á cuantos él se adirió; principalmente por la derrota de Aristónico, quien por consejo suyo se habia apoderado del trono de Pérgamo.

Entretanto el pueblo, que no parecia tranquilo, y que hacia temer alguna empresa peligrosa, obligó al senado, para satisfacerle al repartimiento de las tierras pertenecientes al dominio público; y para indicar su consentimiento, sustituyó en el lugar de Tiberio, que acababan de matar, á Craso, suegro de Cayo, hermano del presidente, en el encargo de comisario para la distribucion de las tierras; y á fin de libertar á Scipion Nasica del peligro á que le esponian diariamente el odio y los frecuentes insultos del pueblo, le enviaron al Asia bajo un pretesto cualquiera. En este destierro, abrumado de los remordimientos del asesinato que habia cometido, y de la imájen de la sedicion que habia escitado, debilitado su espíritu por los dolores que sufria, murió en Pérgamo en un delirio,

cargado de las maldiciones del pueblo, que no dejó de acusarle de haber atentado á la persona de un majistrado en el templo mas venerable y santo de la ciudad (1).

Es poco sorprendente que el pueblo manifestase tanto resentimiento contra Nasica; pues que el último Africano, Scipion, aquel hombre tan querido de la república, por haber censurado la conducta de Graco, dejó de llamarle el pueblo, y comenzó á aborrecerle: y á su vuelta de Numancia colmado de gloria y de onores, fué interrumpido en su arenga y aun injuriado por el pueblo.

Revolucion de los esclavos en Sicilia.—Al mismo tiempo se habia renovado la sublevacion de los esclavos en Sicilia, y el fuego de la rebelion se estendía á Italia y á Grecia. Dueños de la ciudad de Enna, tenian sobre las armas doscientos mil hombres que causaban en la isla los estragos mas espantosos. Enno, á quien habian elejido por rey, derrotó sucesivamente á cuatro pretores; pero el año 619 de Roma, fué derrotado completamente por Fulvio Flaco. El cónsul Rupilio, su sucesor, terminó esta guerra con la toma é incendio de Enna. El nuevo rey, prisionero de los romanos, se dió la muerte. Su derrota y el suplicio de inumerables esclavos en Sicilia, Roma, Minturno y Africa, aogó esta conjuracion, que durante muchos años causó á la república grandes recelos.

Aristónico, vencido por Perpenna, sirvió de ornamento en el triunfo de Aquilio, su sucesor, jeneral cobarde y cruel, que si Roma fuera entonces virtuosa, en vez de triunfar, hubiera sufrido el último suplicio; porque para rendir las ciudades del Asia, habia envenenado el agua de las fuentes y acueductos.

El espíritu de sedicion sobrevivia á Tiberio y reinaba siempre en Roma. Labeon, tribuno de la plebe, para vengarse del censor Metélo, que le habia rayado de la lista de los senadores, le hizo condenar, sin juicio anterior, á ser precipitado de la roca Tarpeya. Otro tribuno se opuso y le salvó la vida; pero Labeon confiscó sus bienes para completar su triunfo, recobró su asiento en el senado proponiendo una ley que fué adoptada, para que los tribunos entrasen en la curia y tuviesen voto deliberativo.

(1) En el Capitolio.

Cada dia se cometieron nuevas violencias, de las que destruyen la libertad por sus mismos escesos, mas terribles para ella que sus terribles enemigos. Se habia establecido el tribunado para defenderlas, y la ambicion de los tribunos fué una de las principales causas de su ruina.

Veamos aora cuál fué la consecuencia de la muerte de Tiberio Graco, conocida como el principio de todas las guerras civiles de los romanos, y que no cesaron hasta la destruccion total de la república.

No se puede dudar del efecto que hizo esta muerte en el ánimo de Cayo Graco, su hermano, jóven entonces de unos veintiun años de edad, pero que ya se hacia notable por sus sentimientos elevados y nobles inclinaciones, inspiradas por la misma educacion que habia recibido de su madre, y el reciente ejemplo de Tiberio.

Cuando aconteció la muerte de este, habia vuelto Cayo de Numancia en donde servia bajo Scipion. Por algun tiempo permaneció retirado del foro y en la mas absoluta oscuridad. El pueblo comenzaba á creer que abandonaba su causa, y que desaprobaba las opiniones y conducta de Tiberio. Y acaso en los primeros años, atemorizado por el odio de los ricos y por la inconstancia de la muchedumbre, que escita sus favorecidos al ataque y los abandona en el peligro, tuvo Cayo la intencion de alejarse de las facciones y buscar la seguridad en el retiro; pero la prudencia no podia detener largo tiempo un alma tan ardiente como la suya; y si la razon le inclinaba al descanso, la naturaleza le condenaba al movimiento.

Aplicóse con cuidado al estudio de la elocuencia, en la cual superó á todos los oradores de su tiempo, no cedió ni aun á su hermano, que habia pasado por el primero de todos; y seguramente le fué superior en cuanto á la viveza y veemencia del discurso, que arrastraba tras de sí á los oyentes. La primera prueba que dió de su elocuencia, fué defendiendo á un amigo suyo llamado Veccio, delante del pueblo, quien manifestó suma alegría al verlo presentarse en la tribuna; y los grandes, enemigos siempre de su familia, vaticinaron desde entonces siniestros presajios.

No siguió entonces sin embargo las huellas de los aplausos populares; y sea, como ha dicho Ciceron, que se encontrase bien

estando separado de la administracion de los negocios, ó que su juventud le hiciese creer necesitaba adquirir mas méritos y reputacion, se fué á Cerdeña, en donde sirvió en calidad de cuestor del cónsul Orestes. Allí se distinguió por su valor, sus liberalidades y su dulzura; títulos que le adquirieron igualmente el corazon de los soldados y habitantes de aquella provincia. Cuéntase que la causa de haber salido de su retiro y de solicitar la cuestura, fué un sueño en que se le apareció su hermano, y le dijo: «En vano quieres librarte »de tu suerte: ten valor y obe»dece al cielo. Los dos estamos »predestinados á perecer por la »libertad del pueblo.»

Habiendo ecsijido Orestes que los sardos contribuyesen para el equipo de las tropas, aquellas ciudades se quejaron al senado y fueron esentas del gravámen. No teniendo medios el cónsul para suplir la falta, visitó Graco los pueblos de la isla, y de tal manera ganó el afecto de los habitantes, que voluntariamente proveyeron en abundancia todos los objetos necesarios á la tropa.

La fama de sus virtudes y talentos se estendió hasta Numidia, cuyo rey Micipsa escribió á Roma que enviaba trigo á las tropas romanas de Cerdeña, en consideracion á la amistad de Graco. Este mensaje irritó á los senadores, arrojaron con menosprecio á los embajadores de Micipsa, y quisieron que Orestes conservase el mando de la isla para prolongar la ausencia de su cuestor; pero este burló la esperanza de sus enemigos, y no tardó en volver á Roma. Los censores reprendieron esta vuelta por contraria á las leyes: Cayo pidió al senado una audiencia para justificarse; y habiéndola obtenido, representó que habia pasado doce años en la milicia, aunque solo estaba obligado á servir diez. La ley limitaba á un año el ejercicio de la cuestura, y él habia servido tres. Sus predecesores se habian enriquecido en aquel destino, y él habia consumido su patrimonio. Estos medios de justificacion eran tan evidentes, que sus mismos enemigos se vieron obligados á absolverle.

No por esto dejaban de maquinar: acusáronle de haber tenido parte en cierta conspiracion descubierta en la ciudad de Frejelas, aogada y castigada por el pretor Opimio, que fué despues el autor de la pérdida de Graco. No se sabe precisamente

si habia contribuido á la sublevacion de estos pueblos; pero Opimio, que era adicto enteramente al senado, publicó y persuadió á todo el mundo que él era el actor ó el cómplice principal de la sedicion de los frejelanos, que nunca la hubieran intentado sin estar á cubierto con un protector poderoso, que les hacia esperar el favor del pueblo romano. Al menos es seguro que necesitó todo su espíritu para justificar su inocencia, verdadera ó pretendida, y para borrar de los ánimos aquellas impresiones dañosas á su reputacion, y que acaso eran absolutamente falsas.

La envidia que observó en el senado, la injusticia y la maldad de los que para perderle le habian mezclado falsamente en una conspiracion, el amor del pueblo que mas de una vez clamó en su favor, el deseo natural de vengar la muerte indigna de un ilustre hermano, el temor de no poder evitar los lazos que le tendian sus enemigos, y la vision acaso, que ya hemos referido, le obligaron, á pesar de la inclinacion opuesta que le da Ciceron, á engolfarse en los negocios y á aspirar al tribunado, que era el empleo propio para los grandes designios.

Ya hemos dicho que apenas tenia veinte años cuando mataron á su hermano. Diez habian transcurrido (1) cuando pretendió el tribunado; y de consiguiente se hallaba á los treinta años de su edad. Era entonces bien hecho de persona, y de una estatura imponente y majestuosa: tenia facilidad en la palabra, agradable la voz, el aire un poco grave y sério, pero sabia en caso necesario suavizarlo, y sus atenciones, aunque jenerales, no dejaban de ser proporcionadas á todo el mundo: instruido en todas las ciencias y artes; capáz igualmente de la administracion de los negocios de la guerra, de la justicia y del gobierno, era espedito en otras cosas además, pues concluia en un dia lo que otros en un mes. Sus costumbres eran las mas puras é irreprochables: era paciente hasta la insensibilidad, cuando se trataba de sí mismo: sóbrio enmedio de las delicadezas que le rodeaban: liberal hasta la profusion, de un patrimonio que su hermano ya casi le habia apurado: aborrecedor de la mentira y de la calumnia, imitador perfecto de su hermano en el amor

(1) *Decem interpositis annis.* VEL. PAT. lib. I.

á la equidad, que jamás toleró la injusticia sin desenmascararla y perseguirla bajo cualquier disfraz que se ocultase, y fuera cual fuese el poder en que estuviese sostenida: severo para sí mismo y para los demás, diferenciándose en esto de su hermano, que guardaba para sí solo toda su austeridad: mezclándose en toda suerte de negocios, y queriendo él mismo ejecutarlos todos, persuadido con razon, que nadie era mas capáz que él para ellos: y sus mismos enemigos se veian obligados á admirar la facilidad con que respondia á un mismo tiempo á los embajadores estranjeros, á los jenerales, á los majistrados, á los literatos, y á los obreros, albañiles, escultores, etc., que sin cesar tenian que tratar con él.

TRIBUNADO DE CAYO GRACO.—(A. M. 3879.—A. C. 125.) Tal como acabamos de retratarle, y con la ventaja de un nombre amado del pueblo, es poco sorprendente que obtuviese el tribunado, con un concurso infinito de jentes que vinieron de todos lados á tomar parte en aquella eleccion, y que se subieron hasta los tejados para tener el placer de dar su voto, porque la multitud reunida impedia á los últimos que llegaban darlos en la plaza. En vano los ricos y los nobles intentaron impedir la eleccion de un hombre que sabian muy bien no les podia amar, y en el cual reconocian tantas cualidades propias para perjudicarlos.

No tardaron en efecto en presentarse los sentimientos de venganza que le pedia la sangre de su hermano. Proporcionándole el cargo de tribuno ocasiones frecuentes de hablar en público, se advirtió que en todas las arengas hacia siempre entrar la muerte de su hermano; punto bien propio para afectar al pueblo, cuando estaba manejado con destreza por un hermano á quien tambien afectaba, y por uno de los primeros oradores que tuvo Roma. Así la compasion del pueblo conmovido se presentó en toda la ciudad; y pocas cosas hubiera habido que no se ejecutasen si hubieran estado dispuestas de antemano. En una de sus arengas dijo así al pueblo: «Romanos: la república hizo en otro tiempo la »guerra á los faliscos, porque »habian insultado al tribuno Je»nucio. Vuestros antepasados »condenaron á muerte á Cayo »Veturio, porque no quiso a»partarse para que pasase uno

»de vuestros majistrados: ¡y ha»beis sufrido que esos orgullo»sos hayan asesinado á vuestros »ojos á mi hermano Tiberio! »Hayan arrastrado su cadáver »por la ciudad, le hayan arro»jado al Tíber, y hayan dego»llado á todos los partidarios su»yos que pudieron haber á las »manos! Y cuando las leyes ec»sijen que un simple ciudadano, »antes de dársele la muerte sea »citado en juicio y admitido á »defenderse, una multitud de »romanos han sido inmolados »sin formalidad alguna de jus»ticia!!»

Cayo se contentó por entonces con publicar dos edictos. Por el primero declaró infame á todo el que hubiese sido depuesto de una majistratura. Por este decreto se vió que su pretension era vengarse de Octavio, que habia sido depuesto por su hermano; pero es cierto que despues lo revocó á solicitud de su madre Cornelia, que así lo quiso, y con la cual parece que Octavio estaba emparentado. Por el segundo edicto declaró que todo majistrado que hubiese desterrado á un ciudadano romano sin observar las formas legales, seria responsable de su conducta al pueblo, á quien solo pertenecia este juicio; edicto que iba encaminado á Popilío para que se le procesase, pues siendo pretor, habia desterrado á todos los amigos de su hermano. Popilio no esperó el juicio del pueblo, y se retiró voluntariamente al Asia.

Estos dos decretos fueron bien pronto seguidos de otros muchos, favorables al pueblo, y que todos juntos cambiaban absolutamente la forma del gobierno de la república (1). Ordenó que se volviesen á poblar de nuevo muchas ciudades; hizo estensivo el derecho de ciudadano romano á todos los pueblos de Italia, hasta los Alpes; disminuyó considerablemente el precio del trigo, en favor de los pobres; y en fin, confirmó el decreto mas considerable de todos, y que su hermano no habia podido acabar, que era juntar á los senadores igual número de caballeros, para juzgar toda suerte de negocios con igualdad de poder. Despues de pasado este edicto, se añadieron á trescientos senadores que componian todo el senado, trescientos caballeros romanos, cuya eleccion dejó el pueblo al tribuno, haciéndole de

(1) *Nil immutatum, nil tranquillum relinquens.* VELL. PAT. lib. II.

este modo dueño absoluto de la ciudad.

Fácil es conocer los miramientos que emplearia el senado con un hombre á quien tanto aborrecia, que le veian gobernar con una autoridad tan absoluta, y sobre el cual era dificil atentar por el pronto. La reciente muerte de su hermano le hacia precavido; y el pueblo se presentaba en estado de perderlo y arruinarlo todo al primer acontecimiento.

En toda clase de negocios se dirijian á él: el senado se veia obligado á consultarle para sus decretos, por temor de que no los hiciese romper por el pueblo; y habiéndose encargado de la intendencia de los caminos, de la repoblacion de las ciudades y del restablecimiento de las artes, que llegaban ya á un estado floreciente, se entregó á todos estos trabajos con una facilidad y un discernimiento que manifestaban de cuánto era capáz aun en las cosas mas incompatibles.

En vano sus enemigos y envidiosos inquirian maliciosamente su conducta en la administracion de tan diversos negocios: nunca pudieron echarle otra cosa en cara sino la ambicion que le hacia encargarse de todo, sin querer confiar nada á nadie; sin embargo el pueblo tuvo que agradecerle todos sus cuidados, y particularmente la bella reparacion de los caminos que duró mucho tiempo despues de él, y que fué uno de los monumentos mas bellos del desvelo que tenian los romanos por la comodidad pública.

Esta belleza de los caminos que habia reparado, era tal, que no dejaban de alabarle por ella en toda la ciudad; á pesar de que de todo lo que habia hecho por el público era lo que menos elojios merecia; y sin embargo fué lo que determinó al pueblo á prometerle confusamente cuanto pedirle quisiera. Aprovechóse de esta feliz disposicion; y entonces se le oyó arengar y dar gracias á la multitud pidiéndole al fin un solo favor que deseaba obtener apasionadamente. Muchos pensaron que pediria el consulado, y su confirmacion en el tribunado al mismo tiempo; pero se sorprendieron todos cuando bajando á la plaza fué suplicando á cada uno que su único deseo era el que hiciesen cónsul á su amigo Cayo Fannio. Este desinterés hizo que le amasen mucho mas: concediéronle su peticion por Fannio; y él mismo fué confirmado tribuno para el

año siguiente, sin haberlo pedido.

Entonces vió el senado hasta qué punto habia llegado el poder de Graco, juzgándole poco diferente del de los reyes. Buscáronse en este cuerpo todos los espedientes imajinables para destruirlo, ó disminuirlo. Despues de muchas tentativas inútiles, y de haber empleado los medios que parecian mas propios á este efecto, convinieron en fin, reflecsionándolo mucho, en el que parecia mas contrario á su interés, pero que sin embargo era el mas propio á su objeto y el menos penetrable. A nuestro parecer este fué el jiro de la mas refinada política que se encuentra en todo el curso de los negocios de aquel tiempo.

Procuráronse la amistad de Livio Druso, coléga de Cayo Graco en el tribunado, hombre de un mérito reconocido, y de una consideracion muy respetada en los dos órdenes, pero que indudablemente no estaba esento de los sentimientos de envidia y zelos que naturalmente inspiraba la autoridad de Graco á todos aquellos que con igualdad de poder, se veian obligados á cederle en todo.

Los senadores le hicieron presente el vacilante estado en que se encontraba la república por el inmenso favor que disfrutaba Cayo, al cual nada podia resistir, y que infaliblemente iba á costar la libertad al estado. «Por lo »tanto es muy conveniente, le »dijeron, que te guardes de oponerte á sus leyes, como hizo »Octavio á las de su hermano; »pues le costó su reputacion y »acabó de arruinar los negocios »del senado. Conviene al con»trario, añadir á todas las leyes »que publique en favor del pue»blo alguna cosa mas favorable; »de modo que si él no ha pro»puesto sino la repoblacion de »dos ó tres ciudades, tú la pro»pondrás de doce: en vez del »precio que ha fijado al trigo que »se ha de distribuir á los pobres, »es menester disminuirle aun la »mitad; y así se hará con las de»más cosas. De esta manera in»utilizáras toda la lisonja que él »emplea con el pueblo; pues á »medida que tus favores sean »mas grandes que los suyos, se »verá obligado aquel á amarte »mas; y lo reconciliarás per»fectamente con el senado, que »Cayo quiere destruir, si añades »á todas tus órdenes que son con »el consentimiento y parecer del »senado.»

Esta astucia les salió maravillosamente: Livio Druso aduló

al pueblo; el pueblo amó á Druso, y comenzó á no aborrecer tanto al senado. Lo que aumentó tambien su estimacion á Druso, fué que reusó constantemente todas las comisiones que se le querian dar para la ejecucion de sus edictos; mientras Graco por el contrario, tomaba para sí toda la administracion, lo cual, dándole un manejo de dinero, por intachable que fuese, no dejaba de suscitarle calumniadores. Tal fué la comision que tomó del restablecimiento de Cartago, destruida poco tiempo habia por Scipion, y que le obligó á pasar al Africa. Este viaje, á nuestro parecer, fué una de las mayores faltas que cometió el tribuno; pues en el tiempo preciso en que sus enemigos ponen en juego toda su pérfida política para destruir su favor con el pueblo, abandona el campo y se aleja, dejando sus intereses al capricho de un populacho lijero é inconstante.

No hay que dudar que Druso se aprovecharia ciertamente de esta ausencia, que fué precedida inmediatamente de un acontecimiento que ayudó mucho á disminuir el crédito de Graco, y que es uno de los pasajes de su vida que hay mas necesidad de justificar, si se quiere hacerlo del todo inocente.

Hablamos de la muerte del segundo Scipion, sucedida bajo el consulado de M. Aquilio y de C. Sempronio. Este hombre el mas estimado y el personaje mas grande de la república, fué hallado muerto en su lecho, sin ninguna otra señal de la causa de su muerte, que algunos golpes cuyas señales apenas se notaban.

Recayó en Fulvio, enemigo de este hombre ilustre, con el cual habia tenido grandes contestaciones el dia anterior en la tribuna de las arengas, la sospecha de ser el autor de este atentado, tanto mas verosímil, cuanto Fulvio era un hombre violento, sedicioso, capáz de semejante empresa; y recelaba de Scipion, con mucha mas razon, cuanto que su crédito era mas grande y habia resuelto perderlo. Cayo Graco, amigo particular de Fulvio, á quien habia hecho nombrar comisario con él para la nueva reparticion de las tierras conquistadas, no estuvo esento de sospecha de haber tenido parte en esta muerte. Sabíanse las diferencias que ecsistian entre ellos, y el resentimiento que conservaba Graco contra Scipion por haber aprobado la muerte de su hermano; y era conocido el ostáculo poderoso que po-

nian el aprecio y reputacion de Scipion á las empresas y proyectos de Cayo. Habia corrido además cierto rumor de que Sempronia, mujer de Scipion y hermana de Graco, hiciera el ensayo de algun veneno: y tambien se juzgaba que Fulvio, conceptuado cómplice del crímen, no se habria encargado de él solamente, y sin el apoyo de un hombre que disponia del espíritu del pueblo. En efecto, este pueblo que adoraba á Graco, y que temia encontrarle cómplice de aquella muerte, para evitar desagradables resultados, impidió que se hiciesen averiguaciones; y la muerte del mas grande de los romanos (de aquel hombre que despues de dos consulados, despues de la toma de Cartago y de Numancia, los dos terrores de Roma (1), despues de muchos triunfos y grandes acciones, vió elevarse su patria sobre los estados del mundo por sus obras) no fué vengada ni perseguida, no se formó proceso ni se hizo pesquisa alguna;— este fué el último esceso del amor del pueblo á Cayo Graco.

No por eso dejó el senado de gritar contra un atentado semejante. Muchos entre el pueblo principiaron á rebajar su estimacion á Graco, luego que le sospecharon autor de un crímen tan enorme: y la sospecha llegó despues casi á certidumbre, porque se juzgaba y con razon que él mismo debiera haber querido se averiguase este suceso, para lavarse de tamaña imputacion, si hubiera querido aparecer inocente.

Los que le han creido verdaderamente autor ó cómplice de esta muerte, han añadido tambien que toda la familia de los Scipiones habia entrado en la conjuracion contra su hermano, de la cual Nasica no habia sido sino el ejecutor; y han creido con ello poder en cierto modo justificar su venganza.

En este estado dejó las cosas cuando fué á repoblar á Cartago, á la cual dió despues el nombre de Junonia. Algunos pensaron que habia creido conveniente alejarse de Roma, para destruir con su ausencia la idea del crímen que se le imputaba, ó para libertarse de las imájenes espantosas que su atentado le presentaria en un lugar donde á cada paso encontraria diariamente motivos de remordimientos.

Entretanto Druso, aprovechándose de la coyuntura de es-

(1) *Post bis excisos terrores reipublicæ.*

ta ausencia, trabajó poderosamente en destruirle en el espíritu del pueblo. Para ello se guardó muy bien de declararse nunca contra él; pero despues de haber lisonjeado con ecsajeracion á este último órden, creyó dar un ataque mortal á la estimacion de Graco, desencadenándose contra Fulvio, conocido de todo el mundo por amigo suyo.

Observó grandes miramientos en las declamaciones que hizo contra Fulvio: porque siendo su objeto hacer recaer gran parte del odio público sobre Graco, cuidó de que no se notase su designio; y para esto, jamás habló de la muerte de Scipion, que todos sabian era el atentado mas negro de Fulvio; porque no notasen que procuraba renovar el recuerdo de un crímen que el pueblo habia querido sepultar en favor de Cayo. Acusó solamente á Fulvio de haber querido sublevar los pueblos de Italia, y solicitado á los aliados con infraccion de los convenios. Presentó el carácter siempre faccioso de un hombre que, ni la dignidad consular con que habia sido onrado, ni las gracias que el senado y el pueblo le habian concedido frecuentemente, habian podido llevarle al placer de una vida tranquila. Pintó á Fulvio arrebatado y violento, buscando siempre su provecho en el desórden de la cosa pública y en mejorar el mal estado de sus negocios, arruinados del todo por sus partidos, cábalas, y contínua intemperancia.

Cada cual reconoció el carácter de Fulvio; y tanto mas recordaron el asesinato de Scipion, cuanto mas empeño habia tenido Druso en callarlo. El pueblo se declaró abiertamente contra él, y queria que se le procesase para dar una satisfaccion al senado, cuyos favores y deferencias le hacia notar Druso tan á menudo.

De este modo los negocios de Graco se arruinaban del todo por la desgracia de un hombre que era como su hechura. Recibió en Africa la noticia de este cambio prodijioso; y no creyendo deber retardar mas su vuelta, llegó á Roma despues de setenta dias de ausencia.

Al llegar conoció la falta que habia cometido ausentándose; y para repararla, abandonó su casa que estaba en el monte Palatino, y fué á vivir cerca de la plaza, en donde podria mas fácilmente hacer la corte al pueblo de que estaba lleno aquel cuartel. Para volver á ganarse su favor, publicó al momento las

demás leyes que habia proyectado, todas opuestas y funestas al senado. Difícilmente se concebiria cuánto el pueblo, que casi le habia olvidado, y que durante su ausencia se habia puesto del partido de Druso y del senado, se mudó al verle, y cuántas señales de ternura recibió;—cambio siempre probado y siempre fatal á los que no están bastante convencidos de él.

Sin perder tiempo, destinó un dia para hacer aprobar todas sus leyes, y se vió llegar á Roma tan gran cantidad de estranjeros hechos venir para sostener su partido, que ya no se dudó del écsito de todo lo que desease Graco proponer. El senado, para desembarazarse de esta multitud, persuadió al cónsul á que hiciese publicar á son de trompeta que todos los que habia en Roma que no fuesen naturales y romanos se retirasen en el mismo dia. Esta fué la vez primera que se vió mandar que los amigos, los aliados y los mismos ciudadanos tuviesen que salir de la ciudad.

El tribuno Graco fijó un edicto ordenando la destruccion del mandato del cónsul, y prometió á cuantos quisiesen permanecer en la ciudad, protejerlos contra los insultos que pudieran recibir. Esto no lo ejecutó muy puntualmente, porque habiendo los lictores del cónsul reducido á prision á un estranjero, disimuló la injuria; y sea que no se encontrase bastante fuerte para sostenerle, ó que temiese encender al punto la guerra civil, no hizo movimiento alguno; y esto no le causó el menor perjuicio en el espíritu del pueblo.

Opimio entretanto fué hecho cónsul; hombre del todo adicto al senado, y enemigo de Graco desde la conspiracion de Frejelas y que le acusó de ser su autor. Determinado siempre á perseguirle, anuló al dia siguiente de su instalacion muchas de sus leyes; y destruyó entre otras la de la repoblacion de Cartago, de la cual hizo responsable al tribuno.

Este porte atrevido de un hombre conocido naturalmente tan firme como emprendedor, hizo prever á todo el mundo el incendio que iba á seguirse á esta primera chispa; y en efecto, habiendo reunido Graco á sus amigos, entre los cuales ocupaba Fulvio un lugar distinguido, se resolvió reunir jentes para oponerse á los ataques del cónsul, que acababa de hacer entrar en la ciudad tropas que le eran muy afectas. Ya no se dudó entonces

de las desgracias que iban á suceder: sobre todo desde que Cornelia, madre de Graco, le ecsortó ella misma en público á no sufrir mas los insultos del cónsul, y á que recordase que la misma suerte le estaba reservada que á su hermano, y que no debia reusar al oprimido pueblo una vida que ella le habia dado para el bien de la libertad pública: que en cuanto á ella, por grande que fuese el dolor que su pérdida le causase, como le causó la de su hermano, á pesar de eso no se creeria desgraciada por haber dado á luz dos hijos que habian vivido y morian protectores de la libertad pública.

En este estado estaban las cosas, cuando llegó el dia prefijado para la revision de las leyes, y cada uno de los dos partidos se encontró muy de mañana en el Capitolio. El cónsul Opimio hizo un sacrificio, y uno de sus lictores, que llevaba las entrañas de la víctima, dijo á Fulvio al pasar á su lado; «Mal ciudadano: deja el paso á los hombres de bien.» Estas palabras fueron acompañadas de jestos amenazadores que irritaron á Fulvio, y al pueblo mucho mas; de modo que indignándose todos de las insolencias del lictor, que se habia atrevido con un varon consular, se arrojaron todos sobre él y le asesinaron. Cayo Graco reprendió ágriamente al pueblo, pero Opimio sin miramiento alguno hizo presente con su viveza ordinaria, que nada podia permanecer tranquilo bajo las majistraturas de los Gracos, pues los sacrificios mas santos estaban manchados con el asesinato de los que servian en él. Una gran lluvia que sobrevino de repente, y que hizo separar á todo el mundo, impidió que se viese en este dia el fin de este negocio; pero al siguiente reunió Opimio muy temprano al senado, cuidando de presentar en la puerta el ensangrentado cuerpo del lictor y pidiendo que se hiciese justicia.

No dejó de encontrar en este cuerpo algunas personas sabias y despojadas de pasiones, que hicieron presente, que aunque el atentado cometido en la persona de Antilo fuese vituperable, se debia considerar sin embargo que el tribuno no habia tenido parte alguna en él, y que por el contrario habia reprendido con dureza á los que le habian cometido; que el lictor además se habia atraido su desgracia por una insolencia punible con un varon consular como Fulvio; y que sobre todo se habia

visto matar á Tiberio Graco como á tribuno del pueblo, y arrojar su cadáver al Tiber, sin proceso ni informaciones, sin que nadie hubiese pensado en vengar su muerte; y que seria demostrar demasiada parcialidad pretendiendo vengar la de un hombre vil como un lictor.

Este discurso no produjo efecto en la mayor parte del senado, animada por Opimio, que habiendo recojido los votos, hizo espedir un decreto ó senatoconsulto, por el cual, atendida la urjente necesidad, le daba el senado al cónsul plenos poderes, permitiéndole obrar absolutamente y sin procedimiento alguno en todo lo que creyese conveniente para salvar á la república y esterminar á los tiranos.

Tal fué el decreto del senado, ó por mejor decir, tal fué la señal del combate y el principio de la carnicería; porque Opimio, que habia resuelto la pérdida de Graco, sirviéndose del poder que acababan de conferirle, mandó á todos los senadores que tomasen las armas, y á todos los caballeros romanos, que se encontrasen al dia siguiente por la mañana en el Capitolio, con dos sirvientes armados para emplearlos en las necesidades de la república.

Fulvio por su parte tambien procuró reunir sus partidarios; pero el pueblo, con el cual parecia debia contar, habia desaparecido desde el primer decreto del senado. Graco, considerando la cobardia de aquellos que con tanto calor habia sostenido, no pudo dejar de espresar su dolor, y parándose delante de la estátua de su padre le dijo: «Me »has dado la vida para sostener »á este pueblo que has visto li»bre. Nada he omitido para con»servarle esta libertad; mi her»mano ha perecido por esta cau»sa: voy á perecer del mismo »modo con el pesar de ver la in»sensibilidad de todos ácia lo »que me ha de costar la vida.»

Esta accion patética reanimó un poco al dormido populacho, y reuniéndose muchos á las tropas que el tribuno tenia en la ciudad, formaron una guardia en las casas de Graco y de Fulvio; los partidarios del cónsul Opimio tambien rodearon la suya; y se vió en Roma la imájen mas viva de la guerra, sin que hubiese otros enemigos que sus propios ciudadanos.

Las tropas de Fulvio se armaron con los despojos de los galos que él habia vencido el año de su consulado, y que estaban colgadas de las paredes de su casa;

y dando grandes gritos fueron á apoderarse del monte Aventino. Cayo, al contrario, salió en traje talar y sin armas, para manifestar no tenia parte en los furores de la sedicion. Su mujer, que le amaba tiernamente, acude bañada en lágrimas á detenerle: le ase de la ropa, y teniendo en sus brazos el hijo, prenda única de su amor, le dice: »¿Adónde vas »tan de mañana, querido mio? »¿Ignoras tú que los que mata»ron á tu hermano quieren ha»cer contigo lo mismo? ¿Quie»res que yo reclame tu cadáver »á las ondas del Tiber? Créeme; »desde que murió tu hermano »no se puede confiar ni en la »autoridad de las leyes, ni en la »proteccion de los dioses. Mira »que vas á ponerte á la cabeza »de un populacho vil que te a»bandonará cobardemente si vé »el menor peligro. Si tienes al»gun afecto á mí y á este hijo »querido, no arriesgues una vi»da que nos es tan preciosa.» Penetrado de dolor, y sin tener fuerzas para responder, se arranca de sus brazos, ella le quiere seguir, y cae desmayada.

El tribuno sin embargo representándose la idea de todas las desgracias que iban á principiar, y concibiendo un justo orror á la sangre que cruelmente se derramaria, persuadió á Fulvio enviase al cónsul el mas jóven de sus hijos, con órden de hacer proposiciones de paz y reconciliacion. Este niño, que era de la mayor belleza, llegó efectivamente al senado con un caduceo en la mano, salvo conducto que se daba á los heraldos. Presentóse á Opimio con mucha humildad; y despues de haber manifestado con lágrimas la pena que sufria su partido por los desórdenes presentes, les dijo que iba á recibir palabras de paz y de reconciliacion.

La mayor parte de los presentes eran de parecer que se enviasen diputados al tribuno y á Fulvio, y que se entrase en negociacion á fin de cortar la efusion de sangre romana; pero Opimio, que en esta muestra de sumision reconoció debilidad, le respondió con la autoridad de que estaba revestido, que no era dado á criminales ni á rebeldes tratar de paz ni reconciliacion, para entretener al senado; pero que si venian ellos mismos como suplicantes á someterse á la justicia, acaso el senado se calmaria y les perdonaria parte de sus atentados; y que así, le proibia venir otra vez con proposiciones de paz fuera de las condiciones que acababa de prescribirle.

El tribuno mismo queria ir á echar en cara al senado sus injusticias y sus violencias; pero fué detenido por todo su partido. Contentáronse pues con volver á enviar al hermoso hijo de Fulvio, que el cónsul mandó prender sin quererle escuchar; y no deseando otra cosa que combatir, marchó contra Fulvio con sus tropas, á cuya cabeza iban algunos candiotas. Este vió con sumo dolor que era su valor inútil por la cobardía de los suyos, que no pudieron sostener un momento el ataque del cónsul; de modo que se vió obligado á ponerse en salvo como pudo; y habiéndose ocultado en un baño con su hijo mayor, fueron muertos allí.

El implacable Opimio, envió un lictor á la prision á decir al jóven Fulvio, que elijiese el jénero de muerte que le habia de dar: hecha semejante oferta á un muchacho de doce años, se puso á llorar. Uno de los augures etruscos que se hallaba en la misma cárcel, le dijo: «¿Tan te»rrible te parece que es morir? »Aora te haré ver que no hay co»sa mas fácil;» y al mismo tiempo se arroja contra uno de los postes de la puerta, se deshace la cabeza y muere: el jóven le imitó, y tambien cayó muerto.

Muerte de Cayo Graco.—Este buen resultado de Opimio, espantó á todo el partido del tribuno; y la amnistía que el cónsul hizo publicar para todos los que le abandonasen, acabó de dejar solo á Graco. Este distinguido defensor del pueblo, este hombre que tenia tantos miles de ciudadanos bajo su proteccion, se quedó solo con algunos de sus amigos que no quiso entregar á un combate tan desigual. Sin ambargo, es poco concebible cómo este hombre que habia manifestado tanto valor en diversas ocasiones, manifestase tanta indolencia é insensibilidad en esta: entró en el templo de Diana, y la dijo: «Diosa: »sufra para siempre el pueblo »por quien me he sacrificado el »efecto de su ingratitud; y que »los hierros con que le carguen »sean tales, que no salga jamás »de su esclavitud!» Este deseo se cumplió despues esactamente;—hoy dia el pueblo romano, sigue en la misma esclavitud.

Sacando despues el tribuno un puñal para matarse le desarmaron sus amigos y le suplicaron que huyese. En esta huida hicieron prodijios de valor Pomponio y Licinio hasta perder la vida defendiendo el paso de un puente por el cual se escapaba Graco. La

multitud que le veia lloraba su infortunio; mas no hacia ningun esfuerzo para socorrerlo. Pedia á gritos un caballo; nadie se atrevia á dárselo. En el momento en que iban á alcanzarle sus enemigos, se arrojó á un bosque consagrado á las furias, donde Filocrato, su esclavo, le atravesó por órden suya con un puñal.

El infame Opimio habia prometido al que le llevase su cabeza una cantidad de oro del mismo peso que ella. Un tal Septimuleyo la separó del tronco, y habiendo sacado secretamente el cerebro, la rellenó de plomo y la hizo pesar diezisiete libras y media. Su cuerpo y los de tres mil que perecieron en aquel desgraciado desórden, fueron arrojados al Tíber. Licinia, mujer de Graco, fué privada de viudedad, y á todas las viudas se proivió llevar luto.

Despues de todas estas crueldades, Opimio puso el colmo á la humillacion del pueblo, edificando, en memoria de aquel dia espantoso, un templo á la Concordia; pero un dia amaneció grabada en sus paredes una inscricion, cuyo sentido era:

Crímen, muerte y discordia,
Labraron este templo á la Concordia.

Opimio no gozó mucho tiempo de su vergonzoso y sangriento triunfo. Enviado de embajador al Africa, se dejó sobornar por el rey de Numidia, fué puesto en juicio, convencido y condenado; y terminó sus dias en el oprobio, cargado del desprecio y de la maldicion universal. Antes de morir vió las estátuas erijidas por el pueblo en onor de los Gracos, y los lugares en que habian perecido llenos de ciudadanos que llevaban ofrendas de flores y de frutos.

Cornelia, digna madre de sus hijos por su valor, gozó de la gloria adquirida por ellos. En su retiro, cerca del monte Miseno, recibia dones y omenajes de los estranjeros y de los personajes mas ilustres de Italia y Grecia. Acudian á verla con una curiosidad respetuosa, y se complacian en oirla contar las azañas de los dos Scipiones y las aciones de los Gracos, cuyos discursos repetia. El viajero, admirando su noble carácter, creia ver en ella la antigua Roma, adornada de todas sus virtudes.

Tales fueron las empresas y la muerte de los dos hijos de Tiberio Sempronio Graco. Se ha dicho de ellos que hubieran podido obtener sin trabajo, y solo por su propio mérito, cuanto procuraron adquirir por la fuerza

y la sedicion; y aun no está decidido si eran culpables de ambicion, ó únicamente defensores de la libertad del pueblo.

El senado, aprovechándose de un triunfo obtenido por la violencia, revocó las leyes populares adoptadas en tiempo de los Gracos. Autorizó con nuevos decretos á los usurpadores del dominio público y á los poseedores de las tierras conquistadas, para que las conservasen y dispusiesen de ellas á su voluntad. El órden se habia restablecido en Roma; pero no la union, porque la plebe estaba oprimida por los magnates, y esperaba una ocasion favorable para la venganza. Hubo en el Lacio y en Cerdeña algunas rebeliones parciales que fueron sofocadas por el cónsul Aurelio y el pretor Opimio. Hizo muchos estragos en Africa una peste, producida por una nube orrible de langostas que cubrió los campos y corrompió los granos y los frutos. Los galos, cuyo solo nombre causaba en otro tiempo tanto terror á los romanos, atacados aora en su propio suelo, veian amenazada su independencia. Teutomaco, rey de los salios, pueblo de los Alpes, habia insultado el territorio de Marsella. El cónsul Fulvio y su sucesor Sestio Calvino, socorrieron aquella república aliada, y arrojaron de su pais á Teutomaco, que se retiró á los alobrojes, pueblo que habitaba lo que hoy es la Saboya y el Delfinado. Estos se ligaron con los arvernos y rutenos, y pelearon contra los eduos que habian hecho alianza con los romanos. La capital de los eduos se llama hoy Autun.

El cónsul Domicio Ahenobarbo marchó contra los alobrojes, los derrotó y les mató veintitres mil hombres. Despues Fabio Mácsimo, hijo de Paulo Emilio, logró contra ellos y sus aliados una victoria todavia mas completa y sangrienta. Las relaciones romanas, probablemente ecsajeradas, dicen que la pérdida de los galos en aquella batalla ascendió á doscientos mil hombres. Uno de sus reyes fué prisionero y sirvió de ornamento en el triunfo de Fabio Mácsimo. Este tomó el sobrenombre de *alobrójico*.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO NUDECIMO.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO IX.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1842.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO X.

MARIO Y SYLA.

Causa de la fuerza militar de Roma. — Establecimiento de la provincia narbonense. — Guerra de Numidia. — Retrato de Iugurta. — Tratado entre Calpurnio y Iugurta. — Táctica de Iugurta. — Batalla entre Iugurta y Metélo. — Retirada de Mario. — Retrato de Mario. — Consulado de Mario. — Azañas de Mario. — Cuestura de Syla. — Muerte de Iugurta. — Batalla de Acuas Sextias. — Batalla de Vercelas. — Odio entre Syla y Mario. — Alianza de Cinna y Mario. — Muerte de Mario. — Muerte de Cinna. — Venganza del jóven Mario. — Entrada de Syla en Roma: su venganza. — Muerte del cónsul Carbon. — Crímenes de Catilina. — Dictadura perpétua de Syla. — Su retrato. — Su gobierno. — Su consulado: — Primera defensa de Ciceron. — Abdicacion de Syla. — Muerte de S la.

Causa de la fuerza militar de Roma.—No nos admirará tanto el aumento rápido de la potencia romana, cuando consideremos que las naciones atacadas por sus numerosos ejércitos, no estaban ligadas entre sí: que Roma era el único estado que tenia tropas regulares y pagadas, á las cuales oponian los bárbaros una

muchedumbre intrépida, pero desordenada, con malas armas, é ignorante en el arte de las evoluciones, y en el de asegurar las subsistencias. No sabian ni escojer posiciones ni fortificar sus campamentos. El soldado romano, habituado al trabajo desde su infancia, cubierto de un largo escudo y armado de una espada corta, aguda y tajante, llevaba sin dificultad un peso de sesenta libras, hacia diariamente cargado con él una marcha de quince millas, y apenas tomaba posicion fortificaba el campamento. El órden de las coortes, la velocidad de las tropas lijeras, las filas estrehas de las lejiones, les daban una inmensa ventaja sobre sus enemigos, que se afanaban en vano por romperlas y desbaratarlas. Contra aquellas falanjes invencibles se consumia su ardor; y cuando desanimados con el mal écsito de sus ataques, huian en desórden, la caballería romana hacia en ellos terrible matanza, y se apoderaba de su campamento, donde tenian sus mujeres, hijos y riquezas. Así la ruina de una nacion era frecuentemente la consecuencia de una sola victoria, y desde el año 636 de Roma, ya eran bastante estensas las conquistas hechas por la república al otro lado de los Alpes, para formar con ellas una provincia que se llamó Galia Narbonense.

Establecimiento de la provincia narbonense. — (A. M. 3888.—A. C. 116.) El mismo año, una colonia de galos establecida en Tracia, sorprendió y venció á los romanos mandados por el cónsul Caton; pero los escordiscos (que así se llamaban estos bárbaros) no supieron aprovecharse de su victoria. Los romanos recobraron la superioridad, aunque lo áspero del pais hizo durar esta guerra seis años. Metélo se distinguió en ella: Mucio la terminó, y la derrota completa de aquellos pueblos le adquirió los onores del triunfo.

Guerra de numidia.—(A. M. 3891.—A. C. 113.) Despues de la victoria de Mucio, no hubo por el espacio de cinco años ningun suceso considerable en el vasto imperio de los romanos. Pero este reposo fué turbado por la guerra de Numidia, famosa á causa de la corrupcion de los romanos, y de los artificios, crímenes, talentos y valor de Iugurta.

Retrato de iugurta.—Muerto Masinisa, heredó el reino Micipsa, su hijo. Este príncipe tuvo dos hijos llamados Adherbal y Hiempsal: con ellos se educó

en su palacio Iugurta, hijo natural de Manastábal, hermano de Micipsa. Iugurta se distinguia ya al salir de la infancia, por su fuerza prodijiosa, su rara hermosura, su carácter osado, y su espíritu vivo, flecsible y penetrante. En vez de dejarse corromper, como la mayor parte de los príncipes, por la molicie y los deleites, siguiendo los antiguos hábitos de su nacion, se ejercitaba en domar caballos fogosos, en lanzar dardos, y en disputar el premio de la carrera á los compañeros de su juventud.

Los numidas veian con gozo repetirse en él la imájen de Masinisa. Diestro y liberal, sabia hacerse amar de los mismos que se reconocian por inferiores á él. Apasionado á la caza, atacaba intrépidamente los tigres y leones. Todos celebraban sus azañas, y él parecia ignorarlas. Micipsa admiraba sus grandes cualidades; pero pronto le inspiraron una viva inquietud, porque se recelaba que si á tanto mérito se añadia la ambicion, quitaria el trono á sus hijos: por otra parte nada podia hacer contra él, porque los numidas no disimulaban el afecto que le tenian. Resolvió pues, conociendo el ánsia de Iugurta por la gloria, esponerle á los peligros de la guerra, esperando que en ellos pereceria un rival tan peligroso para sus hijos; y le dió el mando de un cuerpo ausiliar de numidas que marchó á España para reforzar el ejército romano.

Esto era en la época del sitio de Numancia. Iugurta, vijilante, activo, intrépido, ardiente en el combate, sagáz en el consejo, granjeó el aprecio de Scipion, que le confió las espediciones mas difíciles, en las cuales adquirió nueva gloria y aumentó la idolatría de los numidas. Como era amable y liberal, contrajo amistad íntima con muchos oficiales romanos, ambiciosos de dominacion y de riquezas. Estos le inspiraron el deseo de apoderarse del trono de Numidia despues de la muerte de Micipsa, y le aseguraron que no le faltarian valedores en Roma, donde todo se conseguia á precio de oro. Concluida la guerra de Numancia, Scipion antes de salir de España colmó á Iugurta de elojios y presentes; pero le advirtió en secreto que prefiriese merecer la estimacion y benevolencia del senado y pueblo romano por medio de una conducta leal, á ganar la amistad peligrosa de algunos hombres turbulentos. Le aconsejó que no fundase su gloria sino en los ta-

lentos y en las virtudes, y le predijo que el camino de la intriga y de la corrupcion le conduciria infaliblemente á su ruina: concluyó dándole una carta para Micipsa, en la cual felicitaba al rey por tener un sobrino tan digno de él y de Masinisa. Los elojios de Scipion, la gloria de Iugurta, y el amor que le tenia el pueblo, obligaron á Micipsa á mudar de sistema. Determinó ganar con beneficios al que no podia arruinar sin peligro, y le cedió la tercera parte del reino para conservar á sus hijos las otras dos. Cercano ya á su muerte, llamó á los tres príncipes y dijo á Iugurta: «Siempre te he »amado como si fueras mi hijo. »No has engañado mi esperanza, »y tus azañas han llenado de glo»ria la patria y mi reinado. Yo »te conjuro que ames á estos dos »príncipes parientes tuyos por la »sangre, y hermanos por mis be»neficios. Serán fuertes mas bien »por tu amistad que por mis te»soros. El trono que os dejo se»rá indestructible si os unís: pe»recerá fácilmente si os dividís. »Tú tienes mas edad, Iugurta: »tu esperiencia debe impedir las »desgracias que temo. Vosotros, »hijos mios, respetad é imitad á »este héroe: no se diga que he »sido mas feliz por la adopcion »que por la naturaleza.» Micipsa murió á los pocos dias. Despues de sus ecsequias, los tres príncipes se reunieron para tratar de sus negocios. Hiempsal, orgulloso por su nacimiento, tomó arrogantemente el primer lugar. Iugurta propuso que se anulasen los decretos dados por Micipsa en los cinco últimos años de su reinado, porque en ellos se conocia la decadencia de su espíritu. Hiempsal dijo que aprobaba esta determinacion, porque la adopcion de Iugurta solo tenia tres años de fecha. Esta palabra amarga encendió un odio que no pudo estinguirse sino con sangre.

Los tres reyes repartieron los tesoros de su padre y fijaron los límites de sus estados. Hiempsal se retiró despues á la ciudad de Ternida, y algunos emisarios de Iugurta se introdujeron con llaves falsas en su palacio y aposento y le cortaron la cabeza. La noticia de este crímen, esparciéndose con rapidez, aterró á Adherbal y á sus partidarios. Todos los pueblos de Numidia tomaron las armas: el mayor número se declaró por Adherbal: los mas belicosos por Iugurta. Este, reuniendo con prontitud sus tropas, marchó contra el enemigo, lo acometió y venció, lo arrojó de sus estados y se apode-

ró de Numidia. Adherbal, vencido, buscó asilo en Roma, donde el asesinato de su hermano habia escitado mucha indignacion. Iugurta envió embajadores con mucho oro para conservar el valimiento de sus antiguos amigos y adquirir otros nuevos. La llegada de estos diputados y el repartimiento del dinero causaron una mudanza repentina, y la mayor parte de los senadores convirtieron sin vergüenza el odio violento que tenian á Iugurta en la mas activa benevolencia.

Adherbal recordó en vano al senado sus derechos al trono y los servicios que su padre y abuelo habian hecho á la república. Representó inútilmente que aun cuando no tuviera mas título que su desgracia, era propio de la dignidad del pueblo romano socorrerle; y que el senado no debia permitir que un fratricida le arrojase del reino que su familia debia á la jenerosidad de Roma.

Los embajadores de Iugurta respondieron que los numidas abian muerto á Hiempsal, porque no podian tolerar su carácter violento ni su tiranía sanguinaria: que Adherbal, habiendo atacado á Iugurta, se quejaba sin justicia de las calamidades que su agresion le habia causado: y que el rey suplicaba al senado creer mas bien sus acciones que las calumnias de sus enemigos, y no suponer que hubiese perdido repentinamente las buenas cualidades que le granjearon en el sitio de Numancia la estimacion de Scipion y de todo el ejército romano.

Los senadores, ganados por el oro de Iugurta, defendieron su causa con calor, recordando sus servicios. Algunos, mas amigos del onor que de las riquezas, opinaron que se castigase el crímen y se diese socorro al infortunio. Este dictámen fué sostenido por Scauro, hombre intrigante y ávido, pero que sabia evitar el escándalo y ocultar su corrupcion bajo las apariencias de la rijidez.

El partido mas injusto prevaleció. Decidióse enviar diez comisarios al Africa para repartir la Numidia entre Iugurta y Adherbal. Opimio, el homicida de Cayo Graco, fué jefe de esta comision. El rey de Numidia le compró fácilmente el sacrificio de sus deberes, y ganando del mismo modo á los demás comisarios, le dejaron en la particion las provincias mas fértiles del reino.

La provincia de Africa, ocu-

HISTORIA

UNIVERSAL

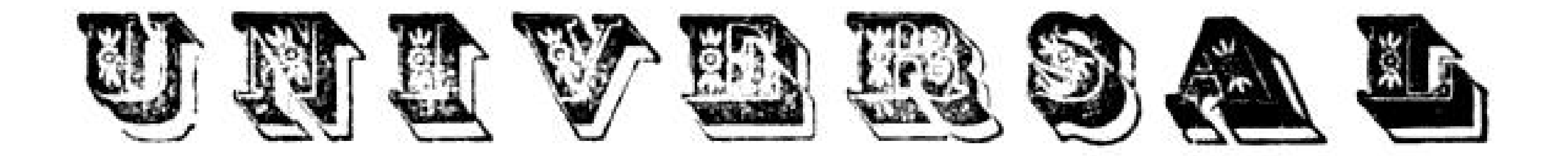
ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO IX.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA



ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:

1842.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO X.

MARIO Y SYLA.

Causa de la fuerza militar de Roma. — Establecimiento de la provincia narbonense. — Guerra de Numidia. — Retrato de Iugurta. — Tratado entre Calpurnio y Iugurta. — Táctica de Iugurta. — Batalla entre Iugurta y Metelo. — Retirada de Mario. — Retrato de Mario. — Consulado de Mario. — Azañas de Mario. — Cuestura de Syla. — Muerte de Iugurta. — Batalla de Acuas Sextias. — Batalla de Vercelas. — Odio entre Syla y Mario. — Alianza de Cinna y Mario. — Muerte de Mario. — Muerte de Cinna. — Venganza del jóven Mario. — Entrada de Syla en Roma: su venganza. — Muerte del cónsul Carbon. — Crímenes de Catilina. — Dictadura perpétua de Syla. — Su retrato. — Su gobierno. — Su consulado: — Primera defensa de Ciceron. — Abdicacion de Syla. — Muerte de Syla.

CAUSA DE LA FUERZA MILITAR DE ROMA.--No nos admirará tanto el aumento rápido de la potencia romana, cuando consideremos que las naciones atacadas por sus numerosos ejércitos, no estaban ligadas entre sí: que Roma era el único estado que tenia tropas regulares y pagadas, á las cuales oponian los bárbaros una

muchedumbre intrépida, pero desordenada, con malas armas, é ignorante en el arte de las evoluciones, y en el de asegurar las subsistencias. No sabian ni escojer posiciones ni fortificar sus campamentos. El soldado romano, habituado al trabajo desde su infancia, cubierto de un largo escudo y armado de una espada corta, aguda y tajante, llevaba sin dificultad un peso de sesenta libras, hacia diariamente cargado con él una marcha de quince millas, y apenas tomaba posicion fortificaba el campamento. El órden de las coortes, la velocidad de las tropas lijeras, las filas estrehas de las lejiones, les daban una inmensa ventaja sobre sus enemigos, que se afanaban en vano por romperlas y desbaratarlas. Contra aquellas falanjes invencibles se consumia su ardor; y cuando desanimados con el mal écsito de sus ataques, huian en desórden, la caballería romana hacia en ellos terrible matanza, y se apoderaba de su campamento, donde tenian sus mujeres, hijos y riquezas. Así la ruina de una nacion era frecuentemente la consecuencia de una sola victoria, y desde el año 636 de Roma, ya eran bastante estensas las conquistas hechas por la república al otro lado de los Alpes, para formar con ellas una provincia que se llamó Galia Narbonense.

Establecimiento de la provincia narbonense. — (A. M. 3888.—A. C. 116.) El mismo año, una colonia de galos establecida en Tracia, sorprendió y venció á los romanos mandados por el cónsul Caton; pero los escordiscos (que así se llamaban estos bárbaros) no supieron aprovecharse de su victoria. Los romanos recobraron la superioridad, aunque lo áspero del pais hizo durar esta guerra seis años. Metélo se distinguió en ella: Mucio la terminó, y la derrota completa de aquellos pueblos le adquirió los onores del triunfo.

Guerra de numidia.—(A. M. 3891.—A. C. 113.) Despues de la victoria de Mucio, no hubo por el espacio de cinco años ningun suceso considerable en el vasto imperio de los romanos. Pero este reposo fué turbado por la guerra de Numidia, famosa á causa de la corrupcion de los romanos, y de los artificios, crímenes, talentos y valor de Iugurta.

Retrato de iugurta.—Muerto Masinisa, heredó el reino Micipsa, su hijo. Este príncipe tuvo dos hijos llamados Adherbal y Hiempsal: con ellos se educó

en su palacio Iugurta, hijo natural de Manastábal, hermano de Micipsa. Iugurta se distinguia ya al salir de la infancia, por su fuerza prodijiosa, su rara hermosura, su carácter osado, y su espíritu vivo, flecsible y penetrante. En vez de dejarse corromper, como la mayor parte de los príncipes, por la molicie y los deleites, siguiendo los antiguos hábitos de su nacion, se ejercitaba en domar caballos fogosos, en lanzar dardos, y en disputar el premio de la carrera á los compañeros de su juventud.

Los numidas veian con gozo repetirse en él la imájen de Masinisa. Diestro y liberal, sabia hacerse amar de los mismos que se reconocian por inferiores á él. Apasionado á la caza, atacaba intrépidamente los tigres y leones. Todos celebraban sus azañas, y él parecia ignorarlas. Micipsa admiraba sus grandes cualidades; pero pronto le inspiraron una viva inquietud, porque se recelaba que si á tanto mérito se añadia la ambicion, quitaria el trono á sus hijos: por otra parte nada podia hacer contra él, porque los numidas no disimulaban el afecto que le tenian. Resolvió pues, conociendo el ánsia de Iugurta por la gloria, esponerle á los peligros de la guerra, esperando que en ellos pereceria un rival tan peligroso para sus hijos; y le dió el mando de un cuerpo ausiliar de numidas que marchó á España para reforzar el ejército romano.

Esto era en la época del sitio de Numancia. Iugurta, vijilante, activo, intrépido, ardiente en el combate, sagáz en el consejo, granjeó el aprecio de Scipion, que le confió las espediciones mas difíciles, en las cuales adquirió nueva gloria y aumentó la idolatría de los numidas. Como era amable y liberal, contrajo amistad íntima con muchos oficiales romanos, ambiciosos de dominacion y de riquezas. Estos le inspiraron el deseo de apoderarse del trono de Numidia despues de la muerte de Micipsa, y le aseguraron que no le faltarian valedores en Roma, donde todo se conseguia á precio de oro. Concluida la guerra de Numancia, Scipion antes de salir de España colmó á Iugurta de elojios y presentes; pero le advirtió en secreto que prefiriese merecer la estimacion y benevolencia del senado y pueblo romano por medio de una conducta leal, á ganar la amistad peligrosa de algunos hombres turbulentos. Le aconsejó que no fundase su gloria sino en los ta-

lentos y en las virtudes, y le predijo que el camino de la intriga y de la corrupcion le conduciria infaliblemente á su ruina: concluyó dándole una carta para Micipsa, en la cual felicitaba al rey por tener un sobrino tan digno de él y de Masinisa. Los elojios de Scipion, la gloria de Iugurta, y el amor que le tenia el pueblo, obligaron á Micipsa á mudar de sistema. Determinó ganar con beneficios al que no podia arruinar sin peligro, y le cedió la tercera parte del reino para conservar á sus hijos las otras dos. Cercano ya á su muerte, llamó á los tres príncipes y dijo á Iugurta: «Siempre te he »amado como si fueras mi hijo. »No has engañado mi esperanza, »y tus azañas han llenado de glo»ria la patria y mi reinado. Yo »te conjuro que ames á estos dos »príncipes parientes tuyos por la »sangre, y hermanos por mis be»neficios. Serán fuertes mas bien »por tu amistad que por mis te»soros. El trono que os dejo se»rá indestructible si os unís: pe»recerá fácilmente si os dividís. »Tú tienes mas edad, Iugurta: »tu esperiencia debe impedir las »desgracias que temo. Vosotros, »hijos mios, respetad é imitad á »este héroe: no se diga que he »sido mas feliz por la adopcion »que por la naturaleza.» Micipsa murió á los pocos dias. Despues de sus ecsequias, los tres príncipes se reunieron para tratar de sus negocios. Hiempsal, orgulloso por su nacimiento, tomó arrogantemente el primer lugar. Iugurta propuso que se anulasen los decretos dados por Micipsa en los cinco últimos años de su reinado, porque en ellos se conocia la decadencia de su espíritu. Hiempsal dijo que aprobaba esta determinacion, porque la adopcion de Iugurta solo tenia tres años de fecha. Esta palabra amarga encendió un odio que no pudo estinguirse sino con sangre.

Los tres reyes repartieron los tesoros de su padre y fijaron los límites de sus estados. Hiempsal se retiró despues á la ciudad de Ternida, y algunos emisarios de Iugurta se introdujeron con llaves falsas en su palacio y aposento y le cortaron la cabeza. La noticia de este crímen, esparciéndose con rapidez, aterró á Adherbal y á sus partidarios. Todos los pueblos de Numidia tomaron las armas: el mayor número se declaró por Adherbal: los mas belicosos por Iugurta. Este, reuniendo con prontitud sus tropas, marchó contra el enemigo, lo acometió y venció, lo arrojó de sus estados y se apode-

ró de Numidia. Adherbal, vencido, buscó asilo en Roma, donde el asesinato de su hermano habia escitado mucha indignacion. Iugurta envió embajadores con mucho oro para conservar el valimiento de sus antiguos amigos y adquirir otros nuevos. La llegada de estos diputados y el repartimiento del dinero causaron una mudanza repentina, y la mayor parte de los senadores convirtieron sin vergüenza el odio violento que tenian á Iugurta en la mas activa benevolencia.

Adherbal recordó en vano al senado sus derechos al trono y los servicios que su padre y abuelo habian hecho á la república. Representó inútilmente que aun cuando no tuviera mas título que su desgracia, era propio de la dignidad del pueblo romano socorrerle; y que el senado no debia permitir que un fratricida le arrojase del reino que su familia debia á la jenerosidad de Roma.

Los embajadores de Iugurta respondieron que los numidas abian muerto á Hiempsal, porque no podian tolerar su carácter violento ni su tiranía sanguinaria: que Adherbal, habiendo atacado á Iugurta, se quejaba sin justicia de las calamidades que su agresion le habia causado: y que el rey suplicaba al senado creer mas bien sus acciones que las calumnias de sus enemigos, y no suponer que hubiese perdido repentinamente las buenas cualidades que le granjearon en el sitio de Numancia la estimacion de Scipion y de todo el ejército romano.

Los senadores, ganados por el oro de Iugurta, defendieron su causa con calor, recordando sus servicios. Algunos, mas amigos del onor que de las riquezas, opinaron que se castigase el crímen y se diese socorro al infortunio. Este dictámen fué sostenido por Scauro, hombre intrigante y ávido, pero que sabia evitar el escándalo y ocultar su corrupcion bajo las apariencias de la rijidez.

El partido mas injusto prevaleció. Decidióse enviar diez comisarios al Africa para repartir la Numidia entre Iugurta y Adherbal. Opimio, el homicida de Cayo Graco, fué jefe de esta comision. El rey de Numidia le compró fácilmente el sacrificio de sus deberes, y ganando del mismo modo á los demás comisarios, le dejaron en la particion las provincias mas fértiles del reino.

La provincia de Africa, ocu-

pada en tiempos remotísimos por los jetulos y libios, pueblos selváticos, fué conquistada segun dicen los historiadores, por Hércules, cuyo ejército se componia de diversas naciones del Oriente. Cuando murió, los medos, persas y armenios repartieron el pais. Los persas se unieron con los jetulos, ocuparon la orilla del mar y tomaron el nombre de numidas. Los medos y armenios se confederaron con los libios y tomaron el nombre de moros. Los fenicios llegaron despues á la costa y fundaron las ciudades de Hipona, Adrumeto, Leptis y Cartago. Cuando comenzó la guerra de Numidia, las ciudades púnicas tenian majistrados romanos: la Numidia, que se estendia hasta el rio Maluca, obedecia á Iugurta, y el rey Boco poseia la Mauritania, donde casi no era conocido el nombre de Roma.

Apenas los diez comisarios volvieron á Italia, Iugurta invadió los estados de Adherbal. Este reunió su ejército y escribió al senado quejándose de esta nueva agresion. Los dos rivales se encontraron cerca de Cirta. Iugurta sorprendió de noche el campo enemigo, y las tropas de Adherbal pasaron en un momento del sueño á la muerte. Adherbal se refujió con mucha dificultad á la plaza de Cirta, y su implacable enemigo le sitió en ella.

Roma envió diputados á entrambos príncipes mandándoles que dejasen las armas. Iugurta respondió que habia probado suficientemente su respeto á los romanos y el deseo de ganar la benevolencia de los hombres mas grandes de la república; pero que mientras mas valor y virtudes mostraba, mas dificil le era sufrir un insulto; y que sabedor de las conspiraciones tramadas contra él por Adherbal, no habia hecho mas que anticiparse: en fin, que él daria cuenta al senado de su conducta. Con esto despidió á los embajadores y estrechó el sitio.

Los cónsules recibieron una carta lastimosa de Adherbal, entregando su reino á la república, y pidiendo en nombre de Masinisa, su abuelo, que defendiesen su vida contra los furores de Iugurta. Algunos senadores, indignados de ver despreciada de aquel modo la intervencion de Roma, propusieron enviar inmediatamente un ejército al Africa; pero los partidarios del rey numida lograron que no se adoptase este dictámen. Se contentaron con enviar á Utica á Scauro, príncipe del senado,

con otros consulares. Desde que llegaron, enviaron órden á Iugurta para que se presentase. Iugurta estaba incierto entre el temor que le inspiraban tan graves personajes y el deseo de dominar. La ambicion triunfó: dió un asalto terrible á la plaza para cortar las contestaciones con la toma de Cirta y la ruina de Adherbal; pero fué rechazado, y hubo de presentarse á los embajadores, cuyas amenazas y ecsortaciones no hicieron ningun efecto sobre su ánimo.

El sitio continuaba siempre. Algunas tropas italianas, que eran la principal defensa de la ciudad, fatigadas de un bloqueo tan largo y de la falta de víveres, persuadieron á Adherbal que podia capitular sin temor, pues Roma lo protejia, y que sus derechos se sostendrian mejor por negociacion que por armas. El débil príncipe siguió este consejo funesto y se entregó á Iugurta. Este le hizo morir con suplicios orrendos, y mandó matar á todos los italianos y numidas que habian defendido la ciudad.

Cuando llegó á Roma la noticia de estas crueldades, los partidarios de Iugurta procuraron alargar las deliberaciones con la esperanza de lograr la impunidad del rey; pero Cayo Memmio, tribuno del pueblo, y ardiente enemigo de la nobleza, descubriendo atrevidamente las intrigas de los senadores corrompidos por Iugurta, les hizo temer que el pueblo irritado avocase este negocio á su tribunal. Se decidieron, pues á declarar la guerra al rey de Numidia; y sacando las provincias á la suerte, tocó la Italia á Scipion Nasica, y el Africa á Lucio Calpurnio Bestia.

Iugurta envió nuevos embajadores á Roma para comprar su absolucion con regalos; pero se volvieron á Numidia, porque el senado habia decretado no dar oidos á Iugurta hasta que hubiese puesto su reino y su prersona á disposicion del pueblo romano.

Calpurnio, jeneral valiente y esperimentado, manchaba tan bellas cualidades con su avaricia sórdida. Fuerte en presencia de los peligros, solo era débil ante el oro. Al alistar su ejército, elijió lugartenientes del órden senatorial, ilustres por su nacimiento y sus azañas, pero corrompidos y codiciosos, esperando que el crédito de ellos cubriria sus malversaciones. Scauro fué uno de estos lugartenientes.

TRATADO ENTRE CALPURNIO Y IUGURTA.—Apenas llegó al Afri-

ea, entró rápidamente en Numidia, hizo un gran número de prisioneros, y se apoderó de muchas ciudades. Iugurta le hizo conocer por medio de sus emisarios las dificultades de la guerra y la facilidad de enriquecerse. El cónsul y Scauro se dejaron corromper tan prontamente, que Iugurta, cuya esperanza se habia limitado al principio á retardar las operaciones militares, creyó que podia comprar la paz: se presentó pues confiadamente en el campamento del cónsul, se justificó ante su consejo por pura formalidad, é hizo con Calpurnio un tratado secreto, en virtud del cual se le dejaba en posesion de su reino, mediante un tributo.

Despues de firmar este convenio, entregó á los cuestores treinta elefantes, muchos caballos y una suma corta de dinero. Calpurnio volvió á Italia para las elecciones.

La noticia de esta capitulacion produjo en Roma discusiones muy acaloradas. La prevaricacion del cónsul era evidente; pero el crédito de Scauro impedia al senado declararse abiertamente contra Calpurnio.

El tribuno Memmio, irritado de semejante infámia, la denunció al pueblo. «Me avergüenzo, »decia, de recordaros hasta qué »punto sois, de quince años á »esta parte, el juguete del or»gullo y avidez de algunos am»biciosos. Les habeis dejado a»sesinar á vuestros defensores: »juzgad cuánto os ha envilecido »vuestra cobardía, pues habien»do adquirido la superioridad »sobre los enemigos, no os atre»veis á elevaros. ¿Temereis »siempre á esos hombres que »deberian temblar de vosotros? »Los Gracos y los Fulvios han »perecido á sus manos: al que »defiende vuestros derechos, se »le acusa de aspirar á la tiranía; »¿y quiénes lo acusan? Esos ti»ranos ambiciosos, esos hom»bres infames y avarientos, que »roban el tesoro público, se a»poderan de los tributos de los »reyes, y acumulan todas las »dignidades y riquezas. Yo lu»cho contra su poder; pero mi »victoria depende de vosotros. »Arrojad su yugo. La impuni»dad les dá ánimo: en vez de a»vergonzarse de sus delitos, se »glorian de ellos: su union au»menta su fuerza, y vuestra de»bilidad los asegura. El deseo de »no turbar vuestro reposo me »inclinaria á tolerar vuestra in»duljencia para con estos hom»bres impíos, homicidas y dila»pidadores si no os condujera in-

»faliblemente á vuestra ruina. »Pero es imposible vivir en paz »con ellos: son los enemigos de »vuestros aliados, y los aliados »de vuestros enemigos: vosotros »quereis ser libres, ellos domi»nar; y no teneis mas eleccion »que entre la guerra civil y la »esclavitud.»

«Ya es tiempo de poner un »freno á su criminal ambicion: »os conjuro, romanos, á que no »dejeis impune el enorme aten»tado que acaban de cometer. »No se trata ya de saqueos ni de »vejaciones, delitos tan vulgares »que casi se miran con indife»rencia; sino de haber puesto »en venta, á presencia del ejér»cito, el interés público y la ma»jestad de Roma. Si no castigais »á los culpables, consentid en »ser sus esclavos; porque hacer »impunemente todo lo que se »quiere, es la verdadera tira»nía.»

Este discurso de Memmio inspiró al pueblo tanto enojo que promulgó, con sorpresa de los senadores, un plebíscito, mandando al pretor Casio que enviase á Roma á Iugurta con un salvo conducto, para tomarle declaracion, justificar con ella los crímenes, y castigar á los delincuentes.

Iugurta no resistió á las insinuaciones de Casio, cuya probidad era tan célebre que el rey se fió mas de ella que del salvo conducto de la república. Llegó á Roma, no con la pompa de un monarca poderoso, sino con el aparato lúgubre de un acusado que procura escitar la piedad.

Su primer operacion fué ganar con prodigalidades algun partido en el pueblo; pero la muchedumbre, irritada contra él, queria que se le pusiese en la cárcel, y que si no declaraba sus cómplices, se le diese muerte como á enemigo público. Memmio, enemigo de todo esceso, y fiel á los principios de la justicia, declaró que no permitiria la violacion de la fé pública.

Su firmeza apaciguó el tumulto. Despues mandó que Iugurta se presentase, le recordó sus crímenes y le advirtió que el pueblo conocia sus cómplices y queria que su declaracion acabase de convencerlos. Le previno ademas que si confesaba la verdad, podia confiar en la clemencia de Roma; pero que si mentía, su ruina era cierta sin salvar á los demás culpables.

Dicho esto, le mandó responder; pero otro tribuno, llamado Bébio y que estaba sobornado por Iugurta, proibió á este príncipe que declarase. Esta oposi-

cion escitó un tumulto en la muchedumbre. Bébio resistió ostinadamente á sus clamores y amenazas, y la asamblea se separó enfurecida de haber sido tan indignamente burlada. Este suceso dió ánimo á los acusados.

Habia entonces en Roma un numida, llamado Masiva, que era nieto de Masinisa. Habíase escapado de Cirta despues de la muerte de Adherbal. El nuevo cónsul Spurio Albino, le aconsejó secretamente que pidiese al senado el reino de Numidia, y Masiva lo hizo así. Iugurta, informado de sus pretensiones, hizo que Bomílcar, uno de sus favoritos, apostase asesinos, que lo mataron. Bomílcar fué preso y se le hizo sumaria. El rey dió por él cincuenta reenes y le envió en secreto al Africa. Despues hizo vanos esfuerzos para alentar su partido con nuevos regalos: todos sus tesoros no pudieron borrar el orror que inspiraban tantos y tan grandes crímenes. El senado le declaró la guerra y le mandó salir de Italia. Se cuenta que al partir volvió la cara ácia Roma y esclamó: «¡O ciudad »venal! no tardarás en ser es»clava sino lo que tardes en ha»llar comprador!»

Tactica de iugurta.—El cónsul Albino pasó al Africa. Queria terminar la guerra antes de los comicios ó con la victoria ó con un tratado. Mas era tan dificil vencer como engañar á Iugurta. Este príncipe, viendo que el senado estaba resuelto á arruinarlo, opuso á las fuerzas de Roma las de su jénio. Valiente, astuto é infatigable, se aprovechó para aumentar sus tropas y ganar tiempo, de todos los recursos que le ofrecian su conocimiento del pais y la presuncion orgullosa del jeneral romano. Unas veces amenazando, otras suplicante, ya se mostraba dispuesto á combatir, ya á someterse. Vivo en sus ataques, pronto en sus retiradas, se burló con sus movimientos y ardides del jeneral enemigo, de modo que pasó el año sin que el cónsul hubiese hecho progresos en la Numidia. Volvióse á Roma para celebrar los comicios, donde el pueblo le acusó de incapaz ó traidor.

Su hermano Aulo, que quedó con el mando del ejército, quiso apoderarse de una ciudad donde Iugurta tenia sus tesoros. Avariento y presuntuoso, esperaba amedrentar al rey de Numidia con esta empresa atrevida y obligarle á comprar la paz. Iugurta, que se burlaba de su im-

pericia, se manifestó aterrado para inspirarle mas confianza, y le envió diputados que lisonjearon su ambicion y avaricia. Finje huir, y con el pretesto de un tratado secreto y lucrativo, persuade á Aulo que penetre en unos campos retirados, donde la intriga podria hacerse ocultamente: sus emisarios sobornan á los oficiales romanos, que le prometen abandonar sus puestos á la primera señal.

Estando todo dispuesto, acomete de noche el campamento de Aulo y se apodera de él. Las lejiones huyen tirando las armas, y se hallan rodeadas de numidas que se habian puesto en acecho. Al otro dia declaró Iugurta á Aulo, que aunque le temia encerrado y podia arruinarle con todo su ejército, le concederia la paz, á condicion que las lejiones pasasen bajo el yugo y evacuasen la Numidia en diez dias. Aulo, medroso, firmó esta paz que le cubria de ignominia.

Es mas fácil de concebir que de esplicar la sorpresa y la indignacion de Roma á la noticia de este revés. El senado reusó aprobar el tratado, declarando que no habia podido concluirse sin órden suya: decision injusta, porque rompiendo la paz, no ponia el ejército en la situacion peligrosa en que se hallaba cuando hizo la capitulacion. El pueblo, irritado mas que nunca contra los nobles, nombró una comision encargada de proceder contra todos los que se habian dejado sobornar por Iugurta. Scauro tuvo la osadía y la habilidad de hacer que se le nombrase comisario y juez de sus cómplices, y los condenó impudentemente al destierro.

La faccion popular, despues de lograda esta victoria contra los magnates, mostró una insolencia igual al orgullo anterior de los nobles; y la humillacion de estos la disponia á la sedicion, así como sus triunfos la habian preparado á admirar hasta sus defectos. Se elijieron cónsules á Metélo y Silano. La provincia de Africa tocó al primero, hombre de una probidad sin mancha, y jeneral hábil, estimado igualmente por los dos órdenes del estado. No haciendo confianza de las lejiones humilladas y vencidas, alistó otras, y reunió muchos víveres, armas y caballos. En Africa halló un ejército indisciplinado, insolente, cobarde, perezoso, ladron, y mas temible para los aliados que para los enemigos.

Metélo restableció el órden

con su severidad, sometió el soldado á ejercicios contínuos, y restituyó el vigor á la disciplina. Iugurta, temeroso de un adversario como Metélo, le envió embajadores, y le prometió entregarse con su reino á los romanos si se le aseguraba una ecsistencia onrosa. Metélo dió en público una respuesta evasiva á estas proposiciones poco sinceras; y atacando á aquel príncipe pérfido y corruptor con sus propias armas, ganó en secreto á sus embajadores, que le prometieron entregarle al rey, é invadió la Numidia.

La aparente sumision de Iugurta no habia adormecido al cónsul; porque sabia que aquel príncipe era tan temible de lejos como de cerca. Aunque no encontraba ostáculo á su marcha, hacia contínuos reconocimientos, cubria sus flancos, y estaba siempre en los puestos avanzados del ejército.

Batalla entre Iugurta y Metelo.—Iugurta, viendo que no era posible engañar á Metélo, resolvió tentar la suerte de las armas. Reune todas sus tropas, coloca parte de ellas en una altura, y oculta las demás en los matorrales que coronaban la orilla de un rio. Entre este rio y la montaña, habia un campo desierto por el cual debia pasar Metélo. Desde que los romanos se adelantaron, fueron embestidos por los numidas en todas direcciones. En este terrible combate no era posible maniobrar: se peleaba cuerpo á cuerpo, y la victoria dependia mas bien del valor que de la habilidad.

La accion duró todo el dia; pero al fin, debilitados un poco los numidas por el calor y el cansancio, consiguió Metélo arreglar las filas y formar las coortes, y á pesar de la resistencia del enemigo, se apoderó de la colina. El rey solo tenia á su favor su habilidad y la fortaleza de su posicion: los romanos eran mas valientes que sus tropas; y desde que se apoderaron de la altura, los bárbaros huyeron. Rutilio, que mandaba la retaguardia de Metélo, destrozó al mismo tiempo el ala izquierda de los africanos. Metélo, vencedor, continuó su marcha, conquistó muchas fortalezas, taló los campos, é hizo que se le entregasen muchos reenes y municiones.

Iugurta, vencido, mas no desalentado, varió de sistema y no dió mas batallas, sino se puso al frente de una numerosa caballería, costeó sin cesar á los romanos, se apoderó de sus convoyes y mató cuantos soldados se se-

paraban de las columnas. En la ciudad de Sica, sorprendió á Mario, lugarteniente del cónsul. Este guerrero, tan célebre despues, nacido para gloria y desgracia de Roma, salió del riesgo con una intrepidez heróica sin pérdida ninguna.

Metélo sitió á Zama, creyendo á Iugurta muy lejos de aquel sitio; pero cuando daba el asalto, aparece el rey y se apodera del campamento romano. Ya estaba muerta toda la guardia: solo cuarenta hombres defendian en la estremidad del campo un puesto elevado, cuando Mario acude con algunas tropas, encuentra los numidas ocupados en el saqueo, los arroja y hace en ellos gran matanza.

Al otro dia Metélo volvió á asaltar la plaza y Iugurta el campamento: la batalla duró dos dias: Metélo rechazó á los africanos, pero debilitado por tantos combates, levantó el sitio de Zama, dejó guarniciones en las ciudades conquistadas y tomó cuarteles de invierno en las fronteras de Numidia. Deseando triunfar por la astucia con mas seguridad y prontitud que por las armas, sobornó á Bomílcar con grandes promesas, y este traidor valido le prometió vender á su rey. Iugurta estaba devorado de inquietudes. Bomílcar le representó que devastados los campos y esausto el tesoro, el desaliento obligaria á los numidas á tratar con los romanos si no se anticipaba á someterse y entrar en negociacion con la república donde tenia tantos amigos que asegurarian su vida en todo peligro.

Iugurta, movido por sus consejos, envió á decir al cónsul que ponia en manos de Roma su persona y su reino. Metélo pedia que le entregase al momento un gran número de elefantes, caballos y armas y dos mil libras de oro. Iugurta obedeció. Entonces recibió órden de ir á Tisidio; mas sea por inconstancia suya, ó por el temor que le inspiraban los avisos secretos de sus amigos, mudó repentinamente sus resoluciones y determinó continuar la guerra.

Retrato y primer consulado de Mario.—(A. M. 3895.—A. C. 109.) Al mismo tiempo Mario, que se hallaba en Utica, ofreció un sacrificio á los dioses, y el arúspice, consultando las entrañas de la víctima, le predijo una gran fortuna: presajio que desplegó su ambicion devoradora. Mario, dotado de grandes talentos para la guerra, despreciador de los placeres y de las riquezas,

solo era ávido de gloria y de autoridad. Tenia fuerza, valor, intelijencia, en fin, todas las cualidades que en tiempos turbulentos pueden elevar un hombre á la cumbre del poder. Habia nacido en la plebe, y participaba del ódio de esta á la nobleza. Militó desde su infancia; y despreciando la instruccion de los griegos y la urbanidad romana, solo estudió la guerra, en la cual se distinguió de modo que aunque desconocido personalmente de la mayor parte de sus conciudadanos, fué elevado en los comicios por los sufrajios que le adquirió la fama de sus azañas á tribuno militar. Ascendió sucesivamente á todos los grados, y los desempeñó con tal acierto que siempre se le creia digno de un empleo superior al que ocupaba. A pesar de su mérito aun no habia elevado sus miras á la dignidad consular, la cual pocos plebeyos se atrevian á pretender. La prediccion del arúspice le alentó, y pidió á Metélo una licencia con el designio de ir á Roma á solicitar el consulado.

Metélo apreciaba su valor y habilidad, y hasta entonces habia sido su amigo; pero orgulloso como todos los nobles, procuró disuadirle de su determinacion diciéndole que no se espusiese á un desaire; y como Mario insistiese, le añadió que haria muy bien en esperar á que Metélo el hijo, que aun era niño, fuese capaz de pedir el consulado, para solicitarlo juntamente con él.

Este sarcasmo ofendió profundamente á Mario: dando oidos solamente á su ambicion, y nada escrupuloso en los medios de satisfacerla, formó un partido entre los oficiales, escitó el descontento de los soldados, censuró la conducta del jeneral y denigró sus talentos. Añadia, recordando sus propias azañas, que con la mitad del ejército cojeria á Iugurta, y que Metélo prolongaba la guerra solo para gozar mas tiempo de su autoridad. Estas espresiones, repetidas con frecuencia á los habitantes de las ciudades y á los comerciantes, hicieron en ellos grande impresion, porque el comercio estaba aniquilado á causa de la guerra, y era necesaria una pronta paz para vivificarlo. Mario granjeó tambien la amistad de Gauda, príncipe numida, que debia heredar el trono de Iugurta, y cuyo amor propio habia ofendido Metélo con sus altiveces. Este príncipe, los caballeros romanos, los comerciantes, y hasta los soldados escribian á Roma censurando

siempre la lentitud del cónsul, y repitiendo á una voz que el único medio de terminar la guerra de Numidia era confiar á Mario el mando del ejército. Todas estas cartas circulaban en Roma, hacian perder á Metélo la confianza pública, y aseguraban á Mario el favor de la plebe.

Mientras que el cónsul se veía atacado en su patria por la ingratitud de un cliente de su familia, protejido por él en muchas ocasiones, la fortuna le daba otros motivos de inquietud. La plebe de la ciudad de Vacca, de concierto con los soldados de la guarnicion, degollaron á los nobles y oficiales que celebraban un banquete. El cónsul atacó á los asesinos, los venció y dió á saco la ciudad.

Al mismo tiempo interceptó Iugurta una carta que descubria la conspiracion de Bomílcar, y la cabeza de este alevoso cayó; pero desde aquel momento el temor de nuevas traiciones y el remordimiento de sus crímenes no le permitieron gozar un solo instante de descanso. Creyendo ver en cada vasallo un conspirador, mudaba sin cesar de ministros, de guardias, de alojamiento y aun de cama. Perseguido de sueños orribles, muchas veces tomaba las armas enmedio de la noche y llamaba en su favor la guardia; y los terrores de este príncipe pérfido y sanguinario se parecian á las estravagancias de un delirante. Metélo marchó contra él, le derrotó segunda vez, le echó mas allá del desierto, y le obligó á retirarse á Tala, donde habia encerrado á sus hijos y las reliquias de sus tesoros.

El cónsul le persiguió con mas ardor que prudencia: las tropas romanas, abrasadas del sol y sin agua, estuvieron á pique de perecer, y no se salvaron sino por una lluvia abundante, muy rara en aquellos paises, y que pareció milagrosa. Iugurta desanimado se retiró con sus hijos á la Mauritania: el rey Boco, que era su yerno, reanimó su valor é hizo alianza con él contra los romanos. Metélo se apoderó de las murallas de Tala, porque los habitantes habian quemado las casas y perecido en el incendio.

Consulado de Mario.—Mario llegó á Italia y logró el consulado por los votos unánimes del pueblo, á pesar de los esfuerzos de los nobles. El nuevo cónsul, irritado de esta oposicion, manifestó violentamente el odio que les tenia. En la primer arenga que hizo al pueblo, despues de haber enumerado las obligaciones de su dignidad, dijo

que el hombre nuevo elevado por sola su virtud, debia inspirar mas confianza que aquellos nobles soberbios, dispensados de tener mérito en razon de la riqueza, esplendor y clientela de su familia.

«Romanos, decia: lo que he »hecho antes de conseguir vues»tros sufrajios, os dice bastante »lo que haré en adelante para »justificarlo. Los que han finji»do por ambicion ser virtuosos, »se quitan la máscara cuando »llegan al poder; pero yo he »practicado la virtud desde mi »tierna edad, y el hábito la ha »radicado en mi alma. Sé que »los nobles, envidiosos de mi »dignidad y no de mis trabajos, »no pueden perdonarme la pre»ferencia que me habeis dado. »Ecsaminad, pues todavia es »tiempo, si hareis mejor en con»fiar vuestros ejércitos y la di»reccion de la guerra contra Yu»gurta á uno de esos ilustres »magnates, tan ricos en abue»los, pero pobres en servicios. »Sabeis lo que hacen en estos ca»sos: ciertos de su impericia, to»man por consejeros á plebeyos »hábiles, y cuando Roma les en»carga que manden á todos, eli»jen á algunos que los manden á »ellos mismos. Es verdad que »cuando ascienden al consulado »empiezan á leer la historia de »nuestros antepasados y los li»bros militares de los griegos. »Trastornando el órden natural »de las cosas, aspiran al gobier»no antes de intruirse, y no se »aplican al estudio sino cuando »es necesario obrar.»

«Ciudadanos: comparad su or»gullo con el mérito de un hom»bre nuevo. Lo que ellos tienen »que aprender, lo he hecho yo: »lo que es menester contarles, »lo he visto: lo que esperan ha»llar en los libros, lo he apren»dido combatiendo. Ved si que»reis preferir mis acciones á sus »palabras. Yo no puedo osten»tar, como ellos, las imájenes, »los consulados y los triunfos »de mis antepasados; pero pue»do mostrar dardos, arneses, »estandartes, coronas, ilustres »dones de mis jefes, y las nume»rosas cicatrices que cubren mi »pecho. Esta es mi nobleza y »mis títulos, no adquiridos por »herencia, sino conquistados en »medio de los peligros. Mis dis»cursos no tienen arte, ¿qué im»porta si en ellos se ve al descu»bierto la virtud que me anima? »Yo dejo los prestijios de la elo»cuencia á los que quieren ocul»tar la infámia de sus acciones. »Confieso que ignoro la literatu»ra griega; pero es porque no he

»visto que haya hecho mas valerosos ni independientes á los »que la enseñan, y además he aprendido una ciencia mas útil á »la república, la de vencer al enemigo, ejercitar las tropas, arrostrar el rigor de las estaciones, dormir en la tierra, sufrir »el trabajo y la hambre, y no temer nada sino la ignominia. Yo »daré esta instruccion á vuestros soldados, y la gloria y el »peligro serán comunes entre »ellos y su jeneral.»

«La nobleza me desprecia y »trata de hombre rústico, porque ni sé dirijir un espléndido »banquete, ni doy sueldo á histriones, ni tengo un cocinero »que me cueste mas que un aperador. Tengo vanidad en merecer estas reprensiones, porque »mi padre me enseñó que las »virtudes son la riqueza de Roma, y las armas su adorno, y »que el lujo conviene á las mujeres y el trabajo á los hombres. Esos orgullosos patricios, »entregados á los deleites, pasen enorabuena su vejez en las »mismas delicias que encenagaron su juventud: el sudor y el »polvo me gustan mas que sus »orjías; ¿pero cómo ha de sufrirse que hombres tan degradados »os quiten el premio de vuestras »azañas, y que los vicios, que »deberian desonrarlos, les sirvan de escalones para subir á »la autoridad y arruinar con ella »la república, víctima y no cómplice de su depravacion?»

«He refutado sus objeciones comparando nuestras costumbres simples y varoniles »con su afeminada perversidad: »vengamos ya á los negocios públicos. La guerra de Numidia »no debe inquietaros habiendo »desterrado del ejército la avaricia, el orgullo y la ignorancia »en el arte militar; únicos apoyos de las esperanzas de Iugurta. Vuestros soldados conocen muy bien el pais; pero es »forzoso alentarlos, fortificarlos y completar el ejército. »Hasta aora han sido mas valientes que felices: la imprudencia »y la codicia de sus jenerales »han causado la ruina de la mayor parte de las tropas.»

«Vosotros que estais en edad »de combatir, uníos á mí para »servir á la patria, y no os asusten las desgracias anteriores. »Seré vuestro compañero en la »marcha, en los trabajos y en »los riesgos. Todo nos promete que triunfaremos: una gran »mies de victoria, de botin y de »fama nos espera: y aun cuando »no, es obligacion de todo hombre onrado defender su pais.

»La cobardía no ha inmortali»zado á nadie: un padre no desea »que sus hijos sean eternos, sino »que vivan con onor. Mas os »diria si las palabras diesen á»nimo á los cobardes: para los »valientes basta lo que he di»cho.»

La confianza que Mario inspiraba, escitó el ardor de la juventud para alistarse. Despues de haber tomado las medidas que aseguraban el logro de su empresa, partió al Africa. Metélo no quiso verle, y encargó á Rutilio que le entregase el mando del ejército.

El cónsul, para ejercitar y dar ánimo á las tropas del nuevo alistamiento, las llevó á un pais fértil, atacó muchas fortalezas, y distribuyó entre los soldados el inmenso botin que en ellas se hizo. Los dos reyes africanos reunieron en el centro de sus estados las fuerzas necesarias para oponerse á un adversario tan temible.

Metélo creia, cuando llegó á Roma, que los ánimos estarian irritados contra él por las intrigas de Mario; pero con gran sorpresa suya, vió que el senado y el pueblo le mostraban igual benevolencia. La envidia habia espirado con su autoridad.

Azañas de Mario.— Mario, prosiguiendo su marcha rápida, venció en muchos reencuentros á los mauritanos y á los numidas: sorprendió la ciudad de Capsa y degolló sus habitantes: el temor hizo que otras muchas plazas le abriesen sus puertas. La fortuna, á la cual deben una parte de sus triunfos los grandes jenerales, hizo que cayese en poder de Mario una fortaleza donde estaban los tesoros de Iugurta, y que era tenida por inespugnable á causa de su posicion sobre un risco tajado. Un soldado ligur, andando en busca de caracoles, descubrió un sendero oculto entre las malezas. Los romanos, aprovechándose de este descrubrimiento, subieron en el silencio de la noche, á la roca por aquel camino, escalaron la muralla, y se apoderaron de la ciudad.

Cuestura de Syla.—(A. M. 3896.— A. C. 108.) Mario recibió poco tiempo despues un refuerzo considerable que venia de Italia á las órdenes de Lucio Cornelio Syla. Este jóven patricio, que se inmortalizó por su jénio, su felicidad y sus crueldades, descendia de una familia antigua, pero de poca nombradía. Instruido en la literatura griega y latina, dotado de una vasta intelijencia, amigo de

los deleites, pero codicioso de gloria, no se entregaba al placer sino en los tiempos de descanso. Sacrificó á sus amoríos su virtuosa esposa, pero nunca á los intereses de su ambicion. Elocuente y astuto, amable con sus amigos, afable con la muchedumbre, profundo en sus designios, hábil para ocultarlos, pródigo de sus riquezas, intrépido en el combate, constante en sus determinaciones, fué mirado como el mas venturoso de los hombres hasta la guerra civil que coronó su ambicion y manchó su gloria.

Nunca fué inferior su capacidad á su fortuna, y no se puede decidir si tuvo mas dicha que habilidad. Salustio, despues de haber hecho un magnífico elojio de este célebre romano, añade: «Hablo de los tiempos anteriores »á su dictadura. Si tuviera que »hablar de los posteriores, no sé »qué sentimiento dominaria mas »en mí, el dolor ó la vergüen»za.» Syla empezaba su carrera militar cuando llegó al Africa. Su reputacion eclipsó en breve la de todos sus compañeros. Familiar con el soldado y respetuoso con sus jefes, recibiendo presentes con disgusto y prodigándolos con placer, haciendo servicios sin ecsijir recompensa, y siendo jeneroso sin interés, pasaba fácilmente de la conversacion mas frívola é los negocios mas sérios. Activo en todos los ejercicios, vijilante en los puestos, infatigable en los trabajos, el primero en los peligros, se apartaba del sendero comun de los ambiciosos, no censurando nunca las operaciones de los jenerales, y no atacando la reputacion de nadie. Su amor propio consistia en obrar de manera que ninguno le escediese en actividad, prudencia y valor. Sus grandes cualidades le ganaron en breve la estimacion de Mario y el afecto de los soldados.

Boco y Iugurta, atacaron á los romanos con todas sus fuerzas. La batalla fué larga y sangrienta. Mario, al frente de un cuerpo escojido, reunia sus soldados que los africanos ostigaban, y detenia á los enemigos cargando sobre ellos cuando conseguian alguna ventaja. La noche puso fin al combate sin decidirse la victoria; pero cuando los dos ejércitos, cansados de pelear, se entregaban al descanso para cobrar fuerzas, Mario al rayar el dia da la señal del combate. El estruendo de las trompetas y la gritería de los romanos, despiertan á los bárbaros, asustados y

sorprendidos. El vigor del ataque repentino, desordena y aterra á los africanos. Muchos perecieron al tomar las armas y reunirse: los demás huyeron, y esta derrota les causó mas pérdida que una batalla disputada con tenacidad. Mario, despues de la victoria, se acercó á las ciudades marítimas para que su ejército gozase de la abundancia y del descanso. Los pueblos belicosos del Africa, oponiendo su número al valor de las lejiones, ponian en lugar de los ejércitos destruidos otros nuevos. Boco y Iugurta, volvieron á atacar á los romanos; y mientras Mario, al frente de su ala derecha, rechazaba valerosamente á los numidas, Boco, esparciendo la falsa voz de que el cónsul habia muerto, desordenó el ala izquierda del enemigo, y la persiguió hasta el campamento. Syla acude con prontitud, acomete á los mauritanos, los detiene y restablece el combate. Mario, vencedor de los numidas, se une con él: los bárbaros son completamente derrotados; y Iugurta, abandonado de los suyos, no pudo salvarse sino por la lijereza de su caballo.

Algunos dias despues, Boco, desalentado, pidió la paz. El cónsul mandó á Syla y á Manlio que se viesen con él. Syla, despues de haber lisonjeado en un discurso artificioso el amor propio de aquel príncipe, elojiando su valor y poder, le aconsejó que no mancillase su gloria teniendo alianza con Iugurta, el mas perverso de los hombres. «No nos pongas, le dijo, en la triste necesidad de castigar á un mismo tiempo tu error y sus crímenes. El pueblo romano ha preferido siempre tener amigos á tener esclavos: porque cree mas segura la alianza que la sumision. Atendida la distancia que nos separa, Roma será para tí una aliada útil y no peligrosa. ¡Ojalá te hubieras convencido antes de esta verdad! Pero, pues que las cosas humanas dependen de los caprichos de la fortuna, no deseches la ocasion que te presenta, y repara con servicios el mal que has querido hacernos. Sabe que el pueblo romano no se deja vencer en beneficios: la fuerza de sus armas ya la conoces.»

Iugurta, receloso de esta negociacion, empleó todos sus artificios para inutilizarla, y lo consiguió por algun tiempo; pero Boco, cansado de la guerra, resolvió terminarla, y envió embajadores á Roma para saber á qué condiciones podria

reconciliarse con la república.

El senado respondió que se olvidaria lo pasado, y que Roma le concederia su amistad y alianza cuando la hubiese merecido.

Boco escribió al cónsul que deseaba tener otra plática con Syla, y este vino á su corte con algunos oficiales romanos. Encontró en el camino un cuerpo de caballería maura á las órdenes de Vólux, hijo de Boco; sabiendo que Iugurta estaba cercano con sus tropas, creyó que se le hacia traicion, y se preparó al combate prefiriendo una muerte cierta, pero gloriosa, á la ignominia del cautiverio.

Vólux se adelanta á hablarle, hace protestas de que está inocente, y le asegura que ignoraba el movimiento de Iugurta; añadiendo que el numida tenia pocas fuerzas; que no se habia puesto en marcha sino por inquietud, y que fundando sus esperanzas solo en la proteccion de Boco, no se atreveria á cometer á su vista un atentado contra la persona del embajador romano; en fin, propone á Syla que vaya solo con él á hablar á su padre. El intrépido cuestor se resuelve á ello: y Iugurta, admirado de su audacia, le deja atravesar su campo, y se contenta con enviar sus ajentes para que espien las operaciones del rey de Mauritania.

Este, vacilando entre el parentesco que lo ligaba con el rey de Numidia, y el temor que Roma le causaba, no tenia que elejir sino traiciones, y dudaba si pondria á Iugurta en poder de los romanos, ó á Syla en poder de Iugurta.

En la conferencia pública solo se trató de la paz jeneral; pero á la noche hablaron secretamente Syla y Boco. El rey, incierto y falaz como todos los príncipes débiles, pidió al principio que Roma le permitiese quedarse neutral entre ella y Iugurta. Mas no pudo lograrlo: Syla le amenazaba por una parte con la pérdida de su trono si no se declaraba enteramente á favor de la república, y por otra le ofrecia la alianza de Roma y una parte de la Numidia si entregaba á Iugurta.

Boco, impelido por el miedo y retenido por la vergüenza, cedió en fin á la astucia y elocuencia de Syla, y envió á decir al numida, que habia llegado el momento favorable para hacer la paz á condiciones onrosas, y que debia apresurarse á venir á la negociacion.

Iugurta deseaba con ánsia el fin de la guerra, pero dudando

de la sinceridad de los romanos, respondió que ecsijia se le entregase á Syla como reen, porque desconfiaba de Mario. El pérfido mauro lo prometió, y engañó con sus protestaciones al rey de Numidia y á sus ajentes.

El dia señalado para la conferencia, avanzó Iugurta al frente de sus tropas. Boco, socolor de onrarle, salió á su encuentro con algunos oficiales, y se detuvo detrás de una eminencia donde habia puesto una celada.

El príncipe numida, no observando ninguna cosa que pudiera darle recelo, se separa de su tropa, y se acerca al rey seguido de algunos amigos. Unos y otros estaban sin armas, segun el convenio hecho anteriormente; pero apenas se acercó Iugurta adonde estaba Boco, á una señal se levantan los de la emboscada, lo rodean, matan á sus compañeros, lo encadenan y lo entregan á Syla, que marchó con él al campamento de Mario.

Invasion de los cimbros y teutones.—(A. M. 3897.— A. C. 107.) Cuando el cónsul y su cuestor, en vez de imitar las virtudes y jenerosidad de los Camilos y Fabricios, terminaban por la traicion la guerra de Numidia, se hallaba consternada la Italia con la noticia de haber sido completamente derrotadas sus lejiones por los bárbaros del setentrion. Los cimbros, orijinarios de la península que hoy se llama Jutlandia, atravesaron la Jermania y las Galias, y aniquilaron los ejércitos romanos mandados por Cepion y Manlio. Este desastre aterraba á Roma; y el pueblo sabiendo que la Numidia estaba sometida y Iugurta preso, nombró cónsul á Mario por la segunda vez, aunque estaba ausente, y le dió por provincia la Galia. Cuando llegó á Roma recibió los onores del triunfo.

Muerte de Iugurta.—Iugurta seguia su carro oprimido de hierros. El senado, abusando de su victoria, le condenó á morir de ambre. Sus crímenes eran dignos del último suplicio; pero Roma no tenia sobre él mas derecho que el de la fuerza. El verdugo rompió sus vestidos y le metió desnudo en un calabozo, donde la muerte no terminó su padecer hasta el sétimo dia, el año 647 de Roma.

Los cimbros se habian reunido en su invasion con los teutones, pueblos orijinarios de las islas del Báltico, y con otras naciones jermanas. Este torrente devastador, que derribaba todos los ostáculos, amenazaba pasar

los Alpes. Ya habian perecido ochenta mil romanos ó aliados en muchos combates, en que el valor selvático de aquellos guerreros habia triunfado de la táctica italiana. Antes de penetrar en Italia, atravesaron la Aquitania, pasaron los Pirineos y talaron la España. Mario, en lugar de atacarlos en este pais, quiso esperarlos á su vuelta á las Galias, creyendo sin duda que seria mas fácil vencerlos despues de tan largas marchas y viniendo cargados de botin. Para prepararse á esta lucha peligrosa, siguiendo el ejemplo de los Scipiones y de Paulo Emilio, restableció la disciplina: ejercitó las lejiones sin cesar, y para despertarlas de la ociosidad, que afemina el alma y el cuerpo, los hizo trabajar en la reparacion de los caminos y en la construccion de los puentes. Las bocas del Ródano estaban entonces llenas de arena y légamo. Mario apartó el curso de este rio abriendo un canal que se llamó *Fossa Mariana*.

BATALLA DE ACUAS SEXTIAS.—(A. M. 3890.—A. C. 104.) Los cimbros volvieron pronto á las Galias, y los de Tolosa se reunieron á ellos. Mario les presentó batalla y los derrotó. En la accion Syla, su lugarteniente, se distinguió por su valor é hizo prisionero á Copilo, rey de los tolosanos. Despues de esta victoria, el cónsul, para debilitar á los cimbros, habia resuelto prolongar la guerra. Pero los bárbaros se dividieron en tres cuerpos con el objeto de penetrar en Italia mas fácilmente. Mario, que seguia todos sus movimientos, alcanzó la mas fuerte de las tres columnas junto á Acuas Sextias. El número de los bárbaros era prodijioso, y el cónsul hubiera querido evitar el combate; pero la falta de víveres y de agua le obligó á aceptarlo. La batalla duró dos dias: el jenio de Mario, la habilidad de sus movimientos y el valor de los romanos, triunfaron de la fogosidad impetuosa y de la resistencia ostinada de los enemigos. Les mató doscientos mil hombres, é hizo noventa mil prisioneros, contándose entre estos su rey Teutoboco. Este ejército se componia casi enteramente de teutones y ambrones. Los bárbaros, que huian de los romanos vencedores, perecian á manos de sus mujeres, las cuales les echaban en cara su cobardía, y los mataban si no querian volver al combate.

BATALLA DE VERCELAS.—(A. M. 3891.—A. C. 101.) Los cimbros ignoraban la derrota de los aliados, y pasaron los Alpes á pe-

sar de los ostáculos que les oponia la aspereza de las montañas y el rigor del invierno. No buscaban camino, sino se cubrian con pieles, y arrojándose desde lo alto de los montes, resvalaban sobre la nieve hasta el llano.

El procónsul Cátulo quiso en vano detenerlos en las orillas del Adije: pasaron este rio, y el jeneral romano, no pudiendo traer sus soldados al combate ni impedirles la fuga, hizo marchar una bandera delante de ellos para dar á aquel desórden la apariencia de una retirada.

Los romanos nombraron á Mario cónsul por la quinta vez; y él se apresuró á reunir sus lejiones con las de Cátulo. Los cimbros, que continuaban avanzando, le enviaron embajadores para pedirle que se les cediesen tierras en Italia para ellos y para sus hermanos. «¿Qué hermanos? preguntó Mario.»—Los teutones.—«Ya las tienen, y no »las perderán nunca.» Los cimbros que no comprendian el sentido de estas palabras, le amenazaron con su venganza y la de los teutones cuando llegasen. «Están aquí, les respondió Mario, y podeis saludarlos.» Y les mostró los príncipes teutones encadenados. Los bárbaros, enfurecidos, le desafiaron y le dijeron que señalase dia para la batalla: Mario lo señaló.

Cuando llegó salieron entrambos ejércitos de sus campamentos. Mario dió á Cátulo el mando del centro y colocó sus propias lejiones en las alas. Intentó atacar al enemigo por el flanco por adquirir solo el onor de la victoria; pero poco faltó para que no tuviese parte alguna en ella: porque un viento furioso levantó remolinos de polvo que oscurecian el aire. Mario perdió el camino, se alejó, sin conocerlo, del enemigo á quien deseaba acometer, y no volvió hasta muy tarde al campo de batalla.

El coraje de los bárbaros luchó largo tiempo contra la disciplina romana; pero al fin fueron rodeados, derrotados y destruidos. Sus mujeres, tan intrépidas como las de los teutones, defendieron con valor los carros que rodeaban su campamento, reprendian á los fujitivos y los obligaban á combatir. Cuando perdieron toda esperanza de salvacion, degollaron sus hijos y se dieron todas de puñaladas para libertarse de los ultrajes y del cautiverio. Perecieron en esta jornada ciento cuarenta mil cimbros, galos y jermanos, y quedaron prisioneros sesenta mil. Esta accion gloriosa terminó la

guerra que habia comenzado doce años antes, y le adquirió á Mario el título de tercer fundador de Roma. Un solo triunfo recompensó sus tres victorias. Los romanos, siempre supersticiosos, contaban que cuando Mario iba al combate, volaban dos buitres sobre su cabeza.

La república, condenada por la suerte á no gozar un momento de reposo, vió comenzar poco despues las disensiones sangrientas, que iban á destrozar su seno por largo tiempo. Mario, acusado ya de actos arbitrarios la tercer vez que fué cónsul, decia que el ruido de las armas no le dejaba oir la voz de las leyes: y con su conducta tiránica y cruel probó bastantemente que solo habia sido amigo de la plebe por dominar, y acusador de los grandes por envidia. Saturnino, su amigo y cómplice, fué destituido de la cuestura de Ostia por sus prevaricaciones, á pesar de los esfuerzos de Mario para defenderle; este para vengarse de los patricios, hizo que se le elijiese tribuno del pueblo. Saturnino, ejerció su destino mas bien como faccioso que como majistrado, y se sirvió de su poder para satisfacer su codicia.

Metélo, que era censor entonces, quiso echarle del senado, pero en vano: porque Mario lo sostenia con todo su poder; mas bien por odio á Metélo que por amistad al tribuno. Concluido el año del tribunado quiso que se le reelijiese; pero Nonnio, hombre querido á un mismo tiempo del pueblo y de los senadores, le quitaba muchos votos. Saturnino se libertó de este rival por medio de un crímen y lo hizo asesinar. Desde que empezó su segundo tribunado, adulando al pueblo para tener en él un apoyo contra los grandes, propuso un edicto que daba á los plebeyos las tierras conquistadas por Mario en las Galias. El senado, oprimido por los facciosos, juró que cumpliria esta ley; pero Metélo se negó á hacer el juramento, y buscó en Smirna un asilo para sustraerse á la venganza de Mario y de su tribuno.

El destierro de tan gran ciudadano era una ignominia para Roma, y el pueblo conservaba aun bastante virtud para conocerlo: así, se le restituyó á su patria poco despues. Mario tuvo entonces por conveniente alejarse de la capital, corrió el Asia, y visitó á Mitridates, rey del Ponto, que era entonces el monarca mas afamado del Oriente. Fué recibido con distincion por

aquel rey belicoso; y algunos historiadoros dicen que alagó su orgullo y escitó su ambicion, ya con el designio de tenerlo por aliado, ya con la esperanza de pelear contra él y conquistar el Asia. «Solo te quedan dos me»dios, le decia, para conservar »y aumentar tu poder: ó ser mas »fuerte que los romanos, ó so»meterte á ellos enteramente.»

Odio entre Syla y Mario. — Cuando volvió á Roma se enemistó con Syla, el cual le causó desgracias mas crueles que las que él habia causado á Metélo. Ya habia tiempo que su lugarteniente ofendia su orgullo atribuyéndose con esclusion la gloria de haber terminado la guerra numídica prendiendo á Iugurta. El anillo que servia de sello á Syla, era una piedra grabada, que representaba al príncipe numida encadenado y puesto en su poder por el rey de los mauros. Boco aumentó el enojo de Mario, enviando á Roma para el templo de Júpiter Capitolino. un grupo de estátuas de oro en memoria del mismo suceso. Desde entonces Mario juró la ruina de Syla. La guerra social, que estalló poco despues, retardó los efectos de su odio, el cual produjo á la república todos los orrores de la anarquía y del despotismo. Mario acababa de entrar en su sesto consulado. Saturnino, elejido tribuno por la tercera vez, queria darle por coléga á Glaucias, que era de su partido. Era competidor de este Memmio, hombre muy estimado: el tribuno, habituado á los crímenes, hizo que le diesen de puñaladas. Este homícidio escitó la indignacion jeneral. Saturnino, citado en juicio, fiaba en la proteccion de Mario; pero el cónsul, temeroso del odio público, abandonó al mismo amigo que sus consejos habian escitado á entrar en el camino de la perdicion. Sin embargo, el tribuno, sostenido por un partido numeroso, opuso la fuerza á la justicia: y el senado tuvo que emplear la fórmula usada en semejantes ocasiones. Mario, encargado de preservar á la república de todo detrimento, atacó á los rebeldes y los obligó á refujiarse al Capitolio. Ellos esperaban siempre que no castigaria con mucho rigor un delito cometido en favor suyo, y quizá por sus órdenes; pero su esperanza fué vana: Mario permitió á los caballeros romanos que los matasen.

Guerra social.—(A. M. 3911. —A. C. 93.) Poco despues se levantó contra Roma una tempes-

tad que puso en peligro, no solo su gloria, mas tambien su ecsistencia. Druso, tribuno del pueblo, no atreviéndose á combatir directamente las usurpaciones del partido de la plebe, creyó conveniente para lograr su intento y restituir al senado una parte de sus antiguos derechos, proponer una ley que parecia tan popular como justa. Los caballeros eran dueños de los tribunales: propuso que se les diesen las plazas vacantes en el senado, y que despues se elijiesen de este cuerpo los jueces.

Cepion, coléga suyo, se opuso con veemencia á este proyecto: declamó, como los Gracos, contra el orgullo y corrupcion, y acusó de malversacion á muchos de sus miembros. Druso, perseverando en su empresa, trató de asegurar su logro ganando el afecto del pueblo. Para esto pidió la ejecucion rigorosa de la ley agraria: y temiendo ofender á los aliados de Italia si no entraban en el repartimiento, presentó una nueva ley, por la cual se les concedian los privilejios y derechos de ciudadanos romanos. El senado se opuso á ella, juzgando con razon que el derecho de ciudadanía iba á envilecerse prodigándolo, y que el pueblo romano perderia su esplendor y majestad, si ponia al nivel suyo tantas naciones estranjeras.

Los aliados que se hallaban en Roma, sostenian con todas sus fuerzas la proposicion de Druso: y las pasiones, inflamadas con esta disputa, fueron tan violentas, que algunos estranjeros insultaron é hirieron al cónsul Filipo, impugnador acérrimo de esta ley.

Druso, viendo que no podia vencer la oposicion al edicto de repartimiento, queria á lo menos que se adoptase el de naturalizacion; pero un dia, al volver del foro, fué asesinado á la puerta de su casa. Esta violencia, atribuida al senado, no quedó impune.

Los pueblos aliados, que eran entonces la principal fuerza de los ejércitos romanos, llevaban á mal ser inferiores en derechos á los ciudadanos de la capital. Los Gracos les habian prometido la ciudadanía: Druso acababa de despertar sus esperanzas. Tenian muchos partidarios en Roma; pero su ausilio les era inútil, porque los caballeros romanos mataban ó desterraban á los que se atrevian á hablar en su favor.

Las ciudades italianas declamaban violentamente contra la

ingratitud de Roma, que se habia engrandecido por sus armas y les negaba la recompensa debida á sus servicios. Esasperadas por la muerte de Druso, hicieron alianza y se enviaron reenes.

Los primeros pueblos que tomaron las armas fueron los lucanos, los apulos, los marsos, los peliguos y los samnitas. Su conspiracion fué tan secreta que no se supo en Roma en ocasion oportuna para impedirla. El procónsul Servilio, que estaba junto á Neápolis, informado de algunos movimientos ostiles de los habitantes de Asculo, marchó á contenerlos; pero se arrojaron sobre él y lo asesinaron; y lo mismo hicieron con los demás romanos que habitaban en la ciudad.

Despues de este alzamiento la confederacion declaró públicamente sus designios, y envió al senado una memoria que contenia sus quejas y peticiones. El senado respondió que «con las »armas no se conseguian favores »de Roma, sino con el arrepen»timiento y la sumision.» Los diputados se retiraron y comenzó la guerra. Escepto la de Aníbal, no sostuvieron los romanos otra mas activa, sangrienta ni peligrosa: porque no combatian contra los bárbaros, sino contra los que antes habian militado bajo sus banderas. El vacío que dejaron en los ejércitos tantos oficiales y soldados, obligaron á alistrar á los libertos. Esta guerra se llamó *social*. En la primer campaña fueron vencidos en muchas acciones los jenerales romanos. En la siguiente dieron muerte los marsos en una emboscada al cónsul Rutilio. El espectáculo de su cadáver y de otros muchos guerreros distinguidos, causó en Roma tal consternacion en el pueblo, que el senado dió un decreto para que se enterrasen en el sitio donde estaba el ejército, todos los que muriesen en una accion. Cepion, sucesor de Rutilio, cometió los mismos yeros, y tuvo el mismo fin.

El peligro crecia, y el senado resolvió confiar á Mario el mando del ejército. La edad, sin haber suavizado el carácter feroz de este hombre, habia disminuido su audáci. y actividad. No obstante, contuvo los ímpetus del enemigo, limitándose contra su costumbre á la defensiva. Pompeyo Silon, uno de los jenerales mas acreditados del enemigo, le escribió que si era tan gran jeneral como se decia, saliese de sus líneas y entrase en batalla.

Mario le respondió: «Si eres tan »hábil como crees, oblígame á »salir del campamento y á com»batir.» Terminó su campaña con una victoria; pero Syla, que servia bajo sus órdenes, consiguió triunfos mas brillantes y decisivos. Lo que salvó á Roma fué la division de los aliados: pues á haber perseverado en su union, hubieran oprimido á los romanos; pero separando sus tropas para defender cada uno su pais, fueron sucesivamente vencidos. La fortuna de Roma quiso que todos los pueblos, dentro y fuera de Italia, cometiesen el mismo yerro. Al año siguiente, bajo el consulado de Pompeyo, padre del grande y de Porcio Caton, el senado concedió la ciudadanía á los pueblos de Italia que no habian tomado las armas contra Roma. Esta medida afirmó la fidelidad de los pacíficos é introdujo el arrepentimiento en los rebeldes.

Muerte de Caton.—Caton consiguió muchos triunfos, y envanecido con ellos, se atrevia á compararse á Mario. Mario el jóven, zeloso de la gloria de su padre, y tirano como él, se acercó al cónsul en el momento que acometia á los marsos, y lo asesinó infamemente. Pompeyo ganó una batalla contra los picentinos, y se apoderó de Asculo, cuyos habitantes mandó azotar y degollar. Venció despues á los marsos, matándoles diezíocho mil hombres. Syla venció dos veces á los samnitas y se apoderó de su campamento. Atribuyósele el onor de haber terminado esta guerra tan funesta á entrambos partidos, que segun Veleyo Patérculo, perecieron en ella trescientos mil de los mas valientes guerreros de Roma é Italia. Los rebeldes se sometieron, y el senado mostrándose jeneroso despues de la victoria, les concedió la ciudadanía.

Guerra de Mitridates, y guerra civil entre Syla y Mario.—(A. M. 3914. A. C. 90.) Syla obtuvo el consulado el año 662 de Roma. La tranquilidad, que produjo la terminacion de la guerra social, no duró mucho tiempo. Mitridates, rey del Ponto, airado contra los romanos que le habian quitado la Frijia, arrojó del Asia menor las tropas que la guarnecian y ultrajó y mató indignamente al pretor Aquilio, su prisionero.

El senado le declaró la guerra, y dió al cónsul Syla el mando del ejército contra el rey del Ponto. Mario habia empleado poco antes medios violentos para arrancar del templo de Júpiter

las estátuas enviadas por Boco para consagrar la gloria de Syla, pero sin conseguir su intencion. Viendo aora á Syla encargado de la guerra del Asia, no pudo enfrenar su resentimiento. Resuelto á apoderarse de la autoridad que le negaban, y no limitándose ya á alimentar el odio del pueblo contra el senado, pagó tres mil satélites, y los puso á las órdenes de Sulpicio, tribuno de la plebe, el mas atrevido de los facciosos y el mas adicto al partido de Mario. Sulpicio llamaba á aquella tropa su antisenado; y se valia de sus puñales para asesinar á los que le deservian. Sostenido por semejante canalla, abrió en el foro una secretaría, donde recibió el precio del derecho de ciudadano, que vendia desvergonzadamente á los libertos y estanjeros. Un hijo de Pompeyo, colége de Syla, fué asesinado en una sedicion: Syla quiso reprimir los desórdenes, y lo echaron de la plaza pública. Perseguido y obligado para salvar su vida á refujiarse en casa de Mario, éste le prometió la seguridad, pero á condicion que le cediese el mando del ejército de Asia.

El pueblo, escitado y engañado por Sulpicio, anuló los decretos de' senado y dió á Mario el mando de aquel ejército; pero ya Syla era dueño de él: apenas llegó al campamento, sus soldados degollaron á los oficiales del partido de Mario, y este hizo lo mismo en Roma con los amigos de Syla. Desde este momento no es posible escribir sino con sangre la historia de la república, mas célebre en otro tiempo por sus virtudes que por sus victorias.

El senado, deseando, aunque inútilmente, impedir los males que amenazaban á la ciudad, envió á Bruto y á Servilio á tratar de la paz con Syla. Los soldados furiosos maltratan y despojan á estos diputados y los echan del campamento. Syla estaba incierto si marcharia ó no contra Roma; pero se cuenta que habiendo visto en un sueño á Belona dejar un rayo entre sus manos, dió parte de su vision al ejército y marchó rápidamente hasta las puertas de la capital. El pueblo, enfurecido contra el senado, hace cortaduras en las calles, y arroja desde lo alto de las casas piedras y flechas contra los soldados de Syla. Mario combate al frente de sus partidarios, y arma los esclavos para aumentar sus fuerzas; pero el ejército triunfa de aquella muchedumbre mas propia para las faccio-

nes que para las batallas. Syla se hace dueño de la ciudad y Mario evita la muerte huyendo. Pocos dias antes habia salvado la vida de Syla: este, mas implacable, le hizo condenar á muerte y puso su cabeza en precio. Sulpicio, vendido por un esclavo, fué descubierto y asesinado. El pueblo sufria con indignacion el yugo del vencedor: Syla, para apaciguarlo, consintió que se nombrase cónsul á Cinna, uno de los jefes del partido popular; mas le hizo jurar que abrazaria su causa y le seria fiel: juramento prestado por la ambicion, y quebrantado poco despues por la perfidia. Cinna citó á juicio al vencedor; y el altivo Syla, desdeñándose de responder, le dejó arengar al pueblo á todo su placer, salió de Roma y tomó el mando del ejército, seguro de que si el odio le acusaba, aun cuando la justicia le condenase, seria absuelto por la victoria.

Mitridates se habia apoderado de Grecia, y Atenas seguia su partido. Syla entregó al saqueo las ciudades y templos de aquel desgraciado pais. El espíritu de faccion, que habia destruido la disciplina del ejército, hacia que los jenerales para ganar el afecto de las tropas les permitiesen todo jénero de escesos. Syla conoció la necesidad de restablecer el órden y volver á la autoridad su vigor. Estaba acampado cerca de Elatea y tenia al frente el ejército de Mitridates mandado por Arquelao; y su inmenso número, compuesto de todas las naciones del Oriente, aterraba á los romanos. En vano Syla se empeñó en hacerlos salir del campamento: ni las burlas ni aun los insultos del enemigo consiguieron moverlos. El procónsul tomó el partido de someterlos á trabajos tan rudos y penosos, que prefirieron en fin los peligros á la fatiga y pidieron á gritos la batalla.

Los enemigos sitiaban á Queronea; Syla los siguió rápidamente, é hizo marchar á la espalda de ellos, sin que lo conociesen, un cuerpo de tropas escojidas, que los atacó de improviso. El procónsul, aprovechándose de su desórden, los acomete con sus lejiones, los derrota y hace en ellos grande carnicería. Despues erijió un trofeo en celebridad de esta jornada, y puso en las inscripciones: *Marte, Victoria y Venus*. Creia ó queria persuadir á los pueblos que Venus le favorecia particularmente, y por eso á sus nombres Lucio Cornelio Syla, añadia el de

Epafrodito. Algunas veces tomaban tambien el sobrenombre *de Felix* (feliz): y cuando Mario atribuia á su jénio sus triunfos, Syla atribuia los suyos á la fortuna. Este hábil político sabia que todos se arriman al partido de los afortunados.

Las fuerzas de Mitridates eran demasiado numerosas para ser destruidas en una sola batalla: Syla tuvo que pelear otra vez con Arquelao junto á Orcomeno; y la pelea fué muy disputada. Sus soldados, oprimidos por la multitud de los bárbaros, comenzaban á desordenarse. Syla desmonta, toma una bandera, se pone delante de los fujitivos y les dice: *Yo he resuelto morir aquí: si os preguntan en Roma qué es de vuestro jeneral, decid que le habeis abandonado en la llanura de Orcomeno*. Dicho esto se lanza enmedio de los enemigos. Las lejiones, reanimadas por su heroísmo y vergonzosas de haber aflojado, se precipitan sobre los bárbaros, los desordenan y hacen pedazos y se apoderan de su campamento.

Mientras Syla, cubriendo con laureles las llagas sangrientas de la república, parecia olvidar sus intereses personales y las amenazas de sus enemigos para atender solamente á la gloria de su patria, dominaban en el senado de Roma sus partidarios y complacian sus venganzas.

Mario, perseguido y declarado enemigo público, se habia dado á la vela; pero un viento impetuoso echó su bajel sobre la costa de Italia. Sus compañeros, cobardes ó pérfidos, viéndole tan constantemente ultrajado por la fortuna, le abandonaron en la embocadura del Liris.

El dinero prometido por su cabeza, escitaba la codicia de muchos soldados, que le buscaban por todas partes. Mario se libertó de su persecucion sumerjiéndose en un pantano, y despues fué á la cabaña de un militar viejo y pobre al cual se descubrió. El jeneroso veterano recibió con respeto en su humilde asilo á su antiguo caudillo, y despues de haberle hecho tomar algun alimento, le llevó hasta la playa, atravesando las lagunas. Sintieron en breve á los soldados que le perseguian y que venian dando gritos; el viejo dejó tendido y encubierto á Mario entre unos cañaverales y se ausentó de allí.

Todo conspiraba entonces contra aquel hombre estraordinario. Los soldados le descubrieron en el húmedo asilo donde se

habia ocultado, y le llevaron preso á Mintúrnas. En el tiempo de su prosperidad habia hecho algunos servicios á los habitantes de aquel pueblo, que amaban su nombre y respetaban su gloria; pero los majistrados, temiendo la autoridad del senado, se creyeron obligados á seguir literalmente sus órdenes. Resolviéronse, pues á dar muerte al preso: y como ninguno de los habitantes, ni aun el verdugo, quisiese manchar sus manos con la sangre de aquel ilustre proscrito, encargaron á un cimbro, que estaba entonces en Mintúrnas, aquella triste operacion.

El bárbaro recibió con alegría la comision de vengar la derrota y la ruina de sus conciudadanos. Entra con la espada en la mano en el cuarto donde descansaba el héroe que habia sido azote de su nacion. El romano se levanta y echándole una mirada terrible, le dice: «Bárbaro: ¿te »atreverás á matar á Cayo Ma»rio?» Al aspecto de aquel guerrero, que parecia aun llevar ante sí el espanto y la muerte, el cimbro aterrado deja caer el acero, y huye diciendo: «No me es »posible matar á Cayo Mario.»

Esta última victoria de un héroe desarmado, escitó la admiracion del pueblo, y se manifestó tan descubiertamente el afecto que le tenian, que los mismos majistrados, avergonzándose de su crueldad y tiranía, condujeron á Mario hasta la playa. Entregóse al mar: corrió muchas veces el riesgo de ser preso en las costas de Sicilia, y desembarcó últimamente en la de Africa, cerca de Cartago.

El pretor Sestilio, que mandaba en aquella provincia, le envió un oficial para decirle, que si no salia prontamente de su gobierno, se veria obligado, á pesar suyo, á ejecutar las órdenes del senado y tratarle como á enemigo del pueblo romano.

Mario, despues de un momento de silencio, respondió al mensajero: *Dí á Sestilio que has visto á Cayo Mario, desterrado de Roma y sentado junto á las ruinas de Cartago.* Hiempsal, rey de Numidia, enternecido al principio de las desgracias del vencedor de Iugurta, le ofreció un asilo en su reino, y tambien á su hijo, á Cetego y á otros desterrados. Pero despues, cuando quisieron salir de sus dominios, los detuvo en ellos y parecia dispuesto á granjear la amistad de Syla con una traicion. El amor los sacó del peligro en que estaban. El jóven Mario habia seducido á una de las concubinas del

rey: y esta, que velaba por la salvacion de su amante, dió escape á él y á su padre en una barca de pescadores.

Al mismo tiempo estaba Roma despedazándose con nuevas disensiones. El senado quiso dar el mando de las lejiones de Italia á Pompeyo Rufo; pero las tropas, que amaban á su comandante Strabon, asesinaron al que iba á reemplazarle. En aquella época infeliz, no habia mas ley que la fuerza, y los ejércitos disponian del poder, anuncio el mas seguro de la ruina de un estado. Eran cónsules Cinna y Octavio: el primero, ardiente favorecedor del partido popular, propuso un decreto para la restitucion de Mario y de los desterrados: pero Octavio, mas poderoso en el senado que su colėga, le echó de Roma, le destituyó, é hizo nombrar ilegalmente en su lugar á Mérula.

Alianza de Cinna y Mario.— Cinna, resuelto á vengarse de una violencia inaudita hasta entonces, imploró el ausilio de los pueblos de Italia, los cuales le proporcionaron medios para levantar un ejército. Mario supo en Africa esta noticia: juntó algunas tropas en aquel pais, y se apoderó de cuarenta buques con los cuales pasó á Italia. Cinna, instruido de su desembarco, le envió los lictores y las demás señales de la dignidad consular. Mario no quiso recibirlas: dejó crecer sus barbas y cabello y se vistió de luto: porque sabia que recordando de este modo su infortunio y proscricion, adquiriria mas partidarios que con la pompa y esplendor de una dignidad, objeto las mas veces de la envidia y del odio.

Su esperanza no fué engañada. Los desterrados, los facciosos, los arruinados por deudas, y los que no podian restablecer sus negocios sino por la guerra civil, acudieron en tropel de todas las provincias de Italia. Reunióse con Cinna y tomó todas las plazas que servian á Roma de almacenes. Se acercó despues á la ciudad y se apoderó del Janículo. Octavio le obligó á evacuarlo; pero habiendo prometido Cinna la libertad á los esclavos que se alistasen en sus banderas, se apoderó el terror del senado: y temiendo una rebelion por los síntomas que observaba en el pueblo, envió diputados á Mario y á Cinna, y les ofreció la paz con tal que jurasen no ejercer ninguna venganza. Antes de responder á esta proposicion, Cinna ecsijió que se le restituyese la dignidad consular,

y la obtuvo. Como le instasen á hacer el juramento ecsijido, se negó á ello y se contentó con asegurar que no seria causa de la muerte de ningun ciudadano. Mario estaba en pie junto á él, silencioso y triste: su aire sombrío y sus miradas feroces manifestaban el furor concentrado. Obligado en fin á hablar, dijo que si se creia útil su presencia en Roma, consentia en volver á ella; pero que habiendo sido proscrito por un decreto, era necesario otro para restablecerle en sus derechos: y en cuanto á lo demás, que estando acostumbrado á respetar las leyes aun las mas injustas, podian estar ciertos sus conciudadanos de que no quebrantaria ninguna mientras no las hubiese mejores. El desórden que habia en la ciudad obligó á los diputados á contentarse con estas respuestas equívocas, y se hizo la paz.

Venganza de mario.—Mario entró en Roma como en una ciudad tomada por asalto. Los vandidos que le acompañaban, obedeciendo á una señal de aquel hombre feroz, degollaron sin piedad á los ciudadanos mas virtuosos. Dieron muerte al pretor Ancario, solo porque Mario no respondiendo á su saludo, habia manifestado no estar contento de él. El célebre orador Marco Antonio, uno de los mas nobles ornamentos de la tribuna de Roma, fué muerto en esta proscricion. Cátulo, varon ilustre y que habia sido coléga de Mario, intercedió por él. Mario respondió con frialdad: «Es fuerza »que muera.»

Perecieron todos los amigos de Syla que no pudieron escaparse. Estos vencedores, llevando la venganza mas allá de la muerte, negaban la sepultura á sus víctimas, y se complacian en ver á los buitres cebarse en sus cadáveres.

El senado, oprimido y diezmado, declaró á Syla enemigo de la república, su casa fué demolida, sus bienes vendidos, y no se perdonó á ninguno de sus amigos. Cátulo y Mérula, citados en juicio por haber ejercido las funciones de cónsul despues de la destitucion de Cinna, se libraron del suplicio por medio de una muerte voluntaria. Mario fué elejido cónsul por la sétima vez: el pueblo contaba que siendo niño, se habian visto siete águilas volando sobre su cabeza; y que un agorero, esplicando el presajio, dijo que ascenderia siete veces al poder supremo.

Muerte de mario.—Este viejo ambicioso y cruel, oprimido

por la edad y los pesares, envidioso de la gloria de Syla, y temiendo su vuelta, no podia gozar un momento de reposo. De dia ajitaba el furor su alma: por la noche, la sangre que habia derramado, pesaba sobre su corazon, y turbaba su descanso con sueños orrorosos. Queriendo libertarse de imájenes tan lúgubres, se entregó, contra su costumbre, á los banquetes y á la crápula, cayó enfermo y murió. Mario, hábil jeneral é intrépido guerrero, mal ciudadano, y tan célebre por sus azañas como por sus delitos, llegó en sus últimos dias á ser tan odioso al pueblo romano, como fué querido en su juventud. Fué el primero que ensayó en Roma la tiranía. Su último consulado no duró mas que diezisiete dias, y murió de edad de setenta años. Su hijo heredó sus vicios y su crueldad, pero no su gloria.

El pueblo dió el consulado á Cinna y á Carbon, que armaron la Italia y alistaron toda su juventud para completar las lejiones. Entretanto Syla, proscrito en Roma, estendia con sus victorias la gloria de su patria. Metéla, su esposa, escapó de la proscricion, se reunió con su marido en Grecia, y le informó que habian jurado su ruina, robado sus riquezas y vendido sus tierras. Arquelao, al saber estas mudanzas creyó favorable la ocasion para recobrar con negociaciones lo que habia perdido por la suerte de las armas. Pidió una conferencia á Syla, y le propuso unirse con Mitridates, el cual le daria ausilios para vengarse de su ingrata patria. Syla, sin responder á esta proposicion, le ecsortó á rebelarse contra el rey del Ponto, ofreciéndole sus armas para usurpar el trono. Arquelao orrorizado, desechó esta propuesta: «Y ¿qué, le replicó »Syla, tú, siervo de un rey bár»baro tienes onor para avergon»zarte de una perfidia, y vienes »á proponerla á un lugartenien»te del pueblo romano, á Syla? »Acuérdate que hablas á quien »te auyentó de Queronea, cuan»do mandabas ciento veinte mil »guerreros, y te obligó despues »á esconderte en las lagunas de »Orcomeno.»

Rota la conferencia, Syla continuó el curso de sus victorias y echó á los bárbaros de Grecia. Su escuadra batió á la del rey, y pasando al Asia concluyó la paz con Arquelao, y obligó á Mitridates á ratificarla. Cuéntase que habiéndole pedido aquel altivo monarca una conferencia en la Troada, se acercó á

él, y sin hablarle le presentó la mano. Syla, sin alargar la suya, le preguntó: «¿Consientes en el »tratado que he hecho con Ar»quelao?» El rey vacilaba en responder, y Syla prosiguió: «Mira »que los que piden la paz son »los que han de hablar: el ven»cedor debe callar y oir las sú»plicas.» Mitridates declaró que ratificaba el tratado, y Syla lo abrazó y lo reconcilió con los reyes de Bitinia y Capadocia. Estos dos príncipes, que habian sido destronados por Mitridates, dijeron al jeneral romano «¿có»mo perdonaba á un príncipe »que habia hecho asesinar en el »Asia ciento cincuenta mil ita»lianos?» Pero la situacion de Syla, el armamento de Italia contra él, y la cercanía de las lejiones de Fimbria, jeneral del partido de Mario, que mandaba en el Asia menor, le imposibilitaban arruinar enteramente á Mitridates. Se contentó pues con quitarle en el tratado las conquistas que habia hecho en Asia y Grecia, obligarle á pagar los gastos de la guerra y encerrarle dentro de sus estados. Libre de la guerra estranjera, atendió á la civil y marchó contra Fimbria, mas no tuvo que pelear con él: las lejiones de aquel jeneral lo abandonaron, y él se dió la muerte. Syla volvió á Grecia y puso sitio á Atenas, de la cual se apoderó por asalto, diciendo con menosprecio á los oradores atenienses que venia á castigar rebeldes y no á escuchar arengas. Sin embargo despues de haber desmantelado la ciudad, le volvió sus leyes y se inició en los misterios eleusinos. En Atenas descubrió las obras de Aristóteles y de Teofrasto, y enriqueció con ellas su patria. Envió al senado cartas amenazadoras, dándole cuenta de sus azañas, enumerando sus quejas, anunciando su venganza, y prometiendo perdonar solo á los ciudadanos virtuosos y pacíficos. El senado, libre de la tiranía de Mario, y obedeciendo á otro nuevo temor, proibió á los cónsules continuar el armamento, mas no fué obedecido.

Muerte de Cinna.—Cinna hizo embarcar sus tropas para hacer la guerra á Syla en el continente de Grecia; pero habiendo vuelto á entrar en Brundusio á causa de una tempestad, los soldados se declararon contra la guerra civil y no quisieron volver al mar. Cinna acudió para apaciguar el motin: su presencia lo irritó en lugar de calmarlo, y queriendo castigar á los rebeldes se arrojaron á él y lo mataron.

Entretanto Syla desembarcaba en Italia, donde habia quince ejércitos formados contra él. Los primeros que atacó fueron los que mandaban Mario el jóven y Norbano, y los derrotó matándoles seis mil hombres. En las *memorias* escritas por él y dedicadas á Lúculo, dice que este suceso decidió su destino, pues si no hubiera vencido, todo su ejército, que empezaba á disgustarse de la guerra civil, se habria desbandado y entregádole indefenso al furor de sus enemigos.

Carbon quiso reconciliarse con Syla, mas este desechó sus proposiciones. Scipion y Norbano, nuevos cónsules, Carbon y Mario hicieron los mayores esfuerzos contra Syla; pero se vió con sorpresa á Cetego, partidario de Mario, seguir la causa de su enemigo, ejemplo muy comun en tiempos de facciones, en los cuales pierden su fuerza los vínculos de la humanidad, el interés borra los principios de justicia, y la ambicion triunfa de los demás afectos.

El ejército de Scipion, abandonando á su jefe, cedió á las promesas y amenazas del vencedor de Mitridates, y se pasó á sus banderas. El mismo cónsul fué arrestado; pero Syla le concedió jenerosamente la libertad. Carbon, admirando á pesar suyo el valor y los ardides de Syla, decia que habia en él un leon y una raposa, y que la raposa hacia mas estragos que el leon.

Syla, ya por superstícion, ya por política, hablaba con respeto de los presajios, y miraba los sueños como avisos de la divinidad. Cuando desembarcó en Italia la tierra se abrió junto á Brundusio, y salió una llama viva y clara que se lanzó al cielo. Los augures, esplicando este fenómeno, dijeron que un hombre grande y rubio se apoderaria de la autoridad y daria la paz á la república. Syla tenia rubios los cabellos, y aplicándose este oráculo, aumentó el ánimo de su ejército.

Norbano fué vencido otra vez por un jeneral de Syla, y no atreviéndose á fiar en la jenerosidad de este, huyó. Los ejércitos de Syla y de Carbon hacian en Italia los estragos mas orrorosos: todas las ciudades, divididas en las dos facciones, fueron teatros sangrientos de homicidios y latrocinios. Al año siguiente Pompeyo, Craso, Metélo y Servilio, jenerales del venturoso Syla, esperimentaron como él los favores de la fortuna. Metélo derrotó completamente á Norbano, que se dió la muer-

te: Pompeyo venció á Marcio, lugarteniente de los cónsules: Syla encontró á Mario el jóven junto á Signa, le dió batalla, le mató veinte mil hombres, y le persiguió con tanto furor que lo obligó á encerrarse en Preneste.

Venganza del jóven Mario.— Enfurecido Mario, no queriendo que el partido de la nobleza se regocijase de su infortunio, escribió á Bruto que hiciese matar á todos los que por temor abandonasen su causa: esta órden atroz se ejecutó. Metélo derrotó el ejército de Carbon, el cual desaminado por este revés y por la desercion de una parte de sus tropas, se escapó al Africa, aunque tenia todavia bajo sus órdenes un cuerpo de treinta mil hombres.

Entrada de Syla en Roma.— Syla, despues de haber derrotado á Mario, entró sin ostáculos en Roma, y al principio limitó su venganza á confiscar los bienes de los fujitivos. Habiendo dejado guarnicion en la capital, marchó á Preneste, que tenia sitiada, contra un ejército de samnitas ausiliares de Mario; pero durante su marcha Telesino, jeneral de los samnitas, se presentó inopinadamente á las puertas de Roma, con gran terror de los habitantes. Apio Claudio, al frente de unos pocos soldados, defendia la entrada con mas valor que esperanza. Syla acude con una parte de su ejército, y aunque inferior en número se atreve á dar batalla á aquellos antiguos y temibles enemigos de la república. A pesar de todos sus esfuerzos los samnitas desbaratan el ala izquierda donde él mandaba: envuelto por los contrarios, invocó á Apolo Délfico, del cual llevaba siempre una imájen de oro, reune sus soldados, y redobla su valor y pertinacia, aunque en vano, porque al fin se vió obligado á buscar su salvacion en la fuga. En el momento que se creia perdido y sin recursos, sabe con admiracion que Craso, comandante de su ala derecha, acababa de derrotar á los enemigos y de conseguir una victoria completa. Syla, furioso por el peligro que habia corrido, mandó degollar tres mil prisioneros y echar á la plaza de Preneste las cabezas de los jenerales Marcio y Carino. Los habitantes de la ciudad, consternados por la derrota de los samnitas, y desesperando de ser socorridos, se rebelan contra su jeneral y se entregan á Lúculo. Mario se dió de puñaladas: su cabeza fué enviada á Roma, y

Syla mandó clavarla en la tribuna de las arengas.

MUERTE DEL CÓNSUL CARBON. —Entretanto Carbon habia reunido tropas en Africa, é hizo un desembarco en Sicilia, donde fué derrotado por Pompeyo, y perseguido en la mar hasta Corcira. Allí fué hecho prisionero: Pompeyo, estraviado por los furores y por el odio, tristes efectos de las guerras civiles, ultrajó á este cónsul, le mandó matar y envió su cabeza á Syla.

Este caudillo, dueño de Roma, no disimuló ya sus furores, y declaró ante el pueblo que queria recompensar dignamente á los que le habian sido fieles; pero que se vengaria de todos los que le habian ofendido. Mas cruel que Mario y mas implacable, inundó de sangre la ciudad. Sus listas de proscricion, dictadas no menos por la codicia que por el odio, se aumentaban de dia en dia. En el campo de Marte degolló una vez ocho mil ciudadanos. Era delito capital haber servido en las banderas de Mario, y haber obedecido á los cónsules ó á sus jenerales. La amistad y aun la compasion de los proscritos era castigada con la muerte. La independencia, el onor y la humanidad, conducian al suplicio: la sospecha valia tanto como la conviccion: la queja era un crímen. La posesion de una heredad fértil, de una bella casa, ó de una alquería productiva, era tambien castigada; porque Syla, frio en sus violencias y profundo en sus crueldades, mataba para confiscar, y enriquecia á sus oficiales, partidarios y soldados con los despojos de sus enemigos, y aun de los que se habian mantenido neutrales en las disensiones. Por este medio se aseguraba el apoyo constante de los ejércitos, y un inmenso partido cómplice ya de sus venganzas, y tan interesado como él en sostener su poder y sus decretos. Las mismas escenas de latrocinios y asesinatos se repetian en todas las ciudades de Italia. La codicia, la delacion y el puñal perseguian constantemente á sus víctimas. Syla, temiendo que se le escapasen algunos proscritos, puso precio á sus cabezas y amenazó con la muerte á los que les diesen asilo. Hubo tambien de aquellos suplicios que son mas orribles que la muerte: el que merece mas atencion fué el de Marco Mario, pariente de Mario el viejo, y cuyo mayor delito era ser querido del pueblo. Le azotaron con varas por todas las calles de Roma: le llevaron despues mas allá del

Tíber, en donde los satélites de Syla le cortaron las manos y las orejas, le arrancaron la lengua, le rompieron todos los huesos, asistiendo el mismo Syla á este espectáculo; y habiendo advertido alguna demostracion de lástima en un hombre que veia estas crueldades, le hizo matar allí mismo. Los hombres mas perversos lograban el favor de Syla cometiendo crímenes.

CRIMENES DE CATILINA.—Catilina habia asesinado á su propio hermano, y suplicó á Syla que para disimular este delito incluyese al muerto en la lista de proscricion. Pagó despues este orrible favor dando de puñaladas á un enemigo de Syla y trayéndole la cabeza: concluida la espedicion lavó sus manos ensangrentadas en el agua lustral del templo de Apolo. La avaricia sacrificó mas víctimas que el rencor. Se acusaba y degollaba á los inocentes para conseguir premios. Aurelio, ciudadano pacífico y ajeno de los partidos, viendo su nombre en la lista fatal esclamó: «¡Ay triste! mi casa de Alba me proscribe» y algunos momentos despues fué asesinado. Enmedio de aquella soberbia capital, dominadora del mundo y esclava de un tirano sanguinario, algunos ciudadanos arrostraron la muerte con valor, y mostraron vestijios de la antigua libertad. Aufidio se atrevió á representar á Syla que si queria reinar en Roma no debia matar á todos sus habitantes. Metélo añadió: «Si no quieres perdonar á ninguno de los condenados, da por lo menos seguridad á los que no has de proscribir, y no ignore ningun romano si le toca vivir ó perecer.» Caton, destinado á morir mas tarde por la causa de la libertad, tenia á la sazon no mas que catorce años; y como iba algunas veces á casa de Syla, preguntó un dia á su ayo por qué se dejaba vivir á un tirano tan odioso. El ayo le respondió: «porque le temen aun mas que le aborrecen.» «Pues bien, respondió el fiero mancebo, dame una espada y verás como lo mato.» Syla, pronosticando la ambicion y el destino de Julio César, que ya era bien quisto del pueblo, pensaba en proscribirle. Sus amigos se lo disuadieron: «No aconsejais bien, les dijo Syla: las costumbres afeminadas y el cinto flojo de ese jóven, os ocultan su índole; pero yo veo en él solo muchos Marios.»

DICTADURA PERPETUA DE SYLA.—(A. M. 3920.—A. C. 84.) Habiendo perecido en la guerra los

dos cónsules Mario y Carbon, Syla salió de la ciudad, é hizo que el senado, segun la costumbre antigua, nombrase un interey. Fué elejido Valerio Flaco; y fiel á las instruciones que habia recibido, representó á los senadores la necesidad de crear un dictador para restablecer el órden en la república, y al mismo tiempo opinó que no se pusiese coto á su poder. Syla, designado por el interey, ofreció al senado sus servicios. Los senadores no atreviéndose á reusarlos, y creyendo hallar en las formas electivas un vestijio de libertad, elijieron al dichoso Syla dictador por todo el tiempo que le pareciese. El año 668 de Roma fué cuando esta ciudad, victoriosa de los reyes, recibió el yugo de un tirano.

Las turbulencias de la república estaban apaciguadas; pero el remedio violento que Syla empleó para curarlas, sumerjió á Roma en la consternacion, y su inmovilidad era la de los sepulcros. Las crueldades de Mario, Cinna, Carbon, Syla y sus lugartenientes aterraban todos los ánimos. La invasion de Brenno y Annibal no habian costado tanta sangre á la Italia, y los vencedores temblaban como los vencidos; porque se acordaban de que Sertorio, no encontrando modo de sujetar á los seis mil soldados con que Mario habia entrado en Roma, le persuadió que los cercase y matase á flechazos. Se orrorizaban todos pensando en aquellos dias funestos en que ultrajados los nombres mas santos, delataban los hijos á los padres, y las mujeres sin onor á los maridos, y pedian á los verdugos el vil salario de su crímen. En aquel tiempo de delirio y orror en que la naturaleza estraviada no reconoce sus vínculos sino despues de haberlos roto, se vió á un hermano matar á otro en la batalla, y darse la muerte sobre su cadáver cuando le conoció. El senado temblaba á la vista del dictador, recordando el dia en que oyéndose un ruido espantoso que turbaba las deliberaciones, dijo Syla con serenidad: «No os inquieteis »por esos gritos: son unos mise»rables que he mandado casti»gar.» Y aquellos terribles jemidos eran de ocho mil prisioneros degollados por órden suya. El pueblo no podia confiar en la fuerza de las leyes contra un hombre que habiendo hecho asesinar arbitrariamente á un senador, candidato del consulado, y á uno de sus jenerales que tomó á Preneste, no dió mas dis-

culpa de estos crímenes que decir: «Los he muerto porque me »resistieron.» Tampoco habia que esperar asilo en los templos: el pontífice Mérula habia sido degollado al pie de los altares de Júpiter; y su destino estuvo vacante setenta y siete años. Roma llevaba luto por noventa senadores, quince consulares, y dos mil seiscientos caballeros: las últimas proscriciones parecieron mas espantosas, porque en lugar de ser una efervescencia popular, servian al triunfo y á la venganza del partido de los grandes contra el del pueblo; y asi fueron mas largas, mas sistematizadas, mas cubiertas con la máscara del órden y de la justicia, y se estendieron no solo á la vida de los proscritos, sino tambien á su onor. Así produjeron resentimientos mas durables: y los grandes mismos, que despues de adquirido el poder se lo disputaron unos á otros, se vieron obligados á buscar fuerzas en el mismo pueblo que habian despreciado y oprimido. Las venganzas de Syla tuvieron por un triste privilejio los dos caractéres de los partidos que dividian la república: fueron feroces como las del pueblo, y prolongadas como las de la aristocrácia. Nadie manchó con delitos mas grandes, acciones mas ilustres. Sin embargo, era tal el cansancio de los romanos y la necesidad del reposo, que Syla, poniendo fin á sus crueldades, pareció conservar la confianza del senado, el respeto del pueblo y el favor del ejército. Es verdad que ya no quedaba á Roma mas asilo que la monárquía que restableciese el equilibrio entre la nobleza y la plebe, destruido por la corrupcion de las costumbres. Pero esta misma corrupcion hizo que el poder viniese á parar no en manos de reyes, sino de déspotas militares; porque las fiebres políticas podian curarse, mas no la gangrena moral que habia disuelto enteramente los vínculos de la sociedad humana.

Retrato de Syla.—El carácter de Syla presenta una mezcla inconcebible de cualidades y vicios, de grandeza y de pequeñez. Pocos hombres de jénio le igualaron en osadía: pocos espíritus vulgares tuvieron mas supersticion. Un sueño bastaba para aterrar á este ambicioso que acometia sin temor á Roma, capital del mundo. Vivió mucho tiempo entregado á las letras y á los placeres, modesto en sus victorias, suave con sus iguales, sometido á sus jefes, familiar con sus inferiores; pero cuando se

vió proscrito por Mario, la pérdida de sus bienes, el asesinato de sus amigos, y el deseo de la venganza, mudaron repentinamente sus costumbres. En Atenas y Roma, manifestó muchas veces la ferocidad grosera de un cimbro. Conservaba no ostante algunos vestijios de sus primeros hábitos y de sus virtudes anteriores; y así debió parecer á los romanos el mas caprichoso de los hombres. Unas veces llegaba su arrogancia hasta ser insolente: otras su afabilidad se parecia á la adulacion. Un dia perdonaba los delitos mas graves; y al siguiente castigaba con el último suplicio las faltas mas lijeras. Jeneroso con Scipion le da libertad: implacable con Mario el jóven, le ultraja aun despues de muerto. Pompeyo, al cual reusaba el triunfo, le insulta y le dice: «El pueblo está mas »dispuesto á adorar al sol na»ciente, que al que se pone.» Syla, mas admirado que ofendido de su osadía, dijo: «Pues bien: »una vez que este jóven quiere »triunfar, que triunfe.» Pocos dias despues mandó matar á Ofela, porque contra su voluntad solicitaba el consulado.

Este guerrero, tan altivo con el senado, tan duro para el pueblo, tan inaccesible á la piedad y al temor, no podia resistir al ascendiente que habia tomado sobre él su esposa Metéla. Ella sola podia triunfar de su orgullo y de su rencor. Los romanos no conseguian de Syla ningun favor ni clemencia sino por la intercesion de su esposa. Cuando estaba moribunda, su marido, cediendo á la supersticion y temiendo que un cadáver mancillase su casa, la hizo transportar á otro alojamiento; pero habiendo muerto Metéla, manifestó la mas violenta desesperacion, y le prodigó las espresiones del mayor dolor y ternura.

Habiendo llegado al poder supremo, recompensó la complacencia servil de Valerio Flaco nombrándole jeneral de la caballería. Queriendo despues consolar á Roma de la dependencia en que estaba, ofreciéndole alguna imájen de la antigua libertad, hizo que el pueblo nombrase cónsules á Marco Tulio Décula y á Cneyo Cornelio Dolabela.

Su gobierno.—Las leyes que publicó, tuvieron por objeto el mantenimiento del órden y de la autoridad del senado, y la abolicion de los privilejios que se habia abrogado el pueblo. Renovó la proibicion de solicitar el consulado antes de haber sido pretor, y estableció el intersticio de

diez años entre dos consulados de una misma persona. Completó los colejios sacerdotales: introdujo trescientos caballeros en el senado: quitó á los tribunos de la plebe los derechos que habian usurpado, y limitó sus funciones á la de protejer como antiguamente los intereses del pueblo. Estendiendo su poder á todo el imperio, ecsijió tributo de las provincias conquistadas, de las ciudades, pueblos y reyes aliados. En Roma dió la dignidad y derechos de ciudadano á diez mil libertos; y estendió esta medida á todas las ciudades de Italia para tener en ellas un partido seguro. Estos nuevos ciudadanos tomaron todos el nombre de Cornelio. Todas las tierras que pertenecian al fisco por las proscriciones, fueron distribuidas á los veteranos que habian conquistado bajo sus banderas la Grecia, el Asia y á Roma. Para lisonjear el orgullo de esta capital, despojada por él de la libertad, estendió su recinto, reedificó el Capitolio que se habia quemado durante la guerra civil, é hizo buscar por todo el imperio copias de los libros sibilinos consumidos en aquel incendio.

Para destruir las reliquias del partido de Mario en cualquiera parte que se arraigasen, envió al Africa á Pompeyo contra Domicio Enobarbo, yerno de Cinna, cuyas fuerzas se habian aumentado con la alianza de Juba, rey de Numidia. Pompeyo, en solo cuarenta dias, destruyó el ejército de Domicio, batió á Juba y conquistó la Numidia, cuyo trono dió á Hiempasal. Syla le llamó á Italia: sus soldados querian detenerle, mas él obedeció al dictador. Este, contento con su sumision, le dió el título de grande, que conservó despues. Entonces fué cuando obtuvo, ó por mejor decir, arrancó los onores del triunfo.

Su consulado.—Syla, ejerciendo siempre el poder absoluto, hizo que le nombrasen cónsul con Metélo. Despreciando insolentemente la opinion pública, sostituia muchas veces en el tribunal sus caprichos á las leyes, y concedia las rentas de una ciudad y aun de una provincia á histriones y mujeres de mala reputacion. Un mal poeta le dedicó un dia sus obras: el dictador le hizo un regalo magnífico y le mandó que no volviese á escribir versos.

Primera defensa de Ciceron.—En su consulado Roscio fué citado en juicio por Crisógono, que habiendo asesinado al padre

de aquel, le habia hecho poner en la lista de los proscritos, y aora queria apoderarse de su herencia. Ciceron se presentó por la vez primera en la tribuna, y defendió con valor la causa del heredero del proscrito en presencia del proscritor. Su brillante elocuencia escitó la admiracion jeneral, y anunció á los romanos un grande hombre. Despues de este principio glorioso, pasó á Atenas á perfeccionar su talento. Apolonio Molon, uno de los mas célebres oradores de Grecia, habiéndole oido, meditaba tristemente y no le aplaudia. Ciceron le preguntó la causa de su silencio, y Apolonio le respondió suspirando: «Admiro á la »verdad tu discurso; pero me las»tima la suerte de mi patria. »Solo le quedaba la gloria de la »elocuencia, y tú vas á quitár»sela y á trasportarla á Roma.» Ciceron era del órden de los caballeros: nació el mismo año que Pompeyo, que fué el 647 de Roma. Mientras que Syla procuraba consolar á la república, dándole algun reposo, de los males que le habian hecho sufrir tantas guerras estranjeras y civiles, su lugarteniente Murena, que mandaba en Asia, impelido de su ambicion, volvió á comenzar, sin estar autorizado para ello, la guerra con Mitridates, tomando por pretesto que aquel príncipe aumentaba su ejército y se negaba á restituir algunas ciudades de Capadocia. Hubo una batalla, en la cual estuvo indecisa la victoria: porque la pérdida de ambos ejércitos fué igual, y uno y otro se retiraron á un mismo tiempo del lugar donde se dió la accion. Syla, para abatir el orgullo de Mitridates que se atribuia la victoria, hizo que se concediese el triunfo á Murena; pero al mismo tiempo le dió órden de que suspendiese las ostilidades.

Uno de los actos mas absolutos del dictador fué el decreto que hizo aprobar por el senado y el pueblo, y que ratificó todos los que él habia dado antes y despues de su dictadura. Ciceron niega justamente el nombre de ley á este edicto despótico, que consagraba tantas atrocidades y hacia cómplice de ellas al pueblo romano.

Todavia habia quedado en aquel corazon fiero y ambicioso lugar para el amor, pues se apoderó de él una mujer jóven llamada Valeria, hermana del célebre orador Hortensio. Valeria se habia separado algunos dias antes de su marido, sin que por el divorcio padeciese su reputa-

cion. Era viva, festiva y sin duda algo desenvuelta: por esto fijó la irresolucion de Syla con un arbitrio que pasaria por una libertad en nuestras costumbres: cuéntase que mientras el tirano estaba atento á un espectáculo, fué ella como resbalándose hasta poder poner lijeramente la mano sobre su espalda, y arrancando un pelo de su ropa, se volvió prontamente á su asiento. El dictador volvió airado la cabeza y procurando descubrir el fin de aquella familiaridad, le dijo Valeria en tono gracioso: «Esto, señor »no ha sido por faltaros al respe»to, sino por participar de vues»tra fortuna.» Y desde entonces se creyó que en tomando alguna cosa que fuese de una persona feliz, podia traer la felicidad. La accion, la dulzura de la voz, y las gracias de Valeria hicieron tanta impresion en Syla, que hallándose viudo entonces de su mujer Metéla, la tomó por esposa.

ABDICACION DE SYLA.—Parecia probable que un hombre que habia derramado tanta sangre para conquistar el poder supremo, no le dejase sino con la vida: porque nadie se atreve á descender de un trono fundado por crímenes. El pueblo, acostumbrado al yugo, ofrecia al dictador el tercer consulado: pero con grande admiracion de Roma y del mundo, Syla lo reusó, abdicó la dictadura y declaró que viviria en lo sucesivo como un simple ciudadano. Su jénio ardiente y soberbio no hallaba un alimento digno de sí en los cuidados de una administracion pacífica. No tenia mérito para él la potencia sin peligros: y no habiendo ya qué conquistar ni á quién proscribir, cualquiera otra ocupacion le parecia insípida y vulgar. Su retirada, mas atrevida que sus victorias, mostró que estaba muy fastidiado de los hombres para gustar de gobernarlos: y que los despreciaba demasiado para temerlos. Cuando bajó de la tribuna y se retiraba á su casa, un jóven le dijo palabras afrentosas. «Tu imprudencia, le respondió »Syla con frialdad, hará que o»tro dictador no abdique.» Si nos admiramos al ver este hombre feroz, precedido poco antes de veinticuatro segures que inspiraban miedo, pasearse sin poder ni terror por la ciudad que habia inundado de sangre, y entregarse desarmado á la venganza de las numerosas familias sumerjidas por él en el luto y la miseria, se disminuye esta sorpresa recordando la inmensa can-

tidad de cómplices que habia adquirido por las confiscaciones: los partidarios que logró en el senado restableciendo los privilejios de este cuerpo, la adesion de los *Cornelios* que le debian su ecsistencia, y el afecto de los veteranos, vencedores bajo sus órdenes y enriquecidos por sus beneficios. Acometer á Syla hubiera sido acometer á todos, y su interés le formaba una guardia perpétua para la seguridad de su persona y el mantenimiento de sus leyes. El partido de los descontentos, numeroso, pero sin poder, se vengó de sus males verdaderos con chanzas inútiles. Daba á su autoridad absoluta, revestida con las formas republicanas, el nombre de *monarquía negativa y de tiranía confesada*.

Syla, despues de su abdicacion, consagró á Hércules la décima parte de sus bienes, y dió una gran fiesta, en la cual convidó todo el pueblo á un banquete. La profusion fué tan grande, que hubo que arrojar al Tíber una gran cantidad de comestibles sobrantes. No teniendo ya ambicion sino para sus hijos, les dió los sobrenombres de Fausto y Fausta, creyendo que con esto serian tan afortunados como él.

Muerte de Syla. — (A. M. 3921.—A. C. 80.) Alejado de los negocios y retirado á Cúmas, se entregó á los placeres, quizá para libertarse de los remordimientos, y terminó su carrera como Mario, entre los escesos de la intemperancia. Dos dias antes de morir, escribia sus *memorias* (1); pero siempre supersticioso, dijo que su mujer Metéla se le habia aparecido en sueños y avisádole que se reuniria pronto con ella. En un movimiento de enfado se le reventó un asceso que tenia en las entrañas y murió á la edad de sesenta y dos años.

Su sombra pareció que queria renovar las discordias civiles, porque sus ecsequias dieron motivo á una violenta disputa entre los cónsules.

Lépido queria que se le enterrase sin pompa y que se aboliesen sus decretos. Cátulo, sostenido por Pompeyo, ganó la votacion en el senado; y segun el decreto que propuso, el cadáver del dictador, vestido de la ropa triunfal, llevado sobre un lecho de oro y precedido de veinticuatro lictores, corrió la Italia, venerado de todos los pueblos, y vino á Roma á recibir los últimos onores.

(1) Año de Roma 675.

Todos los soldados que habian militado á sus órdenes, acompañaron el cuerpo: las vestales, los pontífices, el senado, los caballeros, y mucha parte del pueblo le salieron á recibir. Se cantaron á coro sus alabanzas, y su pira se erijió en el campo de Marte. En tiempo de Plutarco se conservaba su sepulcro en el mismo campo con este epitafio, compuesto, segun se decia, por él mismo:

Aquí descansa Syla. Nadie le escedió en hacer bien á sus amigos y mal á sus enemigos.

Este hombre, tan célebre por sus crímenes como por sus azañas, se mostró en su juventud digno de los bellos siglos de Roma (1). En otras circunstancias, no se hubieran conocido sino sus virtudes: las discordias civiles desenvolvieron sus vicios. La impunidad de sus escesos y el mantenimiento de sus actos aun despues de su abdicacion, enseñaron á los ambiciosos que Roma podia sufrir un tirano. Todas sus empresas, coronadas por la fortuna, le adquirieron el nombre de *Felíz*, desmentido por su abdicacion, su fastidio del mando, su triste fin y sus remordimientos.

(1) No olvidemos la traicion infame de que se valió para apoderarse de Iugurta.

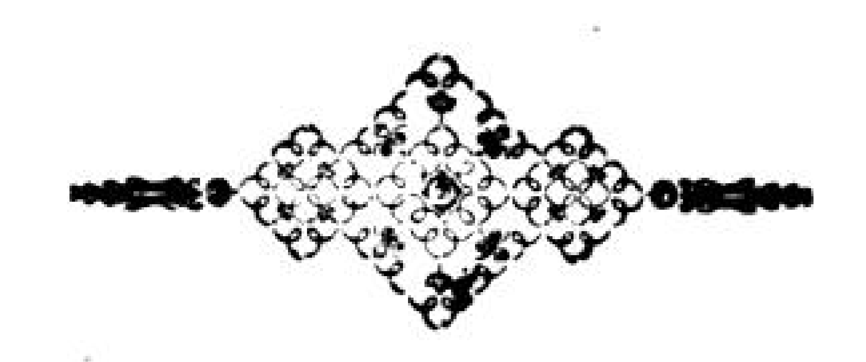
Aun humeaban sus cenizas cuando el cónsul Lépido, no desalentado por su primer revés, emprendió reanimar la faccion popular, llamar á los desterrados, restituir los bienes confiscados á las familias de los proscritos y comenzar de nuevo las turbulencias civiles. Era mas ambicioso que hábil, é incapaz de llevar á cábo una empresa tan vasta que parecia justa por ser en defensa de los oprimidos; pero que envenenaba las heridas en lugar de curarlas, como todas las reacciones políticas: y como dice Floro, la república semejaba entonces á los enfermos que mueren cuando se vuelven á abrir sus llagas, que no pueden sufrir ningun remedio violento, y solo sienten la necesidad de descanso.

Cátulo, apoyado por un gran número de senadores, se oponia con actividad á los proyectos de Lépido, que tenia en su favor la muchedumbre y el partido de Mario. De las discusiones se pasaba á las amenazas, y ya venian á las manos. El senado, receloso de nuevas turbulencias, conjuró á los cónsules que no volviesen á destrozar la patria, esausta por tan largos infortunios. Ce-

dieron por el momento á su voz, suspendieron sus debates y sacaron las provincias á la suerte. Lépido marchó á la suya que fué la Galia. Llamado á la capital poco tiempo despues, en lugar de venir solo como debiera, avanzó en Italia al frente de su ejército con el designio de obligar á los comicios á que le nombrasen cónsul segunda vez. El senado difirió la eleccion, y encargó al interey Apio Claudio y al procónsul Cátulo, que velasen por la seguridad de la república.

Cátulo, sostenido por Pompeyo, marchó contra Lépido, le venció en batalla campal, y le obligó á retirarse á Etruria. Despues de la derrota de Lépido, fueron nombrados cónsules Decimo Bruto y Marco Emilio. Pompeyo, lugarteniente de los cónsules, penetró en la Galia Cisalpina, venció á Marco Bruto, lugarteniente de Lépido, le obligó á encerrarse en Mutina y despues á rendirse, y mandó cortarle la cabeza.

Cátulo dió batalla en Etruria á Lépido: este peleó con tanto valor, que hubiera ganado la victoria, á no acudir Pompeyo en socorro del procónsul. Lépido, vencido, se retiró á Cerdeña. Concedióse una amnistía completa, y Roma conoció que Syla no ecsistia ya.



CAPITULO XI.

SUMARIO.

Pompeyo encargado de la guerra contra Sertorio. — Guerra civil entre Metélo y Sertorio. — Victoria de Metélo en Andalucía. — Turbulencias en Roma. — Revolucion en España. — Muerte de Sertorio. — Castigo y muerte de Perpenna. — Segunda guerra de Mitridates. — Azañas del jóven Caton de Utica. — Pretura de Marco Craso. — Derrota y muerte de Spartaco. — Retrato de Lúculo. — Derrota de Mitridates. — Batalla entre Lúculo y Tigranes. — Derrota de Tigranes. — Sedicion en el ejército de Lúculo. — Vuelta y muerte de Lúculo en Roma. — Retrato de Pompeyo. — Sus azañas. — Su diestra política. — Su guerra con los corsarios de Sicilia. — Guerra entre Pompeyo y Mitridates. — Vida de Mitridates — Nuevas azañas de Pompeyo. — Traicion de Stratónica. — Reduccion de la Siria á provincia romana. — Conjuracion de Rulo y Catilina. — Retrato de Ciceron. — Sus obras. — Su acusacion contra Verres. — Destierro de Verres. — Edilidad de Ciceron. — Ceguedad de Ciceron contra Catilina. — Defensa de Ciceron por Oton. — Conjuracion de Catilina. — Retrato de Catilina. — Sus primeros crímenes. — Sus satélites. — Su esclusion del consulado. — Su complot con Autronio y Cneyo Pison. — Su arenga á los conjurados. — Juramento terrible. — Complot descubierto. — Crímenes de la cortesana Sempronia. — Complot contra Ciceron. — Osadía de Catilina en el senado. — Arenga de Ciceron á Catilina. — Defensa de Catilina. — Sus preparativos ostiles. — Discurso de César en el senado. — Réplica de Caton. — Derrota y muerte de Catilina. — Ciceron nombrado padre de la patria. — Triunfo de Pompeyo.

POMPEYO ENCARGADO DE LA GUERRA CONTRA SERTORIO. — (A. M. 3927. — A. C. 77.) Pompeyo, que contaba mas victorias que años, habia triunfado en Sicilia, en Africa y en Italia, de la faccion de Mario, sin haber obtenido todavia ninguna de las dignidades que daban derecho para mandar los ejércitos. Su mérito era su título, y la gloria se habia anticipado en él á la fortuna. En esta época, el partido de Mario, abatido en las demás pro-

vincias, solo mostraba fuerza y vida en España, donde Sertorio le sostenia con denuedo y victorias que causaban en Roma grande inquietud. Habia vencido uno despues de otro á todos los jenerales que se habian enviado contra él: y el mismo Metélo, á pesar de su larga esperiencia en el arte de la guerra, cedia al jénio de aquel gran caudillo. En estas críticas circunstancias juzgó el senado que solo Pompeyo podria oponerse con probabilidad de buen écsito á tan temible adversario.

Sertorio, firme en sus designios, rápido en sus operaciones, fecundo en recursos, esento de temor en los peligros y de orgullo en la prosperidad, habia adquirido tanta reputacion por sus virtudes como por sus talentos. Este romano, no manchado por ningun vicio, digno de los tiempos antiguos, y fuera de su sitio en un siglo de corrupcion, se encontró por la fuerza de las circunstancias arrastrado á las discordias civiles, é ilustró su partido con azañas sin participar de sus furores ni de sus crímenes. Era natural de Sabinia: se distinguió en la profesion de orador por su elocuencia, y en la guerra contra los cimbros por su valor. Habiendo aprendido la lengua de aquellos bárbaros, se introdujo en sus campamentos, reconoció su posicion, dió informe de ella á Mario y contribuyó en gran manera á sus victorias. Perdió un ojo en una accion, y se consolaba diciendo que aquella señal onorífica era mas notable y permanente que ninguna otra. Vuelto á Roma solicitó el tribunado, y Syla impidió que lo consiguiese: desde entonces se unió invariablemente al partido de Mario. Partícipe de su gloria y no de sus escesos, le manifestó su orror á las proscriciones y le persuadió que acabase con los seis mil bandidos que habian inundado la ciudad de sangre. Despues de la muerte de Mario, viendo la poca union que habia entre sus lugartenientes, de los cuales unos cometian yerros militares y eran vencidos, otros dejaban sobornar y corromper sus ejércitos, pronosticó la ruina de todos, y se retiró á España con mil hombres resueltos á morir por él. Los españoles, despreciando su corto número, no solo se negaron á pagarle las contribuciones ordinarias, sino ecsijieron además que pagase la subsistencia y alojamiento suyo y de sus tropas. Los romanos que le seguian no podian habituarse

á esta injuria hecha á un procónsul, y querian que no pagase. Sertorio, riéndose de una vanidad tan inoportuna, les dijo: «Dejadme que los satisfaga; así »gano tiempo, cosa que no hay »dinero con que pagarla, cuando »se meditan grandes empresas.» No pudiendo reunir fuerzas bastante considerables contra Annio, encargado por Roma de aniquilar su partido en España, y que ya habia vencido á su lugarteniente Salinator al pie de los Pirineos, cedió por algun tiempo á la fortuna de Syla, y se embarcó para el Africa. Sostuvo en ella la gloria que habia adquirido; restableció en el trono á Ascalio, que era perseguido por una faccion, y le ayudó á conseguir grandes victorias de los príncipes vecinos, enemigos suyos. El triunfo completo de Syla, su poder absoluto, sus venganzas crueles y la bajeza de los romanos en sufrir su tiranía, llenaron de indignacion el espíritu altivo é independiente de Sertorio. Cansado de los caprichos de la fortuna, irritado de la inconstancia de la muchedumbre y avergonzado de su patria, resolvió alejarse de la escena del mundo y retirarse á las islas Afortunadas, donde esperaba hallar, segun las relaciones de los viajeros, habitantes sencillos y afectuosos, campos fértiles, costumbres puras, invariable paz y primavera eterna; pero habia nacido para la ambicion y la gloria, y el amor del retiro se debilitó bien pronto en su corazon. Los lusitanos imploraron su socorro para defender la independencia de su pais contra los lugartenientes de Syla: Sertorio no podia negarse á pelear por una causa tan noble que le ofrecia esperanzas de reanimar su partido. Tan osado como Viriato, y mas hábil en la ciencia de la guerra, juntó en breve un poderoso ejército, compuesto de los romanos refujiados en España, y de una multitud inmensa de guerreros de diversas naciones. Valiéndose ya de la fuerza, ya de la astucia, vió todas sus empresas coronadas de un écsito feliz. Obligó á Annio á evacuar la Lusitania, y estendiéndose por la península, venció á todos los jenerales que se atrevieron á acometerle. Su mansedumbre y justicia le ganaron el amor de los pueblos. Los patricios y caballeros romanos proscritos por Syla, acudian de todas partes á buscar bajo su proteccion un asilo inviolable, la imájen de la libertad y la esperanza de vengarse. Así bajo sus tiendas ecsistia un

senado independiente contra el senado esclavo de Syla. Estaba rodeado de cónsules, pretores, cuestores y tribunos, y parecia que Roma entera se habia trasplantado á su campamento. Al mismo tiempo que los romanos hallaban la independencia bajo sus banderas, los españoles, sometidos á sus órdenes, asegurados por su valor, armados y disciplinados por un jeneral tan hábil, le amaban como á padre y le respetaban como á rey. Sertorio, que poseia el arte de manejar los ánimos, se aprovechó de la superstícion de los pueblos para darles mas confianza y aumentar su partido; y les persuadió que conferenciaba con los dioses y recibia de ellos consejos por medio de una cierva blanca que habia domesticado y le seguia aun entre el bullicio de los campamentos.

Guerra civil entre Metelo y Sertorio.—Metélo, á quien el senado encargó pelear contra este gran capitan, empleó inútilmente su valor y esperiencia. No sabia pelear con sus lejiones armadas completamente sino en batalla campal. Sertorio, mas jóven, activo y astuto, tenia pocas tropas regladas y muchos guerreros valientes y dispuestos; pero que no sabian la táctica romana. Evitó, pues, con habilidad toda accion decisiva, y aprovechándose de la aspereza de los lugares, del conocimiento del terreno, del afecto de los habitantes y de la lijereza de sus tropas, apresaba todos los convoyes, ponia emboscadas, se presentaba y desaparecia como un relámpago, huia en el momento que Metélo pensaba haberlo cojido, y caía sobre él cuando le suponia muy lejos. Así debilitaba las fuerzas romanas sin comprometer las suyas, y Metélo era vencido por su enemigo sin haber logrado combatir con él. Un refuerzo inesperado mudó de repente la posicion y los planes de Sertorio. Perpenna llegó á España con las lejiones que habian escapado de la derrota de Lépido. Este patricio, orgulloso por su nacimiento, creyó que la Lusitania y aun toda la España, y las tropas del partido de Mario le darian el mando jeneral: pero sus propios soldados, prefiriendo la gloria á la altivez y el mérito al nacimiento, le obligaron á reunirse con Sertorio y á someterse á él: con lo cual hallándose este capitan al frente de un verdadero ejército, marchó contra Metélo y le venció en varios reencuentros. Mitridates le envió entonces una em-

bajada ofreciéndole su alianza y socorros poderosos, con tal que le dejase señor del Asia. El jeneral romano tenia mas virtud que ambicion, y no podia preferir el bien momentáneo de su partido á los intereses de la patria. Respondió, pues, no como un desterrado, sino como un cónsul, que aceptaria la alianza si el rey se contentaba con la Bitinia y la Capadocia, que nunca habian pertenecido á Roma; pero que si no seria su enemigo; pues él peleaba para realzar la gloria y la libertad de la república, no para disminuir su poder. Esta respuesta noble y jenerosa aumentó la estimacion de Mitridates á Sertorio, y el tratado se hizo como queria este jeneral.

Cuando su gloria y prosperidad habian llegado á colmo, Pompeyo, á quien se habia dado el título de procónsul, desembarcó en España con un nuevo ejército. Su primer combate no fué dichoso; porque yendo á socorrer á Laurona que estaba sitiada, Sertorio lo venció y se apoderó de la plaza. Despues de la victoria, una mujer española arrancó los ojos á un soldado que quiso ultrajarla: la coorte á que pertenecia el soldado, se disponia á vengarle, porque toda ella no solo aprobaba aquel insulto, sino cometia diariamente otros semejantes. Sertorio lo supo, y condenó á muerte los soldados de un cuerpo tan indisciplinado, lo que no solo afirmó el buen órden en las tropas sino tambien aumentó el afecto que le tenian los españoles.

Victoria de Metelo en Andalucia.—Metélo, mas feliz contra los lugartenientes de Sertorio que contra este, consiguió en la Bética una gran victoria de Lucio Hirtuleyo, que para vengar este revés, acometió de nuevo al enemigo y fué muerto. Los ejércitos de Pompeyo y Sertorio se encontraron una vez junto á Sucrona, ciudad de los edetanos. La victoria se disputó por mucho tiempo. Afranio derrotó el ala derecha de Sertorio y la persiguió hasta su campamento; pero Sertorio, vencedor con su ala izquierda, obligó á Pompeyo á retirarse, se arrojó despues sobre Afranio y lo derrotó. Enmedio del tumulto de esta batalla, desapareció la cierva de Sertorio, lo que fué mirado como un agüero siniestro. Un soldado la trajo por la noche y Sertorio la ocultó. Al dia siguiente reunió el ejército y declaró que en un sueño se le habia prometido por los dioses la res-

titucion de la cierva querida. Apenas habia pronunciado estas palabras, se presentó el animal, corrió á él, y se echó á sus pies. Este ardid disipó el terror de los lusitanos, los confirmó en su supersticion y reanimó su valor. Sertorio perseguia á Pompeyo; pero sabiendo que se le habia reunido Metélo, se retiró diciendo: «Si no hubiera llegado »esa *vieja*, yo hubiera enviado »el *niño* á Roma bien azotado.» Metélo llamaba á Sertorio «*el* »*fujitivo de Syla*, escapado del »naufrajio de Carbon.» Así eternizan las facciones sus odios, esacerbándolos con el menosprecio.

Metélo y Pompeyo obligaron en fin á Sertorio á arriesgar una accion jeneral: despues de una batalla larga y disputada, Pompeyo cedió y Sertorio venció á Metélo, que recibió una herida y estuvo á pique de caer prisionero: mas sus tropas reanimadas por el peligro de su jeneral, se arrojaron furiosamente sobre los sertorianos y los desbarataron. Los de Pompeyo, alentados con este suceso volvieron al combate y le quitaron la victoria á Sertorio. Este se vió obligado á retirarse. Metélo mancilló su último triunfo con el orgullo y la crueldad. Hizo que le rindiesen los onores divinos en las ciudades de España y puso en precio la cabeza de Sertorio, esperando vencerlo, como dice Plutarco, mas bien por traicion que con las armas.

Turbulencias en roma. — Mientras pasaban en España estas cosas, la turbulencia de los tribunos producia en Roma nuevas alteraciones. Sicínio, uno de ellos, solicitaba que se restituyesen al tribunado sus privilejios: el cónsul Curion lo hizo matar; pero al año siguiente el pueblo, alborotado por causa de la carestía, obligó al cónsul Aurelio Cota á abolir la ley de Syla, que escluia de todas las dignidades á los que hubiesen sido tribunos. Al mismo tiempo acometió á la república un nuevo enemigo muy formidable, porque habiéndose hecho dueño de todos los mares, interceptaba los convoyes y esponia la capital del mundo al azote del ambre. Los cilicios que habitaban en las costas del Asia Menor, un pais montuoso y casi impenetrable, se hicieron temibles á todos los pueblos por sus piraterías. Aumentaron sus fuerzas dando asilo á los piratas de las demás naciones que se acojian á ellos. Sus barcos numerosos y lijeros, se presentaban en los mares, destruian

el comercio é infestaban las playas. Ciceron, que entonces era cuestor en Sicilia, libertó á Roma de la carestía, enviando un gran convoy de granos, que felizmente se escapó de manos de los piratas. A su vuelta de aquella isla, en la cual habia restablecido el órden y las leyes, se halló muy ofendida su vanidad, como él mismo cuenta injénuamente, cuando al desembarcar en Italia, conoció por las preguntas que le hacian los ciudadanos mas distinguidos, que la mayor parte de sus compatriotas ignoraba si venia de Africa, de Sicilia ó de su casa de campo. Este desengaño de su amor propio le movió á consagrarse á la profesion de orador, y se fijó en Roma con el designio de ostentar siempre sus talentos á la vista de sus conciudadanos, para quitarles la posibilidad de olvidarlo. La provincia de Macedonia fué acometida en esta época por los dardanios: el procónsul Curion los subyugó, venció á los dacios, conquistó la Mesia y penetró hasta el Danubio. Así, á pesar de las turbulencias contínuas de Roma, sus armas victoriosas rechazaban en todas partes á sus enemigos. Parece que la fortuna hizo á los romanos invulnerables para los bárbaros, é incapaces de ser vencidos sino por sí mismos.

Revolucion en España. — En España continuaba siempre la guerra civil; pero la suerte inconstante que habia elevado tanto á Sertorio, cesó repentinamente de favorecerle. Habia algun tiempo que Perpenna, envidioso de su gloria y cansado de obedecer, vejaba á los soldados con trabajos muy duros, les inflijia castigos crueles, y descontentaba á los españoles ecsijiéndoles crecidos tributos. Este pérfido, finjiendo que hacia aquellas cosas por órden de Sertorio y contra su propia voluntad, hizo aborrecible el jeneral al ejército y al pueblo. No tardaron las sediciones: Sertorio, obligado á obrar contra su carácter, ejerció rigores que produjeron su efecto ordinario, el de necesitar de otros nuevos y enajenar los ánimos de dia en dia. Poco seguro de la fidelidad de las lejiones, vacilantes ya por las intrigas de su lugarteniente, confió á los celtíberos la guardia de su persona, con lo que acabó de irritar á los romanos.

Muerte de Sertorio.— Cuando Perpenna los vió en la disposicion que deseaba, tramó una conspiracion contra la vida de Sertorio, y como uno de los con-

jurados iba por indiscrecion á descubrir el secreto, el lugarteniente se apresuró. Convidó al jeneral á un banquete: empezaron á hablar en presencia suya de un modo libertino, contrario como todos sabian, á la severidad de las costumbres de Sertorio. Indignado de aquella licencia, se recostó en el lecho volviendo la espalda á sus indignos convidados, que se arrojaron sobre él y le dieron de puñaladas.

CASTIGO Y MUERTE DE PERPENNA. —Perpenna, heredero de su poder y no de su jenio, no tardó en llevar el castigo de su traicion. Pompeyo, conociendo su temeraria incapacidad, dispersó en los campos los soldados de algunas coortes: el enemigo cayó en el lazo y diseminó tambien sus fuerzas para perseguir á los forrajeadores. Entonces Pompeyo le ataca súbitamente, destruye sin dificultad un ejército desordenado y hace prisionero á su indigno jefe. Perpenna no tenia valor para salvarse, y recurrió á una nueva perfidia. Los papeles de Sertorio estaban en su poder, y constaban de numerosas correspondencias con muchos senadores, caballeros y otros ciudadanos de todas clases, que favorecian secretamente desde Roma aquel partido. El vil Perpenna los entregó al vencedor, creyendo que con ellos compraria la vida. Pompeyo, justificando el sobrenombre de Grande que se le habia dado, aogó aquella funesta semilla de discordias y venganzas, y echó en público al fuego todos los papeles sin leerlos, onró con nobles lágrimas la memoria de Sertorio y vengó á este grande hombre, enviando al suplicio su asesino. Estos dos actos de justicia y jenerosidad atrajeron á sus banderas los soldados de la faccion vencida. Habiendo terminado la guerra de España, que habia durado diez años, Pompeyo hizo erijir en los montes Pirineos monumentos de su victoria, de los cuales quedaban algunos vestijios muchos siglos despues. El senado le concedió por segunda vez los onores del triunfo.

El mismo año Publio Servilio venció por mar á los piratas, penetró en Cilicia y se apoderó de Isaura, su ciudad principal, por lo que adquirió el sobrenombre de *Isáurico*. Vencidos los piratas, mas no subyugados, volvieron á aparecer con nuevas fuerzas, é hicieron alianza con los cretenses que los recibieron en sus puertos. Marco Antonio, hijo del orador y padre del famoso triumviro, fué enviado

contra ellos con gran armada; pero los piratas rompieron su línea, tomaron al abordaje casi todos sus buques, y colgaron á su vista á los marineros romanos con las cadenas que presuntuosamente tenia destinadas para atar á los enemigos. Este jeneral temerario y desgraciado no pudo sobrevivir al pesar de aquella derrota, que aumentó hasta lo sumo la potencia de los piratas.

SEGUNDA GUERRA DE MITRIDATES.—(A. M. 3928. A. C. 76.) Mitridates, viendo el mar casi cerrado á los romanos, y á Pompeyo y Metélo ocupados en España por las fuerzas de Sertorio su aliado, concibió esperanzas, no solo de recobrar el Asia, sino tambien de llevar el terror como Annibal al pie de las murallas de Roma, eterna enemiga de los reyes. Sus esperanzas se aumentaron cuando supo que la Italia estaba ardiendo en los furores de una guerra intestina, escitada por un esclavo tracio, que rompiendo sus hierros habia sublevado los de su clase y formado de ellos un grande ejército. Pero Roma, aunque habia perdido sus costumbres conservaba todavia su valor: su poblacion guerrera acudia á todos los peligros, y en estas circunstancias críticas terminó la guerra de España por medio de Pompeyo, contuvo á los galos con firmeza, luchó en Italia contra Spartaco, mantuvo la Grecia bajo su yugo y envió contra Mitridates un ejército poderoso mandado por Lúculo. El senado trató al principio con desprecio la rebelion de los esclavos; pero Spartaco, jefe de ellos, le desengañó en breve. Este tracio, igual en talentos á los mas grandes capitanes de Roma, se escapó de las cárceles de Cápua con doscientos compañeros, destinados como él á servir de espectáculo al pueblo y á parecer como gladiadores, complaciendo la curiosidad sanguinaria de una plebe ociosa y cruel. Spartaco se acampó en el Vesuvio con su pequeño escuadron, y favorecido por la astucia de su mujer, que se finjia inspirada y tenia fama de adivina, proclamó la libertad de todos los esclavos, y aumentó su tropa con los de Campania. Al frente de ellos derrotó á Apio Claudio Pulcer, que venia á acometerle con tres mil hombres. Otro pretor, llamado Vatinio se le opuso con fuerzas mas considerables, y fué vencido y muerto por Spartaco. Adornado con los despojos é insignias del vencido, se presentó

desde entonces con el aparato de un pretor, precedido de lictores con haces. Pareció mas digno por su virtud que por su fortuna de la imprevista elevacion á que habia llegado; pero aunque inspiró su valor á los bárbaros que mandaba, no pudo comunicarles sus sentimientos jenerosos. Indignado de los orrores que cometian en las ciudades y campos de Italia, resolvió licenciarlos y despedirlos á sus tierras, contento, decia, con haber roto las cadenas de tantos desgraciados. No bastaba la libertad á aquellos feroces guerreros sedientos de pillaje y venganza, y así no quisieron obedecer. La discordia se siguió á la licencia: los galos, que componian la mitad de su ejército, se separaron de él y elijieron por jeneral á Crixo: y Spartaco solo conservó en sus banderas á los tracios sus compatriotas. El destino de Roma fué triunfar siempre por la desunion de sus enemigos. El cónsul Jelio marchó contra los galos y venció á Crixo, que murió en el combate. Unido despues con el pretor Ario, acometió á los tracios; pero Spartaco consiguió la victoria á fuerza de habilidad é intrepidez, y auyentó el ejército consular. Aunque vencedor, no hizo mas que un acto de venganza. Para celebrar los funerales de Crixo y humillar el orgullo de los enemigos, quiso que sufriesen por una vez la desgracia que ellos hacian sufrir á sus cautivos en la guerra, y obligó á trescientos prisioneros romanos á combatir en su presencia como gladiadores. Marchó despues rápidamente hácia Roma, y puso en huida, casi sin pelear, las tropas del procónsul Casio y del pretor Manlio.

Azañas del jóven Caton de Utica.—Enmedio de estos reveses, el célebre Caton, jóven entonces de diezisiete años, manifestó el valor digno de la antigua Roma. Siempre era el primero en el ataque y el último en la retirada. Austero partidario de las leyes, se negó ostinadamente á recibir los premios militares que sus jefes querian darle, diciendo que debian ser recompensa de las azañas y no del favor, y que él no los habia aun merecido.

Pretura de marco Craso.—Marco Craso, que fué despues mas célebre por su opulencia, avaricia y presuncion, que por sus azañas, gozaba de mucho crédito. Discípulo de Syla y rival de Pompeyo, fué nombrado pretor y se le encargó la guerra contra los esclavos. Es probable

que Spartaco hubiera triunfado fácilmente de tal adversario á no introducirse de nuevo la discordia en sus tropas. Los galos y jermanos le abandonaron, pelearon sin órden en Lucania, fueron dispersados y perdieron en la fuga treinta y cinco mil hombres.

DERROTA Y MUERTE DE SPARTACO.—Spartaco, con las pocas fuerzas que le quedaron, marchaba á guarecerse de los Alpes; pero fué acometido de los romanos. Antes de entrar en la batalla, se apeó, mató su caballo, y dijo á sus soldados: «Si venzo, »no me faltarán caballos; si soy »vencido, no tendré necesidad »de ellos.» Resuelto á triunfar ó morir, se arroja impetuosamente sobre el enemigo, desordena sus filas y lo obliga á retirarse; pero habiéndolo perseguido con demasiado ardor, se vió cercado por todas partes. Fué herido gravemente y peleó mucho tiempo con la rodilla en tierra, con el escudo en una mano y la espada en la otra. Cubierto al fin de su sangre y de dardos, ú oprimido por el gran número de contrarios, pereció despues de haber dado muerte á muchos, cuyos cadáveres amontonados le sirvieron de trofeo y de sepulcro. Su muerte desalentó sus tropas, y dió la victoria á los romanos. Cuarenta mil esclavos perecieron en esta jornada: los demás se dispersaron. Solo cinco mil, mandados por Publipor, defendieron algun tiempo su vida y libertad. Pompeyo, que entonces llegaba de España, y á quien se le habia encargado esta guerra, marchó contra ellos y destruyó sin dificultad aquellas miserables reliquias de Spartaco. Demasiado orgulloso por una azaña tan pequeña, escribió al senado que si Craso habia vencido á los esclavos, él acabó de estinguir las raices de aquella guerra.

Craso obtuvo el pequeño triunfo, llamado *ovacion*, en el cual la corona de mirto se sustituia á la de laurel; pero él creyó engrandecer su victoria consagrándola con una profusion sin ejemplo hasta entonces. Diez mil mesas se sirvieron á costa suya para el pueblo, y dió á cada ciudadano el trigo necesario para mantenerse tres meses. Este fué un verdadero triunfo de su vanidad contra su avaricia. Envidioso de Pompeyo, queria balancear su crédito haciéndose popular, y su ambicion volvió á abrir las llagas de Roma, haciendo restituir á los tribunos la autoridad que Syla les habia

quitado. Esté mismo año, que fué el 684 de Roma, nació Virjilio en Andes, aldea cercana á Mántua, cuando Ciceron ascendia al empleo de edil. La suerte parecia resarcir á Roma de su prócsima decadencia, ilustrando la tumba de la república con el esplendor del mas grande de sus poetas, del mas elocuente de sus oradores, y de los guerreros mas ilustres del universo. El senado, libre de un enemigo tan formidable como Spartaco, encargó á Metélo la guerra contra los cretenses y castigarlos por su alianza con los piratas. Sus armas victoriosas destruyeron el prestijio de la reputacion militar que tenian desde la antigüedad aquellos insulares. Apoderóse de Cidonia, Gnoso y Licto. Pompeyo, que no queria dejar gloria ni poder á ninguno de sus rivales, logró por sus intrigas que se nombrase á Octavio lugarteniente suyo, en lugar de Metélo; pero este jeneral, irritado de tan grande injusticia y alentado á desobedecer con ejemplos recientes, conservó el mando, sometió la isla de Creta, hizo que Octavio fuese testigo pasivo de sus victorias y lo obligó á reembarcarse. El único resultado de los esfuerzos de Pompeyo fué impedir por tres años que Metélo obtuviese los onores del triunfo.

Retrato de Luculo.—Mientras Roma combatia en España contra Sertorio y en Italia contra Spartaco, el cónsul Lúculo atacaba en el Oriente á Mitridates, el enemigo mas hábil y temible que tuvo la república, despues de Annibal. Lúculo, igual de Syla en los talentos militares y superior en la virtudes, mas ambicioso de gloria que de autoridad, queria ilustrar su patria, no subyugarla. El defecto que mancilló sus grandes cualidades, fué el amor escesivo de los placeres. Tampoco estuvo esento del vicio capital de su época; y en vez de imitar el desinterés de los antiguos jenerales romanos, se aprovechó de su poder para juntar inmensas riquezas. Pero aunque tan opulento como Craso, no fué tan avaro; al contrario, se le culpó justamente de haber contribuido con su prodigalidad voluptuosa, que se hizo muy célebre, á la corrupcion de las costumbres y á la decadencia de la república. Lúculo, considerado como jeneral, fué quizá demasiado severo con la tropa, y no supo ganar su afecto; pero cuando no mandaba se distinguió siempre por la dulzura de su ca-

rácter y por su urbanidad. Instruido en la literatura griega, elocuente en la tribuna y sostenedor de la justicia en una época de facciones, no tuvo parte en los crímenes de Syla, aunque fué su cuestor y su amigo; y á pesar de sus opiniones libres conservó siempre influjo sobre aquel hombre feroz. Syla le dedicó sus *comentarios* y le nombró tutor de su hijo. Esta preferencia escitó la envidia de Pompeyo, y desde entonces fueron rivales y casi enemigos. Lúculo habia logrado en Asia sus primeras victorias bajo las órdenes de Syla, y se hizo célebre por la batalla naval en que venció á la armada de Mitridates. Habiendo obtenido el consulado, solicitó el mando del ejército de Oriente. Pompeyo lo deseaba tambien; pero á ninguno de los dos se dió. Lúculo tuvo por provincia la Galia; y como Pompeyo decia que pasaria de España á Italia con su ejército, pretestando la falta de dinero, Lúculo para tener lejano un rival tan peligroso, hizo que se le suministrasen socorros mas que suficientes. Cuando volvió de la Galia, pidió el gobierno de Cilicia con la esperanza de suceder á su colége Cotta, que estaba peleando contra Mitridates. La fortuna favoreció sus deseos, porque Cotta, para no repartir con él la gloria del triunfo, no lo esperó, atacó imprudentemente al rey del Ponto y fué vencido. Lúculo, que acababa de derrotar á los cilicios, marchó rápidamente en socorro de Cotta, y se halló en fin con el mando que por tanto tiempo habia sido objeto de su ambicion.

Mitridates, preparado desde mucho antes á esta guerra, aliado de Sertorio y de los piratas de Cilicia, conquistó la Capadocia y parte de la Bitinia, aunque su último rey la habia legado en su testamento al pueblo romano. Despues de tantas ofensas, solo la victoria podia libertar al rey del Ponto de la venganza de Roma; y su ruina, en caso de ser vencido, era inevitable. Reunió pues un ejército de ciento cincuenta mil hombres, reformó las costumbres de su pueblo, abandonó el lujo asiático, introdujo en sus tropas las armas y táctica romanas, y Lúculo, que solo tenia treinta mil hombres, habia de pelear, no con asiáticos afeminados, sino con lejiones cubiertas de hierro, disciplinadas, instruidas y acostumbradas á la guerra y á la victoria.

Derrota de Mitridates.—Mi-

tridates sitiaba á Cizico: el jeneral romano tomó el prudente partido de contemporizar y evitar las acciones jenerales, esperando que el enemigo no podria por mucho tiempo dar subsistencias á un ejército tan numeroso. Los romanos, encerrados en su campamento, se indignaban de la timidez de su jefe; pero este supo resistir á los clamores, y el suceso le justificó. El ejército de Mitridates se halló reducido en poco tiempo á una penuria tan espantosa, que los cadáveres servian de alimento á los soldados. En vano quiso el rey usar de los castigos mas rigorosos para mantener en la obediencia sus tropas ambrientas: se desbandaron y se retiraron desordenadamente. Lúculo, saliendo entonces de su campamento, las persiguió, las alcanzó en las orillas del Gránico, é hizo en ellas gran matanza.

Esta sola victoria hubiera podido terminar la guerra; pero el astuto Mitridates viendo que iba ya á ser cojido, sembró sus tesoros por el camino, y debió su salvacion á la avidez del soldado romano, cebado en el botin y olvidado de perseguir al rey. Lúculo, habiendo obtenido que se le prorogase el proconsulado, conquistó la Bitinia, destruyó dos escuadras que el rey del Ponto enviaba á Italia, obligó á este príncipe á encerrarse en su reino, hizo prisionero á Marco Mario, embajador y lugarteniente de Sertorio, y mandó darle muerte en castigo de su rebelion. Mitridates, no pudiendo vencer á Lúculo, trató de asesinarle; pero el desertor encargado de esta accion fué preso, y el rey no sacó de aquella infamia mas fruto que el oprobio de haberla intentado. El romano en lugar de espantar á Mitridates con un ataque vigoroso, finjió circunspeccion y timidez; pero sin dejar de observar los movimientos del contrario para aprovecharse de ellos. Mitridates, engañado por estas apariencias, atacó en una posicion desventajosa para él á un convoy romano, que se defendió con valor. Lúculo, arrojándose entonces sobre el enemigo, lo sorprendió y desordenó de tal modo que el rey tuvo que huir á pie y sin comitiva. En el tumulto de los que huian cayó en el suelo, y debió segunda vez la vida al ardor de los romanos por el botin: un mulo cargado de oro impidió que continuasen persiguiéndole. Mitridates, sabiendo que el reino del Ponto iba á caer en poder de los enemigos,

despues de dar á sus mujeres y hermanas la órden de morir, se refujió á los estados de su yerno Tigranes, rey de Armenia. Lúculo intimó á éste que entregase á su suegro ó se preparase á la guerra.

BATALLA ENTRE LUCULO Y TIGRANES.—Tigranes, dueño de gran parte del imperio de Ciro, veia á sus órdenes muchos pueblos del Asia, tenia por cortesanos y oficiales de su palacio á muchos príncipes de Oriente que le servian de rodillas, y habia tomado orgullosamente el título de rey de reyes. Admirábase con indignacion de la insolencia romana, despidió con desprecio al embajador Apio, y declaró sin miedo la guerra á Roma. Sus aduladores no le permitian ni aun sospechar el peligro de semejante determinacion.

Lúculo acometió á este coloso, de mas tamaño que fuerza, pasó el Tigris y penetró en Armenia. Tigranes no podia creer que un ejército tan pequeño se atreviese á atacarle, y no se persuadió á ello hasta que vió derrotada su vanguardia. Entonces determinó retirarse para reunir todas sus fuerzas. Lúculo, prosiguiendo su marcha, sitió á Tigranocerta. El rey, segun lo habia previsto el jeneral romano, no pudo sufrir la humillacion de ver sitiada su ciudad favorita y se adelantó para socorrerla. Lúculo, dejando al pie de sus murallas diez mil lejionarios, salió intrépidamente contra los armenios con solo veinte mil hombres. Un rio separaba los dos ejércitos. Tigranes, cuyas fuerzas ascendian á cuatrocientos mil combatientes, entre ellos mas de cincuenta mil de caballería, se rió al ver el pequeño número de los romanos. «Para »embajadores, decia, son mu»chos: para enemigos muy po»cos.»

Lúculo hizo un movimiento para buscar vado en el rio, y el armenio creyó que se retiraba amedrentado de las fuerzas que se habian desplegado á su vista; pero Taxilo, uno de los reyes que asistian á su coorte, le dijo: «Tu poder ha hecho un milagro »si obliga á los romanos á reti»rarse sin combatir; porque no es »esa su costumbre. Veo sus yel»mos desnudos y brillantes, sus »escudos sin cubierta, y las ri»cas cotas de malla que llevan »puestas: yo los conozco bien: no »se adornan así sino para las ba»tallas.»

Al mismo tiempo vieron que Lúculo, pasado el rio, marchó por su flanco, adelantándose con

rapidéz ácia el ejército del rey. Tigranes, asombrado, esclamó: «¿Qué, se atreven á acometer»nos?»

Los jefes de las lejiones conjuraban á su jeneral para que difiriesen el combate, porque aquel dia, aniversario de la derrota de Scipion por los cimbros, era *infausto* para Roma. *Yo lo haré felíz*, dijo Lúculo.

Derrota de Tigranes.—Mientras él ataca de frente al ejército de Tigranes, habia enviado á sus flancos un cuerpo de caballería que lo rodea, ataca y le corta la retirada. Los bárbaros ceden á la impetuosidad de las lejiones y quieren retirarse; pero embarazados por su mismo número confunden sus filas, y ni pueden combatir ni huir: los caminos se llenan de hombres, armas y bagajes: la confusion es estrema: la pelea se convierte en matanza y los romanos no se detienen hasta haber degollado cerca de cien mil hombres; y les costó muy poca jente haber destrozado un ejército tan grande. La diadema de Tigranes cayó en manos del enemigo; Tigranocerta fué tomada por asalto, y se consiguió en aquella ciudad un botin inmenso.

La moderacion de Lúculo despues de la victoria le granjeó el afecto de los reyes y ciudades del Oriente. Dió un ejemplo raro de justicia y firmeza aliviando á los pueblos, que estaban cargados de impuestos, é impidiendo las vejaciones de los arrendadores romanos. Sin embargo, el tesoro de la república no le suministró nada para esta guerra, y la hizo á costa de los reyes vencidos. Si esta conducta le mereció la estimacion del senado y el aprecio de los estranjeros, enajenó el amor de los soldados, que esperaban el repartimiento de los tesoros enviados al fisco por Lúculo. El rey de los partos, teniendo noticia de sus victorias le envió embajadores para solicitar su alianza, y al mismo tiempo prometió su apoyo á Tigranes á condicion de que le cediese la Mesopotamia. Lúculo, informado de este trato doble, despidió á los embajadores y declaró la guerra á aquel monarca.

Sedicion en el ejercito de Luculo. — El ejército romano, acostumbrado por las guerras civiles á la indisciplina, se negó á marchar contra los partos. Lúculo, despues de haber intentado en vano los medios de rigor, se vió obligado á ceder á los facciosos y á permanecer en la inaccion. Mitridates y Tigranes, a-

nimados por aquella inobediencia, reunieron de nuevo sus fuerzas y se prepararon á tomar la ofensiva. La noticia de su marcha restableció momentáneamente la disciplina en el ejército romano, que se sometió á su jeneral y tomó las armas. Lúculo acometió á los reyes y consiguió una completa victoria junto á Artajata. Mitridates fué uno de los primeros que huyeron. El rigor del invierno detuvo los progresos de los romanos, que en esta campaña se limitaron á la conquista de algunas ciudades.

La fortuna, que hasta entonces habia favorecido á Lúculo constantemente, declinó en un instante, y aunque no fué vencido perdió todo el fruto de sus victorias. El espíritu de sedicion volvió á reinar en su ejército: los oficiales y soldados preguntaban por qué ellos estaban pobres y su jeneral rico. Lúculo, á pesar suyo, hizo algunos castigos que irritaron los ánimos. Su cuñado Publio Clodio, hombre tan vicioso que adquirió una celebridad vergonzosa en aquel siglo corrompido, sobornó y sublevó contra el jeneral las antiguas lejiones de Fimbria. En vano Lúculo, informado de los nuevos movimientos del enemigo, solicitó que sus lejiones volviesen al camino del honor; se negaron ostinadamente á ponerse en marcha hasta que supieron que Tigranes habia vuelto á Armenia, y que Mitridates, presentándose en el Ponto, habia arrojado de él á Fabio, encargado de defender aquella provincia.

El temor las obligó en fin á someterse; pero Triario, que mandaba un cuerpo separado, no quiso esperar á Lúculo y perdió una batalla contra Mitridates, que se apoderó de su campamento despues de haberle muerto seis mil hombres. Lúculo llegó demasiado tarde para socorrer á Triario, y no pudo obligar á Mitridates á dar batalla. Quiso entonces llevar su ejército contra Tigranes, que aumentaba diariamente sus fuerzas; pero las rebeliones contínuas de sus tropas no le permitieron arriesgar una accion con soldados tan sospechosos.

Los dos reyes, aprovechándose de esta anarquía militar, se apoderaron sin ostáculos del Ponto y de la Capadocia, y aun amenazaron la Bitinia, al mismo tiempo que en Roma se acusaba á Lúculo de prolongar la guerra para enriquecerse. El tribuno Manilio propuso que se diese

á Pompeyo el mando del ejército de Oriente, añadiéndolo al proconsulado de los mares y al gobierno de las costas del imperio que habia obtenido para terminar la guerra de los piratas. Esto era entregarle casi el cetro del mundo.

Cátulo, príncipe del senado, y el orador Hortensio se opusieron ostinadamente á la ley Manilia; pero el pueblo, apasionado por su ídolo, le sacrificó, segun acostumbra, la libertad. César y Ciceron sostuvieron la ley; Ciceron con la esperanza de ascender al consulado: César porque convenia á sus designios secretos acostumbrar á los romanos á tener un señor. La ley fué adoptada.

Pompeyo, cuando llegó al Asia, proibió á las tropas obedecer á Lúculo, anuló todas sus ordenanzas, y solo le dejó mil seiscientos hombres para que le acompañasen en su triunfo.

Los dos jenerales tuvieron una conversacion, que empezó urbanamente con enorabuenas recíprocas por sus victorias, y se terminó por acusaciones de ambicion y codicia, que de una y otra parte eran justas.

Vuelta y muerte de Lúculo en Roma.—Lúculo cuando volvió á Roma, entregó en el tesoro una gran cantidad de oro y plata; lo que le justificó, pero solo en parte, de las malversaciones que se le imputaban. El dia en que triunfó, murió su ambicion. Fastidiado de la gloria por la inconstancia de la fortuna y la ingratitud de los hombres, se presentaba rara vez en el senado, el cual queria oponer su talento y su firmeza republicana á la ambicion de Pompeyo. Consagrado el resto de sus dias al descanso, al estudio y á los placeres, adquirió celebridad por la magnificencia de sus palacios, la belleza de sus jardines, y la profusion voluptuosa de sus banquetes. Las azañas de su juventud y el lujo de su vejez, presentaban la imájen de Roma en su fuerza y en su decadencia.

Todos los paises del mundo contribuian á los placeres de su mesa: oradó montañas para que el mar pasase junto á su quinta, y se criasen en ella peces monstruosos; por lo cual el pueblo le dió el nombre de Jerjes romano.

Despues que Ciceron y Caton salieron de Roma, no volvió á presentarse en el senado. Algunos historiadores dicen que el esceso de los placeres turbó su razon y abrevió sus dias: otros, que Calístenes, su liberto, le dió

veneno creyendo que solo era un filtro, con el cual queria apoderarse esclusivamente de su amor y confianza.

Todo el pueblo romano asistió á sus ecsequias, y mandó que fuese enterrado como Syla en el campo de Marte; pero su hermano consiguió que se le llevase á Túsculo, donde habia construido su sepulcro.

El espíritu sedicioso del ejército romano, dejando respirar á Mitridates, habia impedido su total ruina; pero tambien es cierto que Lúculo, vengando á Roma de los ultrajes y crueldades de aquel príncipe, y dando un golpe mortal á su poder, habia derrotado muchas veces sus ejércitos y los de Tigranes, libertado el Asia de su dominacion y conquistado el Ponto, la Armenia y la Siria; de modo que Pompeyo no tenia mas que hacer sino apoderarse de las mieses segadas ya por su rival.

Retrato de pompeyo.—Pompeyo, mayor por su fortuna que por su jénio, parecia entonces destinado á heredar sin trabajo el fruto de las azañas y gloria de los mas famosos capitanes de la república. La suerte que le favorecia constantemente, el crédito que sus riquezas le daban en el pueblo, el lógro de sus empresas y la amenidad de su carácter, le habian hecho adquirir sin crímen aquel imperio casi absoluto que Mario y Syla consiguieron á costa de tanta sangre y delitos. Era hijo de Pompeyo Strabon, que estimado como jeneral, se habia hecho odioso por su avaricia. Un rayo le mató, y el pueblo, creyéndole herido por los dioses, insultó su cadáver; pero el mismo pueblo manifestó al hijo, desde su primera juventud, tanto afecto como aborrecimiento habia tenido á su padre.

Cneyo Pompeyo, dotado de una elocuencia noble y persuasiva, reunia en su carácter dignidad, gracia y dulzura. Se parecia tanto á Alejandro el Grande, que muchas veces se le dió el nombre de este héroe.

Cuando Cinna fué por algunos momentos dueño de Roma, adivinando los talentos y el futuro destino de Pompeyo, resolvió quitarle la vida. Pompeyo, habiendo descubierto su intencion, sublevó algunos soldados en favor suyo, y con su ausilio se libertó de los puñales del cónsul. Citado en juicio algun tiempo despues como heredero de su padre, defendió la causa con tanta elocuencia, que el pretor Antistio, que era el juez, le propuso

la mano de su hija, además de sentenciar á favor suyo. El pueblo, no ignorante de la intencion del majistrado, empezó á clamar: *¡Talasio! ¡Talasio!* grito usado en Roma cuando se celebraban las nupcias.

Sus azañas. — La tiranía de Carbon fué la época en que comenzó la fortuna de Pompeyo, y la debió solamente á su osadía. En aquel tiempo en que las leyes enmudecian ante la violencia, los ciudadanos á quienes su riqueza ó sus virtudes esponian á la proscricion, se retiraban lejos de Roma, la abandonaban á los furores de los atroces partidarios de Mario, y buscaban un asilo en el campamento de Syla. Pompeyo no quiso presentarse en él como un fujitivo; y aunque no tenia ninguno de los títulos que daban entonces autoridad, logró con sus discursos, promesas, regalos, y con el socorro de los proscritos, reunir y armar tres lejiones, cuyos oficiales nombró él mismo. Apoderóse de muchas ciudades; y siendo rodeado por tres jefes del partido de Mario, les dió batalla, mató con su mismo acero á uno de ellos, y derrotó los enemigos. No tenia mas que veintitres años cuando consiguió esta victoria.

El cónsul Scipion, receloso de sus progresos, marchó contra él; pero Pompeyo, habiendo enviado diestros emisarios al campo contrario, atrajo á su partido todos los soldados del cónsul, el cual debió su salvacion á la prontitud de su fuga.

El mismo Carbon no pudo resistirle, y fué completamente batido por él. Pompeyo no se presentó á Syla sino cubierto de laureles y con un ejército victorioso. Aquel famoso capitan, que trataba al senado romano con altanería y al pueblo con dureza, y que nunca habia depuesto su orgullo ante ningun poder, sorprendió mucho á la tropa de cortesanos que le rodeaba, cuando se le vió, presentándose Pompeyo, bajar del caballo, saludarle y llamarle *imperator*; título que solo se daba á los cónsules y jenerales despues que habian conseguido grandes victorias: sin embargo, Pompeyo no ejercia entonces ninguna majistratura; no era mas que caballero, y aun no habia tomado asiento en el senado. Syla, justo apreciador de su mérito, queria llamar de la Galia á Metélo, y confiar á su jóven lugarteniente el mando de aquella provincia. Pompeyo no ignoraba que la gloria modesta desarma la envidia, y no quiso ofen-

der el amor propio de un guerrero antiguo é ilustre, poniéndose en su lugar; y así pidió servir en la misma provincia bajo sus órdenes.

Cuando Syla fué dictador, obligó á Pompeyo á repudiar á su mujer Antistia y á casar con Cornelia su hija, separándola violentamente de su marido Scauro, cuando estaba en cinta. Pompeyo obedeció. Los ambiciosos no saben arrostrar la desgracia como el peligro. Cornelia y su madre murieron de pesar; Antistio pereció asesinado, y sus sombras debieron oscurecer siempre la brillante carrera de Pompeyo. Desde entonces no mostró mas virtudes que las que podian conducirle al poder soberano. Su campaña brillante de Africa aumentó su celebridad, y Syla le onró con el título de *Magno*. Despues de la muerte del dictador, arrojó de Italia y Sicilia á Lépido y Perpenna. La ciudad de Mesana resistia á sus órdenes oponiendo las leyes á la autoridad, y Pompeyo respondió: «No me hableis »de leyes mientras estoy arma»do.» Tal era Roma en su decadencia: la justicia desaparecia ante la fuerza.

Pompeyo era mas hábil aún que atrevido. Al mismo tiempo que conservaba la amistad de Syla, ejecutando públicamente sus órdenes crueles, y enviando al suplicio á Carbon y á Valerio, adquiria el afecto y la estimacion del pueblo, ocultando sin comprometerse y librando á muchos proscritos. Recompensaba magníficamente sus tropas; pero las sometia á una disciplina severa. Habiendo sabido que sus lejiones cometian escesos y violencias, las castigó pegando las espadas á las vainas con su mismo sello, para que no pudiesen usar de las armas sino con órden suya.

Su DIESTRA POLITICA. — Era consumado político, y conocia la vanidad del pueblo que sufre las cadenas y los insultos. Y así, aunque era jeneral vencedor y habia obtenido el triunfo, antes de tomar asiento en el senado, admiró á Roma sometiéndose á las antiguas reglas, y presentándose como simple caballero en el tribunal del pretor para ecsimirse del alistamiento en virtud de haber hecho las campañas que la ley ecsijia. El esplendor de sus victorias, su moderacion aparente y la suavidad de su trato, le hacian el ídolo de los romanos. Querian darle todos los mandos y dignidades: creian engrandecerse elevándole: todos

los ánimos volaban á recibir su yugo, y la república parecia convidarle con el poder supremo.

Cuando los corsarios de Cilicia, cubriendo el Mediterráneo con mil navíos, destruian en todas partes el comercio, infestaban las costas y robaban los templos, amenazando á Roma un nuevo peligro, quizá mayor que el de las invasiones mas terribles, el senado y el pueblo no hallaron otro jeneral mas capaz que Pompeyo para libertar la Italia de aquellos enemigos; y entonces, olvidando el temor saludable que sirve de escudo á la independencia, el favor popular le dió un poder sin límites. Pusiéronse á su disposicion quinientos bajeles, quince lugartenientes elejidos por él, ciento veinticinco mil hombres, y la autoridad absoluta en todas las costas de Europa, Africa y Asia, con facultad de ecsijir contribuciones sin dar cuentas. Caton, defendiendo ostinadamente la libertad sobre las ruinas de la república, se opuso inútilmente á esta ley propuesta por el tribuno Jeminio. El pueblo dijo que se oponia por envidia y enfado. Cátulo tomó un camino mas á propósito para impugnar la ley. «¿Cómo esponeis, dijo al pueblo, un hombre tan útil á la re»pública y que amais tanto, á las »guerras y á los peligros? Si pe»rece, ¿á quién pondreis en su »lugar?» «A tí, Cátulo,» esclamó el pueblo, y la ley fué adoptada. Pompeyo justificó la confianza pública con victorias rápidas y brillantes. Escojió trece senadores por lugartenientes, dividió el mar en trece rejiones, y en cuarenta dias, atacando á los piratas á un mismo tiempo en todas, purgó de ellos las costas. No contento con haber destruido sus escuadras, los atacó en su misma guarida al pie del monte Tauro, tomó sus fortalezas y ciudades, y terminó la guerra.

Pompeyo estaba en Cilicia cuando sus amigos y ajentes, aprovechándose de los reveses de Lúculo, lograron en Roma que se le diese el mando del ejército de Oriente, conservándole su poder absoluto en los mares y las costas. Cuando el tribuno Manilio hizo adoptar este decreto que apoyaban Ciceron y César por motivos de interés, Cátulo indignado esclamó: «Buscad aora »un risco mas alto é inaccesible »que el Aventino, donde nos re»tiremos para defender la liber»tad.» Pero hablaba en desierto enmedio de un pueblo corrompido. Plebe y senado adoptaron la ley.

Pompeyo supo en Asia que se habian cumplido sus mas ardientes deseos, y afectó pesarle tanto como era su alegría interior. «¿Cuándo concluirán, decia, mis fatigas y trabajos? ¿no »me será lícito nunca gozar del »descanso, que ya tengo merecido, á la sombra de mis bosques »y en el seno de una familia que »idolatro?» Ocultando así la sed del mando bajo la máscara de la modestia, este hombre diestro y ambicioso habia adquirido sin violencia una autoridad casi monárquica, y tanto mas temible cuanto parecia legal y no usurpada.

Guerra entre Pompeyo y Mitridates.—Juntando sus numerosas lejiones con las que le dejaba Lúculo, marchó rápidamente contra Mitridates y lo derrotó en el primer encuentro. Le persiguió con ardor y le alcanzó junto al Eufrates. Se cuenta que Mitridates, turbado por un sueño, habia previsto su derrota. La batalla se dió por la noche: los rayos pálidos y engañosos de la luna prolongaban de tal modo las sombras de los romanos, proyectándolas sobre los enemigos, que los bárbaros, creyéndolos cerca cuando todavia estaban lejanos, lanzaban sus dardos y flechas contra ellas; y así ya estaban sin armas arrojadizas al acometerlos el enemigo. Se desbandaron llenos de terror, y diez mil de ellos perecieron en la batalla.

Mitridates, despues de haber distribuido dósis de veneno á sus amigos, para que no cayesen vivos en poder de los romanos, huyó y buscó un asilo en los estados de Tigranes. Este príncipe ingrato y cobarde le negó la ospitalidad y puso en precio su cabeza. El desgraciado rey del Ponto, habiéndolo perdido todo menos el valor, atravesó con rapidez la Cólquida, y se ocultó en los desiertos de Scitia. Pompeyo, acompañado del hijo de Tigranes, que se habia rebelado contra su padre, entró en Armenia. El rey, tan débil en el peligro como soberbio en la prosperidad, tomó el partido vergonzoso de venir á ofrecer á Pompeyo su persona y estados. El jeneral romano le trató al principio con el desprecio que merecia, no permitiéndole que entrase á caballo en el campamento. El cobarde Tigranes se le acercó respetuosamente, se quitó la diadema y la espada y quiso ponerlas á los pies del romano; pero Pompeyo le levantó y le permitió sentarse junto á él. «Nada os he »quitado, le dijo: Lúculo fué

»quien os desposeyó de la Siria, »Fenicia, Galilea y Sofene. Lo »que os dejó os conservo; y ademas daré la Sofene á vuestro hi»jo. Pagareis á Roma seis mil ta»lentos por los daños que habeis »querido hacerle.» Tigranes, que solo pensaba en conservarse en el trono, aunque fuese con degradacion, se sometió humildemente á las condiciones dictadas por el vencedor. Los romanos le saludaron rey. Tigranes el jóven, que no creia suficientemente recompensada su traicion con una sola provincia, no quiso firmar el tratado: se le puso en prision y sirvió despues de ornamento en el triunfo de Pompeyo.

Fraates, rey de los partos, queriendo oponerse á los progresos de las armas romanas, envió embajadores al jeneral para intimarle que limitase sus conquistas en el Eufrates. Pompeyo respondió que se pararia donde pensase que era justo y conveniente. Fraates no se atrevió á atacarlo y se contentó con guarnecer sus fronteras.

Nuevas azañas de Pompeyo. —Pompeyo, libre de todo temor por la parte de Armenia, siguiendo las huellas de Mitridates, pasó el Causaco, sometió los albanos, derrotó en batalla campal á los iberos, entró en la Cólquida, volvió á someter á los albanos que se habian rebelado, les ganó una sangrienta victoria, en la cual mató peleando cuerpo á cuerpo al hermano del rey de aquel pais, y destruyó el ejército enemigo. Halláronse en el campo de batalla muchos calzados de mujer, lo que dió motivo á que se renovase la fábula de las amazonas, y á que se creyese que habian peleado como ausiliares de los albanos. Pompeyo quiso penetrar en Hircania. Plutarco dice que suspendió su marcha por el gran número de serpientes que hay en aquel pais: lo mas probable es que temió entrar en los desiertos, teniendo á las espaldas tantos enemigos vencidos, pero no subyugados. Cuando volvió á los estados de Mitridates, mereció el mismo elojio que Scipion, y respetó las mujeres del rey que por la suerte de las armas habian caido en su poder.

Stratónica, prostituta en su juventud, y despues concubina de Mitridates, conservaba en esta especie de elevacion su bajeza primera. Con el objeto de adquirir á su hijo Jifares la proteccion de los romanos, entregó á Pompeyo una ciudad y los tesoros de Mitridates, que este rey

le habia confiado. Cuando él supo en Scitia la traicion y el motivo de ella, mandó matar á Jifares. Entre los papeles suyos que cayeron entonces en poder de Pompeyo, se hallaron las órdenes que habia dado para asesinar al rey de Capadocia, matar á su hijo y envenenar algunas de sus mujeres. Estas revelaciones, que descubrieron sus delitos y mancillaron su gloria, le fueron mas nocivas que todo el poder de los romanos.

Pompeyo, no pudiendo perseguir á Mitridates, cuyo paradero ignoraba, marchó á Siria, y redujo aquel reino á provincia romana, á pesar de las reclamaciones de Antíoco el Asiático, que fué el último de los Seleucidas. Su objeto era estender las fronteras del imperio romano hasta el mar Rojo por la parte del Sudeste, así como las habia puesto por la parte del Occidente en el mar Atlántico. Atravesó, pues, la Fenicia y la Palestina, y venció á los árabes, mas no pudo subyugarlos, porque sus desiertos los preservaban de toda dominacion estranjera. Pompeyo, al volver de esta espedicion, halló que Aristóbulo, hermano de Hircano, rey de Judea, se habia rebelado y hecho fuerte en Jerusalen. Pompeyo tomó por asalto la ciudad, que devolvió al lejítimo rey. Su moderacion y afabilidad le ganó el afecto del pueblo. Respetando la relijion, dejó al templo sus riquezas y visitó el santuario, abatiendo como Alejandro la gloria humana ante la majestad de Dios. Sin embargo, la entrada de un profano en aquel lugar sagrado era, segun la ley de los judios, tan criminal, que á este sacrilejio atribuyeron despues los reveses y muerte desastrada de Pompeyo.

Mientras que sin ostáculos conquistaba la Siria y la Palestina, Mitridates se apareció de repente en el Bósforo Cinmerio, y formó el atrevido proyecto de pasar á Italia, atravesando la Scitia, la Pannonia y la Iliria con un ejército numeroso que habia reunido de scitas, dárdanos y bastarnos. Antes de acometer tan grande empresa, escribió á Pompeyo pidiéndole la paz, y el jeneral romano se la negó. Cuando iba á ponerse en marcha, su hijo Farnacés rebeló el ejército contra él y Mitridates se dió la muerte(1). Pompeyo estaba en Jericó, receloso de la nueva aparicion del rey del Ponto; mas no tardó

(1) Veáse el tomo I, páj. 175.

en saber su muerte por un correo que le envio Farnacés. Este parricida sometió á los romanos el cetro adquirido por un crímen; y por otra vileza, tan despreciable como atroz, envió por tributo á Pompeyo el cadáver de su padre. Mitridates habia sido tan formidable durante el espacio de cuarenta años, que los romanos al verle muerto, mostraron una alegría indecorosa. Pompeyo no participó de esta debilidad, sino apartó con orror los ojos de aquel espectáculo, diciendo: *El odio de los romanos á Mitridates, acabó al mismo tiempo que la vida de este gran rey*. Digno entonces de su gloria por su jenerosidad, tributó á la memoria de aquel rey célebre todos los onores que á pesar de sus vicios se debian á su dignidad y á su jénio.

Conjuracion de Rulo y Catilina.—(A. M. 3939.—A. C. 65.) En los dias felices de la república admirábamos las virtudes y dignidad del senado, la enerjia del pueblo, la emulacion de todos los ciudadanos que no disputaban sino sobre cuál amaba mas la patria. Las leyes y costumbres de esta gran nacion nos obligaban á estudiarlas y venerarlas. Pero desde que la fortuna y el poder, y con ellos la corrupcion, elevaron á los grandes, no son ya el pueblo ni el senado los que llaman nuestra atencion: se fija toda entera sobre un corto número de grandes capitanes ú oradores célebres que se disputan el onor de mandar á los señores del mundo. No escribimos ya la historia de la república, sino la de algunos hombres.

Mientras Pompeyo estendia la gloria y el poder de Roma hasta las estremidades del Oriente, dos conjuraciones formadas en el seno de la ciudad, la amenazaban con su total ruina. El tribuno Rulo, hombre diestro, elocuente y faccioso, estraviando el pueblo, queria restablecer la tiranía de los decemviros; y Catilina, patricio tan célebre por su talento y osadía como por sus crímenes, encendiendo la guerra civil, solicitaba con el ausilio de sus numerosos cómplices y de una gran parte del ejército de Italia, degollar el senado y resucitar en Italia todos los orrores y proscriciones de Mario y Syla. La república se libertó de este riesgo inminente, no por un capitan famoso, sino por un ilustre orador, majistrado prudente y firme, y cónsul filósofo. Este fué Ciceron, que mereció en aquellas te-

rribles circunstancias el nombre de *padre de la patria.*

RETRATO DE CICERON.—Marco Tulio Ciceron tuvo por amigos á todos los hombres virtuosos de su tiempo, y por enemigos á todos los malos ciudadanos que buscaban en los delitos medios de restablecer su caudal ó de aumentar su poder. Estos, obligados á admirar su talento, se vengaban calumniando su carácter y afectando mucho desprecio á la bajeza de su cuna. Sin embargo Ciceron, aunque se califica á sí mismo de *hombre nuevo,* con noble altivez, pertenecia al órden ecuestre en la ciudad de Arpino, cuyos habitantes eran ciudadanos de Roma. Su madre Helbia y su mujer Terencia, pertenecian á familias senatoriales muy distinguidas, y su cuñada Fabia era vestal. Dotado de un jenio vastísimo, se consagró desde su juventud al estudio de la literatura griega y latina, se aprovechó de las lecciones que le dieron los oradores y filósofos mas célebres, y acabó de perfeccionar en la patria de Demóstenes el talento que habia de hacerle igual en lo sucesivo á aquel grande hombre.

A pesar de su pasion al estudio, cumplió Ciceron en su juventud la primera obligacion de un ciudadano romano; peleó en defensa de su patria, y militó con distincion en la guerra contra los marsos, bajo las banderas de Syla. Sus primeros triunfos en la tribuna, el valor con que defendió la causa de un proscrito en presencia del dictador, la vivacidad de su imajinacion, la fecundidad de su memoria, su declamacion noble, animada y menos teatral que la de Hortensio, le dieron desde el principio de su carrera un lugar distinguido entre los primeros oradores de Roma.

El favor popular que su elocuencia le granjeó, hizo que se le nombrase cuestor en Sicilia. Integro en su administracion, halló medios para satisfacer las necesidades del ejército y aliviar al mismo tiempo á los sicilianos de los enormes tribunos que sus predecesores les habian impuesto. El fué quien descubrió el sepulcro de Arquimedes en un lugar desierto, donde yacia oculta entre malezas una pequeña columna, y sobre ella el cilindro circunscrito á la esfera. La inscricion no dejó duda alguna sobre el destino de aquel monumento: «Así, decia el mismo Ci»ceron, una de las mas ilustres »ciudades de Grecia, y en otro »tiempo de las mas sábias, hu-

»biera ignorado siempre el sepulcro del mas ilustre de sus »ciudadanos, á no haberlo des»cubierto un arpínate.» Sus talentos, su justicia y su humanidad le adquirieron el amor de los pueblos sicilianos, los cuales á su partida le hicieron onores casi sin ejemplo.

Sus obras. — Seria necesario un libro entero para describir la carrera oratoria y literaria de Ciceron. Se han conservado muchos de sus alegatos y arengas que serán en todas las edades lecciones y modelos. Enriqueciendo su patria con las palmas de Grecia, aclimató en Roma la filosofia, y señaló á los hombres sus deberes con un talento igual al que habia desplegado para defender sus derechos. Reconoció los defectos del sistema austero de los estóicos, y los errores agradables de Epicuro, y prefirió la secta académica, mas conforme por su moderacion al carácter y rectitud de juicio que le distinguia.

A su intimidad con Pomponio Atico debemos una coleccion de cartas: en ella es tan amable Ciceron por sus virtudes privadas como digno de admiracion en sus obras filosóficas y elocuentes discursos como filósofo y estadista. Este monumento precioso para la historia, tiene en nuestros tiempos el mérito particular de presentarnos un cuadro fiel y circunstanciado de las costumbres romanas en aquella época de esplendor y decadencia, y de hacernos en cierto modo asistir á todos los sucesos y conocer las interioridades de sus principales actores.

Su acusacion contra Verres. —Una de las causas del aprecio jeneral que logró Ciceron, y del juicio que formaron todos de su firmeza é idoneidad para dirijir enmedio de las tempestades el bajel de la república, fué el proceso que intentó contra Verres, patricio poderoso, sostenido por todos los grandes de Roma y por aquella parte del pueblo que vende siempre su voto á la opulencia. Verres, siendo pretor en Sicilia, la habia oprimido como un tirano. Nunca la virtud animosa atacó la iniquidad y la avidez con mas enerjía, ni pintó sus vicios con mas vivos colores, ni formó un cuadro mas conmovedor de las desgracias de un pueblo oprimido.

Atacando á su adversario, ya con apóstrofes valientes, ya con ironías acervas, estrechándole con lójica irresistible, variando incesantemente sus formas, movimientos y colorido, y acumu-

lando sobre el contrario las pruebas mas convincentes, trasmitia á los ánimos de los circunstantes los afectos de las víctimas del tirano.

Destierro de Verres.— Acusar á Verres, era atacar á la mayor parte de los grandes de Roma, que debian sus inmensos caudales á concusiones de la misma especie; pero su crédito, las intrigas de sus clientes, los clamores de los hombres corrompidos y las prodigalidades del pretor, nada pudieron contra el valor y la elocuencia del acusador. Verres fué condenado al destierro á pesar de los esfuerzos que hicieron los nobles para salvarle.

Ciceron, arrostrando su ira, decia animosamente: «Los no»bles son como enemigos natu»rales de la virtud, de la fortuna »y de los talentos de los hom»bres nuevos: quieren formar »una casta diversa de la nues»tra. Implacables siempre con»tra nosotros, nuestra laborio»sidad, trabajos y servicios no »pueden escitar su benevolen»cia ni aun su aprecio. Pero su »oposicion constante no me im»pedirá seguir mi carrera. Yo »no pretendo elevarme sino por »mis acciones, y no aspiro á las »dignidades del estado sino cuan»do las merezca, ni solicito el »favor del pueblo sino sirvién»dole con fidelidad sin temor de »las venganzas que el odio pre»para á mi firmeza. Los podero»sos declaman, los facciosos se »alborotan: yo resisto á todos; y »en la causa importante que me »he obligado á sostener, si los »jueces no corresponden á la o»pinion que tengo de su integri»dad, yo mismo los acusaré de »prevaricadores. Si alguno em»prende amenazar ó seducir á »los majistrados para libertar al »culpable de las manos de la jus»ticia, yo lo citaré ante el tribu»nal del pueblo y le perseguiré »con la misma veemencia que »persigo á Verres.»

El triunfo de Ciceron en esta importante causa, tuvo consecuencias que no se habian previsto. El calor de sus discursos resucitó el antiguo odio de la plebe contra los magnates y la incitó á pedir que se restableciese la antigua autoridad de los tribunos.

Julio César, que queria levantar el partido del pueblo, sostuvo con fuerza esta proposicion. Pompeyo, cuyo crédito era entonces predominante, tuvo la debilidad de consentir en ello, y así puso él mismo los cimientos de la fortuna de su rival;

pues con la asistencia de los tribunos logró César trastornar despues la república. Ciceron, que entonces aborrecia á los nobles, apoyó el dictámen de César, y no tardó en arrepentirse de ello.

Edilidad de ciceron.— Cuando Pompeyo partió al Asia, Ciceron, sostenido por el favor del pueblo, obtuvo la edilidad, empleo que le abria las puertas del senado; pero le obligaba á costear con suma magnificencia los juegos públicos y las fiestas de Céres, Liber, Libera y la madre Flora. En aquel tiempo, en que el oro tenia mas peso que la virtud, en que los ricos se empleaban en comprar la autoridad, y el pueblo en vender los votos, los plebeyos permitian á los grandes que dominasen, con tal que satisficiesen la pasion jeneral al dinero y á los espectáculos; y así los ediles procuraban popularizarse haciendo inmensas distribuciones de víveres y gastos enormísimos.

César los venció á todos en profusion en las fiestas fúnebres de su padre; porque hizo labrar de plata maciza las tablas y decoraciones del teatro; y como dice Plinio, las fieras del circo pisaron entonces ese metal precioso. Ciceron evitó en sus espectáculos la mezquindad y la ostentacion. Los sicilianos, agradecidos, quisieron pagar el costo de aquellas fiestas; pero no aceptó sus regalos sino para distribuirlos á los pobres y abaratar el precio de los víveres.

Cuando los reveses de Lúculo ofrecieron al partido de Pompeyo ocasion oportuna para dar á su jefe una autoridad sin límites, Ciceron, por la primera vez, pareció sacrificar el interés público al suyo, y la libertad á su ambicion; y aunque al sostener la ley Manilia, que concedia á Pompeyo casi el poder de un monarca, aseguró que solo asentia al bien de la república, es probable que nadie le creyó; pues se veia claramente que aspiraba al consulado, apoyándose en los amigos de aquel jeneral.

Ceguedad de ciceron contra catilina. — La ambicion, que ciega á los hombres mas ilustrados, no permitió en mucho tiempo á Ciceron conocer los vicios y proyectos de Catilina. El deseo de ser sostenido por el crédito de este patricio, le engañaba para no penetrar sus ardides, y aun le impelió á defenderle ante un tribunal. «Me lisonjeo, escribia á Atico, de que si logro que »Catilina salga absuelto, tendrá »mas ardor para favorecerme: si »me engaño, tendré paciencia.»

No necesitaba de tan indigno apoyo para elevarse: los sufrajios unánimes del pueblo le designaron cónsul. Desde que fué nombrado, se empleó únicamente en el bien jeneral, y sacrificó su fortuna á sus deberes; y para estar cierto de que su colega Antonio no se opondria á las medidas útiles que pensaba tomar, le cedió la rica provincia de Macedonia, y prometió á Metélo la de la Galia Cisalpina. El mundo entero era tratado como pais de conquista por una sola ciudad; y así los gobiernos de las provincias aseguraban á los procónsules una riqueza inmensa; pero el único objeto de Ciceron era la gloria. «Quiero, decia »á su amigo, ejercer el consula»do con tal justicia é indepen»dencia, que nadie pueda decir »que obro con la esperanza de »obtener algun gobierno ó dig»nidad. Solo esta independencia »me dará recursos y derecho pa»ra oponerme á la turbulencia »de los tribunos.»

El órden ecuestre, ilustrado por sus talentos, era suyo; él fué el primer caballero que obtuvo el consulado sin haber sido inscrito en la lista de los senadores. En vez de dejarse estraviar por el espíritu de partido ó la falsa mácsima, *divide para mandar*, creyó que la union era la sola verdadera fuerza del estado; se aplicó á restablecer la buena armonía entre los caballeros y el senado, y lo consiguió.

El tribuno Publio Servilio Rulo propuso al pueblo una ley agraria. Su proyecto contenia la creacion de decemviros por cinco años, encargados con poder absoluto de establecer muchas colonias nuevas, repartir entre los ciudadanos las tierras conquistadas en Europa, Asia y África, ecsaminar la legalidad ó ilegalidad de las propiedades adquiridas, y obligar á dar cuentas á todos los jenerales, escepto á Pompeyo. El mismo proyecto escluia del decemvirato á los ciudadanos ausentes de Roma. Era claro que el autor de esta ley queria, con el título de jefe de los decemviros, llegar al poder supremo; pero la plebe, ciega por el interés, no vió lo que saltaba á los ojos: alagada por el deseo de adquirir bienes y por su envidia contra los ricos y grandes, no conoció el objeto oculto del tribuno, ni los peligros á que se esponia la república si fuese adoptada semejante proposicion.

Cuanto mas popular parecia, mas temible era para el senado,

porque de aceptarla se seguia un trastorno jeneral, y de rechazarla, nuevos odios y nuevas guerras civiles. Ciceron animó á los senadores aterrados, los ecsortó á la resistencia, y sin temor de perder su popularidad, atacó á los tribunos en la misma asamblea del pueblo. Su posicion era delicada. Siendo un hombre nuevo, se le podia acusar de ingratitud si abandonaba una causa que parecia plebeya; y la fuerza de la elocuencia y de la razon no bastaba en aquellas circunstancias para ilustrar los ánimos preocupados y enardecidos, ni para desenmascarar una ambicion tanto mas peligrosa, cuanto caminaba á la tiranía bajo el estandarte mentido de la libertad.

Nunca mostró mas arte Ciceron que en esta lucha atrevida de la rectitud contra la codicia, y del interés público contra el privado. En vez de ostentarse orgulloso por la púrpura consular, empieza dando gracias al pueblo por la dignidad que le debe, y recuerda que él es y debe ser un cónsul popular. Antes de atacar directamente la nueva ley agraria, dá su aprobacion á las que en otro tiempo propusieron los Gracos, y prodiga los mayores elojios á aquellos ilustres y desgraciados ciudadanos, cuya memoria vivia aun en los ánimos de sus compatriotas. Despues de haber aprobado los principios que los guiaban para proponer un repartimiento equitativo, se opone con fuerza á la adopcion del decreto de Rulo, que bajo una máscara popular, oculta la ereccion de una tiranía odiosa, y el nombramiento de diez reyes con poder arbitrario. Pompeyo era á la sazon el hombre mas favorecido del pueblo romano, y Ciceron insinúa diestramente, que los tribunos, aparentando esceptuar á aquel héroe de la regla comun, no lo elevan sino para abatirlo, no lo perdonan sino para arruinarlo, no lo dispensan de dar cuentas sino para impedir que se presente en Roma y escluirlo así del decemvirato.

Empleando el arma de la ironía, representa á Rulo llegando como triunfador al reino de Mitridates, precedido de lictores, seguido de una guardia numerosa, circundado del aparato réjio, tomando con orgullo en sus cartas los títulos de «tribuno del »pueblo, decemviro, majistra»do supremo;» y dando al conquistador del Asia solo el tratamiento de Pompeyo, hijo de Gneyo. «¿No lo ois ya mandar á »aquel grande hombre que se

»presente en su tribunal, le sir»va de escolta y asista á la venta »de las tierras que su valor ha »conquistado? ¿Quién dará de »hoy en adelante órdenes para »establecer nuevas colonias en »Italia, Asia y Africa? El rey »Rulo. ¿Quién juzgará á los pre»tores y cuestores, á los ciuda»danos y á los aliados? El rey »Rulo. ¿Quién decidirá de la for»tuna pública y privada? ¿Quién »distribuirá los premios y cas»tigos? El rey Rulo.»

Hablando despues con mas seriedad de los abusos monstruosos de un poder tan estenso, y formando con los colores mas vivos el cuadro espantoso de la nueva tiranía, se dá la enorabuena del favor con que le han escuchado, y saca de él un presajio feliz para la conservacion de la libertad.

En vano los tribunos quisieron responder injurias á sus argumentos, y destruir con calumnias la impresion que habia hecho su elocuencia: en vano dijeron al pueblo que era un partidario de la aristocrácia y de Syla: Ciceron probó con evidencia que el mismo Rulo se atrevia á defender los actos de aquel tirano, pues que el efecto de su decreto seria dar á las violencias de la dictadura una sancion legal. La razon del cónsul triunfó de las pasiones del pueblo, y el proyecto de Rulo fué desechado.

Defensa de Ciceron para Oton.—Poco tiempo despues dió el senado un decreto asignando á los caballeros un lugar distinguido en los espectáculos públicos. Oton, que habia sido el fautor de esta resolucion, cuando entró en el teatro fué silbado por el pueblo y aplaudido por el órden ecuestre. Los partidos se enardecieron; de la altercacion mas violenta se pasó á las amenazas, y ya iban á llegar á las manos. Ciceron, informado del tumulto, acude al teatro, manda al pueblo que le siga al templo de Belona, y le hace un discurso, que fué citado durante muchos siglos, como un ejemplo admirable del poder de la elocuencia sobre las pasiones. Aquel poderoso orador se hizo dueño en pocos momentos de los ánimos de la muchedumbre, de tal manera, que cuando el pueblo volvió al espectáculo, manifestó á Oton el mayor aprecio y respeto. Se cree que Virjilio aludió á este triunfo del orador romano en los hermosos versos en que compara á Neptuno calmando las olas irritadas, á un grave majistrado, cuya presen-

cia majestuosa y palabras llenas de dignidad y dulzura apagan los furores de la multitud.

La elocuencia de Ciceron hechizaba tanto á los romanos, que el pueblo, si hemos de creer á Plinio, olvidando sus ocupaciones y sus placeres, lo dejaba todo por oirlo.

Conjuracion de Catilina.— Pronto tuvo que pelear con un enemigo mas formidable, y salvar á la república de un peligro mayor. Un patricio, ilustre por su nacimiento, dotado de gran talento y de mayor audácia, incapaz de moderacion en los deseos y de temor en los riesgos, diestro en ganar la estimacion de los hombres onrados por su hipocresía, la amistad de los malos por sus vicios, y el afecto de las tropas por su valor; Lucio Serjio Catilina, educado en las discordias civiles, meditaba mucho antes el designio de trastornar la república, y de ascender á la tiranía por el camino sangriento que Mario, Carbon y Syla habian trazado.

Retrato de Catilina.— Si el retrato de este conspirador famoso, hecho por el mismo Ciceron, es fiel y parecido, Catilina presentaba en su carácter la mezcla inaudita de las mas opuestas cualidades; porque tenia los lineamentos de grandes virtudes, desfigurados en el fondo de su alma por vicios los mas feos; ligado en secreto con todos los hombres corrompidos y perversos de la república, no manifestaba aprecio sino á los ciudadanos mas virtuosos. Al entrar en su casa, el pudor se ofendia de ver en pinturas lascivas los estímulos de la liviandad; mas no por eso dejaba de admirarse en ella armas, libros y todo lo que puede incitar al trabajo, al estudio y al heroismo. Mónstruo de opuestas especies, ninguno supo mejor que él seducir á los buenos y agradar á los criminales, profesar escelentes principios y seguir los mas perversos, encenagarse en la desonestidad y sufrir el trabajo y las privaciones. Era tan pródigo como avaro. Ningun ambicioso le escedia en el arte de ganar amigos, con los cuales repartia su dinero, sus trenes, su crédito y hasta sus queridas: ni habia crímenes que no estuviese dispuesto á cometer por servirlos. Cuando hablaba con filósofos austeros ó con hombres melancólicos, su carácter flecsible se presentaba con una tristeza que parecia natural: si lo rodeaban jóvenes festivos, era mas loco y alegre que todos. Só-

rio con los graves, lijero con los aturdidos, mas atrevido que los mas temerarios, mas voluptuoso que los mas corrompidos, la increible versatilidad de sus costumbres habia hecho partidarios suyos, no solo á los hombres sin conducta ni principios, que abundaban en Italia y en las provincias, sino tambien á muchos personajes ilustres, seducidos por sus apariencias hipócritas.

Sus primeros crimenes.—Catilina se habia mancillado desde su mas tierna juventud con delitos infames: tuvo de una señora de calidad que se abandonó á él, una hija con quien despues se casó. Compró el favor de Syla con homicidios; desonró una jóven patricia; corrompió á la vestal Fabia, cuñada de Ciceron: violador de las leyes divinas y humanas, sacrificó la naturaleza misma para saciar su pasion vergonzosa á Aurelia Orestila, de quien ningun hombre onrado alabó nunca sino la hermosura; dió muerte á su propio hijo, cuyos derechos impedian á Orestila casarse con él, y celebró sus infames bodas en la misma casa que habia mancillado con tan ecsecrable parricidio. Parece que este crímen aceleró la ejecucion de sus designios ambiciosos; porque tenia necesidad de grandes tumultos esteriores para aogar el grito del remordimiento. Temiendo la ira del cielo y la venganza de los hombres, hallaba un enemigo implacable en lo mas hondo de su corazon, que le impedia descansar un solo instante. Su conciencia era su verdugo: su color pálido, sus miradas sombrías, su paso ya lento, ya precipitado, daban indicios de su locura.

Sus satelites.—Rodeado de una tropa escojida de perversos, bandidos y hombres inmorales y oscuros, la aumentaba sin cesar con jóvenes cargados de deudas, á los cuales pervertia con sus artificios, instruia en la maldad y acostumbraba á despreciar las leyes, los peligros y las vicisitudes de la fortuna. Se servia de ellos para los testimonios y firmas falsas; y seguro de su obediencia, cuando una vez les habia hecho perder la reputacion, ecsijia crímenes mayores; tal vez les hacia cometer asesinatos sin motivo, prefiriendo que fuesen crueles sin necesidad, á que sus manos ociosas perdiesen la costumbre de delinquir.

Seguro de su adesion, y casi cierto de que le ausiliarian los

antiguos soldados de Syla, arruinados por sus desórdenes y que echaban menos la licencia de las guerras civiles, Catilina creyó el momento favorable para acometer á la república, cuando los ejércitos romanos y Pompeyo, que hubieran podido oponérsele, hacian la guerra en los confines del Oriente. La lejanía de este gran capitan, el descontento de las provincias, las murmuraciones de los aliados, la corrupcion del pueblo y la necia seguridad del senado, le hacian esperar un triunfo pronto y no dificultoso. Pero antes de emplear la fuerza manifiestamente, solicitó el consulado con el ausilio de sus amigos para destruir las leyes, armado de un título legal.

Su esclusion del consulado.—No era esta la primera vez que aspiró á tan alta dignidad, ni tampoco la primera que meditó crímenes para conseguirla. Algun tiempo antes, Publio Autronio y Publio Syla, convencidos de sobornadores, fueron escluidos del consulado, para el cual estaban ya designados. Catilina solicitó votos para entrar en lugar de ellos; pero acusado él mismo de escesos, concusiones y rapiñas que habia cometido siendo pretor en Africa, no se le admitió en el número de los candidatos, y fueron cónsules Torcuato y Cotta.

Su complot.—Enfurecido con este desaire, quiso obtener por la violencia la autoridad que no pudo adquirir legalmente; y de concierto con Autronio y Cneyo Pison, emprendió al frente de un partido numeroso, asesinar el primero de enero á los cónsules, y apoderarse de su autoridad. A Pison debia darle despues el gobierno de España. La indiscrecion de uno de los cómplices hizo que se descubriese la conjuracion, y los obligó, no á renunciar á ella, sino á dilatar su ejecucion hasta el quince de febrero, dia en que además de los cónsules, habian resuelto asesinar á muchos senadores.

Catilina, demasiado impaciente de satisfacer su venganza y su ambicion, dió antes de tiempo la señal en que se habian convenido. Los conjurados, que estaban á las puertas del senado, no se habian juntado aun en bastante número para lograr el golpe, y quedó sin écsito por su escesivo ardor esta conjuracion primera, cuyo fruto logró solamente Pison, pues obtuvo el gobierno de España con el ausilio de Craso, que satisfacia en este nombramiento su odio contra

Pompeyo, de quien entrambos eran enemigos. Los vicios de Pison le fueron tambien útiles, porque el senado consintió gustoso en alejar de Roma á un hombre de quien tan justamente recelaba. Partió á su gobierno, y fué asesinado en un tumulto movido por algunos emisarios de Pompeyo.

Catilina, lejos de desanimarse por el mal suceso de su proyecto, se aplicó constantemente á emplear los medios que asegurasen su ejecucion. Trabajando sin cesar en alentar á sus partidarios, cuyo número aumentaba cada dia, animaba á unos con promesas, á otros con regalos: lisonjeaba todas las pasiones, irritaba todos los resentimientos, inflamaba la codicia, daba esperanzas de impunidad, á los malvados, á los pobres de riquezas, á los esclavos de libertad, á los soldados de saqueo, á los plebeyos del abatimiento de la nobleza. En esta conspiracion entraron muchos senadores, seducidos por sus artificios y por la promesa de partir con él la suprema autoridad. Entre ellos se contaban el pretor Cayo Cornelio Léntulo, Cetego, Autronio, Casio Lonjino, Publio y Servio Syla, sobrinos del dictador, Varginteyo, Quinto Annio, Porcio Lecca, Lucio Bestia, Quinto Curio; y del órden ecuestre Fulvio Nobilior, Statilio, Gabino Capiton y Cayo Cornelio. Creyóse tambien en aquel tiempo que Craso, por odio á Pompeyo, favorecia en secreto y sin comprometerse, la conjuracion, esperando ponerse al frente de ella si no se malograba.

Su arenga a los conjurados. —Cuando Catilina creyó su partido bastante fuerte y la ocasion oportuna, reunió á los conjurados, con quienes hasta entonces solo habia tratado en particular, y les dijo: «Mis esperanzas se»rian vanas, y gran locura en mí »sacrificar lo cierto por lo in»cierto, si no hubiese ya esperi»mentado vuestro valor y fide»lidad. Pero vuestros ánimos son »fuertes: tenemos los mismos a»migos y enemigos, único lazo »de la firme amistad; y la intre»pidez invencible que mostrais »me da osadía para acometer tan »grande empresa. Nuestros in»fortunios actuales y los que nos »esperan si no conquistamos la »libertad, me afirman en mi pro»pósito. Roma está sometida á un »corto número de hombres ava»rientos y poderosos; á ellos pa»gan tributo los reyes y los pue»blos, mientras todos los ciuda»danos onrados y valerosos, no-

»bles y plebeyos, están confun-»didos con el populacho, sin cré-»dito ni autoridad, sometidos á »los caprichos de los que si hu-»biese república temblarian de »nosotros.»

«Su herencia son el poder, »los onores y las riquezas: los »peligros, las injurias y los su-»plicios la de nosotros. ¿Hasta »cuándo, valientes amigos, su-»frireis esta indignidad? ¿No es »mejor perecer con denuedo, »que yacer víctimas y juguetes »de su orgullo, y terminar en el »oprobio una vida infeliz? Pero »por los dioses y los hombres, la »victoria está en nuestras ma-»nos. Estamos en la flor de la »edad y del vigor de ánimo, »cuando ellos son viejos y ener-»vados por las riquezas. Atrevá-»monos y caerán. Porque ¿quién »podrá sufrir el lujo de esos in-»solentes? Terraplenan los ma-»res, allanan los montes, edifi-»can palacios, el universo ente-»ro contribuye á sus desórdenes, »no alcanzan sus gastos insensa-»tos á agotar sus rentas; cuando »nosotros carecemos de lo nece-»sario, y apenas nos ha quedado »un miserable tugurio en que »vivir. La miseria reina en nues-»tras casas: los acreedores nos »persiguen: lo presente es triste, »orrible el porvenir: nada tene-»mos sino una alma vigorosa pa-»ra sentir nuestro infortunio. »Despertemos, pues; tenemos á »la vista todo lo que siempre »hemos deseado: libertad, rique-»zas, dignidades y gloria; pre-»mios que la fortuna reserva á »los vencedores. El peligro, la »pobreza, la ocasion, el interés »público y los frutos ópimos de »la guerra, os incitarán mas que »mis palabras. Seré vuestro je-»neral ó vuestro soldado: mi á-»nimo y mi espada estarán siem-»pre dispuestos; y si llego á ser »cónsul, satisfaré con mas pron-»titud vuestros deseos. Espero »que conservareis la union, y »que no preferireis el oprobio »al onor, ni la servidumbre á la »independencia.»

Juramento terrible. — Despues de este discurso hicieron estrecha alianza: y presentándoles en seguida Catilina una copa de vino mezclada con sangre humana que aun umeaba (1), les hizo á todos beber de ella escitándolos á prometer bajo juramentos los mas orribles y espantosos, que perecerian antes que serle infieles.

(1) *Puerum mactavit, juramento quæ inito super ejus viscera, ea deinde cum aliis comedit.*

Dion. lib. 37.

La conspiracion estaba aun oculta: los cónsules, locos de placer con la gloria de Pompeyo; el pueblo se entregaba á la alegría de la prosperidad; el senado se adormecia en una seguridad ciega y Roma, tranquila en la orilla del precipicio, estaba á punto de perecer sin haber quien le advirtiese el riesgo. La inconstancia de una mujer, la indiscrecion de un amante, y la firmeza de un majistrado, salvaron la república.

Quinto Curio, uno de los conspiradores, habia consumido su caudal obsequiando á una patricia llamada Fulvia, y esta le despreció cuando le vió arruinado, sin que ruegos ni lágrimas pudiesen moverla. La nueva esperanza que le daba la conjuracion, reanima á aquel hombre perdido: vuelve á las súplicas, mezclando entre ellas algunas amenazas, y asegurando una mudanza prócsima en su fortuna. Fulvia, admirada, sospecha que hay oculto algun secreto importante; cuenta, sin nombrar á Curio, las noticias vagas que tenia de la conjuracion; circulan y se estienden con rapidez; el espanto crece por lo mismo que nada se sabia con certeza, y la imajinacion pasaba los límites de la realidad. Como era entonces la época de los comicios, el peligro comun hizo enmudecer la envidia de los nobles contra Ciceron, y solo se tuvieron presentes sus virtudes y talentos. Las intrigas de Catilina salieron vanas, y Ciceron y Antonio fueron nombrados cónsules por unanimidad.

Crimenes de Catilina.— Esta eleccion, que privaba á los conjurados de todo medio legal para conseguir sus designios, aumentó su furor. Catilina redobló su actividad: envió partidarios suyos á los puntos mas importantes de Italia, y les distribuyó armas. Sus cómplices, á fuerza de préstamos, robos y crímenes, juntaron bastante dinero para que Manlio marchase á Fésula á juntar un ejército. Los soldados de Syla y toda la canalla de Italia concurrieron á porfía á sus banderas: todas las cortesanas y mujeres corrompidas de Roma contribuyeron á los gastos de este armamento. Entre ellas se distinguia Sempronia, ilustre por su nacimiento, hermosura, injenio é instruccion. Desdeñando la felicidad doméstica que podia gozar al lado de un marido virtuoso, y de hijos que prometian mucho, se abandonó á los desórdenes, echando á perder su caudal al

mismo tiempo que su reputacion. Arruinada por sus escesos no halló mas recurso que el crímen, y cometió muchos que espantaban aun á los hombres mas audaces.

Tales eran los ajentes de Catilina. De acuerdo con ellos formó el designio de sublevar los esclavos, degollar al senado, incendiar á Roma y establecer su tiranía sobre las ruinas de la república. Ciceron, destinado á salvarla, habia penetrado los proyectos del conspirador y seguia sus pasos con infatigable actividad. Empleando hábilmente á Fulvia, hizo que esta persuadiese á su débil amante Curio que manifestase sus cómplices; y que ostáculo alguno se opusiese á su marcha se aseguró de su coléga Antonio, prometiendo á su codicia el gobierno de la Macedonia.

Complot contra Ciceron.— Los conjurados, temiendo la firmeza del cónsul, y buscando los medios de sustraerse á su vijilancia, le ponian lazos incesantemente, y todos los dias le amenazaban con sus puñales. Catilina creia imposible apoderarse de Roma sin matarlo antes; pero él, rodeado siempre de amigos y clientes, evitó con su prudencia todas las asechanzas que se le tendian. No tardó en saber que Catilina formaba en la ciudad acopios de armas, y en los diferentes cuarteles apostaba hombres de su confianza. En fin, este audaz conspirador, reuniendo otra vez á los conjurados enmedio de la noche, se quejó de su lentitud, les dijo que Manlio habia tomado las armas, y que él mismo iba á reunirse con él; pero que ante todas cosas era menester acabar con Ciceron. Cornelio Léntulo ofreció ir aquella misma noche á su casa, pues no podia negarse á recibir la visita del pretor, y juró darle de puñaladas: Vargunteyo prometió acompañarle. Curio, que estaba presente á esta deliberacion, avisó al momento á Ciceron por medio de Fulvia el peligro inminente que le amenazaba. Los asesinos hallaron cerrada y con guardias la casa del cónsul, y no pudieron consumar su delito.

Ciceron, habiendo roto el velo que cubria aquella orrible conjuracion, no ignoraba ninguno de los proyectos de Catilina, y aunque no supiese á punto fijo cuáles eran sus recursos, ni cuántas las fuerzas de Manlio, creyó que debia dar cuenta sin dilacion al senado de todas las noticias que habia adquirido.

Oida su relacion, los senadores dieron un decreto que puso en manos de los cónsules un poder casi absoluto, encargándoles que velasen por la salvacion de la república.

OSADIA DE CATILINA EN EL SENADO.—Pocos dias despues informó al senado que Manlio se habia puesto en campaña al frente de un cuerpo considerable: que los esclavos de Cápua se habian rebelado, y que en toda Italia se hacian grandes trasportes de armas. Un nuevo decreto del senado ordenó que se reuniesen las lejiones bajo el mando de Marcio, Metélo Cnetico y Pomponio Rufo. Ciceron hizo fortificar la curia, distribuyó cuerpos de guardia en toda la ciudad, y prometió grandes recompensas á los que diesen alguna noticia acerca de los designios de los conjurados. Estos decretos mudaron repentinamente el aspecto de Roma: al placer de los triunfos, á la tranquilidad de la paz, á la licencia de las fiestas y banquetes sucedieron la tristeza, el terror y la consternacion. El autor de todos estos males se mostraba solo y sin terror enmedio de Roma ajitada, y aun tuvo la osadía de presentarse en la curia y tomar en ella su asiento acostumbrado. Los senadores, llenos de orror al verle, se apartan todos de él, y su temeridad ecsaltó el espíritu del cónsul. La indignacion inspiró á este un discurso, por el cual la fama de su elocuencia se igualó merecidamente con la de Demóstenes.

ARENGA DE CICERON A CATILINA. —«¿Hasta cuándo, Catilina, dijo con ardor, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuándo se cansará tu furor de burlarse de »nosotros? ¿Adónde se detendrá esa tu audácia desenfrenada? ¿Qué, ni la guardia que vela en el Palatino, ni los soldados que guarnecen la ciudad, »ni la consternacion del pueblo, »ni las fortificaciones de la curia, ni la concurrencia de todos »los buenos, ni las miradas que »te dirijen los senadores, nada »te asombra, detiene ni intimida? ¿No ves que tus designios »están descubiertos, tus pasos averiguados, y encadenada tu »conjuracion? ¿Quién de nosotros »crees que ignora lo que hiciste »en la noche última y en la anterior, el lugar de tus reuniones, los cómplices que concurrieron y las resoluciones que »se adoptaron? ¡O tiempos! ó »costumbres! El senado sabe todas estas infámias, el cónsul las »vé, y ¡tú vives! y no solo vives

»sino vienes al senado, tomas a»siento entre nosotros, participas de nuestras deliberaciones, »y señalas con tus miradas las »víctimas que deseas inmolar! »¡Nosotros, hombres valientes, »creemos haber satisfecho á la »república si apartamos de nues»tro seno el puñal de este deli»rante! Mucho tiempo ha, ó Ca»tilina, que mereces ser lleva»do al suplicio por órden del »cónsul, y sufrir tú solo las ca»lamidades con que nos amena»zas.»

Recuerda despues el orador los numerosos ejemplos que le autorizan para mandar su muerte, y prueba que mas bien seria digno en este caso de ser llamado lento que cruel. «Pero lo que ya »habria debido hacer, continúa, »tengo motivos para diferirlo »aun. Te daré la muerte cuando »no haya en Roma un solo ciu»dadano tan malvado, tan per»verso, tan semejante á tí, que »no aplauda tu suplicio. Mientras »que alguno se atreva á defen»derte, vivirás; vivirás como »aora, rodeado de una guardia »numerosa que enfrene tu audá»cia, de ojos vijilantes que te ob»serven, de oidos que te escu»chen.»

Esplica al mismo Catilina todo el plan de su conjuracion, y le demuestra que conoce todos sus pasos, acciones y pensamientos; y despues esclama: «Sal de Ro»ma, Catilina: las puertas se te »abren, marcha: el campo de »Manlio reclama su jeneral. Lle»va contigo todos tus cómplices, »purga la ciudad de tu presencia; »yo temeré mientras las murallas »de Roma no estén entre los »dos. No puedes ya vivir entre »nosotros; no lo sufriré, no lo »permitiré, no lo consentiré.»

Describe las infamias de su vida, le muestra que es el objeto del temor, del odio y del desprecio de todos; y supone que Roma misma le dirije estas palabras.

«Hace muchos años, Catilina, »que no se ha cometido nin»gun delito, sin ser tú, ó el au»tor ó el cómplice; ninguna in»fámia en que tú no hayas teni»do parte. Tú solo has podido »impunemente robar á los alia»dos, saquear las provincias; tú »no solo has prevalecido con»tra los juicios, sino tambien »contra las leyes: estas cosas, »aunque intolerables las sufrí co»mo pude; pero ya que tu nom»bre solo hace temblar á todos, »que en el menor ruido se teme »el puñal de Catilina, que no »puede formarse ninguna empre»sa contra mí sin que tú la diri-

»jas, se acabó mi paciencia. Por »lo cual vete y calma mis terro»res; si son verdaderos, evitaré »mi ruina; si falsos, dejaré por lo »menos, de estar atemorizado.»

Ciceron, despues de haber confundido á su adversario con el rayo de su elocuencia, de la cual solo hemos podido presentar una débil muestra, prueba al senado que la muerte de Catilina alejaria el peligro, mas no lo disiparia, porque unos dudarian de la conjuracion, otros creerian tiránica la conducta del cónsul; cuando por el contrario, obligando al enemigo público á desterrarse con sus cómplices, y á declarar sus malvados proyectos con las armas en la mano, se arrancarian de raiz los males que amenazaban la patria.

Su oracion concluyó así: «Vé, »Catilina: apresúrate á comen»zar una guerra impía. Y tú, Jú»piter, á quien adoramos bajo el »nombre de Stator, y que fuiste »consagrado por Rómulo con los »mismos auspicios que esta ciu»dad, augusto protector suyo y »del imperio, presérvanos del »furor de Catilina y de sus cóm»plices. Defiende los altares, tem»plos, casas y murallas de Roma, »los bienes y las vidas de los ciu»dadanos; y á los ladrones de Ita»lia, enemigos de todos los bue»nos, verdugos de la patria, uni»dos entre sí con el lazo de las »maldades y crímenes, persígue»los vivos y muertos, con eter»nos suplicios.»

Defensa de catilina.—Catilina, disimulando su violencia, y abatiéndose contra su costumbre á los ruegos, suplicó al senado que no creyese con lijereza, calumnias dictadas por el aborrecimiento personal. Enumeró pomposamente sus servicios y los de sus antepasados, y trató de probar que era absurdo temer á un patricio interesado por su dignidad y nacimiento en la conservacion de la república, y fiar imprudentemente la salud del estado á un arpinate, que no tenia en Roma ni aun una casa, y que disponia insolentemente del onor y la vida de los mas nobles ciudadanos. No pudiendo contener mas su ira, prorumpió en injurias y amenazas contra el cónsul: entonces se le interrumpió de todas partes, y los senadores, levantándose de sus asientos, le prodigaron los nombres de *traidor y parricida*. Catilina enfurecido esclamó: «Pues »mis enemigos me obligan á ello, »apagaré los fuegos que me lan»zan en la ruina comun.»

Sus preparativos hostiles.— Dichas estas palabras, sale del

senado, reune sus cómplices, les encarga que aumenten las fuerzas del partido, aceleren la muerte del cónsul, y estén preparados para incendiar á Roma cuando él se presente á las puertas con un ejército, lo que prometió hacer dentro de pocos dias. Habiendo inflamado su valor y animado sus esperanzas, partió con algunos amigos al campo de Manlio. Este habia ya esparcido por Italia proclamas para sublevar el pueblo contra la tiranía del senado, la codicia de los grandes y la injusticia de las leyes, y prometido á los pobres el repartimiento de las tierras pertenecientes al dominio público.

Catilina, fiel á su sistema de disimulacion, escribió en el momento mismo de dar principio á la guerra civil, una carta para Cátulo y otros senadores, disculpándose y asegurándoles que su salida de Roma solo tenia por objeto sustraerse á las injustas persecuciones de sus enemigos. Apenas llegó al campamento, tomó osadamente los haces y las demás insignias de la dignidad consular é hizo marchar delante de sí el águila de plata que habia servido en otro tiempo de estandarte á Mario.

El temor que inspiraba su nombre y su ejército, protejia de tal manera á sus cómplices, que á pesar de las recompensas prometidas á los denunciadores, ningun ciudadano declaró la conspiracion, ningun conjurado fué traidor á su causa. El peligro era inminente: los soldados, esclavos, proletarios y casi todos los artesanos, se mostraban favorables á Catilina. Léntulo se valia de la dignidad de pretor para aumentar diariamente su partido. Deseando ganar algunos pueblos estranjeros, encargó á Umbrano que hiciese entrar en la conspiracion á los diputados de los alobrojes que estaban entonces en Roma. Estos embajadores, descontentos de un tributo enorme que sumerjia su pueblo en las deudas y en la miseria, se quejaban á las claras de la dureza del senado. Umbrano habia servido en las Galias y conocia á los hombres mas distinguidos de aquel pais. Valido de esta circunstancia, entró en plática con los alobrojes, lamentó su calamidad, y les dió oscuras esperanzas de mejorar la suerte de su república. Ellos acojieron favorablemente esta proposicion. Umbrano creyendo que los podria persuadir á solicitar por las armas lo que se negaba á sus reclamaciones, los llevó á casa

de Décimo Bruto, les esplicó en presencia de Gabinio todo el plan de la conspiracion, y aun les mostró con sobrada imprudencia la lista de los conjurados.

Los alobrojes, incitados por la ocasion y movidos de la gran fuerza que se ofrecia á sostener los intereses de su pueblo, se obligaron á entrar en el partido; pero apenas se retiraron á su casa, reflecsionaron los peligros que los amenazaban si la conspiracion era vencida. Vagaban inciertos entre el temor y la esperanza, cuando el jénio de Roma, como dice Salustio, les inspiró descrubirlo todo á Quinto Fabio Sanga, defensor de su república; porque entonces cada pueblo tenia en Roma su protector, así como cada cliente su patrono.

Fabio Sanga informó al instante á Ciceron de todo lo que acababa de saber. El cónsul ganó á los diputados con promesas, los tranquilizó acerca de la suerte de su patria, y les encargó que finjiesen un zelo ardiente á favor de los conjurados para que conociesen mejor sus designios y medidas.

Por ellos supo á pocos dias que los ajentes de Catilina escitaban grandes turbulencias en la Apulia, el Piceno y las Galias: que el ejército rebelde se acercaria pronto á la ciudad: que Léntulo, en el momento señalado, haria que el tribuno Bestia convocase al pueblo, y citase al cónsul en juicio: que Statilio y Gabinio pondrian fuego á doce cuarteles principales de la ciudad, y que enmedio del tumulto, Cétego daria muerte á Ciceron, y muchos de sus cómplices á otros senadores. Los alobrojes, segun las instrucciones que el cónsul les habia dado, pidieron una conferencia á los conjurados. La reunion se verificó en casa de Sempronia. Los embajadores ecsijieron que Léntulo, Cétego, Statilio y Casio ratificasen sus promesas por un escrito con sus firmas y sellos, capaz de inspirar confianza á su república. Los jefes de los conjurados consintieron en ello y firmaron el trato: y Léntulo encargó á Volturcio de Crotona, que era uno de sus cómplices, acompañar á los diputados hasta el campamento de Catilina, y le dió para este una carta que decia así: «Por el dador conocerás »quien soy. Pórtate con valor; »ya ves en qué estado están nues»tros negocios: no desdeñes nin»gun ausilio, ni aun el del po»pulacho.» Volturcio llevaba además encargo de decirle que

hacia mal en no armar los siervos, y que acelerase el movimiento de sus tropas.

La noche que debian salir los diputados, Valerio Flaco y Cayo Pontino, puestos en emboscada de órden de Ciceron cerca del puente Milvio, arrestaron á los embajadores que no opusieron resistencia alguna, y cojieron á Volturcio con los escritos que llevaba.

El cónsul, dueño ya de todas las pruebas del crímen, poniéndose al frente de sus guardias, prende á Léntulo y á los demás jefes de la conjuracion y los lleva al templo de la Concordia, donde habia reunido el senado. Se interrogó á los acusados: Volturcio no tardó en renunciar á una denegacion inútil con la promesa que se le hizo de indultarle, y lo confesó todo. Los galos confirmaron su declaracion: Léntulo procuró defenderse, pero en vano, porque se le mostraron sus cartas y su sello, y muchos testigos juraron haberle oido muchas veces citar un oráculo de las sibilas, que prometia el dominio de Roma á tres Cornelios, añadiendo que Cinna y Syla lo habian obtenido, y que él acabaria de cumplir la prediccion. Los conjurados todos reconocieron sus sellos y completaron la probanza. Destituyóse á Léntulo de la pretura, y se puso á él y á sus cómplices bajo la guardia de algunos senadores que debian responder de sus personas.

La inconstante multitud, que pocos dias antes llamaba quimera á la conjuracion, compadecia á los conspiradores y acusaba á Ciceron de tiranía, pasó súbitamente de la benevolencia mas declarada en favor de Catilina, al odio mas violento contra él, y la ciudad resonó con las alabanzas del cónsul.

Un ciudadano, llamado Tarquino, que fué arrestado cerca del campamento de Catilina, dió nuevos indicios acerca de la conjuracion, pero como él declaraba haber sido enviado á Catilina por Craso, los amigos de este acusaron al denunciador de falso testimonio, y lograron por su crédito que se le pusiese en la cárcel. Como todos se valen de las turbulencias para arruinar á sus enemigos, Cátulo y Pison hicieron sospechosa la conducta de César, de quien se creia jeneralmente que era favorable á Catilina; y aun dieron pasos para hacer que los alobrojes le incluyesen en su acusacion. Muchos caballeros romanos, ecsaltados por sus discursos, amenaza-

ron á César con sus espadas al salir del senado; pero Ciceron los contuvo.

Entretanto los numerosos clientes de los acusados trabajaron con actividad en corromper el populacho, y sublevaron una parte de él con el objeto de librar á los conspiradores. El cónsul, vijilante, frustró sus designios; dobló las guardias, convocó de nuevo el senado, y le instó á que decidiese con prontitud la suerte de los presos, convencidos todos de crímen contra el estado por sus propias declaraciones.

La salvacion de la patria ecsijia que fuesen castigados; pero en una república, donde la aristocrácia conservaba tanto poder, Ciceron se esponia á grandes riesgos y á largos resentimientos, provocando la ruina de tantos patricios poderosos por sus clientes, familias y dignidades. No ignoraba esto, pero solo oyó la voz de su obligacion, y sacrificó su interés al de Roma.

Discurso de Cesar en el senado.—Reunida la curia, Silano, cónsul designado, votó primero y dijo que para espiar el crímen de los conspiradores, era menester darles muerte. Tiberio Neron opinó que se ampliase la informacion: muchos senadores seguian el dictámen de Silano, cuando César se levantó para impugnarle. «Padres conscritos, dijo: »los que quieren juzgar una causa importante y dudosa, han de »despojarse con sumo cuidado »de todas las pasiones de odio, enojo ó compasion. El ánimo turbado por estos afectos no pue»de distinguir la verdad, ni la e»mocion es compatible con la »justicia. Podria recordaros mu»chas determinaciones injustas »de reyes y pueblos que sacrifi»caron el bien público al favor ó »al resentimiento; pero me agra»da mas citar los actos de equi»dad y sabiduría de nuestros »mayores, esentos siempre de se»mejantes debilidades.»

«Cuando teníamos guerra con »el rey Perseo, la ciudad de Ro»das, célebre por su opulencia »y que debia su grandeza á los »beneficios del pueblo romano, »faltó á la fé, rompió los trata»dos y se puso en manifiesta os»tilidad. Concluida la guerra, se »deliberó acerca de los rodios: »nuestros mayores los dejaron »sin castigo, porque no parecie»se que socolor de vengar una »injuria, aspiraban á despojarlos »de sus riquezas. Los cartajine»ses cometieron contra nosotros »muchos crímenes atroces: Ro»ma no se permitió jamás usar »de represalias.»

«Nuestros abuelos atendian »mas á sus deberes que á sus de»rechos; y á imitacion suya, ó »padres conscritos, debeis evi»tar que los delitos de Léntulo »y de sus cómplices os lleven »mas allá de los límites que ec»sije vuestra dignidad. No escu»cheis el enojo sino lo que dirá »la fama. Si solo se tratase de »buscar una pena adecuada »al crímen, adoptaria la inno»vacion propuesta por Silano; »pero aunque la atrocidad del »atentado esceda á todo lo que »se puede imajinar y temer, yo »creo que el orror que nos ins»pira, no debe hacer traspasar »las reglas establecidas, y que no »podemos aplicarles mas penas »que las de las leyes.»

«Los oradores precedentes han »procurado asombrarnos con vi»vas imájenes acerca de la situa»cion de la república, y forma»do un cuadro patético de los »orrores de la guerra civil y de »la calamidad de los vencidos: »nos han puesto á la vista la »crueldad de las proscriciones, »la violencia del soldado, el ul»traje de las doncellas, los hijos »arrancados de entre los brazos »de sus padres, el onor de las »matronas á merced de los ven»cedores, las casas demolidas, »los templos profanados, y á Ro»ma enlutada, llena de sangre »y consumida por las llamas. Pe»ro por los dioses inmortales, »¿cuál es el objeto de estos dis»cursos? ¿hacernos detestar la »conjuracion? como si aquel, á »quien no estremeciese un crí»men tan atroz, pudiera ser mo»vido con palabras! Nadie mira »con indiferencia sus injurias »personales ni el riesgo de su »vida: y lo que se debe temer »es que el orror de la culpa no »irrite mas de lo que ecsijen la »razon y la justicia.»

«Nosotros no podemos, ó pa»dres conscritos, entregarnos al »resentimiento como los hom»bres particulares; poco impor»ta que estos se dejen llevar de »la ira: su fama es de corta es»tension como su fortuna; pero »aquellos á quienes su dignidad »y poder hacen ilustres, deben »pensar que todos atienden y »juzgan sus acciones; y así cuan»to mayor es su potencia, mas »deben contenerse. Los hom»bres públicos no pueden amar »ni aborrecer, y mucho menos »dejarse arrastrar de la ira. Lo »que en otros parecerá enojo, »en ellos es crueldad.»

«Yo creo, padres conscritos, »que todos los suplicios son de»masiado leves para castigar se»mejante crímen, pero los hom-

»bres nunca se acuerdan sino »de la última parte de los sucesos; olvidan los delitos, y censuran el castigo si ha sido demasiado severo.»

«Sé que Décimo Silano, varon »lleno de virtud, solo ha consultado su zelo por la república, »y que en una circunstancia tan »delicada no ha dado oidos ni al »favor ni al odio: conozco sus »costumbres, sus acciones, su »prudencia y valor; y así no tacho su dictámen de cruel, porque ¿qué cosa puede ser cruel »contra tales delincuentes? pero »yo combato su opinion porque »me parece contraria á nuestras »leyes y usos. ¿Qué puede, pues, »haber movido al cónsul designado á proponer esta grande innovacion? No el temor, de que »es incapaz: mucho mas cuando »por la vijilancia de nuestro dignísimo cónsul, por su consejo »y sus armas estamos seguros »de todo peligro. ¿Será acaso el »deseo de que la pena sea igual »al delito? Si es por eso se engaña; porque en las grandes calamidades y en la estrema miseria, la muerte es mas bien un »descanso que un suplicio: es el »término de nuestros padecimientos, y mas allá del sepulcro ni hay dolor ni placer.»

«Pero, por los dioses inmortales, ¿por qué, Silano, no has »propuesto que antes de darles »muerte se les azote con varas? »La ley porcia, me dirás, proibe inflijir este castigo á un ciudadano romano: como si otras »leyes, igualmente inviolables, »no proibiesen quitarle la vida! »¿Por qué temes infrinjir una ley »menos grave, y violas otra mas »importante? Y ¿quién se atreverá, me dirán, á censurar un decreto contra los parricidas? »¿Quién? El tiempo, la posteridad. Todos los hombres son gobernados por las circunstancias, »por las vicisitudes de la opinion, »por los caprichos de la fortuna. »Cualquiera que sea vuestra sentencia, los delicuentes no sufrirán sino lo que han merecido; »pero vosotros, padres conscritos, meditad las consecuencias. »Los ejemplos mas funestos nacen á veces de escelentes principios; y cuando el poder pasa »del virtuoso al malo, se autoriza »de lo ya hecho para pecar impunemente.»

«Los lacedemonios, tomada Atenas, encargaron su gobierno á »treinta hombres: estos comenzaron dando muerte á los mas »culpables: el pueblo aplaudia »aquellos suplicios; pero bien »pronto pagó su necia alegría, »viendo traspasados todos los lí-

»mites de la justicia y de las le»yes, y heridos á un mismo tiem»po los buenos y los malos.»

«En nuestros dias, cuando Sy»la despues de su victoria, man»dó matar á Damasipo y á o»tros delincuentes, manchados »de crímenes enormes, ¿qué ciu»dadano dejó de alabar su seve»ridad? Y sin embargo, aquellos »suplicios fueron el anuncio de »las proscriciones y de las ma»tanzas. Hombres codiciosos in»sertaron en la lista fatal á los »poseedores de los palacios, jar»dines y muebles que deseaban. »Los mismos que habian cele»brado la muerte de Damasipo, »le siguieron en breve: ni la »sangre cesó hasta que Syla hu»bo saciado la avaricia de sus »partidarios.»

«Y yo no temo semejantes »desgracias en nuestro tiempo »ni bajo el consulado de Marco »Tulio; pero en una ciudad don»de hay hombres de tan diversas »índoles, ¿quién quita que en o»tras circunstancias, otro cón»sul, dueño tambien del mismo »poder y de un ejército, se deje »llevar de sus pasiones? y cuan»do autorizado por un decreto »como el que se os propone, ha»ya sacado la espada, ¿quién po»drá detener su brazo ni mode»rar sus golpes?»

«Nuestros antepasados, padres »conscritos, mostraron siem»pre tanta prudencia como va»lor; un orgullo necio no les »impidió adoptar cuanto les pa»reció loable en las leyes y cos»tumbres estranjeras; y así to»maron de los samnitas las ar»mas, de los toscanos las insig»nias de las majistraturas, y de »los griegos las leyes que casti»gan con pena de azotes ó de »muerte; pero cuando la repú»blica perdió la pureza de cos»tumbres al mismo tiempo que »adquirió un alto grado de po»der, cuando el espíritu de par»tido y el ardor de las facciones »ponian en igual peligro al ino»cente y al criminal, publicaron »la ley porcia y otras semejantes »que permitian á los ciudadanos »condenados trocar la pena de »muerte por la de destierro.»

«Sírvaos de guia la prudencia »de nuestros abuelos, y no adop»temos la innovacion. No nos »preciemos de saber mas que »ellos: con pocos medios nos »fundaron un grande imperio »que apenas podemos sostener.»

«¿Cuál es el resultado de estas »observaciones? ¿dejar libres á »los conjuradores para que se »reunan con Catilina? No. Mi »voto es que se confisquen sus »bienes, y que se les tenga pre-

»sos en las fortalezas de Italia; y »además que ninguno pueda hablar á favor de ellos ni al senado ni al pueblo: y que el que lo »hiciese, sea tenido por enemigo de la república.»

Replica de caton.—Despues de César hablaron muchos senadores, unos apoyando su opinion, otros la de Silano. El senado estaba indeciso: el enérjico discurso de Caton lo sacó de la incertidumbre, probando que en causas de otra naturaleza era permitido deliberar con detencion, y esperar la consumacion del crímen para castigarlo; pero que en aquel caso, por poco que se retardase la decision de la suerte de los conjurados, el furor ó quizá el triunfo de sus cómplices impedirian el ejercicio de la justicia: y que cuando se trataba de saber, no si la república seria mas ó menos poderosa, sino si quedaria en pie, hablar de clemencia era sacrificar todos los buenos ciudadanos á un corto número de malvados. «César, dijo, no cree en los pre»mios y castigos de la otra vida: »para no abreviar el suplicio de »los conjurados, les niega la »muerte. Quiere que sean aleja»dos de Roma, para que sus cóm»plices no los liberten: como si »no hubiese hombres perversos »mas que en la capital. Así su »remedio es inútil si teme la con»juracion; pero si cuando todos »tiemblan, él solo está tranqui»lo, nos da nuevo motivo para »que temamos. Pensad, padres »conscritos, que vuestra deter»minacion acerca de Léntulo, »decidirá la suerte de Catilina: »todo depende de vuestro vigor »ó debilidad. Manlio inmoló su »propio hijo por haber quebran»tado la disciplina: ¿y vosotros »perdonareis á los que nada han »respetado? Catilina marcha á»cia Roma con un ejército: su »espada nos amenaza, sus cóm»plices están enmedio de nos»otros, observando nuestros pa»sos, ecsaminando nuestras mi»radas, asistiendo á nuestras de»liberaciones: ¿nos detendre»mos? Mi voto es, que los conju»rados convictos y confesos de »haber proyectado la ruina de »la república, sufran, segun la »costumbre de nuestros mayo»res, el último suplicio.»

Todos los senadores aplaudieron la firmeza de Caton. Ciceron al reasumir las opiniones, impugnó la de César con moderacion, y demostró veementemente la necesidad del rigor. Se procedió á la votacion, y se adoptó el decreto que condenaba á muerte los presos conforme al voto

de Caton. Ciceron aseguró al senado que sus órdenes serian cumplidas, colocó en todas partes cuerpos de guardias, despreció las murmuraciones de la multitud estraviada que los facciosos querian sublevar, llevó á Léntulo y á sus cómplices á la cárcel, é hizo que les diesen muerte en su presencia con un dogal. Cuando salió, dijo al pueblo alborotado: *vivieron*.

Catilina no habia reunido todavia mas que una parte de sus fuerzas, y esperaba el golpe de los conjurados de Roma para completar su ejército. La noticia de su suplicio destruyó esta esperanza, y la desercion le quitó muchos soldados. En estas circunstancias críticas, determinó retirarse á las Galias por los montes de Pistoya: pero Metélo Céler, marchando rápidamente al Apenino de Etruria, le cerró todos los desfiladeros al mismo tiempo que Antonio se dirijia contra él á marchas forzadas. No teniendo retirada, determinó probar la suerte de las armas: arengó á sus soldados, les mostró la imperiosa necesidad de vencer ó morir, y bajó del caballo para pelear á pie entre ellos.

DERROTA Y MUERTE DE CATILINA.—Hallándose el cónsul Antonio detenido por una enfermedad, verdadera ó finjida, su lugarteniente Petreyo tomó el mando de las tropas. Acométense los dos ejércitos con la mayor impetuosidad. Catilina, peleando en la primer fila, ostenta la habilidad de un jeneral y el valor de un soldado. Sostiene á los que avanzan, reune á los que se desordenan, lleva ante sí la muerte y el espanto, y á pesar de la superioridad del número, hace indecisa la victoria por mucho tiempo con su ostinada resistencia, hasta que Petreyo, mandando entrar en combate la coorte pretoria, penetra el centro del enemigo, lo separa á derecha é izquierda y desordena todo el ejército. Catilina, viendo la derrota de sus tropas, tomó una resolucion digna del puesto que habia ocupado: se arroja enmedio de las lejiones y muere lleno de heridas y rodeado de víctimas. Despues del combate, el espectáculo del campo de batalla mostró á los vencedores la admirable intrepidez de los vencidos. Los soldados de Catilina, heridos en el pecho, habian perecido todos en el sitio señalado por el jeneral sin rendir ninguno las armas. El triunfo fué celebrado con lágrimas, porque cada uno reconocia entre los cadáveres el de un

pariente ó el de un amigo.

Ciceron nombrado padre de la patria.—Los romanos, libres de tan gran peligro, hicieron á los dioses públicas acciones de gracias, y decretaron dar al cónsul el nombre de *padre de la patria*; título que la lisonja de Roma subyugada prodigó á los emperadores, y que Roma libre (1) dió solamente á Ciceron.

Triunfo de Pompeyo.—(A. M. 3942.—A. C. 62.) Mientras la actividad del cónsul y la firmeza del senado salvaban la república de la ambicion de un nuevo Syla, Pompeyo estendia sus límites en el Oriente. Despues de haber aniquilado á Mitridates, sometido á Tigranes, conquistado la Judea, y reducido á provincias el Ponto y la Siria, se embarcó para volver á su patria. A cada paso de su viaje dió muestras de su magnífica jenerosidad: colmó de presentes á los sábios de Rodas y á los filósofos de Atenas; dió á los atenienses cincuenta talentos para reedificar las murallas de su puerto: libertó á Mitilene de todo tributo, é hizo levantar el plano del teatro de esta ciudad para que sirviese de modelo al que pensaba construir en Roma. Esta capital, que estaba orgullosa con los triunfos de Pompeyo, temió su vuelta, porque todos creyeron que venia á apoderarse de la autoridad suprema con el favor de sus tropas. Craso y muchos senadores habian salido ya de la ciudad; pero Pompeyo, á fin de disipar su terror, licenció el ejército apenas desembarcó en Italia y envió los soldados á sus casas. Su modestia aparente aumentó las fruiciones de su orgullo, porque todos los pueblos, admirando á un conquistador tan famoso, aislado y sin tropas como un ciudadano, se empeñaron á porfia en acompañarlo hasta Roma, á pesar de sus instancias para que no lo hiciesen. Así llegó á las puertas de la capital con una comitiva diez veces mas numerosa y respetable que un ejército. El vencedor no podia entrar en Ro-

(1) ¡Libre! Esta espresion puede sufrirse en un poeta; mas no en un historiador filósofo: la libertad de Roma se enterró en el sepulcro de los Gracos. ¿Qué libertad habia en la ciudad de donde huyeron poco despues muchos senadores temiendo á Pompeyo? Esta reflecsion no quita nada de su mérito á Ciceron: pues salvó la patria del fuego de las rapiñas y de las matanzas. La *anarquia* incendiaria que deseaba establecer Catilina, era mucho mas temible y destructora que la especie de anarquia aristocrática, á la cual se daba entonces el nombre de la república. (Lista.)

ma sino en triunfo, y suplicó al senado que difiriese el nombramiento de los cónsules hasta que se celebrase la ceremonia. El inflecsible Caton se opuso á esta novedad, y aunque Pompeyo, para ganar su voto, le pidió su hija en casamiento, ni pudo vencer su resistencia ni hacerle aprobar aquel lazo que Caton miraba como una cadena. El triunfo del vencedor del Asia duró dos dias. Los cuadros que se presentaron en él llevaban los nombres de quince reinos conquistados, de mil fortalezas tomadas por asalto, de novecientas ciudades sometidas, de treinta y nueve reedificadas y de ochocientos bajeles apresados. El estado de las adquisiciones del tesoro demostró que las conquistas de Pompeyo habian doblado las rentas de la república.

Seguian el carro del vencedor, el jefe de los corsarios de Cilicia, el hijo de Tigranes, Zozima, reina de Armenia, Aristóbulo, usurpador del trono de Judea, cinco hijos de Mitridates, muchas mujeres scitas y los reenes de Iberia, Albania y Comajena. Pompeyo gozaba de un onor que hasta él no habia adquirido ningun jeneral romano; haber triunfado de las tres partes del mundo. Su fortuna y gloria se hubiera comparado á la de Alejandro Magno, si hubiera muerto inmediatamente despues del último triunfo: porque desde entonces su felicidad y su fama decrecieron sucesivamente: y si los restos de su poder parecieron todavia formidables, fué solo para servir de base á la elevacion de César.

CAPITULO XII.

CESAR.

Rivalidad de Pompeyo y de César.—Sacerdocio de Cayo Julio César.—Su huida á Bitinia.—Su vuelta á Roma.—Su nombramiento de tribuno militar.—Su fama por la elocuencia.—Su pontificado.—Union de César y Pompeyo.—Temeridad de Publio Clodio.—Repudiacion de Pompeya.—Clodio llamado á juicio y absuelto.—Triunvirato de Craso, César y Pompeyo.—Partida de César á España.—Conquista de la España por César.—Vuelta de César á Italia.—Su consulado.—Inquietud de Ciceron.—Ambicion de César y Pompeyo.—Primer triunvirato.—Dominio de César.—Su habilidad política.—Tiranía de los triunviros.—Salida de Ciceron contra César.—Gobierno de César en las Galias.—Destierro de Ciceron.

Rivalidad de Pompeyo y de Cesar.—Mientras Pompeyo llenaba el universo con el esplendor de su nombre y caminaba al poder supremo con el afecto del pueblo y la confianza imprudente del senado, la fortuna elevaba poco á poco contra él un competidor que sin haber hecho todavia ninguna azaña grande y sin haber mandado tropas, balanceaba ya su crédito en el pueblo romano y se preparaba á disputarle el imperio del mundo.

Sin embargo, en aquella época no temia el gran Pompeyo sino la elocuencia de Ciceron, la virtud de Cátulo (1), la austeridad republicana de Caton, y mas que todo la audácia y ambicion de Craso. Menos político que Syla, menos penetrante que Ciceron, no habia adivinado la índole de César, y creia instrumento dócil de su poder al mismo que lo habia de echar por tierra.

Sacerdocio de Cayo Julio Cesar.—Cayo Julio César, yerno de Cinna y sobrino de Mario,

(1) No olvidemos los medios infames de que se valió para incluir á César en la conspiracion de Catilina. (Lista.)

obtuvo á la edad de dieziseis años el cargo de sacerdote de Júpiter. Syla quiso obligarle á que repudiase á su esposa Cornelia, y César se atrevió á resistir al dictador, obedecido entonces del universo. Para evitar su resentimiento, huyó al pais de los sabinos y sobornó á los satélites que le buscaban para darle la muerte. Salió de Italia y buscó un asilo en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia. Destinado á superar todos los hombres en vicios y virtudes, escandalizó con sus liviandades el palacio mas corrompido del Asia.

Poco despues se embarcó en un navío mercante, y fué apresado y conducido á Farnabazo por unos corsarios de Cilicia, que le pidieron veinte talentos por su rescate. Rióse de una suma tan pequeña, les prometió cincuenta y envió dos esclavos á Roma para traerlos. Habiendo quedado en poder de aquellos hombres fieros y sanguinarios, en vez de mostrarles temor, les hablaba como si fuese su amo, y les mandaba callar cuando le interrumpian el sueño. Mas bien parecia príncipe de la isla que prisionero.

Su cautiverio duró cuarenta dias. A veces recitaba delante de los piratas versos y oraciones, y cuando no le aplaudian, los llamaba bárbaros y les aseguraba que algun dia los mandaria aorcar: y en efecto, lo cumplió, á pesar de que los corsarios lo tomaban á chanza. Llegó su rescate, y desembarcó en Jonia: reunió algunos bajeles, volvió á la isla, encontró todavia á los piratas en ella, los venció, les quitó sus riquezas, los hizo prisioneros y los envió á la orca.

Habiendo logrado sus amigos que Syla le borrase de la lista de los proscritos, hizo sus primeras campañas en Asia bajo las órdenes del pretor Termo: mereció la corona cívica en el sitio de Mitilene, y se distinguió en Cilicia militando con Servilio Isáurico. Cuando volvió á Roma y se presentó en la tribuna, fué celebrado por su elocuencia; pero su osadía le granjeó un nuevo enemigo. Acusó ante el pueblo á Dolabela, varon consular, que habia obtenido muchos triunfos. No pudo lograr que fuese condenado, y para evitar su resentimiento, pasó á Rodas y se dedicó ardientemente á la literatura griega; su maestro fué Apolonio, hijo del célebre orador Molon.

Su nombramiento de tribuno militar.—Sabiendo en aquella isla que Mitridates habia vencido

algunos jenerales romanos y era dueño del Asia, reunió las tropas de muchos príncipes aliados, las animó, derrotó á los jenerales del rey del Ponto, y volvió á Italia. El pueblo, que naturalmente es admirador de la osadía y amigo de los afortunados, viendo á César jóven, elocuente, pródigo, triunfante de los piratas, sin escuadra, y vencedor de los lugartenientes de Mitridates, sin tener ningun grado le nombró unánimemente tribuno militar. Alimentado con los principios de Mario y Cinna, proscrito desde su juventud por Syla, jefe del partido senatorial, no tardó en manifestar su odio á los grandes, y sus deseos de resucitar la faccion de la plebe.

Primeramente se aplicó á restituir al tribunado su antiguo poder. La audácia y los progresos de este jóven ambicioso en el espíritu del pueblo, debieran haber inquietado muy pronto á los senadores; pero el amor de César á los placeres, su lujo, su familiaridad franca, su aparente frivolidad, el cuidado casi pueril de su adorno, y la afectacion de molicie que llegaba hasta dejar ondeante su vestido y flojo su cinto, contra lo que se usaba, impedian á muchos conocer sus proyectos de ambicion; y jeneralmente se le creia mas atento á seducir mujeres, que á subyugar hombres.

Ciceron fué el primero que lo penetró. «Yo sé, decia, que aspira á ser tirano: sin embargo, »apenas puedo creer que un hombre empleado tan sériamente »en peinarse, y que no toca á su »cabeza sino con las puntas de »los dedos, se atreva á concebir »el proyecto de trastornar la re»pública.»

César aumentaba diariamente con sus liberalidades el número de sus partidarios, animaba á los proscritos, despertaba la esperanza de los soldados de Mario, y mostraba en confuso á los hombres cargados de deudas, á los pobres y á los facciosos, nuevos medios de revolucion y de fortuna. Aunque deseaba ser popular, no ignoraba que el esplendor de un nacimiento ilustre deslumbra siempre al pueblo: que este cree las fábulas mejor que la historia: que tiene mas supersticion que piedad, y que no hay mejor medio de ganarle que suponerse un orijen celestial. Y así, cuando César perdió á su mujer Cornelia y á Julia, hermana de su padre, obligado segun el uso á hacer su elojio fúnebre, dijo así:

«Julia, por sus abuelos ma-

»ternos, desciende de los reyes, »y por los paternos de los dioses »inmortales, porque su madre »contaba entre sus projenitores, »á Anco Marcio, y los Julios, an»tepasados de su padre, nacie»ron de Venus: así, ó romanos, »nuestra familia brilla á un mis»mo tiempo con la gloria de »los monarcas, dominadores de »los hombres, y con la majestad »de los dioses, señores de los »reyes.»

Su fama por la elocuencia.—Antes de ser el primer jeneral del mundo, César dominaba ya en el pueblo por su elocuencia, y era estimado como el primer orador de su siglo, despues de Ciceron. Defendió de una manera triunfante la causa de la Grecia contra Publio Antonio en presencia de Lúculo, cuando este era pretor de Macedonia, y Antonio, apelando de la sentencia al pueblo romano, dijo sonriéndose á los tribunos del pueblo para motivar su apelacion, que le era imposible defenderse en Grecia contra un griego.

Su pontificado.—El favor popular habia animado tanto á César, que estando vacante el sumo pontificado, se atrevió á solicitarlo á pesar de ser muy jóven, en concurrencia de Isáurico y Cátulo, hombres de los mas poderosos de la república. El senado, los ricos y los clientes de estos dos candidatos, se opusieron á César; pero tenia á su favor la muchedumbre, los facciosos y los atrevidos. Las escenas tumultuosas y sangrientas de los Gracos iban á renovarse: la madre de César queria impedir con sus lágrimas que fuese al foro: pero César salió diciéndole: «Pronto me verás ó soberano »pontífice, ó desterrado.» El pueblo le elijió á pesar de todas las intrigas de los senadores: este triunfo reveló á César cuánto era su poder, y desde entonces tuvo mayor intimidad con los enemigos del senado; por lo cual se le acusó de haber tomado parte en la conjuracion de Catilina. Curion le cubrió con su túnica para librarle de las espadas de los caballeros, y los republicanos reprendieron siempre á Ciceron haberle salvado la vida en aquel trance.

La destruccion de Catilina no detuvo la ambicion de César. Habiendo ascendido á la edilidad por el favor del pueblo, se atrevió á volver á poner en el capitolio las estátuas y los trofeos de Mario. Obtuvo despues la pretura, é hizo castigar á los satélites de Syla, ejecutores de sus órdenes sanguinarias. Siendo

edil consumió todo su caudal en embellecer á Roma con edificios y pórticos suntuosos. Los juegos que dió al pueblo escedieron á todos en magnificencia: habia comprado tantos gladiadores, que el senado, temiendo su número, mandó disminuirlo.

Caton y Cátulo, defensores vijilantes de la libertad, no dudaron ya de los vastos designios de César contra la república. Este no ignoraba que para conseguirlos era menester destruir el crédito de aquellos hombres virtuosos, y la autoridad de que entonces gozaba Ciceron; pero impaciente por lograr sus fines, hizo que el tribuno Metélo Nepote propusiese una ley, segun la cual Pompeyo debia volver á Roma con su ejército, socolor de sosegar las fermentaciones, y en la realidad para echar por tierra al senado. Caton y sus amigos se opusieron á ello vigorosamente: César y los suyos sostuvieron su dictámen con la violencia. Caton estuvo á riesgo de perecer; mas su firmeza triunfó; César, despues de haber resistido inutilmente, se vió obligado primero á ocultarse, y despues á ceder. El senado, temiendo ecsasperar al pueblo que le favorecia, le devolvió su empleo.

UNION DE CESAR Y POMPEYO.— Poco despues fué acusado formalmente por Vetio, como cómplice en la conjuracion de Catilina; pero César se defendió con habilidad: probó que habia dado á Ciceron noticias importantes, se justificó plenamente, y logró que sus acusadores fuesen castigados. Entonces habia aumentado su crédito casando con Pompeya, hija de Pompeyo y sobrina de Syla. El partido de su suegro le ausilió cuando se dió cuenta en el senado de la infraccion que habia cometido contra las leyes, levantando las estátuas de Mario, y esta audácia quedó sin castigo á pesar de Cátulo que decia: «Es tiempo ya de mirar por »nosotros: César conspira abier»tamente contra la república.»

El lazo que unia á César con Pompeyo se rompió bien pronto. Celebrábanse en Roma las fiestas de la buena diosa Fausta: solo las mujeres estaban iniciadas en sus misterios, y era proibido á los hombres, bajo penas rigorosas, asistir á ellos. En aquel año se hicieron las solemnidades en casa de César, que se ausentó de ella segun la costumbre. Publio Clodio, infame por sus vicios, irrelijion y codicia, por su desprecio de las leyes, odio contra los buenos, y audácia de sus empresas, estaba locamente ena-

morado de Pompeya. Ciego de la pasion, se atrevió á introducirse disfrazado de mujer en la casa donde se celebraban los misterios. Una esclava le reconoce, y alarma á las matronas: la fiesta se suspende, se profana la solemnidad, empiezan todas á dar gritos, y buscan á la luz de las antorchas al sacrílego: este logró evadirse. Hubo en Roma un escándalo espantoso: y aunque Pompeya no fué convencida de haber dado favor á la temeridad de Clodio, su marido la repudió diciendo: «Yo sé que no es culpable; pero la esposa de César no debe ser mancillada ni aun por la sospecha.» Este marido tan severo ecsijia una virtud, de la cual no daba él mismo el ejemplo, pues Pompeyo, cuando volvió á Italia, repudió á su mujer Mucia, seducida por César; y la corrupcion de las costumbres era tal, que estos divorcios no desunieron la alianza de aquellos dos hombres contra la república, y solo se enemistaron despues para disputarse el uno al otro sus ruinas.

Clodio, citado en juicio por haber profanado los misterios, sobornó públicamente á sus jueces, y fué absuelto á pesar de los esfuerzos de Ciceron. El hierro de los usurpadores, no debe hallar mucha resistencia en un pais corrompido para vender la justicia á peso de oro. El estado está perdido luego que las grandes ajitaciones políticas tienen por objeto, no las opiniones sino los hombres, y cuando el interés público sirve únicamente de máscara al interés privado. César, que era un grande hombre y miraba su siglo desde un punto de vista superior, observaba el partido republicano decorado mas bien que robustecido con la rijidez de Caton, la virtud de Cátulo, la elocuencia de Ciceron, y la riqueza é influencia de muchos ciudadanos y senadores. No tenian á su favor ni la plebe ni las lejiones, y así gozaban de una autoridad aparente y frájil á la sombra de las leyes, solo por el respeto que se afectaba aun á las tradiciones antiguas: su poder no era otro que el de los recuerdos.

La plebe se vendia al mas pródigo, y se dejaba guiar por el mas faccioso. Los soldados, ausentes por mucho tiempo de la ciudad, ya no eran ciudadanos, y servian mas bien á sus jenerales que á la república. Los hombres ilustrados conocian que en un siglo tan corrompido, el coloso del imperio romano tenia necesidad de una cabeza, y cada

uno de los grandes aspiraba á gobernarlo, Caton por las leyes, Ciceron por la elocuencia, Craso por el dinero, Pompeyo por el favor público, y César por las armas.

Triunvirato de Craso, Cesar y Pompeyo.—(A. M. 3943.—A. C. 61.) Cesar, superior en jénio á todos sus rivales, no quiso luchar contra ellos por mas tiempo con discursos de tribuna, intrigas populares y magnificencia de espectáculos. Al fin de su pretura se valió diestramente del partido de Pompeyo para que se le diese la España por provincia, y del oro de Craso para pagar sus deudas. Un hombre vulgar hubiera creido útil á sus intereses irritar la rivalidad de Craso y Pompeyo: César, cuya política era mas profunda, conoció que esta division, favorable á la libertad y contraria á sus miras, solo era útil á Ciceron y á Caton. Reconcilió, pues, los dos hombres mas poderosos de la república, afectó asociarse á sus intereses, y los convirtió, sin conocerlo ellos, en instrumentos útiles de sus vastos designios.

El triunvirato, consecuencia de esta reconciliacion, aseguraba á los amigos del órden y de la libertad, porque destruia el temor de las guerras civiles; pero Caton no se engañó: cuando supo el convenio dijo: «Esto es hecho: »la república no ecsiste: ya tene»mos señores.»

Partida de Cesar a España.—César tomó prestados de Craso tres mil talentos: sosegó á sus acreedores, y partió á España, donde esperaba hacer gran cosecha de dinero y de gloria. Su carácter, demasiado fuerte para sufrir el freno de la disimulacion, manifestaba sin rebozo algunas veces el deseo del poder supremo. Mas de una vez habia dicho: «Si se ha de pecar ha de »ser para adquirir el mando: en »lo demás debe observarse la »justicia.»

Atravesando la Etruria llegó á una aldeuela, y uno de sus camaradas dijo observando la ruindad del pueblo: «Apuesto á »que en este rincon miserable »hay las mismas intrigas que en »Roma para lograr la primer ma»jistratura.»—«¿Y por qué no? »replicó César: mejor quiero ser »el primero en Aljido que en Ro»ma el segundo.» Llegando á Gades vió una estátua de Alejandro Magno: la contempló silencioso y se le saltaron algunas lágrimas. ¿Por qué lloras? le preguntó un amigo que le observaba.—«Lloro porque aun no he »hecho ninguna grande azaña, y

»Alejandro cuando tenia mi edad »habia ya conquistado toda el »Asia.»

En España desenvolvió César por la vez primera el talento militar que le hizo digno de ser contado entre los mas grandes capitanes. Lo que principalmente se admiró en él fue la increible lijereza de sus movimientos, por la cual consiguió siempre la superioridad. En pocos meses tomó muchas ciudades, ganó batallas, y subyugó, á escepcion de los cántabros, todos los pueblos de la península que hasta entonces, vencidos muchas veces y nunca sometidos, habian opuesto constantemente á Roma la resistencia mas ostinada. Dueño de la España, juntó en ella inmensos tesoros, armas indispensables para usurpar la autoridad en una república corrompida.

Vuelta de cesar a italia: su consulado.—A su vuelta á Italia pidió el triunfo y el consulado, aunque el uso le obligaba á optar entre estas dos recompensas, porque era necesario estar en la ciudad para solicitar aquella majistratura, y fuera de Roma para pedir el triunfo. Escribió al senado rogando que le dispensase de estas reglas, que segun él eran solo vanas formalidades. Caton y su partido ganaron la votacion, y se le negó la dispensa. Obligado á escojer, prefirió la autoridad del consulado al esplendor del triunfo.

Despues de la muerte de Catilina, Ciceron, libertador de Roma, onrado con el título de padre de la patria, sostenido por el amor de los caballeros, cuyo órden ilustraba, y apoyado por los republicanos, cuyos principios sostenia, conservaba un dominio aparente sobre los varones onrados, por su virtud, y sobre la muchedumbre, por su elocuencia; pero cuando Pompeyo volvió del Asia, y licenciado su ejército se presentó en la ciudad sin mas comitiva que su gloria y el amor de los pueblos de Italia, todas las miradas se fijaron en él: el orador desapareció á la vista del héroe, y el salvador de la república ante el conquistador del Asia.

Pompeyo no era ya jeneral de las armadas, comandante del ejército, ni dueño del Oriente y del Africa; pero aunque hubiese descendido á la clase de simple ciudadano, parecia señor de la república. Mientras menos autoridad afectaba, se le tributaban mas omenajes; y durante algunos años, la casa de un ciudadano fué tan brillante como la corte de un rey.

Ciceron, receloso del odio que conservaban contra él los parientes de los que envió al suplicio sin formarles causa, solicitó la proteccion de Pompeyo para conseguir un decreto popular que ratificase sus actas; pero solo se le dieron respuestas equívocas que aumentaron sus temores. Ya se habia hecho desagradable á Pompeyo, sosteniendo á Lúculo cuando este pidió el triunfo. Por otra parte, siendo Ciceron partidario zeloso de la libertad como Caton y Cátulo, por mas aprecio que le mostrasen hombres tan ambiciosos como Pompeyo y César, no le miraban sino como un ostáculo á sus proyectos, y un enemigo que era fuerza arruinar, porque estos dos jefes de partido se dirijian á un mismo fin, aunque por caminos diferentes.

Ambicion de Cesar y Pompeyo. —Pompeyo queria que se le diese el trono: César se preparaba á conquistarlo: ninguno podia sufrir ni superior ni igual: y la lucha era entre un gran talento y un gran jénio. Pompeyo, orgulloso por los omenajes que se le rendian, y engañado por las caricias de la fortuna, cometió un yerro muy notable en licenciar su ejército para disipar los recelos de los republicanos, y se persuadió á un grande error creyendo que en un estado libre era posible dominar sin fuerza, usurpar sin violencia, y ascender á la tiranía con el apoyo de la estimacion pública.

No tardó en conocer su engaño: los romanos, despues de los primeros enajenamientos de gratitud y admiracion, asegurados con la disolucion del ejército, no concedieron á Pompeyo mas que vanos onores, y le hicieron conocer en breve que solo era un simple ciudadano. El queria que se distribuyesen gratuitamente tierras á sus soldados, se le dispensase de dar cuentas, y se ratificasen sin ecsámen todos los actos de su proconsulado de los mares y de su comandancia en el Oriente. No pudo lograr lo que deseaba por la oposicion de Craso, Caton y Lúculo. Entonces fué cuando César, cuyo jénio penetraba el porvenir, creyó que no podria llegar al supremo mando sin precursor, y que su ambicion quedaria aogada en la cuna, si dejaba á los romanos que volviesen á la libertad, y perdiesen la costumbre del yugo: y este motivo le determinó á rereconciliar á Craso y Pompeyo.

Primer triunvirato. — Unidos por su interés comun, formaron el primer triunvirato,

empeñándose con juramento á sostenerse mútuamente, y á reunir todos sus partidarios y riquezas y las fuerzas de sus ejércitos para asegurar el logro de sus empresas.

Dominio de cesar.—Los triunviros, fieles á lo que habian prometido, hicieron dar á César el consulado. El deseaba tener por coléga á Lucio, amigo suyo; pero el partido republicano prevaleció en esta parte, y fué cónsul Marco Calpurnio Bibulo. El consulado de César fué, pues, el primer fruto del triunvirato que él habia formado: y la primera operacion de sus poderosos rivales fué echar los cimientos de su poder.

César, ya cónsul, no cometió el yerro de mudar de partido poniéndose en favor de los grandes. Opuesto al senado, que queria la república, cuidadoso de captar la benevolencia de la plebe, instrumento móvil y ciego de cuantos quieren oprimirla, propuso una nueva ley agraria.

Bibulo, en cuyo ausilio confiaba el senado, no era capaz de luchar contra César. Sin embargo, queriendo balancear su popularidad, declaró que todos los dias de su consulado serian festivos. El pueblo le dejó que los celebrase él solo, no hizo caso sino de su coléga y adoptó la ley. César fué entonces el único dueño de la república: solamente Caton, firme é inaccesible como la roca Tarpeya, arrostraba el enojo del cónsul, sublevaba á los republicanos y se esponia al destierro para resistir al triunvirato. Ciceron logró calmar su enardecimiento diciéndole que «si él no necesitaba »de Roma, Roma necesitaba »de él.»

César dominaba el pueblo, afectando la mayor adesion á sus intereses: gobernaba al senado por medio de los triunviros, y á los triunviros por medio de sus astucias. Dió en matrimonio á Pompeyo su hija única Julia, la cual hábil, injeniosa y ciegamente adicta á la causa de su padre, se hizo señora absoluta del alma de Pompeyo, y desde entonces se vió obligado Craso á condescender con la voluntad de suegro y yerno.

Una victoria no impedia á César buscar los medios de conseguir otra. Ningun hombre fué mas hábil que él en el arte de usar sucesivamente y á propósito la suavidad, el poder, la astucia y la osadía. Los caballeros romanos, que eran el gran ejército de Ciceron, daban mucha fuerza al partido republicano: el

cónsul los ganó, disminuyendo un tercio de las sumas que pagaban al tesoro por los arriendos de las rentas del Asia. Al mismo tiempo adormeció la envidia de Pompeyo colmando sus deseos, haciendo que el pueblo ratificase los actos de su jeneralato, y asignándole por provincia la España. Satisfizo la avaricia de Craso dándole el Asia; pero el gran golpe de su política fué hacer que cayesen en su poder las provincias de Iliria y de las Galias con el mando de cuatro lejiones durante cinco años. Así tuvo ocasion de adquirir una gloria brillante. Subyugando los enemigos mas antiguos y formidables de Roma, tomaba tiempo para hacer aguerridas sus lejiones y ganarlas para sí, y por el mando de la Galia Cisalpina, que le dejó la imprudencia del senado, era jefe de un ejército en Italia, y dueño de apoderarse de Roma, cuando el esplendor de sus triunfos deslumbrase á un pueblo mas ávido de gloria y riquezas que de libertad, é hiciese perdonable su elevacion.

Como él queria, para asegurar la ejecucion de sus vastos designios, aumentar el número de sus partidarios, hizo declarar amigos y aliados del pueblo romano á Ariovisto, rey de los suevos en Germania, y á Ptolemeo Auletes, rey de Ejipto.

Despreciando la impotente oposicion de su coléga, no se dignaba ni aun comunicarle los decretos que proponia al pueblo y al senado. Bibulo, irritado por este desaire y avergonzado de su nulidad, se vengaba poniendo edictos contra la tiranía, de los triunviros, y se estuvo ocho meses encerrado en su casa: por lo cual Ciceron decia, burlándose de él, que en los actos de aquel año debia ponerse por fecha: *siendo cónsules Julio y César*.

Tirania de los triunviros.— Sin embargo, el abuso que los triunviros hacian de su poder, comenzaba á descontentar al pueblo, porque absolvian y condenaban segun su capricho, prodigaban á sus sirvientes las riquezas del estado, se burlaban de las leyes, maltrataban á los republicanos y empleaban la violencia para que se adoptasen sus resoluciones. La censura pública llegó á tal estremo que recitando un actor en el teatro este verso:

Solo por nuestro mal te has hecho grande,

el auditorio lo aplaudió escesivamente, lo aplicó á Pompeyo y lo hizo repetir muchas veces.

Los triunviros, como casi todos los gobernantes, acusaron á sus enemigos mas bien que á sus propias faltas del descrédito de su administracion, y lo atribuyeron á la oposicion y á las chanzas de Ciceron. Este orador en uno de sus discursos habló con veemencia contra César. El cónsul resolvió vengarse, y tomó por instrumento á aquel mismo Clodio que habia mancillado tan cruelmente la reputacion de Pompeya. Reconcilióse con el hombre enemigo de su onor, para atacar al que lo era de su autoridad, empleó todo su crédito á fin de que fuese nombrado tribuno de la plebe, é incitó á Vetio, su antiguo acusador, á que indispusiese á Pompeyo con Ciceron, acusando á este de haber querido asesinar á aquel triunviro. La elocuencia de Ciceron triunfó de la calumnia: Vetio fué puesto en la cárcel, y César temeroso de su indiscrecion, le hizo aogar en ella. (Año de Roma 695.)

GOBIERNO DE CESAR EN LAS GALIAS.—(A. M. 3944.—A. C. 60.) Antes de salir para las Galias, ganó César á los cónsules designados para sucederle, á Gabinio con promesas, y á Lucio Pison casando con su hija Calpurnia. Tomó las medidas necesarias para alejar de Roma á Ciceron y á Caton, que eran los mas firmes apoyos del partido republicano. El tribuno Clodio, encargado de esta odiosa comision, sedujo la muchedumbre, mandando por una ley distribuirle gratuitamente el trigo que antes se le daba á precio muy bajo, restableciendo las corporaciones de artesanos que el senado habia disuelto como peligrosas, disminuyendo la autoridad de los censores, y aumentando la libertad de las asambleas populares. Dispuestos los ánimos en su favor por medio de estas resoluciones agradables al pueblo, propuso la ley destinada á dar el golpe decisivo que meditaba. En ella se condenaba al destierro á todo el que hubiese hecho morir á un ciudadano sin formarle causa. Así atacaba directamente á Ciceron, el cual se vistió de luto, igualmente que todo el senado y veinte mil caballeros, manifestando con este traje lúgubre la consternacion que les causaba el riesgo del salvador de Roma y padre de la patria, acometido por un tribuno faccioso.

Este luto hubiera despertado la virtud en la antigua república, pero en la época de su corrupcion el enojo era mas útil que el dolor, porque este es el

lengüaje de los vencidos, y los malos no ceden sino á la fuerza.

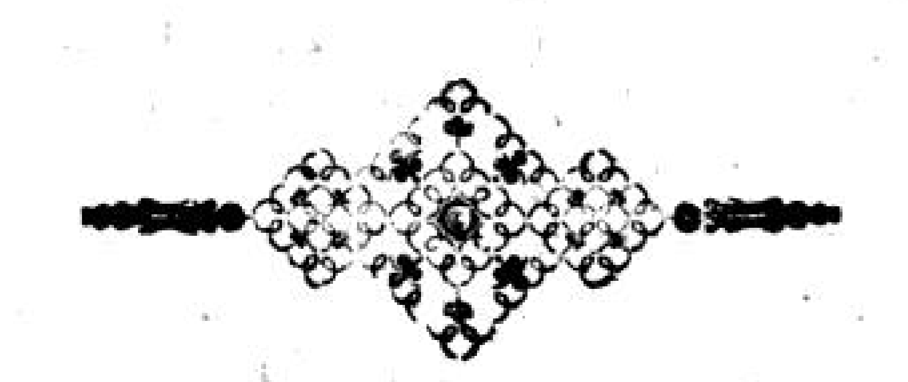
Destierro de Ciceron.—Los cónsules, que favorecian el proyecto de los tribunos, mandaron á los senadores dejar el luto. Clodio arma la plebe y se apodera de la plaza. Aun quedaba á Ciceron el recurso de oponer el valor á la violencia y tomar las armas contra sus enemigos; pues los senadores, patricios, caballeros y todos los hombres virtuosos de Roma se mostraban dispuestos á sostenerle. Es verdad que no le hubiera bastado un solo triunfo, como decia Clodio, y despues de haber echado al tribuno del foro hubiera tenido que vencer á César, que estaba aun á las puertas de Roma con sus lejiones. Ciceron era mas elocuente que audaz: ya fuese por el temor que le inspiraba César, ya porque su virtud no le permitia dar por su interés privado la señal de la guerra civil, dejó el campo libre á los sediciosos y se retiró de Roma.

Su partido se desanimó, y los facciosos aumentaron su ardor y confianza: Clodio dió un edicto para confiscar los bienes de Ciceron, que fueron vendidos á subasta, y robadas sus casas de la ciudad y del campo. Virjilio, antiguo amigo suyo, que era pretor de Sicilia, se negó á recibirle en aquella isla, y no encontró asilo sino en Tesalónica, ciudad de Macedonia.

Clodio, para premiar á los cónsules el haber abandonado infamemente al libertador de Roma, hizo que se asignase á Gabinio la provincia de Siria, y á Pison la de Macedonia. Obligó finalmente á Caton á salir de Italia por la comision que le dió el pueblo de reducir á provincia romana la isla de Chipre, donde reinaba á la sazon el hermano de Ptolemeo Auletes.

La república fundaba sus pretensiones sobre aquella isla en el testamento de Ptolemeo Alejandro, que al principio no quiso aceptar. El rey de Chipre, no pudiendo defender su trono, y no queriendo sobrevivir á su dignidad, se dió la muerte. Aunque la comision era tan odiosa, Caton sacó de ella la gloria del desinterés, muy rara en aquella época, pues nada se apropió de las inmensas riquezas que halló en Chipre, y las envió todas al tesoro público. Sin embargo, el pueblo romano no apreciaba ya estas virtudes; solo premiaba la opulencia mal adquirida con tal que contribuyese á sus placeres. En aquel siglo se vió al edil

Scauro costear trescientas sesenta columnas de mármol, otras tantas de cristal, é igual número de madera dorada para un teatro que no duró mas que un mes, y colocó entre las columnas tres mil estátuas de bronce y mas de diez mil cuadros. Curion, otro edil, construyó dos teatros movibles, de madera, unidos por la espalda, y que jiraban sobre diversos ejes, de manera que los espectadores, sin levantarse, pasaban de la escena en que habian visto representar una trajedia al anfiteatro donde peleaban los gladiadores.



CAPITULO XIII.

Partida de César para las Galias.—Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte.— Derrota y retirada de los helvecios.—Guerra con los galos.—Guerra con Ariovisto, rey de los suevos.—Desaliento del ejército de César. —Arenga de César á sus oficiales.— Victoria de César contra los galos.—Vuelta de Ciceron á Roma.—Guerra con los belgas.—Guerra con los venetos. — Llegada de Marco Antonio cerca de César. —Guerra con los jermanos y britanos.—Guerra con los treviros.—Guerra de Verctujetorix.—Sumision de los galos.—Victoria de Ciceron sobre los partos. — Arengade César á sus soldados.—Guerra civil entre César y Pompeyo. —Paso del Rubicon. —Sitio y rendicion de Marsella.—Peligro de César.—Batalla de Dirraquio y Farsalia.— Batalla de Zela.—Guerra de Africa y batalla de Tapso.—Muerte de Caton.—Guerra de España y batalla de Munda. —Fin de la carrera militar de César.—Conjuracion contra César.—Valor de Porcia, mujer de Bruto.—Conjurados.—Ejecucion de la conjuracion.—Muerte de César.—Turbacion en Roma.—Retrato de César.

Partida de cesar para las galias.—César, libre de Caton y de Ciceron, dueño del ánimo de de Pompeyo por la influencia de su hija, y temiendo poco á Craso, cuya ambicion estaba contenta cuando se satisfacia su avaricia, partió en fin á las Galias con su ejército. Sabia que Syla no se habia hecho dueño de la república hasta que venció á Mitridates, y habia visto á Pompeyo cuando volvió de Oriente árbitro de la autoridad suprema si se hubiese atrevido á ella. Menos imprudente que el uno y menos tímido que el otro, determinado á seguir sus pasos y á superarlos, concibió el vasto designio de subyugar la Galia, atemorizar la Jermania, fijar los estandartes romanos en la Britannia, volver á Italia al frente de su ejército victorioso, y fundar un trono sólido sobre las ruinas de la república.

Los galos, terror en otro tiempo de Roma, eran tenidos por los mas valientes de los bárbaros. Dueños del norte de Italia se habian derramado como un torrente en Grecia, Jermania y

Asia. Siendo mas fuertes que los romanos por su constitucion física y su número, hubieran conquistado el mundo en menos tiempo, á haber tenido un solo jefe y formado un solo cuerpo de nacion. Pero divididos en tantos reinos ó repúblicas pequeñas como ciudades habia en el pais, no pudieron seguir un plan regular para el ataque ó la defensa. Sus diversas confederaciones, envidiosas unas de otras se hacian la guerra con frecuencia. Pronto perdieron sus conquistas: Roma subyugó la Galia Cisalpina, y poco despues la Narbonense. La fertilidad del suelo, el aumento de las ciudades y la vecindad de los romanos alteraron sus costumbres. Los galos se afeminaron civilizándose: y el amor de los placeres, y el hábito del lujo y del comercio estinguieron poco á poco la pasion de la guerra, que habia sido dominante por tantos siglos. Todavia eran valientes: mas no tenian el mismo ardor en la victoria, ni la misma constancia en los reveses; y asi se vió que los jermanos, subyugados antiguamente por ellos, se hicieron temibles á la Galia, la invadieron en diferentes ocasiones, y sometieron á tributo muchos de sus pueblos.

Si César no hubiese conocido esta grande alteracion en las costumbres y fuerzas de los galos, no habria podido sin nota de temeridad tener esperanzas de conquistar con cuatro lejiones un pais tan estenso y belicoso. César poseía el jenio del poder, y sus miradas alcanzaban mas que las de sus contemporáneos: previó pues á cuánto alcanzaban la audácia y la disciplina contra pueblos valientes, pero sin constancia ni union, y con asombro del mundo con solo treinta mil hombres sometió en ocho años á los fieros descendientes de aquel Brenno, cuya espada era temida aun en el Capitolio.

Esta famosa espedicion comenzó el año 694 de Roma. El mismo César dice en sus comentarios, que la Galia estaba entonces dividida en tres partes principales, la Céltica, la Aquitania y la Béljica. Los romanos daban el nombre de galos á los habitantes de la Céltica. Los rios Matrona y Secuana separaban esta provincia de la Béljica, y el Garumna (Garona) servia de límites entre la Céltica y la Aquitania. Los mas valientes de todos los enemigos con quienes César peleó eran los belgas y los helvecios, llamados aora suizos.

Estos pueblos, que casi desconocian el comercio, estaban aguerridos por sus contínuas lides con los jermanos.

Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte.—(A. M. 3946.—A. C. 58.) La ambicion de un noble helvecio dió á César la primer ocasion para la guerra. Orjetórix sabia que sus compatriotas, descontentos de verse encerrados entre los límites estrechos del Rin y del Jura, deseaban buscar otra patria en un clima mas suave, y en un pais mas fértil y estendido. Quiso pues valerse de estas disposiciones para subir al trono, persuadido de que un pueblo que emigra necesita de un jefe para que su invasion tenga feliz écsito. Inflamando los deseos de sus compatriotas, y mostrando mucho zelo por el logro de su proyecto, solicitó la alianza de los secuanos (habitantes del Franco-Condado) y de los eduos (*borgoñones*). Los ajentes encargados de esta negociacion no disimularon las esperanzas de reinar que tenia Orjetórix, y prometieron que repartiria con sus nuevos aliados el imperio de las Galias. Estas intrigas se descubrieron: los helvecios sublevados citan en juicio á aquel ambicioso, que reusa comparecer y arma sus parciales; pero viendo que sus fuerzas eran cortas se dá la muerte.

Su proyecto de emigracion le sobrevivió, y los helvecios quemaron sus doce ciudades y sus cuatrocientas aldeas, y resolvieron penetrar en las Galias. El camino directo al pais de los secuanos, tenia un desfiladero muy estrecho entre el Ródano y el Jura: y como el puente de Jeneva (Jinebra) les pertenecia, prefirieron atravesar la provincia romana, mucho mas teniendo la esperanza de que se les reuniesen los alobrojes. César, informado de sus designios, los impidió con su celeridad: caminando á marchas dobles llegó á Jeneva, rompió el puente que los enemigos creian poder pasar sin dificultades, y mandó alistar la juventud de la provincia romana.

Los helvecios, asombrados de su aparicion imprevista, le enviaron diputados para pedirle el permiso de pasar por su territorio. César no queria concederlo; pero no teniendo aun bastantes fuerzas reunidas para pelear, les dijo que dentro de un mes les responderia, y se aprovechó de la dilacion para construir un grande atrincheramiento desde el lago Leman hasta el monte Jura. Colocó en él las tropas re-

cien alistadas, y negó el paso á los helvecios. Estos se dirijieron al pais de los secuanos, que les permitieron pasar por sus fronteras. Pusiéronse en marcha con la intencion de atravesar toda la Galia y establecerse por las costas del Océano en el pais que hoy se llama *Saintonje*.

César, informado de sus movimientos, encargó á Labieno la defensa de los atrincheramientos y pasó á Italia, donde tomó tres de sus lejiones, levantó otras dos, volvió á pasar los Alpes, venció á los montañeses que se le opusieron, y llegó al pais de los secuanos (Leonesado), primer pueblo galo que estaba fuera de los límites del imperio.

Allí recibió las quejas de los eduos, cuyo pais talaba ya la vanguardia de los helvecios. César marchó á socorrer este pueblo, antiguo aliado de Roma, alcanzó á los enemigos en las riberas del Arar (Saona), y cuando las tres cuartas partes del ejército helvecio lo habian pasado, ataca y destruye su retaguardia, y echa un puente sobre aquel rio.

Los helvecios, mas sorprendidos que desanimados por este revés, le propusieron altaneramente la paz, amenazándole si la reusaba, con la suerte de Casio, que en otro tiempo habia sido derrotado y muerto por ellos. César les respondió que no conocia el miedo, principalmente cuando tenia la justicia de su parte: que sin embargo les concederia la paz si daban reenes. Divicon, jeneral de los enemigos, le respondió que los helvecios tenian la costumbre de recibirlos y no de darlos.

Rompióse la conferencia: los bárbaros se alejaron del rio, y aunque César queria seguirlos, se hallaba sin víveres. Admirado de ver que no se realizaban las promesas de los eduos, siendo así que habian implorado su socorro ó prometídole subsistencias, supo de Diviciaco, hombre principal de aquel pais, en cuya adesion confiaba, que los eduos estaban divididos en dos facciones, y que era jefe de la favorable á los helvecios su hermano Dumnorix, con la esperanza de usurpar la soberanía.

César, sin perder tiempo, hace venir á Dumnorix á su provincia, lo reprende, le perdona en consideracion á su hermano, mas no sin observar su conducta. Frustrada esta conjuracion, llegaron los víveres, y el ejército romano en una marcha rápida se puso en presencia del enemigo, que estaba acampado al

pie de una altura á dos jornadas de Bibracte (Autum). César reconoció su posicion, y envió secretamente á Labieno para que rodease la montaña y se apostase en su cima. Hizo despues un movimiento para acercarse á sus almacenes: los enemigos, creyendo que huia, salieron de su campamento con tanto ardor como confianza, y se arrojaron sobre los romanos. Eran intrépidos, muy superiores en número y estaban alentados por las victorias que habian conseguido. El écsito de esta batalla podia decidir toda la Galia en favor de los helvecios, destruir la fama de César y derribar en sus principios el edificio de su ambicion.

César conoció que aquel momento y aquella primera accion eran decisivos para él. Comunicando á sus tropas la pasion que le ajitaba, mandó á todos los oficiales que desmontasen, fué el primero en dar el ejemplo, mostrando que estaba resuelto á convertir el campo de Bibracte en teatro de su primer victoria ó á perecer.

Derrota y retirada de los helvecios.—Las lejiones atacan de frente al enemigo con impetuosidad y penetran en sus masas; pero la reserva de los helvecios acomete el flanco de los romanos, restablece el combate y balancea la victoria. Entonces baja Labieno de la montaña y ataca á los enemigos, que le resistieron ostinadamente desde la una de la tarde hasta el anochecer. Ninguno de ellos volvió la espalda á los romanos ni aun en la retirada: pelearon hasta en medio de sus bagajes; y despues que estos fueron tomados y el campamento quedó en poder del enemigo, se retiraron en número de ciento treinta mil hombres al pais de los lingones (territorio de Langres).

Entre los prisioneros habia un hijo y una hija de Orjetórix. César proibió á los lingones conceder asilo á los vencidos. Despues de enterrar los cadáveres y dar órden para la curacion de los heridos, persiguió al enemigo, le alcanzó á pocas marchas, le cortó la retirada y lo obligó á implorar su clemencia. Celebróse una tregua, y los romanos pidieron reenes. Durante la negociacion, seis mil hombres del Canton de Urbijena (Berna) se escaparon dirijiéndose á la Jermania. César mandó á las ciudades del tránsito que los detuviesen, como en efecto lo hicieron y se los enviaron. Redújolos á la condicion de esclavos é hizo la paz con los helvecios. Eran trescien-

tos sesenta y ocho mil cuando salieron de su patria, entre ellos noventa y dos mil capaces de tomar las armas: solo volvieron once mil: los demás perecieron, á escepcion de veinte mil boyos, á quienes César permitió incorporarse con los eduos y establecerse en su territorio.

GUERRA CON LOS GALOS.—Los galos tenian mas miedo á la dominacion de los romanos que á la invasion de los helvecios; pero la victoria les hizo mudar de opinion, como siempre sucede: el temor se convirtió en lisonja, y el odio se puso la máscara de la amistad. Todos los jefes de la Galia Céltica vinieron á felicitar á César por su triunfo. El jeneral romano no se adormeció con este incienso, como los hombres vulgares, sino que se aprovechó de él con desconfianza. Mas bien esperaba el logro de sus planes de la rivalidad de los pueblos galos que de su afecto. En una conferencia secreta que tuvo con Diviciaco, se informó del verdadero estado de los negocios políticos en aquel pais. Habia mucho tiempo que los eduos disputaban el imperio con los arvernos (los de Auvernia). Estos, muchas veces vencidos, hicieron alianza con los secuanos y llamaron á los jermanos en su socorro, sacrificando el interés jeneral al privado y entregando la patria al yugo estranjero. Los jermanos pasaron el Rin solo en número de quince mil hombres: mas se le reunieron en breve doce mil de sus compatriotas. Los eduos se resistieron valerosamente; pero habiendo perdido una gran batalla en que perecieron sus senadores y nobleza, y la mayor parte de su caballería y la de sus aliados, se sometieron, dieron reenes y siendo el primer pueblo de la Galia, descendieron á la ignominia de pagar tributo á los estranjeros. Sin embargo, su desgracia no merecida, era nada en comparacion de la de los secuanos, y los vencedores envidiaban la suerte de los vencidos. Ariovisto, rey de los jermanos, era mas bien opresor que aliado de aquel pueblo. Llamados por ellos á la Galia se habia hecho dueño del pais, tomado la tercera parte de sus tierras, y acababa de distribuirlas á venticuatro mil harudes (habitantes de Constanza).

Estos bárbaros cometian con los secuanos las mayores crueldades; y para tenerlos sometidos, guardaban como reenes los hijos de las familias mas distinguidas. «Solo yo, decia Divi»ciaco, he reusado al tirano de

»mi patria el juramento que ha »ecsijido á los eduos y á los se- »cuanos. Pedí á Roma socorros »que no pude lograr. En breve »se arrojaron sobre las Galias »todos los pueblos de la Jerma- »nia. Tú solo, ó César, puedes »salvarnos; pero estamos per- »didos si Ariovisto llega á saber »esta negociacion. Nosotros po- »dríamos libertarnos abando- »nando nuestros ogares; pero »los secuanos no tienen este re- »curso: están en poder de Ario- »visto, y los esterminará al mo- »mento que sepa que implora- »mos tu ausilio.»

Guerra con Ariovisto rey de los suevos.—(A. M. 3947.— A. C. 57.) César, habiendo tomado informes de los diputados secuanos, cuyas lágrimas y vergüenza confirmaron demasiado la narracion de Diviciaco, prometió libertarlos del yugo.

Era muy importante para Roma impedir que los jermanos se estableciesen en las Galias, de donde podrian pasar á la provincia Narbonense, atravesar los Alpes y renovar en Italia el terror y los estragos que causaron los cimbros y teutones en otro tiempo. César previó é impidió estas desgracias, que cinco siglos despues cayeron sobre el imperio romano y lo arruinaron.

Determinado á arrojar á los bárbaros al otro lado del Rin, envió embajadores á Ariovisto para pedirle una conferencia. El rey de los suevos respondió con altivez y grosería, que si César tenia necesidad de él, viniese á hablarle. El romano le escribió que si queria conservar la alianza con la república, dejase de traer jermanos á la Galia, restituyese á los secuanos su independencia y á los eduos sus reenes, y no cometiese ostilidades contra ellos: y que si no, como el senado y el pueblo romano habian mandado á los gobernadores de la Narbonense, en el consulado de Mesala y Pison, protejer á los eduos y á sus aliados, se veria en la obligacion de vengar con las armas las injurias de estos pueblos.

Ariovisto replicó que en todos tiempos habia sido derecho del vencedor dictar leyes á los vencidos, y que los romanos habian usado de este derecho constante y ámpliamente. «Los e- »duos, añadió, quisieron espe- »rimentar la fortuna de la gue- »rra, fueron derrotados y some- »tidos á un tributo justo. Si »quieren pagarlo, vivirán en paz: »si no, los castigaré. Tus amena- »zas no me espantan: todos los »que han tenido la osadía de

»acometerme, se han arrepentido despues, y aprenderás á tu »costa lo que puede un pueblo »que nunca ha sufrido derrotas, »y que de catorce años á esta »parte no duerme sino en los »campamentos.»

En el momento de recibir esta carta supo César que los habitantes de cien cantones suevos habian pasado el Rin, llamados por Ariovisto. Esta noticia le obligó á acelerar su marcha, y temiendo que los bárbaros se hiciesen dueños de Vesoncio (Besanzon), se apresuró á apoderarse de esta posicion que era muy fuerte.

Creía que el ardor de las lejiones seria igual al suyo; pero como los mercaderes y viajeros que llegaban á su campo, hacian descriciones ecsajeradas del valor, la fuerza, la estatura jigantesca y las terribles miradas de los jermanos, desmayó un poco el valor de las lejiones, y esta primer debilidad acabó en un terror pánico. Los prefectos, senadores y caballeros, que estaban poco acostumbrados á la guerra y que no habian seguido á César sino por amistad, se despiden y retiran con diversos pretestos. Los oficiales se esconden en sus tiendas: resuenan quejas y jemidos en los reales: los soldados, creyendo cierta su perdicion, hacen testamento: los que por el pundonor disimulaban su miedo, hablan de la dificultad de los caminos y aspereza de los bosques: en fin, llegó el caso de decir á las claras que si el jeneral daba órden de seguir adelante, no le obedecerian.

Arenga de Cesar a sus oficiales.—César, que enmedio de aquella muchedumbre amedrentada, era el único que no temia, reune los oficiales de las lejiones y les dice: «En mi consulado »solicitó Ariovisto la amistad de »Roma: yo creo que lo pensará »bien antes de renunciar á ella. »Y si es bastante insensato para »arrostrar nuestro poder ¿qué »temeis? ¿No conoceis este ene»migo? ¿dudais de vuestro va»lor y del mio? ¿valeis menos »que vuestros antepasados, ó me »teneis en menos que á Mario? »Los cimbros y teutones han »huido de los romanos: los hel»vecios, que acabais de vencer, »han derrotado á esos mismos »jermanos que temeis aora. A»riovisto no se atrevia á pelear »con los eduos y reusó largo »tiempo la batalla: si despues »los venció, fué por sorpresa »y á traicion. No hay que temer »la falta de víveres, porque los

»he reunido en abundancia. La »dificultad de los caminos es »menor de lo que creeis, segun »consta de los reconocimientos »que he mandado hacer.»

«Pero se habla de desobedien»cia y de no seguir adelante. »No puedo creer tal infamia: »ningun jeneral romano ha su»frido la injuria de ser desobe»decido á no haberse granjeado »el odio de las tropas por su ava»ricia, ó el desprecio por sus de»rrotas. En fin, yo no pensaba »marchar aora; pero vuestras »murmuraciones me obligan á »salir mañana antes del alba: »quiero ver prontamente si el »deber es mas fuerte que el »miedo. Si algunos reusan se»guirme, estoy cierto que la le»jion décima no me abandonará »en ningun caso: ella será mi »coorte pretoria, y con tales sol»dados acometeré sin temor y »venceré á los enemigos.»

La firmeza de su ademan, el ardor de sus miradas y la osadía de sus palabras, causaron en los ánimos una pronta revolucion. La tristeza de los soldados se disipa: la alegría y la esperanza brillan en sus rostros: y los que antes solo vian el miedo de la muerte, piden ya la guerra y la victoria. Los tribunos de la lejion décima dan gracias á César por su confianza, y le prometen ser siempre suyos. Las demás lejiones le envian sus oficiales por diputados para jurarle que le seguirán adonde quiera. César, habiendo reanimado así el valor de su ejército, sale de su campo y se acerca á Ariovisto, que le propone una conferencia, y para engañarle ecsijió que no fuesen á ella sino con una escolta de caballería. César sospechó el lazo y mandó á algunos soldados de la décima lejion, que montasen los caballos de la escolta, por lo cual dijo uno de los lejionarios: «César »nos dá mas de lo que ofreció; »pues que segun su promesa de»bia hacernos pretorianos, y nos »hace caballeros.»

Las dos escoltas se detuvieron á doscientos pasos de un cerrillo donde habia de celebrarse la conferencia. César recordó al rey su tratado con Roma, y la obligacion que tenia la república de defender á los eduos.

Ariovisto respondió que él no habia pasado á las Galias sino llamado por los galos: que despues, habiéndose reunido todos contra sus jermanos, los habia vencido: y que el tributo impuesto era consecuencia lejítima de su victoria. «Los romanos, »dijo, no han sostenido á los e-

»duos contra los secuanos; ¿por »qué estarian obligados á defen»derlos contra mí? Yo sospecho »que no has tomado las armas si»no para hacerte dueño de las Ga»lias, y estoy resuelto á oponerme »á ello. Si en esta guerra te qui»to la vida, te prevengo que daré »mucho placer á personajes muy »ilustres de Roma que me han in»citado con sus cartas á pelear »contra tí: pero en lugar de ha»cernos daño, unamos nuestros »intereses. Si me dejas libre en »mis conquistas, te prometo fa»vorecer tus designios con todo »mi poder.»

César comenzaba á replicarle que no habia razon para que las Galias fuesen mas bien de los suevos que de los romanos, cuando vinieron á avisarle que la caballería enemiga avanzaba, decia insultos á la suya y le tiraba piedras. César interrumpió la conferencia, y se retiró proibiendo á los romanos las represalias, queriendo probar así su buena fé, y culpar á Ariovisto por la infraccion de la tregua. Una conducta tan pérfida redobló el ardor de los romanos contra los bárbaros. César sabia que los suevos eran superiores en los combates de tropas lijeras, porque llevaban junto á los caballos infantes ájiles que lanzaban dardos, mientras los jinetes acometian y protejian á estos con sus escudos y espadas si se hallaban en aprieto. Y así, en lugar de comprometer sus tropas en escaramuzas, atrincheró su campo á vista del enemigo, y le presentó la batalla. Ariovisto no la aceptó, y se mantuvo encerrado en sus tiendas. Los espias de César le esplicaron la causa de aquella contemporizacion. Los jermanos creian en los hechizos y sortilejios, pensaban que las mujeres adivinaban lo futuro, y tenian sus palabras por oráculos. Ariovisto las habia consultado, y su respuesta fué que no esperase la victoria si peleaba antes del novilunio.

Victoria de Cesar contra los galos.—César, conociendo cuánto podia valerle esta supersticion, atacó el campamento enemigo, y arrojó de él á los bárbaros. Desbarató con el ala que mandaba, la izquierda de Ariovisto; pero la derecha penetró en las filas romanas. El jóven Publio Craso, que mandaba la caballería, hizo avanzar la tercer línea, y restableció el combate. El enemigo derrotado huyó por todas partes, y no se detuvo sino en las orillas del Rin. Ariovisto atravesó el rio con

muy pocos á nado y en bateles: los demás se aogaron ó fueron degollados por los romanos. Una de las hijas del rey y dos de sus mujeres, perecieron en el comba-te: otra hija quedó prisionera. César halló á algunos de sus diputados que el rey bárbaro habia puesto en prisiones. Procilo, uno de ellos, habia visto tres veces echar la suerte para saber si le quemarian antes ó despues de los otros cautivos.

La derrota de Ariovisto difundió el terror entre los suevos, y pasaron con prontitud al oriente del Rin.

Habiendo César terminado con tanta felicidad dos guerras en una sola campaña, dió á sus lejiones cuarteles de invierno en el pais de los secuanos, y volvió á la Galia Cisalpina para presidir sus asambleas. Tan profundo político como sabio jeneral, se establecia todos los inviernos en aquella provincia, desde la cual estaba en correspondencia con su ejército, gobernaba las Galias, y contenia á sus enemigos de Roma.

Vuelta de Ciceron a Roma.— Lejos de esta ciudad solamente, eran dignos de admiracion los romanos de aquel tiempo. Mientras que la república plantaba sus águilas en las riberas del Rin, la tristeza y la confusion reinaban en la capital del mundo. El senado, creyendo con razon que el destierro de Ciceron era el de la libertad, decidió solemnemente que hasta que fuese restituido no deliberaria sobre ningun asunto. Este senatoconsulto detuvo el movimiento de la administracion, y la Italia pidió la vuelta del libertador de la patria. Mientras mas se declaraba la opinion pública contra los facciosos, mas crecia la insolencia de Clodio. Habia triunfado de la justicia y la virtud; pero fué vencido por la fuerza y la ambicion. Cometió la imprudencia de ultrajar en una oracion á Pompeyo, cuyos numerosos amigos aumentando el partido de Ciceron, le dieron la superioridad en las tribus. El senado, viendo propicia la ocasion, dió el decreto para restituir á aquel ilustre desterrado, y el pueblo lo confirmó á pesar de los esfuerzos de Clodio, que procuró en vano oponer la violencia á la justicia.

La vuelta de Ciceron fué un verdadero triunfo: recibió diputaciones de todas las ciudades de Italia, que hicieron solemnes acciones de gracias á las deidades: se celebraron fiestas en su onor: el senado y el pueblo sa-

lieron de la ciudad á recibirle, y como él mismo dice: «Pareció »que Roma se arrancaba de sus »cimientos para abrazar á su li»bertador.» Basta á la virtud un dia semejante para pagarle un siglo de infortunio.

Se le volvieron sus bienes, y se reedificó su casa á costa de la república. Ciceron, menos irritado de la injuria que reconocido al beneficio, ó quizá dejándose llevar demasiado de la gratitud, inseparable compañera de la onradez, en la primer ocasion que habló en el senado, hizo que se concediese á Pompeyo por cinco años la superintendencia de los víveres, con un poder sin límites en todos los puertos y costas del imperio.

Este esceso descontentó á los republícanos, y dió motivo á las primeras quejas de César. La guerra con los piratas de Cilicia no justificaba ya la concesion de un poder tan estenso, y la carestía momentánea producida por la neglijencia de la administracion, no era causa suficiente para colocar á un hombre sobre las leyes. Este mismo año, 696 de Roma, murió Lúculo: su gloria y aun su razon, se habian eclipsado mucho tiempo antes.

GUERRA CON LOS BELGAS.—(A. M. 3948.—A. C. 56.) César no tuvo lugar de observar por mucho tiempo los progresos rápidos de la autoridad de su coléga. La derrota de Ariovisto y el temor de la ambicion romana, que estendia ya su poder en las Galias desde Masilia hasta las riberas del Rin y las fuentes del Saona, inquietaron á los pueblos de la Béljica. Jermanos de orijen, belicosos é independientes, resolvieron vengar á los suevos y libertar á los galos de la dominacion de Roma. César no podia oponerles mas que ocho lejiones: pero sabia que la constancia romana lucharia ventajosamente contra el valor indisciplinado y la índole móvil de sus enemigos. Le hemos seguido paso á paso en su primer campaña para dar á conocer su carácter, su modo de hacer la guerra, sus recursos, y el pais que se proponia conquistar: en lo sucesivo describiremos con mas rapidez el curso de sus brillantes espediciones. Los *Comentarios*, en que él mismo da cuenta circunstanciada de ellas, son bien conocidos de todos, y los jóvenes que se dediquen á la defensa de la patria, deben leerlos incesantemente para aprender el arte militar.

César no dejó á la liga que le amenazaba, tiempo para adquirir fuerzas: marchó con pronti-

tud al Àxona (Aisne) con todas sus tropas, cuando los belgas se debilitaban separándose. En la primer batalla hizo gran destrozo en los enemigos, se apoderó de Remos (Reims) y Suessiones, (Soissons), de Belovaco (Beauvais) y Samarobriva (Amiens). Los servios, que habitaban las orillas del Escalda y del Sambra, reunidos á los atuates (del Artois), le dieron una batalla que fué sangrienta y disputada, y en la cual los romanos estuvieron en peligro inminente. César, viendo retroceder sus tropas, tomó el escudo de un soldado y se arrojó enmedio de los enemigos: las lejiones, avergonzadas de su cobardía, se precipitan detrás de él y logran la victoria.

Despues atacó á los adnáticos (pueblos del Namur). El asombro que les causaban las máquinas de guerra que veian por la primera vez, los movió al principio á capitular; pero tan veloces para romper el tratado como para hacerlo, salen por la noche de sus murallas y caen súbitamente sobre los romanos. César remedia con celeridad el desórden que produjo este ataque, reune sus coortes, desbarata al enemigo, se apodera de la ciudad, y vende como esclavos á todos sus habitantes.

Tanto se confiaba en su fortuna, en el poder de su nombre, en el terror que inspiraban sus victorias, y en la superioridad que la táctica romana, sus armas y el arte de los campamentos le daban sobre el valor fervoroso, pero desordenado de los galos, que en el momento que atacaba á los servios, los mas belicosos de sus enemigos, enviaba á sus lugartenientes con cuerpos de tropas poco numerosos á someter otras partes de la Galia. Publio Craso, hijo del triunviro, ocupó todas las costas de la Céltica que yacen entre el Secuana y el Lijeris (del Sena hasta el Loira).

Habiendo vencido César á los belgas, volvió, segun su costumbre, á principios de invierno á la Galia Cisalpina. El senado mandó hacer por sus victorias *suplicaciones*, esto es, acciones solemnes de gracias, las cuales duraron quince dias, mas tiempo que el de todas las que se habian celebrado hasta entonces.

Los triunviros creyeron necesario tener una conferencia para estrechar mas los lazos que los unian. César habló con Craso en Ravena, y con Pompeyo en Luca. Convinieron que se prorogaria otros cinco años el proconsulado de César en las

Galias, y que los otros dos triunviros serian cónsules.

Ciceron hubiera querido, y quizá debido, oponerse con los republicanos al triunvirato; pero su destierro habia abatido su valor, y aunque César fué promotor de aquella desgracia, se creyó obligado á elojiarle en la curia y á opinar por la prolongacion de su mando. El mismo se acusa de debilidad en sus cartas á Atico, y confiesa que «debia haber imitado á Filoxeno volviendo á las *canteras* antes que alabar los versos de Dionisio.»

Guerra con los venetos.— Una nueva confederacion se formó en la Galia Céltica contra Roma. Los venetos (habitantes de Vannes), pueblos de la Armórica (Bretaña), se unieron á los eburices (de Ebreux) y lexobios (de Coutances y de Lisieux), y aun enviaron diputados á la Béljica, con la esperanza de sublevar todas las Galias por la causa sagrada de la independencia.

Los venetos, defendidos por el mar en el cual tenian una escuadra bien ejercitada, por lagunas casi impracticables ó por bosques densísimos, se creian invencibles; y así insultaron y maltrataron á los diputados romanos que fueron á pedirles víveres.

César marchó contra ellos. Halló grandes dificultades, no solo para vencerlos, sino aun para acercarse á sus pueblos. Ningun ostáculo fué capaz de detener su valor. Hizo construir bajeles, y por medio de sus máquinas abordó y quemó la escuadra enemiga. Los venetos, consternados por la ruina inesperada de sus fuerzas navales en las cuales tenian toda su confianza, capitularon y se rindieron. César, vengando sin medida ni piedad la injuria hecha á sus diputados, hizo degollar á todo el senado, y redujo á servidumbre la poblacion. Es dificil concebir, atendida esta accion, cómo los contemporáneos y aun los enemigos de César han preconizado su clemencia; pero los venetos no tenian entonces historiadores, y además muchas virtudes de los tiempos antiguos nos parecerán bárbaras en el dia.

Mientras Decio Bruto destruia la escuadra de los venetos, Titurio Sabinio, lugarteniente de César, derrotó completamente los eburices y lexobios: y el jóven Craso conquistó con una sola lejion toda la Aquitania, venciendo tantos pueblos armados como le rodeaban.

En esta época el famoso Marco Antonio echó en Ejipto los

cimientos de su reputacion y fortuna. Siendo comandante de las tropas romanas de Siria bajo el procónsul Gabinio, restituyó la corona de Ejipto á Ptolemeo Auletes, destronado por sus vasallos.

Habiendo adquirido inmensas riquezas, igualmente que su jefe, por el saqueo de ambos paises, consiguió sin embargo toda la gloria de la conquista, y el castigo de las concusiones cayó sobre Gabinio. Terminada esta guerra pasó á la Galia y siguió la suerte de César. Este no ignoraba que todos los pueblos setentrionales de aquel pais habian entrado en la liga de los venetos; pero el invierno se acercaba, y ocultó su resentimiento hasta la primavera.

TURBULENCIAS EN ROMA.—El senado de Roma hallaba mas dificil someter los enemigos interiores que los estranjeros. Cuando se iba á reedificar la casa de Ciceron, Clodio, apoyándose en una respuesta ambigua de los arúspices, se opuso al trabajo de los obreros, armó sus partidarios y marchó contra Ciceron. Milon y sus amigos le defendieron valerosamente y auyentaron á los facciosos. La libertad moribunda arrojaba aun algunas llamaradas, y los republicanos reunieron sus esfuerzos para disputar el consulado á Pompeyo y á Craso. Los comicios estuvieron tan alborotados, que fué preciso diferir la eleccion; pero despues de un corto interregno, el partido de los triunviros, valiéndose ya de la seduccion, ya de la violencia, logró un completo triunfo. Se negó á Caton la censura: Pompeyo y Craso fueron cónsules: el primero tuvo por provincia la España, que le habia prometido sus colégas, y Craso la Siria.

Entrambos labraron su propia ruina por caminos opuestos: Craso, hizo que se declarase contra los partos una guerra peligrosa é inútil, con la esperanza de adquirir en ella mucha fama y riquezas, y de volver á Italia mas poderoso y temible que Syla: y Pompeyo, se quedó en Italia por el orgullo de dominarla y contento con la ausencia de sus rivales, prolongó el gobierno de César en las Galias. Por esta razon no se puso al frente de sus lejiones, segun la costumbre, sino encargó el ejército de su provincia á sus lugartenientes. Embriagado con omenajes engañosos, acostumbró los soldados á olvidarle, y se contentó con gozar en Roma la vana apariencia del poder, mientras



dejaba á César la realidad.

El consulado de los dos triunviros no fué notable sino por la mejor eleccion de los jueces y por una ley para refrenar las intrigas, que produjo sátiras contra los cónsules, infractores constantes de todas las leyes. El año concluyó, y al partir Craso al Oriente, los agoreros hicieron vanos esfuerzos para que renunciase á aquella empresa desastrada, pronosticándole su ruina: se burló de sus amenazas y de las imprecaciones que el tribuno Ateyo Capiton pronunció públicamente contra él. En aquel siglo supersticioso un jeneral perdia la mayor parte de su fuerza, obligando á los soldados á pelear contra las órdenes supuestas del cielo.

Guerra contra los jermanos y britannos.—(A. M. 3949.—A. C. 55.) Una nueva invasion de los usipios y teucteros, pueblos jermanos arrojados por los suevos de su pais, obligó á César á marchar contra ellos el año 698 de Roma. Los jermanos, apasionados á la guerra y á la libertad, conservaban todavia costumbres rudas y selváticas. De todas las artes de la civilizacion, la única en que habian hecho algunos progresos era la militar. César nos ha dado á conocer, mejor que ningun otro historiador, á estos pueblos temibles destinados á fundar una nueva Europa sobre las ruinas del imperio romano.

En su tiempo los mas poderosos y guerreros de los jermanos eran los suevos. Esta nacion estaba dividida en cien cantones, de los cuales cada uno daba mil hombres anualmente para lidiar con los pueblos vecinos. Los demás habitantes cultivaban la tierra y producian subsistencias para los ejércitos. Al año siguiente volvian los guerreros al arado, y los cultivadores tomaban las armas: y así conservaban perpétuamente los hábitos de los trabajos del campo y de las fatigas militares.

Estos pueblos desconocian la propiedad, primera base de la civilizacion. Todos las tierras de los suevos eran comunales. Consumian poco trigo: sus principales alimentos eran la leche y la carne de sus rebaños y de los animales muertos en la caza. La estrema libertad de que gozaban sus hijos, contribuia á su estatura prodijiosa y complecsion robusta. Bañábanse en los rios tanto en invierno como en verano: no conocian ni estufas ni termas: y á pesar del rigor del clima, solo llevaban vestidos de pieles, que

no alcanzaban á cubrirles todo el cuerpo.

Demasiado acostumbrados al saqueo para tener necesidad de comprar, no recibian á los mercaderes estranjeros sino para venderles el botin que habian adquirido en sus espediciones. Lejos de buscar, como los galos, los caballos de casta de otros paises, solo se servian de los que habian nacido en sus bosques. A la verdad no eran notables ni por su estampa ni por su tamaño; pero el contínuo ejercicio los endurecia para el trabajo y los hacia capaces de resistir á las mayores fatigas.

Los suevos que hacian á un mismo tiempo el servicio de infantería y de caballería, peleaban muchas veces á pie, y saltaban con lijereza en sus caballos cuando era menester perseguir al enemigo vencido, ó escaparse del vencedor con una pronta fuga. Los caballos estaban enseñados á esperarlos en el sitio donde los dejaban mientras combatian: montábanlos en pelo, y el uso de las sillas era para ellos un lujo vergonzoso. Fiados en su valor y en la lijereza de sus caballos, no dudaban atacar la caballería mas numerosa y mejor equipada. El vino les estaba proibido severamente: creian que este licor enervaba y afeminaba los hombres, y los hacia incapaces de sufrir las fatigas de la guerra.

Antes de penetrar en su territorio, era preciso atravesar paises inhabitados y campos incultos de sesenta millas de estension. Pensaban que estos desiertos eran la prueba de que ningun pueblo vecino habia podido resistir á sus armas, y las tristes soledades eran el monumento sombrío de su gloria selvática.

Los pueblos mas cercanos á los suevos eran los ubios (habitantes del territorio de Colonia) los mas ricos y poderosos de los jermanos: ventaja debida á su posicion en las orillas del Rin, que los habia acostumbrado al comercio y á la vecindad de las Galias, cuyos usos adoptaron poco á poco. Los suevos, que guerreaban frecuentemente con ellos, no habian podido destruir su numerosa poblacion, bien que los hubiesen debilitado y hecho tributarios.

Tales eran entonces los jermanos, mucho mas temibles que los galos, si hemos de creer á César. Estos, mas civilizados, gustaban del lujo y de los placeres: eran valientes, pero lijeros, móviles, deseosos de mudanzas, y tan curiosos de noticias, que de-

tenian á los mercaderes y viajeros, los obligaban á responder á sus preguntas indiscretas, y muchas veces se decidian, en virtud de aquellas relaciones poco fidedignas, á las empresas mas arriesgadas.

Druidas. — Los nobles y sacerdotes eran las dos clases mas ilustres de la nacion: los demás se miraban casi como esclavos. Los sacerdotes ó druidas, á un mismo tiempo lejisladores, pontífices y jueces, sacrificaban á los dioses víctimas humanas que comunmente se elejian de entre los criminales; pero si no los habia, no se escrupulizaba en inmolar inocentes. El arma mas terrible de los druidas era el anatema. El galo, sobre quien recaia, se hallaba aislado en el momento; sus amigos y parientes le huian: bastaba aprocsimarse á él para creerse mancillado. La clase de los druidas estaba presidida por un jefe, cuya residencia ordinaria era Carnuto. Adoraban casi los mismos dioses que los romanos; pero la deidad mas reverenciada era Mercurio. El culto de los druidas traia su orijen de la Britannia: y así, en los negocios difíciles y de mucha importancia se consultaba á los sacerdotes de aquella isla. Los nobles gobernaban las ciudades, mandaban los ejércitos y decidian en sus juntas todos los negocios. Los que poseian mas tierras y tenian mayor número de vasallos ó hombres adictos, que en algunas partes se llamaban *soldurios*, gozaban de mayor consideracion, obtenian los cargos principales y á veces usurpaban la autoridad suprema.

Estos pueblos diferentes, mas ó menos republicanos ó monárquicos, formaban confederaciones que se estendian, estrechaban ó dividian segun el capricho inconstante de los jefes. Al contrario, los jermanos del tiempo de César, solo adoraban á los astros, montañas, rios y bosques; sus oráculos eran las mujeres, y no admitian diferencia de clases. Iguales entre sí, ejerciendo la ospitalidad con los viajeros, esentos de leyes y de necesidades, no reconocian jefe sino para pelear. En estos pueblos fieros y belicosos no habia mas regla que la igualdad, ni mas cetro que la espada.

César, informado de la invasion de los jermanos, reune sus lejiones, marcha contra ellos, los derrota, hace pedazos á los teucteros y arroja á los demás al otro lado del Rin. Este rio no le detiene: en diez dias construye

un puente inmenso, objeto de admiracion para los romanos y de espanto para los bárbaros. Pasa el Rin, penetra en Jermánia y asombra y dispersa aquellos pueblos selváticos, aterrados de ver en sus bosques las águilas romanas. Vuelve á la Galia, la atraviesa, junta un gran número de bajeles, pasa á la costa de Britannia, vence á sus habitantes, desconocidos hasta entonces á los romanos, los obliga á prometer reenes y se vuelve al continente sin poder continuar sus conquistas, porque una tempestad habia dispersado los buques que llevaban su caballería.

Así aumentaba César cada año su gloria, su riqueza y su autoridad. El partido republicano, mas receloso que contento por los triunfos de este jeneral, aprovechándose de su ausencia solicitaba despertar en el pueblo el amor casi estinguido de la libertad. Reuniendo, en fin, todas sus fuerzas, logró que se diese el consulado á Domicio Enobarbo y la pretura á Caton; pero además de los muchos partidarios que la gloria de César le adquiria en Roma, se temia al ejército de Craso, que podia volver con prontitud: y Pompeyo, aumentando su popularidad por la abundancia de víveres que habia proporcionado á la capital, mandaba el ejército de España y además reunia cerca de Roma algunas lejiones; de modo que los republicanos, á pesar de los progresos que habian hecho en el espíritu del pueblo, se vieron obligados á la inaccion y no podian sacudir el yugo del triunvirato. La opinion estaba á favor de ellos, pero sus enemigos tenian la fuerza.

No tardó en saberse que Craso, despues de haber quitado á los partos muchas ciudades de Mesopotamia, las habia saqueado, y que de vuelta á Siria oprimia esta provincia con impuestos, robaba la Judea y se apoderaba del tesoro de Jurusalen. El esperaba conquistar el imperio á fuerza de oro: César se dirijia mas seguramente al mismo fin con la gloria y las armas.

Este guerrero infatigable pacificó el norte de la Galia, invadió segunda vez la Britannia, y sometió la parte meridional de esta isla. Casivelauno, rey del pais situado á orillas del Támesis á veinte leguas de la costa, fué el único que no le cedió la victoria sin haberle resistido ostinadamente. Las playas del mar eran habitadas por pueblos de orijen belga: cuando estos fue-

ron vencidos, los bárbaros del interior se sometieron á la dominacion romana, pagaron un tributo y dieron reenes. Esta conquista inútil aumentaba mas la gloria del vencedor que el imperio de Roma.

César, cuando volvió á las Galias, halló el pais desolado por una ambre espantosa que le obligó á dividir sus tropas para que encontrasen mas fácilmente subsistencias.

Ambiorix, rey de los eburones (habitantes de Lieja), aprovechándose de la diseminacion de las fuerzas romanas, marchó contra dos lejiones mandadas por Sabino y Cotta. El primero, desalentado por este ataque imprevisto y resistiendo á los consejos prudentes y vigorosos de su compañero, se dejó engañar por los bárbaros y firmó una capitulacion insidiosa. Atacado en su marcha, y defendiéndose demasiado tarde, pereció víctima de su debilidad. Los bárbaros forzaron el campamento y destruyeron las dos lejiones. Este triunfo reanimó el espíritu independiente de los galos y dispuso todos los pueblos á la insurreccion.

Quinto Ciceron, hermano del orador, fué atacado por una multitud de bárbaros alentados por su primer victoria. Mas firme que Sabino se defendió con intrepidez; pero los soldados de la lejion que mandaba, fatigados, heridos y sin víveres, se hallaban en el mayor apuro. Un galo del partido de los romanos atraviesa el campo enemigo, informa á César del peligro de Ciceron, y vuelve con la misma felicidad á anunciar á los sitiados la esperanza de un pronto socorro. César acude con siete mil hombres y acomete y destroza sesenta mil galos. Esta azaña espanta á los otros pueblos que estaban ya para sublevarse.

Guerra con los treviros.—(A. M. 3951.—A. C. 53.) Entretanto los habitantes de Treviros, mandados por Inducomaro, tomaron las armas contra Roma. César los batió completamente, y se le trajo la cabeza del jeneral enemigo. La ajitacion sorda que reinaba en las Galias no le permitió volver á Italia despues de esta campaña, y permaneció todo el invierno al frente de su ejército.

Los lazos que forma la ambicion no son duraderos. Pompeyo, aparentando favorecer el poder y cultivar la amistad de sus colégas, trataba de elevarse sobre ellos. Sus numerosos clien-

tes ajitaban el pueblo con sus intrigas, y querian que se le nombrase dictador, á lo que se opuso vigorosamente el tribuno Quinto Mucio Scévola. Los partidarios de Pompeyo retardaban con sus manejos la eleccion de los cónsules, lo que ocasionó un interregno de muchos meses: hasta que en fin Cneyo Domicio Calvino y Marco Valerio Mesala, ganando al pueblo con sus liberalidades, obtuvieron, ó mas bien compraron, el consulado. Al mismo tiempo un gran desastre ponia fin al poder y á la avaricia de Craso. Siguiendo á unos guias pérfidos, fué atacado, vencido y muerto por los partos en los desiertos de Mesopotamia, no lejos de Cárras. Un estrago tan terrible hubiera puesto la Siria y el Asia menor en poder de los partos, sin la intrepidez de Casio, que salvó las reliquias del ejército.

César vengaba en el Occidente la ignominia que las armas romanas sufrieron en el Asia. Pidió refuerzos para reparar la pérdida del cuerpo de Sabino, y Pompeyo le envió tres lejiones. Púsose en marcha desde la primavera al frente de sus tropas, y taló el pais de los nervios, que se disponia á la rebelion. Habiendo reunido despues en Lutecia (París) los diputados de las diferentes ciudades de la Galia, fué al pais de los senones, que no habian querido enviar diputado al congreso, los sorprendió con su ordinaria celeridad, los derrotó y obligó á su jefe Accon á dar reenes.

Los carnutos (territorio de Chartres) volvieron tambien á la obediencia. Subyugó rápidamente á los menapios, y uno de sus lugartenientes venció y sometió los treviros. Avisado de un nuevo armamento de los jermanos, cuyo socorro imploraban los pueblos nuevamente conquistados, pasó otra vez el Rin y obligó á los bárbaros á refujiarse al seno de sus bosques. Queriendo intimidarlos con un freno que no se atreviesen á romper, fortificó la cabeza del puente y puso guarnicion en ella. Taló despues el pais de los eburones, hizo matar á Accon, jefe de los senones, que se preparaba á rebelarse de nuevo, y creyendo la tranquilidad consolidada por estos escarmientos, volvió á pasar el invierno en Italia.

Cuando Roma era pobre y libre premiaba á los jenerales mas ilustres con una corona de encina ó de laurel; pero cuando fué poderosa y corrompida, se emplearon los despojos del enemi-

go en hacer coronas de oro que se regalaban á los vencedores. Julio César recibió mas de mil ochocientas. Lo que en tiempo de la república era un don voluntario ofrecido á la gloria, vino á ser en tiempo de los emperadores un impuesto ecsijido por el orgullo y pagado por la servidumbre. La cadena que oprimió á la república fué de oro: cuando la riqueza de un pueblo es el fruto de su industria y de su comercio, favorece á la libertad y aumenta la independencia de los ciudadanos; pero cuando es el producto de las conquistas, su único resultado es dar á algunos ambiciosos la facilidad de adquirir clientes, pagar soldados con que oprimir al pueblo; y como entonces la riqueza llega á ser el único medio de consideracion y de autoridad, corrompe las costumbres públicas, y hace sacrificar á la avaricia todas las virtudes.

Los tiempos habian cambiado (1). El gran Pompeyo no se aplicaba ya á aumentar su gloria, única base del poder en los paises gobernados por la opinion: y mientras César aumentaba incesantemente su fama en medio de las penalidades, los peligros y las victorias, su rival no pensaba mas que en estender su ilusoria potencia y en multiplicar las fruiciones de su vanidad.

Valiéndose de la anarquía ocasionada por las intrigas de los candidatos al consulado, consiguió que se le nombrase cónsul único; cosa inaudita hasta entonces, y lo que es dificil de creer, todos los senadores y hasta el severo Caton favorecieron esta infraccion de las leyes. No se puede esplicar semejante deviacion de los principios republicanos, sino por el motivo siguiente: Pompeyo, sostenido por su alianza con César, el partido popular le habia dado una superioridad visible sobre el del senado; pero Craso, aliado de los dos, habia perecido en Asia, y Julia, mujer de Pompeyo, acababa de morir en Roma, estinguiéndose con ella el único lazo que ecsistia ya entre los dos rivales; y como Pompeyo conocia la imposibilidad de balancear en la plebe el valor del conquistador de las Galias, y sobre todo del hombre audaz que habia restituido las estátuas de Mario, no contenido ya por el imperio que su esposa tenia sobre su ánimo, pareció dispuesto á mudar de partido y á sostener contra el pueblo la causa de los

(1) 701.



ricos y de los grandes. El senado y el mismo Caton miraron la adquisicion de Pompeyo como la mas importante que entonces podian hacer. Desde aquel momento fué jefe de la aristocrácia, y en la apariencia defensor de la libertad: porque era evidente que César, mostrándose popular, aspiraba al poder absoluto.

Ciceron y sus amigos se unieron al partido de Pompeyo, aunque no se dejó engañar ni por su dulzura, ni por su amor finjido á la república. En una de sus cartas, hablando de estos dos célebres rivales que disputaban el imperio, dice: «El uno no puede sufrir superior: el otro ni igual: César quiere apoderarse del trono: Pompeyo, que se le dé.» El mismo Caton, desengañado mas tarde, decia cuando comenzó la guerra civil: «Si triunfa Pompeyo me voy de Roma: si triunfa César me doy la muerte.» El consulado de Pompeyo fué abundante en turbulencias y facciones. Clodio trataba de sublevar el pueblo contra el cónsul único, á quien llamaba rey, y procuraba la muerte de Ciceron, á quien tenia un odio implacable. Milon, amigo del orador, encontró á aquel tribuno faccioso en las cercanías de Roma: movióse una disputa entre los siervos de sus comitivas, y uno de los esclavos de Milon mató á Clodio. El pueblo citó en juicio á Milon y le condenó al destierro, á pesar de la elocuencia de su amigo, príncipe de los oradores romanos.

Tranquilizado Pompeyo con la muerte de Clodio, hizo mas íntima su alianza con los grandes, tomando por esposa á Cornelia, hija de Metélo Scipion y madre de Craso el jóven. En el tiempo que gobernó solo la república, hizo mudanzas útiles en las leyes y abrevió las formas de los procedimientos judiciales. En aquel momento todo parecia favorecer su ambicion y realizar sus esperanzas. El único rival que podia temer se hallaba entonces en un peligro tan grande, que tuvo necesidad de toda la fuerza de su jénio para triunfar de él.

Guerra de Vercinjetorix.—(A. M. 3952.—A. C. 52.) César tenia que combatir contra pueblos unidos. Vercinjetorix, rey de los arvernos, que atribuia justamente las derrotas de los galos á su desunion, se mostró digno por su esfuerzo y habilidad, de luchar con el héroe de Roma. Envió diputados á todas

las ciudades de la Galia para conciliar sus desavenencias, y escitar los ánimos á hacer el último esfuerzo contra la dominacion romana. Sus enviados, inspirando el amor de la independencia, hicieron cesar las discordias: la Galia se sublevó, y todas las ciudades armaron sus guerreros y juraron tenerlos reunidos al principio de la primavera.

César, informado de sus proyectos, se anticipa sin temor del invierno, atraviesa los montes Cevennes, marcha directamente al centro de la rebelion, halla la Auvernia indefensa y la devasta. El príncipe galo, que se hallaba en el pais de los biturijes (Berri) con su ejército, vuelve con prontitud al socorro de su territorio. César, no teniendo bastantes fuerzas que oponerle, corre á buscar las que invernaban en el pais de los lingones: habiéndose reunido con ellas marcha á Jenabo (Orleans), cuyos habitantes habian degollado la guarnicion romana. Apodérase de esta ciudad y la entrega á las llamas: pasa á los biturijes y toma á Avarico (Bourges). Un peligro mas inminente le llama á otra parte, porque los éduos, antiquísimos aliados de los romanos, se sublevan tambien; y convencido de la necesidad de un pronto escarmiento, se reune con Lavieno, su lugarteniente, que sitiaba entonces á Lutecia con cuatro lejiones y marcha con él á Bibracte.

Vercinjetorix, nombrado jeneralísimo de los galos, habia seguido hasta entonces el plan mas sabio y mas funesto para los romanos. Los costeaba sin cesar por todas partes, evitando prudentemente toda accion jeneral: pero engañóse cuando vió á César evacuar el territorio de los biturijes, y creyendo que esta marcha era una huida, le persiguió y fué derrotado en una accion jeneral. Los restos de su ejército, que ascendian á ochenta mil hombres, se refujiaron á Alesia (Alize).

César le sitió en esta ciudad; pero como su prudencia se igualaba á su valor, previendo que él mismo podria ser atacado, no se contentó con rodear la plaza de atrincheramientos, sino además hizo construir una línea de contravalacion, defendida con fosos, empalizadas y hoyos con palos puntiagudos, que cubria el campamento por la parte esterior.

El suceso justificó su prevision: mas de un millon y cuatrocientos mil galos vinieron á forzar las líneas y no pudieron aprocsimarse á ellas. Sin embargo,

un cuerpo bárbaro de cincuenta mil guerreros escojidos atacó una colina que no se habia podido fortificar á causa de su grande estension. César reune sus mejores tropas, marcha contra ellos, y á pesar de su ostinada resistencia, destrozó una parte de aquel cuerpo y auyentó á los demás.

El ejército galo, desanimado por este revés, perdió la esperanza de librar á Alesia, y se dispersó. La ruina de la plaza fué el gran número de tropas que habia en ella, para el cual no bastaban los víveres. Vercinjetórix, no teniendo esperanza de socorro ni de subsistencias, entregó á los romanos la ciudad, el ejército y su persona.

César redujo á esclavitud al jeneral, á los oficiales y soldados, y á todos los habitantes de Alesia, y los repartió entre los lejionarios. Despues de este ejemplo espantoso de severidad, perdonó á los arvernos y eduos, y se sirvió de ellos para reducir á la obediencia los demás pueplos; pero como creia mas bien cubierto que estinguido el fuego de la rebelion, pasó el invierno en las Galias.

Sumision de los galos. — Lo que habia previsto sucedió. Los galos se sublevaron otra vez y formaron el proyecto de no combatir en masa, sino en muchos cuerpos de ejército separados. César, instruido de sus designios, los impidió hábilmente. En el primer mes del invierno subyugó á los habitantes de Berri y á los carnutos: en la primavera marchó contra los belovacos (habitantes del Beauvais), que era el pueblo mas valiente de las Galias; y aunque sostuvieron dignamente su fama, fueron vencidos y subyugados. César, habiendo desarmado á todos sus enemigos, tuvo la prudencia de sustituir la dulzura á la fuerza, y la clemencia al rigor: y así logró consolidar sus conquistas y pacificar enteramente las Galias el año 701 de Roma.

Victoria de Ciceron sobre los partos.—La república, señora de estos estendidos paises, se hallaba entonces en peligro de perder el Asia. Los partos, despues de la ruina de Craso, meditaban la conquista de Siria y Cilicia. Casio sostuvo la Siria; pero su sucesor Bibulo, mas tímido ó menos hábil, fué arrojado de ella. Ciceron, procónsul de Cilicia, defendió mejor esta provincia; y demostrando que habia nacido para todos los jéneros de gloria, enlazó el laurel militar con las palmas de la elocuencia.

Apenas supo que los partos habian pasado el Eufrates, marchó contra ellos al frente de sus lejiones, los rechazó en los desfiladeros del Tauro, avanzó hasta el monte Amano, donde los sorprendió y derrotó completamente, y despues de cincuenta y siete dias de sitio se apoderó de Pindeniso, que era la plaza mas fuerte que tenian: su ejército le dió por estos triunfos el título de *imperator* ó jeneral victorioso, recompensa la mas ambicionada por los capitanes de Roma. El senado decretó suplicaciones en onor suyo: y á no haber comenzado entonces la guerra civil, hubiera probablemente obtenido los onores del triunfo que solicitaba, y al cual era acreedor por sus victorias.

Habia llegado el momento en que la república debia perecer si no tenia valor para reprimir la ambicion de dos hombres unidos en otro tiempo para apoderarse del mando, y divididos aora para disputarlo; pero por desgracia Caton y un corto número de hombres incorruptibles que defendian la libertad, se hallaban aislados entre los dos grandes partidos que aspiraban á destruirla.

César y Pompeyo disimulaban mal su envidia: la ambicion habia roto los lazos de su amistad, y aunque su objeto era el mismo, se dirijian á él por medios diferentes. César habia acumulado inmensos tesoros en las Galias: liberal hasta la profusion, prestaba sin interés sumas escesivas á muchos senadores y ciudadanos; y en una ciudad, donde la usura se mostraba sin pudor, los préstamos desinteresados eran una jenerosidad inaudita. Su magnificencia le ganó muchos amigos. Su casa era el asilo de todos los que se veian perseguidos por los acreedores, y vivian en ella á costa de César. En su campamento se refujiaban los que sus delitos y maldades arrojaban de Italia. Repartiendo muy frecuentemente los despojos del enemigo entre sus soldados, era muy amado de ellos, y despues se dijo de él con razon «que habia conquistado »las Galias con el hierro de los »romanos, y á Roma con el oro »de los galos.»

Pompeyo, encubriendo con mas arte sus designios, manifestaba una ambicion mas circunspecta. No necesitaba de sobornar á los grandes, unidos á su suerte por el interés comun y por el espíritu de corporacion, y así afectaba que solo entendia en el gobierno de la república.

Estrechando cada dia mas los lazos de su alianza con el senado, reprimia las facciones populares, lisonjeaba la vanidad de los patricios, y parecia un soberano legal, cuando César se presentaba como un conspirador. Sin atacar directamente á su rival, fué el primero que comenzó las ostilidades. Iba á concluir el proconsulado de César en las Galias, y aunque estaba ausente pidió el consulado para el año despues, con la seguridad de que lográndolo eclipsaria todos los demás poderes, sostenido por el amor del pueblo, y que concluido el segundo consulado obtendria una provincia y el mando de un ejército.

El cónsul Marco Marcelo, secretamente escitado por Pompeyo, hizo que se desechase la peticion, por contraria á las leyes y al uso antiguo. César buscó otro medio para conservar la autoridad sin recurrir á las armas, y ofreció á Pompeyo la mano de Octavia, sobrina suya, pidiendo para sí la hija de su rival. Pero Pompeyo no le queria ya ni como igual, ni como pariente: reusó con desden sus ofertas, y en lugar de mostrarle los miramientos debidos á su proposicion, tomó en aquel momento mismo por yerno á Scipion, y lo elevó al consulado. Prosiguiendo en sus ostilidades, publicó dos leyes que ofendian á César indirectamente: una obligaba á dar cuenta de su conducta á todos los funcionarios públicos que habian ejercido autoridad en los últimos veinte años: la otra proibia á los ausentes solicitar ninguna majistratura.

El odio sucedió á la tibieza; pero aun no se manifestó. Pompeyo elevó al consulado á Paulo y á Marcelo, adictos suyos; pero ignoraba que César habia comprado la amistad del primero en un millon quinientos mil escudos. Sin embargo, el que le sirvió con mas habilidad fué el tribuno Curion, ganado por siete millones. Este majistrado, muy popular, fogoso, atrevido y elocuente, cumplió las miras de su sobornador con tanta mas facilidad, cuanto se le creia su enemigo declarado. Para no ofender la opinion pública con una mudanza repentina y sin motivos ostensibles, solicitó primero la superintendencia de los caminos, seguro de que no se la darian. Pompeyo reusándola le dió un pretesto plausible para murmurar y quejarse. El cónsul Marcelo, ansioso de arruinar prontamente á César, propuso al senado que le quitase el go-

bierno de las Galias y del ejército. La mayor parte de los senadores apoyaron el dictámen del cónsul; Scipion lo hizo por servir á Pompeyo; y Léntulo, con la necia esperanza de elevarse él mismo y llegar á la misma autoridad que tuvo Syla, á quien no imitaba ni en el valor ni en el talento.

Pompeyo, disimulando sus intenciones y esperanzas, apoyó débilmente á Marcelo, y aun afectó tener por muy rigorosa su proposicion contra un jeneral que habia hecho tan señalados servicios á la república. Sin embargo, el decreto iba á ser adoptado, como se esperaba, cuando Curion, mas hábil que todos ellos, tomó la palabra, y despues de haber aprobado el dictámen del cónsul añadió, que si se queria defender sinceramente la libertad y quitar á la república todo motivo de recelo, era menester que César y Pompeyo dejasen á un mismo tiempo los mandos y las provincias que habian gobernado por un tiempo demasiado largo.

Cuanto mas prudente era este consejo, tanto mas irritó á los amigos de Pompeyo. Su furor llegó á tal estremo, que el censor Apio propuso arrojar del senado á Curion; pero el cónsul Paulo se opuso á ello. Despues de una deliberacion acalorada, la pluralidad de los senadores parecia inclinarse al dictámen de Curion, cuando el cónsul Marcelo disuelve repentinamente la sesion, sin haberse decidido ninguna cosa. El pueblo llenó de flores á Curion, lo colmó de elojios, y decidió en los comicios que si Pompeyo conservaba su gobierno, César debia conservar tambien el de las Galias; y que su ausencia, no teniendo otro motivo que la gloria de la república, no le impediria obtener el consulado.

Pompeyo, ofendido de este plebiscito, que trastornaba sus esperanzas, salió de Roma y escribió al senado que no haria dimision del mando hasta que César fuese privado del suyo. Curion por su parte declaró, que si era necesario salia por fiador de César, porque conocia su resolucion de seguir el ejemplo de Pompeyo. El senado, embarazado con estas dos proposiciones igualmente falaces, no se atrevia ni á aceptarlas, ni á rechazarlas enteramente. Queria favorecer á Pompeyo porque creia que si ambos rivales se hallaban sin ejército, nada podria resistir á César, sostenido evidentemente por el pueblo. To-

mó pues un partido medio, y se contentó con mandar que se quitase una lejion á cada uno para reforzar el ejército de Asia.

César obedeció y envió una lejion á Italia; pero Pompeyo le pidió la que le habia prestado algunos años antes, de modo que en la realidad fué César quien perdió entrambas lejiones; y no le fué posible dudar de los intentos ostiles de sus adversarios cuando supo que en vez de enviar estas tropas contra los partos, se quedaban en las cercanías de Roma bajo las órdenes de Pompeyo.

Ciceron, que entonces volvió de Cilicia, se propuso dar un paso conveniente á sus virtudes y á su dignidad, haciéndose mediador entre dos hombres poderosos, cuya ambicion amenazaba igualmente á la república. César parecia dispuesto á entrar en negociacion, y aprovechándose hábilmente de los yerros que el orgullo hacia cometer á su rival, ponia de su parte sin compromiso alguno las apariencias de la justicia: seguro de que sus proposiciones no serian aceptadas, pidió que tanto él como Pompeyo fuesen privados de todos sus mandos para dejar á la república gobernarse como en otro tiempo por sus majistrados. Esta peticion aumentó su popularidad, y por consiguiente lo hizo mas peligroso.

Al mismo tiempo enfermó Pompeyo en Nápoles, y el temor de perderle produjo una consternacion jeneral en toda la Italia: y cuando sanó la alegría fué tan escesiva, que se hicieron acciones de gracias á los dioses, y se le dieron onores no concedidos hasta él á ningun ciudadano. En los mismos dias Apio, volviendo del ejército de César, esparció falsas noticias diciendo que los soldados, hartos de guerra y ofendidos por la severidad de su jefe, solo deseaban el reposo, y abandonarian á César apenas pasase los Alpes. Pompeyo, engañado por esta relacion infiel, y envanecido con los omenajes que se le rendian, se negó á toda concordia; y cuando Ciceron le preguntó qué fuerzas pensaba oponer á César, respondió con altivez: «Donde quiera »que dé una patada, brotará le»jiones la Italia.»—«Dos yerros, »replicó el orador, has cometi»do: haberte hecho amigo de »César, y dejar aora su amis»tad.»

El odio y la presuncion cegaban tambien á los demás senadores. Todo era denuestos y amenazas, y aun el mismo Caton se

jactaba de que obligaria á César dentro de poco á dar cuenta de su conducta, y le enviaria á un destierro como el que sufria Milon.

Mientras los partidarios de Pompeyo mostraban mas pasion é imprudencia, César afectaba mas modestia y juicio. En esta época ofreció tres medios de pacificacion: ó conservar ambos sus gobiernos, ó abdicarlos, ó que se le permitiese pedir el consulado estando ausente.

Todo fué desechado por los senadores. César, irritado, pasó los Alpes con una lejion y se apostó en Ravena, última ciudad de su provincia. Desde allí escribió á los nuevos cónsules Léntulo y Marcelo, recordando sus servicios y azañas, y su deferencia al senado, y protestando de nuevo que atento únicamente á la gloria de Roma y á la suya propia, no temia que su moderacion se creyese debilidad. Al mismo tiempo declaró que estaba pronto á despojarse de su autoridad si Pompeyo renunciaba á la suya.

El desprecio que se hacia de las pocas fuerzas que habia traido á Italia, cegó al senado de tal manera, que leida su carta, despues de una corta deliberacion, en lugar de responder á ella dió un decreto mandándole licenciar su ejército en el momento, sopena de ser declarado enemigo público, y otro por el cual se encargaba á los cónsules que velasen por la salud de la patria, y se daba á Pompeyo el mando de los ejércitos: medida que no se tomaba sino en los grandes peligros.

Sin respeto á las formas, los cónsules no difirieron un solo instante la ejecucion del decreto: y antes de saber si César obedeceria ó resistiria, hicieron alistamiento y dieron el gobierno de las Galias á Domicio Enobarbo. En vano Marco Antonio, que por el influjo de César habia sido nombrado tribuno del pueblo, y Casio y Curion, sus colégas, quisieron oponerse á tan violentas resoluciones: injuriados, amenazados, perseguidos y no seguros en Roma, salieron de ella disfrazados de esclavos y huyeron precipitadamente á Ravena.

Arenga de Cesar a sus soldados.—César, informado por los tribunos de los escesos que se cometian contra él, se valió de ellos para inflamar el ardor de sus partidarios, é hizo que se presentasen ante el ejército en el traje mismo de esclavos, á fin de escitar el resentimiento de los

soldados, á quienes habló de esta manera.

«Compañeros: no ignorais con »cuánta paciencia he sufrido »las injurias é injusticias de mis »enemigos, por consideracion al »bien público. Envidiosos de »vuestras azañas y de la gloria »que por ellas he adquirido, han »logrado robarme la amistad de »Pompeyo, cuyo talento admiré »siempre, cuya elevacion siem»pre favorecí. Cegados por su »odio, acaban de cometer un a»tentado casi inaudito en nues»tra república, privando á los »tribunos del pueblo de sus mas »sagrados derechos. El mismo »Syla, aunque despojó á los ma»jistrados populares de una gran »parte de su autoridad, les dejó »la de defender la plebe é impe»dir en favor de ella las deter»minaciones del senado. Resta»blecidos por Pompeyo, este »mismo les ha quitado aora lo »que antes les habia dado, y aun »ha hecho mas. Sabeis que el »decreto solemne para dar á los »cónsules el poder absoluto, en»cargándoles que velen por la »república, y llamando todos los »ciudadanos á las armas, no se »ha promulgado nunca sino en »el caso de un peligro inminente, »cuando tribunos violentos pro»ponen leyes perniciosas, ó el »pueblo sublevado se refujia á »los templos ó al monte Aventi»no. En circunstancias semejan»tes Saturnino y los Gracos es»piaron sus culpas: mas aora no »hay motivo que justifique se»mejante rigor, ni se proponen »leyes agrarias, ni el pueblo está »en sedicion, ni se traman cons»piraciones. No se toman las ar»mas en favor de la república, »sino contra nosotros. Soldados: »espero que no me abandonareis; »defendereis el onor de un je»neral que tantas veces os ha »guiado á la victoria, que con »vosotros ha servido tan glorio»samente á la república, y que »ha subyugado con vuestras es»padas la Galia y la Jermania.»

Dichas estas palabras, los soldados de la tercera y décima lejion (porque las demás no habian llegado aun) gritan unánimemente que están prontos á sostener la dignidad de su jefe y los derechos de los tribunos.

Esta oracion, manifiesto corto pero enérjico, anunciaba y declaraba la espantosa guerra que iba á abrasar el mundo y á aniquilar la república. Los movimientos de César se distinguen de los de todo otro jeneral en que jamás dependian de la casualidad, y siempre fueron efecto de cálculos infalibles y

de planes meditados muy de antemano. Despues de haber tomado las medidas mas acertadas, aseguraba la ejecucion de ellas con su increible celeridad, y anticipándose á sus enemigos les hacia sentir el golpe al mismo tiempo que el amago.

GUERRA CIVIL ENTRE CESAR Y POMPEYO.—(A. M. 3953.— A. C. 51.) Ariminium, llamada hoy Rimini, era entonces una de las ciudades mas considerables de Italia, é importábale mucho á César apoderarse de ella. Envió, pues, con prontitud y secreto sus soldados para que entrasen furtivamente en la plaza, sin mas armas que las espadas. Mientras ellos marchaban, finjiendo que solo pensaba en juegos y espectáculos, asistia en Ravena á un combate de gladiadores. Despues se puso á comer con sus amigos, y lejos de manifestar que meditaba una grande empresa, no habló mas que de literatura y de filosofía. Enmedio de la comida salió con el pretesto de que le buscaban, y rogó á los convidados que siguiesen comiendo hasta su vuelta. Mas le esperaron en vano: César sube en su carroza y marcha á Ariminium.

PASO DEL RUBICON.—Llegando á las orillas del Rubicon, pequeño rio que separaba la Galia Cisalpina de la Italia, se detiene reflecsionando las consecuencias del paso que vá á dar. Turbado por algunos remordimientos, y por algunas reliquias de la veneracion á las leyes, grabada desde la infancia en los corazones romanos, irritado por las ofensas de sus enemigos, aguijoneado por la ambicion y retenido por el temor de las heridas que iba á dar á su patria, revuelve en su imajinacion los destinos del mundo, y dice á su amigo Asinio Polion: «Si paso este »riachuelo, ¡ay de Roma! Si no »lo paso, ¡ay de mí!»

Refirióse despues que en aquel momento se le apareció un jigante tocando la flauta. Este fantasma, creado por la superstición popular ó por el artificio de César, toma una trompeta, toca á embestir y atraviesa el rio. César pronuncia en fin estas breves y terribles palabras: *echada está la suerte*: y atraviesa precipitadamente el Rubicon, semejante, dice Plutarco, á un hombre que se cubre los ojos para no ver el abismo en que se arroja.

Su llegada imprevista, el valor de sus soldados que le esperaban, y el favor del pueblo, que lo llamaba con sus deseos,

le entregaron sin resistencia la ciudad de Ariminium.

Apenas llegó á Roma esta noticia, se apoderó del senado la consternacion. Los senadores, vanos y presuntuosos en la ociosidad y débiles en el peligro, habian injuriado imprudentemente á César, y aunque le vieron descender de los Alpes, no habian sabido tomar medidas para detenerlo: y aora estaban aterrados por la pérdida de una ciudad, como si todos los pueblos de la Galia y la Germania se desplomasen sobre Italia. Se dió tumultuariamente á todos los ciudadanos la órden de tomar las armas. Los senadores, creyéndose ya sitiados en Roma, salen de esta ciudad con precipitacion: los cónsules, olvidando su dignidad, abandonan el timon del estado, y dejan solo á Pompeyo el mando de las tropas y el gobierno de la república. El mismo Pompeyo comienza á desconfiar de su fortuna, y poseido del terror jeneral, sale de Roma, alista soldados atropelladamente, duda qué direccion les dará, y con la esperanza de ganar tiempo para reunir sus fuerzas y traer el ejército de España, envia diputados á César ofreciéndole condiciones que sabia muy bien que no serian aceptadas.

César, tan poco sincero como él, pero mucho mas hábil, consiente en abrir negociaciones para cubrir sus miras ambiciosas con el velo de la moderacion; pero negocia sin detenerse, se apodera de Pessaro, Ancona y demás ciudades del Piceno, y sitia á Corfinio, donde se habia encerrado el cónsul Léntulo, uno de sus mayores enemigos, con muchos patricios y una fuerte guarnicion. Domicio Enobarbo, enemigo tambien de César, remplazaba al cónsul en el gobierno por comision del senado.

Ya habian llegado las lejiones de la Galia: César estrechaba el sitio, y Domicio escribió á Pompeyo que la plaza estaba sin víveres: que se apresurase á socorrerla, si queria salvar una guarnicion tan considerable y tantos personajes distinguidos. Respondiósele que por entonces no se le podia socorrer: que saliera de la dificultad como pudiese. Este abandono lo determinó á hacer los preparativos para huir secretamente y sustraerse á la venganza del vencedor. Sus soldados penetraron el designio, y lo detuvieron á él y á sus oficiales. El cónsul Léntulo se arriesgó á pasar al campo de César: le recuerda su antigua amistad, disculpa vilmente sus yerros é im-

plora su clemencia. César, acojiéndole favorablemente, da seguridad á todos los que estaban en Corfinio. Se le entrega la plaza: entra pacíficamente en ella, recibe el juramento de las tropas, y despide libres y sin rescate á Domicio, al cónsul Léntulo y á los patricios, no ecsije de ellos promesa alguna de no servir contra él, y aun devolvió á Domicio su caja militar. «No »pretendo vengarme, decia, sino »ganar los ánimos y gozar por »largo tiempo los frutos de la »victoria. Los crueles, escitan»do el odio público, no pueden »saborear en paz los triunfos »que han mancillado con san»gre.»

Reforzado por la guarnicion de Corfinio, no dió tiempo á sus enemigos para respirar: persiguiéndolos incesantemente, se apoderó de toda la Apulia, y obligó á Pompeyo á encerrarse en Brundusio (Brindis) con su ejército.

Pompeyo, cuyo jénio parecia haberse adormecido en los vanos onores del poder, veia su fuerza casi enteramente destruida en Italia; pero su gloria vivia íntegra en el Oriente: en aquel antiguo teatro de sus triunfos esperaba abrir el sepulcro á su rival, y su hijo Gneyo corrió la Grecia, el Asia y el Ejipto, para armarlos en su favor.

César, penetrando su proyecto, queria acabar la guerra de un solo golpe encerrando en Brundusio á su competidor. Rodeó prontamente la ciudad, y construyó con admirable lijereza dos fuertes diques para cerrar el puerto; pero aun no estaban concluidos, cuando Pompeyo, burlando su vijilancia, se embarcó de noche con sus tropas, despues de haber puesto barricadas en las calles de Brundusio y abierto fosos y hoyos, que cubiertos de tierra, detuvieron la marcha del enemigo y favorecieron su hábil retirada. Abandonando la Italia á su rival, se retiró al Epiro, donde reunió en breve tiempo cincuenta y cinco mil romanos y un gran número de tropas griegas, tracias y asiáticas.

Ciceron, sorprendido de la prontitud de esta invasion, tardó mas tiempo en pensar lo que habia de hacer, que César en conquistar la Italia. Su elocuencia y su nombre eran todavia un poder en la opinion pública, y se juzgaba que emplearia su influjo para continuar su onrosa mediacion.

César, que no desaprovechaba ningun medio de triunfar, y que miraba quizá como mas impor-

tante en aquella situacion ganar los ánimos que vencer las lejiones, trató de conquistar á Ciceron, buscar un nuevo apoyo en su elocuencia, y entrar con él en Roma, para persuadir que llevaba consigo la libertad y no la tiranía. Ciceron, menos fácil y débil de lo que se creia, no cedió ni á sus ruegos ni á sus amenazas, y adquirió mucha gloria con este acto de firmeza. Su resistencia podia llegar á ser, como sucede en las guerras civiles, un punto de reunion. No siguiendo al vencido ni al vencedor, podia juntar muchos ciudadanos que no querian tener señor, y libertar á Roma de César y de Pompeyo, como la habia salvado de los furores de Catilina; pero Ciceron tenia mas luces que denuedo, como lo prueban sus cartas á Atico. Calculaba todos los pasos de César para llegar á la tiranía: medía y contaba todos los yerros de Pompeyo: y vacilando entre ambos partidos, en lugar de defender contra ellos la república, confesaba su debilidad y decia á su amigo: «Sé lo que debo evitar: mas no »lo que debo hacer.»

La retirada de Pompeyo no habia dejado en Italia ni tropas ni ciudades que pudiesen detener á César: los lugartenientes de este acababan de conquistar á Sardinia y Sicilia, y él se dirijió á Roma, donde los senadores que habian quedado en la capital, le recibieron como dueño y el pueblo como libertador. Reunió aquel corto número de senadores y les habló como si compusiesen toda la curia. Representó sus servicios, se quejó de las injurias que habia recibido y lamentó las calamidades de la guerra civil, de la cual dijo, «soy víctima y no autor.» En fin tranquilizó los ánimos con magníficas y engañosas protestaciones de su adesion á la república. Lo que entonces le hacia mas falta para la ejecucion de sus vastos designios era el dinero, sin el cual ni podia aumentar su ejército ni perseguir al de los enemigos; pero Pompeyo se habia retirado tan precipitadamente en los primeros momentos de la ajitacion, que dejó en Roma el tesoro público. El jóven Metélo, á quien estaba confiada su custodia negó la entrada á César: y resistiendo solo y desarmado al vencedor de Roma, á sus ruegos, á sus promesas, y despues á su enojo, defendió en nombre de las leyes el depósito que los cónsules le habian confiado. César enfurecido echó mano á su espada, y le di-

jo: «No escucho las leyes cuando estoy armado: morirás si te resistes: y sabe, jóven presuntuoso, que menos me costará hacerlo que decirlo.» Metélo cedió.

César tomó las sumas que le eran necesarias, guarneció los puntos mas importantes de Italia para asegurar la tranquilidad, y partió con sus lejiones á España, diciendo: «Voy á vencer un ejército sin jeneral; despues volveré á vencer un jeneral sin ejército.»

Sitio y rendicion de Marsella.—Massilia se negó á abrirle sus puertas, declarando que queria permanecer neutral; pero pocos dias despues recibió á Domicio Enobarbo con bajeles y tropas de Pompeyo. César encargó á Trebonio el sitio de aquella ciudad, y pasó á España. Afranio y Petreyo, jenerales distinguidos, mandaban en aquel pais un ejército de sesenta mil hombres. Las tropas de César eran menos numerosas, pero mas aguerridas: y un cuerpo brillante de caballería gala, que le habia seguido, le daba grande superioridad sobre el enemigo.

Afranio, aprovechándose del conocimiento del pais y de los accidentes del terreno, se mantuvo á la defensiva algun tiempo; pero César, derivando en otra madre el curso del Sicoris (Segre), lo pasó sin dificultad y maniobró tan hábilmente que obligó á los lugartenientes de Pompeyo á retirarse. César gana con su acostumbrada rapidez algunas marchas, se apodera de los desfiladeros por donde debia pasar el enemigo, para entrar en Celtiberia, lo costea, le corta los víveres, lo cerca y lo obliga á capitular. Afranio y Petreyo licenciaron sus tropas que hicieron juramento de no servir contra César. Penetrando despues en la Bética, donde mandaba Varron, toda la provincia se sublevó á favor suyo, y el gobernador, abandonado de la mayor parte de sus soldados, se rindió. César, olvidando antiguas injurias, no le trató como á enemigo, y acabó de someter con la clemencia á los que habian vencido sus armas.

Era mácsima de este guerrero célebre, que *un jeneral debe creer no haber hecho nada cuando le queda algo que hacer*. Así, sin descansar despues de su victoria, volvió con prontitud á estrechar el sitio de Massilia, que hasta entonces se habia defendido ostidanamente. La llegada del conquistador de España, ate-

rró á los habitantes y á la guarnicion, y se rindieron.

La fortuna seguia los pasos de César; pero no trataba tan favorablemente á sus jenerales. Dolabela y Cayo Antonio fueron derrotados en Iliria por Octavio y Scribonio, lugartenientes de Pompeyo. Curion, enviado al Africa por César con dos lejiones, peleó al principio felizmente contra el pretor Varo y Juba, rey de Mauritania; pero despues arrebatado por su ardor, fué rodeado y pereció con casi todas sus tropas.

Supiéronse en Italia estos dos reveses antes que la derrota de Afranio y Petreyo; y cuando se esparcian falsas noticias de las victorias de estos dos jenerales contra César, escribian de Epiro que el ejército de Pompeyo se aumentaba de dia en dia, y que los reyes de Oriente se armaban en su favor. Casi todos los senadores que habian quedado en Roma, salieron de la ciudad para embarcarse y reunirse con Pompeyo. Ciceron no resistió al ejemplo, renunció á su prudente neutralidad y se dejó seducir por ellos. Todos los ricos y grandes le imitaron, siguiendo el camino en el cual veian el fantasma engañoso de la fortuna.

César, despues de la toma de Marsella, volvió á Roma; y como los cónsules estaban ausentes, el pretor Lépido, contra la antigua costumbre, lo nombró dictador. Este título, cuya perpetuidad se temia, desagradó al pueblo. César lo conoció, y al cabo de diez dias abdicó la dictadura: mas como necesitaba de un título legal para cubrir su usurpacion, hizo que le nombrasen cónsul.

Sus primeros actos fueron dos leyes, una en favor de los deudores, y otra llamando á los desterrados y permitiendo á los hijos de los ciudadanos proscritos por Syla, el derecho de aspirar á los destinos públicos. Despues de haber presidido los comicios y elejido majistrados á su devocion, salió de Roma con un pequeño cuerpo de tropa y se embarcó temerariamente en Brundusio. Pompeyo, dueño del Oriente, tenia á sus órdenes trescientos bajeles, nueve lejiones romanas y un gran número de tropas estranjeras, mandadas por Ariobarzanes, rey de Capadocia, por Cótis, rey de Tracia, y los jenerales macedonios, tebanos, sirios, fenicios y ejipcios que eran mas estimados en sus provincias. Con todas estas fuerzas, que cubrian los mares y las costas, creia cerrados pa-

ra César los caminos del Epiro, y esta seguridad fué su ruina.

Bibulo, comandante de la armada, tardó en reunir sus bajeles; y César con una pequeña parte de su ejército desembarcó entre unas rocas cercanas al monte de la Quimera. Llegó cuando se creia que aun no habia salido de Italia, y Ciceron dijo de él «que era un prodijio »de celeridad y vijilancia.» Fué recibido en Apolonia y tomó á Orico. Despues encargó á un prisionero, llamado Rufo, que llevase á Pompeyo proposiciones de paz. «Te he quitado, le »decia, la Italia y la España: tus »lugartenientes han batido á »los mios en Africa é Iliria: he»mos logrado bastantes victorias »y cometido bastantes yerros »para temer á la fortuna: evite»mos grandes infortunios á »nuestra patria, licenciemos los »ejércitos en el término de tres »dias y sometamos nuestras des»avenencias al juicio del senado »y pueblo romano.»

Pompeyo no respondió á esta proposicion, porque sabia cuán seguro estaba César del favor del pueblo: y él mismo, que se hallaba al frente del ejército mas numeroso, dueño del mar, rodeado en Tesalónica de cónsules, pretores y casi todo el senado, de todos los caballeros romanos, y en fin, de Caton y Ciceron, cuyos nombres valian lejiones enteras, se creia demasiado seguro de la victoria para entrar en negociacion, y esperaba esterminar sin combate á un enemigo, cuyas fuerzas no ascendian entonces á veinte mil hombres y que no podia sacar víveres de Grecia ni de Italia.

Al mismo tiempo Scipion, que habia logrado algunas ventajas en Asia, vino á reforzarle con sus lejiones como primer lugarteniente suyo. Desde que llegó á Grecia, César le envió un oficial, invitándole á que mediase para la terminacion de la guerra. Scipion escuchó al principio favorablemente al enviado; pero despues, temiendo hacerse sospechoso á su partido, rompió toda plática. César buscó todavia otros medios de pacificacion, y tuvo con Libon una entrevista, que tambien fué inútil; porque conoció que sus enemigos no querian la paz sino una tregua para ganar tiempo. Desde que Pompeyo supo el desembarco de su rival, se puso prontamente en marcha ácia la costa: llegó demasiado tarde para salvar á Apolonia y Orico, y la dilijencia de César le impidió ponerse en comunicacion con Dirraquio, don-

de tenia sus almacenes de armas y municiones.

Apenas se aprocsimaron las vanguardias de ambos ejércitos, muchos soldados se reconocieron y entraron en conversacion. César, queriendo aprovecharse de esta circunstancia, llamó á Labieno, su antiguo lugarteniente, que habia desertado de su causa y convertídose en implacable enemigo. Le preguntó si no habia medio para evitar la efusion de sangre romana. Estando en esta plática, los soldados mas ardientes de los dos partidos se lanzaron dardos. La conversacion se acabó, y Labieno dijo á César cuando se separaron: «No hay »mas medio de paz que llevarle »á Pompeyo tu cabeza.»

Todos los pasos de conciliacion dados por el conquistador de la Galia, aumentaban el amor del pueblo y del ejército ácia él: y la orgullosa resistencia de Pompeyo no le adquiria crédito sino en el senado y entre los nobles. Durante muchos dias emplearon aquellos dos jenerales el uno contra el otro los recursos de su jénio y esperiencia: César, para obligar á Pompeyo á dar una batalla decisiva, y Pompeyo para evitarla.

Peligro de cesar.—La posicion de César era cada dia mas crítica. Habia solicitado inutilmente impedir la reunion de Scipion con su rival; y ni tenia víveres ni veia llegar las lejiones que por instantes esperaba de Brundusio, á las cuales cerraba el mar la escuadra de Bibulo. Cediendo á su impaciencia, se disfraza una noche de esclavo, entra en una barca, dá la vela para Brundusio y con audacia increible confia su destino á los vientos y á las olas. Levántase una tempestad furiosa: el barquero, temiendo la muerte, y no queriendo confiar su frájil esquife al embate del mar, abierto para tragarlo, quiere virar de bordo y entrar en la rada. El guerrero se levanta y descubriéndose le dice: *¿Qué temes? César vá contigo*. El barquero espantado teme á César mas que á la muerte, y obedece silencioso. Pero el furor de los elementos hizo inútil su maniobra, y varó á pesar suyo en la costa de donde habia salido. Pocos dias despues supo César que Antonio, burlando la vijilancia de los enemigos, habia atravesado el Adriático y desembarcado con sus lejiones sin sufrir pérdida de consideracion. Unióse con él sin que el enemigo pudiese impedirlo.

Batallas de Dirraquio y Far-

SALIA.—(A. M. 3954.—A. C. 50.) César vino con este aumento de fuerzas á presentar la batalla á Pompeyo cerca de Dirraquio: este, sin reusarla de modo que comprometiese su reputacion, ordenó sus tropas tan cerca de los atrincheramientos, que era imposible atacarle sin desventaja. Entonces César, aunque muy inferior en número, concibió el proyecto atrevido de sitiar el ejército enemigo y de apoderarse de él cortándole los víveres. Tomó con increible celeridad todas las alturas que dominaban el llano donde Pompeyo tenia su campamento, construyó en ellas terrenos y atrincheramientos que los unian, de modo que el enemigo se halló cerrado en aquel recinto.

El écsito fué como César habia esperado: la falta de víveres aflijia ya á los pompeyanos, cuando dos nobles alobrojes, desertando del campo de César por un leve motivo, descubrieron á Pompeyo el sitio débil de la posicion de su rival, que era una parte del atrincheramiento no concluida aun, ácia el lado de la marina.

Mientras que César, aprovechándose de sus ventajas, acometia y forzaba uno de los campamentos de Pompeyo, este, dirijiéndose al lugar indicado por los desertores, ataca y desbarata la lejion novena, que guarnecia aquel puesto. Auyentada, introduce el desórden y el terror en el ejército de César: caballería, infantería, todo se mezcla y amontona en los caminos, ó se sumerje en los fosos. César, arrancando un estandarte, quiere detener á los fujitivos: en vano: él mismo fué arrebatado por la multitud: los atrincheramientos son abandonados: los oficiales y soldados arrojan las armas: se dispersan y entran tumultuariamente en los reales, sin pensar siquiera en defenderlos. Pompeyo los hubiera tomado infaliblemente, á haber perseguido al enemigo; pero creyendo que aquella derrota inesperada, era una asechanza, se detuvo, y con esto hubo tiempo para que se disipase el terror y renaciese el denuedo. César, que habia medido toda la estension de su riesgo, dijo: «Pompeyo sabe vencer: »mas no aprovecharse de la vic»toria.» Despues de haber inflijido algunos castigos á la indisciplina y animado á sus soldados, recordándoles sus antiguas azañas, que un corto revés no podia mancillar, mudó de plan, dejó las cercanías de Dirraquio y marchó á la Tesalia.

La noticia de su derrota, aumentada por la novelería, le habia precedido: y la ciudad de Gonfos, que antes se habia mostrado favorable á su causa, le cerró las puertas. No se ultrajaba impunemente á César: escaló en el momento las murallas, saqueó la ciudad y marchó á Metrópolis, que se rindió apenas llegó á ella. Hízose dueño de toda la Tesalia, á escepcion de Larisa, que Scipion defendia con una lejion. Este jeneral pidió socorro á Pompeyo; el cual hasta entonces no dando oidos sino á su prudencia, habia seguido el plan mas sábio de campaña. Ganar tiempo, era arruinar á César, que ni recibia víveres ni reclutas para su ejército, mientras que el de Pompeyo, abundando de todo, crecia diariamente. Pero la victoria de Dirraquio enloquecia á todos: los senadores ancianos y los jóvenes patricios sufrian impacientemente la ausencia de Roma, la privacion de los placeres y el fastidio de la guerra. Mirando á César como un fujitivo, acusaban públicamente á su jefe de que retardaba la ruina de su rival por satisfacer su orgullo y conservar por mas tiempo el mando de un ejército en el cual se hallaban los cónsules, los senadores y toda la majestad del imperio.

Pompeyo, cediendo á su impaciencia, marchó á Tesalia, y se acampó al pie de una altura en la llanura de Farsalia, donde César acudió prontamente para dar la batalla decisiva, tan deseada de él. El espectáculo era grandioso y terrible. Los dos hombres mas ilustres de la tierra iban á pelear en presencia de la Europa, del Asia y del Africa, inciertas todavia del dueño que habia de darles la fortuna de las batallas. En los reales de César solo pensaban en disponer las armas, en escitarse mútuamente á la pelea y en preparar todos los medios de victoria. En los de Pompeyo se hablaba de los despojos del triunfo, de la vuelta á Italia y de los espectáculos de Roma. Los jefes repartian ya los bienes y heredades de los que daban por vencidos. Domicio. Scipion y Léntulo, disputaron con suma vivacidad el sumo pontificado que César obtenia. La venganza turbaba los ánimos tanto como la ambicion; y los nobles estaban resueltos á proscribir á todos los de su misma clase que habian quedado en Roma y sometídose al enemigo.

Pompeyo, partícipe del delirio jeneral, habló con desprecio de César, pintándole como un

bandido, enemigo de la justicia y de las leyes: atenuó el mérito de sus azañas, diciendo que solo habia vencido á los bárbaros, y que no resistiria á los romanos. «Os he prometido, añadió, »que el ejército de César seria »vencido sin combate: y si esto »os parece increible, mi plan »que voy á manifestaros, os lo »esplicará. César no puede oponer mas que mil jinetes á nuestra numerosa caballería: com»puesta de todos los caballeros »romanos y patricios mas distin»guidos, rodeará su ejército, a»tacará su espalda y flancos, y »lo destruirá sin comprometer »nuestras lejiones, y aun sin »que sea menester lanzar un so»lo dardo.»

Labieno, cuyo nombre inspiraba á los soldados grande confianza, porque brillaban en él algunos rayos de la gloria adquirida con su antiguo jefe, les dijo: «No creais, compañeros, que »vais á pelear con aquellas anti»guas y aguerridas lejiones, con »los valientes vencedores de los »galos: yo, testigo de todas sus »batallas, puedo aseguraros que »la mayor parte de ellos pereció »en las Galias, otra en las lagu»nas de Italia, y los restantes »han sido esterminados junto á »Dirraquio. Solo teneis que pe»lear con bárbaros y reclutas.»

Pompeyo colocó en su ala derecha las lejiones de Cilicia y de España, mandadas por Afranio: en el centro á Scipion con dos lejiones de Siria, y él mismo tomó el mando de la izquierda al frente de las dos lejiones que antes de la guerra civil le habia entregado César. Su derecha se apoyaba en un rio: su izquierda estaba protejida por la caballería. Siete coortes elejidas guardaban los reales y defendian sus fuertes. El resto de sus tropas estaba repartido en el centro y las alas. Mandó á todo el ejército que aguardase á pie firme el ataque de los enemigos, creyendo sin duda que fatigado por la carrera, llegaria en desórden, y sus lejiones le desbaratarian mas fácilmente.

En sentir de César, Pompeyo cometió en esto un gran yerro, porque olvidó cuán grande es el ardor del que acomete, y cuanto se enfria y debilita el ánimo del que se defiende: César formó su ejército en cuatro líneas: él se colocó en el ala derecha opuesto á Pompeyo: Syla la mandaba bajo sus órdenes. Confió el centro á Gneyo Domicio y la izquierda á Marco Antonio, y destacó seis coortes elejidas para defender su derecha contra la

caballería romana. El ejército de Pompeyo ascendia á cerca de cincuenta mil hombres, y el contrario no pasaba de veintidos mil. César, arengando á sus tropas en breves y enérjicas palabras, les recordó sus victorias, las injurias que habian sido el premio de tantas azañas, y sus esfuerzos, siempre renovados para impedir ó terminar la guerra civil. Mostrando un profundo orror á la efusion de sangre romana, hizo recaer lo odioso de la lid intestina sobre el inflecsible orgullo de sus enemigos. El valor esperimentado de sus tropas y la justicia de su causa, le daban seguridad de la victoria. En fin, para quitar á los soldados el temor de la numerosa caballería de Pompeyo que cubria la llanura, les dijo que aquellos jinetes eran jóvenes afeminados, mas cuidadosos de su hermosura que de su gloria. «Soldados, esclamó: heridlos en la cara, y vereis como huyen.» Dichas estas palabras dió la señal del combate. La seña de Pompeyo era, *Hércules invencible*: la de César, *Venus victoriosa*.

Las lejiones de César, aguerridas por una larga esperiencia, desde que vieron la quietud con que los pompeyanos las aguardaban, se pararon enmedio de la carrera para tomar aliento, y se lanzaron despues al enemigo que las recibió con firmeza é intrepidez.

La brillante y numerosa caballería de Pompeyo, que era la flor de la juventud romana y principal esperanza de su jeneral, cargó entonces, segun la órden que habia recibido, á la débil caballería de César: y despues de haberla obligado á retirarse, se desplegó en escuadrones, procurando envolver la derecha de los cesarianos con un movimiento de conversion.

Las seis coortes de la cuarta línea de César, destinadas á oponerse á aquel movimiento, se precipitaron con ímpetu contra aquellos caballeros, dirijiendo las lanzas á sus caras, y sucedió lo que César habia previsto. Los jóvenes, espantados de este nuevo jénero de ataque, volvieron la espalda y huyeron. Las coortes los persiguieron, impidieron que se volviesen á formar, y atacando despues por el flanco y la espalda la izquierda de Pompeyo, la desordenaron y penetraron en ella.

Viendo Pompeyo derrotada su caballería, en la cual tenia sobrada confianza, pareció privado enteramente de su jénio, de

su valor y aun de su razon: y mientras que su centro y su ala derecha, intactas aun, disputaban el campo de batalla con ostinacion y ponian en duda la victoria, él, desertando antes que todos de su propia causa, sale del combate, manda á las coortes pretorias que defiendan en caso de desgracia la entrada de los reales, se retira consternado á su tienda, y espera en ella sin querer tomar parte en la lid, las decisiones del destino.

Las coortes victoriosas proseguian triunfantes. Despues de una larga resistencia, que duró desde el alba hasta mediodia, las lejiones de Pompeyo, atacadas á un mismo tiempo por el frente, flancos y espaldas, ceden á la fortuna: unas se retiran á un monte cercano, otras se dispersan, arrojan las armas, mueren ó se rinden. Aunque los vencedores estaban oprimidos de calor y fatiga, César los conjura á que no dejen incompleta la victoria: les arenga, insta y reanima su fuerza y valor. Movidos por sus palabras y ejemplo, atacan los reales enemigos, defendidos por las coortes pretorias, los aliados, y principalmente los tracios. César gritaba á los suyos: «Esterminad los estranjeros: mas perdonad á los romanos.» Despues de una sangrienta pelea, fuerzan los atrincheramientos. Pompeyo esclama entonces: «¿Y qué, »llegan hasta mi tienda?» Despojado ya de su gloria, arroja la púrpura y las señales de su dignidad, toma el traje de un particular, sube en un caballo lijero y no para hasta llegar á Anfípolis.

Los vencedores, que acababan de dejar un campamento donde no habia mas que hierro, se deslumbran con el oro, la plata y el marfil que encuentran en los reales enemigos. Todas las tiendas estaban adornadas de mirto y yedra, y en todas habia alfombras de púrpura y mesas llenas de bajillas de oro y plata.

La disciplina de las tropas de César era tan severa, que á su voz marcharon los soldados, sin detenerse en el saqueo, á perseguir los enemigos. Estos, dejando la posicion que habian tomado, se retiraron á una altura cercana á Larisa, donde rodeados por el ejército victorioso, capitularon y se rindieron. En esta gran jornada solo perdió César mil doscientos hombres: la pérdida de Pompeyo ascendió á quince mil muertos y veinticuatro mil prisioneros.

César, contemplando tristemente aquella multitud de ro-

manos que yacian tendidos en el campo de batalla, dijo: «Ellos lo »han querido, y me han obligado »á hacerlo: pues á pesar de mis »victorias me hubieran proscri»to si yo hubiese licenciado mi »ejército.» Conservó la vida á los que no habian perecido en la batalla, y escribió á uno de sus amigos: «El fruto mas agradable »de mi victoria, es salvar á los »que han peleado contra mí.» Trajéronle los papeles de Pompeyo, y los quemó sin leerlos, no queriendo saber los nombres de los ingratos que habian proyectado hacerle traicion.

Pompeyo repitió muchas veces en su fuga que le habian arruinado los cobardes en quien mas confianza tenia. Sabiendo que César le perseguia sin descanso, se embarcó en un bajel mercante y llegó á Lesbos, donde halló á su mujer Cornelia. La infeliz esperaba su triunfo, y se desmayó cuando supo su derrota. Vuelta en sí, le dijo: «¡Ay! soy la viuda de Craso, y te »he llevado en dote mi infelici»dad. Antes de ser mi esposo, »dominabas en los mares con qui»nientos bajeles, y aora huyes. »¿Por qué te uniste á mi infor»tunio? ¿Por qué renuncié al »proyecto de quitarme la vi»da? Los dioses me reservan »para aumentar tu desgracia.»

El ilustre fujitivo la abrazó y consoló, y la inspiró ánimo para tolerar la desdicha. Habiendo desembarcado en las costas de Cilicia, reunió algunos buques y dos mil hombres, con el objeto de apostarse en Antioquía y juntar allí un ejército; pero la Siria, teatro en dias mas felices de su gloria, lo fué entonces de su humillacion. Antioquía le cerró las puertas, y todas las ciudades de Asia le proibieron entrar en sus territorios. Hubiera podido y debido ir á Numidia, donde le presentaban esperanzas de mejorar su fortuna un ejército fiel y un aliado leal como el rey Juba; pero en su impaciencia prefirió los recursos mas cercanos.

La memoria de los favores que habia hecho á los Ptolemeos, le determinó á buscar en Ejipto asilo y socorros. Su grande alma no prevía la bajeza y la ingratitud: confió en el reconocimiento y se perdió. Anunció su llegada al jóven Ptolemeo, hijo y sucesor de Auletes. Este reunió su consejo para deliberar sobre lo que debia hacer: y pues dudaba entre la magnanimidad y la vileza, es claro que habia de adoptar el partido mas infame. Sus ministros, temiendo el resentimiento de Pompeyo si no le admitian,

ó el de César si lo amparaban, movieron á su jóven príncipe á comprar la benevolencia del vencedor con la cabeza del vencido. Pompeyo, fiado en las protestaciones de afecto de aquellos bárbaros, y resistiendo á los terrores de Cornelia, á la cual el amor daba sagacidad, pasa á una chalupa para ir á ver al rey, y es asesinado á la vista de su esposa. El bajel de Pompeyo huye con la infeliz Cornelia, á pesar de ella, para libertarla de la perfidia y crueldad de sus enemigos. El tronco del gran Pompeyo yacia sobre las arenas del Ejipto, pasto á las fieras y á las aves. Un liberto y un antiguo soldado romano, fueron los que la Providencia destinó á hacer las ecsequias del señor de tantos reyes, y caudillo de tantos ejércitos. Hicieron la hoguera con los destrozos de un buque varado, y colocaron sus cenizas en un túmulo de tierra y cesped, con la siguiente inscripcion: «En es»ta breve tumba, yace aquel »á quien el mundo erijió tem»plos.»

El partido de Pompeyo le sobrevivió, y combatió algun tiempo para defender su causa y vengar su memoria. Dirraquio era su plaza de armas: Caton mandaba las tropas en aquel punto, y tenia consigo á Varron, Ciceron y otros senadores. Reuniéronseles Labieno, Pompeyo el jóven y los comandantes de las escuadras. Consternados por la derrota de Farsalia, estaban dispuestos á huir, pero con motivos diversos. Caton pensaba llevar á Italia sus tropas, y huir á un desierto donde no hubiese tiranos: Ciceron aspiraba solo al retiro y á la tranquilidad: Labieno, Pompeyo y Scipion deseaban continuar la guerra.

Reunidos, pues, para deliberar, Caton, que solo era pretor, cedió el mando de la escuadra á Ciceron, actualmente procónsul; pero este, en lugar de aceptar un onor tan arriesgado, declaró que era tiempo, no solo de dejar las armas, sino tambien de tirarlas. Estas palabras irritaron hasta tal punto al jóven Pompeyo, que le llamó desertor y traidor, y le hubiera muerto á no haberse interpuesto Caton. Ciceron, libre de aquel peligro, se embarcó para Brundusio, consternado é igualmente receloso de la vuelta del enemigo, contra el cual habia combatido, y del triunfo de los amigos que abandonaba. En Italia esperó con inquietud las órdenes de César, que le devolvió su amistad.

Caton, á quien la caida del

cielo no hubiera amedrentado, partió con algunos bajeles en busca de Pompeyo, cuyo desastrado fin se iguoraba. Scipion, seguido de Labieno, condujo sus lejiones al Africa, resuelto á solicitar el ausilio de Juba, rey de Mauritania. Casio se dirijió con diez buques á las costas del Asia, con el designio de atraer á su causa las armas de Farnacés, rey del Bósforo; y el jóven Pompeyo partió con el resto del ejército y de la armada á las riberas de España, donde su valor y su nombre le formaron en breve un poderoso ejército.

César, que fiaba mas en su celeridad que en el número de sus tropas para someter el Oriente, no tenia mas designio que perseguir á Pompeyo con rapidez, y no dejarle tiempo de recobrar espíritu ni de juntar un ejército. Sin llevar consigo mas que tres mil hombres, y marchando siempre delante de ellos, atravesó el Helesponto en una barca, y se halló enmedio de la escuadra de Casio. Cualquiera otro se hubiera turbado en tan estremo peligro, y habria perecido en él. César, inaccesible al temor, llega á los enemigos como vencedor, manda que se le rindan, y es obedecido. Cuando llegó á Alejandría le presentaron la cabeza de Pompeyo. César la desechó con orror, y lloró la muerte de su rival; pero debió vengarle, y no lo hizo. Juez árbitro de las desavenencias entre Ptolemeo y su hermana Cleopatra que aspiraba á la participacion del trono segun el testamento de Auletes, enamorado de aquella mujer, que fué despues tan célebre, decidió á su favor, y hubo de sostener contra Ptolemeo y su hermana Arsinoe, una guerra civil por el corto número de sus tropas, en la cual corrió los mayores peligros. Estaba limitado á un solo barrio de Alejandría, porque los enemigos ocupaban el resto de la plaza. Desde él incendió la escuadra ejipcia. Quiso atacar despues la isla de Faros: mas fué rechazado, sumerjióse el bajel en que iba, y se salvó atravesando á nado desde la isla al puerto, y llevando en una mano el borrador de sus *Comentarios*, que siempre traia consigo, en otra la espada, y la cota de mallas entre los dientes. Habiéndole llegado refuerzos de Siria, vence las tropas de Arsinoe y hace prisionera á esta princesa, se apodera de Pelusio y de Menfis, y derrota junto al Nilo á Ptolemeo, que se aogó en el rio al huir en una barca. Vuelve á Alejandría y corona á

Cleopatra por reina de Ejipto. El amor le detuvo junto á ella mas tiempo del que convenia á sus negocios. Roma le habia nombrado dictador aunque estaba ausente. Caton y Scipion al frente de las reliquias vencidas en Farsalia, fomentaban en Africa el partido de Pompeyo con el ausilio de Juba. Pompeyo el jóven levantaba lejiones en España y cubria el mar con sus bajeles; mientras César, sumerjido en los deleites, parecia desconocer el precio del tiempo.

Batalla de zela.—(A. M. 3955.—A. C. 49.) Un peligro mas prócsimo le despertó. Farnacés, rey del Bósforo, hijo del famoso Mitridates, amenazaba el Asia menor despues de haber vencido á Dimisio Calvino, jeneral de César. Este vuela inmediatamente contra él: y con veinte mil hombres derrotó junto á Zela á Farnacés, que tenia mas de sesenta mil. Dió cuenta al senado de esta rápida espedicion con solo estas palabras: *veni, vidi, vici:* llegué, ví y vencí. Farnacés se retiró al Bósforo, donde fué asesinado por el gobernador de aquella provincia. César dió su reino á Mitridates de Pérgamo, que le habia hecho grandes servicios en la guerra de Ejipto.

Compuestas la cosas del Oriente, volvió á Roma. Antonio mancillaba la ciudad con sus liviandades, y humillaba al senado con su altanería, llegando al estremo de presidirlo como vencedor, teniendo la espada al lado contra la costumbre. Al mismo tiempo Dolabela, lisonjeando á la muchedumbre para adquirir su favor, turbaba todos los ánimos y amenazaba á todos los ricos la ruina de sus caudales con un proyecto de ley, dirijido á abolir las deudas. En fin, aunque se habia dado á César la dictadura por un año, el consulado por cinco, el tribunado por toda su vida, y un poder sin límites, todos los que se habian declarado en favor de la libertad, temian la llegada y el resentimiento del vencedor.

César se presenta, disipa todas las inquietudes, reprime los escesos de Antonio, se opone á las proposiciones facciosas de Dolabela, concede á los deudores una moratoria para las deudas atrasadas, limita sus rigores á la venta de los bienes de Pompeyo, llama á los desterrados, perdona á los vencidos, en la distribucion de los empleos no hace diferencia de partidos, y restablece con su clemencia la tranquilidad y la paz.

Guerra de Africa y batalla de Tapso.—(A. M. 3956.—A. C. 48). El Africa sin embargo le llamaba á combatir. Caton, atravesando los desiertos de la Libia, arrostrando el fuego del sol, la aridez del terreno, los animales feroces y las serpientes orribles que infestaban aquellos vastos desiertos, habia llevado á Utica las reliquias de Farsalia. Allí encontró el ejército de Mauritania y las lejiones alistadas por Metélo Scipion: todas estas tropas, decididas en defensa de la república, debian ofrecer el mando jeneral de ellas al mas firme apoyo de la libertad, á Caton; pero Caton lo reusó, se encargó solamente de la defensa de Utica, y quiso que fuese jeneral Scipion, cuyo nombre le parecia en el territorio de Cartago un presajio seguro de la victoria. Labieno mandaba el ejército bajo sus órdenes.

César, con su dilijencia acostumbrada, reune sus lejiones y bajeles, y llega al Africa. Al desembarcar resbala y cae. Temiendo la impresion que este accidente pudiera hacer en el ánimo de sus soldados, finje abrazar la tierra y esclama: *Africa, ya eres mia.* Los grandes hombres convierten en utilidad suya las supersticiones del vulgo: habia dado en su ejército un destino elevado á un hombre oscuro y de poco valor, pero que se llamaba Scipion, neutralizando así la ventaja que este nombre daba en la opinion pública al jeneral enemigo. Este vino á atacarle inmediatamente para no darle tiempo de tomar posiciones que le asegurasen la victoria. La fama de Metélo Scipion, la numerosa caballería de Juba, el valor de los antiguos soldados de Pompeyo, y sobre todo la habilidad de Labieno, ardiente como todos los desertores, triunfaron en el primer combate del jenio de César. A pesar de todos sus esfuerzos, la fotuna quedó indecisa; si no fué vencido, le fué imposible vencer, lo que para un hombre de su temple era tanto como una derrota.

César, rapidísimo en sus demás espediciones, probó en esta que conocia el mérito de la paciencia tanto como el de la celeridad, y que sabia esperar cuando las circunstancias lo ecsijian. Resuelto á no combatir hasta que llegasen las tropas que esperaba de Sicilia, se encerró en sus reales, sufriendo con serenidad los insultos de Metélo Scipion y las amenazas de Juba. Apenas llegaron sus refuerzos, silió de sus atrincheramientos y

marchó á Tapso. Finjió sitiar esta plaza para atraer al enemigo á una posicion desventajosa. Consiguiólo, y dióse la batalla. César no pudo hallarse en ella porque estaba enfermo; pero las hábiles disposiciones que habia tomado decidieron la victoria, y solo se conoció su ausencia en la espantosa carnicería que hicieron sus lugartenientes. Aunque los mas de los enemigos arrojaron las armas y pidieron la vida, fueron degollados sin piedad. Juba, viendo destruido su ejército, se dió la muerte para librarse del furor de sus vasallos que le detestaban. Metélo Scipion huia; pero prócsimo á caer en manos de los vencedores, se atravesó con su espada.

MUERTE DE CATON.—César se apoderó con prontitud de todas las ciudades que se opusieron á su marcha, y avanzó hasta Utica, donde estaba entonces la sombra de la república representada por un gran número de nobles que tomaron el título de senado, presididos por Caton. Este romano austero, cuyo único defecto fué quizá (1) la afectacion de singularidad y la ecsajeracion de la virtud, viendo destruido el ejército de Scipion, sometido el mundo, y aterrados á los defensores de Utica, creyó que su ecsistencia debia sepultarse con la libertad. Disimulando su designio, hizo que una parte de los senadores se embarcase para España, y aconsejó á los otros que se sometiesen á César. Por la noche habló con sus amigos de filosofia, literatura y otras materias indiferentes, con tanta serenidad y alegria, que ninguno sospechó su intencion. Despues de la comida entró en su gabinete, y conversó largo tiempo con dos filósofos: y observando que habian quitado su espada, puesta ordinariamente junto á la cabecera de su cama, llamó á sus esclavos y se quejó de que le hubiesen privado del único medio de defensa si las tropas enemigas entraban de noche en la plaza. «¿Temeis, »les dijo, que me mate? Vuestra »precaucion es inútil, porque si »quiero me sobran caminos pa»ra salir de la vida.» Volviéronle su espada, y al recibirla dijo: «Soy, pues, dueño de mi »destino.»

Quedó solo, se recostó, y leyó algunas horas el tratado de Platon sobre la inmortalidad del

(1) El verdadero defecto de Caton y de todos los que seguian su doctrina política, fué querer lo imposible. Roma no podia ya ser una república. (LISTA.)

alma: despues tomó la espada, la hundió en sus entrañas, y dando un terrible grito, cayó en el suelo. Al ruido acude su familia, y le hallan todavia vivo: curan la herida á pesar suyo; pero apenas se retiraron sus amigos, arranca el vendaje, abre de nuevo la llaga, y muere libre como siempre vivió. César entró á la mañana siguiente en la ciudad sin ostáculo alguno, y sabiendo la muerte de aquel insigne varon, esclamó: «¡Oh Caton! en»vidio la gloria que has adqui»rido con tu muerte: ¿por qué »me robaste la de salvar tu vi»da?» Este movimiento jeneroso fué sincero: demostrólo la clemencia con que trató al hijo de Caton y á otros pesonajes distinguidos que se hallaban en Utica.

Despues de haber terminado en seis meses la guerra de Africa, volvió César á Roma, y triunfó de las Galias, del Ejipto, de Farnacés y de Juba. Su triunfo duró cuatro dias. Se veia delante de su carro una pintura que representaba el Rin, el Ródano, el Nilo y el Océano encadenados. Seguíanle Vercinjetórix, Arsinoe y el hijo de Juba, ilustres y desgraciados trofeos del vencedor. Despues de esta solemnidad, Vercinjetórix, cuyo único delito era haber defendido con valor la independencia de su patria, fué enviado al suplicio. Las costumbres de Roma eran tan inumanas, que esta atrocidad no impidió que se elojiase á César como el mas suave de los conquistadores.

Roma entera parecia olvidar que aquel triunfo era el del poder sobre la libertad, segun resonaba toda ella con las alabanzas de César. El senado, escediendo en su adulacion á los cortesanos del Asia, mandó que en los dias solemnes el carro del dictador seria tirado, como el de Apolo, por cuatro caballos blancos. Su estátua fué colocada en el Capitolio enfrente de la de Júpiter, y á sus pies se puso un globo que representaba el mundo, con esta inscricion: *A César, semi-dios*.

El pueblo le concedió la censura por tres años, la dictadura por diez, y el privilejio de llevar ante sí setenta y dos lictores. Todos los ciudadanos, haciendo votos por su prosperidad, solemnizaron su triunfo con un banquete, en el cual se pusieron dos mil doscientas mesas. La república aplaudió su propia ruina; y para que nada faltase á la humillacion de Roma, se vió por la primera vez en aquellas fies-

tas combatir los caballeros como gladiadores. Tal fué el espectáculo que quiso evitar Caton dándose la muerte.

César, quizá avergonzado de tanta bajeza, creyó que debia oponer una moderacion política á los onores escesivos que le prodigaban, y prometió al senado usar con mucha reserva de los onores que le habian concedido. Los actos de su administracion fueron en la mayor parte dignos de elojio: asignó recompensas á los ciudadanos que eran padres de muchos hijos: concedió el derecho de ciudadanía á muchos sabios estranjeros, y renovó las antiguas leyes contra el lujo de las mesas y de los vestidos. Demasiado pródigo en premiar, dió entrada en el senado á novecientos ciudadanos, de los cuales los mas no tenian otro mérito que una ciega deferencia á su voluntad.

Los errores del calendario habian producido tal desórden, que se hallaban muy distantes las estaciones de sus meses. César en cualidad de soberano pontífice tuvo que reformarlo. Los pontífices por ignorancia ó interés habian introducido en él una estraña confusion. El año era de doce meses lunares: debíase intercalar de dos en dos años un mes de veintidos, ó de veintitres dias alternativamente; pero se hacia ú omitia la intercalacion para abreviar ó prolongar el tiempo de las majistraturas. Así es que todo estaba trastornado. Sosíjenes, astrónomo de Alejandría, aclaró este caos, y César estableció el año solar de trescientos sesenta y cinco dias con uno de intercalacion al cabo de cuatro años. El primero que fué el 705 de Roma, tuvo además del mes intercalar sesenta y siete dias de añadidura.

Una obra tan digna de elojios, fué censurada, como todo lo que choca á las costumbres é ideas vulgares. Ciceron, mas capaz que nadie de apreciar su mérito, hizo de ella el objeto de sus burlas. Habiendo oido decir un dia que la constelacion llamada *Lira* debia presentarse al siguiente, respondió: *Sí, y por órden de César*. Este orador todo lo sacrificaba al placer de un dicharacho. El verdadero sabio ¿puede nunca permitirse la injusticia?

Ciceron, despues de la derrota de Farsalia, se habia sometido al vencedor como los demás; pero ennobleció su debilidad no interviniendo en los negocios públicos sino para suavizar el yugo de la tiranía. Su voz elocuente fué oida en favor de

los proscritos, y mas de una vez obligó al vencedor del mundo á vencerse á sí mismo y domar su enojo. Caton se habia libertado del despotismo con la muerte: Ciceron se consoló con el estudio, y en esta época de servidumbre escribió sus obras filosóficas, i'ustrando á sus conciudadanos sobre los medios de conseguir la felicidad privada, ya que no podia influir en la pública.

Guerra de España y batalla de Munda.—(A. M. 3956.—A. C. 48). La España, destinada á ser siempre acometida por los estranjeros y nunca enteramente sometida, daba entonces nuevo vigor á los pompeyanos. Los dos hijos de Pompeyo, reuniendo las reliquias de Farsalia y de Tapso, llegaron á formar trece lejiones. Instruido César de sus progresos, se embarcó prontamente para detenerlos. Algun tiempo pudieron evitar los enemigos una accion jeneral, y el hábil y esperimentado Labieno, consejero de los dos jóvenes, impidió que César los obligase á combatir. La guerra pues se redujo al principio á la toma de algunas plazas; pero César amenazó puntos que eran muy importantes á los enemigos para conservar las subsistencias, y se decidieron á darle batalla cerca de Munda. Segun Suetonio y Floro, jamás hubo accion mas reñida y sangrienta; y César decia que en otras batallas habia peleado por conseguir la victoria, y en la de Munda por defender su vida.

Las lejiones de Pompeyo, irritadas de tantos reveses, fatigadas de tantas correrías y enfurecidas por verse sin bienes ni patria, pelearon con tanto denuedo, que despues de una larga resistencia, desordenan las coortes aguerridas del enemigo y las obligan á cejar. En vano César las reune, y para animarlas se arroja muchas veces al combate: sus soldados le sacaban del peligro y volvian de nuevo á retirarse. «Compañeros, les »gritaba: ¿entregareis á dos ni»ños vuestro jeneral, que ha »encanecido con vosotros en las »batallas?» Los lejionarios se avergonzaban con estas palabras, pero no se resolvian á tomar la ofensiva; y solo la décima lejion, sosteniendo su celebridad, resistia intrépidamente al enemigo. En este momento César, que habia enviado algunos escuadrones numidas á insultar el campamento contrario, ve un cuerpo de caballería destacado por Labieno para perseguirlos,



y grita con voz fuerte: «La vic»toria es nuestra: los enemigos »huyen.» Este grito reanima el ardor de los suyos y desalienta al enemigo: la décima lejion se arroja á los contrarios: las demás siguen su ejemplo: nada les resiste: Labieno muere, y el ejército pompeyano, despues de haber perdido treinta mil hombres, arroja las armas, se dispersa y busca asilo en los montes cercanos.

Gneyo Pompeyo se dirijió á la mar: cortado por la caballería cesariana, se retiró á una caverna, donde le hallaron los enemigos y le cortaron la cabeza. Su hermano Sesto logró escaparse, juntó algunos bajeles é hizo la guerra como pirata, hasta que nuevas revoluciones le permitieron formar una armada.

Fin de la carrera militar de Cesar.—La gloriosa jornada de Munda terminó la carrera militar de César, durante la cual habia peleado con tres millones de hombres, subyugado trescientos pueblos, tomado ochocientas ciudades, y sacrificado á su ambicion un millon de guerreros.

A su vuelta á Roma descontentó al pueblo, recibiendo los onores del triunfo por una victoria conseguida contra ciudadanos romanos. Los senadores, ó por un esceso de adulacion, ó para escitar el odio público contra él, acumularon sobre su frente mas onores que ningun mortal habia recibido. Se le decretó el título de Júpiter Julio, el derecho de llevar el vestido triunfal en los dias festivos, y el privilejio de ceñir en todo tiempo su cabeza con la corona de laurel. Como era calvo, recibió con un placer casi pueril este onor que le permitia ocultar aquella desnundez bajo las ramas de la gloria. El mes *quintilis* recibió el nombre de Julio para recordar la época del nacimiento de César.

Mientras la traicion le preparaba puñales, la lisonja le erijia templos. En todo el imperio se le daban onores divinos: obtuvo el mando jeneral de todas las tropas y la facultad de hacer la guerra y la paz. Se le declaró dictador perpétuo; se le dió por prenombre el título de *imperator*: se le nombró cónsul por diez años y padre de la patria: en fin, lo que es tan vergonzoso de decir como dificil de creer, se deliberó en el senado sobre un proyecto de ley dirijido *á entregar á su arbitrio el pudor de las matronas.* ¡Tal es la adulacion del esclavo que se prostitu-

ye hasta sacrificar al déspota cuanto hay de mas santo y venerable en la sociedad!

De todos los onores que se le ofrecieron, solo reusó el consulado decenal, porque nada añadia á su poder, y le quitaba los medios de satisfacer á poca costa la vanidad de algunos personajes. Habiendo llegado al término de sus deseos, podia gozar en paz de su fortuna, si hubiera sabido ponerle límites; pero era ambicioso. El señor de la tierra no necesitaba del título de rey: ninguna diadema brillaba tanto como sus laureles. César tuvo la debilidad de ambicionar un nombre odioso á los romanos, y esta necedad fué su ruina.

Todos los proyectos de este hombre estraordinario eran vastos é inmensos como su jenio. Reedificó á Cartago y Corinto: pensó en llenar á Roma de monumentos, y formar en ella la biblioteca mas copiosa del mundo: queria redactar un código civil; componer la estadística del imperio; abrir en la embocadura del Tíber un puerto para los bajeles grandes; secar las lagunas pontinas; unir el mar Ejeo con el Jónio, cortando el istmo de Corinto; vengar la muerte de Craso; subyugar los partos, penetrar en Scitia, pasar el Borístenes, abrir un camino por medio de los bosques de la Jermania y volver á Roma por las Galias.

Embriagado de gloria, estraviado por los consejos de Antonio, y probablemente engañado por los senadores que meditaban su perdicion, resolvió ceñirse la diadema antes de salir á la guerra contra los partos. El senado, siempre adulador, colocó su estátua entre las de los reyes de Roma: mas por una casualidad se puso cerca de la de Bruto, lo que era pronosticar su suerte. Todos los que en secreto amaban la república, pedian con sus deseos un segundo Bruto, y lo hubo. Este romano, destinado á dar algunos momentos de libertad á su patria á costa de un crímen, era hijo de Servilia, hermana de Caton: llamábase Marco Bruto: y se creia jeneralmente hijo de César, su futura víctima, por la pasion de Servilia á este héroe. Bruto, fiel á los principios de Caton, siguió en Tesalia las banderas de Pompeyo. En la batalla de Farsalia, César manifestó mucha inquietud por él. Habia caído prisionero: y no contento con perdonarle, lo colmó de favores. Bruto detestaba la tiranía, pero amaba al tirano. Su alma estaba indecisa entre un

afecto que no podia vencer y una obligacion que creia sagrada. De todas partes recibia avisos secretos que lo escitaban á sostener la gloria de su nombre y libertar la patria. A cualquier lugar que fuese, y aun en el mismo tribunal donde administraba justicia como pretor, encontraba billetes anónimos que decian: *Bruto, ¿tú duermes? Tú no eres el verdadero Bruto.*

CONJURACION CONTRA CESAR.— Hasta entonces el estoicismo de sus principios no le habia impedido merecer el título del mas amable y suave de los romanos, así como era el mas virtuoso: pero la pasion de la libertad y los consejos de sus amigos, todos ardientes republicanos, le arrastraron á la conjuracion que Casio y otros sesenta formaban contra el dictador.

Advirtieron á César que desconfiase de Bruto. «Yo conozco »su virtud, respondió: esperará »á que yo muera para resucitar »la libertad.» Dijéronle que se guardase de Dolabela, y replicó: «No temo á esos hombres gordos »y colorados; pero desconfio de »ese Casio, siempre flaco, pálido »y melancólico.» La supersticion, que mezcla siempre sus fábulas á las verdades de la historia, inventó presajios de la ruina prócsima de César. Se vieron en el cielo fuegos errantes: fantasmas nocturnos recorrian la capital. El dictador, en un sacrificio que hizo, halló que la víctima no tenia corazon: demoliendo el sepulcro de Cápis, fundador de Capua, se encontró en él una inscripcion que decia: «El año que se abra este sepul»cro, perecerá el jefe de la es»tirpe Julia.» En fin, un adivino advirtió á César que se guardase de las idus de marzo.

César no era muy crédulo; despreciaba los agüeros que le eran contrarios, y se valia de los favorables. Y así mandó publicar un oráculo de la Sibila, segun el cual no podrian ser vencidos los partos por los romanos, á no ser que estos peleasen bajo las órdenes de un rey.

Las tentativas de los amigos del dictador para que el pueblo le coronase, se desvanecieron todas sin mas resultado que el de probar el odio invencible de los romanos al título de rey.

Antonio, corriendo en las fiestas Lupercales, ofreció á César una diadema; pero las murmuraciones del pueblo le obligaron á reusarla. Sus partidarios habian puesto coronas en las cabezas de sus estátuas. Flavio y Marulo, tribunos del pueblo, tuvie-

ron el valor de arrancarlas, y la plebe les dió repetidos aplausos.

Los cortesanos de César, en lugar de desanimarse, esperaban lograr su intento por la condescendencia del senado, que lleno de temor y corrompido, debia reunirse, como se decia, en las idus de marzo para proclamar á César rey de Africa y Asia, de España, de las Galias y de Grecia, dejándole en Italia el título de dictador.

Valor de Porcia, mujer de Bruto.—Los conjurados, sabedores de esta resolucion, escojieron aquel mismo dia para ejecutar su designio. Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto, era digna por su firmeza de su padre y marido. Instruida por los presentimientos del amor, habia adivinado los proyectos de Bruto, y se indignaba de que su esposo la creyese demasiado débil para confiarle su empresa. Hízose ella misma una grande herida, y despues de haber resistido largo tiempo al dolor que le causaba, la muestra á su esposo y le dice: «Mira, Bruto, si la hija de Caton merece tu confianza, y si es digna de entrar á la parte en tus esperanzas y peligros. Antes de preguntarte tu secreto, quise saber si podria sufrir el dolor.» Esta fué la única mujer que fué admitida en la conspiracion. El alma de Caton respiraba en una mujer, que la filosofía habia elevado sobre los hombres de su siglo.

Conjurados.—Estos conjurados, famosos en la historia, eran Casio, que fué su jefe, aunque dejó este título á Marco Bruto, mas estimado por su nombre y su virtud: Servio Galba, antiguo lugarteniente de César: los dos Cascas, Cimbro y Minucio, partidarios de Pompeyo: Décimo Bruto, Domicio Cinna, Casio de Parma y Poncio Aquila. Los demás no son conocidos. La mayor parte del senado, sin ser de la conspiracion, deseaba la mudanza. César, á la verdad, no era cruel; habia perdonado á sus enemigos, y aun hecho beneficios á gran número de ellos: acababa de levantar las estátuas de Pompeyo, asegurando así la permanencia de las suyas, segun la espresion de Ciceron. Pero si dejaba á todos el tranquilo goce de su ecsistencia y de sus bienes, ofendia sin reparo el amor propio y el orgullo de todos; — pasion irritable, para la cual no hay herida pequeña, y que perdona mas bien la ruina que la injuria.

César, burlándose de las formas republicanas, hacia á su

placer senatoconsultos, sobre los cuales no habia deliberado la curia. Ciceron escribió á Atico, que á su quinta, donde estaba retirado, llegaban todos los dias decretos hechos á proposicion suya, de los cuales nunca habia oido tratar, y que por ellos recibia gracias de reyes y príncipes desconocidos para él. Estando en una ocasion el dictador sentado en el foro en su silla curul, vino todo el senado á felicitarle por la dictadura perpétua y otros nuevos onores que acababa de conferirle; y no se dignó de levantarse, lo que produjo grande enojo, aunque él se disculpó despues con el mal estado de su salud. El furor crecia y el odio ocultaba su puñal bajo el velo de la adulacion. Los conjurados, habiéndose reunido una noche en casa de Bruto, resolvieron matarle el dia de las idus en el pórtico de Pompeyo, donde habia de celebrarse junta del senado.

A proporcion que se acercaba el instante, mostraba César menos atencion á los consejos de la amistad y de la prudencia. Ejerciendo un poder usurpado en una república, celosa de sus derechos, y entre los amigos de Pompeyo vencidos por él, nunca quiso tener guardia. «Mas vale, »decia, morir una vez, que temblar muchas.» A los que le aconsejaban que desconfiase de Bruto, respondia: «Yo lo conozco: el »asesinato le pareceria una vic»toria demasiado fácil para su »valor.» Cenando la noche antes de las idus en casa de Lépido, recayó la conversacion sobre el jénero de muerte que era preferible, y César dijo: *la mas pronta y la menos prevista.*

Ejecucion de la conjuracion. —El dia en que iba á terminar su carrera, llegó su mujer Calpurnia, turbada por un sueño en que habia creido verle asesinar entre sus brazos, se arrojó á sus pies y le suplicó que no saliese de su casa en un momento que tantos presajios señalaban por infausto. La grande alma de César, conmovida por los temores del amor, vaciló un momento, y en fin, cediendo á las lágrimas de su esposa, resolvió dejar para otro dia la reunion del senado. Décimo Bruto, uno de los conjurados, que entró entonces en su casa, previendo que la tardanza podria trastornar todo el proyecto, le representó el ultraje que haria al senado reusando venir á él cuando le esperaba para coronarle, y la mancha que caeria sobre su gloria si por un sueño de Calpurnia in-

sultaba al primer cuerpo del estado. César salió: mas parece que la fortuna quiso avisarle en el camino el precipicio en que iba á caer.

Habiendo encontrado al adivino Spurina, que le habia pronosticado desgracias, le dijo: «Ya »han llegado las idus de marzo.» —«Es verdad, replicó Spurina; »pero aun no han pasado.»

Un esclavo que iba á advertirle el riesgo que le amenazaba, no pudo atravesar su numerosa comitiva.

Artemidoro, filósofo griego, que tenia intimidad con los principales conjurados, y habia penetrado su secreto, poniéndose entre los que presentaban memoriales á César, le entregó un escrito, donde estaban detalladas todas las circunstancias de la conspiracion, y le dijo: «Léé»lo pronto: te interesa y urje.» César, rodeado de tantos personajes y negocios, no tuvo lugar de leerlo, y cuando entró en el senado lo llevaba todavia consigo.

Los conspiradores que le esperaban encubrian bajo la mas profunda serenidad los movimientos diversos de que eran ajitados. La vista mas penetrante no habria podido adivinar por su ademan el terrible golpe que meditaban. Estaban ocupados con la mayor presencia de ánimo en la discusion de los negocios públicos, y como uno de los senadores contradijese un dictámen de Bruto con la recomendacion de César, «el mismo Cé»sar, respondió el pretor, no po»drá impedirme que obre con»forme á la ley.»

Desde que llegó el dictador, la mayor parte de los conjurados salieron á recibirle, segun estaban convenidos, y lo acompañaron hasta su silla curul, mientras otros entretenian á Antonio, su amigo y su coléga en el consulado, con el pretesto de comunicarle un negocio importante.

Muerte de cesar.—(A. M. 3958.—A. C. 46.) Mientras que César caminaba á su asiento, el senador Popilio Lena, de quien se sabia que estaba iniciado en la conspiracion, se acercó á él y le habló al oido. Esparcióse un terror repentino sobre todos los conjurados, y creyéndose vendidos echaban ya mano á sus puñales para darse la muerte; pero Bruto, conociendo en el rostro de Popilio mas señas de suplicante que de acusador, aseguró á sus cómplices con una mirada. Apenas se sentó el dictador, Cimbro se arroja á sus pies, pidién-

dole la restitucion de su hermano que estaba desterrado: los demás conspiradores rodean á César para apoyar la peticion: el dictador la niega, é incomodado de las instancias quiere levantarse: Cimbro le detiene por el vestido, que era la señal convenida. César esclama: «esta es »violencia y no ruego.» Casca, situado detrás de la silla, le hiere en la espalda, pero lijeramente: su mano temblaba del mismo golpe que queria ejecutar. *Malvado Casca, ¿qué haces?* le dijo César volviéndose á él, y al mismo tiempo le atravesó el brazo con un punzon de escribir en cera. Casca implora el socorro de su hermano: todos los conjurados sacan los puñales: César se arroja sobre ellos, separa á los unos, derriba á los otros hasta que recibe una puñalada en el pecho. Ni la sangre que vierte, ni los aceros que brillan á su vista, aterran su valor: se defiende, aunque cercado y sin armas, como un leon furioso y herido; pero en el momento que vió á Bruto sepultarle el puñal en el costado, esclamó jimiendo: *¿tú tambien, hijo mio?* Deja de resistir, cubre la cabeza con su manto, baja la túnica para morir con decencia, recibe sin dar un ay todos los golpes que le asestan, y por una casualidad estraordinaria cae y muere al pie de la estátua de Pompeyo.

Turbacion en roma.—Mientras los conjurados inmolaban á la ambicion, á la venganza ó á la república esta víctima, el senado, orrorizado, permanecia inmóvil y en silencio, no atreviéndose ni á favorecer á los conjurados ni á defender al dictador. Ni se atrevian á hablar ni á huir; pero cuando César hubo ecsalado el último suspiro, y Bruto levantando el puñal ensangrentado dirijió la palabra á Ciceron, y quiso arengar al senado, todos sus individuos, temiendo comprometerse con la aprobacion ó censura de aquel asesinato, salieron precipitadamente de la curia. Antonio, Lépido y los amigos de César, helados de temor, se despojaron de las insignias de sus dignidades y buscaron asilos para librarse de la muerte que creian segura. Los conjurados, seguidos de algunos ciudadanos y muchos gladiadores, se retiraron al Capitolio y se fortificaron en él. La noticia del asesinato se estendió rápidamente por la ciudad y con ella el terror: las tiendas se cerraron: el foro quedó desierto: los ciudadanos medrosos se encerraron en sus ogares: y el cadáver de

César, aislado enmedio de la capital del mundo, que parecia entonces un desierto, fué llevado por tres esclavos á casa de la desgraciada Calpurnia.

Segun las mácsimas y leyes de la república, el que queria aspirar á la soberanía era un enemigo de la patria, entregado á los golpes de los ciudadanos. Como dueño del estado, César debia ser condenado. Un asesinato suplia á la impotencia de la justicia. Pero si Roma no podia ya permanecer libre; si necesariamente habia de sufrir la ley de un ambicioso, porque las costumbres y los principios, que son los apoyos de la libertad, estaban ya destruidos; si el ejemplo de Syla, si las riquezas enormes y el crédito de algunos particulares, debian tarde ó temprano trocar la república en monarquía; César ¿no merecia que su dominacion fuese preferida á nuevas guerras civiles? La accion de Bruto matando á su bienechor y amigo, con la esperanza quimérica de salvar el estado, es un rasgo del fanatismo republicano, cuyos escesossemejan mucho á los del fanatismo relijioso.

Retrato de cesar. — César murió á los cincuenta y seis años de su edad. Hasta los cuarenta y dos no habia salido de la esfera de un simple particular; y sin embargo ya se adivinaba y temia su dominacion. En catorce años conquistó el mundo: nadie le igualó en talento, ambicion y fortuna. Ningun jeneral ha sabido ganar como él el afecto de los soldados: le tenian tanto cariño como los antiguos romanos á la república: el valor que les inspiraba era invencible. Acilio, uno de sus jenerales, al abordar un buque enemigo, vió cortada su mano derecha, y continuó peleando y derribando con su escudo los contrarios que se le oponian: se lanzó al bajel y lo tomó. Cerca de Dirraquio, Casio Sceva, habiéndole saltado un ojo, con la espalda y el muslo heridos, y clavadas en el escudo treinta flechas, llamó en voz alta á sus enemigos: estos acudieron creyendo que queria rendirse; Casio, con la rodilla en tierra, mató á los que se le acercaron; los demás huyeron dejándole vencedor y rodeado de víctimas. Petronio, cercado de enemigos, fué prisionero de Scipion que le ofreció la vida. «Los soldados de »César, replicó Petronio, la dan »y no la reciben:» y se atravesó con su espada.

Antes de la guerra civil, cuando Pompeyo, Scipion y Caton

escitaban al senado á reusar al conquistador de las Galias la prolongacion del mando, un oficial, que traia pliegos suyos, puesta la mano en la empuñadura de la espada, dijo á los senadores: «Si »negais á César el mando que de»sea y merece, este acero se lo »dará.»

La naturaleza y la fortuna habian favorecido igualmente á César. Su estatura era elevada, su tez muy blanca, su cabeza oval, su rostro lleno y colorado, sus ojos negros y vivos, su talle airoso. Tenia una constitucion robusta, que solo alteraron algunos ataques de epilepsia. Su ademan era gracioso y noble, su voz sonora, sus movimientos llenos de dignidad: y aunque era tan duro é infatigable en los ejercicios como intrépido en el peligro, nadie se entregó como él al cuidado de su hermosura y á los placeres. Queria agradar tanto como mandar: llevaba siempre vestidos suntuosos y telas finas con franjas magníficas: á su adorno añadia perlas muy bellas y piedras las mas preciosas. Tenia en su palacio muchas pinturas y estátuas de los mas insignes profesores.

Su tienda, ya en los bosques de Jermania, ya en los arenales del Africa, tenia tapices brillantes y almoadas blandísimas. En su casa reinaba el órden mas regular y aun minucioso. Una vez cargó de prisiones á su panadero por haber servido á sus convidados un pan diferente que á él. Jamás estrechó su cinto, anuncio de la estraordinaria disolucion de sus costumbres. Dominado por la diosa de la cual presumia descender, sedujo á Postumia, esposa de Sulpicio; á Lolia, de Gabinio; á Tertulia, de Craso, y á Mucia, de Pompeyo, que le llamaba el Ejisto de su familia. La que amó mas fué Servilia hermana de Caton y madre de Marco Bruto: le regaló una perla valuada en seis millones. Tuvo tambien amoríos con Eunoe, reina de Mauritania y con la famosa Cleopatra.

Sus soldados se burlaban con libertad de sus disoluciones, y alrededor de su carro de triunfo cantaron: «Romanos: guar»dad vuestras mujeres. Aquí os »traemos este calvo, que ha se»ducido las mujeres galas con el »oro de sus maridos.» Aunque desenfrenado en sus amores, no conoció los escesos de la mesa. Caton decia de él, que era el primer hombre sóbrio que habia formado el plan de arruinar una república.

César sabia que el oro era tan

necesario como el hierro para conquistar el mundo: así, en vez de imitar la justicia de los Fabricios, Paulo-Emilios y Scipiones, juntó inmensas riquezas con sus latrocinios, superó en el arte de la rapiña á todos los procónsules de su tiempo, le sacó á Ptolemeo seis mil talentos, robó todas las ciudades, despojó todos los templos, sacó tres mil libras de oro del Capitolio, y vendió sin pudor muchos reinos.

Superior en todos los jéneros, dominaba á sus rivales por la elocuencia, así como los vencia con las armas: y Ciceron, celebrando la nobleza, elegancia y armonía de su estilo, á un mismo tiempo natural, fino y fecundo, escribia á sus amigos que nadie podia disputarle la palma oratoria. «Sus comentarios, añadia, »merecen el elojio de todos los »hombres de gusto. Su modo de »escribir obligará á sus compe»tidores á quemar sus plumas. »Su narracion es sencilla, llena »de gracia y sensatez, sin mas »ornato que el de una simple »túnica, medio puesta.»

En su juventud compuso un elojio de Hércules, una trajedia titulada *Edipo*, y una coleccion de mácsimas. Augusto proibió que se publicasen estas obras por ser muy incorrectas; pero permitió dos libros sobre la *Analojia* y el *Viaje*, poema que compuso en los veinticuatro dias que duró la guerra de España.

Ciceron tuvo el valor de escribir durante su dictadura un elojio de Caton. César le respondió con una obra en dos libros, titulada el *Anticaton*: y compitiendo urbanamente con el primer orador de Roma, le elevó en dicha respuesta sobre el mérito de Pericles.

Solicitó el consulado para Calvo, que habia escrito epígramas contra él, y alojó en su palacio al padre del poeta Cátulo, que lo habia disfamado en su sátira.

Un senador, burlándose de sus costumbres tan afeminadas, como su valor era varonil, le dijo que no seria fácil á una mujer tiranizar hombres. César le respondió: «Acuérdate que Se»míramis subyugó el Oriente, »y las amazonas conquistaron el »Asia.» Este hombre, á quien comparaban con una mujer, manejaba las armas con mas destreza que todos los soldados romanos: domaba los caballos mas fogosos, marchaba con la cabeza desnuda al sol y al hielo, caminaba cincuenta leguas al dia ó á caballo ó en carroza, y atravesaba á nado los rios mas rápidos.

Su espíritu era tan pronto como su espada: dictaba á la par á muchos secretarios y en diferentes idiomas: fué el inventor de la cifra para los secretos políticos. Componia versos á caballo, escribia pliegos en su carroza, redactaba sus comentarios en su tienda, y meditaba leyes haciendo la guerra.

Cruel para aterrar, se mostraba clemente para dar confianza á los vencidos: concedió la vida á Domicio su enemigo, que debia sucederle en el gobierno de las Galias. Respetando la gratitud para inspirarla, permitió á muchos oficiales suyos que se reuniesen á Pompeyo, de quien habian recibido beneficios.

Para probar la suma bondad y el gran corazon de César, vamos á citar un ejemplo, y es la causa criminal del guerrero y faccioso Ligario. Este romano altivo, contra quien el dictador tenia grandes y justos resentimientos personales, fué acusado y citado en juicio por haber tomado las armas contra él. El encargado de su defensa fué el descollante y elocuente Ciceron. Mientras duraba el ecsordio, acalorado y lleno de imájenes brillantes, el dictador recorria con aire bastante distraido los papeles que acababan de entregarle, en donde se probaba mas patentemente el delito. Preocupado é indiferente, parecia resistirse contra la elocuencia incisiva del príncipe de los oradores; pero este, redoblando sus esfuerzos, consiguió al fin ablandarle, conmoverle, terminando su arenga con estas hermosas y notables palabras: «César: la bondad es la mas sublime de todas tus virtudes! Solo »perdonando y derramando la »ventura alrededor de sí, es como pueden los mortales semejarse á los dioses. El poder de »hacer hombres felices es el privilejio mas bello de tu alta fortuna; y la voluntad para hacerlos es el rasgo mas noble de »tu carácter. César: yo me callo; el resto dígatelo tu corazon!»

Entonces, dejando César caer los papeles que tenia en las manos, vertió lágrimas de ternura, y perdonó á Ligario.

Al principio de la guerra civil, Pompeyo habia declarado que trataria como enemigos á los que no abrazasen su causa: César, mas prudente, proclamó que serian amigos suyos los que permaneciesen neutrales, y así ganó á los inciertos y á los tímidos, que compondrán siempre el mayor número.

Profundo político, orador elocuente, historiador verídico, soldado intrépido, gobernador instruido, vencedor jeneroso, presentado por la fortuna y coronado por la gloria, César, á quien comunmente no se alaba sino como el primero de los jenerales y el mas célebre de los conquistadores, fué un hombre universal. Su jénio era vasto como el mundo que sometió; pero así como admirando las pirámides de Ejipto, lamentamos que hayan costado tanta sangre y oro sin utilidad ninguna para el jénero humano, así sentimos al contemplar á César, cuyo nombre ha atravesado tantos siglos, que su grandeza colosal, funesta á los hombres y fundada sobre las ruinas de la república, no haya tenido por base la virtud.

FIN DEL TOMO NONO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.







